

JAVIER REY DE SOLA

¡Jo, qué TROPA...!



(Disparatada novela, fresco esperpéntico de España)

AKRÓN **narrativa**

DÍA DEL LIBRO 2022
(Copia gratuita para los lectores de La Crítica)

AKRÓN

2008

© Javier Rey de Sola, 2008

© Editorial Akrón, S.L.U., 2008

Apartado de Correos N° 134
24700 Astorga, León
(España)
www.editorialakron.es
info@editorialakron.es

Primera edición: Marzo 2008

ISBN 978-84-936293-2-8

Depósito Legal: S-327-2008

Impreso en España

Diseño de la cubierta:

Departamento de Diseño de Editorial Akrón

Ilustración de la cubierta: *M. Fruch*, de Honoré Daumier

Queda prohibida la reproducción parcial o total de la presente obra sin permiso previo escrito del editor y del autor. Todos los derechos reservados.

¡JO, QUÉ TROPA...!

JAVIER REY DE SOLA

LA CRÍTICA

DEDICATORIA (por orden de aparición)

A Consuelo,
Ángel,
Mauricio

LA CRÍTICA

ÍNDICE

PARTE PRIMERA

CAPÍTULO	PÁG
1 Se presentan por primera vez al público dos de los protagonistas de esta historia, que llevarán sus hechuras, mal que bien, hasta el final de la novela	17
2 En el trullo	21
3 El plumífero y su madre	24
4 Irrumpe el tercer protagonista: un hortera (de profesión)	27
5 Ecos de amor. Una carta	31
6 Que acaba a tortas	36
7 Se subtrae, con la mejor intención, eso sí, un Documento Nacional de Identidad	39
8 Confesión de bella	41
9 El periódico. Su director	44
10 Un enigma traído por los pelos	48
11 Luctuosa visita. Se acentúa el enigma	51
12 De viaje. Los sueños, sueños son	55
13 Policiáco	57
14 Tres tronados, tres	61
15 Despedida y trabucazo	64
16 Telegramas y una reflexión	68

PARTE SEGUNDA

CAPÍTULO	PÁG
17 Nuevo escenario. Un elegante	75
18 Un perro, un sirviente, una marquesa, un erudito, primo y prima	78
19 Se les conoce un poco a todos	81
20 Nocturnidad	83
21 Caminito de la playa	86
22 Un grito	89
23 Otra noche y otro grito	91

24	Elucubración de doncella. Pacto alevoso	93
25	En la pensión. Su dueña. La vejez bondadosa	94
26	¡Chantajel!	97
27	Un chulo jugando a la pelota. Argucia femenina	101
28	Todo el mundo enreda. Asesinato en grado de frustración	103
29	Nadie se aclara. Una fuga, eso parece	106
30	Se confirma la fuga	110
31	El vendedor de corbatas	113
32	La marcha. Conocemos un poco más al elegante	116
33	Enteramente dedicado al primo	119

PARTE TERCERA

CAPÍTULO		PÁG
34	Una tranquila (es un decir) ciudad del interior. Nuevos personajes	127
35	Haciendo amigos. En un tabuco	130
36	Entrañas populares	134
37	Apoteosis de las entrañas populares	137
38	Del que se podría prescindir, pero que tiene su cosa	141
39	Vuelta al tabuco	145
40	Intimando	148
41	Se intima más. Una carrera	153
42	Un entierro. “¡Lo que ha sido esta casa...!”	155
43	Mezcla de ambientes. Reencuentros	160
44	Un antiguo amor que llora	164
45	Tercera incursión en el tabuco	167
46	La pitonisa. Una bofetada tremendamente merecida	170
47	Un disparo. Una detención irregular. Por piernas	173
48	Una malla de naranjas	176
49	De instrucción	179
50	Circunloquios	181

PARTE CUARTA

CAPÍTULO		PÁG
51	Viejos (y ancianos) conocidos. Meandros biográficos	187
52	Hacia la verja	191
53	Frente a la verja. Digresión traída por los pelos	193
54	Acojone	196
55	Confesión tardía. Una carta que cae como una bomba	198

56	Al restaurante	200
57	Como ahogados. Un discurso. La factura	203
58	Un reservado que lo es poco	206
59	Salen a la luz verdades	209
60	Más allá de la verja. Confidencias a medianoche	213
61	Continuación del anterior	218
62	Que sigue al previo	222
63	La joven y su mentor	225
64	Detectivesco. Dudas	228
65	Fiesta de disfraces	232
66	Llama un inspector (administrativo)	235
67	Se alterna	239
68	Se conversa	242
69	La historia de la anfitriona...	245
70	... que se trenza con la historia de otra	250

PARTE QUINTA

CAPÍTULO		PÁG
71	Amanece	257
72	A la calle, que ya es hora	259
73	Página de amor	261
74	Un amigo de la infancia	265
75	El inspector se precipita como un rayo	267
76	Tabernario y con viajero de Francia	270
77	Choque y hermanamiento de culturas	274
78	La hermana. El marino. Un encuentro que nadie (el que menos, el propio interesado) se esperaba	277
79	Lo protagoniza el soñador. Plática del resto	281
80	Se abre un corazón como un melón. Secreto histórico masculino a los cuatro vientos	285
81	Poético	289
82	El pasado, no tan limpio, de la hermana. Unas pistolas	293
83	Tras la pista de las armas	297
84	Mucho barullo	301
85	El inspector se incrimina	305
86	A manera de remanso	310
87	El francés hace mutis. Un hijo que es también sobrino. La historia del hermano	312
88	Calenturiento	316
89	La costurera alumbrá. Una calumnia estrictamente necesaria	319

90	El marino confiesa	323
91	El marino sigue confesando	327
92	Su madre	329
93	Una damajuana se estrella contra un cráneo	333
94	Western	335
95	Una pelirroja	340
96	Camino del sol poniente	345
97	Se impide un drama	348
98	No hay quien se aclare	352
99	Por la escalera. Fugaz tropiezo	355

PARTE SEXTA

CAPÍTULO		PÁG
100	De castañera	363
101	El erudito: su tabarra	366
102	El erudito: su novela	369
103	Muy breve	373
104	Una frase inoportuna, un certificado y unos retazos de infantil memoria	375
105	Luz sobre los retazos de infantil memoria	378
106	Un testamento	381
107	El primo. Su propuesta	385
108	Un orfanato. Una pareja racial de cuerpo entero	386
109	La hija de la marquesa. Bebiendo anís	389
110	De amor y muerte (o al revés)	393
111	El muerto, al hoyo... Los pesquisas	395
112	Reunión	399
113	La reunión se amplía	402
114	Sale mucho a relucir	405
115	Hablando se entiende la gente	408
116	Se cierra un acuerdo a golpe de dinero	411

PARTE SÉPTIMA

CAPÍTULO		PÁG
117	En el tren. Falta un billete. Lección magistral por vía doble	417
118	Regreso al hogar	420
119	El erudito se porta como un machote. Se sangra (mercedamente) a un padre	422
120	Un homenaje que se va al carajo	425

121	Cortito y con error	428
122	Un sitio que se llevó la trampa. Locomoción	429
123	La locomoción se da un garbeo sola	432
124	Uno duerme y otros velan	434
125	Pueblerino. Etopeya equina. Incendio	436
126	Reacción cuadrúpeda	439
127	Viajero a la orilla del camino. Su pequeña historia	440
128	Flecos de la pequeña historia	444
129	Ciudadano. Una extorsión	445
130	Se deshacen de la locomoción. Amparan a una dama	448
131	Por uno de esos recovecos de la vida, se recupera la pista de los tíos del sobrino	452
132	Una odiosa proposición es escuchada tras la puerta	454
133	El erudito se vuelve a portar como un machote	456
134	El gordo se rebela	459
135	Una mujer con algo que esconder y un marido que es de aúpa	462
136	Tira y afloja. Un desvanecimiento	465
137	Mareando la perdiz	469
138	El testamento se registra ante notario. Una buena acción	472

PARTE OCTAVA

CAPÍTULO		PÁG
139	Hundimiento. El periódico se quita la careta	479
140	El periódico recibe una reclamación	480
141	Deontología periodística	483
142	Un comunicado. Una consigna	484
143	La cosa va que zumba el bolo. Una lucecita de esperanza	488
144	La arenga	490
145	Dos se zafan juntos. Artero contraataque. La causa del Bien encuentra un aliado inesperado	492
146	“¿Llegaremos a tiempo?” Tierna (y abyecta) evocación del pasado	495
147	(Continuación.)	498
148	El periódico se encarrila, o eso parece	500

PARTE NOVENA

CAPÍTULO		PÁG
149	La bienvenida	505
150	Si no es amor, se le asemeja	507

151	Pincelada casquivana. En la cocina	510
152	Soliloquio de doncella inadvertida. Unos binoculares de visión nocturna	512
153	De primo y prima, o vuelto está el asno a la miel	516
154	Un novio en estado natural. La posadera	519
155	Echan un pulso las mujeres	522
156	Alcanzan un acuerdo las mujeres	524
157	Se descorchan botellas de champán. Fuegos artificiales	526
158	En la cárcel. Una partida de cartas memorable, o para este viaje no necesitábamos alforjas	529
159	De nuevo a la intemperie. El periódico viene sembrado	532
160	Que precede al último y ata muchos cabos	534
161	Que termina de atar cabos y concluye a muchos grados bajo cero	536

TELÓN

¡JO, QUÉ TROPA...!
Javier Rey de Sola

LA CRÍTICA

PARTE PRIMERA

LA CRÍTICA

1

Se presentan por primera vez al público dos de los protagonistas de esta historia, que llevarán sus hechuras, mal que bien, hasta el final de la novela

Un torso abultado de propietario de bar se inclinaba inamistoso sobre dos individuos sentados a una mesa que acababan de finalizar una comida.

Uno de los comensales era bajo y rechoncho. Su rostro se adivinaba de natural risueño, algo envarado a la sazón y con las mejillas tenuemente encendidas, quizá a causa de la reciente ingestión copiosa, regada con buen vino, posiblemente también consecuencia de la actitud hostil de quien le interpelaba. El otro poseía un aire soñador y atendía la conversación entre su amigo y el dueño del local, manifestando con su nervioso e incesante movimiento que en ese momento le gustaría hallarse lejos, no importándole siquiera someterse al imperio de la lluvia que barría tenaz el exterior.

Los parroquianos de la mesa contigua observaban con interés la escena.

—O sea, que no me van a pagar.

Un trueno subrayó por azar estas palabras. El obeso escondió sus pulgares en la sisa del chaleco.

—No es exacto, amigo —dijo—. Habla usted con nula consideración. Cierto que hemos comido a costa de su establecimiento, elegido con preferencia a otros, lo que debía constituir motivo de orgullo para usted. ¡De orgullo! —recalcó—. No me cabe en la cabeza que quiera ahora estropear la excelente impresión que su buen servicio y el arte culinario de su esposa —miró por el rabillo del ojo la puerta que daba a la cocina— nos han causado.

El del chaleco aguardó con secreta inquietud la reacción a su defensa. Igual hicieron su acompañante y los otros habituales. El propietario cerró la boca, que se le había abierto sin querer, carraspeó,

tragó, miró en torno suyo como buscando inspiración, se desfondó durante una décima de segundo... y volvió a recobrase al oír golpear un cucharón en la cocina, diáfana señal de que la elogiada esposa permanecía a la escucha.

—¿Me pagan o no? —porfió.

El gordo, cada vez más sonrosado, le confirmó al mesonero con dolida simpatía:

—Pues no, señor; no se le paga. Y créame que soy el primero en sentirlo.

Resonó de nuevo como una campana el cucharón. El bar estaba casi a oscuras debido a la tormenta y a la austeridad que se le imponía al negocio. Un relámpago, más prolongado de lo que hubieran deseado los gorriones, expuso nítidos los arremangados y peludos antebrazos del propietario.

—Les tendré entonces que dar una paliza.

El trueno correspondiente al relámpago expresó, rotundo, su anuencia. Hubo un discreto movimiento en la mesa de al lado. Las considerables nalgas del hombre del chaleco rebulleron en la precaria silla, que expresó su malestar con un crujido.

—No nos precipitemos —rogó—. Es posible que hayamos abusado de su confianza. Reconozco incluso que podíamos haber pedido un simple tentempié, en lugar de tan sabrosa gollería —señaló la mesa como recabando su testimonio—. ¿Acaso sabe por qué lo hemos hecho? ¡Teníamos hambre! —reveló—. El propósito inicial era conformarnos con la insignificante ración de aceitunas que nos trajo al principio, ¿recuerda?, y que habríamos abonado sin dificultad. Pero mi amigo, ahí le tiene, está muy desfavorecido por tantas privaciones últimas en las que no tenemos responsabilidad. Yo tampoco soy el que era. Me compadecí de él —explicó—, con el añadido fortuito de que yo supuse que él disponía de efectivo, creencia que él también abrazaba a la recíproca, según me ha confesado poco antes de que trajera usted la cuenta. ¿Verdad, José? —le preguntó a su compañero.

La respuesta de éste habría de sorprender.

—No —negó—. En todo momento he sabido que no tenías un clavo. No olvides que esta noche he remendado tus pantalones en el pajar donde hemos pernoctado, sin encontrar más que pelusas en los bolsillos.

El gordo rió forzosamente.

–No creo que nuestro benemérito posadero acepte las pelusas como pago –bromeó.

En las manos del tabernero se materializó mágicamente una estaca.

–¡Sinvergüenzas!

–No, no –atemperó el moroso, con voz un poco aguda y apartándose lo imprescindible del garrote–. Es usted el primero en no creerse el calificativo que acaba de endosarnos. ¿Se lo demuestro...? ¿A que no se atreve a tutearnos, como lo haría si pensara de verdad que somos unos indeseables? ¡Reconózcalo! En el fondo nos respeta y admira nuestra postura, que requiere cierto garbo.

El tabernero se quedó sin habla. La estaca descendió, vencida, hacia el pringoso suelo. La perplejidad se adueñó también de los restantes.

Una persona, empero, no se dejó desconcertar.

La puerta de la cocina se abrió con violencia, autorizando la salida de la dueña: cara huesuda, pelo goteando grasa y un mandil confeccionado de un saco de harina, cuyas letras de fardo todavía podían distinguirse. Los habituales del bar la miraron con el respeto de un antiguo conocimiento.

Los recién comidos supieron que su causa se perdía.

–O pagan o ya sabes lo que tienes que hacer –expuso ella al marido.

El del chaleco se puso inmediatamente en pie. Doblándose como una longaniza, hizo una profunda reverencia.

–Mi querida señora...

La otra aprovechó la ocasión para golpearle la nuca con el cucharón. El gordo trastabilló atrás varios pasos.

José se levantó con medidos movimientos.

–Pagamos.

Otro relámpago iluminó el total de expresiones.

–¡Si no tenemos dinero! –gimoteó el gordo, con la mano en el chichón.

El llamado José extrajo un monedero. Abriéndolo, alargó cauteloso unos billetes arrugados. La cocinera se apoderó de ellos de un certero manotazo.

El pagador se sintió obligado a justificarse:

—No lo hago por miedo, sino que me parece de justicia abonar lo que se debe. Tenía esperanzas de salir del apuro sin recurrir a este dinerillo... Lo he ido ahorrando céntimo a céntimo, privándome hasta de lo necesario. Ahora vuela... ¡Qué le vamos a hacer!

El gordo miró por la ventana.

—De no caer este diluvio, nos iríamos ahora. Se nos ha insultado, y sólo por un resto de humana compasión accedemos a seguir bajo este techo hasta que escampe.

—Señor —intervinieron de la mesa de al lado—, parecería que está tensando ligeramente la cuerda.

—¿Perdón? —el del chaleco se giró en su dirección con interés.

Su nuca se ofreció por segunda vez, inerme y tentadora... lo que volvió a aprovechar la mandona.

José abrió la puerta del establecimiento. Una sólida columna de agua se volcaba desde el cielo.

El soñador se arrojó contra la lluvia, seguido de su amigo, quien logró por un pelo hurtar sus glúteos a una bota.

El atragantado escenario de los hechos anteriores se convirtió en un borrón difuso y gris. El aguacero se ondulaba alrededor como una bailarina entrada en carnes.

Luchando contra la ventisca, habría de decir el del chaleco:

—No sé qué me ofende más, si tu falta de confianza en que yo resolviera el episodio o la mezquindad de esconderme esa suma.

El viento ululó como pidiendo una respuesta.

—Ese dinero me lo he quitado de la boca.

—Me has robado.

—¡Nunca! En todo caso, me he robado a mí mismo, Melquíades.

El gordo no tenía interés en discutir. Se hacía rápidamente de noche y necesitaban un refugio. A derecha e izquierda de la carretera se extendían desolados barbechos.

—¿A dónde vamos? —preguntó José.

El viento les zarandeaba de lado a lado del camino.

—Me parece que he visto una cabaña —dijo el gordo.

Se internaron en los campos. Melquíades acabó hundiéndose en el barro hasta la cintura.

Agotaron sus esfuerzos combinados para rescatarle.

–He dejado los zapatos en el fondo –dijo aquél después.
José cribó larga e infructuosamente el cieno con los brazos.

2

En el trullo

Tenue claridad se introducía como una gasa en lo que parecía –y lo era– un calabozo.

–Les hubiéramos tenido que enchufar la manguera –dijo una voz aproximándose.

Dos clases de pisadas imprimían en el corredor el distinto carácter y profesión de sus ejecutores. Una, fuerte, marcial, autoritaria, correspondía al carcelero, a quien pertenecía también el comentario. La segunda hollaba suavemente el piso de baldosas, sugiriendo la eventualidad de una visita.

Tintinearón llaves y se abrió sin asomo de elegancia la puerta metálica de la celda.

Un dedo corto y rechoncho, coronado por una uña negra que evocaba el negativo de una fase de la luna, pulsó un interruptor en el pasillo, lo que tuvo la virtud de encender púdicamente una bombilla de apenas unos vatios y oscurecida por el polvo y la generosa aportación de muchas moscas.

El guardia se retiró unos pasos, como si temiera contaminarse. Su actitud evidenciaba radical censura. El visitante, por contra, se nimbaba de una curiosidad imperativo de su oficio: era periodista. O más exactamente, cronista local y casi único del diario que, cada mañana, señalaba la dirección e intensidad que debía tomar la inteligencia ciudadana, en su conjunto.

Mientras el cancerbero aguardaba fuera, convencido de que no le quedaba nada ya por ver, su acompañante echó un rápido vistazo al interior. Distinguió dos bultos: uno, tendido en el camastro; otro, sentado modestamente a sus pies.

–Así que les han detenido por vagancia...

El del camastro, en quien nadie habría reconocido al del chaleco, giró con dificultad y se sentó. La costra endurecida que le cubría, al igual que a su compañero, se cuarteó en distintos puntos.

—La detención ha seguido los parámetros legales —puntualizó—, pero desgraciadamente ha recaído en quienes no lo merecemos.

Bufido de escepticismo en el pasillo.

—Si son tan amables de contestarme unas preguntas para el periódico... —el plumilla enarboló libreta y lápiz.

—Con sumo gusto —aceptó el llamado Melquíades—. ¿Qué desea saber?

—Unos detalles para la sección de breves.

—¡Breves! —aquél se irguió ofendido—. ¿Opina que puede despacharnos con una simple mención que, de puro superficial, será insatisfactoria y primordialmente falsa? ¿Se contentarán con esa escueta pincelada sus lectores?

—Sí.

—Es mi obligación desengañarle —dijo paternalmente Melquíades, pisando el suelo y poniendo un brazo sobre la chaqueta no imoluta pero aceptable del cronista, que disimuló su repugnancia—. Tengo el mayor interés en que sepa que mi vida, así como la de mi querido compañero, están henchidas de episodios tan extraordinarios que servirían para alimentar su señor periodicucho hasta el día infausto de su quiebra, que llegará tarde o temprano, merced a una de tantas desafortunadas circunstancias que asedian a la prensa.

—Mi periódico lleva más de un siglo.

—¡Paparruchas! Estoy seguro de que tiene dificultades.

El periodista perdió aplomo.

—Las normales en un medio dinámico...

—¿Lo ve? —exclamó Melquíades, quien tras alcanzar este discutible triunfo se lanzó como una manada de bisontes en el deseado sendero autobiográfico—. Nací en una ciudad como ésta, ni más grande ni más pequeña, aunque no he tenido oportunidad de apreciar sus dimensiones, pues nos han traído en un furgón cerrado sin permitirnos contemplar el paisaje...

“Me desenvolví medianamente en los estudios, consiguiendo en determinada ocasión una mención que deposité orgulloso a los pies de mis progenitores, quienes la pisaron inadvertidamente dejándola hecha una ruina y teniéndola que tirar a la basura.

“Crecí con el aturdimiento propio de un muchacho, acaso mayor, y pasé en un verano de discretísima estatura a medir un palmo más,

situándome en la pobre medianía que tiene usted ante sus ojos. Determinada pelusilla se extendió por mis mejillas, aterciopelando en paralelo mis cortas pero robustas piernas, que por entonces llevaba descubiertas. Mis condiscípulos me aventajaban en lo físico, debiendo yo hacer acopio de intelectuales prendas que, al cabo, me situaron de botones en un banco, donde inicialmente me erigí en el hazmerreír de los distintos negociados.

“Era embromado de continuo, tanto por parte de la clientela de la institución, conformada por conspicuos próceres, como a cargo de los casposos empleados, sin olvidar al director de la entidad, un sujeto endiablado a quien no puedo recordar sin emoción. La existencia se me ofrecía tan hostil y sin alicientes que más de una vez me puse al paso del expreso... careciendo de valor y retirándome en el último segundo ante el puño airado que asomaba desde la locomotora el maquinista. Más adelante, habría de saber que mi decisión era acertada y que la falta de carácter es, a menudo, una bendición. Aceptar esta premisa y desarrollar una extraordinaria fuerza de voluntad fue todo uno.

—Oiga... —le quiso interrumpir el periodista.

—Abandoné el banco en medio del choteo general —prosiguió implacable el gordo— y con nada más que calderilla en el bolsillo, con la que adquirí unas piruletas, revendiéndolas con modesto beneficio a la puerta de un colegio. Un chivatazo me hizo desaparecer por algún tiempo. Mi incrementado capital era todavía modesto, por lo que gasté con cuentagotas.

“Enfermé, desmayándome en la vía pública al lado de un vertedero al que acudía diariamente en busca de comida. Me recogió una viuda entrada en años —mis padres habían muerto—, la cual buena mujer me aceptó maternalmente en su casa, alimentándome con un caldito cuyos ingredientes jamás le pregunté, pues ella frecuentaba también el basurero.

“Con mi restablecimiento, cambió el cariz de la pactada relación. Quiso ella sustituir su amor de madre por cariños de otra índole, circunstancia que me puso de nuevo de patitas en la calle. Pero yo había aprendido, tenía experiencia. Supe que el hombre (y en esta categoría incluyo a la mujer) es un ser doble: en ocasiones un ángel;

otras, un demonio. Desconfié, pero no hasta el punto de abominar de mis congéneres.

“Mis ahorros se habían extinguido, y con ello quiero señalar que mi benefactora se los apropiara limpiamente, habiendo sido inútil reclamárselos, pues me aventajaba en el plano muscular de una manera que me abochorna consignar. Debí empezar de cero. No podía acercarme a los colegios, pues mi antiguo puesto había sido ocupado por unos matones con los que incluso los agentes se veían obligados a hacer la vista gorda, mediante esa especie calificada por los estudiosos de soborno. ¿Aburro...? —preguntó de repente.

—En realidad...

—Prosigo, pues. Fui dando tumbos, muchas veces en el sentido literal del término. Se yergue en mi memoria como amarga remembranza aquella en que unos desaprensivos me hicieron rodar por una cuesta porque anteriormente yo prendiera fuego a sus enseres, llevado de extraño capricho, ya lo sé. Los feriantes, que tal eran, al enterarse de que había sobrevivido, me buscaron. Se sentían incapaces de sobreponerse a su desgracia, que les privara de su medio de vida, consistente en unas pelotas acolchadas que el público estrellaba en las ferias contra figuras de sonrientes monos. En resumen —suspiró—, que pisé todos los charcos, braceé con agonía en la mayoría de mares, respirando mi nariz el aire de múltiples ambientes, casi nunca ventilados, siempre sórdidos, tantas veces erizados de navajas cachicuernas. ¿Le ocurre algo...? —preguntó bondadosamente al redactor, que se había puesto pálido como una sábana.

—Me mareo...

Melquíades agitó la mano a la altura de su rostro.

—¡Una bacinilla! —pidió.

No hubo tiempo.

El periodista, exactamente doblado por el medio, salió angustiado al corredor, vomitando magnánimo sobre las recién betuneadas botas del carcelero.

3

El plumífero y su madre

La mañana era plomiza, fría. Severas gotas se columpiaban en el aire.

El periodista caminaba con acusado desaliento, al que no era ajeno el airecillo que se le colaba por el raído cuello de su camisa, descendiendo por la espalda antes de diluirse entre los pliegues de la ropa. Su malestar se acrecentaba por la charla interminable de Melquíades, quien –descalzo– le seguía en compañía de José.

–Confieso –comentaba– que no esperaba se subsanara el error tan pronto. Ha sido muy amable el funcionario al soltarnos inmediatamente después de su indisposición de usted, sin que importen las blasfemias con que lo ha hecho, comunes al parecer en su conversación. ¿Sabe...? –le dijo–. Nos ha traído usted suerte. Creo que no recuerdo su nombre... –y como el otro no respondiera, continuó–. Ya nos lo dirá. Ahora no está en condiciones más que de ir a su casa para meterse en cama. Ha cogido un resfriado. O puede que le haya sentado mal el desayuno. Probablemente las dos cosas. Seguro –apuntó, benévolo– que pensaba recoger unos datos en comisaría y santas pascuas. ¡Pues no, señor! Conmigo –y levantó un dedo como queriendo pinchar la negra nube que flotaba sobre sus cabezas–, conmigo nunca es coser y cantar. ¡Siempre hay complicaciones! ¿Cómo me las arreglo? ¡No lo sé! No tengo empacho en reconocerlo. Usted, querido amigo, ha podido comprobar este extremo, tanto en su persona, y por eso camina en este instante encorvado y sujetándose el estómago, como en la relación sucinta que le he hecho de mi vida, exposición que sus aspavientos en la celda han truncado de momento... –manifestó con leve reproche.

El redactor se volvió como un animal acosado.

–¿Quieren dejar de seguirme? –gañó.

Melquíades parpadeó, sonriente.

–Se lo repito: con lo que sabe, no tiene ni para escribir dos líneas. Me propongo enriquecer el cuadro de lo que solamente he bosquejado. Conoce aspectos de mis difíciles comienzos. En cambio, ignora los ratos de gloria de que me he beneficiado, que no por escasos, pues ya se sabe que la fortuna es cicatera en este plano, mostrándose ubérrima al distribuir los sinsabores, no por escasos, digo, son menos dignos de tenerse en cuenta. También está en el limbo, y seguro que le corroe la curiosidad, acerca de cómo llegamos a conocernos José y yo, y de qué manera paradójica surgió nuestra amistad. Y digo paradójica, pues inicialmente, cuando trabajamos el primer

contacto, nos aborrecimos cordialmente, lo que para un espíritu avisado era indicio de excelente comienzo. ¿Comprende lo que quiero decir...?

El cronista desfallecía como un copo de nieve puesto al sol. Les seguía media docena de inquisitivos perros.

—En una época —perseveró el gordo— creí poseer todas las respuestas. No existía cuestión sobre la que no pudiera perorar. Distinto era que mis argumentos satisficieran a mis consultantes, que se me acercaban espontáneos con el ansia de saber. Sobradamente conocida es —añadió— la contumacia con que se aferra la generalidad a sus errores. Y de ahí a levantar un muro que se oponga a la verdad no hay más que un paso. ¡Este paso se dio! ¿Y yo qué hice? —bajó avergonzado la barbilla—. Claudiqué. ¡Sí, claudiqué, me sometí! Pero un resto de mi antigua gallardía —movió los hombros como si fuera a batirse— se agita como un gusano en el fondo de mi pecho. Cuando, ¡tantas veces!, incurro en falsedad, no me engaño íntimamente como otros, por más que hacia fuera presente mis asertos como puro diamante. ¡Hay que vivir! —avisó—. Es preciso hacer nefandas concesiones, siempre que no rebasen determinado límite, que unos trazan aquí y otros allá... ¿Qué quieren estos chuchos...? —inquirió, volviéndose a medias hacia la jauría, que se había incrementado y comenzaba a mostrar los dientes.

—Parece que dejamos un efluvio... —señaló José, con su característica modestia.

Se revolvió el periodista. Aspirando tanto aire que las nubes dieron la impresión de aproximarse, dijo:

—No voy a mi casa ni al periódico. Me dirijo al domicilio de mi madre. Comprendan que les tengo que dejar. Pero descuiden: su historia quedará puntualmente reflejada. ¡Adiós!

Aleteó el faldón de su chaqueta al doblar velozmente la esquina.

Melquíades quedó pensativo, con José al lado.

—Ese hombre —murmuró— acude a la silenciosa llamada de su madre. Pocas cosas tan entrañables como reverenciar a quien sostuvo a un pequeñín en el regazo. El colmo de la casualidad sería que fuera también el cumpleaños de la anciana...

José dijo que era imposible de saber.

—La palabra imposible —sentenció su amigo— figura en el vocabulario de los cobardes. ¡Lo comprobaremos!

—¿Qué hacemos con los perros?

—Lo habitual —dijo éste, arrancando un adoquín del suelo.

Los canes se desperdigaron en todas direcciones.

El periodista era una mancha que se desplazaba con viveza, superada su anterior debilidad. Entró en una pastelería de la que salió con un paquete.

—¡Ya está! —confirmó el rechoncho.

Se sintieron sacudidos por una oleada de ternura.

Aquél les vio, saliendo disparado hacia el final de la calle. Melquíades y José corrieron tras él.

—¡Deténgase! —le intimaron.

El fugitivo saltó limpiamente una tapia de dos metros.

Se dividieron, acorralándole al final no lejos de donde un ciego vendía sus cupones.

—¡Esta noche, sorteo extraordinario...!

—Hoy es el cumpleaños de su madre, no lo niegue —expresó José, jadeante—. Le hemos visto entrar en la pastelería.

La lluvia, que se había estado conteniendo, decidió finalmente precipitarse a tierra.

Hubieron de refugiarse en un portal. La bandeja de pasteles se había perdido en la carrera.

4

Irrumpe el tercer protagonista: un hortera (de profesión)

—No sé por qué les cuento esto —se sinceró el profesional, vencido, contemplando el chaparrón—, pero arriba, en este mismo portal, subiendo por las escaleras hasta determinado piso y encarando la puerta correspondiente, habita el ser más noble, más abnegado, más solícito que pisa la superficie de la tierra..., si bien ha tiempo que dejara de andar, sufriendo una parálisis progresiva que los médicos han dictaminado que terminará en breve con su óbito —le temblaba el mentón, donde el afeitado matutino había perdonado algunos pelos—. Me refiero, lo habrán ustedes comprendido, a mi madre, cuya mera mención provoca comprensibles sollozos...

José, en efecto, se agitaba presa de llanto.

—¡No lo puedo remediar!

—Se le comprende —le sosegó el cronista—. Como decía —continuó, mientras José balaba como un cordero acabado de destetar y Melquíades movía los entumidos dedos de sus pies dentro de los empapados calcetines—, este portal en que nos guarecemos de la lluvia en aparente casualidad es adonde me dirigía caracoleando como un niño y en posesión de unas golosinas que ahora picotearán los pájaros, suponiendo que se aventuren a salir del nido con lo que está cayendo. ¡Venía, señores, a cumplimentar a la que me dio el ser, el día de su onomástica!

—¿Nació usted el día del cumpleaños de su madre...? —se maravilló José.

—Se me dio a luz en otra fecha... —replicó, secamente, el periodista.

—Pues acaba de decir...

El cronista, sin dignarse contestar, continuó:

—Procuro no hartar con mi presencia a ese ser sacrosanto, visitándola sólo en días señalados. Y no por desagradecimiento de mal hijo, como superficialmente podría juzgarse, sino debido a que cada vez me resulta más difícil perpetuar el engaño en que tengo sumida a la impar y hospitalaria. Piensa ella, porque así se lo he imbuido, que soy un respetado magnate, titular de una fortuna que produce cuantiosos dividendos, la cual habría conseguido merced a mi inteligencia y mi trabajo. Para redondear mi oprobio, opina que el sueltito que aparece con mi firma en el periódico es una diletante ocupación de millonario, cuando en realidad me proporciona la totalidad de mis ingresos, que no son como para soltar cohetes, como sin duda vienen deduciendo de mi traje de borra...

Un individuo se introdujo con su bicicleta en el portal. Cerraba los bajos de su pantalón con pinzas y se cubría la testa con una bolsa de plástico donde se anunciaba una charcutería, cuyas letras en rojo comenzaban a desleírse.

Melquíades se asustó.

—¿Está herido? —le preguntó.

El ciclista se llevó la mano a la frente.

—Es la bolsa —aclaró.

–Pues parece que le han descalabrado...

–Qué va –le tranquilizó–. Eso sucedió la semana pasada y, como soy pacífico, me tuve que aguantar. ¡Qué habría ganado con esgrimir los puños!

El periodista estaba molesto por algún motivo. José era muda y afligida esfinge.

–Vaya manera de llover –dijo el de la bicicleta, estudiándoles someramente.

–No para –confirmó Melquíades.

–Oiga –se decidió aquél–, ¿dónde ha echado sus zapatos?

–Es largo de contar. Pero ya que muestra ese interés, le menciono que la rueda directriz de su vehículo ha pasado rodando por mi desprotegido empeine.

El ciclista se disculpó. Quitándose la bolsa de la cabeza, operación que evidenció unos cabellos grises aplastados contra el cráneo, la escurrió allí mismo, guardándosela seguidamente en el bolsillo de su americana.

–No estaré molestando... –aventuró–. Me ha parecido que trataban un asunto delicado.

–Este caballero –señaló Melquíades al redactor– nos hacía depositarios de unas confidencias. Si él no tiene inconveniente...

El cronista local carraspeó, incómodo. Le dijo al ciclista:

–Si me da su palabra de no difundir lo que aquí oiga...

–Seré una tumba.

El periodista reanudó su confesión.

–Recordarán que a la viejecita del tercero la idolatro...

Sesgó el canoso:

–¿A qué viejecita se refiere? ¿No será una que en su juventud, desdénando el qué dirán...?

El de letras le miró hostilmente.

–Hablaba de mi madre –explicó, torvo–, quien no sufriera hasta el presente menoscabo, ni lenguas salaces se atrevieran...

–Punto en boca –rectificó el otro. Y al momento, agregó–: Yo a la mía la maté a disgustos.

–¡Cómo! –pronunció José.

–Así fue –admitió éste–. Todas las noches, y con la implícita intención de molestar, regresaba a mi hogar de madrugada, con el

agravante de tener que ir a la mañana a trabajar. ¿Por qué lo hacía, si careciendo de efectivo no tenía sitio adonde ir y me pasaba las horas paseando por las calles desiertas con las manos en los bolsillos...? ¡Jamás he podido entenderlo! El caso era que esa mujer inculta y bondadosa me aguardaba aterida junto al brasero ya enfriado, para ordenarme el embozo de la cama en que dormía apenas una hora antes de volver a levantarme, impelido por la acuciante necesidad de ganar para el sustento, el suyo y el mío... La vieja se terminó acatarrando en las esperas, muriendo al final de pulmonía y dándome su bendición que todavía me quema las entrañas... ¡Si solamente hubiera vuelto a casa temprano una noche! –y se sentó muy afectado sobre las lajas del portal.

–¿Será posible que pueda proseguir? –inquirió con ironía el rector.

–Permanecerá un rato en esa posición –autorizó el gordo señalando al ciclista.

–Pues como decía y ustedes han adivinado, hoy es el cumpleaños de mi madre, un día que ella espera feliz y será triste. Si ella supiera que, en este mismo instante, me encuentro en el portal de su casa, sin reunir el valor para subir y en compañía de casuales amistades, a las que en mi corazón desprecio, y comentando cosas que jamás han salido de mis labios, sin mencionar que he perdido el modesto obsequio que le traía...

El del suelo se puso en pie de un salto.

–¿Dice que es el cumpleaños de su madre?

–Eso he dicho.

–¿Y que se presenta sin regalo?

–¿Es un interrogatorio...?

El ciclista se lanzó sobre el cabás de su vehículo, de donde sacó un grasiento envuelto que ofreció al periodista.

–¿Qué contiene? –receló éste.

–Confituras que llevaba a domicilio. Soy repartidor, ¿saben? Me despedirán a causa de esto, pero no me importa. El encuentro ha sido providencial. En la persona de su madre –le dijo al periodista– desagraviaré a la mía, y si me permiten estos señores, haré extensivo mi homenaje a las suyas, pues induzco que estas beneméritas

señoras ha tiempo que pasaron a mejor vida, aunque no quiero sugerir que sus hijos se la dieran mala.

Involucrados los cuatro en la misma irreprochable acción, entonaron muy sentidos trenos.

Por el agujero de la escalera descendió una voz:

—¿Qué gentuza hay abajo en el portal?

José se sintió muy ofendido. Plantándose en el hueco, levantó la cara.

—Somos gente de bien que nos entregábamos, quizá con algún ruido, a una emoción.

—¡Para eso está el solar de enfrente!

José se retiró.

—¿Por quién nos habrán tomado? —murmuró.

El periodista era reacio a subir donde su madre. El repartidor le entregó los dulces en actitud votiva.

—Tienen el mejor aspecto —le animó.

—Es inútil. Mi madre es ciega.

—¿También ciega? —inquirieron los tres a la vez.

—Las desgracias nunca vienen solas —replicó el hombre de letras, tieso como el palo de una escoba.

—Vamos allá —insinuó Melquíades.

Se adelantó el plumilla, ascendiendo cuatro carcomidos escalones.

—Si se quieren quedar aquí, vigilando la bicicleta del repartidor...

—La subo conmigo —dijo éste, animoso—. Exceptuando su madre, no parece que haya aquí buen vecindario.

—¡Pero qué chusma! —repitió la voz anónima de arriba—. Si no se me hubiera muerto Sansón el mes pasado... ¡Ése sí que era un perro!

5

Ecos de amor. Una carta

El periodista se detuvo en el rellano del segundo piso. Curvando varios dedos de su mano derecha, los utilizó para rascarse el cuero cabelludo. Quienes iban a su espalda, preguntaron:

—¿Ocurre algo?

—Descendamos —ordenó escuetamente aquél.

Pero el ciclista, habiéndosele soltado la cadena de la bicicleta, bloqueaba la bajada. Melquíades le espetó al cronista:

–¿Por qué muda de propósito? ¿Se niega a ver a su madre?

–No es eso y avive.

–Me niego –repuso con dignidad el gordo, plantándose en un escalón sobre sus cuasi desnudas plantas.

El redactor, con fuerzas extraídas de la desesperación, exclamó:

–¡Aquí no vive mi madre! –y añadió que se había equivocado de portal.

–Eso cambia la cosa –y Melquíades alzó un pie con intención de colocarlo a un nivel más bajo.

–Aguarden a que coloque la cadena –solicitó el repartidor.

–Abajo –le insistieron.

El ciclista sacudió los brazos en señal de protesta.

–¡Nos marchamos! –avisó Melquíades, precautorio, al vecindario, que comenzaba a repartir consignas–. ¡Creíamos que se domiciliaba en este lugar la madre de nuestro amigo...!

–¡Aquí también estamos madres! –replicó una mujer de la vida, soltando una carcajada.

–¡Sansón...! ¡Menudo perro...!

–¡Al solar de enfrente!

De nuevo en el zaguán, hubo una tardía reacción de amor propio.

–Echémosla a beneficio de inventario –concluyeron, sensatos.

La lluvia, tupida como una manta, flagelaba sin piedad los bruñidos adoquines y provocaba gorgoritos en los charcos donde, como minúsculos navíos, flotaban inmundicias.

–Es dos casas más allá –informó el redactor.

–Es cierto que no la visita demasiado –reprochó Melquíades al de pluma–. De lo contrario, no se habría equivocado de portal.

El cronista achicó los ojos.

–Veo que calibra por dónde voy...

–En absoluto. Y le rogaría nos lo explicase.

El periodista tenía la misma expresión que cuando le acorralaron.

–Me lo terminarán arrancando –suspiró–. En la casa que acabo de mencionar –la señaló, empapándosele la manga en un segundo–, vive una mujer para la que todos los elogios resultan insuficientes.

Estoy refiriéndome al plano físico, pues en el espiritual, según tengo entendido, adolece de no pocos lunares...

–Los lunares, según por dónde se repartan –sentenció el repartidor.

–Calle –le silenció aquél–. Comprenderán –les dijo a todos– que no hablo de mi madre, aludiendo en cambio a una amiga de mi jefe, el director del medio en que trabajo, a la que éste acude cuando se siente alicaído con objeto de que le levante la moral. A fe que lo consigue, según el evasivo testimonio de mi superior, que jamás ha querido entrar en detalles...

La desconfianza, el rechazo, se abrían paso en el cerebro de los dos amigos, mientras el ciclista se volcaba en la reparación de su vehículo.

–Ya me contarán luego de qué va –musitó el último.

–Tengo la impresión –dijo Melquíades, moviéndose como una vasija transportada por un burro– de que lo de su madre es ficción, y que nos ha arrastrado a este barrio en decadencia, a su pesar, lo sé, pues reconozco habernos colgado de sus faldones..., que nos ha arrastrado, decía, con miras extrañas. ¿Traicionar a su jefe...? –se preguntó–. Espero que lo dilucide –y arrugó la frente con colosal escepticismo.

–Es injusto conmigo –dijo, corrido, el periodista–. No duden de que tengo madre, y en las condiciones que han quedado descritas. Pero también es cierto que no me proponía visitarla, sino satisfacer una curiosidad, cabe que malsana, conociendo a la dilecta que estruja como un limón el corazón del director de mi periódico. Mirarla y fenecer: a eso se reducían mis aspiraciones.

–Exagera –dudó Melquíades con mucho fundamento.

José enrojó inopinadamente. Mordiéndose la lengua, habría de decir:

–No me es posible permanecer callado por más tiempo. La estratagema del plumífero (y no se enfade, señor mío, por verse calificado con desdén, pues ha reunido los méritos precisos) me ha traído a las mientes lo que nadie, ni siquiera tú, Melquíades, que blasonas de conocerme bien, ha llegado a intuir de mi persona. Soy hombre reflexivo y soñador, como cualquiera advierte, y precisamente por ello cortejo en mi interior una pasión que tristemente califico de

imposible. Hace años estuve enamorado... y aún lo estoy. Guardo en mi pecho un retrato de la pérfida, aunque casi ya no se distingue nada... ¿Recuerdas, Melquíades, cuando tú, que caminabas esposado entre la pareja de tricornios, posaste tu mirada en mí por vez primera hace ya un tiempo...?

El gordo se soliviantó.

—¿Qué pretendes sugerir?

—Yo tenía en carne viva las entrañas —apostilló el amigo—, y por tal motivo era sensible al humano sufrimiento, el tuyo en ese caso. Todavía me parece que me veo: pálido como la luna y ojeroso (tenía un espejito de mano del que me deshice con repulsa para no ofrecer una impresión errónea). Haciéndome el mañoso, me aproximé a los guardias, sabiéndoles tocar el punto flaco, que era el juego. Arriesgando un dinero inexistente que fingí guardar en un pañuelo, donde en realidad escondía una mandarina, conseguí ganarles, después de estremecedora serie de azarosos reveses. Y cuando al final, cejjuntos, comenzaron a rascarse los bolsillos, les propuse que te soltasen a cambio de mis legítimas ganancias. Lo que hicieron, dándote desmayados sopapos en lugar de la paliza que te habían prometido... ¿Me dejarás mentir? —le puso por testigo.

—Sucedió como lo cuentas.

—Pues a lo que iba. Debido al desengaño amoroso que, candente, me agobiaba, y que sirvió para rescatarte, puedo ahora comprender al periodista, sus trapacerías, sus engaños... pasando incluso de puntillas por lo de su madre.

—Alto ahí —discutió éste—. Yo no sufro ningún desengaño amoroso. La curiosidad, insisto, es el estricto móvil de mi conducta.

—Por cierto —dijo José, llegado a este punto—: no nos hemos presentado.

El periodista lo hizo a regañadientes.

—Me llamo Ernesto Carlos.

—Tanto gusto —se estrecharon manos.

—Yo respondo por Atilano —dijo el de la bicicleta, levantando el rostro de su labor, que se le resistía.

Continuaba lloviendo. El llanto de un niño, murmullos y la condolida petición de unas pesetas para bajarse al bar eran sonidos que apenas turbaban el conocimiento de aquellos hombres reunidos por

la casualidad. Un cinturón de cuero restalló en los pisos altos sobre unos lomos desnudos de mujer, con el correspondiente aviso de ésta de que se volvía con su madre.

—La pelota está en mi tejado, ¿no es así? —sondeó Ernesto Carlos.

—Tiene una cuenta pendiente con su jefe... o con esa deidad —le dijo Melquíades.

—La califica bien. Y no me extraña que mi jefe esté conduciendo el diario al precipicio, sufragando los caprichos de la hermosa y justificándose luego con osadía trabucaire ante los viejecitos de la junta de accionistas, que de prensa entienden poco, de dinero menos, y de la vida y sus pasiones nada en absoluto.

—¿Usted la conoce? —preguntó Atilano, creyendo terminada su reparación, tras lo cual y con objeto de comprobarla dio una pedrada con la mano que volvió a soltar con ruido la cadena.

—Jamás la he visto —confesó el cronista—. Ni siquiera he posado la vista en su retrato, por lo que ignoro todo de ella, fuera de algunos elogios verbales que, confanzudo, ha tenido mi jefe la imprudencia de expresar. Sin embargo, y para que observen en qué basura me he convertido, no he tenido escrúpulos en apoderarme de una carta suya perfumada que se le cayó del bolsillo a quien me concede el pan y cuya lectura originó mi pulsión incontenible.

—¿Una carta de ella? —inquirió Melquíades.

—¿Y qué decía? —quiso saber Atilano, sin parar mientes en su indelicadeza.

—Su contenido —repuso el periodista— nunca hubiera debido yo saberlo. Se comprenderá, pues, que me niegue a revelárselo a unos desconocidos, corriendo el riesgo de que los pormenores se extiendan por la ciudad. Cotiza en su contra —le dijo al repartidor— interesarse en esa carta. Se nota que es usted de extracción modesta, apenas educado, lo que explica que, a pesar de su canicie, no haya conseguido prosperar.

—Es injusto —protestó mansamente el aludido—, máxime habiéndole cedido las confituras, sometiéndome a inexcusable despido. Ciertamente soy de clase baja, pero precisamente en el hogar de los humildes se sitúa el venero de las mejores tradiciones, que no tantos son capaces de apreciar —afirmó, pesaroso.

Que acaba a tortas

La cara de Atilano se llenó de irregulares surcos, fronterizos con las rosadas y caprichosas extensiones causadas por el desteñido de la bolsa con que se protegiera de la lluvia, campeando el conjunto sobre los erizados cañones de una barba gris de varios días. Su aflicción desarmó parcialmente al redactor.

—Aquella misiva —terminó revelando éste—, que en mal momento levanté del suelo, se trufaba de nobles sentimientos en mezcolanza con otros capciosos y mundanos. Estos segundos podrán adivinarlos sin necesidad de que descienda a detallarlos...

—No esté tan seguro —replicó el ciclista—. Al margen de la opinión de estos señores —se refirió a José y Melquíades—, en lo que a mí respecta he vivido en un tabuco y apenas me he relacionado con expresión del otro sexo, a no mediar unos durillos que eventualmente conseguía juntar con las propinas, gastándomelos como ustedes supondrán, con preferencia en sábado, aunque no me habría importado en otro día. Recuerdo que mi pobre madre, la que conduje a disgustos a la tumba...

El periodista se impacientó.

—Atilano —dijo—, y observe que le llamo por su nombre de pila que ha tenido a bien comunicarnos: no haga que le afee su comportamiento por segunda vez. Pero es de mal tono interrumpir a quien está en el uso de la palabra.

—Punto en boca —se calló el repartidor.

—Como les refería —siguió Ernesto Carlos—, la perfumada esquila, aparte de expresiones muy audaces para tratarse de una dama, por lo que colijo que no debe de serlo, aunque quien esto afirme se encontrará con mi animadversión perpetua, la carta, decía, manifestaba en sus renglones exigencias escasamente modélicas, destacando singularmente una en cuyo colofón vertía la amenaza de poner en conocimiento de la esposa de mi jefe las relaciones más que estrechas que la autora epistolar mantenía con el polémico prócer que dirige el diario.

—Eso es grave —consideró Melquíades.

El relator hizo un gesto de fatalismo.

—Sin duda —convino—. Y lo sería en grado superlativo si efectivamente mi jefe estuviera desposado, lo que para bien o para mal no sucede. Pues en realidad —alzó la mano ante las explicaciones que comenzaban a pedirle—, y antes de que se hagan un lío, mi jefe es soltero, siendo yo de la opinión de que para escudarse ante la dama, añadiendo picante a su amistad, debió de aseverar encontrarse ligado por los lazos del matrimonio. Si esto hubiera sido una suerte, no lo sé. El controvertido carácter de mi superior jerárquico, que conozco en demasía, ¿habría sido removido en lo profundo, emitiendo miríficas sonrisas, caso de llevar en su anular una alianza...? O por el contrario, y como se derraman los ejemplos, ¿le estaría royendo las entrañas la superior estupidez de cuando en su juventud, cegado por absurdas ilusiones, diera ese paso singular sobre el abismo, que tantos acaban considerando fue su boda...?

Atilano sugirió:

—Lo mejor es quitarse de vicios y ahorrar. Y al lograr la cantidad estipulada...

—¿De qué demonios habla? —le preguntó Melquíades.

—No pretenderá que lo hagan gratis... Algunas llegan a cobrar un suplemento si aprecian superior disfrute al acordado.

El canoso fue objeto de cálido desprecio.

—¡Tampoco ustedes pertenecen a la aristocracia...! —se defendió.

—Heme aquí —prosiguiera el narrador su historia— dueño de un secreto que no me pertenece y abocado a intervenir...

—Muchas veces —intervino José—, es preferible mantenerse a un lado. ¿Para qué sufrir?

Ernesto Carlos se sulfuró.

—Esta mujer desconocida y, ¡sí!, descomulgada ha despertado en mí una reacción...

—...Que le sería mejor desatender.

—Quizá porque usted —se picó el cronista— no tuvo la gallardía de anteponer un futuro en común...

—Qué sabrá nadie sobre mí... —dijo José, melancólico y sin acritud.

—¿Quiere pisarle el asunto a su jefe...? —le preguntó Melquíades a Ernesto Carlos—. Cualquiera llamaría a eso alevosía.

—Ni yo mismo sé qué busco —se replegó el periodista—. ¿Acaso he escudriñado correctamente en mi interior...? ¿Sé eventualmente por

qué llueve, por qué hace frío o calor? ¿Conozco la naturaleza del ocaso, la razón por la que el día sucede a la noche y viceversa? ¿O el motivo inexplicable por el que las mujeres, independientemente de raza o de creencias, se abisman con afán ante un escaparate que contiene cuatro trapos? No, amigos —se sentó junto a Atilano—, confieso que soy un ignorante...

La cara de Melquíades se dilató en una espléndida sonrisa comparable al sol que se obstinaba en ocultarse. Ernesto Carlos, observándola, dijo:

—Debo insistir en que lo de mi madre no es una entelequia. Vive y razona, aunque no mucho, que ésta es característica de madres, quienes habitualmente se subordinan a premisas de emoción.

—Yo me acuerdo —sesgó otra vez Atilano— de una que se llamaba la Virtudes. ¡Qué amazona!

El redactor se puso fulminantemente en pie.

—¡Me niego a continuar aquí un segundo más! —y se plantó de un salto en mitad de la calzada, sin importarle la lluvia, que en ese momento se transformaba en granizo, dejándole las orejas como sendas amapolas y obligándole a refugiarse de nuevo en el portal—. En cuanto despeje, me iré —rectificó.

—Ya se ve lo que vale su palabra —desdeñó el repartidor—. Y para más inri, hemos pisado el envoltorio.

En el suelo se ofrecía aplastado el recado del ciclista.

Escampó y gente presurosa se precipitó escaleras abajo a la calle.

—Así que son ustedes quienes armaban jaleo.

El que les hablaba era un fornido con aspecto de llevar largos años estreñido.

Melquíades y Atilano sonrieron con idea de congraciársele. El redactor se hizo el distraído, mientras José se preguntaba si interesaría argumentar. Pero el gañán se arremangó, se escupió las palmas, las frotó y adoptó la postura de reglamento del boxeo, encajando sin mayores aspavientos agudos golpes en los ojos de Melquíades, rematando con un directo en el estómago, operación que repitió en José y el periodista.

El repartidor logró esquivarle por un pelo.

Se subtrae, con la mejor intención, eso sí, un Documento Nacional de Identidad

La lluvia les volvió a sorprender sobre la acera.

El cronista dijo finalmente:

—Señores, creo inútil que nos sigamos acompañando. Yo, al contrario que ustedes, tengo un hogar. ¡Encantado de haberles conocido! —y se alejó raudo como si hubiera robado una cartera.

—El cuento de que va a su casa se lo creará su padre —manifestó Melquíades.

—¿Conoce usted al viejo? —preguntó Atilano.

—Es una forma de hablar. Pero puedo afirmar que nuestro Ernesto Carlos se encamina donde la viuda.

—¿Qué viuda? —le preguntaron los otros al unísono.

—La dolosa de la carta.

—No se ha dicho que fuera viuda —objetó José.

—Se desprende de la historia, y ello en atención a distintos argumentos. El primero —enumeró—, una tradición acumulada, es de suponer que no en vano, a lo largo de los siglos; otro es que, si bien cabe el descoco en cualquiera de las féminas, se edifica éste más sólidamente en quienes, mientras vivió el puntal de su marido, no dejaron de soñar en resarcirse a su muerte de los artesanales manejos con ellas de su cónyuge; y existe una tercera razón que desconozco, la que consigno para que cada cual la rellene a su gusto.

—Viuda o no, das demasiado crédito a lo que ha contado el periodista —manifestó José—, principalmente que le hemos sorprendido en determinados renuncios. Para empezar, mintió sobre su madre, y es convenio que no existe peor engaño. Para no hablar del extremo con que nos ha pintado a la de la carta (que no hemos leído), asediando impetuosa al director del periódico. Si nos ponemos a pensar, es altamente dudoso incluso su propio nombre de él que nos ha facilitado.

Melquíades exhibió sardónica sonrisa.

—Ignoro si el plumífero —dijo—, como lo has llamado por lo menos en una ocasión, ha edulcorado aspectos de su sabrosa confesión. Posiblemente, tendrá madre en algún lado, no siendo raro que hoy fuera la fecha de su onomástica. Si se me apura, también es eviden-

te la existencia de la mencionada dama y la poderosa atracción que, lo sepa ella o lo ignore, ejerce sobre el periodista. Pero lo que resulta indiscutible es que éste se llama como ha dicho, según se desprende de su propio carnet de identidad que le he sustraído, parte por juego, parte por un prurito de maldad. Sin embargo –disfrutó con la perplejidad de sus amigos–, el dato más revelador que ofrezco es la dirección de la melosa, donde sin asomo de duda se localiza el aludido.

–¿La sabes? –le interrogó José como un párvulo.

–La murmuraba él por lo bajinis, empeñado en no olvidarla, conforme conversaba con nosotros. Es proverbial mi buen oído, como acaso sepas –y se pavoneó con íntima satisfacción.

Sin tregua, se plantaron en la calle correspondiente.

Les acobardaba la experiencia de la anterior casa. Pero Atilano se las dio de jaque.

–En cierta ocasión –refirió, avanzando con los otros en línea hacia el portal–, encontrándome en la guerra de África y cuando los moros nos tenían cercados, o al menos eso suponíamos, pues al cabo de mes y medio de sitio y de racionar hasta extremos inverosímiles el agua y la comida descubrimos que se habían marchado a otro lugar, desdeñando nuestra guarnición, que verdaderamente valía poco, pero que esa humillación de los infieles nos desmoralizó de entrada, lanzándonos después al desierto la mar de belicosos y entonces sí que tuvimos que racionar con fundamento el agua y la comida, recibiendo innúmeros ataques y debiendo cada cual escapar por donde pudo...

Melquíades le interrumpió.

–Esteremos encantados de escucharle en otro momento.

–No era más que un comentario –dijo el ciclista.

Casi todo el vestíbulo lo ocupaba la garita de un zapatero remendón y jorobado que les inspeccionó con ojos ratoniles, deteniéndose en particular en los pies desnudos de Melquíades. Empuñaba una lezna y se inclinaba sobre un elegante zapato de mujer, el cual no dejaron de observar.

–Buen hombre –le preguntó el orondo–, ¿sería tan amable de hacer una identificación...?

El zapatero hizo un gesto impreciso.

Pero cuando se disponían a dar las señas de Ernesto Carlos, divergieron inesperadamente acerca de su apariencia y complexión. En cuanto a su personalidad, las discrepancias fueron aún mayores. Altivo, generoso, desabrido, simpático, condescendiente, encogido, crápula y mendaz fueron algunos de los calificativos que mereciera el periodista. Resultó imposible cualquier tipo de entendimiento, máxime cuando el zapatero quiso hacer su aportación tachándole de maula.

El ausente gravitaba sobre ellos como un total desconocido.

8

Confesión de bella

Enfilaron el ascenso. Atilano, fiel a su divisa y habiendo rebasado milagrosamente la angostura de la entrada, se acompañaba de su averiada bicicleta.

Una bombilla con rejilla, situada en un ángulo del techo al final del primer tramo de escalera, en la que habían hecho habitación varias arañas, daba casi tanta luz como una luciérnaga en la noche.

Melquíades se situó a tientas frente a una puerta, recorriendo con las yemas de los dedos la desportillada placa que informaba, por si alguien tenía este interés, que se encontraban en los umbrales de la *Pensión de Domitila, con informes*.

Ahogando un grito de triunfo, el gordo se volvió hacia donde suponía a los otros, que confirmaron su presencia en la oscuridad con un murmullo. Con el optimismo de que allí podrían dar razón del periodista, pulsó el timbre. Al no ser pensionista y estar en consecuencia sin avisar, recibió en el dedo el correspondiente calambrazo.

Oyeron arrastrarse interiormente un par de avejentadas zapatillas, que se detuvieron al otro lado de la puerta, permaneciendo a la escucha cuarto de hora.

Finalmente, se dibujó vertical una rendija, asomando lo que semejaba una nariz, bajo cuya silueta una voz se expresó de esta manera:

—¿Qué quieren?

Melquíades se tituló de portavoz.

–Buscamos a un periodista llamado Ernesto Carlos y que está en alguno de los pisos de esta casa. No lo describo porque guardamos acusadas diferencias acerca de su aspecto, siendo preciso subrayar lo que nos une desdeñando aquello que separa. ¿Puede decirnos algo?

–Está todo ocupado –aseguró la presencia, eliminando como por arte de magia la rendija.

A la altura del tercer piso, oyeron palabras ofendidas de mujer y el porfiar de Ernesto Carlos.

Melquíades invitó a Atilano a que apretara el timbre. El repartidor recibió la privativa descarga, a la que siguió de labios de la desconocida, que pronto dejaría de serlo, un atemorizado “caballero, su presencia aquí me pierde”.

El periodista se encargó de abrir, constatando en un santiamén a los que juzgaba que nunca más vería.

Se introdujeron con escueto saludo en el vestíbulo, marcando la bicicleta de Atilano sus roderas en el suelo.

El recibidor era pequeño y se decoraba con barroco gusto, prometedor de confidencias y mórbidos deliquios que, previsiblemente, tendrían su escenario rebasando la cerrada puerta de cristales que se encontraba a la vista y, yendo aún más lejos, en un coqueto dormitorio al que, quizás, se accedería después de cerrar negociaciones.

Ernesto Carlos fracasó en su intento de impedir el acceso del grupo al comedor.

Medio inclinada en un sofá, se situaba la autora de la línea supradicha.

Vestía de elegante oscuro, con medias del mismo color y zapatos de tacón que guardaban cierto parecido con el que reparaba en el zaguán el zapatero. Se maquillaba con moderación y gusto, perfumándose con el mismo aroma de la carta y que no supiera describir el cronista. Su mirada centelleaba, vertiéndola sobre el redactor con marcada preferencia.

–¿Quiénes son? –preguntó, con el dominio de la situación que tienen las mujeres aun en la situación más desfavorable.

–Amigos de Ernesto Carlos –respondió Melquíades.

–¿Y quién es ése?

–El joven aquí presente, que presta sus servicios en el diario que dirige su mantenedor.

–Don Orestes Cifuentes –mencionó el cronista cuando logró recuperar el habla–. Es nombre cacofónico, pero es el suyo...

–¡Orestes! –palideció ella.

–El mismo –corroboró el orondo.

–¡Ese ruin de baja estofa –dijo la dama, cuidando no alterar la expresión del rostro–, que me tiene olvidada, abandonada, y que no ha guardado la consideración de venir, enviando en su lugar mensajerías, para cuya entrada a saco en nuestro nido se han servido del fautor más aseado, que es éste –señaló al periodista– que ha estado farfullando incomprensiblemente desde que puso el pie en esta casa y que ni siquiera ha dicho su apelativo...!

–Soy Ernesto Carlos –repitió éste.

–Ya lo sé. No sé por qué no se atrevía a confesarlo: con ese nombre tiene mucho ganado –y le invitó a sentarse a su lado en el sofá–. Tengo veintisiete años –dijo sin preámbulos la cuarentona, cuya edad no figuraba en ninguna parte, pues se las arreglara para incendiar los archivos parroquiales–. Aunque apenas poseo experiencia de la vida, conozco flecos de su lado oscuro. De pequeña soñaba con convertirme en peinadora, pasándome las horas muertas al espejo alisándome los bucles de los que no raramente la caricia del sol arrancaba un resplandor de oro, a pesar de ser morena. Para atender el aspecto educativo, mis padres me internaron en el preceptivo convento...

–¡Nuevamente los padres, cuya mitad es una madre! –gimió José.

–Allí –continuó– me raparon al cero, encorajinándome contra mi concreta biografía, que decidí torcer. Un buen día, que era noche, me escapé, siendo recogida por un apicultor que se brindó a darme protección –hizo una mueca amarga–, la que residía, como comprendí al cabo de meses, en acometer sin tregua el tesoro preciado que aún conservo y por cuyo enterizo mantenimiento me dejaría matar, con objeto de cederlo a quien sepa justipreciarlo –miró a Ernesto Carlos por el rabillo del ojo–. Pasé de oficio honesto a ocupación honrada, ganándome fama de laboriosa, hasta que al fin, como sucede con la virtud llevada a extremos, lo que era y es mi caso –volvió a mirar de reojo al cronista–, me encontré en el arroyo sin

dinero, sin comida, sin cartilla del seguro y con sólo la ropa que llevaba puesta y que me empeñé en que nadie me arrebatara, y refiero esto porque allí, donde se me dejó al albur, era un extrarradio de notoria mala fama y mi belleza, señuelo irresistible...

Ernesto Carlos escuchaba en éxtasis.

—Cierto lloviznoso jueves tropecé con Orestes, que si al principio de nuestra relación me trató como a una hermana, pronto quiso, en un audaz juego de prestidigitador, mutar el contrato que habíamos efectuado ante un notario que se prestaba a todo tipo de enjuagues. Reaccioné ante la estrategia diseñada por aquéllos, luché... y sucumbí en medio de las lágrimas, si bien y por raro que parezca, el tesoro arriba mencionado se conservara incólume —sus ojos miraron ahora con fijeza al redactor, quien evocaba el pájaro presto a sucumbir ante el ofidio—. Se sucedieron tormentas y reconciliaciones. Orestes era hombre casado, o por lo menos esa condición reivindicaba. Le amenacé con irme. Se rió. Le amenacé con quedarme. Se rió también. Le amenacé con no hacer ni una cosa ni otra: se quedó desconcertado. ¿Qué recurso me quedaba sino entregarme a la desesperación, a horcajadas en el parapeto de algún puente...? Ayer le escribí una carta...

—Lo sabemos —comentó José, imprudentemente.

—Pero esté absolutamente tranquila —Melquíades le dedicó una reverencia, oyéndose rasguído de tela hacia el trasero—. Si existe alguien que encierre en su pecho toneladas de consideración hacia los escrúpulos del sexo débil, estando éstos fundados o, por el contrario, siendo elucubraciones traídas por los pelos...

Ella se dio por satisfecha.

—Ahí dentro tengo hechas las maletas —apuntó hacia el dormitorio.

Intensa mirada cruzaron la mujer y Ernesto Carlos.

9

El periódico. Su director

Avanzaba la noche por las calles, habiéndose instalado hacía horas en el lóbrego despacho del director del diario, lo que hiciera preciso encender un flexo que arrojaba estrictamente un redondel de luz

sobre la mesa, cubierta de variado y desordenado género de objetos.

Las paredes de aquella habitación de donde emanaban directrices eran indiscernibles a ojo humano, pero de abonarse la contraria circunstancia mediante una iluminación correcta, hubieran podido apreciarse en distintas partes y a diferentes alturas unas bubas o convexidades provenientes de la humedad de una cañería rota que al cabo de lustros no terminaba de ser localizada y que afectaba al edificio entero.

Todos los años, conforme a la misma y drástica resolución de cada ejercicio, aparecía un fontanero, quien se pasaba los siguientes días entregado a operaciones esotéricas que culminaban con la presentación de una factura y un vaticinio solemne. Ni el importe se pagaba ni la promesa se cumplía, por lo que los contratantes quedaban igualados.

Sobre las mencionadas paredes, pendía de una alcayata el torvo retrato de un señor de amplios bigotes que no tenía nada que ver con el periódico. A pesar de lo cual, en primavera, se proyectaba sobre el lienzo el haz de una linterna con objeto de inspirar a un redactor llamado Carrascosa un panegírico acerca de las virtudes cívicas y periodísticas del hombre del cuadro, quien miraba desafiante desde su elevación.

Aparte del retrato, y salvo un mapa ciudadano vuelto negro por el rezumadero, el resto se ofrecía desnudo aunque no limpio.

En un ángulo de la estancia se erigían unos ficheros que raramente se consultaban, constituyendo su buena provisión de alimento para los ratones que correteaban por las dos plantas y sótano de que constaba la construcción. Circulaban rumores acerca de que, en este último, algunos obreros componían cada noche el ejemplar diario, perteneciendo al ámbito de la leyenda el origen de su presencia en el periódico, la manera en que cobraban y su cuantía, como también si alguna vez salían al aire libre.

Don Orestes Cifuentes, el director, era hombre corpulento, de mostacho espeso y pobladas cejas negras, y solía mordisquear un puro apagado. En ese momento, leía galeradas bajo el foco de su lámpara de mesa.

Con precisa consigna —el periódico tenía enemigos—, llamaron a su puerta. El director autorizó la entrada.

Ernesto Carlos se introdujo en el despacho, seguido del gordo, el soñador y el repartidor (con su vehículo).

—Más vale que traiga algo importante —saludó el del puro sin levantar la vista—. ¿Dónde demonios ha estado?

—No he permanecido ocioso —se apresuró a decir el redactor—. Mi actividad durante el día redundará, si no en beneficio del diario, por lo menos en el de terceros.

—El periódico es lo único que debe preocuparnos —replicó malhumorado el director. Al cruzar las piernas y sacarlas por un lado de la mesa se observó que usaba ligas, con el espantoso efecto inherente al adminículo—. Por cierto, ¿no habrá encontrado una carta que se me cayó del bolsillo...?

El periodista la depositó sobre la mesa.

—Aquí la tiene, y es la razón de mi tardanza. Se la hubiera devuelto —explicó—, pero ahora me alegro de no haberlo hecho. Gracias a ello, he sido impuesto de su contenido, logrando conocer personalmente a la que derramó sobre el papel sus sentimientos. ¡Le advierto, don Orestes —se alarmó al levantarse su jefe de la silla y avanzar hacia él con las manos extendidas— que soy otro que el que salió por esa puerta esta mañana...!

Los otros hicieron espacio por si tenía lugar una pelea.

—Tranquilícese —dijo el director, pasándole un brazo por el hombro—. Le haré tan sólo algunas consideraciones, debiendo comenzar por recriminarle su falta de lealtad para conmigo. ¿Le interesaban mis afectos hasta el punto de interceptar mi correspondencia? ¿No le dejaba conciliar el sueño lo que usted suponía mi delirio con Homóbona, quien dado lo horrendo de su nombre (no así, he de reconocerlo, de su persona), lo ha sustituido por el de Amaranta, que a mi juicio peca de arcaico y pastoril, habiendo yo preferido que se llamara como todas, o sea Carmen, María o Asunción...? ¿Tenía, y ya termino, que robarme la carta, cuando yo se la habría facilitado muy gustoso?

Ernesto Carlos se avergonzó profundamente, inclinando su cervigillo medio ángulo recto.

—¡Me obcequé! —reconoció—. Jamás debí interponerme en el camino del amor más puro.

—¿Amor puro...? —don Orestes seccionó el puro con los dientes—. Quite. No pasaba de la carnalidad más desdichada, a la que estoy tristemente sometido, y lo afirmo ante sus acompañantes —paró mientes en ellos—, en dos de los cuales adivino a los detenidos del cuartelillo, que no sé a qué han venido... —y cabalgando una nalga y medio muslo sobre la mesa, se expresó de lo siguiente—: El germen de esta situación entre lo ridículo, lo absurdo y lo sublime se originó en mi infancia, cómo no, continuando en mi primera juventud y prolongándose hasta la segunda, abarcando también mi madurez y, es de esperar, la senilidad que comienzo a vislumbrar. ¿Me creerán si digo que solamente pasados los cuarenta y cinco barrunté el acto generativo de la especie, y que no fue hasta alcanzar mi quinta década cuando aprendí determinados pormenores prácticos anti-quisimos de Oriente, con el agravante de que la mayoría de mi sexo, que es el suyo, venía tempranamente dominándolos...?

“Cierto era —reconoció— que sentía en mí determinados impulsos que no conseguía explicarme, terminando por acudir a un médico alienista que ordenó mi inmediato internamiento en una casa de salud de Castro Urdiales.

“La decisión empeoró mi mal, ya que los síntomas se acentuaron con la pasividad forzosa y la contemplación todas las noches de una hija de familia que vivía enfrente y cuya operación de ponerse su gorro de dormir yo vislumbraba a través de los visillos de mi celda. Comprenderán que cito esa inocua y desusada prenda por no referirme a otras más propias...

“Una noche, después de un sin fin de recaídas y avanzada ya la cuarentena, me escapé del sanatorio, yendo a parar a un parquecillo donde la mencionada hija de familia tenía cita con un recluta que esa misma tarde se había licenciado y que, me enteré al día siguiente por la prensa, acababa de ser atropellado por un tranvía. La involuntaria desertión del uniformado fue providencial. La moza me miró, yo la miré... y negras nubes taparon oportunamente la redonda luna que actuó con un pudor que jamás he dejado de agradecerle, componiendo incluso un poema al astro de la noche.

“A tal ocasión, siguieron otras; y a éstas, más. Yo no cabía en mí de gozo, experimentándolo en el plano material, moral, intelectual y metafísico. Mi enfermedad, ¡la que yo esperaba que me acompañaría hasta la tumba!, huía de mí, vergonzosamente derrotada por apenas una niña. En el hospital, donde ignoraban mis escapadas nocturnas, estaban admirados. Se felicitaban de los electrochoques y de la flagelación con el felpudo de la entrada que me propinaban a diario. Yo sonreía y aguardaba con ansias el crepúsculo... –y bajando de la mesa, flexionó rodillas y brazos y, con horizontal movimiento de la ingle hacia adelante, emitió un relincho entrecortado.

10

Un enigma traído por los pelos

–Se harán cargo –prosiguió después de un apagón que no se notó prácticamente– de que me tenía que resarcir después de una vida entera de abstinencia. El potencial que guardaba escondido en mi interior, se derramó libremente por doquiera, al igual que el mar, que agitado por impetuosos vientos, cae a plomo en las zonas costeras en que así lo hace, arrasando tanto las humildes cabañas pesqueras como los altivos palacios de los príncipes. Estaba desatado, y pronto no me conformé con la hija de familia, proyectando mis ímpetus de sátiro sobre la totalidad de las mujeres de la provincia y zonas aledañas, al margen de edad o condición. Nadie, se sobreentiende que en el campo femenino, escapaba a mi furor.

“Los enfermeros del sanatorio, observando que aminoraban unos síntomas, advirtieron que despertaban otros, pasando a golpearme con cadenas de bicicleta, como ésa que distingo averiada desde aquí –señaló la del repartidor– y que no me explico con qué finalidad han metido en mi despacho, como no sea la de que yo la repare y van ustedes listos... El desconcierto de aquéllos fue mayor cuando se presentó en la casa de salud, armado de una escopeta de cañones recortados, el progenitor de la hija de familia, al cual vejete yo también contemplara en gorro de dormir, que él sí lo usaba y de verdad, y no quieran imaginar su aspecto.

“Mientras recorrían en mi busca el hospital, encabezados por el director del centro, profesional que había estudiado en Alemania, si

bien con no muy brillantes resultados académicos, que todo se termina sabiendo, salté toreramente por una ventana que daba a un patio donde se cultivaba marihuana, descubriendo fortuitamente un negocio para el que contaban con enlaces comerciales en los principales puntos del planeta... De este patio me trasladé a un segundo, y a un tercero. Y después a un cuarto, quinto y sexto...

“Desde entonces no he dejado de andar saltando patios, pasando de unos brazos a otros, de un querer a otro querer, de unas caricias a más. Encuentro, en suma, que curándome de un mal, he devenido en peor enfermedad, ya que conlleva mucho gasto de dinero y energías. Y además me corroe la sospecha de, en mi trato mujeril, haber improvisado en lugar de seguir fielmente los manuales al uso que atestan mi biblioteca particular, una de las mejores del país, y que escondo tras larga fila de obras pías...

—¿Ha sufrido usted quejas? —se interesó Melquíades.

—Nunca, pero puede ser por educada cortedad.

—No lo crea. Se suelen las féminas manifestar sinceramente, a no ser que les convenga el silencio por alguna razón que se me escapa.

—Me tranquiliza —dijo el del puro.

—Tengo la impresión —insinuó el gordo— de que no es usted el cícnico que apunta, el innoble sujeto que se aprovecha de seres tan sublimes como son ellas, cuando son así. Sin duda busca un regazo donde posar su cabeza, alguien que le diga una palabra amiga de verdad, aunque con la contrapartida de pasarse los sábados sacando brillo a los dorados, habiendo fregado los platos durante toda la semana.

—¡Tiene razón! —exclamó el director de prensa—. Pero ¿dónde está esa mujer, quién de las miles que abyectamente poseí...?

—Serían menos —dijo Atilano con envidia.

Don Orestes Cifuentes se dirigió a su aturdido empleado.

—¡Ernesto Carlos! —le invocó—. Adivino que su temprana edad se inclina hacia Homóbona, a la que en adelante llamaremos Amaran-ta, no vaya a ser que se nos presente de improviso... Ella pudo ser la elegida de mi corazón, aunque no pasó de ser la postrera de tantas. Sus últimas exigencias me abrumaron, motivando que yo, cuca-mente, dejara caer su carta del bolsillo, en la seguridad de que usted habría de recogerla, obrando como lo ha hecho y cayendo víctima

de su hechicero influjo, que no es ninguna broma, si lo sabré yo... No le arriendo la ganancia, por más que le felicite muy sinceramente. ¡Y perdóneme por el truco empleado!

—No tiene importancia —repuso, tímido, el periodista.

—¿Dónde está ella ahora? —rugió el director.

—La he sacado del tugurio en que usted la colocó, instalándola provisionalmente en un hotel con pretensiones. Por este imprevisto accidente, me veo en el penoso trance de solicitarle aumento de sueldo.

En cuanto cesó su risa, aclaró el jefe:

—El periódico, hijo, marcha a la quiebra a velocidad de corcel, en buena parte gracias a los dispendios a que me forzó Amaranta. Nos mantenemos por inercia. Los obreros del sótano ya no saben de qué color es el dinero. Ignoro por qué no han desertado, como no sea —ponderó— que pesa sobre ellos una orden de búsqueda y captura por el famoso y terrible crimen del titiritero, con el que se ensañaron antes de darle el golpe de gracia y cuyos sangrientos detalles, recordará, incluimos hace un quinquenio en un número especial. Carrascosa, ¡qué le voy a contar!, es antiguo empleado de la casa, aunque no conviene presionar mucho esta tecla. Y en cuanto a usted, muchacho, me hallo en las antípodas de suponerle tonto al prestar sus servicios prácticamente por el mendrugo que le doy, pero es cuanto puedo ofrecerle, aparte de una limonada en la cafetería de la estación, que ya sé que no frecuenta y que por eso la menciono. Apáñese con Amaranta y le extenderé un documento, jurando que en mi vida la he puesto un dedo encima. ¿Le conviene...?

El periodista tenía los ojos humedecidos.

—Supera cuanto me atreví a soñar...

—No se hable más.

Melquíades se plantó muy intuitivo delante del dominador individuo.

—Al contrario, conviene precisar determinado extremo.

—Usted dirá —don Orestes se puso a la defensiva.

—Planea un misterio sobre mi vida, el cual yo mismo no termino de conocer y voy rodando por esos mundos en espera de desentrañarlo. Esta incógnita jamás la he dejado traslucir, ni siquiera a amigos íntimos —aludió a José—. Y dado que nos encontramos en la

sede de un periódico, donde tarde o temprano se termina sabiendo de cualquiera, le ruego, es más, le impetro, que si se obtienen de mí informaciones al efecto, me las trasmita por medio seguro y adecuado, en la seguridad de que sabré recompensarle.

—Para usted la perra gorda —concedió el del puro, terminando por deshacerlo en su boca y escupiéndoselo a su interlocutor sin asomo de desprecio—. No le quepa duda —prometió— de que si me entero de algo, se lo haré llegar. No obstante, abrigo serias y fundadas dudas acerca de la mencionada recompensa, que necesariamente pertenecerá al terreno de lo inmaterial —y le miró de arriba abajo, deteniéndose en sus calcetines.

—De la resolución de ese misterio puede resultar alguna suma.

Don Orestes Cifuentes extendió escéptico la mano.

—Y ahora que nos hemos conocido, justo allí se sitúa la salida.

Al quedarse solos, habría de señalar el jefe:

—El gordo me ha parecido algo redicho. Y se ha olvidado de dejar la dirección, suponiendo que no viva a salto de mata, cosa que nos trae al paio pues no espero volver a verlo.

Ernesto Carlos no hizo comentarios.

Nada más salir, le robaron su bicicleta a Atilano a punta de navaja. De camino a la estación donde pretendían coger un tren, Melquíades adquirió por medios que no quiso revelar, y a falta de mejor calzado, unas sandalias.

11

Luctuosa visita. Se acentúa el enigma

Mientras tres individuos se sumían en el sueño en el profundo vientre de un vagón de mercancías, la redacción del periódico era visitada por dos viejos de negro, con sendos maletines del mismo color y escasa actitud de simpatía en sus demacrados rostros.

Don Orestes Cifuentes, el director, tomándoles certeramente por lo que eran, intentó sin éxito deslizarse hasta la calle a lo largo de un canalón que corría por la fachada... y que minutos antes había sido sustraído.

Devolviendo sus carnes al despacho, se dispuso a atenderles con la mejor de sus sonrisas.

—Lo que diremos será breve —moduló uno de ellos, hermano gemelo del contrario—. Las cuantiosas deudas adquiridas por este medio nos obligan a una decisión extrema. Resulta imposible concederles más préstamos. Nuestros padres y abuelos ya lo hicieron y se fueron a la huesa sin conseguir cobrar siquiera los réditos. Nosotros pertenecemos a otra generación. El sentimentalismo, pertinente en la esfera personal, está de más en los negocios. Los tiempos son cada vez más veloces y no podemos quedarnos rezagados. ¿Me expreso bien? —le preguntó a su hermano.

—Perfectamente. Te ha servido de mucho ensayar ante el espejo.

—En consecuencia —continuó—, no le queda más remedio a nuestra firma que hacerse legalmente cargo de la suya. Aquí están los papeles —y abriendo su maletín, extrajo varios pliegos que depositó encima de la mesa para que el director los firmara.

Éste se derrumbó en su asiento.

—¡Es un golpe demoledor! —exclamó.

—Téngalo por cierto —confirmó el que apenas había hablado.

—Hoy mismo —dijo el otro— hemos neutralizado al pulcro consejo de accionistas del periódico, quienes, eufóricos, nos han cedido sus derechos a cambio de un viaje a Lanzarote. Si firma usted —agregó—, y como conservamos un poso de la antigua hidalguía de nuestros antepasados, que gloria hayan, le autorizaremos de momento a seguir en su puesto. En caso contrario, abajo aguarda la policía.

Don Orestes se precipitó a la firma con tal ímpetu que rasgó el papel.

—Espero que comprenda nuestra actitud. Estas decisiones nunca son agradables.

—Por supuesto —expresó flojamente el director.

Ernesto Carlos apareció con una cuartilla en el umbral.

—¿Quién es usted? —le interpelaron los gemelos.

—Trabajo aquí... —miró interrogativamente a don Orestes.

El director sacó fuerzas de flaqueza y explicó:

—Son los nuevos dueños del periódico.

—A partir de este instante —corroboró el más hablador de los hermanos—, nos constituimos en las hadas tutelares que soplarán en sus cogotes, impulsándoles benéficos a conducir la nave informativa al seguro puerto del hogar de los lectores.

—Eso no te lo he oído decir en el espejo.

—Se me acaba de ocurrir. Como también me pasa por las mientes si acaso no prestan más periodistas sus servicios en la casa.

—Estrictamente sólo hay otro —don Orestes se refirió al ya mencionado Carrascosa—, aunque en tiempos hizo aquí sus pinitos una joven llamada Maripuri, que para más afrenta había escrito una novela. Nada serio o importante, motivo por el que fue celebrada por la crítica, obteniendo galardones a ambas orillas del océano.

—¿Cómo es que ya no figura en plantilla?

—Maripuri —evocó suspirando el de bigote— era lista y obraba en poder de un culo formidable, estando al nivel sus restantes proporciones. Yo pasaba diariamente las peores torturas del infierno, sin que me atreviera a hacer prevalecer mi jerarquía, ya que puedo ser malo pero no tonto o viceversa. Finalmente, y con gran dolor de corazón, la coloqué de corresponsal en las Bermudas, desde donde nos enviaba sus crónicas semanales que tirábamos directamente a la papelera, debiendo reescribirlas un negro de Guinea con ayuda de una enciclopedia de la que todavía se debían muchos plazos. Maripuri, si no mentía el telegrama que llegó con la noticia, se casó allí con un terrateniente volcado en su colección de sellos de correos, afición que ella descubrió tardíamente. Nos escribió rogando la devolviéramos a España, y gestionamos su viaje de regreso en un barco de ganado propiedad de su marido que se hundió a pocas millas de la costa, negándose el seguro a satisfacer la indemnización con la excusa de que se habían retrasado en el pago de la póliza, aparte de que el naufragio olía a chamusquina. Creemos que el marido se volvió a casar, soltando un día de viento desde un aeroplano su colección de sellos, compuesta de millones de ejemplares, la mayoría de gran valor. ¡Pobre Maripuri! —se lamentó don Orestes.

—¿Qué ocurrió con el negro de Guinea?

El director consultó a su empleado.

—¿Recuerda aquel negrito zumbón que, sonriente, tocaba las maracas?

—¿Uno que medía más de dos metros y tenía muy malas pulgas?

Asintió el jefe.

—Se marchó a poco de entrar Ernesto Carlos, harto de que le acusáramos de atrancar siempre el retrete.

—¿Lo atrancaba? —preguntó el más silencioso.
—No sabemos: solíamos impedirle el acceso obturando con un palillo la cerradura del servicio.
—¿Qué es lo que lleva? —le preguntó al joven el más locuaz de los gemelos, señalando la cuartilla.
—Un suelto que incluiremos en la edición de mañana.
—Traiga.
Al leerlo se demudó, estando a punto de caer desvanecido.
—¡Dorimedontes...! —se asustó el otro.
—¡Lee! —éste le alargó el papel.
El hermano experimentó la misma reacción.
—¡Es él, sin la menor duda!
El llamado Dorimedontes se encaró con don Orestes agitando la noticia.
—¿Se sabe dónde ha ido el gordo a que se refiere el texto?
—No lo ha dicho.
—¿Está seguro...?
—Pongo por testigo a mi empleado.
—¡El destino nos lo ha puesto a tiro, Jeremías! —exclamó Dorimedontes, excitadísimo—. ¿Hace mucho que ha salido de aquí? —le preguntó a don Orestes.
—Un par de horas.
—No puede estar muy lejos... ¡Enviaremos un detective tras su pista! Y cuando lo encuentre...
Jeremías palideció.
—Si no queda otro remedio...
—Es la única solución —aseguró su hermano—. Nos jugamos mucho.
Se resignó el gemelo.
—En cuanto a ustedes —dijo Dorimedontes a jefe y empleado—, si el uno desea conservar su puesto y el otro fundar una familia, o por lo menos iniciar sus estimulantes prolegómenos, y ya veo que he hecho blanco en ambos casos, se guardarán mucho de contar lo que han oído. ¿Estamos?
Al irse los gemelos, confesó don Orestes a su subordinado:
—Hemos sabido del descalzo conforme éste previera. ¡Formidable instinto el del obeso!

De viaje. Los sueños, sueños son

El tren de mercancías se dilataba por la llanura hacia algún punto de la rosa de los vientos. Ocasionalmente, se detenía en el campo solitario sin razón y, por las mismas, se volvía a poner en movimiento.

Gélida brisa se filtraba por los intersticios de las tablas del vagón.

Tras los momentos iniciales, al encaramarse al tren, en que sus ocupantes pudieron descansar sobre la podrida paja que se extendía sobre el piso, la climatología progresivamente adversa les obligó más adelante a permanecer en vigilia, como centinelas en una guarnición.

El cielo se mostraba de color de ópalo, anunciador de nieve.

Vanos fueron los intentos de encender una fogata con la paja.

Melquíades encontró ineludible pronunciar unas palabras.

—Por la autoridad que me ha sido conferida... —tanteó, y como no replicaran se animó a seguir—, es mi obligación establecer la premisa capital que deberá regir nuestra asociación recién fundada. El trato exquisito con que es imperativo nos tratemos, y la deferencia que se me tendrá que tributar...

—¿Quiere decir como en la mili? —preguntó Atilano.

—No se puede encontrar mejor ejemplo —reconoció el adalid naciente—. Así como en la batalla —ilustró— a veces cae a tierra la bandera del regimiento o, más grave, la enseña de la patria por haber sido herido su portador, y rápidamente otro valiente la coge casi al vuelo para que no la secuestre el enemigo, y al ser alcanzado aquel segundo, surge otro, y otro, y otro... hasta que la tropa entera resulta exterminada y el enemigo al fin se sale con la suya..., de esta manera debemos comportarnos entre nosotros, sin consentir que eventuales querellas nacidas del continuo roce...

—O sea, que no hay que pelearse —volvió a decir el repartidor.

—A eso me refería.

—Pues haberlo dicho.

Melquíades le miró con intención.

—Ignoramos —continuó— cuánto tiempo permaneceremos encerrados. Tampoco sabemos hacia dónde va este tren, pues yendo de matute no resultara sensato preguntar en el andén por su destino. Por si no bastara, la conciencia que tenemos de nosotros mismos

se enturbia como el cielo en este instante... —lo comprobaron a través de una juntura—. Es imperativo, por tanto, que cada cual se imbuya estrictamente de un trabajo, no siendo aconsejable que nos ocupemos todos a la vez de idéntica tarea, ya que trazaríamos así el mejor camino para que nadie hiciera nada. A partir de ahora —afirmó solemnemente—, me constituyo en el cerebro que dictará los comunes ejercicios, aunque no desdeñaré arrimar el hombro cuando sea necesario, ocasión que dictaminaré yo propio. José, mi querido amigo y compañero —le miró cálidamente—, actuará de secretario, que es como decir que tramitará mis órdenes, mientras que usted, Atilano —frunció el ceño—, al ser el más capacitado de nosotros, se encargará de la intendencia.

La cara de éste se ensombreció.

—Me lo estaba imaginando: las faenas ingratas, para mí.

—Comprenderá que su origen y educación dan para poco. Y saldrá con ventaja respecto a la tienda de ultramarinos donde le trataban a patadas.

—¿Cómo sabe que me trataban a patadas...? —se sorprendió el canoso hortera.

El tren atravesó la campiña durante toda la jornada.

Los carámbanos que se formaban en el techo, desprendiéndose a efectos del traqueteo, caían picudamente sobre ellos manteniéndoles alerta. A media tarde, el convoy hizo amago de detenerse, y los polizones, que venían sufriendo necesidades acuciantes, bajaron a satisfacerlas junto a la vía.

Otra vez en marcha, contempló José por una rendija el revoloteo de la nieve.

—Veo montañas donde previamente se divisaban campos, anfractuosidades en el lugar en que antes se extendía la vista al infinito y estúpidas vacas a la intemperie, engrosando capa de blancura sobre sus lomos.

Duro granito se deslizaba velozmente a los costados, con aguda sensación de vértigo. Se oía el pitido de la máquina, avisando de los túneles.

La noche llegó como un ladrón.

A pesar del frío y la incomodidad, el cansancio terminó venciendo.

Melquíades soñó con su infancia. Sus progenitores inclinaban la cabeza sobre la cunita de un bebé de mejillas gordezuelas. La lumbrera estaba apagada. Ese día no se había encendido. Ni el anterior, ni desde hacía una semana. Sus atribulados padres expresaban la mayor desesperación, aunque en el caso de su madre entreverada con imprecisa ternura. La habitación se bañaba del azul de terciopelo de la luna. Una bandada de grajos pasó por la ventana...

José, por su parte, caminaba por el campo recogiendo amapolas que se ponía graciosamente al brazo. Llegó a una puerta adornada con flores de lis y corazones y llamó. Pasaron las horas. Su ramo se marchitaba, doblándose hacia tierra los verdes y peludos tallos. Se daba media vuelta, cuando se abrió la puerta, descubriendo al fondo una escena que le partiera el corazón: la moradora aceptaba con coquetería las galanterías de un rubio de polainas y jubón que sujetaba las riendas de un caballo immaculado que, con uno de sus remos, pateaba blandamente el suelo...

Atilano era abroncado por su jefe de la tienda de ultramarinos, que le expulsó a las frías y nevadas calles, completamente solitarias a excepción de una viejuca que acababa de morir a la intemperie. Introdujo una mano en el bolsillo, extrayendo oxidadas monedas. Con ellas en el puño, se dirigió a un chalet señalado con un farol de colorines. El recadero se apoderó de una bicicleta, cabalgando en el sillín sus trasijadas nalgas. Pero el velocípedo se encontraba anclado al suelo. Echó el pie a tierra, hacia el farol. Oyó groseras risas de mujer y roncadas voces de hombre, mientras la nieve le llegaba a la cintura...

El tren se detuvo bruscamente. Despertaron.

Saltaron a la vía, en medio de copiosa nevada.

La locomotora se puso nuevamente en marcha, arrastrando la larga fila de vagones.

Se encontraban en un apeadero. Más allá, se arremolinaban casas.

13

Policíaco

Un individuo repulsivo instruía a un chico de aire obtuso por las calles de la meritoria urbe que abandonaran los del tren.

—Quizá yo no tenga el aspecto más adecuado para moverme en sociedad en sus niveles altos —decía—, pero tampoco lo preciso, siendo más bien requerido para huronear en sus cloacas. Es posible también que mis métodos no sean ortodoxos, sino acaso más contundentes de lo que se juzgaría necesario, y admito que mi fama esté sujeta a la opinión, sufriendo irisadas mutaciones, siempre malas, dependiendo de la fuente que se exprese sobre mí. Cabe además que mis móviles se consideren reprobables y no hay que descartar que mis pesquisas hayan traído en la totalidad práctica de los casos grandes sinsabores a familias consideradas felices hasta entonces. Pero lo que sí te puedo asegurar, Pacomio, es que jamás suelto la presa, que no descanso ni de noche ni de día, pues desconozco lo que significa el sueño, bastándome una cabezada en cualquier sitio. Y que el mínimo indicio, que pasaría desapercibido al más astuto, basta para colocarme sobre la huella de mi víctima, ello supuesto que no lo estuviera ya.

El llamado Pacomio trotaba por la acera detrás de aquel sujeto lóbrego, ininteliendo el parlamento y siendo sólo sensible al pescozón con que éste subrayaba algún pasaje. Los transeúntes cedían el paso con temor, persignándose supersticiosamente. Gañían los perros callejeros, que se retiraban con el rabo entre las piernas, mientras el cielo, que amaneciera de optimista azul, se encapotaba velozmente como queriendo poner una barrera frente al feo.

Con el instinto de su profesión de detective, se situó el tétrico en la estación de ferrocarril, donde interrogó a mozos, revisores y acorraló en los urinarios a quien daba la salida de los trenes con una banderita, de todo lo cual obtuvo cuantiosa información que su entrenado cerebro cribó al instante.

Contemplando desde el andén los raíles que se perdían a izquierda y derecha en la distancia, manifestó:

—Esos pájaros se meterán ellos mismos en la jaula, tanto más cuanto que ignoran que una tupida red, conformada por nosotros, que nos bastamos, acaba de ser puesta en movimiento. Pronto notarán un inexplicable sentimiento de ahogo y de fracaso al que no encontrarán causa inmediata. Al final suplicarán se les capture; y entonces nosotros, derechos como cirios flanqueando el féretro,

estaremos en condiciones de satisfacer esa pulsión —rió peculiarmente y añadió—: Vamos a desayunar.

Esta consigna provocó su magia. Pacomio se galvanizó como quien sufre una descarga, convirtiéndose en cicerone de su amo. Ante cada establecimiento del ramo que encontraban y del que emergía delicioso aroma a chocolate, el chico se paraba efectuando un gesto invitador y versallesco que el protervo pasaba invariablemente por alto.

Acabaron deteniéndose en unos arrabales, bajo un alero de hojalata al aire libre.

Una persona de sexo indiferenciado, sin pronunciar sílaba, puso sobre el carcomido mostrador unos pocillos con su cenefa de mugre, que contenían un líquido apenas tibio, constituido en sustancia de las aguas residuales que corrían a espaldas del barucho. El agua-chirle descendió por el esófago y unas monedas cambiaron de bolsillo. A la salida vomitaron en el espacio reservado para ello y, recomfortados, se dispusieron a emprender el trabajo.

Alejándose de allí, el detective notó que les seguían. El investigador se había ganado numerosos enemigos en el ejercicio de su profesión.

Sin mostrar haberse dado cuenta, prosiguieron su andadura.

A la salida de un puente que salvaba un enterramiento clandestino de ungalados, se escondió con Pacomio en una garita semide-ruida, donde aguardó la aparición de los zagueros.

En cuanto llegaron a la altura, salió de su escondrijo.

—¿Desean algo de mí, señores?

Eran un hombre sesentón y acomodado y un joven elegante de unos veinte.

—¡Cazahombres! —respingó el de más edad.

—Dirá qué se le ofrece —repuso con calma el aludido.

—¡Pésima ocurrencia tuve al contratarle! —se soltó el maduro como una catarata—. ¡Usted ha arruinado la paz de mi hogar, la felicidad en que boyunamente me regocijaba! ¡Ha suministrado el tazón de amarga hiel que debí apurar hasta las heces y que seguiré tragando hasta el día en que la muerte me libere! ¿No pudo, por caridad, cuando le ordené la dilucidación de mis asuntos hogareños, que me

inducían a amargas sospechas, no pudo haber entregado distintos resultados a los que al final me presentó con su minuta...?

—¿Quería que le engañara?

—¡Hubiera sido preferible! Mis escrúpulos habrían quedado satisfechos y yo le guardaría ahora gratitud. ¡Pero no! Se esforzó en descubrirme que este joven, a quien sigo guardando un cariño verdadero, pues es el hijo de mi difunta hermana, comerciaba carnalmente con mi esposa, a la que yo suponía un dechado de virtudes. ¡Desde entonces, ni como, ni bebo, ni duermo, ni me empeño en nada útil! Mis negocios caminan a la ruina y yo me limito a esperar pasivamente...

Intervino su sobrino.

—¿Qué derecho tenía usted, en efecto —le dijo con saña al investigador—, a enturbiar la felicidad de este prohombre, por quien sacrificaría yo mi vida? ¿Por qué tuvo que poner en evidencia los embriagados amores a que me entregaba con mi tía...? ¿No comprendía que nuestra pasión culpable a escondidas de nuestro buen tío y esposo era imposible de vencer, y aunque así hubiera sido ni ella ni yo lo habríamos querido...? ¡Tuvo que meter las narices donde no se le llamó, pues lo que en realidad le fue solicitado no era sino un certificado rutinario que negara una evidencia cada vez más difícil de ocultar a la mirada del cornudo...!

—Nuestro hogar se ha convertido en un infierno —insistió el eminente, vencido por la pena—. No podemos estar juntos en la misma habitación, pues nos odiamos, ni separados, ya que temen ellos que tumbe a cabezazos la puerta tras la que acuerdan reunirse, y tampoco yo me atrevo a permanecer solo, tentado como estoy de cometer un disparate. ¡Imagínese el baile que nos traemos! La única ocasión en que trazamos un remedo de los felices tiempos anteriores es cuando mi sobrino y yo —le miró con ternura— salimos a la calle, quedándose la pecadora encerrada a cal y canto y rumiando, espero, las consecuencias de su acción.

—¿Algo más? —preguntó fríamente el Cazahombres.

—Sólo eso —respondió el atribulado sesentón—. Por lo demás, ¿qué tal va todo? —se interesó, extrayendo un cigarro de una costosa tabaquera de piel de cocodrilo.

—No me quejo. Acaba de salirme un asuntillo.

—¿De la misma índole que el que tuvo la deferencia de resolverme...?

—Es otra cosa. Perdóneme si no le doy detalles: el secreto profesional...

—Me hago cargo —se llevó la mano al ala del sombrero, despidiéndose—. He tenido mucho gusto en saludarle. Pásese cualquier tarde a merendar, será bien recibido.

—Muy amable. Transmita mis deferencias a su esposa.

14

Tres tronados, tres

Gruesos y livianos copos espolvoreaban el minúsculo y desierto pueblo tejiendo su sudario, que se mancillaba de sendas trayectorias convergentes en un punto. Una de ellas, originándose a orillas de la vía, trazaba una emborronada estela que se encaminaba hacia las casas. La otra, nítida y exacta, correspondía a la vetusta dignidad que saliera de una de las construcciones en apariencia inhabitadas, interceptando a la primera con auxilio de un trabuco.

Donde ambos caminos se juntaban, a la altura de las cabezas, el muro aparecía desconchado, desprendiéndose todavía diminutos fragmentos de piedra a efectos del escopetazo que acababa de sonar en aquella soledad. A tenor de lo que gráficamente evidenciaba el suelo, el más ancho sendero se dividía en tres al pie del estropicio, extendiéndose en distintas direcciones y yendo a morir a una tapia, donde también confluía el del trabuco.

Melquíades, encerrado con sus amigos en un alpende, y pálido como la nieve que de manera clara revelara la dramática peripecia reseñada, sentaba su crasa dimensión sobre un taburete de tres patas, aguardando lo que pensaba sería la hora de su fusilamiento. José y Atilano, desordenadamente encima de sacos, se abrazaban tiritando, aquél contemplando catatónico las ennegrecidas vigas del techo, mientras éste, maridada su entereza con el miedo, musitaba superlativos elogios a la tienda de comestibles de la que desertara en un momento de terquedad y ofuscamiento.

Abriéndose la puerta, entraron unos viejos.

—Así que son éstos... —dijo uno, golpeándose sus manos enfundadas en manoplas.

—¡A poco me los llevo por delante! —se enorgulleció otro, que conservaba su trabuco—. Porque se agacharon...

Melquíades se fundía con la banqueta, intentando los demás equipararse a los sacos.

—¿Se puede saber qué andaban rondando? —interrogó el tercero, de mediano tamaño y muy nervudo.

Resopló José:

—No procurábamos mal alguno... Veníamos en el tren, descendiendo fortuitamente en este lugar, famoso sin duda por su fauna y flora, aunque de noche y bajo la nieve no hayamos podido apreciarlo... Enclave apreciado por su impar gastronomía, sus monumentos y la singular cortesía de sus gentes —agregó—. Remanso de pesadumbres, henchido de rincones recoletos donde cantan armoniosamente los pájaros y los amantes se entregan a gratas carantoñas. El clima es suave y benigno todo el año.

—No está mal —convino el del trabuco—. Pero les advierto que aquí de mujeres, nada.

—Inicialmente —cabeceó el de las manoplas—, y me estoy refiriendo a hace más de medio siglo, intentamos convencer a algunas con aquello de la vida sana que por entonces empezaba a estilarse. Fue un fracaso.

—¿Sí? —aduló José.

—Fuimos desprestigiados —confirmó— por el poder secular y el religioso, metiendo incluso baza un grupo que practicaba calistenia. Tenían todos su poquito de razón, lo admito. Nuestras intenciones, comprendan, no eran completamente honestas. Éramos jóvenes y el cuerpo nos hervía. Pusimos un anuncio en prensa. Tan sólo acudió una mujer que ya no se acordaba de cuando pasó la menopausia. Ahora no la haríamos ascos, pero entonces nos pareció que el destino se nos burlaba. Éste —señaló al del trabuco— poseía estudios de perito agrícola, basándonos en los cuales nos las prometimos felices en nuestro autárquico propósito. Nunca lo hicéramos. El primer invierno quedamos incomunicados, estando en un tris de practicar la antropofagia. Todavía cada cual conserva en zona muelle la huella de los mordiscos a que nos empujara la gazuza. Nos salvó la

ingestión de unos mamíferos peludos, aún no clasificados por la ciencia, que acudían al calor de la chimenea cada noche y a los que sorprendíamos emboscándonos detrás de cualquier trasto, no parando hasta conseguir exterminarlos. Recuerdo que solían defenderse expeliendo una sustancia mefítica por una glándula situada junto al ano... El de aquí —mencionó al pequeño y musculoso—, pretendiendo pasar por ebanista, nos incitó a talar una ladera para hacernos con provisión de leña y construir el mobiliario indispensable... No hemos olvidado el terror de los aludes que se sucedían día y noche sobre nuestras cabezas de chorlito, pues a nadie se le ocurre dejar pelada una falda de montaña y ponerse a vivir luego debajo. En cuanto a mí —suspiró modestamente— fui considerado desde el primer momento la parte capitalista del proyecto, siendo así que jamás he conseguido reunir una peseta. ¿Qué tal ha parecido toda la presentación de una tacada...?

Melquíades comenzaba a vislumbrar que la situación podía tener un desenlace aceptable.

—Continúe, buen hombre —le animó.

—Poco más hay —admitió el de las manoplas—. El tiempo transcurrió con la velocidad que suele, acostumbrándonos a nuestro enclaustramiento, mismamente como otros se habitúan a la compañía escogida de suegra, mujer y unos pequeños, sin olvidar al oscuro y resentido jefe de su negociado. Salimos adelante con penuria, aunque lo más difícil de sobrellevar, por encima de la carencia de comida, el frío y los desprendimientos, fue la abstinencia monjil a que nos abocó la imprevisión. Todas las noches, a la misma hora, cuando se incrementaban los tristes (aunque hubieran podido ser alegres) llamados de la carne, nos introducíamos un ascua en la bragueta, remedio que se demostró eficaz por más que con el tiempo deviniera rutinario... Se sucedieron primaveras, veranos, otoños e inviernos en el orden acostumbrado. Envejecimos. Platearon nuestras sienes, arrugóse nuestra faz, rebajándose nuestra estatura a efectos del encorvamiento de la espalda. Terminamos cayendo en la actividad más vieja del mundo... Pero no se asusten —hizo un garabato con la mano—: se trata del juego de cartas conocido como tute. Si quieren, podemos echar unas partidas...

—Sinesio —repuso el del trabuco—, ¿dónde has dejado tus maneras? Estos señores deben tener la oportunidad de presentarse...

Melquíades tragó varias veces saliva.

—No esperaba menos —tartamudeó—. Nos han hablado mucho de su hospitalidad, que comprobamos. Yo me llamo Melquíades y mis amigos responden por José y Atilano, siendo el tercero el más menesteroso. Ayer nos encontrábamos lejos de aquí; y hoy, lejos de allá...

—¿Les persigue la policía? —preguntó el menudo.

—En absoluto —negó el adalid de buena fe—. Circulamos libérrimos por donde nos peta —y se levantó dando unos pasos.

—Alto ahí —ordenó el del arma, levantándola—, que quedan por aclararse unos extremos. Y ya que adolece de tamaña chulería me van a dar de inmediato un santo y seña. ¡Y rápido, que me estoy poniendo nervioso...!

—A quién quieres engañar, Apolinar —dijo Sinesio—. Te has olvidado de recargar el trabuco.

—¡Puedo darles un culatazo en la cabeza!

El más enteco, llamado Sixto, templó los exaltados ánimos.

15

Despedida y trabucazo

—Quiero que vean una cosa —dijo posteriormente Sixto a quienes ignoraban si seguían en calidad de prisioneros—. Por lo callado, habrán notado que soy un poco artista, en el sentido noble del vocablo. Obro maravillas con el lápiz y cuando meto color tiembla el misterio. Observen —extrajo una carpeta—: ¿Qué les parece esta estampa de fauno espiando a ninfa, la cual hunde temerosa su pulgar de un pie en el manantial, disponiéndose para el baño...? —los cuitados no apreciaron la mencionada escena, sino unas verduleras tirándose cebollas—. ¿Y este magnífico retrato de una dama...? —la mirada se posó perpleja en una manada de cerdos que se disputaban unas mondas de patata—. Contemplan este minuciosísimo interior —les mostró con orgullo un desierto con una fila de camellos—, donde una madre amamanta a su pequeño...

—¡Extraordinario...! —acertó a balbucear Melquíades.

—Pues yo hago unas sombras chinescas que no van a la zaga —afirmó Sinesio.

Quitándose las manoplas y arremangándose hasta el codo, interceptó la llama de una vela, proyectando sin palabras sobre la parda pared del cobertizo el momento en que un marido de mediana posición y que había estudiado en Salamanca incubaba las primeras sospechas acerca de la fidelidad de su mujer, que aparentemente no se apartaba de la rueca.

En realidad, se carteaba calentorra con un primo segundo, quien, desde su convento de cartujo, proyectaba dar el paso decisivo. Con esta intención, el monje pidió a su superior, un viejecillo con fama de santidad y absolutamente desconocedor de los asuntos mundanos, un permiso que le fue concedido. En tranvía y bicicleta, salvó el primo la distancia que le separaba de la adúltera, alojándose en su casa. El marido, que andaba con la mosca, fingió un viaje de negocios, haciéndose acompañar por su mujer y el primo al aeropuerto, quienes le despidieron en la puerta de embarque, después de haberle sacado ellos mismos el billete. En cuanto el avión surcó los aires, los perjuros la emprendieron a cabriolas, llamándoles al orden una pareja de seguridad que sufría de ictericia. Ya en el hogar, el desenfreno...

—Por favor, Sinesio —le rogaron sus compañeros—, no seas demasiado explícito...

—Procuraré.

Seguidamente presentó a los consanguíneos ante una mesa repleta de manjares, entre los que destacaban unas bolsas de patatas fritas. El marido, que se había lanzado en paracaídas del avión, se escondía tras unos cortinajes que se movían al compás de la odiosa risa de los amantes. De repente, un grito brotó de la ventana, congelando la alegría de éstos...

Tras unas persecuciones meritorias, acabó el acto con la reconciliación de los esposos, aunque de vez en cuando se liaban a bofetadas. El primo regresó al convento muy afectado, donde le reconvinó el superior por haberse retrasado unos minutos de la hora fijada para su vuelta, obligándole por obediencia a segar los hierbajos de la huerta. Las manos de Sinesio compusieron la palabra fin.

—Cuando le pongo sonoro, gana —informó, cubierto de sudor.

Les dejaron encerrados, habiéndoles servido de cena unas hilachas que sus anfitriones se negaron a identificar.

Insinuó Melquíades:

—Creo que no son mala gente.

Se puso en duda.

A poco, oyeron arañazos en un tabique.

Se retiró una tabla y apareció Sinesio. Llevándose uno de sus prodigiosos dedos a los labios susurró:

—Chitón, si en algo aprecian esa vida chirle —y terminando de introducir el resto de su cuerpo, reveló—: Mis compañeros están locos y son extremadamente peligrosos. Apolinar, el del trabuco, está obsesionado con pegarle un tiro a alguien. Son ustedes testigos de que digo la verdad. Sixto, el dibujante, se encuentra en este instante afilando su cuchillo. Pretende rebanarles el gaznate.

Se les erizaron los cabellos.

—¡Huyamos...! —avivó Atilano, efectuando un rápido ademán hacia la tabla por donde entrara Sinesio.

—No llegarían muy lejos. Desconocen las inmediaciones, mientras que ellos se las saben como la palma de su mano.

—¿Qué hacer, pues? —preguntó José, aterrado.

—Me temo que no cabe sino aguardar una oportunidad —dijo aquél con fatalismo—. Si les aviso es porque no deseo tener más muertes sobre mi conciencia.

—¿Más muertes...? —a Melquíades le sobrevino un menudo incidente que le fluyó por la pierna hasta el tobillo.

—No hablemos de ello.

—Hablemos, empero —insistió el adalid.

—Como quieran... ¿Han oído mencionar a aquellos esforzados montañeros que, en los albores del siglo, desaparecieron en estas soledades...?

—Para nada —le dijeron.

—Gente experimentada, que había desafiado desiertos y montañas, enfrentándose al mar e intentado hacer política... Llegaron en invierno. Por las mañanas, salían de su tienda de campaña y se frotaban vigorosamente con nieve su pecho ensortijado y las partes vecundas. A instancias de Sixto, dinamitamos sobre ellos un trozo de montaña conforme jugaban en calzoncillos a sesenta bajo cero

un partido de eso que creo se llama baloncesto. ¿Podíamos hacer otra cosa...? ¡Díganmelo! Por esta razón, les pongo en guardia –y sin más explicaciones, volvió a deslizarse por el agujero.

Antes de que pudieran comentar, notaron de nuevo que rasguñaban la tabla. Era esta vez Apolinar.

–¡Ni una palabra! –intimó–. Me juego el pellejo al venir aquí. Sean que se proponen pegar fuego a este chamizo. ¡Están sedientos de sangre y de venganza! Yo llevo el trabuco para protegerme. Y con objeto de lo mismo y de salvarles a ustedes momentáneamente la vida, les saludé con ese disparo que fallé de intento...

–¿Cómo sabemos que no miente? –le interrogó Melquíades.

El delator hurgó en sus ropas, extrayendo un papel medio deshecho.

–Es un certificado –dijo– de mi buena conducta a los seis años, en que salvé a una mariquita (dicho sea sin segundas) que flotaba sobre una hoja en el estanque del colegio. Sin mi intervención, habría perecido el coleóptero. Está firmado –puso el dedo en un punto borroso– por el director del colegio, el prefecto, el capellán, el visitador y el provincial. Quiso estampar también su firma la mujer de la limpieza, pero consiguieron impedirselo...

Se fue.

–Que pase el tercero –autorizó el obeso con un suspiro–, porque me imagino que estará aguardando afuera...

Entró Sixto.

–Ustedes dirán para qué me han levantado de la cama –comentó ante su sorpresa–. Pero ya que estoy aquí, me permito señalarles que será mejor que cojan a primera hora el autobús. No respondo de su integridad si amanecen en nuestra compañía. Somos viejos maniáticos y, por ende, impredecibles, principalmente ellos, a quienes he dejado discutiendo la forma de ultimarles. Créanme –finalizó–: súbanse mañana al autobús, independientemente de que la línea no se aventure hasta estos elevados picachos que se hincan como duros pezones en el cielo...

Quedaron sin saber qué partido tomar.

Mucho después, distinguieron un rumor: el tren.

Se lanzaron al exterior por el agujero, a riesgo de que les estuvieran aguardando.

La nieve les llegó a los pectorales.

Penosamente alcanzaron los raíles, coincidiendo con el paso de la locomotora.

José se sujetó en marcha de la manija de la puerta de un vagón; Melquíades se colgó de una bufanda de lunares atrapada por una ventanilla, y Atilano, con grave riesgo de quedar triturado bajo los ejes, montó temerario sobre un tope.

Sonó un disparo. Agudas astillas saltaron en el flanco de un departamento.

Pequeños y frustrados, hundidos en la nieve hasta la nuez, los robinsones les amenazaron con el puño.

16

Telegramas y una reflexión

En el despacho de don Orestes no lucía bien esa mañana.

Sobre su mesa se extendían diversos papeles entre los que destacaba, subrayado en rojo, el anuncio de ligas de un periódico rival. Arracimados lápices sin punta y un cenicero repleto de colillas apesotosas eran parsimoniosamente inspeccionados por escaso centenar de cucarachas, observadas a su vez por unas ratas que las iban devorando con hastío.

El experimentado hombre de prensa mordía, hosco, su puro. Ante sus ojos, se desplegaba un telegrama enviado por Melquíades, alguno de cuyos párrafos se entretenía en releer:

“... Tras ameno recorrido por variado sector de nuestra geografía, accedimos a un paraje agreste y delicioso, habitado por amabilísimos ancianos que nos hicieron objeto de su hospitalidad abrumadora y a los que sentimos tener que abandonar...”

El mensaje, que concluía pidiendo noticias de sí mismo, había sido remitido desde un lugar del litoral.

A su lado, otro telegrama recibido por los gemelos lo complementaba:

“... El que parece llevar la jefatura, el gordo conocido por Melquíades, hace gala de astucia diabólica. Su maniobra de distracción

más llamativa para burlar un posible seguimiento fue detenerse en un remoto pueblo montañoso, donde con intrigas enloqueció a sus habitantes, quienes en número de tres han abandonado el lugar de su niñez, lanzándose al mundo a la ventura, no existiendo familiares que pudieran retenerlos. Van armados...”

Se confirmaba la presencia del grupo de Melquíades en el mismo punto de la costa. Al pie, una firma: Cazahombres.

Don Orestes sufría bajo el dilema de dar aviso al adalid, facilitándole la huida, o hacer la vista gorda.

En este trance, le sorprendiera Ernesto Carlos.

—¿Puede dedicarme unos minutos de su valioso tiempo?

El director, intuyendo por dónde iban los tiros, preguntó:

—¿Cómo sigue Amaranta?

—Pasablemente —reconoció el joven—. Le resulta llevadero que el cambio de accionariado del periódico haya supuesto la reducción de mi sueldo a la mitad, habiendo debido por mi parte empeñar mi juego de bolos para sufragar su estancia en el hotel.

—Muy meritorio por su parte.

—En cambio... —titubeó—, no está convencida de que yo crea que usted fuera solamente un padre para ella. Probablemente teme que yo ate cabos algún día...

—¡Diablilla...! —rió forzosamente don Orestes.

—Le he jurado que, en el peor de los casos, si llegara a conclusiones enojosas, hipótesis absurda donde las haya, me haría el sueco.

—¡Bien dicho! Con esa firmeza que está adquiriendo, Ernesto Carlos, la tendrá rendida y a sus plantas. Menuda la que se lleva: carnes prietas y duras como el boj, delicada curvatura de los senos... ¡Qué le voy a contar que ya no sepa!

—No vamos por ahí —refutó éste—. Nuestras citas se caracterizan por la conversación variada y abundante. ¡Tenemos tanto que contarnos! Apenas hemos arañado hasta el presente en las respectivas infancias.

—Extraordinario.

—He querido comentarle semejantes pormenores —le confió el joven—, ya que si fue un padre para ella, también en cierto sentido puede serlo para mí.

Mordió su puro el jefe.

—No es exactamente igual.

La conversación fue interrumpida por la llegada de los flamantes dueños del periódico.

—Buenos días —saludó Dorimedontes—. Ya veo que está enterado del paradero del manteca —le dijo a don Orestes, quien todavía sopesaba los telegramas—. Pronto el problema quedará solucionado. Pero hay otro asunto, estrictamente periodístico, que le estamos cogiendo el gusto a esta faramalla de la prensa... Tenemos programada, por aquello de la imagen, una visita filantrópica al hospicio. Nuestra presencia deberá ocupar entera la portada, también con objeto de que esos pobres niños, que además de huérfanos son subnormales y padecen diarrea, se sientan imbuidos de la necesidad de alimentarse con decoro, no siendo éste precisamente el caso, pues apenas comen, mucho nos tememos que para crear en la sociedad mala conciencia. De seguir los desvalidos nuestro ejemplo, de que daremos allí mismo muestra rebañando un plato delante del fotógrafo, se convertirán el día de mañana en salutíferos representantes de la comunidad. Aunque teniendo esas dolencias neuronales y de carencia absoluta de vínculos sociales —movió apenado la cabeza—, es de suponer que nuestro estímulo no sirva para nada, así que queda cancelada la visita. Eso sí —le dijo al director—: que se reseñe el interés de los nuevos propietarios del diario por la niñez desamparada, expresando la opinión de que se debe abrir una colecta. Si alguien tiene la peregrina idea de hacernos caso, no quedará otro remedio que rascarse el bolsillo. Por si acaso, que lo de la recaudación se mencione en letra pequeña, emborronándose los tipos de manera que ni el más lince los lea. Es descubrir uno el corazón y los demás abusan... Confío en que haya quedado meridiano. Marchemos, Jeremías.

Y desaparecieron con agudo resoplido.

Don Orestes y Ernesto Carlos volvieron a cruzar mirada.

—¿De qué hablábamos...? —inquirió aquél, ausente—. ¡Ah, sí...! Aquello de las infancias... ¡Cuánta delicadeza por parte de los dos! Lo apruebo sin fisuras. Ténganme al corriente, y si necesitan un consejo desinteresado, aquí está Orestes Cifuentes, un triste al que la vida le deparó poca fortuna. Vaya preparando esa gaita de portada —le ordenó.

“¡Vaya con Homóbona!”, caviló al quedarse solo. “¿Pues no tiene a este infeliz en el garlito...? No, si todavía me deberé cuestionar el repudio... La florista con la que ando actualmente no termina de convencerme... ¿Será que el penacho de la vejez comienza a coronarme...? ¡Homóbona, hechicera! ¿Si llegaré a cometer por tu culpa un disparate...?”

LA CRÍTICA

PARTE SEGUNDA

LA CRÍTICA

Nuevo escenario. Un elegante

El inmenso mar azul estaba en calma como un reflejo del radiante cielo que tenía encima, gobernándole. A lo lejos, próximo a la línea del horizonte, diminuto, se divisaba un estático velero.

Habían pasado pocas horas desde que el sol, enrojeciendo de placer, se alzara de su lecho marino con objeto de contemplar bonachonamente la playa, el montuoso bosque detrás de ella, y los tejados de la población marina donde desgranaban los habitantes sus apacibles existencias, cada jornada idéntica a la anterior, la cual a su vez fuera un calco de la precedente..., y así todas hasta remontarse a los primitivos pobladores del lugar, hoscas tribus que depusieron su belicoidad vencidas por la dulzura del ambiente y la adquirida convicción de que más valía no buscarse líos.

Las calles olían a pan recién horneado, a salitre y a pescado, y apenas se registraban anécdotas de fuste.

Esa mañana, una figura rechoncha, con camiseta morada y calzoncillos del mismo color, empuñaba desde la terraza de un hotelito coquetón situado frente al océano la forma tubular de un catalejo. El pensamiento del curioso, no obstante, se encontraba a sus espaldas.

Abatiendo con delicadeza el instrumento, se giró majestuoso e inquirió:

—¿Cómo va eso?

Una cabeza canosa asomó por el acristalado ventanal sosteniendo unas sandalías.

—Otra vez, mire dónde pone el pie: he tenido que quitar la boñiga con escoplo.

Melquíades —es él— abandonó la balconada con donaire, inspeccionó severamente el trabajo de Atilano, lo aprobó con un gruñido y se calzó. Acto seguido, se enfundió los pantalones. Según alcanzaba una camisa de palmeras, entró José para decir:

—La marquesa nos espera a las dos para comer.

El adalid se miró complacido en el espejo. Se disponía a dar un paseo.

—Acompáñame, José —le dijo—. Hace un día espléndido, como todos desde que estamos aquí, siendo ésta característica invariable que personalmente me place.

—¿Volverán los señores para la hora del almuerzo? —preguntó con retintín el clase baja.

—¿No has oído que estamos invitados?

Descendieron muellemente la escalera hasta el vestíbulo, en una de cuyas mesas un hombre peripuesto de monóculo y bigote leía el periódico. Al verlos, lo dobló y, poniéndose en pie, se presentó:

—Soy don Diómedes de Orozco. Me honro siendo antiguo amigo de la marquesa, quien ha considerado distinguirles con su trato. Les hablaré con franqueza. Abrigo fundadas esperanzas de poseerla... ¡Perdón...! Quiero decir, desposeerla... ¡No, tampoco...! Me refiero —terminó, sofocado— a que no tardando voy a desposarla...

—No sabe la alegría que nos da —repuso displicente el obeso.

—¡No me ha entendido! —saltó el otro—. Es imperativo que desaparezcan del panorama, habida cuenta de que son unos aventureros.

—Quién lo duda.

—¡Unos impresentables!

—Según.

—¡Unos cazafortunas!

—No nos importaría hacernos ricos, ¿verdad, José?

El de Orozco agitó furioso su bastón con empuñadura de plata.

—Sepan —advirtió— que no voy a permitir el atropello. ¡Sabré defender mis derechos! No osen interponerse en el camino de la felicidad de la marquesa, que pasa exactamente por donde estoy yo. ¡Soy el de Orozco, no lo olviden...! —y dando media vuelta se precipitó contra las invisibles puertas de cristal, que resistieron sonando como un gongo.

En la calle, el adalid le confesó a su acompañante:

—Me temo que éste es el desdichado de que nos habló la aristócrata. Su hijo Héctor se lanzó al mar desde un acantilado. No se recuperó el cuerpo. En cuanto a otra hija, casó normalmente con un fabricante de manguitos. No era lo que el padre quería para ella...

El desgraciado estuvo a punto de sucumbir ante la serie de reveses. Está trastornado, y piensa, lo has oído, que en atención a miras propias pretendo birlarle el desposorio.

—¿No es así? —preguntó el amigo con malicia.

—Estoy abierto a toda clase de posibilidades —se evadió el de la camisa de palmeras, dando unos pasos grandilocuentes en la acera que fueron aplaudidos desde el andamio de una casa en construcción—. Mi vida, tú lo sabes, se gobierna por el azar, cuya rueda gira en sentido insospechado y misterioso desde mis tempranos años. Francamente —agarró a José del brazo: los del andamio emitieron un silbido—, ni yo mismo sé qué quiero ni quién soy. Oscilo entre arrojarme en brazos de la marquesa, o extinguirme en una selva, morando en una cabaña o una cueva, por alguno de cuyos intersticios se colara un rayo pequeñito de sol, mientras un hilo de agua, con que saclaría mi sed, humedecería apenas las paredes. Con un pámpano a mi alcance, quedarían satisfechos mis deseos...

—¡No permitiré que te malbarates de esa forma! —exclamó José.

—Es improbable que lo haga —reconoció el gordo—. Mi empeño actual se orienta en el sentido de mostrarme agradecido a la persona que nos sacó del arroyo conforme a su capricho, que no es otra que aquella por la que suspira el elegante —mencionó al hombre con quien acababan de intimar—, la cual regia señora nos instaló en el hotel de que hemos salido y cuya cuenta esperemos que ella pague... ¿Es verdad lo que has oído...? —le preguntó sibilamente al amigo.

—¿Referente a que pretende alojarnos en su palacete...? Lo comentaba un criado.

—Y tiene una hija... —frunció Melquíades el ceño.

—Es el caso. Posee un genio algo vivo, pero no parece que deba ir la cosa con nosotros.

—Perdona que te corrija: cuando una mujer tiene carácter, como expresas eufemístico, el asunto interesa de manera perentoria a los circunstantes. No sé si consigo que me entiendas.

—Sin átomo de duda; aunque pregunto: ¿de dónde has sacado la desazonadora especie?

—Lo expresaba meridiano el envoltorio de una chocolatina que comí ayer a escondidas —confesó ruboroso el adalid.

—¡Si al menos me lo hubieras dicho...!

Desde la obra se mostraban hilarantes.

18

Un perro, un sirviente, una marquesa, un erudito, primo y prima

Un ramo de flores flotaba por encima de un seto cuidadosamente recortado.

Apresando los tallos, emergieron unos dedos amocillados, prolongación de una mano regordeta perteneciente a quien, por su camisa de palmeras y otros atributos, se pudo identificar como Melquíades.

Su corto mentón se elevaba con desafío al palacete que, a su juicio, se encontraba aún desoladoramente lejos, en la cumbre del monte por cuya falda y con la respiración a punto del colapso ascendía el adalid. Le acompañaban José, cuya constitución le autorizaba a guardar mejor las formas, y Atilano, que cerraba zigzagueante la marcha.

Al cabo, consiguió el redondo apoyar la mano libre en la balaustrada que limitaba la parte construida. Rápidamente debió retirarla, pues un perro de considerables dimensiones intentó apesársela de un mordisco.

Los ladridos fueron interrumpidos por una voz aburrida:

—Dioleciano.

El aludido se despegó de la balaustrada, dirigiéndose como una centella hacia un hombre enfundado en un mono desteñido. Éste no se inmutó, esquivando en el último momento al can, que estrelló su mole contra su propia caseta. Dioleciano se alejó a toda carrera, regresando de idéntico modo, suerte que repitió hasta que el del mono consiguió atarle del collar.

Con el susto y el penoso ascenso, Melquíades se anunció con poco tacto:

—Venimos a comer.

Se les remitió a la puerta principal.

El adalid ordenó a Atilano:

—Quédese aquí.

El clase baja decía al de faena:

–Piensan que nosotros, los humildes, tenemos necesariamente que confraternizar.

–No hay quien se lo quite de la cabeza.

–Y el caso es –confesó Atilano– que usted, a quien acabo de conocer, me sienta peor que un veneno.

–Imagine, pues, lo que yo siento al contemplar su cara de berzotas. ¿Es de nacimiento...?

–Se me pone así al tener delante a un tipo nauseabundo.

–Comprendo: se mira mucho al espejo...

–Lo decía por usted.

–¿Sería tan amable de acercarme ese rastrillo...? –rogó el del mono.

Obedeció el repartidor, ganándose un traidor golpe en la ingle con el mango.

–No será lo único de que es capaz... –desafió en cuanto pudo eruirse.

El del mono volvió a soltar al perro.

–¿Qué opina de esto?

–Si sostiene al animal, le diré una cosa...

El criado devolvió a Diocleciano a su lugar.

Atilano le saltó a su interlocutor un ojo.

–¿Qué le ha parecido?

Se cansaron.

–¿Un pitillo? –ofreció el del mono, poniéndose un apósito en la cuenca vacía.

–Agradecido –aceptó el de ultramarinos.

–Tengo por ahí unas cervezas.

–No se desprecian.

Melquíades y José eran introducidos en la casa por un mayordomo de chaqueta blanca en cuya solapa, como una escarapela, se exhibía retadora una mancha de tomate.

Aguardaron en una sala donde muebles de caoba retorcián sus patas hasta una gruesa alfombra. Una alacena enseñaba a través de los cristales la histórica cubertería de plata perteneciente a la mansión, no pasando desapercibidos los huecos de piezas importantes que en algún momento hubieron de empeñarse a instancias de acuciantes necesidades económicas. Un espejo sin azogue, el cuadro de

un ermitaño con una calavera, mesas con candelabros y una chimenea por la que asomaba el hocico de una ardilla, completaban la descripción de la estancia.

—Acompáñenme, por favor. La marquesa les aguarda.

El mayordomo, que agregara una mancha de huevo a la anterior, les precedió por un pasillo. Deteniéndose ante una puerta, se la abrió.

La aristócrata se caracterizaba por kilos de bisutería en los brazos y voluminosas arracadas, redondeándose el conjunto con varias pulgadas de maquillaje sobre el rostro.

Melquíades avanzó aplastante sobre sus sandalias.

—¡Querida señora...!

La marquesa alargó la mano para que se la besaran.

Fueron presentados a los restantes invitados.

Don Diómedes de Orozco se puso como la grana. Un individuo menudo con una calva de color cobrizo, señor Porras, que vivía en la casa bajo la protección de la anfitriona, se identificó como erudito local de vasta obra, mientras Néstor, un pollo de marcada petulancia, era titulado de sobrino, primo a su vez de Aretusa, la hija de la marquesa.

—Encantado de conocerles —manifestó— a todos el de la camisa de palmeras.

La comida discurrió normalmente. El de Orozco no se recataba de mirar a aquél con furia.

Al segundo plato, la marquesa preguntó a Melquíades, que ocupaba a su diestra el lugar de preferencia:

—Dígame, ¿cuáles son sus planes inmediatos?

Intervino rápidamente el de Orozco:

—Sin duda se irá pronto, reclamado por múltiples asuntos.

—Se equivoca —negó el gordo de plano—. Dependo únicamente de mi voluntad, ejerciendo ésta imperio sobre mi amigo José y el espolique que hemos dejado afuera en el jardín y que responde por Atilano.

—Desearía —expresó la de alcurnia— que vinieran a alojarse en mi compañía.

Se iluminó como un foco la cara de Melquíades.

—Esa pequeñez de la factura...

Prometió ella hacerse cargo y añadió:
–Le harían la vida agradable a esta pobre vieja.
El adalid cruzó por este frágil puente.
–¡Está usted en la mejor edad de una mujer!
–Le aseguro que ya no cumplo los treinta...
–¡No puedo creer que tenga más de veinte!
Don Diómedes de Orozco estaba a punto de explotar.

19

Se les conoce un poco a todos

–Supe ver señorío a través de la capa de mugre y desaliento con que aparecieron primeramente ante mis ojos –manifestó la marquesa, sin cuidarse de la rabia del elegante–. En cuanto al mozo que los desalojó del tren, agredidos con la escoba despelujada de que se sirven en la estación para desatascar el mingitorio, ya ha sido desplazado a esa isla que no sé cómo se llama y donde se ocupará hasta la jubilación de mantener encendido un faro por las noches... Cuénteme sus aventuras... –le pidió, seductora, al adalid.

El erudito local permanecía ausente. Néstor intentaba atraer el interés de su prima. José escuchaba, cortés.

–Mi más vivo deseo sería complacerla –protestó Melquíades–. Lo que ocurre es que yo, como los auténticamente grandes, soy modesto. Me perdonará si omito mi habitual comportamiento heroico. Comeré un poco más de postre...

El del monóculo se puso en pie, gesticulante.

–¡Es más de lo que puedo soportar! –exclamó, y arrojando su servilleta sobre el plato salió encampanado por la puerta.

Hubo un moderado sentimiento de consternación.

–Lamento si alguna de mis palabras... –insinuó el grueso invitado.

–Le presento en mi nombre y en el suyo excusas –dijo la marquesa con empaque.

Al acabar el día, ya estaban instalados en la casa.

Noche diáfana. La luna y miríadas de estrellas se reflejaban en el mar. La marquesa, sentada en un banco del jardín en compañía de Melquíades, presentaba su perfil izquierdo tamizado por un pañuelo.

—¡Ésta es la dicha que no creí llegar a disfrutar...! —desgranaba, fatuo, el adalid.

—¡Calle...! —rogaba la aristócrata.

Muy cerca, escondido tras un seto y habiendo sobornado con un bistic a Diocleciano, jadeaba de rabia don Diómedes de Orozco.

—Parece que la naturaleza sollozara... —poetizó Melquíades.

Otro lugar del espacioso jardín.

—Aretusa —le susurraba su primo—: ¿Qué necesito para que me des el sí?

—Mi espíritu no es libre, Néstor, abundando en recuerdos del que se fue.

—¿Sigues amándole?

—Todavía pienso que Héctor volverá para reclamar lo que es suyo.

—¡Murió, prima, convéncete! —insistió éste—. El hijo del de Orozco, a quien aborrecí debido a su superior musculatura y otras razones, se arrojó al océano para morir desde el fragoso acantilado. El que no se encontrara su cuerpo sólo significa que lo arrastraron las corrientes o que se lo comieron los peces. ¡Desengañate y adora a un vivo, no pudiendo rendirle pleitesía a un muerto!

—No sé... —decía ella.

Atilano y el del mono platicaban en la ventana de la cocina.

—¿Cree usted, Andrade, que existe vida en otros planetas?

—Escribí de joven un opúsculo sosteniendo esa tesis —repuso el tuerto.

—Me alegro de que piense como yo. Entre tantos puntitos ahí arriba, que son en realidad soles...

—No esté tan convencido —replicó el doméstico—. Firmé otra obra donde demostré que estamos solos en la infinita soledad del universo. Me pregunto cuál de ambos trabajos contiene la verdad.

El del cráneo cobrizo, erudito señor Porras, monologaba con José.

—... Como vengo diciéndole, en estos mismos parajes se asentaba hace miles de años una tribu que vivía pacíficamente de la agricultura. Fueron invadidos por un pueblo marítimo que les redujo a una esclavitud que se prolongó durante siglos, al cabo de los cuales sur-

gió un caudillo que se sacudió el yugo y liberó a sus compatriotas, arrojando de nuevo a los invasores al océano. El libertador fundó una dinastía que duró varias generaciones, terminando con un terremoto que volvió a dar ocasión a los del mar a regresar. Sin embargo, y contra todo pronóstico, fueron derrotados, teniéndose que embarcar de nuevo. Como en su lugar originario, sobre cuya localización existen conjeturas, no les podían ver por revoltosos, hubieron de ir de costa en costa en una vida de pillaje que no les satisfacía demasiado, conforme ha quedado reflejado en un poema, algunos de cuyos fragmentos han llegado hasta nosotros. Mientras, los oriundos de la tierra que pisamos habían abandonado la agricultura por monótona y pesada, convirtiéndose en tañedores de flauta muy apreciados en las cortes extranjeras, donde tampoco los tomaban muy en serio...

Diocleciano dormía feliz con el estómago lleno en su caseta.

20

Nocturnidad

Más allá de la balaustrada, un par de cautelosas sombras acechaban el jardín.

El más alto lucía facha de gitano o bandolero: pañuelo en la cabeza anudado en las esquinas, chaleco floreado sobre camisa blanca con chorreras y pantalón ceñido hasta la media pierna, donde la prenda cedía el relevo a unas medias que conducían inexorablemente a unos pies calzados con zapatos de hebilla plateada. Completaba la caracterización una guitarra que su dueño sujetaba por el mástil y de la que tomara apresuradas lecciones, consiguiendo torpemente rasguitarla. El otro, de menor envergadura, pretendía pasar como instrumentista de pandereta, con las lógicas insuficiencias que concurrían en la verdadera naturaleza de Pacomio, que no otro era este emboscado, siendo superfluo señalar en el anterior al Cazahombres.

La noche se preñaba de otra presencia masculina, cuya personalidad se dejará de momento en el misterio.

El Cazahombres y Pacomio, con objeto de hacerse una idea más aproximada del terreno, pusieron sus plantas en la propiedad de la

marquesa. A continuación, el detective la emprendió con la guitarra, castigando al tiempo una canción. La pandereta de Pacomio se sumó con personal disonancia al espectáculo.

El primer efecto que tuvo la actuación fue responsabilidad de Diocleciano, cuyo espíritu se traspuso súbito del sueño a la vigilia con ensordecedor crescendo de ladridos.

El tuerto Andrade se hizo cargo. Tras calmar al perro, se enfrentó a los inspirados.

—Ésta es una propiedad particular.

El Cazahombres se ciñó a su papel.

—Recibiremos un óbolo de grado —y extendió media cáscara de coco, mirando disimuladamente alrededor.

El del mono extrajo una moneda del sobaco.

—Tengan y no vuelvan —dijo.

El detective se despidió como si brindara un toro.

Se hizo hora de retirarse. Melquíades se despidió de la marquesa:

—Velaría su reposo a sus pies como un caniche.

El de Orozco tomó encolerizado el camino de su casa, y la otra figura desconocida se retiró asimismo sin mostrarse.

Se disponía José a dormir, cuando llamaron a su puerta.

Era Porras.

—Siento mucho volver a molestarle —manifestó—, pero me temo que he dejado sin precisar algún extremo. No he mencionado —dijo, tomando asiento en un orinal que puso boca abajo—, y estoy seguro de que lo habrá echado en falta, que previamente a la existencia del pueblo agricultor que sufriera distintas invasiones a lo largo de su historia, plantó en este mismo solar sus lares una población caníbal, de la que terminaron derivando aquéllos...

José puso cara de interés.

—Vaya.

—El hecho no debe extrañarnos, pues la mayoría, por no decir todos, los asentamientos primigenios practicaban esta costumbre, relacionada, más que con cuestiones estrictamente gastronómicas, con un mágico rito de armonía con el cosmos, en cuya comprensión se venían efectuando tímidos avances. Si esta hipótesis del canibalismo es cierta, y la avalan determinados indicios, exactamente bajo

nuestros pies –José se miró sus zapatillas–, se encontrarían los huesos que demostrarían de manera fehaciente el sometimiento a esta práctica bárbara, imposible de juzgar con criterios actuales...

–Qué interesante –el soñador ahogó un bostezo.

–No sabe cuánto –se animó Porras–. Resulta subyugador escudriñar el pasado. Aunque la envidia agosta muchos frutos, créame. Yo he sufrido distintas campañas de descrédito que han sometido mi vocación a dura prueba. Pero la recompensa, aunque tardía, se viene vislumbrando, y confío en obtener pronto triunfos que me abran las puertas de los cenáculos históricos más selectos del continente, porque este país, lo sabrá usted, da para pocas alegrías...

–Le felicito con toda sinceridad.

–Gracias –repuso el erudito–. Por otro lado –reanudó la cuestión–, es preciso hacer hincapié en que aquellas gentes toscas y brutales llegaron con seguridad a recurrir al sistema de trueque, el cual supone un avance, estará usted de acuerdo, respecto a la mera y usualmente violenta apropiación. Se han desenterrado unas piezas metálicas cilíndricas, según algunos fálicas, pero que yo presumo ejercían la misma función que entre nosotros el dinero. Esto nos lleva aún más lejos: al desarrollo de una economía a todos los efectos, con su doble vertiente de puesta de mercancías en común y otra caracterizada por un marcado individualismo, del que también son seña las tendencias alimenticias apuntadas. Estamos hablando, claro es, de una época anterior al desarrollo de la agricultura, que en esta zona jamás alcanzó carácter intensivo...

–Me hago perfectamente cargo –José sentía los párpados de plomo.

–Pero lo que seguramente ignora –Porras levantó admonitorio un índice– es que la serie de figurillas votivas extraídas hace poco de estos mismos terrenos, lógicamente con el permiso de la marquesa, nos inducen a suponerles a esas gentes un sentimiento de trascendencia, de donde, y ésta es una opinión particular, obtuvieron andando los siglos la fuerza necesaria para rechazar las invasiones y afirmarse como pueblo independiente. Precisamente, la debilitación de esta creencia se relaciona de manera obvia, a mi entender, con las distintas etapas de sojuzgamiento que impusieron esos descono-

cidos pueblos provenientes del océano y sobre cuya identidad existen innumerables controversias, siendo yo del parecer...

Mucho más tarde, el erudito abandonó el dormitorio.

José oyó los primeros y madrugadores pajarillos sin haber conseguido pegar ojo.

21

Caminito de la playa

Melquíades entró como una tromba en la habitación de su amigo.

—¡Arriba! —descorrió de golpe las cortinas.

El dormitorio se inundó de sol.

José se parapetó tras las sábanas.

—Por favor... —pidió clemencia.

—¡Son ya las siete en punto de la mañana! ¡Vamos, José, que llevas toda la noche durmiendo como un leño!

La amistad sufrió severa prueba en este instante.

—Nos esperan abajo. Iremos a la playa.

La marquesa se vestía con ayuda de su hija.

—En principio no está mal que te muestres reticente con tu primo —decía—: es lo adecuado. Pero no conviene que extremes la medida, pues tus encantos juveniles (ni sombra de los que yo tuve a tu edad y que conservo) no bastarán para que Néstor no se escurra hacia otro lado, dejándote como una estantigua y con el consiguiente descrédito tuyo y de tu madre. No lo creo posible, pues el pretendiente es sensible a mi influencia, que pongo entera al servicio de tu causa. Si guardas esperanzas que caminen por distintos derroteros —miró a Aretusa con intención—, hora es de que ahuyentes semejante desatino que no hará sino perjudicarte.

—¿Tú crees, mamá? —inquirió la joven, evasiva.

—Tengo más experiencia que tú, la que aúno con aspecto y espíritu joviales. Por otro lado, señal de que tu primo es buen partido, ha sido predilecto de algunas modistillas, a las que todavía escribe tonterías, conforme he descubierto espulgando sus cajones. Hora es de que esgrimas, ciertamente con decoro, las armas que la naturaleza nos ha dado a las mujeres... —y se atusó el pelo ante el espejo.

La hija devolvió la pelota.

—¿Y Melquíades...?

—¿Qué tiene que ver con lo que hablamos...? —se envaró ésta.

—Le haces blanco de atenciones hasta ahora reservadas al de Orozco.

La de alcurnia sacudió con estrépito su bisutería.

—No lo puedes entender... Eres una niña. ¡Si casi lo soy yo...! En mi corazón palpitan muchos afectos —expuso—, entre ellos el de nuestro vecino del monóculo, a quien siempre miraré con benevolencia. Desde la tragedia de su hijo, al que tú no eras insensible... —la quiso sondear.

—¡Mamá...! —protestó la joven, enrojeciendo.

La aristócrata endureció el gesto.

—Olvídate de esa quimera —ordenó—. Y dedícate a tu primo. En cuanto a mí, deja que desentrañe mi propia madeja.

La madre tropezó abajo con Porras.

—Marquesa... —la saludó el erudito.

—Acabo de estar hablando con mi hija —dijo ésta confidencialmente.

—Ardua tarea la de madre —señaló él.

—¡Es una responsabilidad tan grande...! Qué difícil es saber lo que realmente le conviene a una joven.

—Un marido —replicó sin titubear el arqueólogo.

La aristócrata simuló alegre sorpresa.

—¿Usted también lo cree...? Eso mismo le decía a ella, pero ignoro si mis palabras tendrán algún efecto. Hágame caso, Porras: no se case, porque después vienen los hijos. Aunque ya veo que no lleva trazas...

—Son los estudios, la investigación, los que me han impedido llevar a una ante el altar. No la presencia de mujeres hermosas en mi entorno... —clavó su mirada en ella—. Y a propósito de investigación —volvió al tema que inspiraba todos sus actos—, tengo la seguridad de que en el subsuelo de su casa, superpuesta a capas más antiguas, existe una necrópolis...

La marquesa hizo un gesto de desagrado.

—No diga esas cosas.

—¿Se imagina...? —la tentó—: Ajorcas, brazaletes, suntuosas coronas con gemas incrustadas que irradiarían cegadores destellos, enmarcando la belleza incomparable de aquella diosa para quien parecieran estar hechas ex profeso... ¡Debe permitirme una excavación en regla! —imploró—. Las catas efectuadas hasta ahora no han podido ser más prometedoras.

—¿Usted cree —preguntó, soñadora, la de alcurnia— que me conseguiría por lo menos un collar...?

—¡Cientos de ellos! —doctoró Porras.

Don Diómedes de Orozco altercaba con Melquiádes camino de la playa.

—¡Usted...! ¡La luz de su cuarto no se apagó en ningún instante! ¡En cambio, el cuadradito que desde mi ventana identifico como dormitorio de la marquesa no se encendió ni lo que dura un parpadeo...! ¿Alguien me puede explicar esto? Siento mucho, mi querida amiga —le dijo a su tirana— insinuar lo que ni de lejos creo, pero hace mucho que dejé de ser un niño. ¡Una luz permaneció encendida y otra, apagada! Si ambas hubieran reunido condición idéntica, la conclusión que estoy abocado a extraer sería otra...

—Posiblemente —admitió con serenidad el gordo— me rindió el cansancio, olvidándome de pulsar el interruptor.

—¡Paparruchas!

—Se pone muy pesado, de Orozco —le riñó la aristócrata—. Sus celos son insoportables, aunque indican que no le soy indiferente —añadió, coqueta.

Se tosió.

—¿Y las ventanas de los demás...? —prosiguió el otro, colérico—. ¿Por qué estuvieron cerradas, si así fue, o permanecieron abiertas, si es el caso? ¿A qué hora se metieron todos en su respectiva yacija? ¿Hasta qué hora descansaron? Yo, señores, marquesa —le hizo una venia—, no tengo nada que ocultar. Me acosté a determinada hora, levantándome a la correspondiente, conforme a mi norma invariable desde que me quedé solo...

—Entonces —moduló el orondo— ¿cómo es tan preciso en lo que se refiere a luces y ventanas? Si dormía, no pudo ver. Y viceversa.

Un grito

La playa se ofrecía prácticamente entera a la merced del grupo. Un acantilado se levantaba a uno de sus extremos.

Andrade y Atilano se doblaban bajo el peso de las cestas de comida.

Revoloteaban los largos y oscuros cabellos de Aretusa a efectos de la brisa. Néstor trotaba a su vera, servicial. Melquíades y el de Orozco rivalizaban flanqueando a la marquesa, quien distribuía entre ellos sus atenciones sin olvidar a Porras, que parecía fuera de lugar al aire libre. José era una muda presencia candorosa.

Se desperdigaron en dirección a las casetas.

Aretusa, en bañador, atrajera más miradas que la estricta y esperada de su primo.

La marquesa cuarteó en su faz una sonrisa.

Se arrojaron al mar, dejándose azotar por la resaca.

—Está el agua deliciosa —le dijo Néstor a la joven, como si fuera el responsable de su temperatura.

Al cabo de un rato, fueron regresando a tierra.

Andrade y Atilano libaban a escondidas de un barrilito que habían aportado a la excursión para uso propio.

Aretusa fue invitada por su primo a pasear hasta el acantilado. A ella le traía el lugar penosos recuerdos.

—Debes enfrentarte con la vida —insistía él.

—Acabo de bañarme en el mar en que murió —dijo la joven con extraña poesía.

—Razón de más —porfió Néstor— para que hollen tus pies el que fue trampolín para su muerte.

Logró convencerla.

La marquesa les observó alejarse.

—Qué armoniosa pareja resultan —comentó.

—A veces pienso que murió mi hijo para bien —manifestó el de Orozco, en lo que se interpretó como un espaldarazo al noviazgo.

Más allá, Andrade preparaba con su compañero las viandas. Mataban del barril a modo.

—¿Si será doncella...? —se preguntó Atilano, que venía dándole vueltas al tema.

—Ni puedo ni debo responderle —respondió el criado, con la voz estropajosa por el licor—. Primero, porque no me consta el estado de lo que implícitamente se menciona. Y segundo, que estando al servicio de la casa, mi deber me impele a silenciar las costumbres de sus moradores, si bien sean intachables y por ello mismo. Sí señalo, sin desdoro mío ni de quienes me alimentan, que la señorita Aretusa experimentó la mayor aflicción con el infausto episodio del acantilado, sin que quepa aventurar los avances que sobre ella alcanzara el malogrado... En cuanto al primo, no pasará del rango de aspirante —opinó.

—Ahí existe un drama de inconmensurables dimensiones —dijo el clase baja, echándose otro buen trago al coletó.

—No lo sabe bien —confirmó Andrade—. Con el añadido de que la hija de la casa adolece de notable indecisión, como la mayoría de su sexo. Y no soy sospechoso de denigrar a la mujer, como demuestra el fino modelado de un cuerpo femenino que, expresión de mi sentir, estoy finalizando en la arena con ayuda de un palillo.

Se oyeron gritos.

Aretusa regresaba velozmente hacia el grupo. Tras ella, justificándose con aspavientos, venía el primo.

—¿Qué habrá ocurrido? —se pronunció bajo cornisa de inquisitoriales ceños.

La joven se arrojó llorando sobre la toalla, mostrando inadvertidamente sugestivas proporciones.

La marquesa le exigió explicaciones al sobrino.

—Ha creído ver a Héctor... —confesó éste.

Palideció acusadamente el señor de Orozco.

—¡Imposible!

—Eso mismo dije yo... —manifestó el joven.

La madre tomó las riendas.

—Aretusa, compórtate.

La hija se enjugó las lágrimas. Su mirada inconsolable se perdió en el mar.

—Ha sido culpa mía... —repetía Néstor una y otra vez.

Otra noche y otro grito

Le apeteció a José dar un corto paseo bajo la luna.

Entreabrió la puerta que daba al pasillo y aguzó el oído unos instantes. Quietud completa. Cautamente, salió del dormitorio y pisó la blanda alfombra, descendiendo las escaleras con el mayor sigilo.

Empezó a deslizarse al exterior.

—¿Le importa que le acompañe?

Era Porras.

Algo íntimo se marchitó en el interior del soñador.

—Claro que no —aceptó.

Salieron al jardín.

—Las ideas más brillantes se me ocurren de noche. ¿No le pasa igual? —inquirió, animado, el arqueólogo.

Corroboró José.

Porras aspiró satisfecho.

—¡Se avivan las funciones del cerebro! Por cierto —murmuró—, hay que ver el pobre Melquíades... ¡Parecía un monstruo!

—Tomó más sol del debido.

—Y como tiene ese color sonrosado, cuando no blancuzco... Conocí una vez a un hombre que, estornudando, metió la cabeza en la marmita del cocido. No era nada, comparado con lo de su amigo. ¡Impresionante! Confío en que le haga efecto ese mejunje que le hemos aplicado...

—Se recuperará.

—¡Esos gritos, Dios mío...! Los tengo clavados aquí dentro —se señaló la calva—. ¡Y cómo pateaba! Parecía un lechón con esas piernas atocinadas que lanzaba sin discernir al aire. Ahí —censuró— los demás obramos cortamente. Hubiéramos debido taponarle lo pudiendo... ¡Había mujeres, qué caramba! Yo mismo, con toda mi erudición a cuestas... ¿Le he contado —cambió radicalmente de asunto— que es posible que la marquesa me autorice por fin a excavar?

—Primera noticia.

—Como lo oye. Este montículo en que se asienta el palacete es una mina en tesoros de diversa índole. La marquesa parece que lo va comprendiendo... Sin embargo —se ensombreció—, temo que se

intente boicotear su decisión. Si esto ocurre –tembló como una hoja–, me convertiré en un muro contra el que se pulverizarán mis enemigos. Mi determinación, abonada por el polvo del estudio, se aguzará como la punta de una lanza contra ellos. ¡Obraré militarmente, si es preciso!

–Cuenta con mi apoyo –se oyó decir José.

Porras le estrechó la mano.

–¡Gracias! ¡No esperaba menos!

El soñador se confortó sintiendo contra el pecho el retrato de su amada y cuyos idolatrados rasgos se habían convertido a esas alturas en un borrón indistinguible por el que todavía el enamorado sería capaz de matar y de morir. ¿Cómo fue ella...? ¿Qué disposición tenía...? ¿Qué pensaba...? El piadoso olvido se extendía sobre estos interrogantes, amorteciendo el dolor de un corazón que seguía palpitando por la viva llama que encendiera aquella cruel que le dejara a perpetuidad herido...

–¿Me escucha, hombre, que parece que está en Babia...? –el estudioso le hablaba a cuatro patas–. Se me ha caído una fibula de colmillo de mamut que le quería enseñar... Ayúdeme a encontrarla.

Tampoco Aretusa dormía, recorriendo en camisón la zona opuesta del jardín.

La alucinación del acantilado la había sacudido en profundidad.

¡Amaba desesperadamente a Héctor! Ahora y tardíamente terminaba de comprenderlo.

La joven se preguntaba si acaso no fueron su tozudez y sus bur-las, particularmente crueles en su último encuentro con el desaparecido –¡cuánto lo lamentaba a la sazón!–, las que indujeran al muchacho a subir aquella noche a las rocas. Y aún más terrible: ¿caería al mar por accidente, o bien se hundiría voluntario en su regazo, en substitución del que ella no quiso regalarle...?

Su vida estaba destrozada para siempre. Héctor, simplemente, ya no estaba, y era inútil sustituirlo por Néstor, al que, por otra parte, guardaba un cariño fraternal y no quería que sufriera...

Melquíades, irreconocible, sin más ropa que un escueto lienzo sobre su hombría, tampoco podía conciliar el sueño. Sus molestias eran importantes, e intuía no haber estado en la cura muy gallardo.

Vagamente recordaba al del bastón, yéndose a su casa manejándolo briosamente y con aire general muy satisfecho...

¿Qué pensaría ahora la marquesa? ¿Y los demás? ¿Qué opinaba José, su amigo, que fue quien destacó su insolación y la necesidad de evacuarle de la playa, lo que hicieron entre cuatro mocetones que se lo llevaron en un toldo...?

Sonó un trepidante grito en el jardín.

24

Elucubración de doncella. Pacto alevoso

José y Porras llegaron corriendo. Se oyó ruido de ventanas.

La hija de la casa se tendía horizontal y exánime. Sus piernas ebúrneas destacaban sobre el césped.

Observaba la marquesa desde su habitación a oscuras.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió el erudito sin despegar la vista de los torneados muslos.

La joven volvió lentamente en sí. Confesó haber tropezado.

Se achacó el desmayo a una excitación nerviosa.

Aretusa, sola en su dormitorio, temblaba. Habría jurado entrever, enmarcada en un puñado de hojas, la cara de su amado Héctor, a quien se suponía ocupando su morada definitiva bajo las aguas. ¿Se trataría de un espejismo, como el del acantilado? ¿Cabía empero la esperanza —casi no se atrevía ni a pensarlo— de que el hijo del de Orozco estuviera vivo, habiendo conservado la existencia por algún extraño, fortuito y desconocido imponderable...? En tal caso, ¿por qué no se mostraba? ¿Qué premisas le mantenían en la oscuridad? ¿Se estaría vengando por su desprecio? ¿Acaso alguna —receló— le estaría atrayendo con sus embelecocos, sus caricias, los artificios que ella, ahora tan desdichada, denegara frívolamente al desaparecido...?

Cobró furiosos celos contra la intrusa que, supuestamente, se atrevía a disputarle un corazón que le pertenecía en exclusiva. Que se hubiera mostrado voluble no significaba ser insensible a unos brazos que todavía la reclamaban desde el Más Allá. Precisamente sus sarcasmos, su lacerante ironía, la ocasión aquella en que rehusara un modesto ramo de campesinas flores que él acababa de com-

ponerle, constituían en realidad, más que obstáculos, los peldaños que había que ir ascendiendo para llegar a ella, conforme exigen invariablemente y desde que el mundo es mundo las de su sexo. Él hubiera debido saberlo...

Aretusa, que de repente ya no tuvo dudas de que Héctor figuraba sobre el mundo, rompió llena de ira un jarrón del tocador. ¡Héctor era estúpido, un obtuso que no se daba cuenta de dónde estaba el verdadero amor, prefiriendo el sucedáneo de una triste rival que se guardaría, engañosa, de mostrarle sus aristas de carácter!

¡Perfectamente! ¡Si así lo quería, ella no habría de oponerse! Le resultaba indiferente que viviera o que muriera...

Sintió palpitaciones. Se desdijo. ¡Que viviera –rogó– y ella sería para siempre su esclava! Le seguiría a países remotos sin ofrecer resistencia y cumpliendo su voluntad en los menores detalles. Aceptaría toda clase de renunciaciones. Aunque esperaba que él no fuera tan bajo de admitir tamaña abnegación sin inmutarse...

Pasó el resto de la noche madurando un plan.

Al día siguiente, conferenciaron la marquesa y el sobrino. La primera intuía la verdadera razón del desmayo de Aretusa... aunque no entendiera cómo podía estar vivo el hijo del de Orozco.

–Quiero que me digas si amas a mi hija.

El sobrino levantó perplejo la cabeza.

–¿A Aretusa...?

–¿Qué otra hija tengo? –replicó la de alcurnia bruscamente.

El alevoso meditó bajo la mirada de su tía. Al cabo sonrió y dijo:

–Poco valgo si no limpio de telarañas su caletre, casándome después con ella y obligándola a reconocer mi autoridad, que estoy dispuesto a compartir con la que me ayude en mis proyectos.

La marquesa sonrió también.

–Estorbaré amoríos improcedentes –gorgoteó–, encaminándola al idóneo. Que Héctor esté vivo o muerto nos ha de traer perfectamente sin cuidado.

25

En la pensión. Su dueña. La vejez bondadosa

El Cahahombres y Pacomio tomaran posada a su llegada al pueblo en una pensión, inscribiéndose como gente de la farándula. Esto

motivó que los otros huéspedes —un vendedor de corbatas y un representante de alfileres— les arrancaran de gracia actuaciones a la caída de la tarde, previamente a lanzarse los investigadores a la noche a encarnar su verdadero oficio.

El pañuelo de nudos del primero se empapaba de sudor, taponando su dueño encima de la mesa de la cocina, abrazado a su guitarra. Pacomio, por su parte, era un remolino de brazos y piernas dándole a la pandereta.

—¡Pero qué arte, y dónde se escondía...! —se deshacía de entusiasmo el de los alfileres.

El vendedor de corbatas aplaudía, frenético.

—¡Después de esto, morir...! —vociferaba.

La dueña de la pensión dejaba hacer.

Los investigadores se cansaban. En una ocasión en que les permitieron ir al retrete, intentó Pacomio colgarse de una viga.

—Ten paciencia —le rogó su jefe.

—¡Es que me falta vocación...! —protestó el subordinado.

El Cazahombres serenó al infeliz de una mano de tortas.

—¡Y quiero panderetazos como si estallaran cohetes! —exigió.

No todo era alegría en la pensión. Alguien permanecía sombrío, sin que sus manos se acalorasen dando palmas ni nada parecido. Un ceño reciente, pero no por ello menos hondo, separaba ambas cejas como si estuviesen enemistadas. En vano la dueña de la hospedería, apreciable jamona en sus cuarenta, que se hacía llamar María del Carmen Azurmendi, pues así figuraba en el registro, intentara transmitir algo de aliento a su escorado inquilino, cuyo alojamiento allí fuera bajo el imperativo del secreto. El huésped, que se había registrado con el falso nombre de Epítimo, lo que da idea de su misantropía, ocupaba con esta condición parte del desván, sin que los otros tuvieran noticia de su existencia.

La patrona había ido atando cabos. En una ocasión en que el doiente se ausentó, cayó como una loba sobre su equipaje, compuesto con exclusividad de un bañador y un retrato femenino cuya cartulina se abarquillaba a efectos de un reciente contacto con el agua. Antes de devolver la efigie a su cajón, María del Carmen Azurmendi estudió minuciosamente las facciones de la desconocida, haciéndose cargo al instante de la historia. Se prometió, como sospechara

Aretusa con su fantástica intuición, hacerle especialmente agradables a Epítimo los días que transcurrieran en su casa. El joven no era mal parecido y clamaba por ser atendido. Ella tenía sentimientos maternos. Y experiencia...

La hija de la marquesa, en cambio, carecía de ella, y de su atollamiento ya han quedado patentes muestras. No obstante, iba acopiando sensatez a marchas forzadas.

Como primera providencia de sus reflexiones nocturnas, optó por hablar con el anciano que la meciera de niña en sus rodillas, negándose vehementemente a seguir haciéndolo en cuanto la joven espigó, rasgo que evidencia la moralidad del personaje.

Solón, que así se llamaba este decrepito, vivía en su cabaña rodeado de gallinas y conejos.

En cuanto la divisó por el sendero, la preguntó con la voz estrangulada por el cariño:

—¿Qué te pasa, niña mía...?

Aretusa, compungida, se le sentó encima con la mayor confianza, enterrando su tribulación en las profusas y blanquecinas barbas del vejete. Pero Solón, atendiendo a sus principios, se puso bruscamente en pie.

Ella relató entre hipidos su desgracia.

El anciano se atusó la mata algodonosa de su barba.

—Así que ese malandrín de Héctor...

Su protegida consideró oportuno defenderle.

—No es culpa suya —dijo—. ¡He sido tan tonta...! De haber sabido lo que iba a suceder, me habría comportado cuerdamente. Pero a mi edad —se justificó— existe irrefrenable tendencia a contrariar a quien nos ama. Casi siempre hacemos bien y es divertido, pues el pretendiente nos importa un cuerno. Pero hay casos, y éste es uno, en que nos damos cuenta del error demasiado tarde, pugnando infructuosamente por enmendarlo.

—No termino de entender... —parpadeó Solón, muy candoroso.

—Digo que tengo un problema del carajo —afirmó ella, golpeando con su delicado piececito el suelo en que tantas veces se revolcara de niña.

Comprendió él que Aretusa pretendía recuperar a Héctor de manera irreversible.

Solón movió su cabeza venerable.

–Pero, pequeña –protestó–, ¿no te das cuenta de que me pides que pisotee la tendencia que tengo de alejarte del contrario sexo, si acaso encerrándote, lo que incluye a ése que me dices, pues al ser yo también varón conozco los impulsos que sacuden a los míos...?

–Se trata de ceñirse al que has mentado –se impacientó la enamorada.

–Sea, pues –condescendió el provector, mirando los lejanos montes en cuya cima desearía hallarse en esos momentos–. ¿Cómo lo enfocamos...?

–Antes –repuso la joven– he de decir que cuento con una rival poderosa que amenaza con arrancar a Héctor definitivamente de mi lado. ¿Cómo me he enterado...? –se preguntó–. Soy mujer y basta. Y también ella, la que pugna con arrebatarme al hijo del de Orozco, sabrá con paralelo instinto que me dispongo a librar batalla, y con ayuda.

–Estoy muy viejo –dijo Solón, hecho un completo lío–, pero no me iré sin rendirte este servicio. Lo primero es averiguar si Héctor de Orozco está vivo...

–Ya lo creo que lo está –subrayó ella.

–En ese caso –dijo, dulcísimo, el anciano–, no queda sino saber dónde mora y sondearle.

Aretusa –la cara llena de churretones– palmoteó de alegría.

A Solón se le escaparon a su vez líquidas perlas.

26

¡Chantaje!

En días sucesivos, mientras unos se devanaban los sesos persiguiendo objetivos contrapuestos –Aretusa y Solón, en un sentido; la marquesa y Néstor, en el opuesto; el misterioso Héctor, no queda del todo claro...; y María del Carmen Azurmendi, tendiendo con madura pasión a su pupilo–, los demás dibujaban aquí y allá sus trazas.

Atilano protestaba de sus amigos ante el tuerto Andrade.

–Cualquier día me sublevo y cometo un disparate. He sido ofendido tantas veces que la próxima puede ser la proverbial gota que rebasa el vaso.

—Pero ¿a usted no le sacaron del arroyo? —le preguntó el criado.

—Sea —confirmó el humilde—. Sin embargo, no les da derecho, me refiero principalmente al gordo, a traerme sin mi consentimiento a esta zona costera paradisíaca, concediéndome un descanso que en modo alguno he pedido, y siendo sostenido a cuerpo de rey sin otras obligaciones que seguir mi santa voluntad y, dependiendo del caso, labrar mi felicidad sin el menor estorbo.

—Lo suyo es una cruz —reconoció Andrade, un punto lacrimoso.

En cuanto a Melquíades, su prodigiosa hinchazón había cedido lo conveniente, y se expresaba, lírico, a la marquesa entre los árboles.

—¡Cuenta usted cosas tan íntimas...! —se sofocaba ella.

—La verdad es mi divisa —respondiera pretencioso el adalid.

Se agitaron unas ramas y apareció el de Orozco.

—¿La verdad...? —interrogó—. Me parece que su historia, el pretexto con que invade a gentes que hasta ahora permanecíamos en paz, constituye una sarta de absurdas falsedades, una mentira abominable, un cúmulo de sucesos inexistentes, cuando no vivamente deformados...

Le interrumpió la de alcurnia.

—No siga, de Orozco. ¿Acaso su vida se presenta limpia? ¿Su trayectoria está libre de mácula...?

—Hay algo de lo que debería arrepentirme —aceptó éste con segundas—. Si bien soy incapaz de hacerlo —y se asomó con descaro al escote de la marquesa.

—Qué caprichoso es usted... —abatió ésta complacida los párpados.

Se amoscó el gordo.

—La volubilidad es un defecto y de los serios —machacó—. El peor que puede tener un hombre.

El de monóculo se lanzó al contraataque.

—Menor hombría constituye entrar a saco en el hogar de una mujer honrada aprovechándose de su generosidad, sentarse a sus manteles y pretender subir al tálamo, arrojando de allí a quien razonablemente aspiraba a situarse.

La aristócrata se cubrió el rostro con su abanico.

—Por favor...

—¡He callado demasiado! —graznó éste—. Pero es hora de desenmascarar a este fantoche. ¡Diga quién es! —le retó—. ¿De dónde viene, a dónde va...? ¿Qué pretende...?

Se presentó José con aire triste.

—¿Sabe que no dice ninguna tontería...? —se dirigió al elegante.

El de Orozco le contempló indeciso.

—Explíquese.

Melquíades miró desolado a su amigo.

—Tus palabras —le dijo— son los heraldos de la traición que se avvicina.

Contestó José con calma:

—Traición, ninguna, Melquíades. Pero tu vida, y en alguna ocasión lo hemos comentado (y tú mismo lo proclamaste en la sede del periódico, aparte de que se te nota mucho), guarda mayor arcano, el cual es profundo y se remonta a tus primeros años, proyectándose sobre tu existencia posterior hasta llegar a la época presente y al instante actual. Por eso afirmo que los interrogantes que acaba de plantear el de Orozco son cabales, aunque los haya presentado impulsado por la ira, por los celos, por cualquier sentimiento de esta índole que condenaría un virtuoso... Afírmate en lo que sabes —le recomendó— y que su conocimiento constituya el pedestal para reconstruir lo que es tu esencia y que por desgracia tú también ignoras.

Un pájaro negro echó a volar pesadamente desde una copa cercana.

Porras, a lo lejos, daba largas zancadas explorando el territorio.

Ese mismo día, la marquesa recibió la visita de un sujeto de mala catadura que llevaba bajo el brazo un cartapacio.

—Usted dirá —le dijo.

—¿No ha recibido mis cartas? —preguntó el hombre.

Ella respiró agitada.

—Me han resultado tan inverosímiles que he decidido pasarlas por alto —respondió.

—Ha hecho mal —reconvino el otro—. Por esta razón me veo obligado a venir en persona —extrajo un documento del portafolios—. Lea esto.

La dueña de la mansión lo cogió con repulsa. A medida que se hacía cargo del contenido, palidecía.

Le devolvió el papel.

—¡Cómo se atreve...!

—La ley me ampara, señora. Sobre su casa pesa una hipoteca que no ha sido satisfecha. El asunto resulta tan sencillo como pagar... o irse.

—¡Es usted un mistificador, un farsante...! —exclamó violentamente la aristócrata—. ¡Salga ahora mismo de aquí o pondré el caso en conocimiento de la policía!

—Créame, no le conviene —dijo éste con calma—. Insisto en que los papeles son legales. Si me autoriza, la pondré en antecedentes... —la de alcurnia, derrotada, tomó asiento—. Permítame —expuso el leguleyo— remontarme a los tiempos de su abuelo, padre del autor de los días de su señora de usted. Este probó, que sin duda ha juzgado mirífico hasta ahora y que expiró repartiendo bendiciones, no dejó en realidad más que deudas. Mujeriego empedernido, jugador... —levantó la mano ante un conato de protesta—, no era ciertamente mala persona, teniéndole propios y extraños por extraordinariamente generoso. De no haber sido tan manirroto, en efecto, yo no estaría aquí en estos momentos... El caso es que, a espaldas de su mujer, hipotecó este palacio y unas posesiones que la familia poseía en Ultramar. Estas segundas se perdieron a efectos de la mencionada hipoteca, pasando a gente de medio pelo y en cuya mirada brilló el rencor social al adquirirlas. Pero la casa que ahora mismo estoy pisando tuvo un destino más curioso. Al fenecer sin descendientes directos el beneficiario de la hipoteca, su abuelo pensó que ésta quedaba sin efecto, pasando a legar esta posesión como si nada. Sin embargo, últimamente y gracias a intensas gestiones por mi parte, ha aparecido un tardío superviviente de una rama colateral de aquel lejano ganancioso que murió, el cual pariente ha resultado ser un borracho que domiciliaba bajo un puente y a quien por una botella de licor de guindas le arranqué su firma cediéndome todos los derechos sobre este hogar sacrosanto que Dios guarde. Como ve —mostró las palmas—, le hablo con franqueza. No soy ningún filántropo, me guía tan sólo la codicia. Y el palacete y anexos serán míos de no serme abonada en breve la cantidad que figura al pie del documento y que, si se considera crecida, debe pensarse que lleva acumulados intereses.

Por toda respuesta, la marquesa decidió desvanecerse.

Al cabo de minutos, y como el acreedor no se inmutara, volvió en sí.

—Lo que he oído —masculló, evocando el diálogo de un drama al que asistiera embarazada de Aretusa y del brazo de su marido, que finó discretamente en la butaca— es un puñal clavado en mis entrañas. Ahora, en el otoño de mi vida... —rectificó—, en tal estadio en que conservando intactos mi atractivo y mis fuerzas y considerando que me esperan largos años por delante, pues soy joven, recibo el golpe más cruel que se puede asestar a una débil mujer, sin que nadie quiera venir en mi socorro...

El otro aplaudió con enfática desgana.

—Yo también vi la obra —dijo—. No pasaba de discreta.

—Es usted un miserable. Una sanguijuela. Un buitre que acude al acecho de las viudas. Si espera salirse con la suya, sepa que está muy equivocado. ¡Escaparé de esta celada! ¡Encontraré la manera de burlarle! Aunque sea lo último que haga en esta vida, habré de verle hundido a mis pies, suplicando clemencia...

El leguleyo se despidió muy cortésmente.

27

Un chulo jugando a la pelota. Argucia femenina

La marquesa confió su problema a Néstor.

—¿Ese hombre ha presentado credenciales? —preguntó el sobrino.

—Impecables —dijo ella—. Las esperanzas de conseguir la suma que me pide son remotas, por no decir inexistentes —sollozó—. Tendremos que abandonar la casa, renunciar a la servidumbre, mendigar...

—¿Lo sabe Aretusa?

—No veo necesidad de complicar las cosas —le miró—. Lástima que seas insolvente; de lo contrario, la boda con tu prima solucionaría el problema...

La muchacha paseaba por la playa intentando ordenar sus pensamientos. La última vez que hablara con Solón —se habían sucedido un par de encuentros—, le alarmó su expresión extraviada y las

evasivas con que contestara a sus preguntas. Temía Aretusa que el vejete estuviera maquinando algo peligroso...

Se le aproximó un joven bronceado.

—Hola —saludó.

Sin muchas ganas, respondió ella:

—Hola.

El deportista portaba un pelotón de playa. Lo envió de una patada a muchos metros de la orilla.

—Si quiere, lo traigo aquí en un estornudo —se brindó.

La chica se encogió de hombros.

El inane se lanzó al mar de plancha, recuperando la pelota, que puso galante a los pies de Aretusa. A ésta le hizo gracia.

—Hoy es un gran día para mí —aseguró él.

—¿Por qué? —inquirió ella.

—La he visto sonreír.

La hija de la marquesa se ablandó.

—Me llamo Miguel Ángel —aprovechó el nadador.

—Aretusa —y alargó su mano, que el otro estrechó con varonil delicadeza.

—Estoy pasando unos días de descanso —informó el joven— ¿Y usted...? ¡Déjeme adivinarlo! —pidió—. Es un ser etéreo, una ninfa, quizá la misma Venus que acaba de salir del mar... Se ha compadecido de los mortales y ha tomado forma terrena que no puede ocultar su procedencia... No tiene padre ni madre, nadie ha sido capaz de engendrarla... Y se ha criado con los animalillos del bosque, de donde ese aire pinturero y salvaje...

Aretusa se distraía con la charla de su verdadera preocupación.

Al llegar a las casetas, se despidieron.

—Prométame que mañana estará aquí a la misma hora.

Aceptó ella, sin intención de cumplir.

El fortuito encuentro tuvo solapados testigos: su primo Néstor, escondido detrás de una palmera, y María del Carmen Azurmendi, quien volviendo en bicicleta por la carretera de la playa de recoger unas merluzas, reconoció de lejos a la del retrato...

La patrona encontraba que el azar había puesto en sus manos la destrucción de su enemiga, para cuyo primer paso debía necesaria-

mente contemplar de manera oficial la fotografía de ella que guardaba su huésped.

Impenitente, se las arregló para verter matarratas en la comida particular de Epítimo, que comenzó de inmediato con sus retortijones. Los demás huéspedes habían salido —el Cahahombres y Pacomio a sus investigaciones—, y ella se encontraba a solas en la pensión con su caudal inquilino.

La mujer, acicalada con esmero, ofreció su concurso a la dolencia sujetando valientemente la cabeza del malo sobre la palangana, y teniendo el tacto de ausentarse para que éste se sentara sobre la loza. En los remansos, sonsacara la patrona biografías del pupilo. Entre unas cosas y otras se terminó por extraer la fotografía de Aretusa del cajón.

—¡Qué hermosa! —exclamó con astucia la Azurmendi, para agregar a continuación—: Afortunado el del balón que se la lleve.

El enfermo encontró extraño el comentario.

—¿Qué balón...? —inquirió, lleno de náuseas.

—He hablado sin querer.

Insistiera Héctor—Epítimo.

María del Carmen Azurmendi, apiadada, estuvo a punto de confesarle la verdad. Pero cierto contraluz que enmarcaba al doliente, sobre cuyo bozo brillaban gotitas de sudor, la hizo desgraciadamente desistir.

—Un joven la cortejaba esta mañana en la playa, al parecer con éxito —le dijo.

Un rayo que hubiera caído sobre Epítimo no hubiera causado mayor efecto.

Poco después, habría de ser conducido de nuevo hasta el retrete.

28

Todo el mundo enreda. Asesinato en grado de frustración

Néstor poseía la misma baza que la Azurmendi —la inocente conversación de Aretusa con el bañista—, y también se propuso jugarla en beneficio propio. Previamente, sus investigaciones particulares le arrojaron el fruto de la tangible existencia y ubicación del hijo del de Orozco. El primo había recorrido la mayoría de hogares del pue-

blo, haciéndose pasar por inspector municipal y divisando fugazmente a Héctor en uno de sus frecuentes desahogos en el baño.

Con tales ventajas, abordó a su prima, cuya bella y expresiva mirada se enmarcaba en ojeras de cansancio. El sol enrojecía moribundo a través de la ventana.

—Sé lo tuyo —informó como un malvado de opereta.

—¿Lo mío...? —se sorprendió la joven.

—Vayamos por partes —dijo Néstor, que no carecía de rigor—. Es obvio que continúas amando a Héctor y que éste vive...

—¡Vive...! —exclamó ella viendo confirmado el hecho, pues en ocasiones pensaba haberlo soñado.

—Está fuera de duda —ratificó el primo—, aunque abriga la corteidad de no presentarse debido a tu pasado desapego...

—¿Dónde está...? —interrogó la enamorada.

Néstor respiró hondo: se disponía a mentir en toda regla.

—Reside en una pensión, respondiendo por Epítimo —hizo una pausa—. Y se maneja en concubinato con su dueña...

Aretusa se tambaleó, debiendo sostenerla el primo.

—No puede ser verdad... —siseó.

—Lamentablemente, es así. Héctor se ha informado de tu amistad con Miguel Ángel, el atractivo bañista con el que conversabas el otro día en la playa, conforme yo mismo observé con estos ojos que se comerá la tierra. Parece ser que este hecho le ha impelido a dar el paso decisivo...

—¿Quién se lo ha dicho? ¿Tú...? —preguntó ella como una fiera.

—Te prometo que yo no he sido —se defendió Néstor—. Alguna otra persona le habrá ido con el cuento.

Aretusa era mujer de decisiones rápidas, y en un segundo tradujo su pesar en aborrecimiento al que se hacía llamar Epítimo. ¡Además ahora sabía quién era su rival, cuya realidad se confirmaba tristemente!

Le arrancó a su primo la dirección de la pensión y se deslizó al ocaso empuñando el mítico y tradicional rodillo de amasar.

Intuyó Néstor haber obrado torpemente.

La ira de Solón, que temiera Aretusa (y que en su actual estado de ánimo aprobaría a cierra ojos), no le iba a la zaga a la de la joven. Tras un lento proceso interior, el venerable concluyó que las cir-

cunstances exigían viveza y energía. Ambas las plasmó eliminando de entrada con su vieja escopeta rescatada de un arcón a sus gallinas y conejos, quienes no dieron crédito a la vesánica carnicería de que fueron objeto de repente a manos del hasta ahora inofensivo, que a continuación prendió fuego a su cabaña.

¡Su pequeña pedía ser vengada! Éste era el grito que resonaba en su cerebro, no existiendo para él más culpable que Héctor, al que se propuso alojar cuanto antes un plomo en su cabeza.

Por su parte, el Cazahombres y Pacomio se habían juramentado para que ésta fuera la noche decisiva. En distintas y secretas inspecciones, lograron identificar exactamente el dormitorio de Melquíades.

El detective se sentía optimista bajo la nocturna brisa.

—De ésta te asciendo, Pacomio —le dijo a su ayudante.

—¿Y cómo podrá ser —preguntó éste—, componiendo nosotros solos dos la jerarquía?

—Olvidas —repuso el jefe— que entre tu nivel y el mío existen muchos intermedios, actualmente desocupados, a cualquiera de los cuales te puedes elevar.

—¿Y se traducirá en el sueldo?

—¡Pues claro! Aunque, al aumentarte proporcionalmente la retención impositiva, quedarás como ahora. Sin embargo, pisarás de otra forma por la calle: con más gallardía, más empaque...

—Si lo dice porque voy algo encogido, es porque tiemblo del necesario crimen que nos disponemos a cometer...

—Con los años, te irás endureciendo —el Cazahombres apretó el paso.

Llegados al palacio, acecharon tras la balaustrada. Diocleciano, del que se habían hecho amigos, acudió a lamerles las manos. Le obsequiaron con una golosina.

Se acercaba gente. Los dos hombres se agacharon.

—¡Gordo! —acusó una voz penetrante.

—¡Se comenta de usted que usa pololos! —replicó distinto timbre.

—¿Y cómo se ha podido saber —se desgañó el primero—, si jamás me los he puesto fuera de la intimidad...?

Rió triunfante el otro.

—¡Canalla! —exclamó éste, descubierto.

–Resolvamos el asunto civilizadamente.

–¡Mantecoso!

–Sea –admitió Melquíades, pues de él se trataba–. Lo que no obsta para que ambos limemos nuestras pequeñas diferencias.

–¡Que sea la marquesa quien decida! –apuntó el de Orozco.

–Tiene la cabeza a pájaros.

–¡Precisamente, lo que adoro en ella...!

Se separaron sin ponerse de acuerdo.

–¡Lástima! –susurró el Cazahombres–. Le hubiéramos podido despachar aquí... Aguárdame –le ordenó a su subordinado desvainando el cuchillo de las grandes ocasiones, sobre cuyo mango lleno de significativas muescas se cerró su mano.

El detective desapareció en las sombras.

Desde su escondite, el ayudante vio encenderse una luz en el piso superior.

Inmediatamente, atronó la noche un grito más agudo de lo esperado.

El Cazahombres brotó como una flor al lado de Pacomio.

–¡A escape! ¡He estado a punto de cargarme a la marquesa! Me he equivocado de habitación...

29

Nadie se aclara. Una fuga, eso parece

Eran distintos sacos de confusión después.

La marquesa tuvo que ser atendida con sales e infusiones hasta lograr calmarla. Melquíades, José, Néstor y Porrás la rodeaban ferrosos. Se avisó al de Orozco.

–Ha sido la experiencia más desagradable de mi vida –repetía aquélla–. No podré volver a conciliar el sueño sin temer que alguien, agazapado junto a mi cama, se disponga a degollarme con un cuchillo.

Intentaron quitarle hierro.

–Lo más probable es que se trate de un simple caco –sugirió Melquíades.

–No hay que descartar –manifestó el arqueólogo– que se trate de una banda internacional, con dilatada experiencia en este campo.

Los archivos de la policía están llenos de sucesos de esta índole. La audacia de los amigos de lo ajeno siempre ha maravillado a los que tienen la obligación de perseguirlos. Me viene ahora a la memoria un suceso, ocurrido siglos atrás pero del que existe constancia documental, en el que un fámulo, habiendo logrado la confianza de su amo, relojero muy tacaño que mantenía a su familia en la miseria, la cual era socorrida por una de las primeras sociedades filantrópicas nacidas en nuestro país...

La de título levantó la mano. Un estruendo de bisutería rodó por su antebrazo.

—Ahora no, Porras.

Calló el erudito.

—En cualquier caso —dijo el gordo—, no ha ocurrido la desgracia que podríamos estar lamentando. Tampoco se han echado objetos en falta. De Orozco —se encaró al elegante—, ¿no tiene nada que decir...?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Estuvimos los dos hablando amigablemente hasta cierta hora. Luego nos despedimos y yo me hundí gozoso en las sábanas de mi cama. ¿Y usted...?

El puntilloso hombre de honor se postró de hinojos ante la aristócrata:

—Nuevamente se inclina a mi disfavor la balanza de su crédito, que derrama a manos llenas sobre quien, insisto, no tenemos más que vagas referencias, proporcionadas por él mismo, etcétera.

El adalid le interrumpió.

—No siga. A cambio, admito su palabra de no tener nada que ver con el atropello de esta noche.

El de Orozco se inundó de fría cólera.

—¿Quiere decirse que debo alegrarme de ser exculpado de una infamia que no sólo no he cometido, sino que ni por lo más remoto he cobijado en el caletre...?

La marquesa le hizo una señal al estudioso.

—Es ocasión de saber más del avaro.

—Pues resulta —aprovechó éste, brillando como el sol en el desierto— que, dando por sentada el relojero la honradez del fámulo, al que probara de múltiples maneras, dejando por ejemplo monedas

de escaso valor sobre la mesa y que aquél devolvía indefectible, consideró que podría echarse a dormir, metafóricamente hablando, pues padecía de insomnio crónico, flatulencia, dolores de cabeza y, por si no bastara, también tenía juanetes y se solía herir las manos con las herramientas de su oficio... Hago aquí un inciso para señalar que estos u otros males se han observado médicamente en quienes se maculan con el feo vicio de la roñosería, y añadiré que cada tachón moral acarrea paralelamente su física dolencia...

“Pero volviendo a mi pincelada histórica —dijo, observando cómo se fruncían todos los ceños—, referiré que un día, noche era, el criado huyó con los caudales del mezquino relojero, que no resultaron tan copiosos como supusiera el trápala, razón por la que hubo de despedir a los porteadores que había contratado para acarrear las joyas y lingotes que suponía escondía su amo, pudiendo él llevar perfectamente en una bolsa el producto de su robo, que no pasaba de calderilla para las primeras necesidades...

“Con el hurto y la escapada, se descubrió que el usurero no era tal y que si desatendía a su familia era porque carecía de posibles, manteniendo a todos en la ignorancia de este hecho para atraer sobre sí solo la inquina de la altruista sociedad benéfica, una de las primeras surgidas en nuestro suelo, como he dicho, y que ayudaba a su numerosa prole. Quedaron así demostrados su temple y su moral, siendo el relojero muy bien visto durante unos días.

“El caso, sin embargo, tuvo un desenlace inesperado, pues la anterior acusación de avaricioso dio paso a juicios adversos sobre su disposición ante el trabajo, pasando a ser titulado de vago, poltrón y cachazudo. De repente, se dejó de auxiliar a su familia... En cuanto al desaprensivo servidor, fue atrapado en unos meses, siendo ahorcado por insultar al juez que le juzgó y que, paradójicamente, se inclinaba a la benevolencia...

Dijo José, tras el silencio creado:

—Curiosa y triste historia. Aunque para desolada, la que me acaba de venir a las mientes y que estoy deseando someter a su criterio...

—Sea —autorizó la marquesa con trágico ademán.

—Se trata —comenzó el soñador— del amor de un picapedrero hacia una bella molinera... —sonrió, orgulloso del impactante plantea-

miento—. Se conocieron en un baile de pueblo, acudiendo la molinera en compañía de su madre, mujer gorda y vulgar que no la perdía de vista. El picapedrero, fornido por su oficio, que hubo de abrazar al quedarse huérfano de padre y madre, muriéndosele también sus cuatro hermanos en un confuso accidente sobre el que se echó tierra porque estaban implicadas personas relevantes..., el picapedrero, decía, en cuanto entró al galpón donde se ubicaba la fiesta, fue atraído como un imán por la entrevista muchacha, a la que su madre procuraba ocultar de miradas poniéndose delante. Ella le descubrió también, y en un instante, nació el amor más inefable, más casto, más decente que existir cupiera. Por semejante motivo, rápidamente fueron los enamorados pasto de la envidia y la calumnia, teniendo necesidad de verse a escondidas, pues el pueblo entero se la tenía jurada con fútiles pretextos. La maldad no descansó hasta sembrar entre ellos la cizaña. A ella le dijeron que el de la piedra se entendía con las que le salían al paso en su rodar por las canteras. En cuanto a él, pusieron en su conocimiento la entrevista de la molinera con un rico comerciante que, buscando desposarla, se presentó con galanura de pedrerías y lujosas telas. Huelga decir que estaba la madre en el negocio. Lo demás da mucha pena —suspiró—. La molinera se casó con el mercader, y el fornido trabajador se entregó a la bebida, marrando en consecuencia muchos golpes en el trabajo hasta el punto de que se destrozó las falanges de los pies, con lo que adquirió torpes andares, lo que a ella, cuando lo veía por la calle paseando con su marido, le daba mucha risa, aunque luego se sentía inquieta y deprimida, dándole la murga al de las telas...

Fue grande la impresión causada. Dijo Porras:

—No encuentro rasgos comunes con mi historia.

—No he dicho que los hubiera —replicó José.

—Tarda mi hija en levantarse —se inquietó la de alcurnia.

Cayeron en la cuenta de que no se presentara tras la agresión.

Fueron a buscarla. La madre entró en su cuarto.

—¡Ni siquiera ha deshecho su cama...! —salió exclamando.

Melquíades y el de Orozco abatieron sus mutuas reservas.

—¿Si la habrán raptado en lugar de...? —se preguntó don Diómedes.

–No sería de extrañar –murmuró alguien.
La dueña de la mansión se desmayó.
El arqueólogo se esperaba.
–Si realmente hubiéramos de preocuparnos, oiríamos tumulto –
dijo.
Percibieron el eco de un disparo.
Se presentó Andrade.
–Un viejo que se ha vuelto loco... Ha prendido fuego a su choza
después de sacrificar a los animales de su granja. Su actitud es vin-
dicatoria, aseguran quienes se lo han topado... –y se fue a recabar
más detalles.
–Aventuro que el tronado –masculló Melquíades– guarda rela-
ción con la ausencia de la hija de la casa.
–¿Y con el ataque a la marquesa...? –apuntó el del monóculo.
–¿No estaba la chica enamoriscada...? –inquirió José–. Porque si
se trata de la fusión apasionada de dos almas...
–¡No sea cerdo! –le censuró el de Orozco–. Está delante su ma-
dre.
La inconsciente volvía lentamente en sí.

30

Se confirma la fuga

Antes de las narradas horas faústicas, se dirigiera Aretusa a la pen-
sión de la Azurmendi.

La patrona se quedó boquiabierta al encontrar a su contrincante
en el umbral. La joven, aun no habiendo visto con anterioridad a la
que retenía a Héctor, identificó también a su adversaria.

Se miraron con fría intensidad.

–Creo que sabe por qué estoy aquí –expuso la núbil.

La de la pensión comprendió que todo disimulo era superfluo.

–Viene a por Epítimo –declaró.

–Se llama Héctor –defendió aquella, aferrando con fuerza su ro-
dillo.

La madura se sorprendió del nombre.

–Lo ignoraba... Pero entre... –la invitó a pasar.

Aretusa no se movió.

—¿Es tan amable de comunicarle mi presencia?

—¿Le importa que primero hablemos...?

Se introdujeron en un cuarto de estar, tomando asiento.

Inesperadamente, sintieron simpatía la una por la otra.

—¿Sabe...? —dijo la Azurmendi—. Me habría gustado tener una hija como usted...

—¿Es casada...? —preguntó a su vez Aretusa, que se apercibió en seguida de su falta de tacto.

Negó la mayor con una sonrisa.

Se quedaron sin saber qué decir. La disputada figura de Héctor—Epítimo se erigía entre ellas como insalvable cordillera.

La muchacha supo que debía tomar la iniciativa.

Venciendo la atracción que sentía por la madura, rogó ser conducida donde Héctor.

—No está —dijo la patrona—. Pidió la cuenta y se fue.

La del rodillo supo que mentía.

Poniéndose repentinamente en pie, se lanzó a inspeccionar las habitaciones, sorprendiendo en una de ellas al vendedor de corbatas ensayando desnudo con un florete ante el espejo.

—Ya se lo he dicho, se ha marchado...

Se encaminó al desván; la otra intentó impedirlo, pero fue apartada de un empujón.

Encontró a su amado, tendido en el lecho como un cadáver.

—¡Héctor...!

El abrazo de los enamorados, después de su separación, se hizo interminable, indiferenciándose lágrimas y suspiros.

Nadie supo el rato que pasó.

Los jóvenes terminaron cayendo en la cuenta de que estaban acompañados.

La Azurmendi observaba desde la puerta: le había llegado su turno de llorar.

Héctor, aún con las secuelas del envenenamiento, se la mostró a Aretusa:

—Ha sido como una madre para mí.

La joven tuvo la grandeza de decir:

—La que no tuviste y cuyo cariño te faltó.

Jamás tres se atribularon tanto.

—Acaso soy la que más pierde —se sinceró, pasados unos minutos, María del Carmen Azurmendi—. Y sin perjuicio de que algún día me caigan en suerte esas compensaciones que la vida depara con arreglo a misteriosas leyes, os doy mi beneplácito. Idos —les dijo—, y que te cures del estómago... Epítimo —paladeó el nombre con que lo había conocido.

La noche era suave, e insectos nocturnos hacían cabriolas en el aire. Aretusa y Héctor se miraban embelesados, doblándose todavía el joven bajo las secuelas del veneno ingerido.

El seco estampido de una escopeta rasgó la noche.

Héctor se llevó una mano a la mejilla, de la que comenzó a manar tibio reguero. Aretusa, con grandes reflejos, se arrojó con su adorado en una zanja.

—¡Solón...! —exclamó, identificando al agresor.

Un segundo tiro se incrustó en un árbol, sobre un corazón con flecha y la leyenda de ciertos Carmela y Argimiro, irrelevantes para el curso de esta historia.

Reptando como lombrices, los jóvenes consiguieron alejarse.

Avanzada la mañana que siguió a esa noche, la marquesa recibió el siguiente telegrama:

“Me voy para no volver. He recuperado un amor que creí perdido para siempre. Viviremos de lo que surja, y en el peor de los casos, siempre se convocarán oposiciones. No intentes, mamá, seguirnos. Un beso de los dos, y especialmente de tu hija. Páguese”.

La de alcurnia mostró el mensaje a sus amigos.

—¿Cómo puede haber tipos así...? —se airó contra su hijo don Diómedes de Orozco, haciendo amago de golpear con su bastón.

Melquíades le miró con lástima.

—Me temo que debe rendirse a la evidencia.

El elegante comprendió que le acusaba de lamentar que Héctor viviera.

—¡Usted me odia! —replicó cayéndosele el monóculo, que quedó oscilando de su cordón de seda.

Se calibró en toda su dimensión la fuga. Le confesó el de Orozco a la aristócrata:

–Estoy avergonzado de que mi sangre arroje infamia sobre la suya.

Ella aceptó su compunción.

José parecía que hubiera engordado varios kilos.

–¿Poeta...? –se interesó Porras, esgrimiendo ante su nariz unos nudillos de metal.

–¡Nada más lejos! –negó el soñador con vehemencia.

Andrade y Atilano aguardaban prevenidos cualquier posible desenlace.

–No, si al final pagaremos nosotros, los humildes. –murmuraban.

Llegaron noticias de que Solón, el loco incendiario, había conseguido burlar el cerco policial.

31

El vendedor de corbatas

El Cazahombres y Pacomio eran de la suerte de haber comprometido su operación. El gordo señalado como víctima andaría cauteloso en adelante.

–Nunca he tenido semejante fracaso –murmuró apesadumbrado el detective ese misma mañana–. Ni siquiera en un trabajo en que, inversamente a los deseos de mi contratante, llené un hogar de paz y de concordia.

–Aquello tuvo que ser peor... –apuntó Pacomio.

–Es posible, aunque yo me quedé con un remusguillo de satisfacción, en lo que tardíamente interpreto que en el fondo execro el mal y tiendo al bien.

–Nadie lo diría –repuso el ayudante–. En todo caso, el pensamiento es suficientemente genérico para que no le concedamos importancia.

–No estés tan seguro, Pacomio. Algo me indica que mi carrera se dispone a sufrir cambios...

Fueron despedidos de la pensión junto con los otros huéspedes. María del Carmen Azurmendi, cuyo secreto escondiendo a Héctor pasara a ser de público dominio, no estaba dispuesta a andar en bocas.

El representante de alfileres abandonó de muy mal humor el pueblo, donde tampoco había hecho ninguna venta. El vendedor de corbatas, que respondía por Julián Agridulce, se lo tomó con más filosofía.

Alejándose con los investigadores, comentaba:

—No sé lo que habrá de cierto en el rumor de que la dueña se dispone a profesar en un convento. Una mujer con ese fuego, esa pasión... —chascó los labios—. Les echaré de menos —se despidió.

—Que le vaya bien —le deseó el detective.

—Y ustedes que lo vean.

El Cazahombres frunció el ceño.

—¿Y cómo lo vamos a ver —atinó— si se larga usted con viento fresco?

Julián Agridulce se detuvo, pensativo.

—No había caído...

Llegaron al término de que no debían separarse.

—Compréndalo —se disculpaba el rastreador—, yo soy el primero en sentirlo...

—¿Parece mal mi compañía...? —se atiesó el otro.

—Al contrario. Lo único es que debemos ocuparnos de un asunto.

—Y yo me tengo que ganar la vida.

El Cazahombres le lanzó una mirada penetrante.

—No quiero que se haga un juicio equivocado sobre nosotros —dijo—. Pero tiene que saber que por debajo de la rompedora euforia de que hemos dado no pequeña nuestra en el hostal, existe un océano de tristeza y soledad. Si no me cree, pregúntele a Pacomio, a quien yo, con estas mismas manos con que desgrano melodías, le he quitado del cuello la soga con que buscaba desgraciarse.

Julián Agridulce, expendedor de corbatas de dudoso gusto —guardaba en su maleta algunas verdaderamente escandalosas—, correspondió con otra confidencia.

—También yo sorprendí una vez a un amigo balanceándose al extremo de una cuerda. Pero no pretendía decir adiós al mundo, sino que era de profesión funámbulo. ¡La de tardes de felicidad que proporcionó a familias enteras en el circo donde trabajaba, hasta que fue expulsado por requerir de amores a la mujer barbuda, que en realidad no lo era y se la ponía postiza para salir a la pista, pues sólo

tenía un poco de pelusilla que se teñía con agua oxigenada...! Ella, y aquí está lo feo del asunto, se engolosinaba con el domador de tigres, a quien logró convencer para que soltara a mi amigo los más fieros, el cual desde entonces desdeñó la profesión y no podía ver felinos ni un mero cordón. Ítem, aborrecía las corbatas, motivo que bastó para enfriar nuestra amistad.

—La más insignificante fruslería —repuso el detective— muchas veces da al traste con los más puros afectos.

—Pero ¿hay algo puro en la vida? —pretendió saber el vendedor.

—Quizá, el cariño de una madre... —apuntó, tímido, Pacomio.

—Es lo que más se le aproxima —convinieron.

Al cabo de un rato, dijo Agridulce al Cazahombres:

—¿Me equivoco al suponer que son artificiales su gracia y su *do-naire*...?

Aquél se demudó.

—Es lo que acabo de decir...

—No, no —refutó el corbatero—. No me refiero al cuento ese de la alegría que encubre dolor y pesadumbre, sino a que van disfrazados.

—Ahora que lo dice... —confesó el falso trovador a la retranca.

—Se aprende a conocer a las personas recorriendo esos villorrios —se jactó Agridulce—. En cuanto les eché la vista encima, y al tiempo que he disfrutado de su arte, como ustedes mismos son testigos, me roía el gusano de su identidad equivocada. ¡Tendrán motivos sólidos, espero...!

—¡Los mejores! —saltó el pesquisa—. Me perdonará —dijo, reservado— si de momento le mantengo en la inopia...

—Siempre podré adivinar algo por mi cuenta.

El detective envió a Pacomio por noticias al palacete de la marquesa.

Cuando regresó, aquéllos habían profundizado en su conocimiento.

—... Y entonces le dije —hablaba Agridulce—: mira, Pepe, si quieres que sigamos siendo amigos...

El Cazahombres levantó una mano.

—¿Qué hay? —le preguntó al subordinado.

Pacomio traía información profusa. Mostrándose evasivo sobre cómo la consiguiera, relató que el punto, o sea Melquíades, había manifestado intención de ir en pos de la fugitiva pareja conformada por Héctor y la hija de la casa, trayéndoles de vuelta. Le acompañarían José, su amigo, y Atilano, el figurante de criado. Cupieron dudas sobre si la idea brotó de la cabeza del primero o se incubara, venturosa, en el magín de don Diómedes de Orozco con objeto de ahuyentar al gordo de las inmediaciones... La aristócrata se expresaba con dureza de su hija, mientras el sobrino Néstor caminaba de un lado a otro, manifiestamente incrédulo acerca de que su prima partiera voluntaria.

El viajante se iba haciendo idea de la verdadera ocupación de sus compañeros.

—¿Hacia dónde se dirigen? —quiso saber el Cazahombres.

—Los amantes no han dejado pistas. Es opinión que se alejan al tuntún.

—Si yo fuera Epítimo —se planteó el sabueso—, de quien nos hemos enterado con hilaridad y sorpresa tanto de su existencia callada en el desván como de que en realidad se llama Héctor, y pretendiera... ya saben, con la joven de marras, ¿qué dirección tomaría...?

—Yo miraría sin dejar uno los pajares —solucionó Agridulce—. He conocido casos, y el desenlace se situaba invariablemente ahí.

El investigador hesitaba.

32

La marcha. Conocemos un poco más al elegante

La despedida fue muy emotiva, acudiendo un fotógrafo a inmortalizarla al palacete.

Melquíades prometió devolver a la pareja, y los progenitores respectivos carraspearon en señal de agradecimiento. Atilano y Andrade se dieron campechanas palmadas a la espalda. Ladró, triste, Diocleciano. Néstor, con oscuro semblante, no dijo palabra, mientras Porras, que acababa de obtener el permiso de la marquesa para efectuar excavaciones serias, se mostraba complacido y ausente. José apretaba supersticioso contra el pecho la cartulina con la efigie de su amada.

Les acompañaron a la estación. La marquesa (a escondidas del de Orozco) sufragara ella misma en ventanilla los billetes, aportando, también de matute, algo de suelto.

—¡Volveremos...! —prometió el gordo adalid desde la ventanilla de un tren de cercanías que hacía parada en todas las estaciones.

Dividiendo familias como suele, arrancó el convoy con brusca sacudida.

Don Diómedes de Orozco hubiera debido estar contento de la marcha de Melquíades. Mas al contrario, se reconocía desengañado y mohíno. Ciertamente que su competidor le dejaba el campo libre, siendo tan azaroso su regreso como lo fuera su venida. En realidad, el caballero no contaba con volver a verle... No obstante, se preguntaba si había hecho bien dejándole partir. El viaje en pos de su afán —cuyas dificultades no escapaban a nadie— le prestaba una aureola de idéntica sustancia que la de quienes se dirigen a la guerra, y que jamás puede competir con la de los que permanecen en la seguridad de retaguardia. Para colmo, se superponía sobre estas consideraciones la vuelta al mundo de su hijo Héctor, de la que no estaba muy seguro de alegrarse, conforme había intuido sagazmente Melquíades...

Su actitud no es tan extraña como se presenta a simple vista.

El padre del de Orozco había sido capitán de legionarios que se destacara heroicamente peleando contra la morisma. Casó con la dama de un burdel, encontrándose rápidamente con que acababa de cometer el error de su vida, pues la Pécora, como se la conocía en el oficio, se empeñó en seguir trabajando tras la boda. Esta decisión provocó acerbo sinsabor al curtido soldado, el cual se llegó a enemistar con sus compañeros de armas, con quienes ya no se sentía tan a gusto.

De la unión fue fruto el pequeño Diómedes de Orozco, que creció entre las continuas ausencias del padre y el desordenado cariño de la madre, sobre todo los sábados en que cobraba la tropa. Su progenitor, que se ofrecía siempre voluntario para misiones peligrosas, fue condenado en consejo de guerra por haber provocado al enemigo justo después que el Alto Mando hubiera firmado la paz con las tribus más levantiscas, que eran todas.

Hasta muy mayor creyó el adolescente que su padre se encontraba luchando, como médico, por erradicar la tuberculosis que se cebaba en unos negros que padecían asimismo de cirrosis, debido a que abusaban del alcohol proporcionado por una potencia extranjera que pretendía hacerse con la colonia para montar una misión y redimirlos. El hecho sustancialmente era verdad, salvo en lo que hacía referencia al papel que jugaba en este drama el autor de sus días (que otras fuentes señalaban era un teniente de mostacho al que su madre dejaba que se saciara gratis).

Cuando el joven de Orozco supo a través de esas almas caritativas que no faltan que su padre, lejos de procurar por la salud de los betunes, mantenía desde el castillo militar donde cumplía condena inequívocas premisas acerca de la inferioridad de la citada raza y la necesidad de inocularle, precisamente, el bacilo de la tuberculosis, cayó en una seria crisis de personalidad, rompiendo con la orden religiosa que le educara y a cuyos integrantes culpaba injustamente de lo sucedido. Su madre, la Pécora, aprovechó el descreimiento de su hijo para quitarse la careta y mostrarse tal cual era, montando un nuevo local más sofisticado y espacioso cuya fama alcanzó las Islas Aleutianas, de donde llegaron a solicitar un folleto pormenorizado de tarifas.

Pasó el chico por entonces a defender la necesidad de la vuelta al campo, incurriendo en la contradicción, que le afearon, de vivir en la ciudad en medio de voluptuosidades. Supo reaccionar una noche en que cayó de morros contra el bordillo de la acera, rompiéndose el labio superior con la necesidad subsiguiente de dejarse biogote.

Su padre, poco más tarde, se desnucó en el comedor de la prisión al pisar una piel de plátano, en lo que se sospechó pudiera ser un atentado. Y su madre rindió también el alma en idéntico accidente, a los mismos día y hora que el heroico militar, luctuosa coincidencia en la que algunos hallaron la prueba de que en realidad el matrimonio estaba más unido de lo que trascendía al exterior.

El de Orozco cambió completamente de vida. Se hizo documentos nuevos, logrando convencer a un correoso tribunal administrativo, reunido para estudiar su caso, de que provenía de una hidalga estirpe solariega que intentó mediar, sin conseguirlo, en la batalla

de las Navas de Tolosa. Ganó oportunamente una suma a la ruleta que le situó al correspondiente nivel económico y se casó, enviando a los pocos meses, no sin antes tener un par de hijos...

Y ahora, de repente, su pasado se le echaba encima.

Por múltiples razones, se encontraba en una encrucijada.

Calibraba que su inclinación a la marquesa —¿era amor?— podría suponer un hontanar del que brotarían inspiración e impulso para empresas genuinas. Sus actuales ocupaciones no le satisfacían. El rasgo inocente de probarse pololos (e incluso prendas de similar enjundia) ante el espejo cuyo azogue había saltado de bochorno en numerosos puntos, distaba de satisfacerle.

En un raptó de malhumor, quemó su colección de recetas del Seguro de países gobernados por estirpes caciquiles. En otro raptó, éste de alegría, se abrigó los zapatos para bailar unos pasos de claqué.

Pronto se aburrió.

El caserón se le antojaba vacío, pues lo estaba. Miró las vigas del techo del salón donde llenaba sus ocios, pero como en el fondo era hombre cómodo, resistió la tentación de inspeccionarlas más de cerca buscando una escalera.

Sintió premiosamente la necesidad de oír risas de niños, y localizó una grabación con este contenido que puso acto seguido en el gramófono. Harto de los chillidos, rompió el disco contra su enteco muslo izquierdo.

Su existencia carecía de sentido, y tomó la resolución habitual en estos casos: no hacer nada.

Llegado a este punto, se acostó y durmió como un lirón.

33

Enteramente dedicado al primo

Existe otra persona cuya suerte no corría pareja a su esperanza, motivo que la hace digna de estudio.

Se trata de Néstor, el primo, el sufrido, quien sintiera como nadie la fuga de Aretusa.

Poseía el cuitado un alma grande, si bien la empequeñecía de cara afuera. Su corazón, que palpitaba a superior velocidad, lo que le

hacía acezar en las cuestras, se presentaba burlón, ofreciendo a deudos y desconocidos falsificadas membranas de sí mismo. Tenía alma de artista, de aventurero y de hombre de negocios, todo en una pieza. Sin embargo, también era dueño de cierto negativo rasgo que le impedía desarrollar los mejores aspectos de su personalidad.

No era tonto, sacando buenas notas durante su infancia en el colegio cuando se lo proponía, que solía ser la primera mitad del curso o la segunda, nunca coincidentes en el año. Aceptable deportista, su conversación resultaba fluida e interesante, también vacua. Vestía con corrección, un punto almibarado. ¿Qué constituía, pues, lo que inducía a muchos a considerarle un acusica o, también, el perrito faldero de su tía...? Posiblemente el serlo, agravado esto por determinada indolencia que le asistía en momentos cruciales en que se habría precisado arranque.

Los datos palpables de su biografía eran parcos. Nació, más o menos cuando Héctor, como solo vástago de un hermano de la marquesa que se había casado con una mujercita de su casa, teniendo el matrimonio ínfulas de clase media, por lo que renunciaron al título que les correspondía, el cual fue a recaer en la aristócrata.

La madre de Néstor le paseaba de bebé por la playa entre literales algodones, refiriendo a todo el mundo los gorjeos del pequeño y sus particularidades fisiológicas. Esto habría de marcarle para siempre. Creció el pequeño imbuido de la necesidad de ascender de clase, aspiración muy paradójica, por lo menos en lo que respecta a sus padres, quienes al desdeñar el título habían bajado voluntariamente de peldaño.

Su padre se empleó en un banco, no parando hasta lograr que le destinaran a una ventanilla que atendía preferentemente a oligarcas, a quienes dedicaba una sonrisa conejil que le revolvió interiormente y cuyos pormenores de las transacciones le contaba luego a su mujer. Ella, indefectiblemente, le calentaba la cabeza para que pidiera aumento de sueldo, mandato que él obedecía con reiterado resultado negativo.

Con semejantes duros tragos, y teniendo que sacar adelante a su voraz prole, conformada únicamente por Néstor, acabó el padre exhalando el último suspiro, pasando su madre a sostener al hijo con

su corta pensión de viudedad, de la que se quejaba amargamente en los colmados.

Las relaciones de esta mujer buena y abnegada con su cuñada de abolengo eran tirantes, y tras la muerte del marido ni siquiera se enviaban felicitaciones navideñas, detalle que era muy comentado. Néstor, entre la cortedad económica y la de miras, sufría y miraba a los otros niños con encono, respondiéndole ellos con la misma monedera. Las virtudes del chico, que como se ha dicho eran notables, se fueron arrugando, reduciendo, cubriéndose de herrumbrosa capa de prejuicios.

La marquesa, cuando la madre de Néstor se puso a servir por las casas sin tener necesidad y sólo con la idea de poner en evidencia a los parientes, decidió que las cosas habían ido demasiado lejos y propuso prohiar al chico, que por entonces y como acto de rebeldía empezaba a fumar. Montó en cólera la madre, acusando a la de alcurnia de quererle arrebatarse el fruto de sus entrañas. Se dijeron cosas duras y hubo pleito, que ganó la de título. La otra reaccionó poniéndose a servir en todavía más casas.

Néstor se pasara por las fechas a los puros, comenzando a frecuentar billares, de los que, solícita, le quiso apartar su prima, Aretusa, que se condolía de su orfandad, similar a la suya, pues como ha quedado consignado su propio padre expiró sin ruido en la butaca de un teatro acompañando a su mujer embarazada.

Murió loca la de clase media, y Néstor inmediatamente fue aceptado en su hogar por la marquesa, la cual se trazó desde el inicio el objetivo de que matrimoniaran los primos. Con esta intención, les dejaba mucho a solas, pero Aretusa, que había tenido una niñez solitaria encontrando cariño y refugio con Solón, se prendó medio a escondidas del hijo de Diómedes de Orozco, inclinación de la que, como se ha dicho, no era del todo consciente y que en el fondo la impulsaba a zaherirle, posibilitando los errores de que la enamorada habría después de arrepentirse...

La marcha de Aretusa, y las condiciones en que lo hiciera, ofrecieron de Néstor en el pueblo una imagen lamentable. El joven, lógicamente, buscaba resarcirse, no olvidando incluso la necesidad de rehabilitar la memoria de sus padres, de quienes se decía que se habían comportado tontamente renunciando al marquesado, opinión

que sublevaba al unigénito y que pretendía hacer tragar un día a la gente del lugar, siendo la única manera casarse con su prima.

Ahora, a la fuga de la caprichosa, que ya se veía en qué paraba, se sumaba el desahucio que amenazaba a su protectora. Néstor temía seriamente por su futuro.

¿Bajo qué techo, pensaba, se refugiaría cuando todo se derrumbara? ¿Encontraría unos brazos, maternales o de otra índole, que se le tendieran en el fatal momento? ¿O se vería forzado a recorrer calles heladas en medio de la nieve y la ventisca —opinaba el atribulado que acabaría en Siberia, de cuya climatología se informara en una agencia—, pidiendo la gracia de un mendrugo...? Aunque Néstor aborrecía el pan porque engordaba, a lo que tenía tendencia; si bien, de encontrarse en aquellas remotas soledades, era de suponer que condenado a trabajos forzados, el asunto carecería de importancia pues quemaría más calorías de las que entraran en su cuerpo...

Posiblemente, concluida su pena y recibido el salvoconducto para ir donde quisiera, amortecidos sus deseos de abandonar esa región inhóspita, se dirigiría al pueblecito próximo que entreviera desde el campo de trabajo en los días más claros del verano —imposible discernir nada en invierno—, pidiendo con humildad ser acogido entre aquellas gentes sencillas en calidad de zapatero...

Participaría en las tareas colectivas, ayudando a unos y a otros y ofreciéndose como maestro de canto para los niños, los cuales al principio le harían objeto de sus burlas, ganándose al final su confianza y quienes se desgañitarían literalmente en la competición anual con el coro del vecino pueblo...

Se alzarían orgullosos con el galardón, que consistiría en una modesta guirnalda que colocarían en la iglesita o en la escuela y que con los años, cuando él hubiese desaparecido, iría entoñándose, perdiendo su lozano color verde y adquiriendo otro marroncillo, hasta que por último, generaciones que no tuvieran noticia del extranjero, de su cautiverio en Siberia ni de cómo se ganara la confianza de los sobrios habitantes también desaparecidos, la arrojarían con indiferencia a la papelera o a la estufa...

Se le humedecían los ojos a Néstor, como si las diminutas pavesas de la profanada corona se le introdujeran bajo los párpados. ¡Pero qué importaba en realidad que quemaran la guirnalda! ¡Si podían

prenderle fuego a él, acusado de brujería o espionaje, siendo conscientes la mayoría de sus convecinos de su completa inocencia, pues habría sido calumniado por un trabajador del bosque, bilioso de que cortejara a la maestra a cuya ventana recitaba por las noches un poema de su cosecha...!

El leñador alimentaría él mismo la inquisitorial hoguera, mientras bajo la noche estrellada sollozaba la enseñante (que quizá y humanamente, pues la carne es débil, mirara de reojo al de los troncos, valorando la posibilidad de entenderse con él pasado un plazo razonable). Y a los sollozos se mezclaría el arrullo gélido del viento ártico y los secos hachazos del celoso, a quien Néstor perdonaba de buen grado, mientras sentía concluir esa existencia que fuera engendrada en una mujer de clase media por un empleado de caja de ahorros que tantas veces sonriera en ventanilla...

Le distrajo una voz próxima. Era el mayordomo, preocupado:
—¡Señora marquesa, el señorito Néstor ha vuelto a vaciarse él solo una botella entera de aguardiente...!

PARTE TERCERA

LA CRÍTICA

Una tranquila (es un decir) ciudad del interior. Nuevos personajes

Los compromisarios, que en cada parada husmeaban en los andenes el rastro de los fugitivos amantes, llegaron al final del recorrido sin la menor noticia de su paradero.

Eran las cuatro y veinticinco de la madrugada, la hora tantas veces intempestiva de los trenes.

–Abajo –ordenó Melquíades a sus adormilados compañeros.

A la salida de la estación les atracaron. El dinerillo entregado clandestinamente por la marquesa fue a parar a otros bolsillos.

–¡Pero hombre! –les dijeron los asaltantes, sorprendidos de su inermidad–. También es ocurrencia deambular de noche por aquí, donde nos concentramos el hampa...

–Somos forasteros –se disculparon.

–¡Pues aprendan, demontre...! –los malhechores se alejaron repartiéndose el botín.

Amaneció sobre la tranquila ciudad de provincia.

El grupo experimentó urgencia de café con churros. Sabiéndose insolventes, se miraron con profundo encono.

–A veces, Melquíades –le dijo José, procurando conservar la ecuanimidad–, pienso que tienes cabeza de chorlito.

–¿Por haber entregado el monto que camuflaba bajo el pene...? –se sofocó el líder–. ¡Pues habrás de saber que estoy cansado y más que hartito! –exclamó, poniendo los brazos en jarras como una verdulera–. ¿Apuestas algo a que no andan lejos los pimpollos...? –desvió audazmente la cuestión.

–¿Aretusa y Héctor? –mordió el anzuelo el soñador.

–¡Ellos! –admitió con ferocidad el jefe, observando cómo Atilano robaba una bicicleta de la trasera de un quiosco.

–¡Me río! –le desafió el amigo, a quien la perspectiva de no desayunar sacaba lo peor de su interior.

—¡Se me siga! —avivó el orondo, siendo los tres perseguidos por un sereno que finalizaba su turno.

La luz del día se derramaba gratuitamente sobre calles y plazas, penetrando por algunas claraboyas. Melquíades habría de decirle al clase baja:

—Hágase cargo de que nos pone en situación muy delicada. Acaba usted de cometer un delito por el que podemos ser todos detenidos. Admito que eran pujantes sus ansias de locomoción sobre dos ruedas. Pero ¿qué necesidad tenía de hurtar además un par de pinzas, cerrando con ellas las perneras de su pantalón? ¿No comprende que es profundamente antiestético?

—Los humildes no paramos mientes en eso.

El adalid lo dejó por imposible.

—Por lo menos quítele al vehículo las señales de identificación.

Obedeció el otro.

—Ya que es usted tan melindres —dijo al cabo—, tampoco querrá que me haga con esa ristra de churros que asoma de aquella chocolatería...

Melquíades bajó levemente las comisuras de su boca.

—Obre conforme a su conciencia.

Saciado el apetito después de otra carrera, vieron el futuro con renovado optimismo.

—¿Sabe —comunicó el clase baja al adalid— que opino que pueden encontrarse aquí los enamorados...?

—Yo también —dijo José—. Si antes lo discutí fue por ceguera.

Melquíades era todo benevolencia.

—Acepto las disculpas. Pero ahora soy yo quien experimenta sutil melancolía.

Se alarmaron.

—¿Por alguna razón concreta? —preguntó Atilano.

—No acierto a descubrir la causa.

José le agarró de las solapas.

—¡Mira el cielo! —le intimó—. ¿Se debe al cárdeno matiz con que amaneció el día y que, a poco, dio paso a esta luz plomiza?

—No —negó el gordo.

—¿Al espíritu conformista de esta seca ciudad del interior? —inquirió el criado.

—Tampoco.

—¿Al porvenir incierto?

—¿Al pasado...?

Se acabó descubriendo que tenía su causa en la añoranza del hogar de la marquesa.

—Déjanos solos —pidió José al repartidor—. Melquíades —le dijo—, probablemente sea yo el que mejor comprenda esas tus sorprendentes turbaciones. Con este título me atrevo a pedirte que te sobrepongas. Mira a Atilano —le apuntó—: un átomo de flaqueza por tu parte y ahí le tenemos medio insubordinado —el de ultramarinos interpelaba salaz a las mujeres que iban a la compra—, sin saber si podremos hacernos de nuevo con él. De no actuar en breve —conminó—, es muy posible que nuestra sociedad se desmorone. ¡No quiero pensar a dónde iríamos a parar!

El adalid quedó muy impactado, haciendo suyo el anterior razonamiento.

Atilano hubo de cercenar sus groserías.

De nuevo cohesionados, deambularon inciertamente.

Abandonaron el centro, dirigiéndose a los barrios periféricos, que recorrieron sin dejar uno y por orden, en todos los cuales intentaron desvalijarles. El repartidor defendía con ardor su bicicleta.

A media mañana, volvieron a sentir hambre.

En una esquina se balanceaba un dibujo publicitario de jamones.

—Entremos —sugirió Melquíades, decidido a improvisar.

La charcutería se sumía en extraña penumbra. Individuos malencarados ocupaban unos bancos corridos, tapizados de gastado color rojo y cubiertos de vomitonas y otras sustancias hermanas que formaban gelatinosa costra. Les miraron.

—Buenos días —saludó el gordo.

José y Atilano (con la bicicleta) desearon también una buena jornada.

—Pues sepan —respondió un hombretón en camiseta de tirantes— que hasta ahora no he podido tenerlo peor, por lo que considero que me vienen a provocar.

—No le juzguen mal —comentó otro parroquiano de este curioso lugar—, pues quien les ha hablado es albañil de profesión y hoy muy de mañana se ha caído del andamio, sin sufrir milagrosamente daño.

Por ello, la constructora, temiendo la denuncia, se ha ofrecido a proporcionarle un asueto para que olvide el mal trago. Y aquí estoy yo, capataz de la obra, aguardando se disponga a salir la Mariencarna, pues el de la camiseta dice que con ella o con ninguna. Y la empresa no quiere escándalos, como es lógico, y está dispuesta a satisfacerle en lo que sea.

Melquíades no se terminaba de aclarar.

—¿No es esto carnicería o donde se expenden alimentos...?

Risas.

—Ya veo —dijo aquél— que han sido engañados por el rótulo de la entrada y que, en su torpe ejecución, fracasa al anunciar comercio de señoras —se asomó tras una cortina de flores y gritó—: ¿Viene la Mariencarna o qué...? ¡Está en juego la solvencia de la empresa!

35

Haciendo amigos. En un tabuco

Se autorizó al de la camiseta a acceder a la llamada Mariencarna.

Mugiendo como un toro, embistió la cortina floreada y trotó por una escalera al piso superior. Sin tregua, se escucharon modulados rugidos.

—No, si todavía cobrarán un plus... —murmuró contrariado el capataz.

Después de unos minutos, bajó el de la construcción como una malva. En cuanto al precio, hubo un tira y afloja con la dueña, respaldada por un sujeto que se hurgaba los dientes con una bayoneta proveniente de la invasión napoleónica.

Dijo el albañil:

—Les ofrezco mis más rendidas excusas. Mi comportamiento de hace unos momentos no tiene justificación, y sólo obra en mi descargo la imprevista circunstancia de mi accidente. ¿Amigos...? —preguntó a todos, y en particular a Melquíades, a quien estrechó la mano con toda su fuerza.

—Cómo no —hizo éste una mueca, dando su nombre y el de sus compañeros.

—Sito —pronunció el hombretón por su parte.

El capataz se presentó a su vez:

–García. Y ahora, rápido al tajo –instó al obrero.

–Momento –dijo Sito–. No podemos dejar a estos caballeros sin una satisfacción.

–La empresa sólo cubre a sus asalariados.

–¿Y quién ha dicho lo contrario? Lo que manifiesto y digo es que estos señores se van a tomar a mi costa una ración de calamares como no se la salta ni un tranvía.

Hubo visible animación.

Salieron nuevamente a la calle. Rechinó sobre ellos el ambiguo anuncio.

–¿No son de aquí? –preguntó Sito.

–Acabamos de llegar –informó el adalid.

–¿Turismo...?

–Más o menos.

–También trabajo –informó Atilano con rencor.

Apuntó José:

–Nuestro dirigente –señaló a Melquíades– es quien dicta nuestros pasos. Tiene unas meninges –añadió, admirativo– que cualquier día le explotan.

Se preocupó el albañil.

–¿Y qué dice el médico?

–¿Perdón...? –inquirió el gordo.

–Que si le da mucho de vida.

El adalid se deprimió.

–Perdone –dijo el obrero–. He tenido poco tacto. Cuento con mi presencia cuando le echen al hoyo.

José intentó aclarar el error.

–Tiene una salud de hierro.

–¿Me están tomando el pelo...? –se amoscó. De repente, pareció comprender y, retirándose con José, le dijo–: Ya caigo: es más grave todavía. ¡Usted es un amigo! –y le lanzó de un espaldarazo contra unas cajas de fruta que se exhibían en la acera.

Entraron en el primer bar, donde les sirvieron la prometida ración de calamares que engulló en su totalidad el fornido.

García metía prisa.

–¡Que me juego el puesto, Sito...!

–Calla, lameculos. Que como se me crucen los cables te lanzo a volar a la azotea.

De camino al trabajo, saludaban con entusiasmo menestrales.

–¡Bendito arranque con que te parió tu madre!

–¡Eso sí que ha sido un vuelo, Sito...!

–Para vuelo, el posterior... –se agregó con picardía.

El albañil asentía, modesto.

–El mérito es de la Mariencarna...

–¡Te tenía que pagar la constructora unas noches con ella en un hotel de semilujo! –le calentó los oídos un agitador social.

–¡Yo te lo haría por la jeta en la escalera! –ofrecieron varias, que se despiojaban en la ventana.

García iba contrariado. Atilano se ufanaba de las muestras de solidaridad y simpatía.

–¡Para que luego digan de nosotros, los del pueblo...!

En la obra, los compañeros del accidentado le ovacionaron. Murmuró el capataz:

–Me da la impresión de que te has tirado de propósito...

Se revolió el de la camiseta.

–¿Y dejar a mi madre sin su hijo, que soy su único sustento...? No te vuelvo la cara del revés porque luego me engañas en las extras, y yo de cabeza ando reacio –se dirigió a Melquíades–: Nos despedimos, pero le quiero ver esta noche con sus amigos en mi casa. Por cierto –observó con recelo la bicicleta de Atilano–: me da en la nariz que ese trasto es de Rogelio...

–¿Quién es Rogelio? –acertó Atilano a decir con vocecilla.

–Mi primo –replicó el hombretón–. Pero ya habrá manera y ocasión de atender el evento. Se creen que con quitar los distintivos y rascar la pintura ya no hay problema... –y se encaramó por los pisos después de dar su domicilio.

–Yo aquí pongo tierra de por medio –comentó, miedoso, el clase baja.

–¡En mi compañía no tolero a los cobardes! –exclamó el adalid.

Se sometió aquél.

Avanzado el crepúsculo, se encaminaron donde el obrero.

Atilano ofrecía el vehículo a cualquiera.

—Ah, no —se negaban—. Afronte su responsabilidad, que sabemos que la bicicleta es de Rogelio.

El de ultramarinos subió por las escaleras como si fuera al cadalso.

Llamaron al timbre.

Les abrió una mujer muy maquillada.

—¿Qué coños quieren?

A sus espaldas, se divisaba una lumbre en la que hervía un puchero donde en ese momento caía una rata con síntomas de enfermedad.

—¿Es aquí la morada de don Sito? —preguntó educadamente el líder.

—Según y depende.

—Somos amigos —insistió.

—Pero si molestamos, nos vamos —el repartidor inició la media vuelta.

La mujer les franqueó el paso. Se concentraban en el recinto cocina, retrete y dormitorio. Del segundo se levantaba una vieja hemipléjica.

—¡Doña Petra, la ayudaba yo...! —la riñó la otra.

—Es igual, hija... —se ordenó el refajo—. Así que son amigos de Sito... —les miró.

—Uña y carne —confirmó Melquíades—. ¿No está?

—Ése es capaz de olvidarse del día en que nació —dijo la pintada con algún resentimiento.

—Macaria —dijo la madre del albañil—, ofrece asiento a esta gente —y mientras eran apilados en la única silla, agregó—: ¿No será ésa la bicicleta de Rogelio...?

Se desfondó el repartidor. El soñador salió en su defensa.

—Reúne condiciones para ello. Fue robada esta mañana, y nuestro amigo —apuntó a Atilano—, que observó el hecho, así como la manera en que la dejaron irreconocible, forcejeó con los ladrones consiguiendo arrebatársela con el solo fin de devolvérsela a su dueño, que da la casualidad de que no figura lejos. ¿No es así...? —le guiñó al horterero.

—Lamentablemente, no —negó el cual—. ¡Hubiera sido tan bello! Pero esa versión se da de tortas con la estricta realidad. Digo esto,

no por nobleza, sino por poseer la certidumbre de que el primo Rogelio, que no debe de ser tonto, a tenor de comentarios, no se dejará engañar. Desnudo nací y desnudo moriré —y principió a quitarse la ropa para ofrecerla a modo de compensación.

La vieja se lo impidió.

—Yo lo arreglaré, no se preocupe... ¡Pobre hijo!

—Todos somos hijos, señora —deploró Atilano—. Pero no por eso vamos por ahí metiendo a los demás miedo en el cuerpo.

36

Entrañas populares

—Ya no tardará Sito... —comentó doña Petra.

Macaria se comía las uñas de nerviosismo.

—¡Este hombre...!

Dijo la anciana:

—¡Él te quiere, hija...! Aunque vaya olfateando a otras, precisamente para compararte y que tú ganes... ¡Porque a dónde allá esas perdidas a tu lado...! Aguanta, que yo también lo hice con don Estanislao Belmonte, que gloria haya, el cual, al final de los amores tormentosos en que se embriagó conmigo (se reirán estos señores), tuvo la largueza de darme una expendedoría de tabaco. ¡Ten paciencia, hija, que sé lo que me digo...!

Macaria se irritó.

—No creo que su hijo, doña Petra, me ponga un estanco. No es persona que tenga esas finuras, y el metálico que podría ahorrar se le va en fulanas.

—Es hombre, hija, es hombre.

—Nosotros damos fe —informó Melquíades— de que la prestación de esta mañana corrió a cargo de la empresa. Porque sabrán que se cayó del andamio...

—¡Ése es un vivo! —bufó la otra—. No es la primera vez que se despeña ni será la última. Lo que no comprendo es cómo lo aguanta.

—¡Pero es tan bueno...! —le defendió su madre—. De no ser por él, tal como estoy...

—¡Y de no ser por la tonta de la Macaria! —exclamó ésta con viveza—. ¿Olvida quién la atiende a usted, la limpia, y la da de comer

cuando ese macarra que me sorbe el tuétano se gasta por ahí el sobre de la semana...?

—Es verdad, hija... —derramó doña Petra algunas lágrimas—. Tú también eres muy buena...

La Macaria propuso matar el tiempo jugando una partida.

—Si yo siempre pierdo... —dijo la hemipléjica, comenzando a barajar con una mano.

—Al contrario, doña Petra, que tenemos que hacer trampa para que usted no se disguste.

—¿Llevan dinero...? —les preguntó la anciana.

—¡Ni un ochavo! —confesó el adalid.

—Para qué cansarnos, pues...

Se oyeron fuera pasos y voces.

—¡Sito...! —se esperanzó su madre.

Abrió la Macaria, quien nada más franquear el paleta el umbral del mechinal le clavó una mirada de reproche fundida con otra de cariño y prometiéndole implícitamente que, si venía con humor, estaba a su disposición en el traspatio.

Sito le dio un beso a su madre y sintonizó en la radio una emisora de boleros.

—A las buenas —saludó a los otros.

—¿Te hiciste mucho daño, hijo...? —le preguntó doña Petra—. Estas personas nos han dicho que te has vuelto a caer...

—No es plato de gusto —el de la camiseta se encogió de hombros.

La pintada ponía expresión de enfado. Explotó Sito.

—¿Pero qué te pasa a ti...? —le dijo—. ¿Te he hecho algo...? ¿Te he faltado...? ¡Dime!

La Macaria se echó a llorar ruidosamente.

—¡Si yo no pido nada...! ¡No pido nada...!

—¡Pues entonces, cállate! —ordenó su coime—. ¡Pásate el día colocando ladrillos para volver a casa y aguantar estas lloreras...! ¡Por la que me puso en el mundo que te rajo! ¿Te enteras...? ¡Perra vida que le dan a uno en todas partes...! —y destrozó de una patada la tapa del retrete.

—Tengamos la dicha en paz... —pidió la madre.

La Macaria se secó las lágrimas.

–Yo todo lo hago por tu bien –le dijo a Sito–. No quiero que se rían de ti ahí fuera...

–¡De mí no se ríe nadie! ¡La cena! –reclamó.

La sufrida le presentó un plato que el albañil atacó vorazmente de pie.

Melquíades intercambiaba con sus amigos miradas de inteligencia. Se levantaron.

–Hemos tenido mucho gusto en conocer a su honesta madre y a la señorita...

El hombretón se atragantó.

–¿Señorita...? ¿Ha dicho señorita...? ¡Te ha llamado señorita, Macaria! –y soltó una carcajada.

La aludida no se arredró.

–¡Por lo menos no soy de esas guarras con las que vas tú!

Se ensombreció Sito.

–¡Ya estamos otra vez! –bramó–. ¡Como que no se sabe lo tuyo con el Cuchillas...!

–¡Él quiso darme un porvenir! Y todavía si yo quisiera...

–¡Pues vetel! ¡Vete y no vuelvas...! Pero te lo advierto: como salgas por esa puerta...

Doña Petra se puso a sollozar ruidosamente.

–¡Qué disgusto me dais...! ¡Qué disgusto...!

–¿Ves lo que has hecho? –le dijo, feroz, el albañil a la Macaria.

–¡La culpa es tuya!

–¿Mía...?

–¡Para lo que voy a vivir...! –siguió la anciana.

–¡Madre...! –gimió el hijo.

–¡Doña Petra...!

–¡Como mi madre se muera...!

–¡Hijos, hijos...!

Al cabo de un rato había bajado el diapasón.

–Yo te quiero a mi manera, Macaria –argumentaba Sito.

–Se lo digo yo, pero no me hace caso –explicó la madre–. Pendona –la regañó–, ¿dónde vas a encontrar quien valga lo de mí Sito? Ya ven ustedes –se dirigió a los demás–: es así todas las noches. En cuanto se tropiezan, pelean. Y cuando están separados, se año-

ran. ¡Tú es que eres un poco bruto...! –reprochó al hijo—. Y tú acomódate –le dijo a ella—. Qué te costaría ser un poco amable...

–¡Yo no sé estar sin él! –exclamó la Macaria con cara de borrego degollado.

El hombretón la poseyó sobre el retrete.

–¿Ves? –dijo la anciana a la celosa—. Con nada de tu parte, ya te come de la mano.

Sito se abotonó la bragueta.

–¿No viene Rogelio? –preguntó.

–Tarda –dijo la pintada, a quien se le había corrido el colorete.

–Y a ti, ¿qué? –inquirió el otro.

–A mí, nada.

–¿No me la estarás dando con él...?

La Macaria resplandeció de felicidad.

–Yo la vigilo –aseguró doña Petra.

El de la camiseta desconfió.

–Usted, madre, no me andará con alcahueterías...

–¡Quita...!

–¡Porque la mato a usted, la mato a ella, y me mato luego yo...! Y al Rogelio... ¡A ése, lo peor de lo peor...!

–¿Se me cita...?

El mentado apareció a la puerta.

37

Apoteosis de las entrañas populares

Medía un palmo menos que su primo. Llevaba una chaqueta recamada.

–¡Te voy a dar un hocicazo! –le espetó Sito.

El Rogelio se puso jaquetón.

–¿Al de aquí...? –se apoyó el pulgar en la solapa.

–¡Caball!

–¡Mucho! –desafió el recién llegado.

–¡A ésta me la dejas tranquila! –le señaló a la Macaria.

–Dejada estaba –dijo éste—. Pero ahora me parece que me estoy encaprichando.

–¡Maldita sangre!

–¡La tuya!
–¡Te mato...!
–¡Las ganas...!
Rogelio percibió su bicicleta.
–Esa locomoción me suena.
Atilano formó un sospechoso charco a sus pies.
–Mejor será que lo explique –recomendó Melquíades al de ultramarinos.
–¿Quién es el gordo? –se interesó el primo.
El adalid se inclinó.
–Me llamo Melquíades. He tenido el placer de conocer esta mañana a su consanguíneo según se resarcía después de un accidente.
–¿Lo del andamio...? Abusas, Sito. Te acabarán poniendo a empujar la carretilla.
–¡No hay quien le haga eso al hijo de mi madre!
Rogelio volvió a ocuparse de Atilano:
–Venga, pollo.
–Mande –obedeció el hortera.
–¿Esto se le hace a un compadre...? –inquirió—. ¿Y qué diría si yo ahora le hago un cambio de cara...?
–Pocas y cautas serían mis palabras –admitió el repartidor—. Eso, en el caso de que pudiera pronunciarlas...
–¿Han oído...? ¿Tú, Sito...? ¿Macaria...? ¿Doña Petra...?
–No le pegues mucho, Rogelio –pidió la madre.
–Pues me gustan –confesó el de la americana historiada– las personas que no se andan por las ramas –le dio una palmada a Atilano, que terminó poniendo el suelo perdido desde diversas instancias de su cuerpo–. Se queda usted con la herramienta –le dijo–, que de repente me ha dejado de gustar e interesar, y se me presenta con otra nueva porque me da la real gana. La compra, la roba o la materializa por hipnosis, que me da lo mismo mientras la tenga cumplida y reluciente en este domicilio a las nueve en punto de la mañana. No venga antes, que no me gusta madrugar –y culminó en un gesto manolo.
–¡Pero qué chulería te repleta por los poros! –no pudo contenerse la Macaria.

—Así me parieron, pero de menor tamaño y sin bigote —dijo Rogelio.

—¡Me parto de risa...!

Sito se puso adusto.

—O te silencias, o se te acabó el donaire —le dijo a ella.

La Macaria siguió riendo.

—¡Tú te lo has buscado...! —el albañil empuñó un cuchillo.

Aquella, dando un grito, se refugió junto a la vieja. Rogelio, sin inmutarse, giró lo justo sobre sus tacones y con un movimiento preciso detuvo el antebrazo de su primo.

—¡Vamos, Sito...! ¡Más realce...!

—Témplese... —dijeron al tiempo José y Melquíades.

Rogelio se volvió hacia ellos.

—Y a éstos ¿quién les ha dado cirio en este velatorio...? ¿Vienen a ver cómo vivimos los humildes...? Pues sepan —les encaró— que aquí existe una honorabilidad callada, sin jactancia, una cohesión que nos hermana y nos hace invulnerables. No somos llamativamente heroicos, pero arrimamos el hombro cuando uno de los nuestros (¡oh, ustedes no lo pueden comprender!) se abate bajo el fardo que nos arrojan las clases superiores.

—¡Asombroso! —aduló Melquíades.

—Ocasionalmente —siguió—, y no tan raro como pudiera pensarse, damos muestras de tronío, tanto en atavíos como en suprema actitud. Yo vivo y represento semejante afirmación. Mi primo Sito, en cambio, y complementándome, guarda hoscos parámetros que deslumbran a los contrarios a la vez que amedrentándoles. A mí el majetismo me corre por las venas; a Sito, la fuerza bruta y un carisma noble que trasciende. En cuanto a las mujeres que emanan de nuestro seno —señaló a doña Petra y la Macaria—, si se muestran arriscadas o groseras la explicación la tenemos en la mano: son del pueblo. La Macaria tiene un corazón de diamante sin pulir, siendo otras prendas a la vista materia de sainete, rica base con enjundia para que hagan su glosa mediocres libretistas con objeto de que nos escarnezan las clases medias que así creen entendernos. Mi primo con su camiseta de tirantes ¿no es figura familiar en el teatro, sujeto a su manceba por indestructibles lazos, por más que tanto uno co-

mo otra se procuren en burdeles o azoteas, dependiendo, desahogos y alegrías del orden que con facilidad se infiere...?

Sito se ahogaba de emoción.

—En cuanto a doña Petra —prosiguió Rogelio—, ¿qué cabe decir de su hondón de madre, volcada impenitente en su hijo y guardando migajas de ojeriza para esta desdichada —miró a la Macaria— cuyos servicios aprovecha sin darle la oportunidad de plantar al albañil, como sería acaso lo indicado...? ¡Pilar del pueblo es esta vieja, que sacrificó en su juventud su virginidad a un petimetre, del fruto de cuyos amores en desorden nació mi primo Sito poseyendo la naturaleza y empuje de los elevados estamentos, aunque, carente de instrucción e inmerso de siempre en envilecido y curre ambiente, pronto se inclinó al libertinaje de la ingre, si bien ésta no sólo sea lacra que interese a nosotros, los vulgares...!

Un ejército de gatos comenzó a maullar en los tejados. Afilados recortes de oro salían de los desvanes, en los cuales, invariablemente, se desvestía una modista a la luz de una candela. Titilaban las estrellas en el cielo, reflejándose más allá en un albañal a cuyas frías orillas lavaban durante el día las ajadas mujeres del barrio, con mugrientos pequeñuelos a su lado. En la esquina sonaba un organillo maniobrado por un sujeto borrachín de convicciones anarquistas, que fuera zapatero en algún tramo de su vida. Gañanes se buscaban en las sombras la papada, sembrando el adoquinado de rubies.

Rogelio se estiraba su chaqueta que le regalara en secreto la Macaria, quien la sufragó ofreciendo sus mercedes bajo un puente. Sito hundía sus pulgares en los tirantes de su sudada camiseta, y la madre contaba calaveradas de don Estanislao Belmonte. La radio seguía con sus boleros.

Del piso de abajo les llamaron la atención con una escoba. La Macaria —gloriosos muslos— se encaramó sobre el retrete, transmitiendo idéntica consigna. Pronto el barrio palpitó en armonía. Echaron un pulso los primos. Sito sudaba y Rogelio, con su purito encendido en la comisura de la boca, le sostenía sin inmutarse la mirada.

Empataron.

—Hora de dormir —dijo el obrero.

—Sumo gusto —se despidió Melquíades.

Rogelio se plantó recordatorio ante Atilano.

—A las nueve, y ni un minuto de retraso.

Salieron a la calle.

—¡Qué cariño se tienen! —dijo el adalid—. Esto que nadie lo busque en las altas esferas.

Doncellas se ofrecían en la acera a cambio de unos céntimos.

—Una zona animada —dijo José.

—Si localizáramos el puente —apuntó Atilano— donde, según todos los indicios, la Macaria entregara su virtud...

—¿Qué idea le pasa por las mientes? —se horrorizó José.

—En algún lugar tendremos que dormir...

38

Del que se podría prescindir, pero que tiene su cosa

Obtuvieron refugio en una ruina destechada.

Avanzada la noche, se presentó un indigente.

—¿Dan su permiso...?

—Identifíquese —exigieron.

El sujeto se alumbró la cara con una cerilla que hizo presa en las rizadas barbas que demostró tener. Le apagaron el fuego a bofetadas.

—¿Está cansado de la vida...? —se malhumoró Melquíades.

—Ha puesto el dedo en la llaga —reconoció el quemado—. ¡Tantas veces pensé rendirla arrojándome al vacío...! Pero me faltó empuje o, quizás, dirigirme sencillamente a un precipicio. Y ya que me acogen tan amables, ofreciéndome de su modesto zurrón... —ninguno se movió; él suspiró—, les contaré de mí hasta que les entre el sueño...

—Si no queda otro remedio... —se resignaron.

—Nací y crecí, etapas sobre las que no guardo noción en absoluto —expresó él—. De adolescente enfilé mi trayectoria hacia la gran ciudad, parpadeando con el señuelo de sus luces y donde trabajé en múltiples oficios, siempre al borde de la ley y con ella en los talones. Conseguí despertar el interés de una mujer...

—Ya la tenemos liada —manifestó Atilano.

El de las chamuscadas barbas atisbó en su dirección.

—Huele usted la tragedia como los perros la caza... —dijo—. Y para distanciarme emocionalmente, pues cada vez que evoco ese mundo de falsos oropeles me pongo de los nervios, me permitirán proseguir mi relato en tercera persona...

—Concedido.

—Ese hombre (recuerden que soy yo) noble y sencillo, trabajador y esforzado, acostumbrado a los menesteres más rudos, se prendó de una chicuela, cuyo nombre no hace al caso y es aconsejable arrojar a la hoguera de su ignominia. Casó con ella el infeliz, pasando a vivir en un soleado descampado donde, con material de deshecho, levantaron un chamizo que todas las noches se venía abajo a efectos de su construcción imperita. Pero a ellos no parecía importarles, pues entre risas y arrumacos aguardaban las primeras luces para volver a erigir la misma morada que a la siguiente noche tornarí­a a desplomarse. No tardaron otros en seguir el ejemplo de la pareja, construyendo también su frágil habitáculo, y pronto una ciudad entera de desharrapados se estremecía de solidaridad en la inhóspita extensión. Si les aburro, me lo dicen y me marchó con la música a otra parte...

—Yo echo en falta un bandoneón —dijo José.

—No se puede tener todo —lamentó éste—. Como venía anticipando, llegó la hora en que un negro hizo allí su aparición. El cual, con su blanquísima sonrisa que parecía congregar el sol de las Antillas, aunque él provenía de Alabama, embaucó a la que fuera hasta entonces sencilla mujer sin pretensiones, de esas que cuando se sueltan el pelo las organizan antológicas...

Se hizo un profundo silencio en el que únicamente se oía subrepticio rumor de sabandijas.

—En poco tiempo —aseveró el desconocido—, las veladas en aquel hogar que hubiera podido ser dichoso se oscurecieron con las hazañas del moreno, cardinalmente orientadas al coito con aquélla y delante de las mismas narices de su compañero, el cual sonreía como un panoli ante lo que juzgaba ilusión de niña, teniéndoles todavía que servir después la cena. Muy posiblemente, y ésta es una conclusión a la que se llegó posteriormente, apretara la percanta demasiado las clavijas, debiendo detenerse en unos límites, en lugar de

caer en el grosero naturalismo con incorporación de técnicas francesas de que todas las noches se hacía depurada muestra...

Interrumpió Atilano.

—Recuerdo lo que decía mi padre: “Hijo, a mí en la vida me han tocado mucho los cojones...”

—¿Conocería su padre al de Alabama...? —preguntó el borracho, que lo era.

—No hay que descartarlo.

—¡Qué estragos ha podido ocasionar el negro, que no tenía mal fondo...!

—¡Ella sería la que sufría más! —dijo José.

—No sea lila, hombre —le reprochó el narrador—. ¡Se lo pasaba de mimo!

—Pero su espíritu sería un charcal, donde alimañas acudirían a beber sin distinción...

—¡Menudo era el negro como para permitir que la tocaran! Tenía atemorizada a la parroquia y despachó a más de uno sólo porque la miraron el culo de reajo.

—Un hombre con ascendiente —apuntó el líder, que deseaba que el otro terminara para dormirse.

—Ya lo creo —convino el irregular barbudo—. Le nombraron representante vecinal, y logró que el Ayuntamiento introdujera el saneamiento en las chabolas, poniendo también unos columpios. Ya pueden comprobar que no me ciega la pasión acerca del que dislocó mi semblanza para venir a esto... Verdaderamente, me superaba en todo; y con el tiempo, si mis noticias son ciertas, que creo que sí, logró un doctorado en Ciencias Puras, circunstancia que todavía le colocó a más altura sobre mí. Llegó a ser también un gran artista y ha expuesto, con críticas no malas, en las principales galerías europeas, pensándose muy seriamente en cruzar el Atlántico, lo que tengo entendido hará la próxima semana. El servicio diplomático, por si fuera poco lo anterior, no se atreve a dar un paso sin consultarle. Se han evitado crisis graves debido a su concurso...

—Y usted, visto lo cual —dijo Melquíades, con intención de poner punto final—, se dio a la bebida, lanzóse a los caminos y, después de tumbos incontables, ha venido aquí a darnos la murga.

—¿Cómo lo ha sabido? —se admiró éste.

—Soy algo psicólogo.

—¿Y ella? —preguntó José con verdadera ansiedad—. ¿Qué le ocurrió...?

—Sobre este extremo, se me nubla la vista, mi voz enronquece y me entran ganas de hacer caca. Observarán que, a pesar de mis esfuerzos, vuelvo constantemente al relato en primera persona... ¡Tanto es mi dolor, tan incesante mi oscuro sufrimiento! Ahora son los dos —se sobrepuso— un matrimonio feliz, con un nivel de ingresos más que aceptable y orgullosos padres de una prole de seis niños que ya comienzan a destacar en los distintos campos adonde ellos les han ido certeramente encaminando.

—¡Corcho! —exclamó José.

—A los niños, qué son los que menos culpa tienen, les envío en sus respectivos cumpleaños un regalo anónimo, aunque aventuro que no llega a sus manos, lo cual ha terminado de destrozarme. ¿Fallé yo? ¿Falló ella? ¿Falló el negro, aunque atribuirle deficiencias suponga caer en el absurdo? ¿O debo achacar mi bancarrota al supremo Arquitecto (bonita profesión, por cierto) que todo lo gobierna y que hace a unos dichosos, complaciéndose en la desgracia de los otros...?

—Faltan pocas horas para el amanecer —dejó claro Melquíades.

Bramó el borracho:

—Pero ¿pueden dormir después de lo que han oído?

—Debemos intentarlo.

—Pensarán que mi caso es único... —dijo éste, sarcástico.

—Habrán docenas —admitió el adalid.

—Prácticamente no existe otra cosa —dijo Atilano.

—Tampoco hay que exagerar —matizó el otro—. Que yo haga hincapié en lo mío no autoriza a extrapolarlo. ¿Han pensado en el daño que se puede ocasionar a la juventud, entendiéndolo por tal hasta la cumplida cuarentena, dada la esperanza de vida cada vez más prolongada...?

—¿Y su madre de usted...? —se interesó el soñador.

—Obviamente la tendría. Pero no recuerdo que sus brazos ciñeran al sonrosado pequeñuelo que debí de ser. Acaso mi memoria lo borró, seleccionando facetas más penosas. Es algo que someto a su dictamen.

–No pensará que nos vamos a ocupar del tema –dijo con retintín el líder.

–Ni por un segundo me ha pasado por el entendimiento. Se trataba de mera expresión retórica –se levantó–. Me marchó.

–¿A dónde...? ¿En pos de qué...? –preguntó José.

–Voy a ver si pilló a otros.

Se perdió entre las sombras.

–¡Durmamos! –ordenó el gordo, dando media vuelta sobre el mullo lógamo.

Atilano sufrió insomnio.

El artefacto de Rogelio le desapareció durante la noche.

39

Vuelta al tabuco

En cuanto amaneció, se dirigieron a casa de Sito, confiando en que Atilano sustrajera de camino una segunda bicicleta para condonar su deuda.

El clase baja avizoraba ansioso en todas direcciones.

–Si me ayudaran... –imploraba.

–Le prestamos nuestro concurso moral –dijo Melquíades.

–¡Para concursos estoy yo!

Llegaron al domicilio del albañil.

La Macaría les abrió la puerta, cruzándose recatada sobre los pechos una bata inexistente.

–Pasen.

Tenía los ojos dulcemente amoratados. Con sencillez y orgullo, les mostró la espalda, cruzada de verdugones. Se indiferenciaban los proporcionados por Sito y aquellos que llevaban la autoría de Rogelio.

Atilano preguntó por este último.

–Ha ido a un entierro.

Encontró el augurio francamente desazonador.

Doña Petra dormía en un rincón, confundida con el gato. Al despertarse, la escoltaron al retrete, desde donde dio conversación. Sito había acudido a la obra muy de mañana, no esperándosele en todo el día, salvo imprevistos como el de ayer. La Macaría, aprove-

chando esta tregua, estaba citada con el mozo de un tendero, desahogo que la madre se veía forzada a amparar bajo amenazas.

—¡Esta chica qué sinsabores nos causa...!

—¡Se quejará, madre...! —la Macaria se emperifollaba ante un espejo del tamaño de una uña.

—Le sobra esa flor donde la lleva —aconsejó el adalid.

—¡Anda ya...!

—Póngasela: conozco el gremio —dijo Atilano.

—Pues sabrá también que me lo tendré que pasar despatarrada en descansillos...

—La profesión es movida —admitió, filosófico, el repartidor—. Por cierto —dijo—, ¿no se tratará de uno que tiene cuatro pelos en el cogote, mirada atravesada, cabeza de pepino y un montón de granos en la cara...?

—No lo sé. Me vino la cita de mañana por el sereno.

—¿Y cómo le conocerá? —preguntó José.

—En cuanto me sitúe la mano encima. Las mujeres no nos solemos engañar.

Doña Petra terció desde la taza.

—Luego seré yo la que terminará pagándolo. ¡Pero es ley de vida! Don Estanislao Belmonte, que gloria haya, aunque lo dudo, bien que me hizo trotar por los tejados... ¡Ése era un hombre, como mi Sito, y no el hortera!

—¡Madre, que la dejo todo el día ahí encajada...! —protestó la Macaria.

Inopinadamente, regresó Rogelio.

El clase baja, berreando como un niño, se arrojó a sus pies y le besó el charol de los zapatos. Dijo con desdén el primo:

—En realidad la bicicleta no era mía, aunque corrí el barrunte de que sí. Pretendía por lo mismo que usted me proporcionara transporte por la cara. A punto estuve de pedirle uno a motor. ¿Sin rencores? —le alargó dos dedos para que se los estrechara.

El repartidor prometió en acción de gracias peregrinar a Fátima.

Rogelio se apercibió de la Macaria.

—Y tú ¿a dónde te mueves...?

Ella le replicó desabrida, recibiendo una bofetada del revés. Levantaron ambos la voz, aulló la vieja. Rogelio se estiró con arte su

chaqueta, y la Macaria bailó flamenca en torno suyo, haciendo rueda con el vuelo de la falda. Zahería doña Petra, enardeciéndoles. Él preguntó si era falta de un cinturón, y la bailona respondió que superior hombre sería. Se sujetaban dando vueltas. El chuleta consiguió poseerla en vertical un par de veces, mientras la otra le mesaba su fosca cabellera. Los demás se decidieron a dar palmas, y se insinuó un guitarrista con niño cantor en el rellano.

Salieron taconeando a la escalera.

—¡Se me va el mozo! —decía con apremio la Macaria.

Rogelio se puso un palillo en la comisura de la boca.

—¡Que lo lamine un tranvía!

El de la guitarra y su hijo hacían el acompañamiento.

Doña Petra evocó a don Estanislao Belmonte.

—Se perdía por mis huesos... Pregunten si no me creen a la familia del prócer, que todavía están dolidos contra mí. Me paseaba del brazo a todas horas, de día y de noche, por las calles, por las plazas, por los sótanos y los terrados... No le importaba la opinión, y yo asistía entre esperanzada y confusa a sus muestras de raza y señorío. El único sitio a que no consiguió arrastrarme fue a su sacrosanto hogar. Yo me negué y en el fondo sé que me lo agradeció de veras. A lo más cerca que llegamos fue a la esquina, aferrándome yo a una farola que se fundió providencialmente, indicándonos que no transgrediéramos los límites del decoro y la decencia más de lo que ya lo habíamos hecho. Cuando nació Sito, se negó a reconocerlo, aunque me dio los correspondientes duros y la expendedoría de tabaco, impidiéndome que cayera en la impudicia. ¡Qué hombre era! ¡No lo he conocido igual!

—¡Vamos, tía...! —reconvino Rogelio.

—Nos marchamos —se despidió el guitarrista, dándole un capón al niño—. Hemos recibido aviso de otra parte. Llámennos cuando hagan otra.

El primo le dio un azote en el recadén a la risueña moza.

—¿Divirtiéndose? —pronunció una voz.

Era Sito.

Rogelio se volvió hacia él.

—Aquí nadie dice nada, ni siquiera tu madre, pero la ésta tiene cita con un pelafustán de coloniales.

–¡Y qué! –retó la cual.
 –Pues que hoy es el día en que me cargo a los que pille –sacó su cuchillo el albañil.
 Hubo algo de sainete, pero llegaron a un acuerdo.
 –Que le ondulen al de ultramarinos –terminó conformándose la chulapa.
 –¿Y de los dos a quién te inclinas? –le preguntó Sito. Él y su primo se miraban con fijeza.
 Temperó la madre:
 –Al que esté, hijo... Os vais turnando... Uno la hace funcionar mientras el otro pasea y toma el aire.
 –¡Y yo sin ver la calle y que me zurzan! –protestó la Macaria.
 –Te asomas al tejado y ves pasar los gatos –le dijo el albañil.
 –Para eso –replicó ella con los puños en las caderas– me deslizo al desván del protésico dental, que lleva meses indicándomelo por señas.
 –¡Ya me sospechaba yo de la ortodoncia! –afirmó Rogelio.
 –¡Ella le da pie! –acusó doña Petra.
 –¡Y más que me pidiera! –desafió la moza.
 –¡Y yo que he venido de la obra a presentarte mis saludos...! –la requebró el de camiseta–. A tu lado, ni la Mariencarna.
 –¡A ésa me la como yo los hígados!
 –¿Y a mí quién me levanta de la taza...? –inquirió doña Petra.

40

Intimando

–Madre –le dijo Sito–, usted se queda aquí, que tengo una cuenta que resolver y quiero rebañar de que me acompañen todos. Si tardamos, mete los hocicos en ese plato de comida.
 –¿Te han dado permiso en la obra? –preguntó la Macaria, colgándosele entusiástica del brazo.
 El albañil no contestó.
 Le siguieron.
 Melquíades dio instrucciones a los suyos.
 –En cuanto veamos la ocasión, ¡humo!

El hombretón era muy celebrado por el barrio. Rogelio acaparaba selectas migajas: no pocas se encendían con el rictus de su palillo en la boca. A la Macaria la entregaban clandestinos papeles amorosos.

—¡Cuando sepa leer la armo! —decía ella con garbo.

Llegaron al bar donde el día anterior estuvieran con García, el capataz.

Entraron con alboroto y se pusieron a una mesa. Se presentó un camarero.

—¿Qué se ofrece? —preguntó.

—Tráiganos un sifón y una tanda de palillos.

La Macaria gesticulaba alborotada.

—Como no te silencies, se te acabó la peripecia —le dijo el de la camiseta con una torta vuelta.

El camarero trajo la consumición y la depositó altivo sobre la mesa.

Explicaba Sito:

—Vendrá un colega, pero amigo de verdad. ¡De los que no hay! Se habilita de cabo en el cuartel de por aquí.

Asintieron con sonrisa conejuna.

—¡Ya sé dónde lo has conocido! —saltó como una pantera la Macaria—. ¡Donde la Mariencarna!

—Y si es así, ¿qué? —desdeñó el de la obra.

—¡Pues que me voy! —se puso en pie.

—Tú te quedas —la obligó a sentarse de un tirón.

Se asomó un sujeto de uniforme. Sus ojos como chinches recorrieron las mesas.

—¡Peláez! —le llamó el albañil.

Se acompañaba de una hetaira muy ajada, de elevados tacones. La Macaria la identificó inmediatamente.

—¡Como ésa se siente aquí, yo me levanto!

Sito y Rogelio la equilibraron la cara a bofetadas.

Peléez y la Mariencarna se incorporaron. Se miraron ellas como queriéndose sacar las entrañas.

El hijo de doña Petra pidió ración de gambas. El local estalló en una ovación.

El cabo Peláez se caracterizaba por su verticalidad y tiesura, las cuales no perdía ni siquiera cuando ejercía en el burdel. Estos rasgos se complementaban con la llaneza y campechanía de Sito, muy apreciadas en el ambiente, y con la sinuosidad de Rogelio, sin oficio ni prisa de tenerlo.

El soldado hablaba de su machaca.

—... Y le dije: mira, Marmolillo, te vas a pasar la noche sacándome brillo al orinal, que me gusta obrar con limpieza al toque de diána.

—Tiene gracia —se expresó la Mariencarna.

Retrucó la otra:

—Para gracia la de éste —y puso el brazo sobre Sito con ademán de propiedad.

La zurróna estaba acostumbrada a transigir.

—Así será —admitió.

—De que así será, tendrá que verse —porfió tozuda la otra, deseosa de llevar la contraria.

Se tiraron de los pelos, arañándose. Peláez, Sito y Rogelio ultimaron las gambas en medio de la gresca.

Los otros iniciaron repliegue hacia la puerta. Les detuvo con gruesa voz el albañil.

—¿Hemos dejado sola a doña Petra, que es mi madre, tía de Rogelio y lo que se tercié de Peláez —éste agradeció con ademán—, para que ahora se nos esquive...?

—Puedo explicarme —Melquíades se inundó de sudor.

El hombretón se alzó como una fortaleza.

—Soy yo el que platicará lo que se oiga.

Las mujeres cesaron de pelear. La clientela hizo corro.

—¿Y si yo dijera lo oportuno —tanteó el adalid a la desesperada— para que el asunto quedara en agua de borrajas...?

—Bueno andaría yo con Marmolillo si me creyera sus embustes —apuntó el cabo.

—¡Dale al gordo, Sito! —le animó la Macaria.

—Como te descuides, inauguras la mezcolanza —la amenazó él.

—¡Pégala a ella! —aprovechó para azuzar la Mariencarna.

—¡Él me dará porque es lo propio —se rebeló la respetable—, pero que tú se lo tengas que decir no lo aguanta la hija de la que me parió!

Esta vez no se amilanó la fulana.

—¡Sería como tú, que te conozco! —acusó—. ¡Nos quitas el pan a las honradas!

—¡Es mentira!

—¡Verdad como el sol en el agosto!

La acción se desplegaba sobre dos ejes cuando se oyó mágicamente en el local:

—¡Marchando consumición de caracoles!

El público se agolpó para contemplar la cara del munífico. Era José que, subiéndose a una mesa, sacaba una cartera haciendo la señal de la victoria.

—Guardaba para una emergencia —se excusó.

—A veces creo hallarme ante un desconocido —confesó Melquíades, dolido.

—¿Cómo así? —se interesaron Sito, Rogelio y, también un poco, Peláez.

—¿Quién conoce a quién? —preguntó aquél a bote pronto—. ¿Quién puede afirmar que sabe la naturaleza de sí mismo? ¿No deambulamos todos mutuamente ajenos o, más grave aún, como enemigos acérrimos, ignorando el caudal de bondad y belleza que los otros atesoran? ¿Existe el que pueda decir con fundamento: esa persona no guarda secretos para mí y estoy al tanto de sus flaquezas y debilidades, así como de sus virtudes, siéndome además factible columbrar la mayoría de sus futuros actos? ¿Eh? ¿Qué me dicen? —inquirió a sus acompañantes, los restantes parroquianos y los que miraban a través del cristal desde la calle.

—Está curdela —manifestó Peláez.

—¡Es muy fácil decir eso! —protestó Melquíades, aplastando un díscolo mechón sobre la frente, con lo que se ganó distintos apelativos, no enteramente halagüeños.

—No quiera tener más razón que un cabo —le dijo el propio—. También Marmolillo, cuando empina el codo...

–¡Jamás en mi vida he estado más lúcido! –prosiguió el adalid dando un saltito–. ¡Hasta ahora he andado ciego, caminando sobre un alambre tendido en el abismo...!

–Sería un espectáculo –apuntó un chusco.

–¡Ríanse, sí...! ¡Háganlo si quieren...! Pero sepan que sus propias palabras habrán de desmentirles.

–No estamos entendiendo nada –fue el sincero comentario que allí se pronunció.

Entretanto, ambas mujeres se habían hecho amiguísimas.

–... Y cuando las claras han subido –explicaba la Macaria–, las mezclas con la masa y esperas cuarto de hora. Como quince clientes del sábado a la noche...

–Más diáfano, imposible –admitió la Mariencarna–. Y perdóname lo que te dije de tu madre.

–Todavía te quedaste corta. Tú, a su lado, para subir a una hornacina.

–No será tanto, chica.

–Y más. Figúrate que me puso en el secreto cuando yo tenía sólo dos años y medio.

–Estarías muy desarrollada.

–Puede. Pero que hubiera esperado unas semanas.

–Algo burra ya era.

–Sin faltar.

–Perdona, chica. ¿Y cuando haya pasado el cuarto de hora...?

–Coges un chorrito de aceite, lo echas a la sartén...

Se descacharró la Mariencarna.

–¡Entre unas cosas y otras me puedo hacer un lío tremendo...!

Coreó la otra.

–Poca cabeza tendrás.

–¡Ninguna! Casi siempre me la tapan con la almohada. Tú, como eres fina y vas de aficionada...

Echaron estruendosa carcajada.

Melquíades se había ganado algún respeto.

–Ni el más obtuso ignora –peroraba– que el más intachable ser humano, colocado entre la espada y la pared...

El cabo Peláez movió la cabeza.

–Va atrasado. En la actualidad, la espada se utiliza mínimamente: desfiles, paradas...

El adalid se quedó desconcertado.

–¡Más a mi favor! –replicó a la defensiva.

41

Se intima más. Una carrera

La Macaria y la Mariencarna se volvían a pelear.

–¡Que te tundan!

–¡Que te martiricen!

Sito, Rogelio y el cabo las sentaron mano.

–Y el caso es que a mí me gustan ariscas –decía Peláez.

–Hasta un punto –reconoció el paleta.

Rogelio se pasaba el palillo de un extremo a otro de la boca.

–¡Que ya sabes que eso las calienta...! –se enfadó su primo.

El otro se puso en pie y, estirándose la chaqueta, desafió al albañil. Éste hizo restallar los tirantes de su camiseta, se escupió las manos y desperezó los hombros.

–Si no fuera por la madre que hemos dejado tirada, ¡por ésta que hacía un disparate! –se besó un garabato de dedos.

Atilano susurraba al oído de la Mariencarna.

–¡Chito! –avizoró el albañil–. Que se escuche lo que se tenga que decir.

Se confundió el repartidor.

–Decía que nos apartáramos a donde dobla el mostrador y que le diéramos.

–¿Así, gratis, y sin mayor demora...? –inquirió Sito con peligrosa calma.

–Esto es cosa de incumbencia –corroboró, también amenazante, el primo.

–¿Y yo voy a quedar sin aplicar el reglamento...? –se adunó el cabo por su parte.

Invitaron al clase baja a salir a la calle. Le bailaba a éste veloz la nuez en la garganta.

–¡Valor! –le recomendaron sus amigos.

Sobre la acera comenzaban a posarse copos de nieve. Inconscientemente primaron idealizados sentimientos. Atilano pasó a segundo plano.

–¡Qué poco supimos valorar lo que teníamos! –exclamaban algunos transeúntes.

–¡Caro lo pagamos! –repetían otros.

Era excepción un guardia de tráfico:

–¡Es nevar un poco y todo el mundo a darse parabienes!

–Que usted sea autoridad –le interpeló un anciano de pulcro pelo blanco– no le capacita para burlarse. Además, su sueldo sale de lo que nos extorsiona el municipio.

–Entiéndaseme –se defendió el guardia–. Arremeto contra una emoción que juzgo superficial. Si fuera genuina, otro gallo cantaría... Se espesaba muchedumbre.

–Circulen –ordenó aquél, nervioso.

La Macaria y la Mariencarna, que habían salido también del establecimiento, eran de las más afectadas. La segunda se acordó del pueblo y de su temprana iniciación en el oficio a instancias de un familiar cercano.

–¡Y qué buen corazón tenía! –lloraba a moco tendido.

Surgió de algún sitio una vendedora de almendras garrapiñadas.

–¿Si me voy un rato con el hortera...? –consultó la Macaria a sus hombres.

–Sólo quiero que le hagas muy feliz –respondió Sito.

–Suscribo –dijo el primo.

Melquíades aseguró a José:

–Me acuerdo ahora especialmente de la marquesa.

–Creía –repuso el soñador– que la juzgabas bajo diversa luz y más picante.

La Macaria descubrió de un golpe de vista a aquel con quien se citara. Respondía a la descripción dada por Atilano. Se acercó la moza y cambiaron impresiones, tras lo que se acoplaron sobre un cajón de fruta.

–Qué bonito –decían las personas sencillas.

Los copos se disolvieron en el aire.

El adalid aprovechó para decir a sus amigos:

–Es el momento de desaparecer.

Seis piernas se movieron velozmente al compás.

42

Un entierro. “¿Lo que ha sido esta casa...!”

Se encontraron a orillas de un cementerio, entre personas enlutadas.

Un sujeto de aspecto acomodado les preguntó:

—¿Son ustedes de la familia?

Le replicó Melquíades:

—Diríjase a mí. Soy el cabeza del grupo.

El hombre repitió la pregunta, recibiendo contestación negativa.

—Pues tienen suerte —aseguró—. Yo soy concuñado del difunto —señaló un ataúd que llevaban entre cuatro—, u otro parentesco todavía más risible. La pluralidad que tienen la amabilidad de contemplar guarda lazos de sangre con el que ya no pisará las calles... Todos nos vemos obligados a simular aflicción, no por la herencia, que el finado ha destinado en su integridad a una sociedad defensora del pantalón bombacho, sino meramente para que no nos hurten el ágape funerario, que nos será servido con la condición de parecer avinagrados y al que ahora mismo, quizá excediéndome en mis atribuciones, quedan ustedes convidados.

—¿Y cómo así? —preguntó José con peligroso interés.

—¿Se refiere al motivo de que les acabe de invitar o al suceso más prolijo por el que nos encontramos aquí haciendo el paripé?

—A los dos —respondió el adalid—. Y vuelvo a rogarle se dirija a mí.

—Si son tan amables de esperarme, en seguida regreso con ustedes. La comida tendrá lugar en cuanto depositemos el fiambre en tierra y nos hayamos lavado las manos.

Se alejó sonándose las narices con un pañuelo negro.

Cumplido el penoso deber volvió con ellos, acompañándoles a la mansión donde estaba habilitado el banquete y que fuera morada del inerte protagonista de la jornada.

Entraron por la puerta de servicio, directamente a las cocinas. Se juntaban allí criados y parientes en distinto grado de intoxicación etílica.

Un joven con formal aspecto de sobrino se acercó.

—Hemos conseguido forzar la vinoteca.

Emitió el otro un alarido de triunfo, precipitándose a un medianoteleto.

La servidumbre se lanzó sobre él.

—Impediremos que se quite la vida de esa forma —arguyeron.

Aquél se sometió, explicándoles a sus nuevos conocidos que en vida del que ya no la tenía estuviera taxativamente prohibido probar gota de licor entre esos muros.

El sobrino informó:

—La viuda se ha ido por sus fueros nada más salir del cementerio. ¡Toda la vida se cansó de pronosticarlo el tío Alberto!

Los parientes, excepto el sobrino, desaparecieron tambaleantes tras terminar de saquear los vinos. El resto de lo que fuera nutrida servidumbre mostraba indicios de descomposición social.

El de luto se presentó formalmente:

—Respondo, aunque no siempre, al nombre de Florencio, y ya ha quedado establecido mi parentesco político con el finado. Les referiré la situación, y ustedes decidirán el interés que tiene. En breve lapso, conforme a la disposición testamentaria del llorado tío Alberto, habré de abandonar estas paredes... Pero coman y beban —les urgió—, que pronto ya no quedará nada —él mismo volvió a medirse con la espita—. Decía que soy concuñado de aquél. Mi mujer (que es la que han visto marcharse en cueros cantando una habanera) y la suya eran hermanas, siendo esta segunda la que acaba de lanzarse a la vida, ciñéndose al insólito y penetrante vaticinio que hiciera su marido sin que nadie, ni siquiera yo, que me contagié de algunas de sus cualidades augurales, lo acreditara... Efectivamente, la viuda pasó siempre por señora, afecta a todo género de comedimientos y desdeñosa de mundanidades, prendas ellas que le granjearon el título de pacata —tornó a echarle un pulso al ya medio vacío tonel, lo que los criados insistieron en estorbar con el naufragio de un antiguo cariño—. El tío Alberto, como le llamábamos, hubiera llegado lejos de haber sido las circunstancias otras. Le tiraba la filosofía y se sospecha que escribió libretos operísticos. Somos muchos los que hemos llegado a lamentar que sus rotundos atributos intelectuales no encontraran apropiado cauce, ni se abonaran de otras

muestras que las que le imponía el ñoño espíritu de su mujer. ¿Tienen ustedes prisa...? –les preguntó.

–Apenas –respondió el adalid.

–Pues yo sí –replicó Florencio, malhumorado–. Estoy deseando perder de vista esta angustiada decadencia. Abreviemos. En conversaciones con mi concuñado, y ante su reiteración, que tampoco se recataba de hacer entre los sirvientes –éstos asintieron–, de que su esposa acabaría antes o después como lo ha hecho, yo le preguntaba si existía un mínimo indicio que permitiera suponer tal cosa. Él, lejos de aportar pruebas, curvaba el índice derecho, el que ahora mora en tierra junto a los restantes diecinueve dedos, y se abatía el párpado inferior del mismo lado, en señal que quería ser de inteligencia de que los hechos discurrirían fatalmente de esa forma. Importaba poco que la infeliz le reprochara entre lágrimas su absurda desconfianza...

Intervino el sobrino:

–Tío, cuente lo del tocador.

Éste aceptó.

–Cierta mañana, encontrándose mi cuñada en sus habitaciones, peinándose delante del espejo, entró su cónyuge, el tío Alberto, ya saben (¡y qué solos nos dejaste!), y comenzó a insultarla. Quienes entonces vivíamos aquí teníamos montado un sistema de escucha que no perdonaba el menor rincón, y no descansábamos en busca de vestigios que pudieran respaldar la arriesgada tesis del marido. Por intermedio de este operativo, le oímos preguntarla que para quién se emperifollaba, y ella cometió el error de decir que para él... Entonces la pegó violentamente, arrastrándola por el suelo de la habitación de los mismos cabellos que la desdichada ordenaba cuando el otro irrumpió como una fiera.

Rió el sobrino. Su pariente le ordenó silencio.

–La mujer –resumió Florencio– ya no volvió en adelante a mirarse en un espejo. Su marido le había dejado la cara como un mapa.

–¡No la reconocíamos! –confirmó una criada.

–Desde entonces no se dejó ver en público –subrayó el otro–, encontrando, ya no sólo su marido, sino allegados y conocidos al completo, la confirmación de que no quería ser contemplada en ese estado por su invisible enamorado. Ahí comenzó el declive de

la casa, junto con el bajón físico de Alberto. Por el dispositivo de espionaje sabíamos que los esposos no se hablaban, especie que comentábamos en la reunión semanal que teníamos en las cocheras hasta que nos disolvió la policía...

—¡Lo del veneno, tío! —apuntó el sobrino.

Florencio le miró, reprobador.

—No me gusta tu tono de acusica —dijo—. Ahora mismo iba a pasar a relatarlo... Llegó el trance en que mi concuñado sufrió un importante decaimiento. Supusimos que ella le envenenaba, pero no tuvimos redaños para detener el crimen, llegando tan sólo a ordenar la autopsia tras el deceso. No encontraron en su cuerpo ningún tósigo, sino que, por el contrario, pudo establecerse que recibía un suplemento vitamínico que nadie, sino ella, estuviera en condiciones de suministrarle. Sus razones para sobrealimentarle, salvo una santa devoción con que la infeliz le pagaría su maltrato, las seguimos ignorando...

Las paredes empezaron a desconcharse, adquiriendo un aspecto mugriento y abandonado. Surgieron culebras de las grietas y se opacó la luz, fundiéndose la mayoría de las bombillas. Ominosos crujidos de indefinible procedencia descendieron de los pisos altos, al tiempo que grandes y hambrientos roedores. Súbito polvo se depositó sobre las perolas y los restos de comida, que dieron en pudrirse. Las arañas tejieron velozmente gruesas telas que ondularon como pesados cortinones sobre las cabezas de los presentes. Se sofocó con rapidez la atmósfera.

—¡Con lo que ha sido esta casa! —los domésticos se violentaban por no llorar.

—No se molesten en seguir bebiendo vino —avisó Florencio—, porque acaba de picarse. En última instancia —continuó muy abatido—, la responsabilidad del hundimiento que nos rodea atañe a Aurelia, que éste es el nombre de la mala. ¡Ni siquiera aguardó un minuto para perderse desde que el que la gobernaba fue depositado en el sepulcro!

—Tío Florencio —intervino el sobrino, cautamente—: como detalle ilustrativo le llamo la atención sobre que la viuda se dio al poseimiento con un mozo de espadas junto a la tapia del camposanto. Por tacto, no he querido antes denunciarlo...

—¡Cómo! —exclamó éste—. ¿Quieres decir que no tuvo la decencia de alejarse...? ¡Qué le hubiera costado alcanzar las cercanas viviendas populares que se erigen allí a tiro de piedra!

—También en ellas efectuó su venganza.

—Entonces, para ti es una venganza... —ponderó Florencio.

El sobrino asintió.

Los sirvientes se eclipsaban en silencio. Reventaban obscenamente las cañerías.

Sobrecogidos, hablaban en susurros.

—Parecería que nos expresamos así —sugirió Melquíades— porque allí arriba duerme un niño.

El tío Florencio mandó a su sobrino a comprobarlo. Éste regresó de vacío.

—Ni siquiera esta dicha nos es dada —se apesadumbró aquél—. Nos quedan escasos minutos —consultó su reloj—. ¡Ya dijo mi concuñado que la ruina de esta casa sería irreversible tras su muerte! Lo que nunca pudo llegar a suponer es que fuese tan rápida.

El revoque del techo se soltó. Grandes fragmentos cayeron sobre los utensilios de cocina, componiendo extraña melodía.

Florencio y el sobrino se adelantaron a la calle.

—Aguarda, pipiolo —le dijo el tío—. Queda un último fleco por dilucidar. ¿Es un hecho tu consanguinidad con la familia o simplemente un buen día, aprovechando disensiones, te infiltraste entre nosotros? El asunto ya carece de importancia, por lo que aguardo me respondas en conciencia.

El sobrino estalló en una risa histérica.

—¡La conciencia! —exclamó—. La sofoqué tempranamente a instancias de mi bellaquería, y espero que así continúe hasta el día postrero, en que acaso experimente un reverdecer tardío. ¡Efectivamente —se irguió con petulancia—, ha largos años que me introduje en esta casa, tomándome unos por hijo de los demás y todos por sobrino! Ahora que mi superchería se descubre, no me importa decir que mi objetivo no era otro que la herencia, la cual el tío Alberto tuvo a bien birlarnos. ¿Algo más...?

Era de noche y las estrellas brillaban en el cielo como mudos e inflexibles jueces.

Los tres amigos caminaban en su sola compañía. Florencio había desaparecido camino de Asia para cultivar ajonjolí (su verdadera y secreta vocación), rogando no se le fuera con el cuento a su mujer.

—¡Cuánto resentimiento debió de acumular la viuda! —suspiró Melquíades.

—¡Le hubiera acontecido ser madre! —deseó José.

—¿Para qué? —dijo Atilano con cinismo—. Las he conocido que ahogaron a sus rizosos pequeños en el baño.

No se sintieron con ánimos de replicarle.

43

Mezcla de ambientes. Reencuentros

Habían olvidado los peligros nocturnos. Sujetos patibularios se les fueron arracimando, como al descuido.

Pronto hubieron de correr.

—¡A por ellos! —oyeron decir a sus espaldas.

En plena carrera, dijo José:

—Es inútil. ¿Y si reconociéramos que hemos sido derrotados...?

—¡Jamás! —se opuso el líder, quien se hacía una idea muy exacta del destino que les aguardaba—. ¡Tiene que haber una salida...!

Se precipitaron por un desmonte.

Los perseguidores pasaron de largo, perdiéndose en la distancia.

El lugar era malsano, hediondo, como correspondía al depósito de basuras que, como útero salvador, les acogiera.

Sintieron que escarbaban con un palo. Una matrona de buen corazón los quiso prohijar.

—Lo lamentamos, señora —rehusaron.

Despechada, les delató. Abandonaron el lugar a toda prisa.

Se encontraron acorralados junto al lupanar del día anterior. Por encima de sus cabezas, chirriaba el rótulo.

—¡Adentro! —ordenó el jefe del grupo.

En el interior se encontraba el albañil, echándole un pulso a la Mariencarna.

Sito la dejó vencer. Aquélla le recompensó con un mordisco en la tetilla.

—¡Vaya! —exclamó él al verlos.

–Venimos arrepentidos y dispuestos a los mayores envilecimientos –dijo rápidamente Melquíades, echando miradas de ansiedad a la puerta que acababan de traspasar.

–Eso me gusta –dijo el de camiseta con feroz sonrisa–. Si me esperan un instante, volveremos a casa, donde permanece mi madre sola desde la mañana temprano –manifestó con rencor.

Afuera, rugía la turba.

Sito se despidió de la Mariencarna. Los dedos de la pareja se entrelazaron de la manera más cursi.

El adalid, con extraordinaria perspicacia, apuntó:

–Alguien ha introducido aquí atentos modales de la más pura cortesía.

No acababa de decirlo, cuando una figura pulcra y familiar surgió de detrás de la cortina.

–¡De Orozco! –exclamaron al unísono quienes le conocían.

El mentado –era él– volvió a precipitarse escaleras arriba, aporreando la puerta superior. Finalmente, ante lo infructuoso de sus esfuerzos, repitió el camino de bajada.

–¡Caramba! –se asomó como el cuco de un reloj.

–¡Mi buen de Orozco...! –Melquíades le extendió ambas manos.

El del monóculo se las estrechó como si jalara de una cuerda.

–¿Qué hacen ustedes aquí? –se interesó.

–Lo mismo podríamos decirle –le devolvió el gordo la pelota–. ¿Y la marquesa...? –inquirió.

–Gozaba de excelente salud cuando la dejé –replicó sin inmutarse el elegante.

Intervino Sito.

–Así que éste era el que cataba a la nueva... –chirrió.

El de Orozco acusó dotes de actor.

–No se me malinterprete –dijo–. Vengo de descabezar un sueñecito. Acabo de llegar a este poblacho y me he metido en el primer hostel que me ha salido al paso. ¡Estaba deshecho de cansancio! ¿Qué se debe? –preguntó a la dueña, que se sentaba en un taburete escoltada por el rufián de bayoneta.

–Ya ha pagado –recordó aquella–. Pero si quiere repetir viaje...

El de Orozco ahogó un bostezo.

–Estoy deshecho...

Sito hizo restallar un tirante.

—Me sienta malamente que venga alguien de fuera y se calce el mejor género.

El de la bayoneta le contenía poniéndosela en el pecho.

—No crea que había tanta calidad —se acusó sin darse cuenta el elegante—. Estaba la mujer... ¿cómo diría...? Baqueteada...

Melquíades venía entrecerrando los ojos con fortísima sospecha.

—¿No se tratará —conjeturó— de una viuda recentísima que hoy mismo se ha desatado a orillas del cementerio y que responde por Aurelia...?

El de Orozco se atusó esquivo el bigote.

—Comprenda, Melquíades... Soy un caballero...

—Es ella —confirmó el adalid a sus amigos.

—Aquí no hay ninguna Aurelia —negó la dueña.

—Habrá dado otro nombre —dijo el gordo.

Sito seguía reclamando sus derechos.

—¡Exijo me alcance alguna prerrogativa!

—¿Es usted albañil? —le preguntó el elegante.

—¿Parece mal? —repuso el otro.

—Al contrario. Eso de construir algo con las manos y ver cómo se eleva en vertical...

—No todo es subir en el oficio —entró éste al trapo—. A veces también hay que cavar.

—¡Naturalmente! —el del monóculo puso los ojos en blanco—. Los cimientos. Nada perdurable puede erigirse sin contar con una base sólida, firme...

Le interrumpió Melquíades.

—¿Y cómo le tenemos aquí?

—Soy don Diómedes de Orozco, personaje de abolengo... —comenzó a recitar éste.

Llegó de arriba una voz aterrada:

—¡Dios mío, se ha dado a conocer y yo tendré inexcusablemente que imitarle! —y siguió su treno—: ¿Qué pudo ocurrirme, Alberto...? ¿Por qué al menos no esperé a que se enfriara tu cadáver...? ¡Seguro que tú, desde los brillantes predios donde que ahora te paseas, contemplas con la repulsa que os es dada a los justos el repugnante abismo de moral indigencia en que cayó tu viuda nada más entor-

narse tu mirada vigilante...! ¿Cómo no dispusiste alguna cláusula restrictiva a que yo estuviera sujeta...? ¿No te sientes acaso responsable de que me haya acabado de mostrar como no ignoras ante un hombre que hubiera podido ser tu amigo y que es posible que lo fuera en realidad...?

El de Orozco se aclaró la garganta, estirando el cuello hacia la parte alta de la escalera.

—Es inútil, Aurelia, que nos andemos con más gaitas. Nos han pillado. Vine a procurarme un desahogo, encontrándote tú aquí para lo mismo, contratada minutos antes de que yo llegara. Te reconocí, a pesar de tu cara deformada por los golpes, y acto seguido caímos en los golosos parabienes que sabemos... Hora es ya de que asumamos la responsabilidad de la nueva situación que hemos creado.

El negocio tomaba un sesgo inesperado. Decidió intervenir la dueña.

—Aquí, de apaños, los normales —retumbó—. Quien intente torcer el sentido genuino con que fundamos el tinglado (una noche, creo recordar, de octubre) se las verá con Heteróclito, que es, por si no lo saben, el macarra.

El de la bayoneta dio orgulloso un paso al frente.

Sito quedó con el alma dividida. Sus expectativas de gozar a la nueva se torcían.

—¿Cómo resolvemos esto? —preguntó.

Habló la Mariencarna:

—Nos quedamos las antiguas, o sea las profesionales, y la clientela fija.

Se arguyó que el negocio no podía renunciar a expansionarse.

—Más vale que lo echen a barato —dijo José, sin ofrecer más explicaciones.

Dijo Atilano:

—Yo, a quien nada le va en ello, ¿no podría retirarme un momento con aquélla...? —señaló a la Mariencarna.

—¡Usted siempre a sacar tajada! —le reprochó Melquíades—. ¡Un poco de respeto, que se encuentran afectadas personas muy dignas!

Un antiguo amor que llora

Decidieron marcharse. Los tres amigos, bajo la vigilancia o protección de Sito.

El de Orozco hablaba aterciopeladamente con Aurelia, que había pedido una excedencia para acompañarle. Prácticamente iba desnuda. Su rostro deformado se tamizaba con un velo de seda.

–Perdonarán –solicitó don Diómedes– que esta buena amiga y yo caminemos unos pasos por detrás. ¡Son tantas las cosas que debemos comentar y que no hemos tenido ocasión ahí adentro...! Posteriormente, tendré mucho gusto en responder a sus preguntas.

Runfló Atilano, que tenía clavada su espina.

–¡Aurelia, Aurelia...! –fueron las primeras palabras del elegante a solas.

–¡Diómedes...! –repuso ella.

–¿Cómo has podido...?

–¿Y tú...?

–A un hombre se le permiten ciertas licencias –manifestó el de monóculo.

La mujer hizo un rictus.

–Ese principio tiende cada vez más al desuso.

–Me temo que así es –convino él–. Pero mientras algunos permanezcamos defendiéndolo...

Siguió Aurelia:

–He sufrido.

–¡Ha debido ser terrible!

–Ni siquiera te lo puedes imaginar.

–¿Y Florencio...? –preguntó éste–. Entiendo que quedó nombrado albacea espiritual...

–A la muerte de Alberto –respondió la dama–, una pesada carga se posó sobre sus hombros. Era demasiado para lo que podía soportar: yo tiré en seguida al monte. No le culpo, y espero que él no haya sido muy severo conmigo. ¿Y tú...? –lagrimeó.

–No podría.

–Eres el único amigo que conservo: tan discreto, tan atento...

–Por favor, Aurelia...

Ella hizo un gesto de coquetería.
 –¿Cómo me reconociste? Estábamos a oscuras...
 El de Orozco suspiró.
 –Dímelo, quiero saberlo...
 Se lo confesó al oído. Bajó ella los párpados con modestia.
 –¡Qué pensarías de mí...! –hizo la dama este teatro.
 –¡Todavía te elevaste más ante mis ojos! Eres tan pura, tan... ¡No sabría describirte!
 –¡Te burlas...!
 –Para nada.
 –Que sí.
 –El destino me ha conducido al burdel en que oficiabas.
 –¡Qué hermoso y qué horrible suena eso!
 –La vida tiene tantas facetas... –comentó él–. Quedémonos sólo con lo que nos es querido. En un mismo día luce el sol y descarga la tormenta. ¿Acaso habrá brillado menos el astro porque después lo tapen nubes? ¿Y permanecerá siempre escondido...? ¡No, Aurelia! En nuestro corazón fulgirán eternamente sus rayos, excepto... –hizo un gesto de picardía que se vio con claridad porque cayó bajo el cono de luz de una farola–, excepto cuando queramos que se amortigüe su viveza. Ya me entiendes...
 –Eres bueno...
 –¡Quisiera serlo para ti! –hizo una pausa–. Pobre Alberto...
 –Era un sátrapa –repuso ella–. Pero le he perdonado... Ahora, dime tú que me perdonas.
 –Te perdono. ¿Y tú...?
 –También.
 Dijo Atilano, que no tenía mal oído:
 –Se han perdonado.
 Sito se desmoralizó profundamente.
 –¡He llegado tarde...! –musitó.
 José se puso serio.
 –¿Pero es que no tiene sensibilidad para apreciar lo que ocurre...? –le dijo–. Dos seres permanecían distanciados –explicó– y ahora se hermanan después de vicisitudes sin cuento y que en su mayoría desconocemos. Ella tuvo su trayectoria, en un punto de la cual interfiriera el de Orozco. A lo que se ve, se llevó el gato al agua el

digno Alberto, creándole a su esposa los sinsabores que sabemos. Entretanto, don Diómedes de Orozco labraba su propio infortunio, cabiendo suponer que lo desabrido de su personalidad guarde relación con haber perdido en el pasado a la llamada Aurelia.

—Complica demasiado las cosas —le censuró el albañil—, aunque es meritoria la síntesis que ha hecho.

—Ella no es para usted.

—¡Si es que me persigue negra suerte...! —bramó el hombretón.

—Tiene usted una madre que le quiere, y que en estos momentos permanece atenta al menor rumor en el rellano...

—Estará buena la Petra —comentó Melquíades.

Sito se revolvió como un astado.

—Le ruego encarecidamente —dijo— se abstenga de mentar de manera tan grosera a la que me confirió el ser. Y anteponga el doña al nombre, en lugar del artículo determinado femenino.

El adalid se disculpó.

Sito miraba de vez en cuando atrás, acechando con inquina la figura de don Diómedes de Orozco, cuyas alimbaradas expresiones le causaban antiestéticos visajes. Melquíades entró a satisfacer una necesidad en un almacén abandonado, de donde salió escopeteado porque le hicieron proposiciones deshonestas.

Continuaba la pareja evocando el pasado.

—¿Era aquello amistad o algo más profundo...? —preguntó ella.

—Sofoqué mis ansias para no herir a Alberto —afirmó él, educadísimo.

—Ahora es tarde —se lamentó la dama—. Sé que figura en tu existencia una marquesa a la que deseas desposar.

—¡Aurelia...!

—... Y que esta marquesa tiene una hija que se enreda en amores con tu retoño...

—¿Quién te lo ha contado? —se enconó el caballero.

—Nadie —repuso la viuda dulcemente—. Pero las mujeres tenemos una intuición, un sexto sentido... Y estoy enterada de todos los detalles —añadió, divertida—. Tu hijo, después de que todos, tú incluido, le dierais por muerto, reapareció. La hija de la marquesa, llamada Aretusa, tras un período de confusión cayó en la cuenta de que con quien en realidad quería formar un hogar con una media acep-

table de sobresaltos era con Héctor, léase tu vástago. Visto que el amor de ambos no encontraba apropiados horizontes, tomaron soleta. Y aquí estás tú, comisionado por la marquesa o pretendiendo adquirir méritos ante ella localizando a la joven de mi sexo.

Don Diómedes de Orozco se quedó con la boca abierta.

Melquíades y los demás retrocedieron hacia el caballero.

—¿Es cierto lo último que hemos oído? —preguntó solemnemente el líder.

El de monóculo intentó ganar tiempo.

—¿Se refiere a ese grito espantoso impetrando auxilio?

Una doncella acababa de ser sorprendida dirigiéndose a la farmacia por apósitos.

Insistió Melquíades, muy serio:

—Quiero saber si le tenemos aquí con idéntico objetivo al nuestro, lo que implicaría sobreabundancia de medios...

El elegante se dio un puñetazo en el pecho.

—En efecto —confirmó, tosiendo—, le he prometido a la marquesa dar con el paradero de su hija, dado que la confianza en ustedes se situó bajo mínimos tras su marcha.

—Obedece, pues, órdenes de la de alcurnia... —apuntó aviesamente el gordo.

—¡Escrupulosamente! Y antes moriré que regresar de vacío.

La sonrisa de Melquíades se hizo amplia, ingente, dilatada, dudando una pareja de murciélagos de anidar allí. El de Orozco había caído en la trampa: Aurelia, comprendiendo la fuerte inclinación del viejo seductor a la marquesa, echó a llorar con mucho estruendo.

Dijo, triste:

—He sido testigo de la solidez de un afecto que creí de poca monta. Por lo menos tiene la virtud de despejar las dudas.

Don Diómedes de Orozco se tiraba de los pelos.

45

Tercera incursión en el tabuco

Sito dio un cabezazo hacia Aurelia.

—Hay que ver cómo se lo toman las educadas —le comentó al caballero.

Éste, que sabía que ella pegaba la oreja para conocer su respuesta, exigió:

—Es imperativo que la mencione con el máximo respeto, total ecuanimidad, gran elevación de miras y desde el punto de vista más favorable para una mujer tan portentosa que no se merece tal insulto.

A la pérdida no le disgustó la defensa... aunque permaneció inmutable.

—¿Insultarla yo...? —se clavó el albañil el pulgar en la sudada camiseta—. ¡Si la estaría empitonando de la mañana a la noche!

Se conmovió la de velado rostro.

—Quizá no la haya insultado —dijo José—. Pero la ha aludido con patente ligereza. Si hace un instante ha saltado como una fiera contra Melquíades cuando éste habló de doña Petra...

—¡Una madre es una madre! —porfió el de la obra.

Don Diómedes de Orozco intentaba volver a congraciarse con Aurelia.

—Mi modalidad de caballero —hizo como que pensaba en voz alta— me desautoriza hablar mal de la marquesa, como anhelaría desde que he experimentado la dicha de reencontrarme con una —miró a la dama de reajo—. Ítem, y por la misma elevada condición, debo satisfacer mi encargo o perecer.

Se ablandó ella.

—No esperaba menos de ti, Diómedes —dijo—. Te habría despreciado de dejar incumplido tu primigenio propósito. Una mujer no se puede fiar de un hombre que muda constantemente de intención, que hoy dice una cosa y mañana la contraria, que abraza un sentimiento para seguidamente sacudírselo...

Apuntó Melquíades:

—Acaba de hacer la descripción más cabal que he oído nunca de nuestro amigo.

Estas palabras fueron pronunciadas entrando ya al portal de Sito, quien avisó a los dos ideales contendientes:

—Mi madre, sobre hemipléjica, sufre del corazón como todas las madres. Así que el que la depare sobresaltos se las verá con este musculoso.

Subieron.

El paleta se iba justificando ante la dama:

—¿Es posible extrañarse de que sea lo que soy, si de pequeño no tenía más vocación que descalabrar a los contrarios, y más adelante me embebí en el verde del billar, sin otro interés que vaciar el bolsillo de mi oponente para, con las ganancias, acudir raudo al sitio en que no quisiera recordarla a usted y donde tampoco la pude disfrutar...? Y en este ambiente, lo confieso, lo que menos existe es la eutrapelia, que es, y así la define el diccionario, aquella virtud que modera el exceso de diversiones. ¿La aburro...? —preguntó, cortés.

—En absoluto —dijo ella.

—Seguro que piensa lo contrario —murmuró él—, pero su educación que recibió desde la cuna le impide confesarlo. Me veo en el trance de decir que en mi alma se ha derrumbado un dique, creciendo entre sus cascotes una flor. ¡Jamás me había expresado de esta forma...! —se avergonzó enormemente.

Se miraron los demás inquietos. El de Orozco no se atrevía a rechistar.

—Ya nunca —prosiguió el bueno de Sito— podré dejarme caer con naturalidad desde el andamio. Convengo que era un zafio recurso, pero el convenio por el que peleé con los compañeros en el tajo me concedía este gaje. Mientras pueda —prometió—, besaré por donde pisa —y acompañando la acción a la palabra, posó sus labios en cada peldaño que ella rebasaba.

En el hogar del albañil no se distinguía otra presencia que la de Rogelio, con su palillo.

—¿Dónde están mi madre y la Macaria? —preguntó el de camiseta.

—Te haré una exposición sucinta de lo que terminarías por saber en cualquier caso —le dijo el primo conforme terminaban de entrar todos—. La Macaria, después de permanecer con el hortera (solaz que no debimos permitir), se ha ido con el Cuchillas, a quien algunos de los aquí presentes han oído mencionar. De no haber estado yo en la consulta del callista, la chica seguiría aquí —aseguró con un taconeo racial del que protestaron los de abajo—. Yo también me considero desposeído —añadió.

—¿Por qué no puede salir esa joven? —preguntó Aurelia con voz argentina.

—Es posible que en su clase —contestó Rogelio mirándola de arriba abajo— se estile la libertad de movimientos. Nosotros, en cambio, aun adeptos a singular desenfado expresivo y de costumbres, nos vemos precisados a actuar como una piña, motivo por el que atamos corto a las mujeres, a la vez que las trajinamos en familia. Y ello para evitar que nos las levante un mugriento en un descuido, como cabalmente ha ocurrido.

—¿Y mi madre...? —insistió, desaforado, su hijo.

Rogelio mudó el palillo de lado a lado de la boca.

—Por partes —dijo—. Al margen de estar contrariada por el comportamiento de la Macaria, que no la ha pillado de sorpresa, se encuentra tan pichi en el domicilio de al lado, donde una señora echa las cartas.

—Posiblemente busque compañía —terció Melquíades.

—Y el licor de orines que guarda la vecina y que tiene propiedades medicinales, amén de que embriaga —mencionó el primo.

46

La pitonisa. Una bofetada tremendamente merecida

El pasado de la vidente se envolvía en el apropiado misterio de su oficio.

Un buen día ya lejano ocupó el piso contiguo con su bola de cristal, su gato negro —que rescatara de recién nacido cuando lo iban a asar vivo unos chiquillos— y unas cortinas ajadas donde se estampaban constelaciones inventadas. Desde el principio, cándidas mujeres se apelotonaron junto a su mesa camilla para saber lo que no desconocían, sobre todo en referencia a sus cónyuges, y con deseos de anticipar aquello imprevisible, principalmente sucesos luctuosos. Respecto a la esfera matrimonial, su especialidad más destacada, solía acertar en su reiterado pronóstico de que la parte débil del vínculo sería nuevamente tundida por la fuerte, cuyas posibilidades de remisión de esta segunda situaba siempre la pitonisa bajo mínimos. Tal acierto, multiplicado por tantas como frecuentaban su consulta, aumentó su crédito en la vecindad, consolidando su pedagógico dominio sobre las párvulas. También la señora se movía suelta en

asuntos de noviazgos y embarazos, no haciéndole ascos a las cuestiones laborales.

Ocasionalmente, se presentaban guardias en su domicilio, quienes se iban con algún venturoso suceso personal adivinado, y no raros maridos, éstos insensibles a otro propósito que no fuera el de enviarla a ella, por mediación de un explosivo, por el mismo éter de donde aseguraba extraía sus visiones.

En el momento en que nuestra mirada onnisapiente planea sobre la testa de la bruja, ceñida de un pañuelo que remitía a la tentación del Paraíso, ésta conversaba con la hemipléjica, ambas empeñadas en hacer descender el nivel de una botella. El gato negro dormitaba en un cojín, acunado por el borbotear de una marmita. La cortina estrellada se soltaba vulgarmente por uno de los picos, ocultando a la mirada porción del universo.

Se oyó la voz de doña Petra:

—¡Ay, mi Sito, que me lo pierden las mujeresas...!

El gato levantó inquisitivo una oreja.

Dijo la agorera:

—Te lo tengo dicho, Petra: las mujeres le rondarán toda su vida.

—¡Pendonas...! ¡Mamarrachas...!

—Somos de lo peor —admitió la pitonisa—. Y nosotras, porque ya no estamos en edad... ¡Pero también la hemos corrido!

—¡Ni me lo mientes! —dijo ésta equilibrándose en la silla—. Cada vez que me acuerdo de don Estanislao Belmonte...

—A ése te lo pronostiqué desde la bola.

—¡Me la hiciste buena!

—Pero tus buenos ratos que te llevaste por delante. Y te preñó del que ahora te sostiene.

—¡Es mi Sito por el que yo sufro!

—Con razón —confirmó la adivina—. Ahora mismo le aletea una tipa distinguida que se acaba de lanzar a la vorágine y que le puede traer muchas desgracias. Lo suyo es la Macaria y de ahí para abajo —censuró.

—¡Un rayo las partiera a todas!

—La Macaria volverá —auguró la poderosa—. Y en cuanto al perulario que me has dicho que se la ha llevado, le partirá un coche el espinazo.

—¡Jesús! —se esperanzó doña Petra—. ¿Y cuándo será eso...?

—No guardes cuidado —le respondió su amiga.

La madre del albañil estuvo en trance de caer al suelo.

—Hay más —anunció aquélla.

—¡Cuenta!

—Sito se ha rodeado últimamente de inciertas compañías. En concreto, un trío comandado por un sujeto pingüe y en el que figuran asimismo un doliente de amor que responde por José y otro de nuestra clase pero echado a perder, llamado Atilano, a los que debe sumarse un elegante de monóculo y bastón, amistad de la que embebe de amores a tu hijo.

Doña Petra estaba verdaderamente admirada.

—¿Cómo vaticinas con tanta precisión? —le preguntó—. Hasta ahora te ibas un poco por las ramas...

—Es la bola —la señaló su propietaria—. Aunque me ayudan las presencias a tu espalda, que me han transmitido la información por signos.

Se giró la hemipléjica, encontrándose a su hijo, que miraba derretidamente a Aurelia, y siendo a su vez observado por el de Orozco, un tanto impaciente sobre sus plantas. Se añadían las figuras de Melquiádes, José y Atilano, sin descartar a Rogelio escupiendo briznas del palillo.

—Siéntense allí donde lo logren —invitó la anfitriona, para agregar luego—: Toda la noche he soñado que vendrían. También he predicho la asistencia de mi amiga Petra, aunque esta visión se me presentó confusa, pues de lo contrario habría escondido el espiritioso. Pero tengo otra cosa que decirles... —englobó con su mirada al adalid.

—Señora... —palideció éste.

—Hace bien en achicarse, pues le ronda la parca.

A la lividez le sucedió el rubor.

—¡Eso son supersticiones...!

—Que se lo cree usted —defendió la de la bola su negocio.

Aprovechó el de Orozco para decirle a su antipático:

—Me alegro de haberle conocido y pelillos a la mar.

—¡Le abandona! —se escandalizó José.

—Es él el que se va —se excusó el caballero, apresando en una cuenca su monóculo.

—De que me voy, despídanse —se rehizo el gordo—. Nada más lejos de mis intenciones que palmarla.

—No he dicho que la de la guadaña se salga con la suya —matizó la vidente—, sino que, invisible, le acaricia las molas deseando hacerlas suyas.

—¡Oiga! —Melquíades enrojeció como una núbil sorprendida en el baño por el fontanero que viene a desatracar las cañerías.

Dijo José:

—De predicciones, las mínimas, y la mejor es mala.

—Cuando me pete —le desafió ella— le elucubro la desgracia que me salga del chocho.

Le tocó turbarse al soñador.

—¡A cerrar el quiosco! —mandó Sito, queriéndose llevar a su madre.

—Si no queda otro remedio... —aceptó la maga.

—¡Lo ha dicho mi hijo y se acabó! —exclamó la hemipléjica.

Aurelia observó que despertaba la concupiscencia de don Diómedes de Orozco.

Sintiéndose observada por los demás, le propinó una bofetada que sonó como un petardo.

47

Un disparo. Una detención irregular. Por piernas

Con ruido de cristales rotos, entró por la ventana un tiro que interesó el lóbulo derecho de la oreja de Melquíades, confirmándose el vaticinio de la intelectual antes de lo que ella misma pensaba.

Gritó Aurelia, presentando un escorzo que encendió como un garañón a más de uno.

—¡Ha sido un disparo! —refirió José, a medio camino entre la consternación y el estupor.

Del pabellón del adalid fluía roja sangre. Se derramó sobre una silla, de la que saltó el gato al ver lo que se le venía encima. El gordo estaba pálido como un retrato romántico.

Atilano le puso un periódico en la oreja.

—Habrá sido un cazador furtivo... —comentó Sito.

Diómedes de Orozco se vio precisado, ante la tierna pero exigente mirada de la embozada, a salir a la calle a investigar.

Regres  en seguida. Todos rodeaban al herido.

Sonrió inteligentemente el caballero.

—Me temo que su autor no es otro que Pepín —dijo.

Como no soltaba más prenda, le insistieron:

— Qui n es Pepín?

—Pepín —informó el de Orozco— es discípulo del mencionado Cuchillas, el raptor de la Macaria, a quien se la ha birlado a punta de machete en el anhelo de hacerla su concubina. En el convencimiento de que en la ventana de este piso se localizaban algunos de sus opositores, quienes harían intentos de estorbar su diligencia, y sabiéndose el único abogado de su causa, adquiriera Pepín desesperadamente una pistola cuyo punto de mira puso en línea con aquí, apretando luego el gatillo. La causante del lío, horrorizada, le ha quitado a continuación el arma, arrojándola a una alcantarilla, tras dudar de guard rsela entre los pechos y desistiendo de ello por razones que un público entendido apreciar  sin necesidad de explicaciones.

— Y ella...? —tembl  la voz de Sito.

—La dej  en la intención de regresar, si bien no est  segura del eventual recibimiento.

Hubo consejo familiar, del que salió Rogelio comisionado para traerla.

— Pero duro con la puta, que es la ocasión de quitarla el despotismo...! —intim  la madre al del palillo.

La pitonisa se mostraba insultante por su cumplido augurio.

—Para que se vuelvan a desestimar mis anticipaciones —reprochó.

—A mí me da que la Macaria es reacia —reflexionó Atilano.

—Conocemos el carácter de la chica —evadió Sito.

El de Orozco hacía intentos con Aurelia.

—Quieto y mudo —dijo ella—, que estamos en distinta peripecia.

Volvió Rogelio solo. Su cara era un poema.

—Ha caído en brazos del siguiente... —explicó, desolado—. Ella lo justifica como flaqueza de mujer.

— Lagartona...! —la injuri  doña Petra.

–No te indispongas, que el negocio tiene poca correa –le recomendó la vidente.

–Estoy quedando escasamente gallardo –dijo Sito en dirección a Aurelia.

–Las mujeres sabemos apreciar –respondió ella.

–Por eso mismo.

Rogelio se estiró su chaqueta floreada.

–Hay otro asunto que se solapa al ya sabido –informó–. Abajo, emboscados en la escalera, hay dos acompañados de un tercero, vendedor éste de corbatas al que acabo de adquirir una –y mostró la que era azul con pintas verdes–. Los mentados les pretenden... –les dijo con sorna al adalid y sus amigos.

–Pensarán que tenemos dinero... –meditó el obeso–. Últimamente hemos sido objeto de algunas voluntades...

Se escucharon risas.

–¿Tendrá que ver el disparo de Pepín con la razón de los de abajo? –inquirió José.

–Son cuestiones totalmente independientes –dijo Rogelio.

Don Diómedes de Orozco se destacó.

–Sepa, Melquíades, que en lo que a mí respecta nuestra antañona rivalidad queda superada.

–No sé si me gustará lo que sigue... –musitó el líder.

–Allá va –se quitó la careta el del monóculo–: que se puede quedar con la marquesa.

José reaccionó inmediatamente:

–¿Y en qué queda lo de su hijo y Aretusa...?

–Me desentiendo.

–¡No puede! –exclamó el soñador.

–Ni debe –dijo, admonitorio, el gordo.

El caballero les hizo cuchufletas. Le preguntó la viuda Aurelia:

–¿Y aquello que decías de obedecer escrupulosamente a la marquesa...?

–Me lo paso por la piedra –creyó él que a ella le agradecería su contundencia.

Onduló la dama sus caderas.

–Insisto en que cumplas tu promesa. Recordarás lo que expresé del hombre tornadizo.

Melquíades respiró, su mano en el periódico con que se restañaba la sangre.

—Hora es de arrostrar lo que nos depare la escalera —dijo.

—Que sigan ustedes con salud —les despidió doña Petra.

El adalid quiso todavía comprometer a don Diómedes de Orozco:

—¿Cada cual por su circunscripción, tras la huella de los amantes...? —enarcó, cómplice, una ceja.

Recibió una respuesta indefinida.

En el portal, notaron movimiento.

—¡Alto! —les intimaron.

Algunos hombres se apartaron de la pared.

—Al que se mueva lo apiolamos —dijo uno.

—De cualquier manera, ése será vuestro destino —anunció otro.

—No era lo convenido... —titubeó el tercero.

—Le habíamos avisado que teníamos un encargo que cumplir —porfió el primero—. Es imperativo ultimar al gordo.

—¿Y qué daño ha hecho...?

—No debe ver la luz del día.

—Si se trata de eso —articuló Melquíades—, podemos llegar a un arreglo...

—¡Se acabó la cháchara! —intimó el de la voz cantante, esgrimiendo un cuchillo con muescas en el mango.

En el preciso instante, se desató en los alrededores una insurrección motivada por las condiciones de vida de los nativos de Papuasía.

Aprovecharon la confusión para escapar.

Nuevamente quedaron burlados el Cazahombres y Pacomio.

Agridulce pedía explicaciones.

48

Una malla de naranjas

Dos madres se disputaban un niño peinado con colonia.

Volvió a sangrar en la carrera el apéndice auditivo de Melquíades, pareciendo en la noche que se adornaba de un clavel.

—¡Resalao...! —se ganó este comentario anónimo.

El adalid procuraba ganar velocidad.

—¡Van listos si esperan que me pare! —argumentaba—. Buscan mi vida, por más que se me escape el motivo.

—Somos de tu opinión —confirmaban los amigos, igualmente acelerados—. Y muy conscientes de ocupar la misma barca.

Llegados a una placita desierta con su fuente, aconsejó Atilano:

—Introduzca el lóbulo en el agua.

Obedeció el herido.

—Ahora, mucho aire —propuso el mismo—, y no darle importancia.

Al cabo de unas horas, se sentaron a descansar en los columpios de un parque.

—Hubiéramos deseado marcharnos de otra forma —reflexionó José.

—Han decidido por nosotros —replicó Melquíades.

Después de un silencio, volvió a decir el soñador:

—¿Poseemos pruebas de que se hallen en ésta los jóvenes cuya aventura perseguimos?

—¿Volvemos con semejante cantinela? —replicó, cansino, el jefe. Y como no dijeran nada, confirmó—: Tenemos mi intuición.

—No basta —dijo José.

—La venida del de Orozco —insistiera el gordo.

—Es igualmente insuficiente.

—Nos subimos a un mercancías y nos vamos —propuso, expeditivo, el repartidor.

Melquíades llenó su pecho de aire.

—¿Y si yo aportara indicios que vinieran en socorro de mi hipótesis...?

—Adelante —le invitaron.

Las calles se salpicaban de obreros que se dirigían, tarterera en mano, al trabajo.

Melquíades sonreía como poseyendo un secretillo.

—Estamos aguardando —se le dijo.

—Un poco de paciencia —rogó.

Al gremio del trabajo le substituyó el segmento de amas de casa. En determinado momento achicó el gordo los ojos, tras lo que su cara se distendió con un sentimiento de satisfacción. Sin dejarlo marchitarse, reveló:

—Hace escasamente un minuto, Aretusa doblaba aquella esquina con una malla reventona de naranjas.

El soñador no sabía cómo interpretar la información.

—¿Tomamos lo que has dicho en sentido real o figurado...?

—¡Al pie de la letra!

—Déjese entenderlo —dijo Atilano—. ¿Se supone que la pichona efectuaba sumisamente la compra, habiendo arriado la bandera de su demostrada rebeldía...? —meneó escéptico la cabeza—. Me parece a mí que no se compadecen demasiado ambos extremos.

—La inclinación al hijo del de Orozco —sugirió José— la impulsaría a participar del tradicional comportamiento.

—Empero, ¿habrá ella conservado su carácter?

—Con seguridad —respondió Melquíades—. Aunque de entrada transigirá en las formas, está cantado que fuerce a Héctor a subordinársele en lo principal —se enfadó—. ¿Pero por qué nos andamos con esta disección, que soy el primero en reconocer interesante y útil? ¿No acabo de decir que la he visto...?

—Con las mujeres siempre hay que tener cerca una correa —insistió, terco, el repartidor.

—¿Está seguro? —preguntó ingenuamente el adalid.

—¡Y cómo! —asistió éste, rotundo—. Interrogue a taxistas o a quienes cavan zanjas. Pregunte en la metalurgia o altos hornos. Busque la opinión del más inane chupatintas (otra cosa será su comportamiento en casa), sin olvidar a prebostes de la industria, el comercio o a cualquiera a partir de siete años. Entre en bares y comente... ¡Hágallo!

Melquíades obedeció.

—Tiene razón —admitiría después—. Pero ¿acaso se la quito...? Lo único que me atrevo a sugerir es que no vaya diciéndolo en voz alta. Corren tiempos difusos, amigo Atilano...

—Son las clases instruidas las que lo han estropeado todo con lecturas —dijo con ira el clase baja.

—Y el cine —apuntó José.

Manifestó el gordo:

—Llamo la atención sobre que, con la charla, perderemos a la joven.

Se precipitaron a la esquina donde se la viera desaparecer.

–Suponiendo que fuera ella –matizó aún Atilano.
Una larga calle se extendía hasta su fin con nada más que personas muy vulgares.
Les llamó uno de gorra de detrás de una tapia.
–Si me dan detalles, les puedo servir de alguna ayuda...
Le ofrecieron pormenorizada descripción de Aretusa.
–¡Gracias! –el de la gorra babeó rijoso y se movió rítmicamente tras la tapia.
–¡Pero será cochino...! –le increpó Melquíades.

49

De instrucción

Desembocaron en una explanada donde militares hacían instrucción. Diminuta y erguida, se divisaba al frente la figura del cabo Peláez.

Al verles, les llamó por señas.

–Si quieren que conversemos deberán acompañarme.

–Con mucho gusto –aceptó Melquíades sin comprender el alcance de sus palabras.

Se encontraron trotando junto a los soldados. El cabo no discriminaba.

–¡A ver el gordo! ¡El manteca...!

El adalid supo que era él. Comenzó a sudar en serio.

–¡Y ése, que parece que va pisando huevos...! –entendió José que le aludían.

Atilano intentó desertar, siendo delatado por Marmolillo. Destacó el cabo dos reclutas que lo trajeron al momento. El clase baja fue obligado a efectuar flexiones sobre las yemas de los dedos.

–¡Ese culo en línea! –gritó Peláez–. ¡Nada de ponerlo en pompa, que parece un globo que va a la estratosfera...!

Más adelante, preguntaría:

–¿Y cómo sigue todo?

–¡Estupendamente...! –resolló Melquíades.

–¿Han visto a Sito?

–Sí...

–¡Se dice mi cabo!

–Mi cabo... –musitó el gordo, a punto de rendir el alma.

–Mi cabo... ¡qué!

–Que le hemos visto... mi cabo.

–¡Sin salirse de la fila! ¡Advierto que la embriaguez se castiga con una semana de arresto!

–¿Arresto...? –repitió tontamente José.

–¡Quince días, maldita sea! ¡El de las flexiones...! ¿Quién le ha ordenado parar...?

Atilano se puso otra vez en movimiento.

–¡Pero con más brío, repanocha! ¡Con más ganas! ¡Un, dos...! ¡Izquierda, derecha...! ¡Variación diagonal derecha...! ¡Ar!

Se dirigían a unos desmontes. Prohibió Peláez detenerse y la compañía se precipitó por el talud.

–¡Recuperar la formación...! ¡Los últimos, arresto de fin de semana...!

Recayó la suerte en los amigos. Atilano, a lo lejos, era un curioso y espasmódico artillero.

–¡Compañía...! ¡Ar!

Se volvió al paso ligero. El suelo de la explanada fue apisonado por la tropa sin dejar una pulgada, desapareciendo las escasas hierbas que habían sobrevivido de ejercicios anteriores. De la garganta del cabo salían enfáticas imprecaciones que alteraban la secuencia o el sentido del avance sus hombres.

El soñador y el gordo, al borde del desvanecimiento, sentían como si mascaran polvo. El panorama se saturó velozmente de rojo. Los demás colores del espectro se adhirieron en fognazos al paisaje. El cielo tremoló como una bandera en el fragor de la batalla. Vibraba el firme como una sucia manta, arrojando al aire pardas cazcarrias.

Duró el ejercicio hasta mitad de la mañana, en que Peláez ordenó detenerse y posición de descanso. Hacía tiempo que Atilano se abastiera para no levantarse...

Dijo el cabo a los dos sin uniforme:

–¿Se sobreponen los mierdicas...?

La compañía les contemplaba con curiosidad y desprecio.

–Ha sido un buen ejercicio... –dijo entrecortadamente el adalid.

–¿Y aquél...? –inquirió el de galones, señalando lo que parecían los restos mortales del antiguo repartidor de ultramarinos.

–¡Otro mierdica, mi cabo! –informó desde las filas un pelota.
–¡Y hoy ha sido instrucción, que cuando haya marcha...! –apoyó otro.

–Los dos, fin de semana –dijo mecánicamente el cabo.

Enfáticos gestos de fastidio.

–¡Mi cabo! –denunció un tercero–. Marmolillo le está haciendo burla a sus espaldas.

Peláez se giró tajante como un hacha. El ayudante estaba en irreprochable posición de descanso.

El cabo se aproximó al que había hablado.

–¡Con lo que me gustan a mí los chivatos...! –exclamó con falsa cordialidad, desenfundando su pistola reglamentaria.

Melquíades y José, aprovechando la distracción, se fueron despegando. Sentían dejar allí a Atilano, caído en el cumplimiento del deber.

A cierta distancia, consideraron seguro echar a correr. Entonces ocurrió algo sorprendente: el aparente cadáver se puso en pie de un salto, incorporándoseles.

El jefe del grupo habría de expresar cuando se consideraron definitivamente a salvo:

–Ese Peláez tenía una conversación agotadora.

50

Circunloquios

Una vieja sujetaba su escoba como si fuera de metal precioso.

–Sí, señores –decía con la mirada chica–, aquí pernoctaron y luego se fueron. Me pasé la noche entera sentada en una mecedora vigilándolos –mostró, reprobadora, el solo diente que conservaba–. Y para mayor precaución, a él lo hice dormir en el tejado. Al amanecer estaba tieso de frío y a punto estuvimos de llevarle a urgencias. Ella se mostró muy preocupada. Créanme: lo más cerca que lucieron el uno de la otra mientras permanecieron en mi casa fue al cruzarse en el pasillo, que reconozco que es estrecho, según acaban de ver... En seguida les azucé al gato. A primera hora se marcharon, y justo en este punto declina mi responsabilidad. Si en adelante ellos han obrado incorrectamente...

Se despidieron, dando las gracias.

–¡Porque mi pensión será modesta, pero sobre todo honrada...!
–les persiguió su voz, entremezclándose con el sonido de la ruleta que funcionaba en la casa las veinticuatro horas del día, pared con pared de la mancebía con que la vieja redondeaba sus ingresos.

El adalid y sus compañeros descendieron por la acera.

–Seguimos la buena pista –aseguró el primero.

–¿Cómo has sabido que pararon allí...? –le preguntó José.

–Una corazonada –informó él–. No paro de tenerlas –se ufanó.

Dijo Atilano:

–Pues ya puede tener otra, porque no sabemos si tirar a derecha o a izquierda.

La calle, en efecto, se bifurcaba como una horca.

–Opino –manifestó Melquíades– que la senda apropiada es esta callecita que cruza y en la que nadie ha reparado.

–¿Por qué? –quiso saber el clase baja.

–Muy sencillo. Es el único sitio por donde no avanzan efectivos del cabo Peláez.

Las palabras de Melquíades adquirieron pleno sentido al explotar a sus pies una granada. Rápidamente emprendieron el camino señalado.

En cuanto se sintieron a salvo, arguyó Atilano:

–¡La próxima vez me cargo al del galón!

–Usted todo lo quiere arreglar a la tremenda –le reprochó con suavidad el jefe.

–Y usted –contraatacó el antiguo mozo de ultramarinos– ya puede mover esas neuronas de que alardea y ponernos sobre la huella de la pájara.

–¿Aretusa...? –inquirió Melquíades con retintín.

–La misma.

Aquél le propinó una bofetada que resonó en toda la calle.

–Le recomiendo más respeto al referirse al otro sexo.

José aprobó con el ademán. En la cara de Atilano se dibujaron nítidamente en rojo los abultados dedos del rector del grupo.

–Si ya han oído a la de la pensión... –retrucó aún el infeliz–. De no vigilar ella, muchas mancillas habrían caído sobre la joven.

–¿Quiere otra? –le amenazó el gordo.

José le sujetó del brazo.

–No lo dice con mala idea –comentó–, pero su extracción social y los consecuentes vaivenes...

–Lo dejaremos así –convino el líder.

–En cualquier caso... –el soñador no se atrevió a continuar.

–Lo que tengas que decir, no te lo calles.

–... Aludo –tartamudeó José– a que no hay que descartar que los jóvenes, sobre quienes gravita el peso de sus pasiones generosas...

–Entiendo –se ensombreció Melquíades–. Pero no concibo que seas tú precisamente, el que de nosotros más se inclina a sublimar tales cuestiones, quien quiera zambullirse en ese cenagal.

–Persiguen una quimera que sólo cobra realidad en la distancia –sentenció el amigo.

–Sea –se impresionó el adalid–. Pero ello no nos obliga a suponerles desviadas actitudes.

–Lo que no empece –redarguyó el otro– para que cerremos los ojos a posibles motas que empañen la óptima opinión que de ellos tenemos.

Atilano les contemplaba con muchísima reserva.

–Ya me explicarán de que hablan –dijo.

Se volvieron hacia él.

–¡Haga un esfuerzo! –le exigieron.

–Lo intentaré –prometió sumiso el humilde–. Aunque debo formular una cuestión: ¿qué necesidad tenemos de perseguir a los trotones? ¿Por qué no continuamos a nuestro albedrío, a lo que salga...?

–Hemos empeñado la palabra –Melquíades apretó los labios.

–Al fin y al cabo –insistiera éste– ya se encuentra el señor don Diómedes de Orozco buscando a la pareja...

–No está claro –ponderó José.

–Yo concedería al del monóculo el beneficio de la duda –corrigió el gordo–. Y basta de conversación por el momento.

El resto del día, investigaron el menor posible atisbo del paso de los jóvenes bajo la batuta dirigente de Melquíades. Cotejaron datos, pistas, efectuaron innumerables interrogatorios.

A la noche, sintiéndose vencidos, se sentaron en un bordillo.

Ominosos bultos se deslizaban alrededor, entre las sombras.

–¡Sabremos vender caras nuestras vidas! –amenazó Melquíades, con desafortunada voz de flauta.

Se oyó una carcajada.

–Nos hemos caído con todo el equipo –murmuró el clase baja.

–¡Ríndanse! –exigió alguien desde la oscuridad–. Sabremos ser caballerosos.

Invisible y amenazadora, se amartilló un arma.

LA CRÍTICA

PARTE CUARTA

LA CRÍTICA

Viejos (y ancianos) conocidos. Meandros biográficos

Un fanal, en el centro de un bosque de piernas, confería intimidad al perímetro.

Melquíades, José y Atilano, aún asustados, se esforzaban en sonreír como si minutos antes no se hubieran ofrecido a sus captores para lo que les viniera en gana, a cambio de conservar la vida.

Eran éstos conocidos: Sinesio, Apolinar y Sixto, los ancianos que vivían en las alturas entre nieve, a cuyo cargo corrió la siguiente aproximación sarcástica:

–No dirán que no han pasado miedo...

Les acompañaba Héctor, a quien habían identificado con la mayor sorpresa... paralela a la consternación de volver a toparse con los viejos.

–Hemos experimentado curioso sobresalto –reconoció José.

Dijo Melquíades, procurando sonar grave:

–La alegría del doble reencuentro, el de nuestros amigos mayores y el del joven, se multiplica al encontrarlos juntos y en sintonía.

–Si fortuita fuera nuestra ligazón en un principio, es al presente voluntaria –informó Héctor.

Graznaron su asentimiento los ancianos.

–¿Dónde está Aretusa? –preguntó el adalid.

–Por partes –repuso, ceñudo, su devoto–. Previamente me referiré a mí mismo, con objeto de situarles en el contexto adecuado que les posibilite su entendimiento de mi causa, de la que intuyo sólo conocen los rasgos generales. No tengo rubor en proclamar –anunció– que gozo de envidiable forma física, como demuestra que sobreviviera a la prueba del acantilado, la cual afronté con el doble objetivo de ganarme el afecto de Aretusa y de hurtarme a la incomprendible hostilidad de mi progenitor... Pero –vaciló– ruego me di-

gan si voy demasiado aprisa, o si acaso mi verbo se sitúa por encima de su nivel de instrucción...

—Del mío, seguro —dijo Atilano—, aunque por ahora le sigo. ¿Puedo arrancarle la promesa de que al menos continuará perorando en nuestro idioma...?

—Tiene mi palabra —prometió el joven—. Si me resulta imprescindible recurrir a extranjerismos, veré de traducírselos. Acabo de expresar que gozo de notorias prendas musculares, como a simple vista pueden apreciar —giró en redondo para facilitarles la inspección—. Soy el último eslabón —informó— de una cadena familiar que no siempre ha podido librarse de la herrumbre, pues mis abuelos de ambas ramas tenían no poco que ocultar y escasamente que mostrar sin embarazo... Recayeron sobre mí las funestas consecuencias de esas vidas, que en lugar de acobardarme me dotaron paradójicamente de empuje y valentía, las cuales a su vez atrajeron la inquina inexplicable del que llamaré autor de mi existencia. ¿Va quedando claro...? —preguntó.

—Como el agua —le dijeron.

—Mi padre —continuó— me borró de su perímetro, salvo en el hecho de sembrar mi paso de obstáculos ingentes que poco a poco, con tesón y voluntad, he ido superando. Milagrosamente, me imbuí de una cultura que he derramado con ajeno asombro en mentideros y tertulias, los que indefectiblemente se disolvían a instancias de la autoridad gubernativa, a la que solía mi padre dar el soplo. Aparte de estas prendas, y dejando de lado la modestia, que he comprobado es infecunda, subrayaré que soy gracioso, abnegado, servicial (no servil, amigo Atilano, no se confunda) y que guardo toneladas de la generosidad más depurada. Sólo tengo un lunar, y éste es real y genuino, localizándose en la cima de mi bíceps derecho, como pueden comprobar si no tienen inconveniente... —y lo pasó bajo la mirada respectiva de los seis.

Melquíades se distrajo.

—Se ignora a dónde irá a parar —comentó para sí.

—... Y así fue —terminaba Héctor esta parte de su exposición— como empeoraron todavía más las relaciones...

Levantó un dedo el adalid.

—¿Sería tan amable de repetir lo último?

El joven se indignó.

—¿Cree que puedo estar perdiendo el tiempo? ¡Me espera una montaña de trabajo! ¡Y cuando la termine, otra!

—Se lo ruego.

—Está bien —se aplacó el hijo del de Orozco—. Decía que mi progenitor, privado de su costilla, o, lo que es lo mismo, de mi madre, personaje nebuloso en mi historia, retorció como un sacacorchos sus afectos, resultando desnaturalizadas sus manifestaciones. Presento como prueba su inclinación a la marquesa, salpicado de chocantes elementos y que barrunto aspira a torpedear mi propio enlace.

—No es el que ha citado el postrero ejercicio de su padre —corrigió Melquíades, pensando en la viuda Aurelia—. Pero lo contaré luego.

—El del monóculo —explicó Héctor— pretende, o pretendía, a la aristócrata, deteniéndose en los límites que, de cruzarlos, le habrían convertido en consorte de la madre de aquella con quien yo matrimoniaría por mi parte... La explicación es algo liosa, pero suplico hagan un esfuerzo...

—Vamos a ver si lo comprendo —manifestó Atilano—. El de Orozco, como se le conoce entre nosotros, se inclinó hacia la madre de Aretusa, lo que de consolidarse por boda le convertiría a usted, tras su propio enlace, en yerno de su padre y a éste en su suegro. Y su suegra, o sea la marquesa, pasaría a ser su madrastra a efectos del matrimonio de su progenitor. La hija de la de alcurnia, deviniendo en hijastra de don Diómedes, alcanzaría a ser hermanastra propia de usted, Héctor. ¿Estoy en lo cierto...?

—Sin borrar una coma —corroboró el joven—. Creo que mi padre no acababa de decidirse ante el galimatías genealógico y familiar que se avecinaba. Lo que explica, aparte de la propia confusa historia de los de nuestra sangre, cuyo último eslabón he dicho que soy yo, que el de mi apellido prefiriera verme muerto. Dilucidé su cruel deseo, inclinándome tras muchos titubeos a encarnarlo, en lo que me ayudaron los desdenes de Aretusa. A mi vez —agregó con timidez—, yo participaba de determinadas reservas...

—Diga cuales —le pidió José.

—Se basaban en si Aretusa sería novia mía, o por el contrario la motivarían sentimientos propios de la condición de hermana. Ello se entiende, cuando mi padre y su madre se casaran... He andado con esta incertidumbre hasta no hace tantas fechas, en que obtuve inequívoca respuesta en orden a un suceso que comprenderán que silencie.

Hubo comentarios.

—¿Usted la ha respetado, o no...? —la pregunta corrió a cargo de Atilano.

Héctor fingió no haber oído.

—De todo lo anterior —insinuó Melquíades—, y corrijame si me equivoco, se desprende que el contencioso con su padre ha quedado cubierto.

El joven tampoco respondió.

—Si no quiere aclararlo, explique al menos cómo llegó a figurar en compañía de los ancianos.

—Muy sencillo —dijo Héctor—. Llegados a ésta, lo primero que hicimos Aretusa y yo fue tropezar con ellos, engrosándonos mutuamente por mor de prosperar. Nosotros cedimos nuestra experiencia ciudadana, y ellos aportaron sus maneras contundentes, entre las que cabe destacar el trabuco de Apolinar, que nos ha sido muy útil.

—Y ustedes ¿qué hacían por estos lares? —preguntó el adalid a los viejos.

—Si hemos de ser francos —repuso Apolinar—, quedamos tras su marcha muy dolidos y con ganas de pasarles por las armas. A instancias de Sixto, tomamos el siguiente mercancías, dejándonos llevar por el azar, del que huelga decir si nos condujo bien o mal.

Melquíades, José y Atilano disimularon sus recelos.

Informó el primero a Héctor:

—Su padre figura actualmente encoñado con una viuda muy reciente, antigua conocida de él, con la cual volvió a encontrarse en lugar inconveniente y siendo nosotros inoportunos testigos. En apariencia, lo de la marquesa ha pasado a mejor vida, aunque aún no se ha cerrado el episodio. Esto es todo lo que estoy en condiciones de manifestar.

—Hora es —dijo José, que había aguardado ansioso este momento— de que sepamos dónde está Aretusa.

52

Hacia la verja

Héctor sonrió turbado, brotándole algunas canas en lo que con el tiempo serían plateados aladares. Mantuvo su expresión hasta que sintió dolor en la mandíbula.

Levantó la frente, la cual tiró de todo el rostro.

—Aretusa —confesó— está depositada en casa de una dama amiga de intachable fama.

—¿Amiga...? —Atilano abrió mucho su ojo izquierdo.

—No en el sentido que se infiere —matizó el joven—. ¿Se dan cuenta —les acusó— de que se hace preciso medir las palabras simplemente para presentar un dato minúsculo...? Como les informaba —prosiguió—, mi novia (la llamaremos de esta forma cuya semántica ha devenido ancha e imprecisa con los tiempos) se encuentra morando en los mencionados aposentos, donde reinan la pulcritud y el orden, junto con severos e inflexibles parámetros éticos. ¿Satisfechos...? —les dijo, retador.

—No tanto —contestó Melquíades—. Será la explicación complementaria la que evidencie la verdadera índole del caso.

—Plenamente de acuerdo —admitió el hijo del de Orozco—. Pues conozcan que Aretusa, como les sucede a tantas, se diga lo que se diga, se inclinaba a la vez a extremos contrapuestos. Por un lado, buscaba seguir a mi lado y que allá nos bandeáramos, me niego a decir cómo. Pero por otro, deseaba sujetarse a las más tajantes cortapisas que impusieran la distancia como premisa principal. ¿Me van siguiendo? Es como quien pretende soplar y a la vez sorber la sopa...

—Nos hacemos idea —gruñó el gordo.

—Por mi parte, acepté la paradoja con perplejidad y no sin alegría, aunque tampoco brincando de contento. ¿Les dice algo el nombre de Covadonga...? —preguntó súbitamente.

—¿Debe decirnos...? —tanteó José.

—Es el nombre de la que guarda a Aretusa.

Calibraron la información.

—Nosotros lo ignorábamos —expresó Sinesio, en nombre de sus amigos.

—¡No se irán a retirar ahora! —se alarmó Héctor.

—No estamos hechos de esa pasta —masculló éste con desprecio—. En ningún momento hemos pedido ser puestos al corriente de lo que le ataña a usted solo. Sin embargo, mantenemos el requisito con que fuimos captados: que se nos permita hacer uso de la fuerza.

—Muy bien —aceptó el joven—. Pero yo daré las órdenes y señalaré la ocasión de ejercitar ese derecho. ¿De acuerdo?

Asintieron los viejos.

—¿Parece que vayamos a rondar a Covadonga? —consultó el llamado novio.

—Querrá decir a la escogida en pupilaje —corrigió José.

—Claro...

—¡Avivando! —dijo Melquíades.

Apagaron el fanal y la oscuridad les envolvió como un ropaje.

—Es ahora cuando adquiere su verdadera dimensión nuestra partida —comentó Apolinar acariciando su trabuco.

—Llevo unas noches —contó Héctor, en tono de disculpa— acercándome a la verja, traspasada la cual humillan el terreno los pies delicados de Aretusa, lo que ella hace durante el día, pues entre crepúsculos la encierra Covadonga.

—Tampoco ha tenido ocasión de pasear su calle tantas veces —manifestó José con simpatía.

—Las cortapisas robustecen los amores —insistió, no muy convencido, el huido retoño de don Diómedes de Orozco—, permitiéndolos crecer fragantes y lozanos. El voluntario aplazamiento de su satisfacción completa, para cuando se aminoren los obstáculos que nos regaló la biografía, hinche todavía más las esperanzas. Se dirá que es planteamiento innecesariamente complicado, pero ¡qué quieren!, así razonan ellas, no siendo la mía una excepción.

—¿Y qué dice el Gobierno...? —se interesó Atilano.

—No admite que sea de su competencia.

—¡Si fuera yo padre de tantas las quitaría tamaños embelecos!

—Ardua tarea —apuntó José—, por mucho que los adelantos científicos, el ferrocarril, el cable telefónico que une los puntos más

distantes del planeta... acudan en socorro del trato desenfadado entre los sexos.

–Para mí que la cuestión no terminará de resolverse... –dijo Héctor.

–Contemporizar: no hay otra opción –resolvió Sixto.

–¿Puedo seguir...?

–Adelante –le autorizó Melquíades–. Y ruego no me pise a cada paso los juanetes.

–Lo siento –se disculpó el joven–. A lo que iba: Aretusa ha dictado su ley, que yo acato de buen grado, pudiéndome considerar también autor.

–¿Algo calzonazos no será...? –sugirió Sinesio.

–¿Por qué?

–Muy sencillo: al someterse usted en los inicios a las incomprensibles veleidades de ella, y más aún, hacerlas suyas, ¿qué no hará al matrimoniar...?

Héctor se quedó un rato pensativo.

–Aparte –agregó juiciosamente Apolinar– de que haber roto ataduras con la fuga no se compadece con volver a constreñirse.

–¡Es verdad! –advirtió el joven.

Atilano murmuraba para sí:

–No se aclara si llegaron a gozarse.

Le oyó el interesado.

–Su interés le honra –le dijo–. Pero ¡no esperará que lo revele!

–Sinceramente, no.

–Pues entonces.

53

Frente a la verja. Digresión traída por los pelos

Ante la verja, más allá de la cual se elevaba la casa, manifestó Sinesio:

–Poco han cambiado las cosas desde nuestros tiempos. ¿Eh, Apolinar...? ¿Sixto...?

–Poco –admitió el primero–. Recuerdo que se solía arrojar al rondador un cubo de agua.

—En hogares de postín —corrigió Sixto—. En extrarradios, vaciaban directamente el orinal.

Héctor acusaba nerviosismo.

El trabuco de Apolinar rasgó la noche.

Tras incierta pausa, provenientes de la fachada, se registraron voces femeninas en tono asustadizo. Una luz se encendió en el primer piso, recortando la silueta de Aretusa.

Covadonga la apartó de la ventana.

Se quejó Sinesio.

—¡Que a nuestros años tengamos que estar a la intemperie, apoyando la causa de un niño...!

—Estamos acostumbrados a la vida al aire libre —le quitó Sixto importancia.

Apolinar se sentía a disgusto de no poder disparar ya su arma.

Melquíades suplicó silencio en atención a Héctor.

—¡Llevo mucho sofocando agravios en mi pecho! —exclamó groseramente Sinesio—. ¿Quién puede reprocharme que al final estalle?

—¿Y yo...? —dijera Sixto—. ¿Ha barruntado acaso alguien la causa de mi opinión callada? Soy de natural locuaz, lo que no estorba para que me convirtiera en taciturno merced a un dolor muy enterrado. ¡Si existe quien deba sentirse ofendido, no quepa duda de que soy yo!

—Al menos hay un clima que permite expresarse con franqueza. —murmuró José, sin apartar la mirada de la mansión.

—En eso —apostilló Apolinar—, debemos darle la razón. En mi caso, aunque he tenido el privilegio histórico de desahogarme con el trabuco, no ha pasado semejante trasto de ser la mera válvula de mi frustración particular.

—¿Cuál es ésta? —tuvo necesidad de preguntar el adalid.

—Hubiera deseado un armamento más moderno... Un fusil semi-automático de asalto.

—Cada cual, con su matraca —suspiró Atilano con hartura.

Surgió de la casa una voz áspera aunque no carente de ternura:

—¡Héctor! ¿No debiera cortar esa conversación extemporánea e imponer la suya propia, máxime que para eso se supone que ha venido...?

—¡Es Covadonga...! —musitó el hijo de don Diómedes.

—La misma —confirmó ella, que le oyó.

—Pido disculpas —dijo el joven—. Pero estos señores que me acompañan deben contar por cortesía con su expresivo cauce.

—¡Pero no a costa de eclipsarle, muchacho! —aseguró, tajante, Covadonga, de quien se divisaba su ropa de dormir hasta los pies—. ¿Qué va a pensar Aretusa?

—Acaba de citar la flor fragante, la más sutil y cara prenda... —recitó su enamorado.

—Eso es nada entre dos platos —afirmó la carabina—. ¿Para semejante pamema quería montar este teatro...?

—Es la falta de costumbre...

La mujer, muy en su puesto, atrajo de nuevo a Aretusa a la ventana. Aleteó el camión de la joven por encima de las rodillas.

—¿Qué ha parecido? —interrogó, pícaro, la celadora.

—¡Sublime! —rugieron de admiración los siete.

Dijo Sinesio:

—En compensación por mi malhumor, ¿hace un característico retazo de mi pasado más añejo...?

Ambos lados de la verja lo aceptaron.

—Pero no se alargue —se mostró reticente Covadonga.

—Siendo joven y antes de conocer a mis amigos —relató el veterano—, solía yo recorrer los bulevares haciendo elegantes molinetes con el bastón. No era entonces —esbozó una sonrisa de lástima— esta ruina que alumbra el sol durante el día y encubre, piadosa, la noche en su reinado. El espejo me devolvía una imagen espigada, a excepción de una vez en una feria en que quise mirarme en uno cóncono, con el agravante de que además me cobraron un dinero... En uno de mis paseos, jugueteando, ya digo, con el bastón, observé de repente que la gente comenzaba a huir despavorida. Niñeras de cofia y delantal, soldados en traje de paseo, graves eclesiásticos y hacendados prósperos que habían venido de sus fincas a echar lo que siempre se ha llamado, con honda poesía, una “canita al aire” y que aún no he logrado saber en qué consiste...

—Si ha de incluir el relato detalles escabrosos —le interrumpió Covadonga, tapando los oídos de Aretusa—, más vale que se detenga en este punto.

—Los pasaré por alto —se conformó Sinesio—. La desbandada, que tal era, venía en directa consecuencia de que se aproximaba, enloquecido y suelto, un elefante, tronchándolo todo a su paso, principalmente los parterres, que parece siempre que lo están pidiendo a gritos. Dirán cuál fue mi reacción...

—Ahorraremos tiempo si nos lo cuenta usted mismo —dijo Melquíades.

—Me acerqué al proboscidio y le abofeteé el apéndice, sencillo truco que leí en un libro que me regalaron mis mayores y que se demostró, amén de ineficaz, contraproducente. Pues el animal, reaccionando con entera lógica, me lanzó de una trompada contra un seto, donde quedé incrustado, viniendo acto seguido un municipal a imponerme la correspondiente multa.

—¿La pagó? —preguntó Atilano.

—Dejemos eso —repuso éste, molesto—. Lo cierto es que el elefante intentó salir en mi defensa. Hubo un forcejeo con el guardia, que le impuso también a él una sanción. Ya conocen el celo de esta gente... El caso fue, y ya concluyo, que el elefante y yo terminamos siendo grandes amigos, sin que faltaran algunas desavenencias posteriores que contaré en otro momento.

—Lo que no sabemos —pronunció José— es a cuento de qué intercala aquí su anécdota.

—Ya dije que es a modo de compensación por lo de antes.

—He oído peores excusas —dijo el soñador, escéptico.

54

Acojone

—¿Empiezan con la serenata, que la niña está cogiendo frío? —demandó Covadonga desde el balcón.

Aretusa asomó su provocador tobillo.

Héctor vaciló, sobrecogido.

—¡Por favor...! —impetró a sus amigos—. Afronten conmigo alguna melodía, la que sea...

Se sorprendió mucho Melquíades.

—¡No me diga que no tiene nada preparado! ¿Creía que le bastaba presentarse con su cuerpo serrano...? Es axioma que hay que venir con repertorio... Todos lo dábamos por hecho...

José le puso al novio la mano sobre el hombro.

—La mejor de ellas exige manifestaciones palpables de los sentimientos del opositor, fundamentalmente en forma de canción o poesía. Fían poco.

—Ella no es así —musitó Héctor.

Educadas carcajadas.

Volvió a hablar Covadonga.

—Advierto al interesado que estoy en situación de inclinar su postulación hacia donde me dé la gana.

Propusieron los ancianos tomar la mansión al asalto. Héctor no sabía si autorizarlo.

—¡Lo lleva impepinablemente mal! —le reprochó José.

—¡Se me diga entonces lo que debo hacer! —solicitó, compungido, el joven.

—En primer lugar —dijo Melquíades—, recobrar el ánimo. Acto seguido, que deje de pisarme definitivamente los juanetes. Y en tercer lugar, pero no por ello menos importante, que se me devuelvan las anotaciones que acaban de serme hurtadas del bolsillo interior de mi chaqueta.

—¿Qué anotaciones? —preguntó el que sobrevivió al acantilado.

—Nada serio —evadió el gordo—. Pero exijo se me reintegren.

José le siguió la corriente:

—Si supiéramos acaso su naturaleza...

—No es preciso —el adalid le guiñó un ojo—. ¿Alguien las tiene?

Ninguno confesó guardarlas y, menos, haberlas sustraído.

—Entonces, señores míos, ¡buenas noches!

—¡Aguarde! —rogó Héctor—. No me deje así...

—Se ha perdido la confianza —dijo José, corriendo tras su amigo en compañía de Atilano.

Se consultaron los viejos.

—Nos retiramos también —decidió al cabo Apolinar.

Al enamorado no le quedó más remedio que irse con ellos.

Covadonga cerró el balcón de golpe.

—¿No se da cuenta —dijo risueño el adalid al joven cuando se hubieron alejado lo bastante— de que lo del supuesto hurto ha sido un subterfugio para evitarle seguir haciendo un papelón?

Se sumió Héctor en reflexivo silencio.

Pasaron las horas nocturnas en unos urinarios.

55

Confesión tardía. Una carta que cae como una bomba

El viejo Sixto parpadeaba dulcemente ante los primeros rayos.

—Quizá no sea el momento más favorable para que se me escuche —se excusó—. Pero he decidido hacerme oír, como Sinesio ante la mansión de Covadonga.

Héctor se atribuló ante la mención de la inflexible cancerbera.

—Qué vas a contar que no sepamos —croó Apolinar.

El nervudo le apuntó con el extremo de un cigarro inexistente.

—¿Os acordáis de que insistía en que no me acompañarais al retrete...? —inquirió.

—¡Ahora caemos! —Sinesio se palmeó la frente.

—Pues mientras vosotros sojuzgabais impertérritos las pasiones que se nos despertaban principalmente a la caída de la tarde, yo las daba rienda suelta...

Fue como una bomba.

—¡Qué nos cuentas!

—No os alarméis —recomendó el que así se destapaba—, pues aquellas se vertían sobre el papel a manera de relatos licenciosos con su planteamiento, nudo y desenlace. Conseguí plasmar un montón según obraba.

Sinesio se encaró con él.

—¿Lo tuyo no era el dibujo y la pintura...?

Confirmó Sixto.

—Pero se complementaba con la que acabo de denunciar.

—¡Nos dejas sencillamente estupefactos! —exclamó Apolinar.

—A nosotros quizá no nos deba sorprender —pretendió Melquíades—, por la sencilla razón de que desconocemos lo esencial de su etopeya.

Atilano se las dio de intelectual:

–Me interesan sus cochinadas literarias.
 Sixto le replicó, muy enfadado:
 –¡Dicho así parece una bajeza...!
 –¿No se aburría usted –terció José– elucubrando narraciones de las que se suele destacar su primordial monotonía?
 –¡Menuda gozada! –denegó su autor–. Y ahora me pregunto por su eventual aceptación en el mercado...
 –Puede hacerse millonario –apostilló el repartidor.
 –Tendrá el material a buen recaudo... –apuntó José, para sorpresa general.
 –En la caja de seguridad de un banco suizo.
 Melquíades se retorció el mentón.
 –¿Le puedo hacer una pregunta? –le dijo a Sixto.
 –Por supuesto.
 –¿Cómo cuenta ahora su secreta ocupación de tantos años?
 –Antes o después, los introvertidos nos terminamos delatando.
 Venía hacia ellos corriendo a toda velocidad un individuo tocado con bombín.
 –¿Quién de ustedes se llama Héctor...? –jadeó al llegar a su altura.
 –Yo –dijo el que era.
 El otro le entregó una carta.
 El hijo del de Orozco la leyó, arrebolándosele intensamente las mejillas.
 –¿Qué es? –le preguntaron.
 Héctor alargó el mensaje al adalid.
 –Curioso –comentó éste al imbuirse el contenido.
 Explotó el joven.
 –¿Curioso...? ¿Le parece curioso que Covadonga, cuyas son estas líneas, me confiese que Aretusa ha sido robada por un individuo que se la cargó sobre los hombros, huyendo acto seguido...?
 –¿Le habría parecido mejor que lo calificara de chocante?
 El hombre del bombín quiso saber si aguardaba contestación.
 –Dígale a Covadonga que acusamos recibo –dijo Melquíades.
 El otro saludó y se fue.
 Apolinar esgrimió airadamente el trabuco. El joven de Orozco se tiraba de los pelos.

—¿Quién la habrá secuestrado...? —preguntaba.

El manteca le puso la carta bajo la nariz.

—Aquí se menciona a un tal Solón, que se identificó ante Covadonga, previo a llevarse a Aretusa envuelta en una manta. Creo recordar que alguien de este nombre preparó zapatistas incendiarias al fugarse Aretusa con usted.

—El tal Solón es como un padre para ella —dijo éste, aliviado—. No debemos preocuparnos.

—No esté tan seguro —alertó Atilano—. Tiempo atrás me presentaba yo a título de padre en el locutorio de un orfanato femenino los fines de semana, llevándome de paseo a la pupila más mollar. La treta funcionó durante un tiempo.

Se insinuó que no era el caso.

—De cualquier manera —argumentó Sinesio—, el tal Solón ha mostrado iniciativa.

Héctor se sintió tocado.

—No se aflija —le consoló José—. Es usted alumno de mi escuela, o sea partidario en amor de lo inasible. ¡Queden para el vulgo las sensaciones físicas! Probablemente —auguró—, pase el resto de su vida evocando los encantos de la bella, mientras sus facciones se van desdibujando en su memoria como las del retrato que guardo contra el pecho de la que, platónicamente, quise hacer mía en el pasado. La alegría más excelsa se agarra como una lapa a esta prerrogativa, se lo aseguro. ¿Qué le aportaría unirse a ella? —interrogó—. Pronto las estrecheces, los sinsabores, la mordida del tiempo, el querer usted una cosa y ella la opuesta, por pura cabezonería casi siempre..., todos los dolorosos alfilerazos de la convivencia serían como la bota del soldado que pisotea la silvestre margarita convirtiéndola en amarillenta pulpa... ¡Deje que otros posean su cuerpo, que para usted será su alma!

Sopesó el joven.

—Hay algo en su razonamiento que no me termina de convencer...

–Héctor acaba de experimentar que le arrebaten la niña de sus ojos, o sea Aretusa. Tiene un problema añadido, que es su padre...

–La viuda Aurelia puede ser pieza clave –sugirió atinadamente el clase baja.

–Sobre esta mujer circulan informes contradictorios.

–Yo me quedo con lo que vi en la mancebía.

–Es un bajo rasero para juzgar a una persona –manifestó el soñador.

Los viejos discutían en voz baja. Al ser cuestionados, expresaron por boca de Sinesio:

–Quizá no estemos preparados para esta vida tan activa. Nuestro confinamiento durante largo medio siglo posiblemente haya atrofiado la competencia social de que nos vanagloriamos tantas veces en nuestro enclave, se ve que con escaso fundamento... Nos miramos y descubrimos en el otro a un extraño. La reciente confesión de Sixto, y los cuadernos donde iba registrando en letra redondilla (nos lo acaba de confesar) su imaginación candente, han constituido la emblemática gota que rebasa el vaso. Apolinar se coarta con el trabuco, y yo... Observarán que entrelazo nervioso los dedos de mis manos, sin oportunidad ni ganas de ofrecer sombras chinescas... El liderazgo de Héctor (no se ofenda, joven) se ha demostrado insuficiente, aunque tiene la excusa de sus hondas cuitas que le imposibilitan centrarse y, sobre todo, trazar un objetivo claro que nos ilusione y al que podamos subordinar el menguado resto de nuestras vidas... ¿He de decir más? –preguntó desencantado.

La cara de Melquíades se llenó de simpatía.

–Querido Sinesio y sus dos restantes compañeros –invocó-. Les entiendo perfectamente: tienen hambre. ¿Por qué no lo habían dicho...?

Los ancianos se ruborizaron hasta la raíz del pelo.

–¡Pensar en el estómago cuando se dilucidan cuestiones graves! –rugió Héctor-. Bajo estos parámetros, su compañía nos resulta superflua –e intentó espantarles a palmadas.

No se movieron.

–Le ha dolido que pusiéramos su autoridad en cuarentena –comentó Apolinar.

–¡Me resulta indiferente! –negó el joven.

–No tiene potestad para despedirnos –se jactó Sinesio por su parte–. Con el añadido de que carece de atributos.

–Ésas son palabras fuertes –arguyó José.

El jefe ideaba a toda prisa una salida.

–Propongo un brindis –dijo, y como se le quedaran mirando, añadió–: Después de una comida, claro.

Las caras inamigables, adustas –incluida la propia de Melquíades– se embebieron de beatífica cordialidad. Por primera vez desde hacía mucho tiempo percibieron todos la armonía del canto de los pájaros, a los que desearon de pronto alimentar con unas migas. Se sonrieron mostrando su doble fila de dientes, en los que se reflejó, dúctil y amable, como una doncella desnuda que se despreza entre cojines, la luz de la mañana. Olvidó cada cual los angustiosos acaeceres del pasado, los gritos, las palizas, las facturas impagadas que obligaban a mudar frecuentemente de domicilio, pasando a habitar bajo las arcadas de los puentes. Los domingos de la infancia, esa eternidad sin orillas, con el lento desplomarse de un sol moribundo en la fachada de enfrente, mientras la cabeza se inclinaba ausente sobre las áridas lecciones escolares, se vieron arrojados de la memoria, como se le arrancan las plumas a un pollo para la cazuela.

–¿A dónde vamos? –interrogó, práctico, Sinesio.

Melquíades propuso un lujoso restaurante que viera de pasada y que tenía la particularidad de contar con dos entradas.

El local era absolutamente silencioso. Pesados cortinajes escarlata cubrían las paredes del salón adonde fueron conducidos por un camarero de impecable frac, que elevaba su mirada treinta grados por encima de su horizontal visual. Candelabros de oro puro derramaban suave luz sobre las mesas.

Estudiaron la carta.

–¿Hace que pidamos pan y churros...? –propuso el líder, espantado por los precios.

–Perfecto –aceptó Sinesio–. Y lo podemos acompañar –miró el menú– de dos docenas de centollos, una langosta por cabeza, centenar y medio de ostras y unos pocos kilos de caviar del Báltico. Y de beber –señaló la cartulina–, este vino, la cosecha más selecta en lo que va de siglo, según reza la divisa del embotellador.

El camarero desapareció, después de garabatear en su libreta.

Melquíades intentaba adivinar la salida de incendios.

Se les trajo el vino. El adalid, juzgándolo ya todo perdido, se permitió decir:

—Está picado. Traiga otra.

57

Como abogados. Un discurso. La factura

—¿Lo encuentran todo de su gusto los señores? —preguntó el camarero que les venía atendiendo, reprimiendo la imperiosa necesidad que sentía de renunciar al mundo y ordenarse sacerdote.

—Si quiere que le busquemos pegas... —Atilano rompió un centollo a puñetazos.

—La comida, exquisita —refirió José, poniendo los ojos en blanco—; el vino, extraordinario; el servicio, impecable...

—¿Desfilan ya las piernas de cordero? —interrogó Sinesio.

Vinieron de la cocina opíparas bandejas al son de un pasodoble.

Melquíades se preguntaba si alguno de ellos lograría sobrevivir. ¿José? En absoluto. Caerían como fieras sobre él, sin darle tiempo a expresar un último deseo. Atilano disponía de mayores oportunidades. Sabría escurrirse al exterior —no otra cosa llevaba haciendo desde su nacimiento—, considerando en el futuro el episodio como la mayor ocasión que tuviera jamás de comer decentemente. Era posible que fundara una familia, a la que en las noches de invierno entretendría con la historia, tenida como fábula por su desgredada costilla y familiares, entre quienes destacaría con seguridad un viejo de encías desdentadas, humor malicioso y aficionado a pellizcar a las criadas. En cuanto a Héctor, seguiría el camino de José, y su amada aguardaría vanamente a que él viniera a rescatarla de Solón.

El trío de proyectos era cuestión varia. Apolinar parecía el más ducho en defenderse. Emplearía el único disparo de su arma contra sus agresores y, agotada la munición, agarraría el trabuco por su ancha boca destrozando cráneos a culatazos antes de morir heroicamente y rotulando su nombre con el tiempo una calle no demasiado transitada. Eventualmente, el resultado de la lucha podría inclinarse a su favor, logrando escapar en compañía de Atilano. Sixto era otro de los candidatos a la ejecución sumaria, no sirviéndole de

mucho el arte del dibujo o su recién descubierta facultad de poner procacidades por escrito. Y lo mismo concurriría en el caso de Sinesio, a no ser que obtuviera rápida aceptación lo de las sombras chinescas.

Melquíades, desencajado y habiendo efectuado aprovechados viajes al excusado, levantó un dedo para llamar al camarero.

—¿No tendrán un fotógrafo que immortalice la sesión?

—Lo siento, señor. Aunque puedo asegurarle que no serán ustedes olvidados.

Habiéndose despachado algunas cajas de vino, surgió la inevitable discusión sobre el tamaño.

—¡Debe corresponderme el palmarés! —exigía Sinesio.

—Mi armamento constituye el símbolo de lo expresado —barrió para su lado Apolinar.

—¿Negará alguien —defendió Sixto su causa— que los lápices me dan supremacía?

—¡Una mierda! —rehusó Atilano—. Para dimensiones, las mías. Por algo provengo del profundo pueblo y pasé mi juventud participando en campeonatos.

—¿En qué puesto solía quedar? —preguntó Sinesio, con intención.

—Eso era lo de menos —contestó el humilde.

—Yo, como comprenderán —dijo Melquíades—, ni puedo ni debo participar en el debate.

—¿Y Héctor...? —quiso saber el del trabuco.

—En mi presente estado de retraimiento considero mejor no decir nada. —confesó el joven.

Sixto se enfrentó a José:

—Usted habrá olvidado incluso su localización aproximada...

—Todavía barrunto dónde está —dijo el soñador—, aunque he debido sublimar sus intereses —y depositó sobre la mesa el borroso retrato de su amada.

Sedosos camareros retiraron los restos de comida y pusieron en su lugar ventrudas copas. El licor comenzó a descender por los esófagos. De la cocina llegaba ocasionalmente algún pistoletazo, vencido quién por el ritmo de trabajo impuesto.

La hora de presentación de la factura se acercaba para Melquíades.

Le dijo Sinesio:

—¿Algo no marcha...?

—Al contrario. ¿Coronamos el ágape con champán?

La plantilla entera del establecimiento se dedicó a descorchar los espumosos, que vertían directamente en las gargantas de los comensales.

El adalid levantó de la silla el craso cuerpo.

—Ha llegado el momento del brindis prometido —farfulló—. Es hora de recapitular la entera jornada desde que nos alumbraron sobre el mundo, examen que puede parecer exagerado. Pero es que, se sepa o se ignore, nos disponemos a salir del escenario sin los aplausos que un día creímos merecer y que desgraciadamente no tendrán a bien concedernos...

Apolinar descargó su trabuco contra el artesonado.

—¡Este gordo cuando quiere qué bien habla!

—Nos fue dado —continuó aquél— pisar las tablas, y nuestras pasiones fueron volcánicas o sosegadas como la lava que fluye mansamente por la ladera hacia el llano... La representación que hemos efectuado desde el momento de nacer ha consistido en abrir unas puertas y cerrar otras, en la inopia casi siempre de lo que había más allá; en descansar a veces, pocas, en mullidos divanes, durmiendo las más de ocasiones al raso, sobre aristados guijarros. Los entreactos equivalían al momento en que nos vencía el sueño y arriábamos la bandera del raciocinio, para casi enseguida volver a levantarnos y proseguir representando la función de la que nosotros mismos somos sus autores...

Sinesio se inclinó hacia Atilano.

—¿Qué dice?

—Que nos va a llevar al teatro.

—¡Hombre! —se alegró.

—Que sea un musical —pidieron.

—No sé si acompañarles —dudó Héctor—. Ese vértigo de torneados muslos, acariciados por mil luces de lámparas y focos, mientras los globosos senos de cada bailarina, multiplicados diríase que al infinito por el número de las que hacen el coro, y dificultosamente contenidos por el corpiño, se agitan y se estremecen al compás de las canciones y la danza, turnándose con gracia con los redondos

pompis que las señoritas tienen la consideración de ofrecer al público cuando nos dan la espalda...

—Eso es que se fija poco —dijo Atilano—. Atienda y verá cómo le gusta.

Melquíades seguía perorando. José iniciaba su repliegue bajo la mesa.

Se aproximó el camarero con una factura en la que aparecían muchos ceros, depositándola sobre la mesa a la derecha del orador, que comentaba:

—... Y al frío le sucede el calor y viceversa, no sin antes acolcharse con la tibieza de las estaciones intermedias, de las que huelga decir que son la primavera y el otoño, sin olvidar que las extremas se titulan de verano e invierno. En total, cuatro, que otrora, en un pasado ya lejano se completaban con la quinta, conocida como estío, la cual se corresponde a nuestro mes de agosto y que algunos identifican sin más con el verano, siendo así que sólo es una parte. Y créanme que me duele ser tan enterado, pero el alcohol se me ha subido a la cabeza, aparte de que no sobra un poco de cultura...

58

Un reservado que lo es poco

El personal de servicio había bloqueado las salidas, situándose también en los tejados. El adalid, que se había vuelto a sentar, gemía deshecho con la cara entre las palmas.

Se escucharon murmullos de algún sitio.

Provenían de un reservado al que se accedía por una puerta acolchada, enmarcada de columnas de mármol, sobre las que bailaban angelitos regordetes con flor en la diestra y una bandurria en la siniestra.

Íntimos acentos cuartearon las carnes a los ahítos comensales y al camarero que les sirviera: Álvaro María Socuéllamos, según rezaba en su carnet de identidad falso, pues perdiera el auténtico y jamás quiso arrostrar la penitencia de someterse a los trámites para obtener uno nuevo.

Una voz era masculina, perteneciendo la otra a una mujer. La primera pedía, urgía, impetraba; la segunda intentaba contenerle.

—¡Hemos ido demasiado lejos! —decía ésta.

—¡Un gesto! —insistía aquél—. ¡Solamente pido un gesto!

—Ya hemos tenido muchos...

—¡Otro más!

—Que no.

—Soy el hombre más infeliz de la tierra... —afirmó el hombre, abatido.

—¿No te basta mi afecto? —preguntó ella.

—¡Pero debe materializarse —porfió él—, sin lo cual es susceptible de tenerse por hipócrita!

—Concedámonos un respiro —solicitó la dama.

—Menuda la están sufriendo ahí dentro —expresó groseramente el repartidor de coloniales.

Héctor se destacó con desconocida gravedad.

—Esto hay que pararlo —formuló.

Se le interpusieron los de frac.

—No podemos permitir la entrada.

Les apartó el joven, agitando frenéticamente el picaporte.

—¡Abran! —ordenó.

En el interior, se interrumpió bruscamente el diálogo. Rezumó rosicler hacia el salón, trasunto del rubor de que se tiñeron las mejillas de la pareja.

—Nos traen el champán... —murmuró ella al cabo.

—¡Que lo echen por debajo! —bramó él.

Los viejos acudieron en socorro de Héctor. Apolinar culeteó los tapizados cuarterones de la puerta, mientras Sixto y Sinesio extraían la borra con la cubertería de pescado.

Se consiguió acceder al reservado.

Don Diómedes de Orozco, cuyo nudo de la corbata descansaba hacia la mitad del esternón enredado con el cordoncillo del monóculo, contempló con odio a los intrusos. Aurelia, exiguamente vestida, como cuando la conocieron, pretendió ocultarse tras los flecos de una lámpara.

Padre e hijo se pusieron frente a frente.

—Experimento la lógica alegría al verte después de tanto como te supuse muerto —dijo el elegante—. ¡Ánimo, chico! —y le dio un golpe franco en el brazo.

Álvaro María Socuéllamos culebreaba entre unos y otros con la factura en la mano. Con el profundo instinto de su gremio, se aproximó al de Orozco, que materializó en su mano, con enorme suspiro, una tarjeta de pago.

Melquíades, superada la tensión, lloraba a moco tendido apoyado en la pared. José le quiso consolar:

–Sé que te habría gustado hacerte cargo.

El gordo le miró como si se hubiese trastornado.

Se supo que el de Orozco había recibido un telegrama de la marquesa.

Se consternó Aurelia.

–No me lo habías dicho...

–Me pide noticias de su hija –informó a su pesar el elegante–. ¿Sabes algo...? –le preguntó a su hijo.

–No tanto –evadió Héctor.

Intervino Atilano:

–Se la ha dejado birlar limpiamente por pasmado.

–¡Pero está en manos de quien es para ella como un padre! –exclamó el joven.

–Me río –apostilló el de ultramarinos.

–Hay quien ha nacido para que le partan la cara –dijo alguien amparándose en el anonimato.

Atilano decidió encarar al adalid:

–Ese comentario es un acto de cobardía.

–¡A mí qué me cuenta...! –protestó el gordo–. Además, no le consiento que me hable en ese tono.

–¿Prefiere que ponga voz de pito?

–¡Atilano, joder...! –expresó llanamente Melquíades.

–Le resulta artificial esa pose –aseguraron varios.

–¡Lo sé! –admitió desesperado el líder–. ¡Pero es que no soporto ver cómo se intentan trastocar las jerarquías...!

–A mí se me habla con el sombrero en la mano –Atilano se creció.

El asombro fue general.

–¡Que del hijo de mi madre ya se han burlado mucho en esta vida...! –empezó a gimotear el repartidor.

Terció sorpresivamente Aurelia:

–Y a las mujeres, ¿quién nos defiende?

–Eso es mezclar el grano con la paja –censuró el de Orozco.

–¡Ja! –exclamó la dama–. Ha nada que enviudé, lo que conlleva la peor indefensión. Aún caliente el cadáver de mi esposo, aturdida y titubeante, cometí algunas faltas, no lo niego. ¡Y, si es caso, me enorgullezco...!

–Aurelia –le susurró su adorador–, que lo de la tapia del cementerio fue muy comentado...

–Acabarás contándoles a todos lo del lunar... –se lamentó ella.

–¿Qué lunar? –preguntó José, a quien estos detalles interesaban mucho.

–¡A usted qué le importa! –rugió aquél.

–Es uno que tengo –dijo la mujer, mimosa– precisamente allí.

–¡Caramba! –Atilano se rehizo.

–¿Lo ves...? –le reprochó Aurelia al de monóculo–. Terminará siendo del dominio público.

Se escucharon palmadas. Álvaro María Socuéllamos mantenía la sonrisa con ayuda de una prótesis de alambre.

–Señores –suplicó–, hagan el favor de ir desalojando –se dirigió al de Orozco–. En cuanto a la factura, sepa que sus rasgos personales están ya en poder de la policía.

59

Salen a la luz verdades

El de Orozco tuvo una importante reacción.

–Me alegro de estar identificado sin equívocos –dijo–. Ello faculta a la que amo –se regodeó mirándola– a denunciarme si por un acaso remoto e improbable faltara a mi palabra que ahora mismo dejo consignada. ¡Aurelia –la invocó–, no sólo busco tu fisicidad, que me conturba, sino que anhelo participar de lo intangible que también poseas y que espero descubrir en alguno de los jueguecitos que nos traemos...! Deseo que los aquí reunidos –los abarcó con gesto de mecenas–, comenzando por mi hijo, sean testigos de mi firme compromiso de desposarla, para así disponer ya sin tasa de sus mercedes que aprecio en lo que valen.

—Es de agradecer tamaña claridad —dijo una voz conocida que venía del salón y se introducía en el reservado, donde apenas cabían más personas.

Todo el mundo se volvió.

Al elegante se le desplomó la mandíbula inferior.

—¡Marquesa...!

—Señores... —saludó la de alcurnia sin dirigirse a nadie en particular.

El de monóculo agitó brazos y piernas, derramando torrente de palabras.

—Si lo que acaba de ser dicho, marquesa..., el tono..., el lugar quizás inadecuado..., la compañía..., lo que en suma podemos denominar las circunstancias... Si el conjunto da pie al equívoco, permítame expresarle...

La recién llegada levantó una mano señorial, la que clientela y servicio se obligaron a besar, tarea que llevó un tiempo durante el que las dos mujeres se estudiaron a placer.

—Observo que no se me esperaba —apuntó aquella.

—Hubiera debido enviar un segundo telegrama —advirtió el de Orozco, recuperando el aplomo.

—Decidí comprobar por mí misma los progresos.

El pillado en falta intentó lanzar una cortina de humo.

—¡He encontrado a mi hijo! —barboteó—. ¡Vivo y presente y a quien debiera acompañar su hija de usted...!

—¿Dónde está Aretusa? —preguntó gélidamente su madre.

—¡Buena pregunta! —confirmó Melquíades.

—¿La han abandonado...? ¿La han perdido...? ¿Está entregada a su suerte, sin un hombro amigo donde pueda reclinar sus bucles...?

Volvió a decir el adalid:

—Si no conseguimos rescatarla, tenga por seguro que será vengada.

La perteneciente a la nobleza sacudió sus pulseras.

—Mi hija —reveló— me importa una higa y allá se las componga. Pero yo esperaba de su caballerosidad —le dijo al padre de Héctor—, que veo brilla por su ausencia, mejores y más sazonados frutos —contempló insultante a su rival—. He llegado a conocer algo de su vida íntima en el pueblo... —amenazó al hombre—, incluyendo su

afición a probarse ante el espejo prendas que ni siquiera usaría una mujer, siendo ello propio de nuestra debilidad, lo cual incrementa lo grave de su caso. Puedo chantajearle, puedo hundirle...

—¡No tiene pruebas! —protestó el de Orozco, descompuesto.

—Se equivoca —negó ella con calma—. Cuento con el testimonio escrito, rubricado con la huella dactilar de cada uno, de los subnormales que le espían por un agujerito cada noche. Sus actividades se conocen al presente en toda la comarca, habiendo sido difundidas en romance.

El elegante se tapó la cara con una servilleta.

—¡Es mi ruina...!

—Si le sirve de consuelo —prosiguió la titulada—, le diré que tampoco mi posición es envidiable. Muy pronto, a menos que ocurra un milagro, lo cual no hay que esperar, mis propiedades se verán definitivamente embargadas. Se lo confieso para que, en medio de su tribulación, encuentre una brizna de alegría.

Aurelia provocó al de Orozco, mostrándole vivamente sus encantos.

—Son tuyos —le dijo—. ¡Tuyos y de nadie más! Si hace instantes te los regateaba, ahora te exijo que no me los desdeñes. Ha variado la situación. Estábamos solos, y en la actualidad nos acompañan. Te llenabas de jolgorio y has acabado contristado. Eras seguro, dominante, medidamente engreído (lo que me gustaba), y te noto poco después sumiso como un cordero. ¿No ves, ¡ciego!, que esta mujer te ocasiona la perdición...?

Atilano, interesado en el forcejeo verbal de las mujeres, comentó:

—Le están poniendo la cabeza como un bombo.

—Es posible que las dos le amen —dijo José.

—No creo —dudó aquél—. Pero es verdad que no poseo la penetración psicológica de usted.

—Aquí late un amor —insistió el soñador—, aunque ignoro de qué clase y si eventualmente es profundo.

Álvaro María Socuélamos sacudió una campanilla.

—Vayan desfilando, si son tan amables. Nos disponemos a cerrar el establecimiento. Hemos tenido mucho gusto en atenderles, si bien les rogamos no vuelvan a poner los pies aquí. Rogamos al dadivoso del monóculo estampe su firma en la factura, por más que en es-

ta casa no se ignore que será de tanta utilidad como la cagada de una mosca. Ya todo nos da igual... –articuló, deshecho.

Afuera caían algunas gotas.

–Llueve –Apolinar les pisó la frase a todos.

Le comentó, malévola, la marquesa a Aurelia:

–¿No va usted un poco fresca...?

–No tengo nada que ocultar –replicó ésta con doble sentido y muy orgullosa.

La de alcurnia se ovilló en su echarpe. El de Orozco trotaba entre las dos.

La de las pulseras propuso a su enemiga:

–Deberíamos ser sinceras entre nosotras.

–Es posible –reconoció la encantadora viuda–. Pero ¿está segura de que no ha olvidado lo que significa la palabra?

–Cabe pensarlo –ponderó la marquesa–. Tanto como usted la memoria que le debe a su difunto.

Aurelia frunció los labios.

–¿Quién le ha contado...? –comenzó.

–Lo suyo es la comidilla de esta ciudad –cacareó la recién llegada–. En cuanto bajé del tren, le compré a un ciego unos pliegos con su historia... Sin embargo, ignoraba que tuviera relación con el de Orozco. Qué simplón es este hombre –maldijo–, trajinar con una furcia...

–Será para que usted no incube celos. Es tan fea...

–Querida, no me había dado cuenta de su trasero: parece un depósito de gasógeno...

Don Diómedes de Orozco intentaba involucrar a Melquíades.

–Olvidemos rencillas... –decía–. ¡Como no me eche una mano voy de cráneo!

El líder cedió a un sentimiento de venganza.

–¡Me lo pide usted, que me recibió acremente cuando yo era un forastero que buscaba refugio, pero sobre todo un poco de dulzura...! ¡Usted, que desde el pináculo de su indiferencia sonreía como un felón, sepultando su labio inferior con el de arriba y confiriendo a su cara ese aire repulsivo del que huyen hasta los borricos...! ¡El que se creía superior y ha descendido a las cunetas, me temo que no solo...! ¡Aquel que contemplaba a sus pies el universo, cuyos ha-

bitantes se tronchan al presente con la delación de unos gznápiros acerca de su afición de lencería, según nos ha referido la marquesa...! ¡Y ahora –rió– pretende mi ayuda, mendiga un respiro al encontrarse asediado desde distintos frentes y no ser capaz de encontrar una salida...! –volvió a reír con ira, con sarcasmo, con brutal satisfacción, para terminar diciendo–: Cuente conmigo para lo que sea.

–¡Gracias! –lagrimeó el correspondiente.

Sinesio agarró al adalid suavemente del codo.

–Nosotros estamos aquí de más...

El líder se agitó como un verraco.

–O sea –dijo–, que después de haber comido a mi costa hasta reventar las costuras, han decidido poner proa a su pueblucho, escaqueándose de futuras complicaciones...

–Sea humano, don Melquíades –imploró Apolinar.

Sixto apoyó a sus compañeros:

–Reconózcase que lo de llevarnos al teatro era un farol.

Aceptó el gordo.

–¡En otra ocasión habrá espectáculo! –les prometió.

Héctor, apartado, se daba compungidos golpes en el pecho.

60

Más allá de la verja. Confidencias a medianoche

El cual enamorado se despistara del grupo; sobre su cabeza remolineaban los astros.

–Mi soledad –monologaba– es a la sazón palpable y evidente. Por mi torpeza estuve a punto de perder a Aretusa allá en el pueblo. La reencontré, y fui el instrumento de que volviera a alejarse de mí, tendiéndome simbólicamente los brazos conforme se la llevaba un sá-tiro. Y con el epíteto me concedo una licencia, pues de Solón poseo los mejores informes, que presumo aún tendrán vigencia, ya que lo que se fue se es, a no ser que a la vejez se arranque uno la máscara, que casos han llegado a mis oídos. ¿Qué haré? ¿Hacia dónde dirigiré mis pasos, solo ya, como he dicho, y con la esperanza encogida y diminuta como un tito de aceituna? Los viejos, el del trabuco y sus amigos, me fueron de poca utilidad, aunque me regalaron con su

compañía balsámica. ¡Pero basta ya de huir del dolor como una comadreja! ¡Enfrentemos lo que nos depara el azaroso y cruel camino!

Dicho ello, se puso a andar con firmeza y sin pausa, teniendo sin embargo cuidado de dónde ponía los pies, pues el barrio dejaba mucho que desear. El crimen organizado, también el espontáneo, agitaba a su alrededor sus alas negras, y él sentía su húmedo y seductor contacto.

Cautamente, regresó a donde viera por última vez a su adorada, esto es, el caserón de Covadonga, en quien es hora ya de que nos detengamos.

Héctor descargó sobre la puerta la pesada mano de metal que sostenía la bola característica. Le pareció que el llamador hacía percusión sobre su alma.

Al cabo de un milenio, notó profuso descorrer de cerrojos.

Apareció Covadonga.

—¡Tú! —le tuteó inconscientemente.

—Yo —admitió con mansedumbre el infeliz.

Invitado a entrar, se encontró en un salón inmenso, exageradamente limpio y severo. Covadonga —el enamorado la contemplaba en realidad por vez primera— llevaba el pelo recogido en un moño y su delgado cuerpo se envolvía en una bata, cerrada de la garganta a los tobillos por doble fila de candados. Su actitud era mezcla de contenida ternura y altivez, de hondo entendimiento y repulsa por ello mismo de comprender demasiado. Sobre su espíritu habían caído, como las hojas en otoño, multitud de desengaños, de los que llevaba inventario escrupuloso en un diario.

El inesperado huésped se vio sin sentirlo ante una cena abundante de la que no probó bocado. La anfitriona aguardó pacientemente a que el joven tuviera a bien expresarse.

—¡La he perdido, Covadonga...! ¡La he perdido...! —exclamó al fin.

Ella contuvo un arrebato de simpatía.

—He sido cobarde —se acusó él—, me faltó resolución... No ponderé los obstáculos, los más formidables de los cuales se agazapaban en mi artero corazón. Miro hacia atrás y veo una senda jalonda de errores. Si tuve aciertos, en seguida los sepulté con mayúscula metedura de pata. Pondré un ejemplo: hice bien en escapar con Aretusa de aquel poblacho infecto (me da igual lo que digan los fo-

lletos que se imprimen para el turismo). Pero a continuación lo estropeé de la manera que se ha visto. La llevé de un sitio a otro al buen tuntún, y eso es algo que a vosotras os revienta, siendo vuestra más querida ansia un hogar y unos pequeños, preferiblemente rubios, y trabajando el padre en la sucursal de un banco. ¡Yo no fui capaz de conseguirlo! Si acaso me equivoqué al traerla aquí (respondiendo a tu anuncio que pusiste en el periódico y que nos dio muy buena espina), lo he pagado con largueza. Añado de paso que creo rara la fijación de su raptor con Aretusa, no pareciendo de padre ni de mentor (por mucho que el tal Solón figure de lo último), como tampoco de ciudadano que paga sus impuestos, importándole muy poco a éste que el Gobierno se los gaste en putas, en vez de los proclamados carreteras y hospitales.

—Olvidas las escuelas —mencionó Covadonga, muy complacida de que también él la tuteara.

Héctor hizo un gesto ensoñado.

—A eso iba —dijo—. Le recuerdo pequeña y menuda, pero muy vivaracha, sentada en su pupitre del colegio mientras yo hacía lo propio en otra clase. Todas las tardes, antes de que sonara la campana de salida, me ofrecía para regar unos hierbajos que crecían bajo la ventana donde se impartían sus lecciones... De puntillas sobre la regadera, la miraba extasiado, deleitándome con su mohín gracioso...

—¿Cuál?

—El que prefieras. Todos lo son.

Covadonga sonrió.

—Lo preguntaba para probarte. Sigue.

—Mis compañeros opinaban que era tonto, porque saliendo de clase minutos antes que ellos, debía luego prolongar mi estancia en el colegio hasta vaciar la puñetera regadera. Pero no me importaba el sacrificio, pues así la veía a ella: bulliciosa y alegre, menos una ocasión en que se durmió sobre el cuaderno por haberse quedado leyendo hasta la madrugada una novela un poco fuerte (andando los años lo oiría de sus jugosos labios). Sin darme cuenta, creció mi amor por Aretusa... No fueron pocas las veces en que, se entiende que a escondidas, lloré de rabia y frustración al saber que, si unos condiscípulos la encontraban asimismo graciosa, lo que provocaba mis furiosos celos, había quienes propendían a cualesquiera de las

otras que no le llegaban a ella al calcañar. Desesperado, pensaba noche y día cómo nadie podía fijarse en quien no fuera esa diosa, excepto sufriendo la mayor ceguera, como ocurría con un niño invidente al que sin embargo no quise perdonar, pues tenía a su alcance el registro de su voz, tan suave y melodioso, tan delicadamente inaprensible, que tampoco hubiera debido resistir sus atractivos...

—La querías.

—¡La idolatraba! Y como estaba tan hecho polvo, pensaba mi adusto padre que padecía del hígado, de apendicitis o, más prosaicamente, que me había pillado los dedos con el quicio de la puerta, como efectivamente ocurrió una opresiva tarde de invierno en que llovía y tontamente se me ocurrió experimentar qué se sentía...

—Continúa —dijo ella con dulzura.

—Si siendo niños, la situación era como acabo de plasmar, al hacernos adolescentes se complicó notablemente. Nuestro cuerpo (cada cual por su lado, ¿eh?) empezó a experimentar extrañas reacciones, lo que nos sumió en dura zozobra. Daba yo largos rodeos para evitarla, deseando ardientemente lo contrario; hacía ella lo propio y, como si nos pusiéramos de acuerdo, terminábamos por encontrarnos en la periferia del pueblo, donde, tras la mutua sorpresa, nos dedicábamos chanzas, las suyas más agudas e hirientes que las mías, que siempre he sido un poco torpe de expresión. A continuación, solía este que habla emprender la retirada, siendo un puñado de pelos en la coronilla lo último que veía ella de mí alejándose en la carretera...

—Debías de ser un joven encantador.

—Eso mismo pienso yo. Pero entonces estaba convencido de que no existía en el orbe miserable como uno. Llegué a escribir a un reclamo en el que solicitaban fenómenos de circo. Me contestaron a vuelta de correo preguntándome por mis habilidades y pidiéndome una foto. Con lo que creí abismal astucia, remití el fotograma de una película protagonizada por mutantes y asegurando que sabía jugar a tres en raya. ¡Deseaba poner la mayor distancia con el escenario de mi tragedia! En vano aguardé durante meses la respuesta...

Covadonga se puso en pie.

—¿Te apetece leche y unos bizcochos?

—Bueno —aceptó él—. Pero rápido, que se me va el hilo.

Covadonga regresó con una bandeja, y Héctor reanudó sus confidencias. Se sentía con la de moño tan a gusto como si fuera la madre que no tuvo.

—Es muy posible —remachó— que mi niñez, encaramado a una oxidada regadera, y mi triste pubertad me dejaran marcado en el terreno amoroso que comento, de donde mis cuitas, mi aflicción, mi sufrimiento y mi convencimiento de ser un mentecato.

Permaneció ella en silencio, mientras él desmigaba los bizcochos en el vaso. La mansión gravitaba inexorable sobre aquellos seres desgraciados. Covadonga, a quien el mundo tratara impiamente, suspiró con agudo pesar.

—Come, que está bueno —le animó.

—La verdad es que hemos ingerido como cerdos en el restaurante...

—Pues allá te va la mía —dijo ella tras leve titubeo—. Yo hubiera querido ejercer de madre, como habrás deducido de mi carácter y parafernalia, como también de que haya puesto el anuncio que te llamara la atención..., lo que se complementa de manera sorprendente —anunció, invitadora— con tu atormentada identidad de hijo, explicándose ésta al no haber conocido a la que te dio el ser, todo lo cual me ha contado Aretusa con pelos y señales. Es obvio que tu progenitor no pudo colmar ese vacío...

—Ésa es la impresión generalizada del ambiente.

—Mi sueño, y te lo digo para que me guardes el secreto, pues es tan alocado que pocos podrían comprenderlo, aparte de que se me acaba de ocurrir y tengo todavía que reflexionarlo..., mi sueño sería desposarme con tu padre, y no es que me apetezca demasiado, pues ni siquiera lo conozco y sólo he oído indignidades tuyas, de esas que no constituyen grandes delitos, por lo menos conforme a las humanas leyes, aunque sí en más altos tribunales de los que estoy segura tu padre se burla...

Héctor tosió.

—Es complejo lo que expresas —dijo—, si bien me llama poderosamente la atención tu inclinación a mi familia hecha de dos (la existencia de una hermana que casó según rumores con un fabricante de manguitos no ha llegado a comprobarse: sólo tenemos la palabra de mi padre). En cuanto a lo de unirte a él, te advierto que le

rondan unas y que son sendas cabezas huecas que no sé qué encuentran en un hombre que se prueba pololos por la noche.

Covadonga palideció.

—Eso no lo sabía...

—Así viene zumbando.

—Lo de mi enlace a perpetuidad con él —corrigió la mujer— quizá sea una tontería. En cualquier caso, insisto en que me gustaría ser tu madre. ¿Será llegada la ocasión de que sepas de mi vida...? —interrogó trágicamente.

61

Continuación del anterior

Afuera se cebaba la oscuridad. La lluvia repiqueteaba con fuerza en los cristales.

—Me pretendieron muchos siendo joven —arrancó la de la bata de candados—. Pero encontrándole a éste un defecto y a aquél otro, los fui desdeñando a todos sin la menor misericordia creyendo que las oportunidades se presentarían sin cesar, como en efecto así fue hasta que doblé la tercera década de mi transcurso. Entonces una mujer se quedaba a esas edades para vestir imágenes, que fue la actividad a que me entregué con ganas, ayudando a unas viejucas que no salían de la sacristía más que para darle una vuelta al puchero y esto, no siempre, pues también comían de conservas.

“En cierta ocasión en que estaba remendando la apolillada capa de un santo al que tuve devoción, paré mientes en que los años se me escapaban de las manos, como los guisantes que ayudaba a pelar a mi mucama, una excelente mujer mayor que me miraba con censura por el rabillo del ojo cada vez que rechazaba a un candidato... Porque debo señalar que a mi reja acudían los personajes más acaudalados de la provincia y limítrofes, si bien solían evidenciar el fallo de su carencia de urbanidad a la mesa, pues semejante bastedad se la comunicaba el ejercicio de la caza. Y con esto no quiero ser sectaria, ya que he conocido cazadores que manejaban exquisitamente los cubiertos, tal y como si fueran de la acera de enfrente, que esta duda me quedó de alguno...

—Qué me cuentas —dijo Héctor.

—Lo que oyes, y soy la primera en lamentarlo. Pero como iba refiriendo, las oportunidades pasaban, no siendo quien te habla muy consciente del asunto, aunque sí la vieja doméstica a quien llevaban los demonios siempre que yo sacaba a relucir mi abolengo y mis dengues. La oía como quien oye llover, como ahora mismo nosotros, gozando mucho con el sufrimiento de mis aspirantes, todos los cuales, invariablemente, habrían de casarse con otra más fea y menos rica, queriendo pasármela por las narices, a lo que me opuse, ganándome todavía mayor fama de soberbia.

El joven, que venía comprobando su accesibilidad más allá de la apariencia, se extrañó de la reputación.

—Mi criada —prosiguió ella su historia—, que respondía a un nombre godo impronunciable que se extinguió con ella y que no voy a revelar, ya que existen madres capaces de restaurarlo en la cabeza de sus hijas y no quiero llevar este baldón sobre mi conciencia; esta buena y abnegada servidora aunque un poco cascarrabias, que viera morir a sus catorce hijos uno tras otro a consecuencia de distintas enfermedades y accidentes, y cuyo marido desapareció en la emigración..., esta santa, decía, al observar mis miramientos, mis escrúpulos y principalmente una soltería que iba fraguando como el cemento, decidió poner insólito remedio. Me encerró —explicó— en un granero con un mozo, que sin pertenecer a familia muy encumbra-da tampoco era de los tirados por el suelo, y prendió fuego al forraje almacenado, claveteando previamente las salidas. El chicarrón, según el plan, debería dar muestras de arrojo, salvándome del incendio, con lo que yo quedaría impresionada, abriéndome de piernas, naturalmente después de pasar por el altar y que él ciñera una sortija en mi anular.

—La idea no era mala.

—Pero salió al revés. La sirvienta, y nadie venera su memoria más que yo, poseía menguada inteligencia, habiendo calibrado erróneamente la psicología del gallardo, que demostró ser lo contrario. En cuanto las llamas nos rodearon truculentas, aquél, poniéndose de rodillas, comenzó a rezar el *Jesusito de mi vida*, oración contra la que no tengo nada en absoluto y que todavía desgrano al acostarme, pero que en la situación apurada en que estábamos hubiera debido

subordinarse, o al menos caminar del brazo, con una impronta de energía cuasi heroica.

–Según veo –dijo Héctor–, se te dio a la vez un ejemplo bueno y uno malo.

Asintió Covadonga.

–No me quedó otra solución –continuó– que arremangarme, dar un patadón con mi menudo pie a unas tablas, que cedieron al estar medio quemadas, y cogiendo al muchachote en brazos, posicionarnos los dos al aire libre más allá de la zona de peligro.

Sudaba el joven con la emoción del relato.

–¿Qué pasó luego?

–La menegilda, que aguardaba fuera, comprendió a pesar de su beocia que la iconografía iba a la inversa, y antes de que el granero quedara destruido por completo, quedó robustecida, para su pesar y mi perpetua soltería, mi aristocratizante idea del matrimonio...

En el exterior, la lluvia se acompañaba de rasgos de tormenta. Héctor era curiosamente insensible acerca de la suerte de sus amigos, acaparando su dolor el paradero de Aretusa, que ahora compararía con el que destilaba la cruenta narración de Covadonga.

–¿Tienes sueño? –preguntó ella.

–No, tía –respondió el joven.

La anfitriona sufrió una emocionada sacudida.

–Me has llamado tía... –comentó al borde de las lágrimas–. No es el acercamiento de madre que quisiera, pero va en la línea... El episodio que acabo de narrar –dijo– confirió nuevo marchamo a mi conducta. Fallecida a poco la vieja celestina, dejé de emperifollarme como solía y, para mi asombro, encontré así mi verdadera personalidad. Pues si antes, rabiosamente apetecible, me asediaban innumerables varones, ahora, con mi purificado y nuevo aspecto, sencillamente no podía dar abasto. Al principio, no sabía a qué obedecía la incrementada aceptación, fuera de que descubrí hasta qué punto nos tienen sorbido el caletre a las mujeres las multinacionales de la moda y el perfume, pudiendo, no prescindir drásticamente de aquello que hermosea (que tampoco conviene exagerar), aunque sí mantenerlo en su justo límite. ¿Me entiendes?

–Hago esfuerzos.

—Mis renovados e insospechados atractivos hubieran debido ro-
dearse de un broquel para el pudor. No obstante, y merced a que
me costó entender que jugando al desaliño, aunque en modo algu-
no al desaseo, que son cosas distintas, se dieran tantos de bofeta-
das a mi puerta, bajé la guardia y me burlé de mis galanes, confrien-
do mi risa cantarina más irresistible aureola, si cupiera, a mi perso-
na. El camino de la perdición estaba abierto —suspiró—. Una noche
de carnestolendas en que me mostrara más dicharachera y superfi-
cial que de costumbre, franqueé la entrada a mis aposentos a un
embozado al que había estado haciendo toda la tarde, desde la ven-
tana, particular blanco de mi escarnio. Era mi intención seguir la
guasa... —se sonrojó.

—Sigue —rogó él—. Tengo depuesto un juicio adverso.

—Notarás que al llegar aquí me tiembla la voz y me agobia la des-
dicha... No es para menos. El embozado, del que me habría reído
hasta el día del Juicio, logró seducirme de manera tan fina y delica-
da que cuando me quise dar cuenta ya se había ido y yo me encon-
traba sollozando de rabia y de pena sobre el mismo lecho en que se
consumara el ultraje.

Héctor no sabía qué hacer ni qué decir.

—No debiera violentar con mi desolada historia a un joven —va-
cilo Covadonga—. Aunque reconocerás que evito lo escabroso, no
sólo porque me da mucho sofoco, sino en aras de mi femenina con-
dición, la cual prefiere elipsis y evocaciones indirectas antes que la
cruda y desnaturalizada descripción de un hecho fisiológico... Los
hombres —reprochó— tendéis con verdadera obcecación al brutal y
escrupuloso inventario de los mínimos detalles que referís hasta el
hastío, ignorando que el auténtico disfrute reside precisamente en
la omisión. Pero —se resignó— me he cansado de sostener esta tesis
allí donde me han llamado a defenderla. ¿Me sigues?

—No.

—Tampoco importa. Estoy abusando de tu confianza —se discul-
pó— máxime hallándote agobiado bajo el peso de una que se fue, lo
que habrá que remediar. Voy cerrando. De aquella tarde de debili-
dad y bochorno en que un organillo desgranaba sus notas en la ace-
ra (había olvidado mencionarlo), obtuve benigno fruto que habría
de ocasionarme colosal preocupación. Me refiero a un bebé sonro-

sado y gordezuelo que nació a los nueve meses justos en una covacha de montaña donde me retiré en el embarazo para no dar lugar a comentarios, aunque principalmente por seguir la tradición, pues para entonces las normas sociales me importaban un escupitajo, tanto como los cambios de gobierno, a no ser que medie un golpe de estado sacando los tanques a la calle, que esto lo encuentro ya más distraído...

“El niño se criaba sano y robusto en aquellos parajes olvidados, pero debía de estar escrito que mi mancha merecía purgarse con más penas. Acababa de acostar a mi pequeño después que succionara golosamente de mi teta, cuando oí lo que tomé por el susurro del campesino que me traía en días alternos las vituallas. Tras echar una mirada al churumbel, cuya cara un poco de torta (las cosas como son) expresaba la felicidad de los sueños que le acunaban, me puse temerariamente bajo las estrellas, no encontrando a nadie. Salté de una a otra peña, pues parecía que me llamaban de todos los sitios. Cuando me cansé de lo que creí estúpido juego, volví grupas a mi modesto hogar. ¡Pero qué horror al trascender la entrada! —se le desfiguró la cara con el recuerdo—. Lo encontré todo revuelto y el fruto de mis entrañas, desaparecido. Su cunita conservaba la tibieza de su cuerpo. Volví a salir y me desgañité llamándole, como si esa criatura pudiera responderme. Largas horas pasaron hasta que me encontraron con signos de congelación y locura unos pastores. ¡Jamás volví a ver a mi querube!

62

Que sigue al previo

Exclamó Héctor, después de un silencio impresionante:

—¡Quién hubiera sido ese hijo tuyo!

Se desconcertó entera Covadonga.

—Al cara de torta —reflexionó— lo raptarían unos bandidos, convirtiéndolo en temprano secuaz suyo, o sería arrebatado de su cuna por un oso... En el mejor de los casos, y si cayó en manos amables, terminaría confundido con los gañanes de montaña y actualmente no se diferenciaría de ellos, efectuando sus mismas incómodas

labores a cielo abierto. ¡Con el cuidado que yo ponía en resguardarlo de la mínima brisa...!

Héctor intentó consolar a la frustrada madre; pero su inexperiencia sólo le permitió unas consideraciones pazguatas. La desdichada se arrebujó en su bata.

Observando al joven con algún detenimiento, murmuró:

—Lo que has mencionado..., tu deseo, intuyo que sincero, de ser mi hijo... —vacilaba—. Lo has dicho para consolarme, estoy segura. Y en cierto modo lo has conseguido. Mi rorro ahora sería un hombre como tú, y tendría esa conmovedora actitud de pasmarote que tú afectas. ¿Sabes...? —cambió ligeramente de tema—. Me gustó que trajeras a Aretusa, y también el procedimiento de rondarla a la ventana a la manera antigua y que bastardos intereses buscan al presente erradicar. Por mi parte —agregó—, me habría llenado de dicha que tú también permanecieras en mi casa, pero comprenderás que no era conveniente... Ahora tu prometida ha volado y tú estás aquí, quien sabe por cuánto...

Héctor se puso muy nervioso.

—¡Tengo que encontrarla! —gimió—. ¡He de hacerlo antes de que ocurra un percance similar al que todavía gravita sobre ti! —advirtió en seguida que había metido la pata—. No he debido decir eso... —se excusó.

—No tiene importancia —dijo Covadonga—. Mi dolor es sólo mío.

—También me pertenece a mí —repuso el joven—. No eches en saco roto mi expresado e imposible anhelo de haberme formado en tus entrañas.

—¿Se elige el parentesco? —inquirió ella.

—Nos es impuesto. Pero en lo hondo de algún sitio coletea, como un renacuajo atrapado en una charca, una especie de libre disposición sobre el asunto.

—Entonces, ¿hay esperanzas...?

—¡No olvides jamás al renacuajo!

Covadonga se puso contenta.

—Tantas veces —confirmó—, antes de que se me quitara lo que era mío (si bien concebido irreflexivamente), recorrí en primavera tras la lluvia la región agreste mencionada, descubriendo entre las rocas una lámina de plata, en cuyo seno, como acabas de evocar, menu-

deaban esos bichos previamente a la metamorfosis que culmina en rana y cuyas fases se presentan en la mayoría de los textos colegiales del correspondiente curso... No diré que el adulto anfibio no tenga su poética (ahí están para ilustrarlo algunas fábulas), pero no me suscita tanta ternura como su cría, que tan bien has salido descifrar en mi alma...

Afuera cobraba fuerza la tormenta. Héctor, agotado por la emoción de la jornada, se dejó vencer por el cansancio.

Pronto quedó dormido en el sofá.

Covadonga trajo una frazada y tapó maternalmente al palurdo, cediendo al impulso de depositar un ósculo en su frente. Recordó cuando, con el mismo gesto, entre risas y gorjeos, deseaba a su pequeño felices sueños...

Pasó la noche insomne, haciéndose múltiples preguntas. El muchacho que la inmutaba de manera tan radical encarnaba a sus ojos a su nene, impulsándola con fuerza a adoptarlo... al menos espiritualmente. Debía clausurar el pasado, afirmando en su lugar a aquel a quien la suerte había impulsado a llamar a su puerta —en contestación a su impulsivo anuncio en el periódico—, como el pájaro atenido que pugna por devolverse al nido.

¡Lo había decidido! ¡Transferiría su desgarrado amor de madre a Héctor, pues ningún otro lo impetraba con tal ansia y ella se deshacía por endilgárselo a alguien!

Tomada esta resolución, la primera sorpresa fue darse cuenta de que, si hasta ahora venía simpatizando con Aretusa, empezaba a encontrar algunos fallos en la joven, el principal de los cuales lo conformaba su carácter independiente y una previsible futura discrepancia con Héctor, quien podría quedar desairado en público. Covadonga había tratado a la chica lo suficiente como para entrever esta posibilidad, y su reverdecido sentimiento protector se alzaba hostil frente a eventualidades que pudieran afectar negativamente a su retoño.

Por otro lado, estaba don Diómedes de Orozco. ¿Cómo había educado a su hijo? Lo de los pololos no terminaba de sonar correcto, y quien poseía esta costra moral podía perfectamente haberla transmitido al vástago, adoptando con probabilidad en este caso la forma de estulticia en el trato femenino. Además, este papá se incli-

naba en su propio caso a jugar a dos barajas, manteniendo viva la brasa en sendos corazones. El hombre que era capaz de esto ¿no dilapidaría también con alegría su dinero, dejando a su hijo en la indigencia? ¿Y no debería ella, Covadonga, dar un paso al frente y, como la leona que defiende a sus cachorros, disputarle los bienes a ese irresponsable, ora matrimoniando con él o solicitándole una entrevista para ponerle las peras a cuarto...?

Al amanecer, Covadonga se encontró al espejo marcadísimas ojeras. Se sintió orgullosa, ya que eran la física expresión de su recobrada identidad de madre. Pensara ella de siempre que tal condición íntima y vibrante debiera traducirse al exterior como ajamiento o cansancio. Desconfiaba de las de aspecto relajado y cuyos pezones no se agrietaran por la lactancia. ¿Había tenido ella los pezones agrietados? Lo había olvidado, y de haber carecido del estigma ello significaría haber estimulado, inconscientemente si se quería, el rapto del mocoso...

Por primera vez desde la dura prueba a que fuera sometida siendo privada de lo que más amaba, experimentaba algo parecido a la felicidad. Aceptó que el vituperado encargo de dar vida era primordial para las que conformaban media humanidad. Reconocía haber oscilado entre esta creencia y la contraria, cuando el convencimiento de no recuperar a su hijo la encaminó por estos derroteros... ¡Qué rencor experimentó de repente a la caterva de filósofos que la habían desorientado, en verdad que transitoriamente, con sus tesis, a quienes –sonrió– la Providencia había terminado castigando colocándolos de plumíferos a sueldo del poder establecido...!

Se dirigió a la cocina a preparar el desayuno.

63

La joven y su mentor

La noche anterior se consumaba el secuestro de Aretusa, habiendo sido brutalmente arrancada de su cama.

A hombros de su captor, que la alejaba a marchas forzadas del coyuntural hogar donde había llegado a sentirse aceptablemente cómoda, se esforzaba la joven en no ceder al pánico. Ignorando su

identidad e intenciones, juzgó preferible de momento no ofrecer resistencia.

Aminoraron la marcha. Una oscura mole se dibujó contra el palor del cielo.

Una llave se introdujo en una cerradura. Al entrar en una cabaña, y con ella todavía a cuestas, el mudo sujeto encendió un candil que arrojó matizados amarillos sobre un entorno de profusos cachivaches. A continuación, la depositó con suavidad en un somier cubierto de una manta, dejando ver su rostro.

—¡Solón!

El viejo sonrió, perruno.

—Estás a salvo —dijo tan sólo.

La joven se irguió, entre sorprendida y aliviada.

—¿Por qué has hecho esto? —preguntó.

El anciano se mostraba satisfecho.

—Te he puesto a buen recaudo —comentó—. Ahora, si quieres, patalea, que considero haber cumplido mi deber al haberte apartado de tus propias inclinaciones, por mucho que tanto tú como el llamado Héctor pretendierais abonarlas con la coartada de la soltera Covadonga. Ya ves —sonrió pícaro— cómo estoy enterado de todos los detalles.

Aretusa dilató, aún más asombrada, sus pupilas.

—Desafío —se reafirmó Solón— a quienes con embelecocos aspiran a perderte, lo que impediré con el auxilio de este arma —señaló una metralleta cruzada en banderola sobre el pecho— y la ristra de granadas que redondean mi cintura, no tan esbelta como la tuve de joven, aunque más decidida y dispuesta a llegar hasta el final, si cabe personalizar de esta manera esa zona de mi cuerpo.

La hija de la marquesa estudió el mencionado potencial de muerte y destrucción.

El viejo no estaba en sus cabales —reflexionó—, por más que se inspirara de los mejores sentimientos, y ella se encontraba ahora en el trance de hacer que fracasara su unilateral intento, que no paraba mientes en nada ajeno a la felicidad de Aretusa, naturalmente como él la entendía.

La cara de éste se dividió en mitad iluminada y otra en sombra.

—Sé lo que piensas —añadió— y harás bien en quitártelo de tu infantil cabecita que en tantas ocasiones acaricié sobre mi pecho. No hay posibilidad de torcer mi voluntad, que persigue tu verdadero bien y que la ofuscación te impide distinguir. Prácticamente —señaló— te criaste a mi dictado. Tu madre se desentendió de la tarea, lo que te marcaría, haciéndote voluble y caprichosa y no pudiendo yo solo neutralizar esos defectos, sino nada más que procurar su media atrofia y que no crecieran salvajes y anárquicos como la vegetación de la floresta virgen. ¡Impediré —se encendió— que te entregues al primer vicioso que te surja, el cual es ese Héctor que lleva engañosamente el nombre del más valiente de todos los troyanos, como sabrás si has incurrido en la lectura del ciego vate Homero! Ya sé —levantó una callosa palma que ni una vez azotara sus infantiles nalgas—, ya sé que te rebelas contra mis pronunciadas intenciones, pero tu rijoso busca lo que todos. Si lo sabré yo, que aunque valetudinario y senil sigo sometido al imperio de las gónadas. ¡Y sin más dilación —se arremangó, inclinándose hacia ella—, me propongo comprobar si tu enamorado cedió a su instinto en ti...!

Aretusa retrocedió despavorida.

El anciano discernió lo inadecuado del procedimiento.

—He estado a punto de ofender tu pudor —reconoció, volviendo a cubrir sus antebrazos—. Pero debo saberlo: ¿mostró Héctor contigo superior iniciativa?

Aretusa temió que su silencio fuera interpretado por Solón como tácita confirmación, induciéndole a verificar por sí mismo su hipotético quebranto.

—Lo más cerca que permanecí de él —afirmó precipitadamente— fue como la distancia entre farolas, y soy honrada y me refiero a las del centro, que ya se sabe que en la periferia distan más unas de otras.

Nadaba Solón en el turbio mar de su sospecha.

—¿Cómo —inquirió—, estando Héctor constituido normalmente, no ha logrado obtener de ti sino promesas? ¿Se espera de mi vejez que me lo trague? Por otra parte, convencido estoy de que no mientes, ya que de otra forma la existencia no merecería la pena de vivirse.

Contestó Aretusa:

—Lo tuyo es obsesión muy masculina, pero no por ello privada del peor gusto. Si nos amamos él y yo, ¿qué importa la distancia y si llegamos a suprimirla por completo? ¿Por qué te torturas con lo que no tiene más consistencia que el humo de un cigarro? Para ti —le mesó sus blancas barbas— seré siempre una niña, aunque me entregue a un batallón de milicianos, lo que tampoco tengo intención de hacer...

Tras otro tanto, quedó Solón tranquilo.

Singular zozobra, en cambio, se adueñó de la locuaz: temió que el hijo del de Orozco, desconociendo su paradero y las circunstancias exactas de su desaparición, sufriera esa particular hipocondría del amor que son los celos...

64

Detectivesco. Dudas

Volvemos a la siguiente noche.

Bajo un techo de cañizo, se refugian de la tormenta el detective Cazahombres y Pacomio, sin que se vislumbre huella de Julián Agridulce, el vendedor de corbatas.

Decía el primero, desusadamente tierno:

—Aquí estamos, detenidos por la tempestad, no lejos a lo que aventuro de nuestro físico objetivo, que se nos desliza de las manos merced a esa suerte que le viene caracterizando. Y precisamente ese amparo que lleva sobre sus hombros como un manto real me hace abrigar dudas acerca de la naturaleza de nuestro reprehensible encargo.

—¿Es de la especie que experimentó el de las corbatas al decirnos que no deseaba unir al nuestro su destino, tras lo que cogió su maleta de muestras perdiéndose con ella en la distancia...?

—No interrumpas —ordenó su jefe—. Siento simpatía por el gordo, encontrando censurable eliminarlo. Nada nos ha hecho y va derramando cortesía y generosidad por donde pasa. ¡Si se acaba de responsabilizar de una comida principesca para varios!

—Pagó otro —objetó Pacomio.

—¿El de Orozco...? —desniveló éste las cejas—. Sólo puso la cartera, o más exactamente su firma en la factura. Melquíades aportó el

pundonor y el ser, excelsas cualidades que morirían con él de obtener nosotros éxito. Cuando la persecución se alarga –agregó sentencioso–, se familiariza uno tanto con la presa que se hace cuesta arriba despacharla. Y si además el punto nos cae bien...

–Los que se ablandan pierden –advirtió el subordinado.

El Cazahombres se ensimismó largos minutos.

–Se me vienen encima tantos años en la profesión –reconoció al fin con inspirado rasgueo de guitarra–, sepultándome bajo cascotes de remordimiento. Ya no puedo negarme a la evidencia de que he venido sirviendo hasta el presente una causa no plausible, vendiéndome al mejor postor, que en tantos casos no lo era, pues pagaban tarde y a regañadientes. Pero ahora debo decir basta, negándome a colaborar a que nuestro perseguido dé un trapiés fuera del mundo.

Escuchaba Pacomio atentamente.

–¿Te hablé de aquel trabajo –inquirió el jefe, rememorando uno de los incalculables que podía sacar a colación– en que unas cartas sirvieron para causar la ruina a una familia, teniendo además el suceso efectos retroactivos en la fama, hasta entonces impoluta, de los antepasados, quienes quedaron, para expresarlo con franqueza, cubiertos de mierda y siéndoles retirados los títulos honoríficos que se demostraron obtenidos con dolo, engaño y mala fe...?

–No.

–Pues escucha –urgió el detective mientras afuera silbaba la ventisca, que transportaba por el aire farolas y árboles–. Eran los comienzos de mi detestable oficio, que emprendía con ilusión de niño, esperanza de doncella púber y coraje de ganadero conduciendo reses a través de miles de kilómetros, como tanto nos ha mostrado el cine, quizá con un punto de reiteración...

Pacomio comenzó a arrugarse como una pasa.

–Ya me toca el corazón, jefe...

–Aguarda a que entre en materia. Me encargaron –refirió– una investigación muy delicada en el seno de una familia exquisita y que gozaba, si no de simpatías, al menos del respeto de banqueros, empresarios, aristócratas... fiándoles además en el mercado. El caso era que se habían volatilizado de la caja fuerte unas cartas muy comprometedoras que escribiera en su atolondrada adolescencia la dueña de la casa, dirigiéndoselas a un pelafustán de malas trazas, el cual se

las terminara devolviendo tras la ruptura del noviazgo. Las cartas no contenían información específica, ya me entiendes, limitándose a ensueños consistentes en residir en un lugar costero, alimentándose de lo que pescara el fulano y permaneciendo el resto del tiempo con los dedos entrelazados en la playa y observando al final de la jornada cómo el sol se hundía en el océano con sus característicos reflejos.

“La familia, como es lógico, quería impedir a toda costa la difusión de estas misivas, para lo que era inexcusable localizar al sustractor. Marido y mujer ya no se hablaban, acusándose entre sí de la desaparición, pues nadie sino ellos tenía llave de la caja, cada cual la suya. Sus nueve hijos, todos menores de tres años (y no hagas cábalas, ya que se trataba de trío de trillizos) sufrían duramente el distanciamiento de los padres...

—¿Y no había sido ninguno...? —intuyó Pacomio.

—En los preliminares de la investigación —confirmó el Cazahombres—, resultó obvio que ni marido ni mujer eran culpables. Inyectados con el suero de la verdad y sometidos a tortura, se evidenció que la llave de él no saliera de las profundidades de su bolsillo en el lapso en que se cometió el robo. La esposa, por su parte, escondiera la suya en el canal alabastrino de sus pechos, donde ellas guardan lo que no quieren que se toque, si bien esto no rige para épocas convulsas o de guerra, donde el citado constituye el segundo lugar menos seguro de la tierra...

—No comprendo.

—Peor para ti —repuso el jefe—. Tras cinco años y medio de minuciosos rastreos, durante los que se fue al garete el crédito de la casa, pude demostrar que la caja fuerte, sin haber sido forzada y sin que las llaves se utilizaran en modo alguno, fuera dejada abierta en un descuido por el marido, ocasión que aprovechó el perdis inspirador de los renglones en discordia para hacerse nuevamente con las cartas y someter a chantaje a su autora, la cual y para complicar las cosas le venía recibiendo los jueves por la tarde a espaldas del marido para jugarse cuatro alubias a las cartas, según confesaron luego los dos por separado. ¿Creerás, Durandarte...? —interrogó.

Pacomio se sorprendió.

—¿Por qué me llama Durandarte?

—De repente me ha parecido un nombre evocador. Pero si prefieres el tuyo...

—Por favor.

—Pues bien, Pacomio: ¿creerás que después de los años que duraron mis pesquisas, habiéndose aclarado por último el misterio, tornó a reconciliarse el matrimonio, nombrando preceptor de sus hijos al don nadie y paseándose en adelante de su brazo los domingos...?

—¿Por qué habría de ponerlo en duda? —repuso éste.

—Pero como ya expresé —confirmó el jefe—, las investigaciones, minuciosas y prolijas, desempolvaban muy feas debilidades de los antepasados de él y ella que llegaron a oídos de cancillerías extranjeras, quienes las pusieron en conocimiento del Gobierno de la nación, el cual, en un acto que reflejó toda la prensa, retiró a título póstumo los galardones conferidos a quienes además figuraban en efigie en muchos parques, fundiendo el bronce de sus estatuas y transformándolo en bolas para que jugaran a la petanca los mayores.

Pacomio miró con admiración a su jefe.

—¡Laberíntico caso! —exclamó.

—Ese trabajo —reveló pesaroso el detective— dio pie a otros peores, llamándome mucho en adelante para encizañar a amigos bien dispuestos, hacer que riñeran novios que se querían hasta la muerte, arruinar a empresarios que todo lo debían a sí mismos y poner contra la espada y la pared a las viudas, con preferencia honorables y que no cedían su honor por un mendrugo.

—¡Pero ganó fama, prestigio...!

La frente del Cazahombres se llenó de arrugas.

—¡La fama! ¿Qué es sino un malentendido...?

—¿La celebridad no traza el verdadero perfil de la persona? —se sorprendió el ayudante.

—Para mí que no —respondió éste.

Pacomio reflexionó largamente bajo el cañizo.

—Creo, jefe —dijo al fin—, que se encuentra ante una crisis. Anheló dinero y distinción y se encuentra con ceniza. ¿Llegará a cumplir la misión encomendada...?

—No lo sé, Durandarte, no lo sé... —y se abismó contemplando los furiosos elementos.

Fiesta de disfraces

Paralelamente, el grupo acaudillado por Melquíades –purgado de los atrabiliarios ancianos, que habían enfilado vía propia– buscaba también refugio.

Nadie había echado de menos a Héctor.

El cierzo y la lluvia mordían las apetecibles carnes de la flamante viuda Aurelia, que resistía sin exhalar una queja. Don Diómedes de Orozco sopesaba si quitarse la chaqueta y ponérsela a su amiga sobre los hombros. Le detenía la fiscalización de la de alcurnia.

Atilano y José oteaban con ansia las fachadas.

Fue el adalid quien señaló:

–Desde allí nos hacen señas con un pañuelo.

–Es un calzoncillo que tienden a secar –corrigió el canoso clase baja.

–¡Aunque así fuera! –el gordo se dirigió, pétreo, al portal.

Sacaban en ese momento un féretro de niño.

Advirtieron entonces la ausencia del hijo del de Orozco.

–¿A usted le importa? –le preguntó Melquíades al padre.

Negó calmudo el de monóculo.

–Se trataba de un joven sensible... –apuntó con añoranza Aurelia.

Melquíades les precedió por la escalera, en uno de cuyos tramos se cocebaban unas mulas.

–Creo que es esa puerta... –aventuró el adalid.

Respondió a su llamada una peculiar anciana.

–Pasen, pasen...

–Por lo menos aquí no nos mojamos –dijo Atilano.

Avanzaron por un largo pasillo hacia una estancia de la que provenían risas y voces.

Se encontraron en una fiesta de disfraces.

Comprendieron que la vieja no era tal, encontrándose más bien en sus floridos veinte. Los invitados eran un bigotudo general con entorchados, una dama que representaba la pureza, un jardinero con su azada y un niño de pecho.

El militar era en realidad una antigua maestra de escuela que enloqueció en el ejercicio de la enseñanza, siendo acogida por unas monjas de la caridad de las que también acabaría distanciándose.

La dama que encarnaba la pureza, a quien los recién llegados masculinos no quitaban ojo, provocando cierto desvalimiento en Aurelia y la marquesa, había elegido su disfraz después de largo período de disipación y excesos, los que únicamente se delataban en forma de diminuto lunar junto a la comisura izquierda de la boca. Su disfraz dio pie a educados relinchos de Atilano.

El jardinero era un próspero comerciante de salchichas que lograra acumular una fortuna, la cual invirtiera miope en la promoción de un crecepelo que había dejado un reguero de sueños marchitos en medio continente, siendo de destacar que ahora le buscaban a él y al vivales de la fórmula, quien fuera visto por última vez sacando billete a Pernambuco.

En cuanto al niño de pecho, que figuraba genuinamente, se trataba de un estudiante de tercero de Derecho, que hartado de párrafos legales estaba madurando su traspaso a Arquitectura.

Quien les autorizara la entrada era la anfitriona, que les presentó a los demás.

—Unos, de pelanas... —dictaminó sobre tres—. El del monóculo, de currutaco ridículo... Y ellas, respectivamente, de furcia y aristócrata venida a menos...

La descripción les dejó momentáneamente mustios.

En seguida se encontraron bailando al corro de la patata.

—Me encuentro aturullado... —expresó Melquíades.

—Lo considero indignante —agregó el de Orozco, girando muy pegado a Aurelia.

Una fatigada serenidad distinguía el semblante del jardinero, quien miraba inquieto regularmente a su espalda. La dama que representaba la pureza emanaba formidable poder gravitatorio, mientras la anciana sostenía en brazos al de pecho, ronroneante de placer. Las condecoraciones del general tintineaban sobre su pecho, en diálogo con el sonido de los brazaletes de la marquesa.

—Un poco de jarana viene bien de vez en cuando —le susurró Atilano a la que conjuraba con su disfraz pasados excesos—. ¡No importa el gasto!

Ella le preguntó.
—¿Es usted acaudalado?
—Me sale el dinero por las orejas —respondió el clase baja sin dejar de dar vueltas.
La dama le observó con cálculo.
—En cuanto le vi supe que me encontraba ante un personaje distinguido...
José y Melquíades pudieron intercambiar unas palabras.
—Se la está camelando —dijo aquél.
—Veremos... —recló el líder.
El lactante le confesaba a la anfitriona desde sus brazos:
—Con usted me siento realmente como un niño.
Avanzando la rueda, conversaban la marquesa y Aurelia.
—Hemos de llegar a un pacto —ofreció la primera.
—Estoy de acuerdo.
Inmediatamente, se hicieron amigas.
—Me lo puede decir en confianza —exhortó Aurelia—: ¿Es verdad que la desahucian?
Confirmó la de alcurnia.
—A no ser, ya lo dije, que encuentre una solución de urgencia.
—No hay que desesperar —la animó ésta—. Mi vida era un infierno hasta que mi marido tuvo la buena ocurrencia de morirse.
—¿Intervino usted en ello?
—Indirectamente. Hacia el final, cuando ya no había esperanzas, me sentaba a su cabecera y le miraba fijamente. Ello le causaba movimientos peristálticos. Según autoridades médicas que consulté en secreto, mi actitud pudo acelerarle el deceso.
—¿Lo hacía a propósito? —preguntó la aristócrata.
Aurelia suspiró.
—¿Quién puede escudriñar los móviles humanos? —y agregó—: Sí. El de Orozco hacía esfuerzos por escuchar la conversación.
Alguien urgió:
—¡Menos palique y más garbo!
—¡Ni un milímetro fuera de la circunferencia! —intimaba la maestra, atusándose el bigote—. ¡Al que se detenga, lo mando fusilar!
Atilano seguía platicando con la dama de pureza.

–Acostumbro a funcionar en yate –le decía–. Pero estoy pasando temporada en tierra...

66

Llama un inspector (administrativo)

Un vecino del piso de abajo había subido a protestar. Con su comisión y su gorrito de borla, no desentonaba de la fiesta.

–¡Mañana debo levantarme muy temprano! –repetía.

–¿A qué se dedica? –se le preguntó acullá.

–Soy inspector administrativo –respondió–. Me presento inopinadamente en dependencias oficiales y, si observo lo que no me gusta, coloco un paquete de no te menees.

Se adelantó la convidante, dulcificando sus arrugas.

–No habrás subido con esa intención...

–Hola, Rosamari –la saludó el vecino moviendo con furia su pompón–. Casi no te reconozco. ¡Tengo que descansar –se quejó–, me espera un día muy ajetreado...!

–¿Algún asunto especial? –inquirió Melquíades.

Resolló el hombre.

–Me toca ir sobre una pandilla de desaprensivos que se lo pasan comentando la historia nacional, intentando proyectarla imaginativamente hasta el presente, sin tener en cuenta las directrices de su departamento, que aboga por su ignorancia pura y simple. ¡Voy a caer como una tromba! –afirmó, sañudo–. Suplico por tanto que, dada la responsabilidad de mi tarea, me permitan pegar el ojo por lo menos unas horas.

Volvió a hablar Rosamari.

–¿Por qué no te sumas a la diversión? Aunque no duermas, te permearás de una alegría que se traducirá en saneados éxitos mañana.

El vecino se amoscó.

–No me conviene estar alegre, sino adusto. Mi obligación es perseguir con mi moral bichero a individuos aislados que, situados a distintos niveles en el escalafón, pretenden mantener un índice de profesionalidad que redunde en beneficio de la sociedad a la que

sirven. Siento si hay aquí alguno de éstos, pero sepan que están ante su enemigo jurado.

Atilano se dirigió al extraño:

—Es usted un jodiendas, amigo, y perdone que se lo manifieste. A tipos como usted los tengo yo muy vistos, recordándome especialmente a un empresario de coloniales que nos traía bien derechos a los horteras, sin que se pudiera apartar de la idea de que trabajáramos.

—Eso debió de ser en tus difíciles comienzos... —atinó a expresar la encandilada dama de pureza.

—¡Tú te callas! —ordenó el repartidor—. Y procura no andar distorsionando.

—Cómo las gasta... —se dijeron Melquíades y José.

El vecino extendió la mano al clase baja:

Alfonsito, para lo que guste...

—El gusto es mío —dijo Atilano secamente.

—Así que, por favor... —insistiera el de la borla—, si no causa mucha extorsión... ¡Y por lo menos tengan la bondad de estarse quietos mientras hablo!

Le habían dejado en medio del corro.

—¿Puedo preguntarle dónde ha adquirido su tocado? —le interrogó José, con objeto de limar asperezas.

—En una tienda situada en esta misma calle, regentada por dos pulquérrimas ancianas.

Intervino el general maestra.

—Las conozco —dijo—. Quince promociones por debajo de la mía. Envejecieron a su estado actual en su primer año de práctica.

El de pecho exclamó, aferrándose a Rosamari:

—¡Con qué velocidad viven las gentes! Yo procuro, como advierten, frenar el devenir, que se escapa como el agua de un cubo agujereado.

—¡Un cubo! —el de Orozco encontró vulgar el ejemplo.

La marquesa se cubrió la cara con las manos.

—¡Es horrible! —sollozó—. ¡Jamás había sido tan consciente de que somos un torrente de montaña precipitándose hacia el llano!

Objetó Aurelia:

—Pero en la planicie el caudal adquiere majestuosa lentitud, dilatándose hacia la desembocadura lejana... Y en cualquier caso, siempre puede darse un golpe de timón. Yo soy el vivo ejemplo de lo que digo —dio sobre sí una vuelta completa.

Don Diómedes la apresó violentamente del brazo.

—¡No tolero que te exhibas de esa forma!

Se deshizo el círculo.

Expresó el jardinero de la azada:

—Es posible que yo pueda aportar alguna luz. Lo del crecepelelo, que contaré en otro momento a aquellos que lo ignoren, me dejó marcado y aprensivo. Eran las salchichas mi negocio prístino, según llegó a saberse porque yo mismo lo publicitaba. Confieso que las aborrezco, a pesar de haberme proporcionado apreciables dividendos que, después de mi negocio, reinvertía en las industrias patrias. Sin modestia, estoy en condiciones de afirmar que soy uno de los responsables del reciente auge económico de nuestra nación y del que quien más quien menos recogiera sus migajas...

La aristócrata le contempló con rencor. Su maquillaje se precipitó al suelo, siéndole cortésmente devuelto por aquél. Dijo ella:

—Sus maquinaciones han arruinado a familias de solera. Por su causa, me encuentro en comprometida situación.

—¿Es usted la marquesa de...? —preguntó el de la azada.

—La misma —reconoció ésta con un orgulloso movimiento de cabeza que desprendió peligrosamente de sus arracadas algunas piedras falsas.

—He oído hablar —admitió su interlocutor—. Pero le aseguro que no tengo que ver en su caso.

La de alcurnia quedó desairada. Aurelia se acercó a consolarla.

—En los momentos difíciles es cuando se agradece un hombro amigo —dijo.

—¡Déjeme! —se debatió ésta.

El lactante, depositado en un canapé por Rosamari, platicaba con Melquíades:

—Tiene sus ventajas ser de teta. Así se me han abierto muchas puertas.

—¡No será tanto! —el adalid intentó tirarle de la lengua.

—¿No me cree? —el bebé enarcó una ceja—. Sepa que me han querido amamantar de linajudas prosapias.

—Es posible que en circunstancias extraordinarias...

—De las más normales —aseveró el de pecho—. En cierta ocasión en que obré de niño abandonado, colgándome del cuello el anuncio correspondiente, fueron millares las que me reclamaron como hijo. También damas casadas se mostraron dispuestas a arrostrar el oprobio e incongruencias cronológicas con tal de mecirme en su regazo.

—Tendré que aceptar sus palabras —repuso el gordo.

—Sé lo que me digo —concluyó el bebé, taladrando con la mirada el viejo sayal de Rosamari.

Melquíades, que lo observó, inquirió:

—No me lo diga si no quiere, pero ¿existe algún vínculo entre usted y la dueña de la casa?

—No es la dueña —negó éste—. Hemos alquilado el piso a escote.

—No rehuya mi pregunta.

—Pues bien —dijo, severo—: no.

—Se diría que guarda con ella una relación particularmente estrecha... —insistió el adalid.

—En todo caso sería asunto de ambos —respondió, envarado, el del pañal.

La antigua maestra de uniforme comentaba ante el retrato naval de un almirante:

—Ahora que ya no preciso esgrimir autoridad, la derrocho a manos llenas. Recuerdo la mirada de aquel desarrollado muchachote que hacía que sistemáticamente me equivocara en la pizarra demostrando el famoso teorema de Pitágoras. Ahora sería capaz de sostenerse, la mirada... Pero entonces, joven, me temo que bella y sin apenas recursos psicológicos, sus ojillos burlones eran como alfileres que se me clavaban en el alma, haciendo antes escala en mis redondas posaderas... ¡Será que las cosas llegan cuando ya no se necesitan!

Alfonsito, el vecino de abajo, había escuchado estas palabras.

—¡No hable así! —rogó—. Detrás de ese aspecto militar e imponente —dijo, untuoso— y embozado en esos bigotes cenicientos, apostaría a que sigue guardando un corazón de doncella.

El de alta graduación se ruborizó hasta la raíz del pelo.

–¡Caballero! –exclamó.
 –Empiezo a agradecer haber subido –Alfonsito hizo girar circularmente su borla.
 –Va usted muy aprisa... –insinuó con coquetería el general.
 –No lo creo así –denegó éste-. Llevo años persiguiendo un sueño. Ahora es cuando despierto.
 –Dijo que conocía a Rosamari... –apuntó ella.
 –Nos tratamos con mutua confianza.
 –¿Hasta qué punto? –quiso saber el general.
 –¡Estás celosa...! –dijo él muy complacido y pasando al tuteo.
 –Dímelo –pidió con mimo el de uniforme.
 Melquíades y José no perdían coma.
 –Aquí crecen los idilios como las setas en el bosque –acusó el primero.
 –No deja de ser bonito –suspiró José con otoñal melancolía.
 –¡Naturalmente! –convino el gordo-. Pero del acuerdo de unos nace el dolor de otros.
 –¿Es por alguien en particular...?
 –La máxima tiene carácter genérico.
 –Todo hecho evoca su contrario –dejó sentado el soñador.
 –¡Jamás he encontrado a nadie que se atreviera a discutirlo!

67

Se alterna

Atilano, acrecida su seguridad en el ambiente, intentó también abarcar a la maestra:

–¿Es usted pundonoroso, general?
 Alfonsito se interpuso:
 –¿Le importa...?
 –Estoy hablando con la señorita –cortó el canoso.
 –¡Le advierto que soy experto en aplicar el reglamento!
 –¿Observa mis nudillos llenos de cicatrices? –mostró con chulería el clase baja.
 –No puedo evitarlo si me los columpia ante la cara.
 –Pues se los puedo estrellar ante la misma.
 –¿Cambiaría algo esencial? –inquirió Alfonsito sin achantarse.

Reflexionó el repartidor.

—Admito que no —dijo al fin.

El general solicitó con abandono:

—¿Me traerían una limonada...?

—No hay —replicaron a la vez Alfonsito y Atilano, a punto de pegarse.

La maestra se dirigió con altivez a la ponchera, de la que se sirvió unos cuantos vasos.

—¡Sé valerme por mí misma! —masculló.

Atilano, dándole la espalda a Alfonsito, quien consideró oportuno hacerse el distraído, volvió a cercar al de uniforme.

—Perdóneme la confianza —le pellizó el trasero envuelto en tela caquí—, pero me gustaría saber lo que hay debajo.

No recibió contestación.

Regresó junto a la dama de pureza, que le aguardaba dolida.

—¿Nos retiramos detrás de esas cortinas...? —propuso él.

Se enojó ella.

—¿Después de hacer con otra los preliminares?

—¡Qué se quiere! —se excusó éste—. Estoy acostumbrado a no desperdiciar las ocasiones. Mis maestros que hubiera tenido así me lo habrían aconsejado.

—Lo de las ocasiones se aplicará en particular a los negocios.

—¡Ahí quería yo llegar! —confirmó Atilano—. No reconocerlas puede significar la diferencia entre el éxito y la ruina.

—Para usted la segunda será una desconocida... —coqueteó ella, más amable.

Sonrió el humilde con la mayor desenvoltura.

—Para alcanzar mi posición actual he debido hacer innumerables sacrificios. Unas veces caía a un lado de la valla y otras, al contrario. ¿Observa mis canas...? Pues me las han ocasionado las preocupaciones. Bien es verdad que me dan un aire distinguido...

Melquíades y José, en un rincón, eran público escogido.

—Si no lo viera, no lo creería —comentó, atónito, el primero.

—Creo que ya puede volar solo —dijo el otro.

—Conque de vez en cuando se digne visitarnos...

—Su felicidad es lo primero. Y tú tendrás la satisfacción de haber contribuido a ella.

–No aminores tu parte, José.
 –La asumo, principalmente en lo que haya resultado equivocada.
 –Me honras y te honras –acreditó el adalid.
 –¡Mucho nos hemos entregado!
 El jardinero pasaba a su lado en ese momento.
 –¡Respétense a sí mismos! –les pidió.
 –Es lo que venimos haciendo desde que un día nos juntamos –
 arguyó José, perplejo.
 El de la azada les miró con lástima.
 –Lo están poniendo peor, no sé si se dan cuenta.
 Un poco separado, don Diómedes de Orozco intentaba llamar la
 atención de la anfitriona.
 –Es la cuarta vez –le dijo Rosamari– que se quita a mi paso un
 sombrero imaginario.
 –Celebro que se haya dado cuenta –el de monóculo se puso re-
 bosante de ilusiones.
 –Ojo, que no nos conocemos –advirtió ella.
 –¡Qué importa! –exclamó éste, mostrando un colmillo retorcido.
 El estudiante de tercero de Derecho comenzó a hacer pucheros
 desde el canapé.
 –Debo atenderle –se disculpó Rosamari.
 El elegante quedó corrido. La marquesa y Aurelia reían a mandí-
 bula batiente.
 Aquél se aproximó con leve giro del bastón.
 –¿Se pasa bien? –interrogó.
 –¿Y usted...? –le replicaron.
 –Estoy algo cansado –confesó, sentándose en una silla.
 Aurelia le guiñó un ojo a la otra.
 –No tiene buena cara –dijo.
 –¡Malísimo color! –corroboró la de abolengo.
 La reciente viuda entrecortó un falso sollozo.
 –No me sorprendería que le ocurriera lo que a Alberto.
 –¡Y en casa extraña...! –secundó la de pulseras.
 Don Diómedes empezó a ponerse pálido.
 –¿Me ven tan grave...? –preguntó con un gañido.
 Le arroparon entre las dos con una manta.
 –¡Con lo que ha sido! –exclamó la de alcurnia.

- ¡Tan adorable!
- ¡Tan cumplido!
- ¡Tan caballeroso!
- ¡Tan de Orozco!

El atribulado sintió que la habitación le daba vueltas. El sonido de las voces le llegó distorsionado, y los semblantes se le hicieron borrosos.

Instantes después se desmayaba.

–No habremos extremado la nota... –temió Aurelia.

–¡Por picaflor! –remachó con encono la aristócrata.

68

Se conversa

–Pronto amanecerá –dijo el vecino, melancólico– y seremos arrojados a la vía pública en dura pugna con nuestros congéneres.

–No se lo tome tan a la tremenda –aconsejó el de pecho.

–Como usted se queda tan ricamente durmiendo...

–Se equivoca. En cuanto el primer rayo de sol acaricie los tejados, seré tan adulto como cualquiera.

–Me gustaría verlo.

–Dentro de nada –prometió el lactante–. ¿Y tiene intención de castigar muy duramente...? –preguntó.

–No tengo otro remedio –respondió Alfonsito–. De otro modo, me perderían el respeto. ¿Sabe...? –inquirió, malicioso–. He corrido la voz entre el funcionariado de que asolaré determinado negociado... Pero me presentaré –rió– en una inesperada dependencia cuyas coordenadas tracé antes de acostarme y que sólo yo conozco.

–Corríjame si me equivoco –insistió el pequeñín, volviendo a escudriñar a Rosamari, que ondulaba su cuerpo por debajo del disfraz–. Justamente en el departamento en que le aguardan será donde no se le va a ver el pelo...

–Veo que me comprende.

–... Mientras en el otro sitio, esa minoría ilustrada que persigue opinará sin la menor cautela, llegando incluso a acertar en el diagnóstico de males. Quién sabe si, sintiéndose seguros, no celebrarán una fiesta...

Alfonsito le contempló con admiración.

—Pocos tan despejados como usted —le alabó—. Imagine la cara que pondrán —agregó regocijado— cuando yo, el inspector temido y a quien se supone lejos abroncando a unos pardillos, caiga sobre ellos como el gavilán sobre los polluelos...

Preguntó el del pañal:

—¿Lo suyo es algo personal?

—No sabría decirle —el de la borla la movió indeciso—, aunque he de reconocer que con los años he ido adquiriendo vocación.

—¿No habría encontrado campo más adecuado como chantajista?

Alfonsito respiró con añoranza.

—Lo intenté —reconoció—, pero en esta actividad uno nunca puede descansar tranquilo. Aparte, claro, el problema de situarse fuera de la ley. Le contaré una anécdota. Hace bastante, llegaron a mis manos unas fotos muy comprometedoras. Personas ilustres y consideradas habían sido retratadas comiendo macarrones con tomate, actividad que ejercían en secreto cada lunes, en que supuestamente se reunían con el consejo de administración de sus empresas... Los próceres no podían permitir que se hicieran públicas las instantáneas, y decidieron jugarse el todo por el todo. Obtuvieron la colaboración de unos matones, quienes tras romperme la mayoría de los dedos me condujeron a un sótano, someténdome a sevicias. Se me quitaron las ganas de chantajear a nadie...

—Tuvo suerte: otros no lo han contado.

—En eso se equivoca. Las memorias de los dedicados al chantaje inundan los escaparates de las librerías. Aunque la mayoría —informó— son bellísimas personas que han fingido el arrogante delito solamente para ver un texto suyo impreso.

—Para todo hay que valer.

—Nuevamente incurre en un error: si quiere abrirse paso en la maraña de intereses que entre todos hemos creado, procure no servir de nada. Yo, para obtener mi puesto de inspector, he tenido que ocultar que soy una especialidad mundial en numismática.

—¡Me sorprende!

—No todas las noches puedo dormir tranquilo —confesó Alfonsito, sudando levemente—. Temo que se me presenten con una orden judicial y me detengan. A partir de aquí, y si me aplican electro-

dos al prepucio, sería fácil demostrar que Maromo y yo somos la misma persona.

—¿Maromo...? —se extrañó el de pecho.

—Con tal pseudónimo firmo los boletines internacionales de tan bella como inútil y sobre todo cara afición.

—Comprendo entonces que tenga un carácter tan agriado...

—¡Y pensar que fui un niño que sonreía como todos!

—Me cuesta creerlo, la verdad.

—¡Como que es mentira! —objetó, cínico, el de las monedas—. ¿Entiende ahora que tenga que recurrir a la doblez...?

—Compadezco a esos infelices sobre los que caerá su cólera.

—Es el reglamento —se encogió de hombros el inspector—. Y lo retuerzo como una toalla mojada.

—Le odiarán.

—¡Y tanto! Una vez encontré publicada mi esquila en el periódico. Me pasé el día pellizcándome el escroto, dudando de si todavía flotaba en este oscuro valle.

—¿Llegó a identificar a los autores?

Denegó Alfonsito.

El bebé sufrió un escalofrío.

—¡Me empieza a dar miedo!

—Es para ello —convino Maromo—. Por esta razón, necesito disponer de todas mis facultades. Un paso en falso...

—¡Canallas!

—Hay que juzgarlo con objetividad —matizó éste—. En ocasiones he apretado demasiado las clavijas. Cierta vez, en orden a uno de mis informes, un funcionario fue desplazado a las Chimbambas. ¿Sabe dónde pillan...?

—He oído hablar.

—Murió allí, enfermo de dolor y de nostalgia, después de haber puesto en marcha una tómbola que dejaría en herencia a un lazareto. Pienso si no extremé la mano... ¡Pero no pude soportar lo de la tómbola!

Le interrumpió el bebé con desconfianza.

—Se desprende que lo de la tómbola sería con posterioridad a su destierro... Malamente pudo ser causa para que usted le enviara al ostracismo.

–Tiene razón –Alfonsito le palmeó la barriguita–. He olvidado mencionar que también se ocupaba de las apuestas en la oficina, cuyos beneficios se invertían en visitas a museos.

El del pañal arrugó el semblante.

–¿Le molesta que lllore?

–Si es su gusto...

El estudiante de tercero de Derecho tornó cárdenos sus sonrosados mofletes y copioso llanto manó de sus afluentes lacrimales. Pateó al indefenso vacío, esgrimiendo asimismo los puñitos. Cuando parecía a punto de ahogarse, expelió oportunamente el aire, volviendo enseguida a recogerlo, operación que repitió varias veces.

La anciana Rosamari, que junto con Aurelia y la marquesa se ocupaba del de Orozco, el cual volvía poco a poco de su desmayo, se giró para atenderle.

–¡Mi pequeñín...! –gorjeó.

Atilano intentaba forzar a la dama de pureza.

–Nos ven... –protestaba la mujer.

El clase baja adelantó la zona pubiana.

–¡Pichona!

–Qué atrevido...

–¡Lo vas a ver!

Desaparecieron detrás de las cortinas.

Melquíades y José estaban abochornados.

–Reprobamos absolutamente su comportamiento –se sintieron obligados a expresar.

El repartidor emergió en breve, abotonándose jactancioso la braguita.

Nadie se atrevió a decirle nada.

69

La historia de la anfitriona...

Para olvidar el episodio, dijo Rosamari:

–Soy joven con su veta de lascivia. Aunque lo segundo, por suerte o por desgracia, únicamente en el plano teórico, ignorando cuándo, dónde y por qué, y sobre todo con quién, comenzaré a deslizarme por el lago helado de la práctica...

—¿No ha utilizado un tropo algo extraño...? —le preguntó Melquíades a José.

—No me cabe duda —respondió éste.

—Veremos en qué para —el gordo se dispuso a seguir escuchando.

—... Y aquello que parecía palacio era en realidad jaula para mí... —refería en ese momento la anciana.

—¿Nos hemos perdido algo importante? —preguntaron aquéllos al que tenían al lado, que era el general con entorchados.

—Su inicial niñez —contestó el cuál—, caracterizada por superabundancia de comodidades materiales, un padre amable aunque distante y una madre fría en la exteriorización de sus afectos.

—Gracias —dijeron.

Continuaba Rosamari:

—... Y entonces mi madre, de quien el general ha trazado magistralmente su carácter con leve pincelada, le dijo a mi progenitor: Julio, no podemos seguir así... Advierto a los distraídos que por el nombre citado respondía el autor de mis días, y que recibiera en la pila bautismal.

Murmuró Atilano:

—Lo que me gusta es que lo explica para que nos enteremos los más lerdos.

La dama de pureza, sintiendo enfriarse su entusiasmo, hizo ademán de alejarse un palmo.

—¡Quieta, maciza! —la retuvo por la cintura el clase baja.

La relatora contaba:

—... Llamaron pues a un abogado muy famoso y que cobraba unas minutas como para caerse de espaldas y que por eso tenía fama en todo el país, y mi padre le dijo: ¡Alberto...! Se conocían de antiguo —explicó—, reuniéndose el llamado Julio, o sea mi padre, y el que respondía por Alberto, vale decir el abogado, para emborracharse los fines de semana y cantar obscenamente junto a las tapias de un convento de clausura.

—Siento interrumpir... —sesgó José—. ¿Estudiaron juntos en la Universidad su padre y el abogado Alberto?

—No —negó la anciana, mostrando inadvertidamente un pecho suave como terciopelo, como algunos que lo palparon habrían de atestiguar más tarde—. Mi padre ultimó con brillantez la carrera de

Arquitectura –el estudiante de Derecho prestó mucha atención–, especializándose en construir puentes, los mismos que no supo o no quiso tender hacia mi madre, cuya personalidad fue siempre un enigma para él. En cuanto a Alberto, ya he dicho que era abogado, si bien de joven le tiró la tauromaquia. Ambos trabaron de niños amistad en el colegio. ¿Puedo seguir...?

–¡Adelante! –exigió con todo su ascendiente el general.

La anciana agitaba involuntariamente bajo el sayal sus redondeces.

–Las negociaciones de la separación amistosa se alargaron –dijo–, ya que ninguno quería quedarse con la niña, que lo era yo y de pocos años, debido a los cuales apenas entendía lo que estaba sucediendo, y me pasaba el día sentada junto a la maceta de un geranio cuya tierra mi personita hurgaba con un palo, siendo ésta una de mis mayores alegrías por entonces. Era quien les habla una niña preciosa, de sedosos bucles y bonísimo carácter, que hacía los deberes en letra inglesa y se comía entera la merienda, incluido el zumo de naranja o en su defecto el plátano, que siempre me han repugnado y lo consigno ahora por vez primera...

Se destacó nuevamente José. Con expresión ufana y levantando un dedo, interrogó:

–¿Me equivocó si anticipo que el abogado Alberto, visto el panorama entre sus padres, uno de los cuales compartiera con él aula en la infancia, efectuó un serio intento de adoptarla, ofreciendo parecido bienestar al que estaba acostumbrada...?

A Rosamari se le salió de sorpresa el otro pecho, de idénticas características a su gemelo.

–¿Cómo ha podido saberlo...? –articuló.

El soñador mostró el retrato de su amada.

–Me inspira esta borrosa cartulina –reveló–. Y voy más lejos –añadió–: ¿A que se hizo firme la adopción, discurriendo inicialmente conforme a lo esperado...?

–Si desea narrar usted mi historia... –dijo ella.

–Tendrá mayor crédito si sale de su boca. En mi caso, pensarían que invento.

–¡Pero ahí estaría yo para corroborar o dar mentís!

Rehusó José.

Suspiró con paciencia Rosamari.

—Me resulta doloroso lo que viene... —expuso—. Efectivamente, me acogió Alberto. La única condición que puse por mi parte fue llevarme la maceta del geranio, que no valía un pimiento pero que para mí poseía hondo valor sentimental, pues me acompañara en mi triste soledad habiendo regado sus grumos de mis lágrimas, que no bastaron para impedir que la florecilla se agostara, para terminar definitivamente tronchada por mis manos en una de las crisis infantiles que me dieron... Alberto —continuó tras un descanso que quien más quien menos aprovechó para dar una cabezada—, al principio, se portó cabalmente como un padre, aunque insistió en que le llamara por su nombre, lo cual constituyó indicio sospechoso, habiendo sido preferible denominarle “tutor”, “tío” o más formulariamente “don Alberto”. Mis padres, entretanto, se habían reconciliado, mudándose a Río de Janeiro, que les deslumbró, juzgando ser el sitio donde hubieran querido nacer ambos, crecer, vivir, morir acaso, aunque en esto último ni pensaban... No volví a saber de ellos hasta la semana pasada, en que recibí una postal de la ciudad citada con una playa abarrotada de turistas que aseguraban contemplar todas las mañanas desde la terraza de su lujoso apartamento. Incluían un testimonio jurado de la municipalidad que señalaba que, aunque excéntricos, se les consideraba de buena disposición, al extremo de que pensaban darle el nombre de la pareja a un orfanato. Esto, en lo que atañe a mis padres...

—Pasemos ahora al tío Alberto —invitó José.

—Alberto a secas —dijo ella—, como gustó de ser nombrado. De pequeña, me llevaba mucho al circo, comprándome golosinas y multicolores globos. Pero a partir de una edad que no puedo precisar, cesaron aquellos regalos, siendo substituidos por flores y bombones, mutación que no es tan inocente como parece a simple vista...

—Es obvio que el afecto —acotó el general—, aunque pudo eventualmente mantenerse al nivel e incluso superarlo, cambió de graduación...

—El circo —reanudó Rosamari—, que me encantaba por su bullicio y alegría, hubo en esa etapa de preterirse por el teatro, desde cuyos palcos no siempre se contemplaba la meritoria obra de un autor desconocido que aguardaba en su solitaria buhardilla el aplauso universal, sino que por regla general tenía su desarrollo en el ámbito de

un dormitorio donde cobraban substancial protagonismo un armario, varias puertas y la zona de debajo de la cama, que solían ocupar con insistencia individuos en paños menores que allí trababan amistad... Incluiré otro detalle –avisó–. Cuando el perillán de Alberto me compraba un vestidito, lo que hacía con frecuencia, porque se las daba de munífico (y lo era), entraba conmigo al probador, aportando decidido su opinión. Más adelante, cuando al crecer yo hubiera debido abolirse la costumbre, cobró por el contrario más arraigo, ofendiendo mi decoro embrionario y llamando en el comercio la atención. ¿Me van siguiendo...?

–Relativamente –dijo Atilano, dándole un severo azote en las caderas a la dama de pureza, que hacía nuevo intento de apartarse–. No se termina de saber si por las fechas pasaron a mayores.

–Me voy a permitir –respondió ella– desautorizar el comentario, ya que lo juzgo peligroso. Lo digo por el bien de Alberto, que sigue integrando a título póstumo uno de los bufetes más reputados del país...

La marquesa y Aurelia se abrazaban por encima de un convaleciente don Diómedes de Orozco. Melquíades bostezó abusivamente, mientras Alfonsito comentaba con el de la azada alguna cuestión sobre el de pecho, que se había quedado dormido como el bebé que figuraba. El general fruncía el ceño, y José atendía como nadie.

El repartidor se decidió a expresar:

–Creo que el tal Alberto era un tío listo.

Rosamari desnudó ambos pechos en silencioso homenaje a estas palabras.

–Se comportó diversamente conmigo –reconoció–, lo que quiere decir que unas veces me complacía y otras, no. Aunque nunca dejaba de intentarlo. Emprendimos multitud de viajes, evitando en lo posible Río de Janeiro, ahora sé por qué... –agregó con una mueca–. Me cubría de regalos, joyas, vestidos..., entrando por norma al probador, de lo que yo había desistido de apartarle. En algunos países más pacatos aún que el nuestro intervino la gendarmería, la que luego se deshacía en excusas al recibir de Alberto un sobre abultado del que siempre ignoré su contenido. Tan pronto nos subíamos a un crucero como ocupábamos la suite más lujosa de un hotel. Teníamos a nuestra disposición una flota de vehículos por tierra, mar

y aire, con lo que nos presentábamos en brevísimo lapso allí donde los negocios de Alberto le reclamaban. Él era feliz con lo que yo quería darle, que era mi ternura, esa entelequia. Hace unos días – tomó un respiro–, encontrándonos visitando unas chabolas, pues no descuidábamos la beneficencia, sabiendo lo que rinde en términos económicos, a Alberto le dio un ataque al corazón, que bien pudo ser una pedrada en plena nuca o el machete que le clavaron hasta el mango. La autopsia no pudo determinarlo, como tampoco se admitió mi testimonio de las más de doscientas patadas a los huevos que le propinaron aquellos indigentes, quienes habían protagonizado un desahucio en el pasado que azuzara vigorosamente Alberto y al que desde entonces quemaban en efígie la noche de San Juan, con el beneplácito de las autoridades, desconocedoras de las auténticas raíces del jolgorio...

70

... que se trenza con la historia de otra

Aurelia se puso a plañir inesperadamente.

Se volvieron hacia ella, inquiriendo con finura por el motivo de su reacción.

Declaró la viuda cuando logró calmarse:

–Esta niña ha pulsado en mí inefables cuerdas. Me es más próxima de lo que puede suponerse. Según progresabas en tu relato – le dijo a ella–, mi corazón se agrietaba, hasta que finalmente ha saltado en mil pedazos. ¿Se desea saber por qué...? –preguntó en general.

Totalidad de cabezas asintieron.

–Pues marchando –concedió–. El citado Alberto, que esta jovencita nos pinta entre caballeroso, abnegado y eventualmente salaz, no es otro, según colijo, que mi difunto, que en paz descansa y gloria haya, el cual rindiera ha nada el alma a su Hacedor.

–¡Eso es absurdo! –se indignó Melquíades, que recordaba el relato de Florencio, con cuñado de aquel Alberto que ahora se pretendía identificar con el actual.

–Un poco de calma –imploró Aurelia– y podré explicarlo satisfactoriamente. Tú, Rosamari, no temas que empañe el recuerdo de

ese hombre extraordinario aunque tirando al monte, me temo que como la mayoría, si no todos...

Rutinarias protestas de una parte.

—Lo que pasa —continuó aquélla— es que mi esposo tenía un bufete, como el otro, y aquí está la primera coincidencia. También viajaba, y ésta es la segunda. En cuanto a la tercera, el malogrado se distinguía con la amistad de un compañero de colegio, Julio por más señas, el cual emigró a Río de Janeiro, conforme noticias que entonces llegaron a mis oídos. Había una niñita, si la memoria no me engaña...

—Era yo —confirmó la interesada.

—Me extrañaba la inclinación de Alberto a los viajes —evocó Aurelia—, siendo así que no perdía ocasión de proclamar las excelencias del hogar, sentado ante la chimenea con su pipa y un buen libro... Aparte de que sus asuntos no exigían colocarse en persona al otro punto del planeta, bastando recurrir a las mafias locales (a su vez, coordinadas con las extranjeras), a las que ponía en movimiento con un simple telefonazo, naturalmente hablando en clave por si estuviera la línea interceptada... Pero yo —bajó la voz—, mujer y de mi casa, no hacía preguntas, reprochándome en silencio mi cobardía y prometiéndome mostrarme al día siguiente más osada. Pero cuando la nueva jornada se inauguraba filtrando un rayito de claridad por la persiana, tornaba yo a caer en mi medrosidad y renovando el anterior compromiso que sabía que nunca cumpliría. ¿Les canso...?

—No, pero imprímale más ritmo —pidió Melquíades.

Don Diómedes de Orozco y Rosamari se observaban furtivos, intuyendo cada uno que acabaría afectándoles la historia. La marquesa tendía, en su caso particular, a hacerse ilusiones.

—No creo necesario —manifestó la viuda— volver a reseñar lo que ocurría entre Alberto y yo. Es del público dominio, aparte de que nadie desconoce la causa de que me tape el rostro (y poco más) a la sensual manera de una hurí... Sin embargo, quiero señalar que Rosamari ha ofrecido nuevos datos que incrementan, si cabe, la confusión en que me dejó mi marido al morir. ¿Era un crápula? ¿Un benefactor? ¿Intentó cubrir con su presencia (y su talonario, no lo olvidemos) el flanco que Julio dejó desprotegido en la figura de esta

niña? –la señaló–. ¡No lo sé! Y como la que podía aclararnos qué hacía él, de qué índole eran sus atenciones y si cruzó con su ahijada la tenue pero irreversible frontera más allá de la cual ya no se vuelve (el que pueda, entienda)..., como quien está en condiciones de arrojar luz, o sea Rosamari, se niega, tampoco yo sé si los Albertos de que hemos trazado su etopeya son el mismo o no tienen que ver. Con el añadido –se crispó– de que tampoco atisbo si actué en consonancia o torcí mi sino lanzándome a la vorágine cuando el cadáver de mi dueño se enfrió o incluso antes. ¡Pero no me juzguen! Soy mujer –dijo, melosa–, y pretender saber la razón de mis actos, dado mi sexo, es meterse en un berenjenal del que se puede salir muy mal parado.

–Aviso a navegantes –murmuró José al oído de Melquíades.

–Solamente un hecho me resulta cabal –añadió la desconsolada–, y es que, si no tuve descendencia, me encuentro sin esperarlo con una hija, con el único requisito de que ella me acepte como madre. Comprendo que este ofrecimiento no sigue el procedimiento habitual...

Señaló Atilano:

–Siento si echo un jarro de agua fría, pero aparte de que las biografías de los dos abogados se contradicen sutilmente, tampoco se compadecen sendas muertes.

Se inmutó Aurelia, encontrando eco en Rosamari.

Cuchichearon un buen rato.

–No son tan difíciles de casar ambos finales –anunció al cabo la más joven–. ¿Acaso no he señalado como varios los posibles determinantes del óbito de Alberto? ¿Qué importancia tiene si murió de infarto, apuñalado, pateado con reiteración y alevosía donde dije... o en el tibio lecho a cuya cabecera le acompañó su consorte? La autopsia, creo que lo dejé meridiano, no fue capaz de evidenciarlo.

–A estas mujeres no se les pone nada por delante –volvió a decir José a su amigo.

–... Me faltaron los padres de muy niña –subrayó aquella–, siendo recogida bajo determinadas cláusulas por Alberto. Muerto éste, encuentro una madre por puro concurso del azar. ¡Yo, que me incliné a superfluidades de las que es ejemplo esta fiesta de disfraces,

triste sucedáneo, ahora lo comprendo, del calor y los cuidados de que carecí cuando tan necesarios me eran...!

Melquíades observó la cara de circunstancias del estudiante de Derecho, quien también se maliciaba que los acontecimientos no dejarían de perturbarle.

—Ánimo —le dijo.

—Tanto me da —desdeñó éste.

—Pues escuche lo que sigue —le invitó el adalid.

Decía la mayor a la joven:

—Enalteceremos con nuestro flamante parentesco la memoria del difunto.

Surgió la primera fricción entre ellas.

—Tus últimos y reprobables pasos —dudó Rosamari—, que en parte hemos oído y en igual proporción adivinamos...

—¡Abomino de ellos y de lo que los originó! —se precipitó a decir la viuda.

La falsa anciana sintió renacer la esperanza bajo sus pechos, perfectamente autónomos. Pero a los pocos segundos volvió a contristarse.

—No lo he contado todo... —confesó.

—Qué importa —dijo Aurelia.

El de Orozco y el estudiante de Derecho fueron de la opinión contraria.

—Insistimos en conocer hasta el último detalle —exigieron.

Se sometió la veinteañera.

—Ha de saberse —dijo— que al tiempo que me entendía tan peculiarmente con Alberto, no era insensible a un joven poetaastro que se las arreglaba para colocar periódicamente bajo mi almohada unas composiciones de las que aseguraba ser su autor, debiéndose en realidad a un maorí que selló su injusto anonimato arrojándose por la ventana un atardecer de primavera. Llegué a enterarme de estos datos por chiripa, gracias a un rencoroso anónimo. ¿Cambia esto algo —preguntó a Aurelia— en lo que respecta al futuro diseñado...?

Meditó seriamente la viuda.

—¿Lo supo Alberto?

—¡Jamás!

—¿Lo sospechó?

-¡Siempre!

-¿Cuál habría sido su reacción de haberse enterado?

-¡A saber!

Dijo Atilano a quienes le quisieron escuchar:

-Creo que el acuerdo es inminente.

LA CRÍTICA

PARTE QUINTA

LA CRÍTICA

Amanece

En la calle, se habían acumulado durante la noche varios palmos de nieve.

Los tejados, las desnudas ramas de los árboles, los vehículos aparcados a la intemperie bajo la ventisca, aparecían cubiertos del retórico sudario, cuya porción al alcance de los zapatos de los primeros transeúntes empezaba a adquirir color grisáceo. Las roderas de los tranvías y autobuses que transportaban desangelados individuos a sus trabajos se extendían a lo lejos en la calzada.

Escuálidos perros discurrían en jauría, imprimiendo en el suelo sus deladoras huellas, que servirían al servicio municipal para seguirles a sus guaridas exterminándoles de un tiro en la frente.

Los de tráfico entremezclaban en sus facciones firmeza y bonhomía, particularmente en las comisuras de su boca, ocultas bajo guías de entrecano bigote.

Menudas ancianas se asomaban de sus casas para ofrecer miguitas de pan a los pájaros. Los niños se dirigían al colegio envueltos en sus abrigos, amaratándose sus piernecillas al aire en el trayecto.

Una castañera, de moño y con horquillas, se disponía a conceder a la prensa la entrevista costumbrista de cada jornada.

Emergió de una ventana, cauto, el dedo gordo de un ignoto pie. Monstruosamente circuido de una uña de hermoso color negro, permaneció indeciso unos segundos, interrogando mudamente al aire; transcurridos los cuales, se retiró raudo como si le quisieran aplicar unas tenazas.

—¿Cómo hace? —se interesó una voz masculina.

—Se congela hasta la picha —respondió otra, que se debe registrar como perteneciente al clase baja.

—Me han preguntado a mí —se molestó Melquíades, propietario del mentado dedo gordo.

—Como no contestaba... —porfió Atilano.

Volvió a inquirir el primero:

—Pero bueno, Melquíades, ¿nos cuenta...?

—Frió tiempo aunque sereno, Alfonsito —le dijo, pues de él se trataba.

El inspector puso los ojos virtuosamente en blanco e hizo girar los pulgares entre sí.

Aurelia y Rosamari habían llegado al pacto de vivir en sintonía, con gran contrariedad de don Diómedes de Orozco. Despechado éste, mencionó la posibilidad de perdonar a su hijo —no explicó de qué—, casarlo con Aretusa, a quien habría que localizar, y mandarlo todo seguidamente al cuerno. La marquesa quiso saber qué ocurriría entre él y ella, pero el caballero se hacía el soca.

El jardinero se sentía deprimido.

—Lamento que llegue a su fin la fiesta —le decía al niño de pecho.

—¿Qué va a hacer usted? —preguntó éste.

El comerciante de salchichas hizo una señal de fatalismo.

—Intentaré salir sin que me vean. Con un poco de suerte, esquivaré a los del crecepeló.

—¡Le deseo lo mejor! —el estudiante de Derecho le estrechó la mano.

El de ultramarinos volvió a hostigar a la dama de pureza, que oscilaba entre someterse de nuevo detrás de las cortinas o izar bandera de insurgencia.

Despedido al fin, torció Atilano a la maestra.

—Me gustaría verla desnuda, general —insinuó.

—¡Me pone en un brete! —el de uniforme se caracterizó de todos los colores.

—Es lo menos que puede hacer por mí.

El general no acertaba a dar una respuesta.

La dama de pureza observaba con ironía.

Aurelia y Rosamari concretaban los últimos detalles.

—Tenemos todavía que decidir el lugar que ocupará Alberto en nuestra conversación —comentaba aquélla—. Podemos nombrarlo de pasada, aludir a él en fechas señaladas o...

—Omitirle para siempre —dijo con valentía la joven.

—¿No te ofenderás...?

–Pierde cuidado.

–¿Estás segura...? –la viuda vacilaba.

–Por completo –afirmó Rosamari–. Aunque puede que me vengan a las mientes ocasiones en que él y yo nos dejábamos arrastrar por el ensueño...

–Si te hace bien, cuéntamelo.

–Por ejemplo, cuando incurrimos en la cabaña de un pastor, que nos la cedió gustoso a cambio de que le dejáramos mirar por un agujerito...

Melquíades y José se prevenían, solemnes. El jardinero se ponía en marcha.

72

A la calle, que ya es hora

Aún con su disfraz, el comerciante de salchichas se plantó audazmente en la acera. Había avanzado unos metros cuando emergieron de una bocacalle varios alopécicos que le cerraron el paso.

Desde la ventana donde se agolpaban los del piso, distinguieron reflejado en los bruñidos cráneos el angustioso voltear de los globos oculares del comerciante, buscando desesperado una salida.

–No lo logrará –opinaron las mujeres, acostumbradas a salir airo-sas merced a distintos recursos al de abajo.

–Si camina como si nada –manifestó Atilano–, y justo al llegar a la primera farola gira en redondo para hacer a continuación un quiebro de noventa grados, conseguirá llegar a la verja que da al parque donde falta providencialmente un barrote, pudiendo deslizarse por allí. ¡Pero lo tiene que hacer ya!

–Juzgo más prometedor –opinó Melquíades– que levante la tapa de alcantarilla que se sitúa a sus pies, perdiéndose por las cloacas.

–No –negó José–. Mira sus dedos, paralizados por el frío...

–Sin mencionar –agregó el de ultramarinos– que el asfalto ha soldado la tapa en varios puntos...

Alfonsito quiso echar su cuarto a espadas.

–Ustedes lo fían todo a la huida –les reprochó–. ¿Y si parlamentara...?

–¡Haga algo, de Orozco! –exigió la marquesa.

—¡Si estuvieran más cerca, les tiraba un tiesto! —dijo la dama de pureza.

Melquíades y José comentaban:

—Unas horas que hemos pasado con este hombre y ya su destino no nos resulta indiferente.

Al general, muy afectado, le temblaba el bigote.

Rosamari y Aurelia se retiraron.

—No queremos verlo...

Se escuchó un alarido. El comerciante de salchichas reaccionaba.

—¡Se dirige a la verja y pasará entre los barrotes! —observó Atilano, triunfante.

—No queda claro... —rezongó el gordo.

El de la azada serpenteaba entre sus acosadores, echándole a cada cual la zancadilla. La treta le sirvió para alcanzar la verja, que transpuso, no por donde sugiriera el clase baja, sino limpiamente de un salto. Acto seguido, se perdió en el parque.

Se apartaron de la ventana.

—Hemos tenido mucho gusto —se dijeron a continuación unos a otros.

Aurelia le cogió las manos a don Diómedes de Orozco.

—Mi querido amigo... —musitó—. ¡Qué delicia ha sido encontrarle después de tanto tiempo...! Hasta otra.

El caballero se atiesó.

—Aviseme si se le hipertrofia la barriga —formuló, despechado.

La marquesa observaba satisfecha la separación.

Rosamari también se despedía.

—Dispongan de esta casa como si fuera suya. Y al salir, no olviden cerrar la puerta, la luz, la llave del gas, la plancha... y alimentar al animal doméstico, si lo hubiere.

Desapareció con Aurelia.

El lactante recuperó su habitual aspecto. Era un tipo corriente, mal afeitado.

—¡Adiós! —les dijo de pésimo talante.

La dama de pureza y el general negociaban algunos extremos. Ambas habían sufrido similares experiencias durante la noche.

—Nos vamos también —expresaron.

Atilano estaba hundido. Hubo de amonestarle el adalid.

En la calle, la marquesa y el de Orozco se segregaron del grupo. Le dijo la primera al gordo:

–Queda relevado del encargo que le hice. Es tarea que nos incumbe a los de la sangre, y menciono el fluido sin ánimo dramático. Entre usted y yo –amenazó– pudiera haberse materializado el vínculo, llegando a ser como las maromas que mantienen el navío amarrado al muelle. Confío en que volvamos a encontrarnos... Afrontaré mi destino, sea el que sea, tanto en la esfera estrictamente personal –miró al de Orozco, que parecía clavado en el suelo como una tachuela–, como en lo derivado de mi falta de liquidez financiera...

Se esfumó la pareja.

Melquíades, José y Atilano se alejaban como desheredados cuando una voz les interpelló acremente:

–¡Eh, ustedes...!

Se trataba de Alfonsito, irreconocible sin su camisión y su borla. Ahora vestía un traje gris y ajado, zapatos que clamaban al cielo por ser sustituidos y una bufanda agujereada por la que se colaba decididamente el frío. El espolvorear de la caspa que llovía de su cuero cabelludo se confundía con la suave danza de los copos que volvía a derramar el cielo.

Un poco azorados, cayeron en la cuenta de que Maromo era calvo como las bolas de billar que informó llevar en el braguero.

–Acompañenme y me verán actuar –les invitó.

73

Página de amor

Por doquier se apreciaban las estatuas de quienes, sorprendidos por la violencia de la tormenta, no alcanzaran a encontrar refugio. Aquí se erguía un pendolista, congelado en el acto de abrir un paraguas estropeado. Allí, una madre daba a luz ante la mirada bondadosa de un taxista. Personajes rufianescos jugaban a perpetuidad una mano de cartas, sentados en ladrillos robados de una obra. Violaciones, apuñalamientos y algún artístico robo de cartera componían otras tantas esculturas.

–¡Menuda ha caído! –exclamó Alfonsito.

Iban dejando sobre la nieve sucio rastro.

José se preguntaba por Héctor y Aretusa.

—Intuyo que están bien y a salvo —dijo Melquíades—. Eso, si no han dado otra vez en juntarse...

Atilano estaba profundamente deprimido. Tras sus puntuales éxitos nocturnos, no llevaba bien la deserción de las mujeres.

Le intentó animar el adalid.

—Ha sido tan especial... —manifestó, turbado, el clase baja.

El soñador quiso ser cruel.

—¿Especial detrás de la cortina...?

—Le advierto que puede estar en un error —se molestó Atilano.

—Me extrañaría.

Saltó muy vivo el otro.

—¡Usted no me conoce! ¡No sabe quién soy ni de qué pasta estoy hecho! Por haberme pegado como una lapa a Melquíades y a usted, y sin haber conseguido eliminar indelicadezas provenientes de mi sufrida crianza, no tiene derecho, no lo tiene nadie, a fijar de mi persona y sus actos un retrato irrevocable. Los hombres cambian. ¡Yo puedo haber cambiado!

—Me parecería raro —reiteró aquél.

Contraatacó el humilde.

—No soy el único que ha experimentado íntima mudanza. ¡También usted, mi buen José!

Su interlocutor puso cara.

—Le ruego concrete —solicitó, tenue.

Obedeció Atilano.

—He venido observando —dijo— que la idolatría a que somete el recuerdo de su presunta amada, mediante el retrato que lleva junto al pecho, se muestra rutinaria, sin convicción. Si empezó de manera genuina, sobre lo que tenemos su palabra de la que no hemos de dudar, ha devenido posteriormente mecánica. Al presente, una cosa puedo asegurar: ¡usted, José, no ama!

La afirmación cayó como una bomba. El soñador trastabilló como si pisara un mejunje. Melquíades, quien se venía manteniendo al margen, hubo de intervenir a su pesar.

—No era necesaria tal ofensa —le recriminó al de ultramarinos.

Alfonsito protestó.

—Si van a ser para mí una rémora...

Se revolvió Atilano.

—¿Llama rémora al amor? Esta inclinación —teorizó—, que no se debe confundir con el llamado imperioso que con frecuencia cabalga, y nunca mejor dicho, sobre ella, no puede constituir el pesado fardo que insinúa, Alfonsito.

El inspector se vio obligado a entrar al trapo.

—Qué poco sabe, hortera. Le conviene hacerse cuanto antes con la especie de que un amor interiorizado y cocido, por así decirlo, en su propia salsa (y así son todos) es lo peor que le puede acaecer a un hombre. ¡No me esperaba esto del licenciado por quien se le tiene! Y si parece mi tesis esquemática, habrán de permitirme que la ilustre con mi propio ejemplo. Cuando yo era joven —invocó—, y antes de que se me agriara el carácter, suponiendo que ello no me fuera connatural, era conocido por mi disposición a hacer favores. Como es lógico, abusaban. Pero no me importaba porque estaba enamorado. Entonces aconteció mi llamamiento a filas, y extraje de mi amor el coraje para ponerme el uniforme y pasar largos meses, años, alejado de la que quería. No lo pasé mal en el ejército. Mis compañeros y los jefes me apreciaban. Ciertamente sufrí bastantes novatadas, las que sobrellevé con adecuada dignidad, principalmente aquella que consiste en cruzar el patio de instrucción equilibrando una escoba sobre el pito. Llegado el día del licenciamiento, no quise participar en la borrachera a que se entregó mi reemplazo, cogiendo rápidamente el primer tren, ansioso por plantarme en mi lugar de origen y estrechar entre mis brazos a la que me sostuviera en la distancia con sus entrañables cartas.

—La historia acaba mal. Como si lo viera... —apuntó Atilano.

Alfonsito no hizo caso.

—Llamé al timbre de mi novia. Mientras esperaba, escuché dentro una voz de hombre y la llantina de unos niños, atribuyéndolo a que estaba puesta la radio. Por fin, se abrió la puerta. Un individuo como un castillo ocupó completamente el vano, impidiéndome discernir el interior, sumido en imprecisos trajines. Se me preguntó qué deseaba, respondiendo yo que la buscaba a ella. La cara del gigante, entonces, se oscureció más de lo que ya estaba (era carbonero, luego lo supe, y aún no se había lavado). Plantó su manaza negra en mi rostro ilusionado, borrándole la sonrisa, que dio la impresión de

guardarse en el bolsillo... En resumen y para que no se me dispersen, diré que la voluble se casara en mi ausencia con aquél, constituyendo a la sazón una feliz familia de al menos cuatro hijos. Las autoridades civiles y militares —concluyó, muy afectado por el recuerdo—, para que en mi desesperación no provocara un pronunciamiento en el cuartel, habían acordado mantener la ficción de que todo seguía igual en el pueblo, escribiendo ellos el contenido de las cartas, inclusive las parrafadas sicalípticas. Diré de paso que me había reenganchado varias veces sin darme cuenta, llevado del espíritu marcial. ¿Se entera, pues, belitre —le dijo a Atilano—, de lo que vale un peine...?

El repartidor estaba desconocido. Se enseñoreaba del papel que le venía correspondiendo a José.

—Esa historia —dijo— la he oído contar, en sus rasgos esenciales, innumerables veces.

Alfonsito, alias Maromo, movió circularmente la testa, evocando la desvanecida borla de su gorro de dormir.

—Si usted es sordo a mis razones —insistió—, será inútil que las anteponga a lo que usted no pospone.

—¿Me pide que sofoque lo que en mí se debate por formarse...?

—A mí me da lo mismo —dijo el inspector—. He expuesto ese fragmento biográfico parte por darme a conocer, parte por enseñarles el desafortunado embrión de que nació mi mal carácter, que originó que opositara para inspector, y otro poco por las razones que quieran suponer y que dejo a su albedrío. No soy, contrariamente a lo que piensan, hombre autoritario.

José miraba con ojeriza al clase baja.

—Me debe una explicación —exigió.

—Amo y debería ser amado —declaró el repartidor.

—¿Por la que llamó “pichona”? —inquirió, avieso, aquél.

Melquíades adelantó sus adiposidades.

—No sería superfluo —dijo— que nuestro modesto amigo nos refiriera sus particulares sensaciones.

Atilano se animó.

—Era como paz recién salido del horno. Fragante, apetitoso...

—¡Y quiere negar lo que ocurrió tras la cortina...! —se burló José con un bufido.

–Siga hablando –ordenó el líder.
–Decía que era como pan recién horneado, al que se añadieran tozreznos. Si esto no es estar enamorado, ¿qué es entonces el amor...?
–El amor no puede expresarse con palabras –manifestó José con aire de entendido.
–Ni con gestos –el adalid tomó el partido de su amigo.
Alfonsito se sumó a la exégesis.
–Los actos también resultan insuficientes.
El repartidor vacilaba.
–¿Será pues como cuando uno se bebe unos litros de vino...?
–Es a lo que más se le parece –ratificó José, alzándose al fin con la victoria.

74

Un amigo de la infancia

Al doblar una esquina, el inspector se dio de bruces con un hombre que venía en sentido opuesto. En cuanto se limpiaron la sangre de la nariz, exclamó aquél:

–¡Campomanes...!

El otro, a su vez, abrió los ojos.

–¡Alfonsito...!

–¡Campomanes...! –repitió éste.

–¡Alfonsito...!

Giraban en torno a sí como si fueran a luchar.

Dijo el repartidor a José, intentando restablecer el deteriorado vínculo anterior:

–Así se tirarán hasta las tantas.

Rompió el desconocido:

–¡Chico, no puedo creer que seas tú...!

–¡Es la sorpresa más grande desde que me operé de la viruela! –corroboró el inspector.

El llamado Campomanes y Alfonsito, alias Maromo, acercaban los rostros, inspeccionándose poros y lunares, y volvían a tomar distancia, como el pintor que se aleja de la tela para observar el efecto.

–¿Vas a algún sitio en particular? –acabó por preguntar Alfonsito.

–Me espera mi hermana.

–Ah, pero ¿tenías una...?

Campomanes perdió fuelle.

–No me digas que no te acuerdas... Magdalena... Por cierto, ¿te casaste...? –inquirió con mirada penetrante.

Negó Alfonsito.

–Pero estoy en relaciones –se apresuró a mentir.

–Si rompes el compromiso, dímelo –pidió el otro con franqueza.

–Serás el primero en saberlo –y añadió para desviar la conversación–: ¡Si supieras cuánto me he acordado de ti, de tu generosidad...!

Puso cara el amigo.

–De nuevo me extrañas. No es posible que hayas olvidado mi avaricia...

Alfonsito rió forzosamente.

–¡Naturalmente! Tengo grabado –repuso con amortiguado enfado– que no me prestaste el dinero que me reclamaban aquellos prestamistas.

Campomanes no acertaba a comprender.

–Te equivocas otra vez. Aquella fue la única ocasión en que te auxilié en metálico. Lo sé porque, debido a su excepcionalidad, anoté el hecho en mi diario, enmarcando posteriormente la página.

–Te voy a presentar a unos inflagaitas –masculló Alfonsito–. Quien da más grima es conocido por Melquíades. El de la cara ovejuna en que se inyectan unas gotas llamémoslas de cretinismo no es otro que José. El clase baja se titula de Atilano. Estos dos mantenían una pequeña diferencia hace un minuto, pero se les va pasando.

–Tanto gusto –dijo Campomanes–. Los amigos de mis amigos también lo son. Pero sin ramificar demasiado, porque entonces ¡a dónde llegaríamos!

El inspector se quiso ir.

–Te dejamos. Me espera un trabajo inexcusable.

–Tú siempre dedicado a obras benéficas –expresó aquél sin ironía–. ¿Nos vemos luego...?

Se citaron para la noche en una tasca.

Seguía nevando.

–Nos hemos retrasado –murmuró Alfonsito, apresurándose.

Llegaron a un edificio de fachada gris que contrastaba con los immaculados tejados que se escalonaban en torno. Las personas que

entraban salían al poco definitivamente derrotadas, algunas con su naciente joroba.

—Es aquí donde me propongo dar el golpe —informó el inspector.

—¿Cómo diferenciará al holgazán del laborioso? —preguntó Melquíades.

—No es exactamente el objetivo —corrigió Alfonsito—, sino asfiar al que pretenda salirse de la norma. Hay un grupo de díscolos...

Pasaron distraídamente ante la puerta. Un bedel hacía un crucigrama ante su mesa, indiferente a la larga fila que daba la vuelta a la manzana. Continuó el grupo hasta llegar a una puertecita pintada de naranja que se abría y cerraba incesantemente, permitiendo entradas y salidas hacia la cafetería de la esquina.

Escudándose en unos cubos de basura, explicó el inspector:

—Camuflados entre los que van a tomar un tentempié, se encuentran los conjurados, quienes no se resignan a que la Administración vaya de cráneo, pisoteando y marchitando las esperanzas de la ciudadanía. Son minoría, pero extremadamente peligrosos. Ningún gobierno hasta el presente ha conseguido meterles en cintura. Individuos como yo somos la única esperanza.

—Hay gente que no sabe estar sin liarla —dijo Atilano.

Parapetado tras los cubos, Alfonsito aguardaba el momento propicio para intervenir. Sus rasgos se afilaban amenazantes.

75

El inspector se precipita como un rayo

—Allá voy —dijo finalmente el inspector, pálido y reconcentrado como quien se dispone a cargar a bayoneta contra las trincheras enemigas—. Si tardó en regresar, será que he sido descubierto: disuélvase y procuren pasar inadvertidos.

Se encalabrínó hacia la puerta de color naranja.

Caía la nieve con piadosa saña.

Melquíades, José y Atilano estuvieron atentos a cualquier señal que indicara que Alfonsito podía encontrarse dificultades. La tranquilidad, sin embargo, era absoluta. Los ciudadanos seguían acudiendo a gestionar sus asuntos con los inevitables papeles en la mano, emergiendo del edificio al cabo de unas horas, ciertamente aventa-

das las ilusiones, pero ello dentro del orden habitual. Algunos se pegaban allí mismo un tiro o se ahorcaban, y el carromato que retiraba los cadáveres de la vía pública se presentaba cansino cada poco cumpliendo el cometido asignado.

Hacia mediodía, cuando los funcionarios salían a comer, dijo Atilano:

—Han debido de apresarle. ¿Si nos fuéramos...?

No obtuvo respuesta.

La entera jornada se mantuvieron escondidos detrás de la basura.

Por la tarde, casi no hubo movimiento. Fueron ocasionales quienes incursionaron en el triturador laberinto que probablemente había engullido a Alfonsito, al que desearon haber conocido mejor. No se trataba de un mal hombre. Pero lo árido de su cometido y el material humano con que debía lidiar le habían convertido en un individuo áspero, desabrido, calvo. Se preguntaron si le habrían descubierto las bolas de billar en el braguero...

Anochece cuando salió. Su silueta se despedía de otra, a la que presionaba de manera muy particular protuberancias.

—Me temo que hay novedades —expuso el adalid, sacudiéndose la nieve.

Alfonsito se aproximó como andando en una nube.

—¿Todavía aquí...? —se sorprendió.

Las estrellas que titilaban en el cielo se aposentaron con gracia y sencillez en los severos ojos del que ya daban por neutralizado. Éste los alzó agradecido y, arrodillándose, exclamó:

—¡Gracias, mil gracias...!

Cuidando la modulación, preguntó el jefe del grupo:

—¿Qué ha ocurrido?

Alfonsito se levantó como si le picaran chinchas.

—Sepan que algo hermoso e increíble se ha materializado ante mi espeso entendimiento —informó, crítico.

—Le han untado —opinó Atilano.

—¡Oiga! —protestó el inspector, cuyos nuevos idealizados efluvios le circuían en gratificantes oleadas.

—¿A cuánto ha ascendido? —quiso saber José, que era del juicio del repartidor.

La noche se extendía sobre sus cabezas como la capota de un coche.

Melquíades aguardaba también con interés.

—Puede expresarse en confianza —le invitó.

—Nada más entrar en el edificio —dijo conmovido el inspector—, escucho una pachanga... Deteniéndome al pie de una escalera, azuzo a mi derecho pabellón a captar la dirección de donde provenían los compases... Admito que estaba desconcertado... Rápidamente, empero, me sobrepongo y me dirijo a donde sonaba la música... Abro la puerta con calculada lentitud y me encuentro a un grupo de funcionarios, ellos y ellas, bailando un pasodoble...

—¡No quisiera haber estado en el pellejo de aquéllos! —se aterrorizó el soñador.

Alfonsito sacudió blandamente la mano.

—¿A que no adivinan a quién encontré moviendo colosalmente los muslos, circuidos de una simbólica faldita que se acampanaba por encima de unas botas charoladas que trepaban por encima de las rodillas, y siendo el centro de la festiva reunión en horario laboral...?

—No diga más —habló José—. La que prometió guardarle ausencia cuando usted cumplía sus deberes militares.

Se quedó patitieso el inspector.

—Riguroso —confirmó, volcándose en el resto de la historia—. Pues resulta que la cachonda se le plantara un buen día a su marido, el carbonero, ya saben..., espetándole que para ella estar sin hacer nada prefería ingresar en la Administración, donde además levantaría un sueldo. El cabeza de familia se opuso de entrada a que ella anduviera moviendo por ahí lo que imaginan, recibiendo de propina cariñosos pellizcos en las nalgas, que es el sitio en que mejor agarran... Sin embargo, la mujer pudo convencerle... No me pregunten cómo, pues menudas risas nos hemos echado ahí dentro, donde ella goza de popularidad extraordinaria, precisamente lo que quería evitar el del carbón. ¿Les parece que he prevaricado —preguntó— cuando les he firmado a todos un certificado de máximo aprovechamiento en el trabajo, omitiendo (aquí, la falta) caer como una centella sobre quienes se inclinaban afanosos en sus mesas, indiferentes a la jarana que metían sus compañeros con tanto pasodoble, a los que su-

cedió su ristra de boleros, que no sé cómo hemos podido soportar la juerga...?

—Si sólo nos quiere dar estos detalles... —señaló Atilano.

—Bastan y sobran —dijo Alfonsito.

—Espero que no me malinterprete —declaró Melquíades—, pero ¿soy excesivamente mal pensado si aventuro que se ha refocilado con ella, no ya a espaldas del que andará por esos mundos acarreado combustible, sino también más allá de la fiscalizadora mirada de los restantes funcionarios, a quienes hemos visto irse a comer a mediodía...?

—¡Excelente pregunta! —confirmó el inspector—. Me perdonará si no se la contesto. Nada más diré que nos las hemos prometido en breve muy felices, habiéndome dado ella su presente dirección y las horas, ¡tantas!, en que está ausente su marido, al que nos hemos propuesto coronar, en el supuesto de que no lo hayamos efectuado ya.

—Si es tan amable de cerrar su confesión... —pidió José.

Aceptó el astuto.

—Acabo de saber —anunció con voz grave— que la razón de que ella se casara corrió a cargo de la maledicencia de una vecina, la cual quiso apartarla de mis veinte abriles para acariciar ésta misma mi incipiente bozo, entrelazando sus dedos en mis cabellos ensortijados, que el tiempo, implacable, acabó por arrancar de mi cabeza. ¡Es de éste, del tiempo (no de la vecina, a quien hemos perdonado), del que pretendemos vengarnos, comprimiendo en pocos días lo que hubiera debido dilatarse durante años, para lo cual será forzoso —meditó— que ingiera algún reconstituyente o suplemento vitamínico...!

76

Tabernario y con viajero de Francia

Alfonsito, acompañado de sus amigos, echó recelosas miradas al entrar en la taberna donde estaba citado con Campomanes.

Punteaban el local ojos atávicos, rojos como la brasa de un cigarro. Cerradas barbas y bigotes apuntaban hacia el suelo, señalado por la incuria, y masculinas nueces subían y bajaban por las delgadas gargantas. Muchos se recortaban las uñas a punta de navaja. Se servía vino y salpimentaba cada mesa una baraja.

El ambiente se impregnaba del olor dulzón de la sangre reciente.

Una gitana sacudía su remolino de volantes sobre un medio escenario, mientras un señor que era su padre tocaba la guitarra y un tercero de melenas lacias, hermano o, según las malas lenguas, coí-me, daba palmas por encima de su cabeza, torcida violentamente a un lado.

Alfonsito señaló una pringosa mesa libre.

—¡Tabernero, una jarra de vino!

Un erudito francés que se encontraba allí apuntó la expresión en su libreta.

El tabernero puso desafiante la jarra sobre la mesa, no sin antes escupir dentro.

Consultó el francés sus notas, escritas en su idioma: “... Atravesando el país pude darme cuenta del escaso valor allí de la vida humana. El coraje es la nota predominante entre estas gentes, el cual les lleva a acuchillarse entre sí constantemente, como muestra de afecto y cortesía. Las mujeres no se quedan atrás en este campo, estimulando ellas mismas el correr de la sangre con sus provocativos y constantes ‘caderazos’ (sic) y su lengua, la más movediza del planeta...”

Paseando la mirada alrededor, agregó: “Independientemente de que unos luzcan estilo bandolero y otros excuso decir cómo, es rasgo común en la nación desdeñar la policía en el atuendo, careciendo totalmente de los adornos de que nosotros recargamos nuestros trajes, como frunces, lazos, canutillos y pompones, que ellos denominan ‘mariconadas’ (sic). En mi caso, para no llamar la atención, he creído conveniente vestir de franciscano...”

La gitana mostraba en sus vueltas y revueltas el cuchillo que llevaba en la liga.

—¿De qué conoce a Campomanes? —preguntó Melquíades al inspector.

—Si le digo que lo ignoro, no miento. ¿Será aquél —hizo memoria— que una tarde lloviznosa de noviembre se puso frente a aquella parturienta que daba a luz en plena calle y, curvando su brazo, le dijo: “Señora, me ofrezco a acompañarla a donde quiera...”? ¿O acaso se trata del criador de arácnidos que, después de una verbena, nos

quiso enseñar su colección a los amigos, con el calamitoso fin que reflejaron al día siguiente los diarios...?

—El parece conocerle bien —apuntó José.

—Y yo a él, de nombre. Pero han pasado tantos años que las facciones de unos se funden con las de otros, mezclándose los distintos atributos en falaz baile de máscaras...

Hubo una pausa.

—¿Está seguro de haber quedado aquí? —volvió a preguntar el adalid, sintiéndose vigilado por un sujeto que llevaba sobre su conciencia un montón de fechorías.

—Naturalmente —confirmó Maromo—. No creo que tarde.

El tabernero se situó junto a su mesa.

—¿No está a su gusto el vino? —preguntó, viendo que no lo probaban.

Consideró José que le correspondía responder. Bebiendo heroicamente un sorbo, dijo:

—Temperatura idónea... Vino con cuerpo, que deja un sabor de la barrica de roble en que se ha criado largos años... Aromas afrutados de mora y grosella y un fondo quintaesenciado del sol que acarició las cepas en un invierno tibio de abundantes lluvias... Resulta adecuado para acompañar carnes, caza, todo tipo de quesos y para beberlo a palo seco, sin discursos...

El tabernero se retiró satisfecho.

Apareció Campomanes. Al verlos, se dirigió hacia ellos sonriente.

Registró el viajero: “Este pueblo rancio y severo, en el que una mirada inadecuada puede significar la muerte, se permite ocasionalmente excepciones por alguna razón que se me escapa. A veces, se incorpora a una reunión un sujeto un poco ‘lila’ (sic) a quien normalmente le meterían un garrote astillado por el culo, según costumbre entrañable de estas personas. En lugar de ello, se le recibe al pactado grito de ‘Campomanes, cómo estás’ (sic), que es respondido de la frase ‘chico, por ti no pasan los años’ (sic). A continuación se pide más vino. (En los cuadernos que espero pasar por la frontera a mi regreso, sabiamente escondidos entre los glúteos, desgrano una teoría sobre la gran afición de los indígenas por esta sustancia proveniente de la vid y que también nosotros cultivamos, aunque no

constituye para nuestras madres el alimento principal de los lactantes, quienes aquí la ingieren mezclada con adobe.)”

Departían los amigos. De súbito, advirtieron que José se ponía del color de la amapola.

—¿Qué le pasa...? —se alarmaron.

El soñador negó que le ocurriera nada. Notaron, sin embargo, que mentía, pues la pierna de la gitana (con su cuchillo en la liga) le ascendía voluptuosa por el pecho. Murmullos. El agraciado no sabía cómo reaccionar y si eventualmente se molestaría algún chulo confundido entre la clientela. Melquíades se encontraba impotente para ayudarle. Atilano se comía de la envidia.

—Basta, Esmeralda.

El personaje de pelo lacio que tocaba palmas se había acercado. Con un brusco movimiento, aferró de la cintura a la gitana, obligándola a volver al tablado. Obedeció la ardorosa echando chispas. El de melenas le juró a José acuchillarle a la salida.

—La misma escena de todas las noches —le quitó importancia Campomanes—. Ella le da celos a él, quien raramente finiquita a nadie.

El soñador puso una cara muy extraña.

El francés escribía como en estado de trance.

Campomanes hizo una seña al tabernero.

—¿Hay rifa esta noche? —le preguntó—. El caballero está algo inquieto —señaló a José.

—Desde ayer no cae ninguno. ¿Se tienen ganas de camorra...?

—¡Para nada! —se apresuraron a decir.

—En mi establecimiento no se juega ni se comercia carnalmente. Resplandecen las virtudes y perseguimos sañudamente el vicio. ¿Estamos?

—¡Más claro, agua! —se convino.

José se deshacía en sudor.

Campomanes estaba deseoso de plantear una cuestión.

—Resulta —le dijo a Alfonsito— que mi hermana Magdalena lleva empeñada en contraer matrimonio, y como yo le he ido espantando los pretendientes (ahora creo que precipitadamente, pues convivir con una hermana supone un desafío a la paciencia), se las ha maravillado para insertar un anuncio en un semanario marítimo...

Alfonsito se irguió en el taburete.

—¿Qué tengo yo que ver con ello? —preguntó.

—¿Qué tiene que ver nadie...? —replicó el hermano con frescura—. Ha respondido uno desde el mar —informó—, y esta noche viene a inspeccionar la mercancía, vale decir a Magdalena. Me temo que ésta haga una locura y bien rubrique el compromiso o no lo haga, que son los dos desenlaces que contemplo. Ni yo mismo sé lo que es mejor... Necesito —agarró a su amigo de las solapas— de tu múltiple experiencia, tu claridad de juicio y esa mundanidad que llevas como una segunda piel sobre tus hombros. Te advierto que no admitiré un no como respuesta.

—¿Quieres que sondee las intenciones del aspirante?

—Algo así.

—¿Con objeto de...?

—Se verá sobre la marcha. Puedes traer a tus amigos, que harán bulto y de ser necesario podrán cargar contra el marino.

El inspector pensaba en la mujer del carbonero.

—Tengo un asuntillo pendiente...

Campomanes se puso en pie sobre la mesa.

—En aras de la amistad que un día nos unió y que no debe morir... —empezó a declamar.

Aceptó Alfonsito, alias Maromo.

Rasgueaba mucho con la pluma el extranjero.

77

Choque y hermanamiento de culturas

El francés les seguía por las oscuras calles.

Al tiempo, anotaba: “Es costumbre en estas tribus, habiendo ingerido largamente el mencionado vino que también dan a los jamelgos, conforme acabo de ser testigo —los cuales animales pierden de inmediato facultades y se descomponen del vientre—, ir en pos de un negocio misterioso, de amor y muerte, de pasión y doblez, en el que la victoria no está jamás asegurada, siendo éste uno de sus mayores alicientes...”

El inspector administrativo no las tenía todas consigo de que la otra, irritada por su tardanza, no fuera a la postre a preferir a su marido.

—Te aguardará, te esperará —le animaba Campomanes—. ¿No tienes tú superior rango? ¿No necesita tenerte bien dispuesto para desenvolverse en su trabajo, lo llamaremos así? ¿Qué puede aportar el del carbón que rivalice con un informe tuyo favorable...?

Alfonsito se quedaba más tranquilo.

El foráneo releía su diario: "... Son personas nobles y toscas, humildes y orgullosas, donde los señores se comportan como criados, y éstos como si dispusieran de liquidez en los bancos, donde, por cierto, he notado que sólo admiten a quienes bromean interminablemente en ventanilla, originando una 'cola' (sic) de 'no te menees' (sic). El director de estas entidades, permítaseme la digresión, es normalmente un individuo pingüe de sombrero, levita, reloj con leontina y bastante campechano, frecuentador de casinos, prostíbulos y lugares donde se corren toros. Mantiene por regla general dos casas, no como en nuestra tierra, a la vista y comprensión de todo el mundo, sino 'de tapadillo' (sic), lo que por otro lado nadie ignora, pues no en vano estamos en el país de las tertulias. Antes o después este sujeto pintoresco comete un desfalco, dándose a la fuga y dejando sin pagar muchas facturas. Su familia se ve obligada a mendigar, siendo él acogido en la zona meridional de Francia, donde, sintiéndose seguro y apreciado, se acerca los domingos a la frontera a enseñarles el 'culete' (sic) a sus compatriotas, el cual mueve con vigor ante la impotente y acalorada faz de aquéllos..."

Más adelante, estaba escrito: "... Adolecen los indígenas de curioso sentimiento de inferioridad ante la vida. Se avergüenzan del pasado, incluso cuando les fue bien y se follaban por medio mundo a las mulatas como anteriormente —como es lógico— hicieron con sus madres de pura raza que les recibieron en su primer contacto con los brazos abiertos y todo lo demás; son ingeniosos de mil formas para complicarse el presente, y recelan del futuro, convencidos fatalmente de que algo ocurrirá que dará al traste con sus esfuerzos. En bastantes casos, no les falta razón: aquí se encumbran quienes 'no saben hacer la o con un canuto' (sic), mientras que a personas de cultura y preparación extraordinarias se las suele untar de pez los días de fiesta, para ser paseadas con escarnio sobre un raíl de vía, con la complacencia de las autoridades de distinto signo, que en este apartado muestran inequívoco consenso..."

—Nos vienen siguiendo —dijo Melquíades, medroso.

—¡Tonterías! —negó Campomanes, deseoso de llegar a casa cuanto antes.

—Cierto —corroboró José—. Desde que dejamos la tasca, aprovechando la redada efectuada porque el tabernero se había retrasado en el soborno.

Se obligaron a comprobarlo. En efecto, alguien zigzagueaba entre los coches.

Alfonsito propuso aguardar al desconocido tras una esquina.

Enseguida cayeron sobre él.

—¿Quién es usted y qué fines persigue? —preguntó, formulario, el inspector.

El francés sonrió ampliamente, como se estilaba allende los Pirineos.

—¡Nos pone morritos! —se escandalizó Atilano.

—Hagámoslo, pues —autorizó Alfonsito, secundado por Campomanes y los demás, ante la proposición del clase baja de patearle las costillas.

El viajero permaneció risueño, aprovechando los intervalos entre golpes para garabatear impresiones del tenor de las que siguen: “No es raro, sino casi norma, que la primera entrevista entre quienes posteriormente habrán de ser grandes amigos se efectúe en el país bajo el sello de la violencia. ¿Quién puede entender a esta raza, la más occidental del continente, que fuera expulsada de las estepas de Asia progresivamente hacia el oeste —no se les aceptaba en ningún sitio—, hasta que toparon con la barrera infranqueable del océano y, de momento, no pudieron ir más lejos, cosa que remediarían en un milenio...?”

Levantado del suelo hecho un cromo, se expresó con su mejor acento:

—Disculpádmeme; pero, siendo extranjero, no soy ducho en imitar vuestras maneras. Os saludaré como lo hacemos en mi patria —y les bailó un minué.

Se inflamó el de ultramarinos.

—¿Vamos a consentir eso?

Otra sesión.

El francés se atusó la nariz con un pañuelito de encaje que guardaba en la cogulla.

—¿Lo están viendo...? —porfió el de ultramarinos, totalmente fuera de sus casillas.

—Ya tiene bastante —dijo Melquíades.

—¿Y el histórico desprecio con que nos han mirado siempre sus compatriotas...?

—Posiblemente sea envidia —apuntó Alfonsito.

—¿Nuestra lacra...? —exclamó con incredulidad el clase baja.

—Podemos haberles contagiado —supuso el inspector—. Recordemos que nos han invadido varias veces.

Señaló José:

—¿Y qué hay de la especie que circula de ser nosotros cejijuntos y desaseados...?

—No soy ningún especialista —afirmó Maromo—, pero eso se equilibra con nuestra burla de su hombría, que consideramos prácticamente inexistente.

—¿Y las mujeres? —se interesó Atilano.

—Tengo entendido que las comparten.

El extranjero se reponía con elegancia.

—Cuán veo cómo os interesa mi grácil patria —dijo—. ¡Os la brindo! —y giró con maestría las muñecas.

—¡Pero qué hace...! —protestó el humilde.

—Es educación —explicó Melquíades—. ¿Es que nadie coge nada por su cuenta...?

Campomanes se impacientaba.

—Está mi hermana sola...

Aceptaron la compañía del francés.

—Venga con nosotros, majadero —le instó Atilano—. Y cuidado con las manos, que las lleva muy mariposonas.

—Fieramente —dijo éste.

—A mí que me da pena... —murmuraba José.

Campomanes abrió de golpe la puerta de su casa.

—¿No se estará transgrediendo aquí una honra...? —bramó, aguzando el oído.

Como no percibiera ningún ruido sospechoso, les invitó a entrar.

En el recibidor destacaba un espejo en el que se vieron todos horriblemente reflejados, y unas estampas que el propio Campomanes se encargó de destacar.

—Esto es lo que peor llevo de la convivencia con mi hermana —confesó—. ¡No puedo traer a nadie sin que inmediatamente reparen en los cuadros...! Ruego me hagan el favor de olvidar que los han visto...

Respetaron sus escrúpulos.

Una cortina de color verde lechuga daba acceso a un saloncito (en diminutivo, según un ucase dictado por la hermana). Tras éste, el comedor: limpio, impoluto, reluciente... y sobre cuya mesa se extendía un mantel de plástico con estampado de diminutas flores que abismó rápidamente la atención, impidiendo por fortuna que se apreciaran las escenas venatorias que colgaban de las paredes.

El dueño de la casa estaba muy violento.

—¿Habrás de permitirse a un extranjero —inquirió el propio, muy observador— describir este macarra interior de regreso a mi florida patria?

Hubieron de contener a Campomanes.

—Esto es un hogar de clase media —medió Atilano—. Entre los míos se ven cosas peores.

—En las casas humildes reina, según tengo entendido, cierta candorosa sencillez —se sorprendió Melquíades.

—Cómo se nota que pertenece usted a otra esfera.

—He visitado lugares absolutamente depravados —se defendió el gordo—. Y aunque se cometían abominaciones, lo hacían en una atmósfera de excelso pueblo.

—Le advierto que a los de abajo no nos gusta que nos hagan la pelota.

El viajero quiso saber el significado de la última expresión. Le dijeron cualquier cosa.

—¡Cómo entiendo! —se complació.

Un acordeón empezó a sonar en la habitación de al lado. Cam-pomanes se detuvo, susurrando:

–Ustedes son ya de confianza...

–Pero sí –confirmó el gabacho.

Se accedió al contiguo aposento.

[El francés, que habría luego de pedir permiso para ir al servicio, escribiría allí estas líneas: “La impresión que alguien no avisado experimenta al acceder al hogar de un español no es para ser descrita con palabras. Estas personas, que prácticamente ayer vivían en cavernas, en cuanto logran su sueño de ocupar un inmueble, en propiedad o de alquiler, que para los efectos es lo mismo, se empecinan en recargarlo con adornos y figurillas de escayola. Emplean profusamente el plexiglás y cubren los desconchones de los tabiques con láminas de la caza del zorro o imágenes piadosas a cargo de un pintor que aquí llaman Murillo, probablemente porque éste fuera su nombre. Son muy inclinados a muebles de contrachapado, plebeyez que pretenden compensar exhibiendo cucharillas de alpaca a través de los cristales de lo que se conoce como ‘mueble bar’ (sic), que constituye el centro gravitatorio de la vivienda. Es un pueblo donde la paternidad está mal vista. El lugar de los padres, y ostentando la autoridad correspondiente, lo ocupa una tal llamada ‘hermana’ (sic), vestida de negro hasta los pies. Esta figura inspira en su totalidad la literatura nacional, protagonizando enredos o causándolos. Al llegar a determinada edad, perdida la esperanza de casarse, inserta invariablemente publicidad en una revista marinera. Al reclamo, se presenta un virtuoso del instrumento llamado acordeón... (En otro apartado, describiremos el habitáculo en que esta raza que nunca dejará de sorprendernos efectúa la deposición de sus aguas mayores y menores, tan diferente del nuestro.)”]

–¿Te has limpiado los pies en el felpudo? –fue el cariñoso saludo de Magdalena, que hizo extensivo a los acompañantes de su hermano.

Éste asintió; aquéllos hubieran deseado amputarse las extremidades inferiores.

Sentado en un sofá junto a ella, respiraba un individuo gigantesco que sostenía el acordeón que oyeran hace un instante. Se presentó a Campomanes:

—Soy parco, como corresponde a mi oficio que dejo adivinar, y no diré sino que pretendo llegar al himeneo con su hermana. Si me pone pegas —declaró con sencillez—, le clavo de un puñetazo en la tarima.

—Tanto gusto —dijo aquél, algo cortado.

El marino proclamó sus cualidades.

—Puedo apachucar con lo que me echen, acostumbrado como estoy a las galernas, a la calma chicha, a sufrir naufragios y sobrevivir semanas encima de una tabla alimentándome del cuero de las vergas y bebiendo del salobre elemento en que me mezo. Tanto me da el frío que el calor, el inclemente sol que las heladas, la alegría y el pesar. Y a ésta —apuntó a Magdalena con su enorme dedo— la meto en cintura en el primer viaje como me llamo José Ramón —y para terminar de subrayar lo que decía, se desgarró camisa y camiseta y mostró un tórax industrial, tatuado de sirenas.

La hermana emitió un aullido de placer.

—Cúbrase, se lo ruego —pidió el amigo de Alfonsito.

Obedeció aquél.

Melquíades habría de articular a continuación algunas de sus palabras más desafortunadas.

—Lo que interesa es si este señor, aparte de sus groseros pectorales y su actitud arrancada en general, es capaz de sostener a esta nutricia...

Magdalena, oyéndose calificar así, puso el grito en el cielo, lo que obligó a José Ramón a sostener al adalid por el gañote, sus pies de éste a milímetros del suelo.

El desenlace habría sido el esperado, cuando un escueto gañido prelude a una pregunta repleta de escalofriantes matices:

—¿Eres tú, Magdalena...?

La aludida, sorprendida de verse requerida por un desconocido, centró en él mirada intensa.

Era José quien se había pronunciado, salvando con su intervención a su amigo.

Lo protagoniza el soñador. Plática del resto

La cara del soñador se deformaba como barro a efectos de la emoción intensa que sentía. Su cuerpo era un amasijo que cambiaba de aspecto, de lugar, de dimensión...

Contemplaron todos, estupefactos, el prodigio, evocando quién a un transformista que en su niñez viera en el circo, cuál a un zepe-lín que rasgó airoso el aire de un otoño por encima de unas cum-bres hasta acabar roto e incendiado sobre una ladera y habiendo sembrado el pánico entre el público...

El supremo enamorado repitió por vez enésima:

—¿Eres tú, Magdalena...?

—¿Puedo no serlo? —replicó ésta, como si hablara a un subalterno. José se situó de hinojos ante ella.

—¡Te tengo ante mí en carne y hueso! —exclamó—. Pero —titubeó—, esa sequedad, esa aridez, ¿pueden ser tuyas...?

—Deja ya de hacer el ridículo.

—Sé que lo hago —aceptó el arrodillado—, pero no me importa por-que el motivo lo vale. Años hace que nos separamos jurándonos amor eterno...

—Yo no juré.

—Juraste, Magdalena... Juraste al pie de un chopo, o quizá fuera un ciruelo, puede incluso que un manzano... ¿Importa acaso...?

—A mí, nada.

—Lo esencial es que entonces nos amábamos y que yo, desde aquella venturosa época, he guardado la llama en mi impuro cora-zón.

—¿Por qué dices impuro? —le picó a ella la curiosidad.

—Me refiero al continente, que es indigno de su contenido, o sea, el amor que me inspirabas y que, repito, todavía te guardo.

—No termino de entenderlo, pero me vale, sin que signifique el mínimo compromiso por mi parte.

—Siempre fuiste así de generosa —adoró José—, si bien yo te califi-qué de ingrata en unos versos, compuestos bajo la influencia de Gar-cilaso de la Vega, de quien por la época no sabía desprenderme...

—¿Amigo tuyo?

–Ya murió –José no quiso entrar en pormenores.

–Un frescales que no saldría de los billares –decidió la hechicera–. ¿Comprendes ahora por qué te abandoné?

–¡Qué encantadora ignorancia! –se embelesó el enamorado–. Pero a ti no te es necesaria la cultura. ¡Eres la suma de tantas perfecciones...!

–Tú y tus amigotes –insistiera Magdalena.

–No los tuve buenos –reconoció el seducido–, sin que me faltaran malos. Aunque creo recordar que una razón que entonces esgrimiste fue que no te gustaba el chambergo que yo usaba en un desafío a los convencionalismos que a ti, lo tengo bien presente, te mecían desde la cuna. Era yo algo rompedor –dijo José, ante la general sorpresa–. Me burlaba de todo, y la vida me pasó pronto factura... ¡Por ti –se exaltó, poniéndose de pie– he recorrido incansablemente el mundo! ¡Bajé a los valles y ascendí a las cumbres! ¡Metí la nariz en cuevas y chamizos, sin omitir palacios, donde, por cierto, tenía muy difícil la entrada! ¡Y siempre en cada sitio mis labios musitaron tu nombre...!

–¡Qué horror! –exclamó ella.

–Tú lo has dicho: ¡he sufrido las penas del infierno! Ni un instante dejaba de pensar en ti, y por las noches miraba tu retrato...

Este detalle hizo vacilar a Magdalena.

–¿Mi retrato...?

–¡Todas las noches! –repitió José, viendo que pisaba fuerte.

Melquíades y Atilano, que escuchaban paralizados de asombro, al igual que los demás, quisieron confirmar lo expresado por el amigo.

–Es verdad lo que dice...

–Curiosas ganas de deleitarte en mi semblante... –tanteó ésta complacida y pasándose la mano por el pelo.

–¡Me volcaba en la pura expresión gemela de la que posees actualmente!

Caprichoso mohín de Magdalena.

–¿Te parece que he cambiado poco...? –coqueteó.

–¡Eres la misma! –declaró José, muy terminante.

Campomanes, apartándose con todos, murmuró:

–El bueno de José exagera. Mi hermana, desde el tiempo que se supone, ha declinado lo suyo.

–Yo debiera intervenir –carraspeó el marino–. La contundencia con que me he presentado no se compadece con mi actual pasividad.

–Nadie se la va a tener en cuenta –le tranquilizó Melquíades, quien quiso por esta vía amigarse con aquél.

–Usted y yo todavía tenemos una cuenta pendiente –amenazó José Ramón.

–Cancelémosla –propuso el adalid–. No suponga –agregó veloz– que se le achaca falta de hombría por escuchar inerte cómo un rival hace la corte a la que ha venido a hacer suya desde allende de los mares.

–¿De verdad no parece poco masculina mi postura...?

–¡Naturalmente que no! En tierra, las complicaciones menudean. El mar es duro, pero también noble y directo. En la humana sociedad, en cambio, hay que tener mucha cintura, recurriendo a triquiñuelas y engaños... Y en tratando de mujeres, porque así me permito calificar a su hermana –le dijo a Campomanes–, el asunto cobra proporciones geométricas.

Observaron los ademanes compulsivos de José y el desdén endiosado de la otra.

–Estoy abierto a sugerencias –participó el marino–. Ruego me indiquen si he cometido algún error.

–Ya que lo dice –se adelantó Atilano–, su primera equivocación reside en el mero hecho de presentarse. Se comprende que tuviera ansia de hembra, pero ¿por qué no acudió a la zona baja del puerto en que atracó su ballenero?

–¿Cómo sabe que vengo de la captura del cetáceo...? –se pasmó José Ramón.

–¿No es así?

–¡Caball!

–Pues entonces. Si usted se hastió de la ballena y quería retozar con otra carne, no tenía necesidad de responder al anuncio.

–No le falta razón –admitió éste–, y le agradezco la sinceridad brutal con que lo expresa. Pero ¿se le ha ocurrido pensar que pudiera yo necesitar, más que sensual esparcimiento, un cálido cariño, un afecto, una mano femenina que acariciara mi rugosa faz...?

–Para eso siempre hay tiempo –manifestó el humilde.

—¡Y para lo otro, señor mío! —saltó el lobo de mar.
—Usted es de la escuela de mi padre —replicó el de ultramarinos—: Me decía que, en cualquier circunstancia, pasara lo que pasase, era capital mantener la vertical. Y que vigilara lo que él llamaba *cachorrillo*.

Varios cuellos se alargaron en su dirección con interés.

—¿Qué es el cachorrillo? —interrogaron.

El repartidor chascó la lengua sin responder.

—A su padre le tendrían que haber erigido una estatua —apuntó el marino.

—Lo hicieron.

—¿En serio...?

—Más que estatua —matizó Atilano— fue un muñeco de trapo a su imagen, que después prendieron fuego.

—¡Cuánto debieron de quererle! —se enterneció José Ramón.

—No se hace idea.

—En cuanto a la vertical —retomó el hombrón este detalle— convengo totalmente con su padre. ¡Lo que cuesta mantenerla cuando el mar se pica...!

Aquél le miró curiosamente.

—Yo habría ido para marino —dijo.

—No joda, Atilano —le replicó Melquíades, permeado de su bas-tedad, lo que a veces le ocurría involuntariamente.

—Permítale expresarse —exigió José Ramón, tumbando al adalid de un puñetazo—. ¡A ver por qué no va a poder él pisar una cubierta!

—Atilano es bueno para ratear por tierra firme —explicó el gordo—. Si las cosas vienen mal, siempre puede tomar las de Villadiego.

—¿Villadiego...? —inquirió Alfonsito.

—Un pueblo. Me lo imagino con su campanario, su placita...

El inspector administrativo se ensoñó.

—Allí me retiraría yo con la casada —dijo.

—¿Amiga suya...? —se interesó el marino.

—Antigua novia —informó éste con el eco característico de la expresión.

—Se le birlaron en la mili, como si lo viera...

–¡Y menudo papelón que hice al reclamarla! Se lo he contado a estos señores, y desde entonces me miran con un no sé qué de burla.

–Es mentira –resolló Melquíades.

–Lo mejor es preñarlas y cumplir posteriormente con la patria –arguyó José Ramón–. Muchos de mis amigos tal hicieron.

–Es una solución –ponderó Alfonsito.

–No tan buena como parece a simple vista –se contradijo el gigante–. Luego ellos sintieron necesidad de poner el Atlántico por medio.

–Uno nunca está conforme –dijo Campomanes–. Cualquier cosa que se haga, siempre queda la sensación de haberla podido hacer mejor.

–¡Ese continuo sentimiento de fracaso! –deploró Melquíades.

El francés, que después de volver del excusado, había permanecido escuchando sin perder una coma, decidió exponer su punto de vista.

–¡Pero, no, señores...! Se lo toman tan arisco como escasamente alegre. Les falta la locura de la vivencia. En mi país maravilloso las preparamos también rotundas y explosivas, pero luego hacemos una pirueta y otra vez burbujecemos... Ustedes de la menor contrariedad hacen máxima ascética.

–¿Le parece mal? –se le enfrentó José Ramón.

–¡A lo contrario! –denegó el extranjero comprimiendo sus labios en diminuto círculo.

Propuso el adalid:

–¿Seguimos escuchando los requiebros de mi amigo...?

80

Se abre un corazón como un melón. Secreto histórico masculino a los cuatro vientos

Nuevamente genuflexo, José expresaba ante su amada:

–Te amé con esperanzas y sin ellas; te amé durante el día y por la noche, sin olvidar sendos crepúsculos. Las estaciones del año fueron tuyas, y también los trigales y los campos, las rojizas amapolas, el canto de los melodiosos ruisseños y el cascabeleo de los arroyos al nacer en la montaña y que, como niños traviesos, saltan y se pre-

cipitan entre piedras hasta adquirir, curso adelante, adulta gravedad allá en el llano. Tuyo fue el viento entre los árboles, el calor y el frío, la simiente y la cosecha... —tomó un respiro—; la lluvia benéfica que esponja la tierra, hinchando la sosa semilla que dará cuantioso fruto, y el incómodo pedrisco que asola la verdura, induciendo al labrador a alzar iracundo su mirada al negro cielo (el cual pedrisco debe interpretarse como los desdenes de la bella, cuyos dientes marfilinos evocan con justeza las heladas pelotitas que, como te pillen en descampado, te dejan las orejas cárdenas e intensamente doloridas). Tuyos fueron —continuó— el bosque y los verdes prados, el desierto misterioso y las soledades árticas y antárticas, los océanos con todo lo que bulle y el aire con sus pájaros, mosquitos y alimañas...

—Acaba de cometer un fallo —censuró Alfonsito, que al igual que los demás escuchaba con atención—. ¿Alimañas en el cielo...?

—En un sentido amplio... —Melquíades se sintió inclinado a defender al amigo.

—No tendría que haber mencionado el mar —se molestó por su parte José Ramón—. Es una clara invasión de mi terreno.

—No parece que haya sido ésa su intención —volvió a manifestar el inspector—. Y lo digo yo, que no se me ha perdido nada en el duelo.

—¿Duelo...? —inquirió el adalid.

—Llámelo certamen, si prefiere. Luego, José Ramón tendrá por lo menos que leer unos versos.

—¿Yo? —exclamó el aludido con espanto.

—No se va a quedar ahí como un pasmado.

El gigantón dio impresión todavía de cuadruplicarse.

—¿Se lo parezco a usted? —preguntó con amenaza.

Melquíades se interpuso.

—Lo que importa es lo que opine Magdalena.

—¡Magdalena! —invocó José Ramón, cayendo en burdo éxtasis—. ¡Qué poco suena tu nombre, que sin embargo impregna la conversación entera...!

Campomanes se adelantó en representación de la familia.

—¿Firmó ella el boletín marítimo con su nombre de pila? —quiso saber.

Negó el marino.

–Se tituló de Flor de Lis, seudónimo pletórico de ensueño... Al leerlo, estuve a punto de desertar en el primer puerto que tocamos, que fue en efecto lo que hice, no quiero engañarles...

Dijo el francés:

–En mi alegre nación, mucha flor de lis...

–Demasiada –le reprendió Atilano.

–Nos estamos perdiendo cosa buena –avisó Alfonsito, evitándole indirectamente un mal trago al extranjero.

El soñador se encontraba en el siguiente tramo:

–... Quiero haber sido en tu corazón el primero y el último, ocupando también los estadios intermedios. ¡No concibo que sea de otra manera! Y en cuanto al marino, ¡que le zurzan!, ya que pronto huiría de tu perfumado tálamo para acudir a la prosaica captura del maloliente pescado que luego se despacha en los mercados...

José Ramón se envaró.

Magdalena decidió humillar a su prendado.

–Te hago notar –dijo– que quien mencionas debe esconderse por mi causa de sus otrora compañeros, que para castigar su abandono aspiran a flagelarlo con hamacas mojadas, según se estila, creo, entre la marinería.

Replicó José:

–De que dejara el barco sólo tenemos su palabra, cuyos quilates de verosimilitud son un enigma. Y en cuanto a lo de las hamacas mojadas, ha tiempo que se desterró la costumbre de la flota, suponiendo que no se tratara de una leyenda inventada por la jactanciosa gente de los mares para hacerse respetar en tierra. ¿Qué sabemos de lo que ocurre en las frágiles embarcaciones que se aventuran sobre esa ingente masa de agua? Sois vosotras, las crédulas mujeres, quienes daís pábulo a estas consejas.

–Te contestaré por partes –repuso ella, despreciándole otro poco–. La expresión con que aludes a mi sexo no es sino un tópico masculino sin otro objeto que llamarnos tontas, lo que reconozco que muchas veces somos. Podemos ser confiadas, lo acepto, pero en cuanto subyugamos a un marido, pasamos de embucharnos todas sus necias invenciones a no creerle nunca nada, así venga atestiguado por notarios.

—Me duele lo que dices, Magdalena.

—No he terminado —se encarnizó ella—. Lo de la flagelación con hamacas te puedo asegurar que es cierto, pues así vengo leyéndolo desde mi niñez en la Enciclopedia Ilustrada de las Artes y las Ciencias, redactada en su totalidad, con mérito innegable, por el erudito Porras.

Se sobresaltaron tres de los presentes.

—¿Porras...? —interrogó Melquíades, en nombre también de sus amigos.

José Ramón reaccionó, intentando recuperar el terreno perdido.

—Desde aquí, aun sin conocerle, declaro al tal Porras excelso e intachable.

—Completamente de acuerdo —subrayó el adalid—. Recientemente le hemos tratado —informó—. Su dedicación a los estudios teóricos y prácticos está muy por encima de lo que se estila. ¿Verdad, José...? ¿Atilano...? —buscó su confirmación.

—Menuda pieza, Porras —dijo el segundo.

—¿Perdón...? —se interesó Alfonsito.

—Un pillo bajo el manto de la ciencia —definió aquél—. Lo sorprendí examinando con lupa los órganos reproductores de una flor.

—No lo sabíamos... —se embarazó su jefe.

—Aunque para qué enlodar su buena fama —escupió el repartidor por un colmillo—. Y porque ha salido en la conversación, que si no el secreto habría muerto conmigo.

Magdalena saltó como una pantera del sofá.

—¡Me niego a creer que el insigne polígrafo sea capaz de tal bajeza!

—Yo lo vi —insistió, terco, Atilano.

—¡Los hombres como Porras —ensalzó ella— siempre son blanco de la envidia y la calumnia!

—Pero también experimentará concupiscencia... —dijo el de ultramarinos.

—Usted ¿cómo lo lleva? —le preguntó el marino, arrastrado de interés.

—Últimamente he experimentado un reverdecer.

—¡Es la conversación más baja que puede escuchar una mujer! —protestó la única entre tantos hombres, incluido el francés, que iba

conociendo el paño y optaba por hablar poco—. ¿Ustedes a solas son así?

—Y peores —dijo Atilano.

—Entre nosotros las pláticas derivan a la parte que empleáis para sentaros —informó José, sin darse cuenta de la garrafal metedura de pata que cometía—, que calificamos con nota de uno a diez.

Le hacían vehementes gestos para que callara. El marino desenfundó un revólver.

—El secreto de nuestras charlas ha permanecido inviolado durante siglos. Como siga por ahí, le descerrajo un tiro.

—Pero sí —dijo el francés, poniéndose del lado de los más.

Murmuró ella:

—Creo que estoy empezando a abrir los ojos...

—¡Magdalena, por lo que más quieras...! —Campomanes intentó contenerla.

—¿Y tú...? —le interrogó su hermana—. En algún momento habrás informado a los tuyos sobre mí...

—No de manera reiterada —negó él—. Si acaso, un boceto verbal que después amplificaban ellos...

—¡Ahora sé en qué se funda esa masonería de los bares! —exclamó Magdalena, estupefacta.

La situación había llegado a extremos verdaderamente delicados.

81

Poético

Alfonsito se aproximó al marino.

—Se limarían asperezas si se arrancara con una poesía...

A José Ramón se le erizaron los pelos de la nuca.

Insistió Maromo:

—Si antes tenía una razón para hacerlo, ahora es doble.

—¿Debo yo extraer al grupo del lodazal a que lo ha arrojado ése —señaló a José—, del que opino que ya es hora de que deje de ceñir su rodilla contra el suelo?

El enamorado se alzó discretamente. Magdalena regresó al sofá... presentando la suave curvatura de un tobillo. El hermano, conocedor del artificio, rezongó.

El inspector acorraló al lobo de mar con lo de los versos.

—Aunque vivo el gesto y de resoluciones prontas —se definió el marino—, como demuestra la celeridad con que me zafé del ballenero, acudiendo al misterioso anuncio aparecido en la revista que solemos tener tirada en los camarotes, debido a que está poco ilustrada (yo me entiendo), carezco sin embargo del don de expresarme con soltura. ¡Como para encima desgranar mis torpes rimas!

José puso su integridad en grave riesgo al decirle a Magdalena:

—¡Deshonraría el género...! ¡No lo escuches!

Atilano acudió oportunamente al quite.

—La poesía está ya tan cubierta de mierda que un poco más no habrá de notársele.

—¿Cómo sabe eso? —le preguntó Melquíades, sorprendido.

—Lo aprendí en una charla destinada a los humildes, donde se sostenía la tesis contraria que yo, implacable, desmonté.

—¡Qué valor! —le admiraron.

—Me batí en primera fila —se pavoneó el repartidor—, donde por si fuera poco obtuve por debajo de la mesa determinado primer plano de la conferenciante, con lo que no di su oratoria por perdida.

—Usted no es inmune al temblor de lo sagrado —señaló José, sin terminar de saber si el clase baja había acudido en su ayuda o al contrario.

Nuevamente, José Ramón se sintió desplazado.

—¡Pues ahora cojo y tiro por la ventana mis poemas! —lo que hizo, acompañando el gesto a la palabra. Una pelota de papel salió como una bala hacia la noche.

—¡Desgraciado...! —le gritó Alfonsito.

—Efectivamente, tenía unas rimas sobre su conciencia... —comprendió tardíamente Campomanes.

—¡Acabo de desprenderme de lo que podrían haber sido los cimientos de mi fama! —lloró José Ramón, deshecho.

—No nos diga que se quería dedicar a eso... —le reprochó Melquíades con mucha suavidad.

—Dedicarme, no. ¡Pero qué coño...! —el hombretón se agitaba como un volcán.

La hermana de Campomanes se sintió muy conmovida... lo que observó José.

—Tente, Magdalena —le avisó—. No hagas aquello de lo que puedas luego arrepentirte.

Severa, implacable, concienzuda, y dejando con un palmo de narices a José, Magdalena invitó otra vez al marino a sentarse en el sofá. Éste obedeció, sollozando sin vergüenza ni rubor, como sólo lo hacen los del mar y alguna gente primitiva y nada sofisticada.

—¿Qué te ha hecho pensar que me entregaría? —le preguntó, cautivadora, la mujer al hombre.

—Señorita —dijo él con gran respeto—, ¿cómo me sale ahora con esa pata de banco?

—Porque quiero —respondió Magdalena con sencillez.

Aprovechó José esta mínima rendija.

—¿No es adorable esa irracionalidad con que se desenvuelven? —comentó.

—Mi hermana siempre ha sido así —respondió secamente Campomanes.

—¡Pero no! —se sintió obligado a decir el francés.

—¡Pero sí! —insistió aquél.

Alfonsito hizo ademán de irse, temeroso de que se truncara su apetitosa cita.

—¡Quédese! —le imploró Magdalena, incapaz de soportar la competencia.

—Si acabaremos entrando todos en la refriega... —sentenció, filosófico, Atilano.

—¿Acaso le parece mal? —se amoscó aquélla.

—Yo me situó al margen.

—¿Por alguna razón en especial? —le preguntó Melquíades a su inferior.

—Ninguna —respondió éste, poniéndose muy encarnado.

—¡Tate! —exclamó el líder.

—Piense lo que quiera —concedió el repartidor—. Un pariente mío también se turbaba en ocasiones.

—¿En serio?

—Principalmente ante las bellas, aunque lo fueran bajo mínimos y siempre que lo equilibraran con las cosas en su sitio.

Magdalena se puso seria.

—Como se empeñen —dijo— en las chabacanerías a que tan aficionados son, saldré por esa puerta —señaló lo que seguramente era su dormitorio— y me arrojaré desolada sobre la cama.

Suscitó su amenaza cautivadora imagen.

Conferenciaron.

—¡De qué manera son ustedes, los de aquí! —palmoteó el extranjero.

—No diremos que no —manifestaron a la vez el marino y José, ambos en vibrante armonía ante la hermosa.

—Ella aguarda —avivó Melquíades.

—Ese truco lo conozco... —comenzó a explicar Campomanes.

—Su opinión de consanguíneo no hace al caso —le interrumpió Alfonsito—. Acabo de ser yo mismo emplazado, debatiéndome entre mi tendencia a la casada, a la que no voy a renunciar de ningún modo, y el imperioso imán que la presente ejercita sobre mí.

—Otra vez te has salido con la tuya, Magdalena —expresó, lúgubre, su hermano.

Se las arregló ella para mostrar los dos tobillos.

Solicitó José:

—Reconoce que fui el primero. De lo contrario —argumentó—, pensarán los reunidos, incluido tu hermano, que fuiste de unos brazos a otros en serie interminable que, dado tu recentísimo anuncio, estaría lejos de mostrarse concluida.

Magdalena perdió el color.

—Has sido el primero —admitió—. ¿Estás contento?

El tozudo enamorado exhibió sagaz sonrisa.

—Si no tienes inconveniente —agregó—, desearía que hicieras también míos los demás eslabones de la cadena.

—¡Jamás!

—Recapacita, Magdalena —presionó éste—. De lo contrario, se te tachará de frívola. Sin contar con que podemos imaginar cualquier cosa de ti.

La hermana se derrumbó sobre el sofá, modelándose sus formas bajo el vestido.

José Ramón la cediera el sitio entero.

Campomanes se desesperaba.

El pasado, no tan limpio, de la hermana. Unas pistolas

Magdalena se fue recuperando. Al erguirse de nuevo, negro mechón trazó su línea sobre el rostro. Todos la rodeaban deferentes.

—¿Se encuentra ya mejor? —le preguntó Melquíades.

—Son muy amables de tener estas atenciones con una pobre mujer...

Se le dijo que estaban encantados. Bufó el hermano.

Magdalena se ordenó el cabello.

—Los disgustos —sondeó— han ido poco a poco ajándome...

—¡En absoluto! —negaron.

—Ya no despierto interés.

—¡Más que nunca!

—He dejado la vida a mis espaldas.

—¡El futuro es suyo, Magdalena!

Esbozó ella una sonrisa satisfecha.

—Tendría en realidad que retirarme —soltó esta bola—. En otra época existía la renuncia del convento... Pasar el día entero en sublime ensimismamiento, lavar, planchar, ocuparme de la huerta...

—Eso lo puedes hacer sin mudarte a ningún sitio —señaló, avieso, Campomanes.

—¡Cómo puede tener esas entrañas! —le censuró José.

El marino se sumó al reproche.

—No puedo escucharle indiferente, por mucho que sea el hermano de la bella.

—¡Lo que no tenía que haber hecho es responder al anuncio! —replicó el de la casa.

Se defendió José Ramón.

—Era el mensaje de una mujer angustiada que solicitaba amparo.

—Me parece que ha venido usted en vano —Campomanes se iba inclinando porque no se consolidara el noviazgo.

Aprovechó José:

—Lo mismo pienso. Aquí estoy yo, aparecido en el momento más oportuno. ¿No es cierto, Magdalena...?

Ésta fingió no haber oído.

—¡Si tuviera mis poemas...! —jugó esta baza el marino.

–Quisiera haberlos escuchado –manifestó la hermosa, bajando dulcemente los párpados en un gesto espontáneo que ensayaba todas las noches antes de acostarse.

–Los he memorizado –amenazó José Ramón, completamente hechizado.

–Adelante –invitó ella.

–Hablaban de la noche... e incluían su nombre.

–¡Es el colmo! –protestó el hermano–. ¡Si acaba de conocerla!

Magdalena se reclinó levemente en el sofá.

–¡Qué diabólico arte de seducción! –exclamó Atilano para sí–. Yo antes era aquí te pillo, aquí te mato. Pero me voy haciendo sensible a los prolegómenos.

Campomanes volvió a dar la nota amarga.

–Tus zalamerías –le dijo a su hermana– no llevan a ningún sitio. Mejor dicho –se corrigió–, sé a dónde han conducido hasta el presente.

Se hizo un silencio en el que se hubiera oído caer una pluma. Nadie osó mirarse, ni menos hablar. José y el marino eran los más afectados.

Al cabo de larguísimos minutos, una voz herida murmuró:

–Las palabras pronunciadas, contrariamente a lo que se dice de que se las lleva el viento, se graban perennemente en la memoria de quienes las han escuchado.

Era Magdalena, quien abandonando sucesivamente la pose de seducción, la de abandono, la de picardía, la de desdén y la de delicioso atolondramiento, se había refugiado en la de víctima.

Su hermano se salió de sus casillas.

–¡Basta!

–Has hecho terribles insinuaciones... –dijo ella–. Completa mi ruina relatando lo que sabes.

Todos tenían muy mala opinión de Campomanes, la que empeoró cuando empezó a contar.

–José ha exigido (y conseguido) el dudoso título de haber sido el primero con mi hermana. Sin embargo, los hechos difieren sensiblemente. Ora inclinó su corazón a éste, ora a aquél, sin terminar de comprometerse con ninguno, como hasta el más ciego puede

comprobar que sigue haciendo. Y ello, desde niña, sin que todavía usted –señaló al enamorado– apareciera en su perímetro...

–Miserable –musitó su hermana.

Él no se inmutó. José miraba de hito en hito.

–En uno de sus desvaríos –informó a todos Campomanes–, se quedó mi hermana embarazada –hubo una exclamación que sonó como un bramido–, colofón a los amores de un foráneo que yo, como único pariente cuando acaeció el desafortunado episodio, he procurado desde entonces mantener al abrigo de la pública y malsana curiosidad.

–Cobarde –repitió ella.

–Ha llegado la hora de que éstos sepan, sobre todo los que se las prometen contigo más felices, como son el del mar y el soñador, que por tu causa me vi en la precisión de batirme con el extranjero, que no era tan complaciente y educado como nuestro amigo, aquí el francés... –éste hizo una reverencia tremendamente mundana–. A tal efecto, adquirí un maletín que contenía unas pistolas de cachas nacaradas, en las cuales figuraban unos angelotes rubicundos que tocaban con alborozo unas trompetas. Niégalo, si es tu gusto –desafió a su hermana.

–Lo niego.

–Me dirigí al domicilio del austriaco, que lo era originario, y llamé con los nudillos a su puerta. Era un quinto piso, lo recuerdo como si fuera ayer. Todavía tengo ante mí al vecindario, que me hizo objeto de sus befas, enterado como estaba del motivo de mi visita.

–¡Se reían de ti, Campomanes, por tu menguada hombría...! –le escupió Magdalena.

La cara de él era se llenaba de mínimo y emocionado temblor.

–Reconocí enseguida al del estupro mediante una fotografía que mi hermana me había dado.

–¡Me la robaste del bolso! –acusó ella.

–Me la diste, te la robé... –recitó él con cansancio–. Qué importa. El austriaco negó con toda desfachatez ser el padre de la criatura que esperabas, remitiéndome a los habitantes de nuestro barrio, los cuales giraban en torno a cinco mil, según el último censo municipal, un poco hinchado a decir del partido opositor... El insulto que me supuso su intento de escurrir el bulto se agravara odiosamente con

las risas faunescas de él y sus amigos, ya que se encontraban en una fiesta en la que tú eras su protagonista ausente, que fue lo que no te comenté para que no sufieras más...

—¿Una fiesta, tomándome como pretexto...? —se encrespó la desdichada—. ¡Te lo inventas!

—Eso hubiera yo querido —dijo el hermano, resignado—. Confieso que me sentí ridículo cuando el violador...

—¡No me violó, yo consentí...!

Hubo un sentimiento de estupefacción. Magdalena se tapó la boca con la mano.

—... Cuando él se asomó burlón al maletín que le acerqué, ofreciéndole a escoger un arma. Los angelotes de la empuñadura permanecían absurdamente ajenos al drama que tenía lugar a la sazón y que podía concluir en una muerte...

—¿Hubo duelo? —preguntó José, hecho cisco ante las inesperadas revelaciones.

—Desgraciadamente, no —se consternó Campomanes—. Se negó el pinta y yo debí volverme con el peso de la afrenta y sin las pistolas, pues viendo el desairado papel a que me habían impulsado las empeñé al mismo ropavejero al que las había comprado, quien solamente aceptó hacerse cargo de ellas si además le daba cierta suma.

—Menuda plancha —dijo Alfonsito.

—Más tarde, intenté recuperar las armas con la idea de ponerlas en una panoplia y tenerlas ante mí perpetuamente como índice de la afrenta de que habíamos sido objeto los hermanos. Pero habían sido vendidas a un coleccionista, quien a poco dio fin a su vida con ellas en la mano.

—¡Terrible muerte! —exclamó Melquíades.

—En absoluto. Murió plácidamente de viejo según la contemplaba.

—Esas pistolas no traían suerte —señaló el de ultramarinos.

—No esté tan seguro. Las armas volvieron al ropavejero, quien antes de que pudiera yo recuperarlas las vendió nuevamente, esta vez a un fabricante de canelones al que le tocó en una semana el gordo de la lotería navideña.

—¡Caramba! —dijo el marino.

–Pero la fortuna se convirtió para él en motivo de desdicha, pues su mujer se fugó con el décimo y el contable de la fábrica, declarándose inoportunamente una huelga en la que los obreros solicitaban mejoras salariales que el otro no estaba en condiciones de atender...

–¿Qué pasó con las pistolas? –preguntó Magdalena, interesada a su pesar en esta parte desconocida de su historia.

–El de los canelones se pegó un tiro con ellas, deseando acabar con su inhumano sufrimiento. Pero nada más logró que acrecentarlo, pues quedó paralítico en silla de ruedas e intactas sus facultades cognitivas, que le permitieron apreciar lúcidamente cómo la chiquillería del portal le arrojaba cada jueves (¿por qué escogerían este día?) escaleras abajo, dejándole malherido y perplejo. Las pistolas, entretanto, señoreaban un anaquel polvoriento de su casa...

83

Tras la pista de las armas

–Menos mal que esas armas gafadas están lejos –suspiró Alfonso, alias Maromo.

Le miró Campomanes con mucha intención.

–Te equivocas –dijo–. Las pistolas, aunque descargadas para evitar daños mayores, se encuentran actualmente entre estos muros.

Se desolaron.

–¿Y cómo –preguntó José Ramón– se le ocurrió adquirir de nuevo esas fautoras de calamidades y desgracias? ¿No habría sido más sensato olvidarlas y a otra cosa?

El de la casa sacó pecho y hundió el vientre.

–Me sentí en el deber de hacerlas mías, habiendo causado tanto daño y siendo yo quien las pusiera en circulación en un momento de completa ofuscación. Seguí el rastro de las pistolas –prosiguió, modoso– por las secuelas, ninguna buena, que dejaron a su paso, abarcando buena parte del globo.

–¿Cómo así? –se interesaron.

–Muy sencillo –repuso Campomanes con un gesto de triunfo que no se juzgó muy apropiado–. Desde la morada del paralítico, antiguo industrial de canelones, y una vez que éste terminara por cascar debido al tratamiento que le aplicaban todos los jueves (¿por qué

este día?, insisto), las armas pasaron directamente a la basura, pues efectivamente se había corrido la fama de que traían la negra...

—¿Pretende que creamos eso? —objetó el clase baja.

—¿Por qué no? —repuso éste—. Al óbito de aquél por pulmonía (le hacían subir en bolas a la silla), y habiendo revuelto infructuosamente los desechos vecinales, tuve un pálpito, y comisioné a unos agentes a visitar la hemeroteca...

Magdalena se desazonó gravemente.

—¿He salido reflejada en los papeles? —interrogó.

—No me consta —la tranquilizó su hermano.

—Continuad, yo os lo imploro —dijo el francés, que comenzaba a dar las primeras señales de locura.

—El ujier que encendía de mañanita el brasero durante la quinceña más fría del invierno (no había presupuesto para más), inducido por el chantaje que le hicieron en el lavabo de señoras, trajo a las mientes el anuncio aparecido años atrás en el que el ropavejero anunciaba la venta del maletín de las pistolas... y que fue al que yo respondí acudiendo a su tienducha con objeto de adquirirlas la primera vez. Era necesario, no obstante, saber más...

Magdalena mecía involuntariamente los pechos.

—Señorita, por favor, no nos distraiga, que la narración es tortuosa —objetó el marino, azuzado por los otros.

—El ujier —siguió el hermano—, a consecuencia de la mencionada conversación en los lavabos, expelió a toda prisa el resto de la fábula, reconstruyendo la trayectoria de las armas, que se sabía como si se tuviera que examinar, exactamente como yo había sospechado. De la basura, que es donde habíamos quedado, las recuperó un iconoclasta, quien odiaba todo género de imágenes, en particular la de angelitos regordetes tocando la trompeta. Toda la vida esperara el hombre una oportunidad semejante, desde que, niño, su padre le obligaba a acompañarle los domingos al museo de escultura ciudadano...

—Empezamos a comprender —dijeron.

—Lo primero que hizo fue separar las cachas de la empuñadura, enajenándolas en dirección a Oriente Medio, de donde a su vez se desviaron al País del Sol Naciente, que como sabrán es el Japón...

—Yo lo ignoraba —confesó Atilano.

—Eso que aprende. Las pistolas quedaron en España, dejando un reguero de delitos a su paso...

—¿Y las cachas? —preguntó Melquíades.

—¿Volvieron a incorporarse a las culatas? —inquirió José, secretamente deseoso de esta unión.

—En su momento se sabrá —prometió Campomanes—. Un día, meditando en el estado de gravidez de Magdalena, a quien de entrada y para guardar las formas enviara a un pueblecito, donde se hizo pasar por esposa de un preboste que permanecía trabajando en la capital como un cabrón..., reflexionando, decía, me aventuré por unos arrabales de gente muy humilde aunque honrada. Existía solamente una excepción, que fue la que me salió al paso empuñando las pistolas de marras que reconocí al instante. Puse fuera de combate al asaltante...

—¿Tú...? —la hermana rió con paroxismo.

El otro continuó impasible.

—... Recuperé la artillería, empuñándola con exultante sentimiento y disparando en mi inconsciencia unos tiros que pusieron sobre aviso al barrio entero. Rápidamente, y como ilustración de la maligna influencia que de nuevo aleteaba sobre mí a consecuencia de recobrar lo que creía mío, fueron cercadas las casas, atronándose el aire con sonido de silbatos. Era la policía, que en seguida difundió mis datos personales por medio de un megáfono propiedad de la parroquia por el que se emitían los domingos de verano, por la tarde, melodías a cuyo son se bailaba castamente... Me acordé de las cachas nacaradas, y supe que de ser detenido ya podía despedirme de conseguir las... ¡Decidí, pues, jugarme el todo por el todo!

—No me diga... —levantó una ceja escéptica Atilano, que se ganó así una sonrisa de Magdalena.

—Huí por los tejados, esquivando las ráfagas de metralleta que, en estricto cumplimiento del deber, me lanzaban los responsables de la seguridad y el orden. Sin un solo arañazo, logré situarme fuera del perímetro cercado. Atrás quedó, debilitada, la gangosa información que siguió proporcionando durante horas el megáfono, ante las inútiles protestas de los que querían dormir... Ya a salvo, lloré abundantemente, tenaz en mi propósito de hacerme con los mofletados angelotes...

El francés había caído en estado catatónico, perdida la noción de tiempo y de lugar, y siendo para él un misterio su propia identidad, la razón de su presencia allí y otros aspectos. Alfonsito miraba con disimulo su reloj.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó José.

—Fue sencillo —respondió éste—, aunque no exento de trabajo. De entrada, recluté a un viajante de comercio que salía para Madagascar, logrando a última hora cambiarle su billete por otro con destino Tokio. Él lo consideró una jugarreta, pues al verse de repente entre personal de ojos rasgados (me refiero al Japón, por si alguno no se entera) consideró estar perdiendo el juicio; a lo que se sumó que no tenía allí ni contactos, ni dinero, ya que yo había tomado la precaución de sustraerle la cartera. No tuvo por ello mas remedio que trabajar para mí a cambio de unos yenes que me preocupé de que le garantizaran tan sólo el mínimo de subsistencia, si bien le permitían un desahogo semanal de cuarto de hora...

—Buen lugar ese Japón —babeó Atilano.

—Al cabo de unos meses de obligatorias pesquisas, logró enterarse del paradero de las cachas nacaradas, las cuales se exhibían en el escaparate de una tienda de regalos, frecuentada principalmente por turistas. El viajante, como no tenía dinero, robó limpiamente las cachas, abandonando el país en la bodega de un carguero donde hubo de convivir con unas ratas del tamaño de los ponis. Convertido en un despojo, desembarcó en un puertecito del Cantábrico, adonde había acudido yo a esperarle guiado nada más de mi intuición, pues llevaba semanas sin tener noticias suyas. Incrusté de nuevo las cachas, restituyendo la integridad de las armas... Ahora —terminó— están en mi poder (si bien he debido empeñarlas varias veces por apuros económicos que no hacen al caso), y las contemplo diariamente en mudo éxtasis.

—¿Le han traído mala suerte? —preguntó José.

—Según se entienda —respondió con indiferencia Campomanes—. Me he roto en varias ocasiones ambas piernas; otras, fui hospitalizado por contraer salmonelosis y una rara dolencia que me hacía, quieras que no, ir empalmado por la calle... En cualquier caso —sacó vientre y hundió pecho, al contrario de lo que pretendía—, las pistolas, aquellas con las que me quise batir con el austriaco, son ya

para siempre propiedad de los hermanos y no dejarán nunca de pertenecer a la familia. Cuando quieran –invitó–, pasamos al desdichado embarazo de la hermosa, como he oído calificar a Magdalena, cuyo sencillo parto tuviera lugar en algún tramo de lo que he venido relatando...

–Que hable ella –ofreció, caballeroso, el adalid.

La hermana no se hizo de rogar.

–Me hacen la gracia de decir que soy bella –comentó–, y no habré de negarlo. Es muy probable que hasta ahora no hayan tenido delante mujer con tales atractivos, los que oculto debajo de la ropa para tranquilidad de vuestro sexo, aunque cada cual es muy libre de imaginárselos... En cuanto a los morales atributos, los pasaré por alto. Diga lo que diga Campomanes, el austriaco me correspondía. Fue mi hermano, interviniendo de la manera expresada aunque con intenciones diversas, quien consiguió trincar mi enlace. Con su actitud, rompió mis expectativas halagüeñas y torció el destino del pequeño ser que llevé nueve meses en mi seno... –lloró.

–¿Dónde está ahora ese niño, Magdalena? –preguntó José, enterrecido de veras.

–¡En un hospicio! –respondió la atribulada, desmayándose.

84

Mucho barullo

Mientras atendían a Magdalena agitando un pañuelo ante su cara, reveló Campomanes:

–El fruto de los amores de mi hermana con el cosmopolita capitanea actualmente en el orfanato una banda de pilluelos, sobre la que existen testimonios poco alentadores. Los informes psicológicos sobre el niño son sin excepción pesimistas; y otro documento, de tesorería en este caso, presenta mensualmente unas facturas como para soltar alaridos, buscando subsanar los desperfectos causados por el retoño de aquel con el me quise batir para lavar el honor de la familia.

La infortunada del canapé retomó la conciencia.

–¡Soy madre! –fue lo primero que soltó.

—Y yo tío, Magdalena —aseguró muy puesto su hermano—. No escapo a mis obligaciones, pero reconocerás que el comportamiento de tu hijo es para hartar al más paciente.

—A mí me parece maravilloso —afirmó ésta, asimilándose a todas las que dieron a luz en algún segmento de sus biografías.

—A mí también me fascina —mintió Campomanes, discurrendo con tanto tacto como si caminara sobre hielo—. Pero ignoro cuánto tiempo podremos mantener al imberbe...

—¡El que haga falta! —se alzó la madre como una fiera—. Ése al que yo habría mecido en su cuna de no mediar tus maquinaciones, también en mi regazo y, más adelante, al empezar a caminar, sobre un caballito de cartón que le habría comprado, sin desmerecer tióvivos y columpios..., ese pequeño que ya está en la adolescencia ¡contará siempre con mi cerrada protección!

—Aviados estamos —dijo aquél.

—Una vez ardió un hospicio —dejó caer Atilano inocentemente.

Campomanes entendió por dónde iba.

—Aquí se negoció con unos padres misioneros para que se llevaran al grueso a recolectar melones a los trópicos...

—Deduzco del tono en que lo ha dicho —apuntó Melquíades— que el arreglo fracasó...

—Está en lo cierto —reconoció el hermano—. Una mano negra paralizó la operación, coincidiendo con uno de mis extraños accidentes.

—¡Nuevamente la sombra de las cachas! —exclamó Alfonsito, mirando intensamente su reloj.

Dijo José con enorme gallardía:

—Estoy dispuesto a hacerme cargo de ti, Magdalena, de tu hijo, y de lo que a ti ataña.

La bella abrió los ojos como platos. El marino, sorprendido, no supo qué hacer.

Torpedeó el intento Campomanes:

—Espero que no me incluya a mí.

—Ni lo sueñe —denegó el enamorado—. Máxime cuando ha quedado establecido que usted, y sólo usted, ha sido el obstáculo que llevo apreciando desde que intenté cumplir con Magdalena, dicho sea en el sentido más inocente del vocablo.

—¿Inocente...? —dudó aquél—. Precisamente para impedir lo que subliminalmente ha mencionado y que bulle en la sentina de su alma le seguí la hierba de debajo de los pies en cuanto tuve conocimiento de su inclinación a mi hermana en aquellos años lejanos, aunque no olvidados. También chafé —rió con vesania— la relación con el austriaco, y ahora, en el momento capital, intento hacer igual con el marino. ¿Cuál es el móvil que me induce a obrar así? —se preguntó—. ¡Ni lo supe entonces, ni lo sé ahora! ¡Y probablemente seguiré ignorándolo cuando me doble, inerte, sobre el sepulcro...!

La declaración de Campomanes ocasionó considerable revuelo. El francés estaba convencido de que no lograría regresar a su país, dada la índole de información que venía reuniendo, que bajo ningún concepto le permitirían trasladar al extranjero.

La hermana estaba triunfante.

—¿Eres consciente de lo que acabas de decir? —le preguntó a su hermano—. ¡Te has descubierto!

Él se demudó, barruntando haber hablado acaso más de la cuenta.

—Has atribuido —siguió ella, implacable— a las cachas nacaradas, al arma entera, si queremos ser precisos, la razón de tus enfermedades y accidentes, cuando deben ser adscritos a ese oscuro motivo que te roe, involucrándome.

—Esto se presenta feo —murmuró Alfonsito.

—Opino lo mismo —confirmó Melquíades, y se dirigió a José Ramón—: ¿Qué piensa del asunto nuestro curtido lobo de los mares...?

Éste se picó.

—Ruego dejen de referirse a mí con esos tópicos. ¿Cuesta tanto llamarme por mi nombre de pila?

Campomanes y su hermana se miraban desafiantes. Se encaró José con el primero.

—Le corresponde defenderse de esa acusación sobreentendida.

—¿Y cómo...? — el hermano abrió los brazos con impotencia—. ¡Si yo mismo me he puesto la soga al cuello!

—Hombre, no... —terció Alfonsito.

—Tú qué vas a decir, somos amigos...

El inspector administrativo achicó los ojos.

—¿Y si no lo fuéramos...?

Campomanes mostró su desconcierto.

–¡Tú y yo no nos habíamos visto antes de hoy! –machacó el inspector, contemplándole con insultante fijeza.

–¡Qué absurdo! Sería tanto como reconocer que he abierto mi casa a unos extraños...

–Es lo más cercano a la verdad que se ha expresado sobre el tema –dijo, tozudo, Alfonsito–. ¿A ti te dio clase el hermano Sinforsoso...? –le sometió a esta prueba.

Tardó el hermano de Magdalena en responder.

–Creo que no...

El inspector no le dio tregua.

–¿Cómo era el estanque que había en el patio del colegio donde nos hacíamos aguadillas en invierno...?

–No recuerdo ningún estanque.

–¿Qué mote le pusimos al profesor de matemáticas? –Alfonsito hacía alarde de sus peores recursos coercitivos aprendidos al servicio del Estado.

Campomanes no contestó.

–No tengo nada más que preguntar –repuso aquél, considerando rotunda su victoria.

Pero el dueño de la casa se recobró inesperadamente.

–Te felicito –dijo–. Has sido brillante. Pero te has colocado en delicada posición: te puedo acusar de allanamiento de morada, con la intención subrepticia de difundir nuestros manejos interiores, que ahora son tan tuyos como nuestros.

Le tocó impactarse al otro.

–¿Me estás llamando delator?

–Pase que denuncies en tu trabajo –concedió el hermano–, pero que lo hagas fuera de tus horas reglamentarias...

–¡Cómo se enreda la madeja! –Atilano estaba a punto de perder el hilo.

–Sólo una vez –admitió Alfonsito– delaté a un semejante fuera del ejercicio de mi profesión, la cual consiste, como no es ningún secreto, en dar constantemente el sople.

–Cuéntanoslo –pidió Campomanes, conformando el asunto a sus intereses.

Magdalena regresó, airada, al primer plano.

—Parece mentira —reprochó— que, habiendo sido formulada una acusación contra mi hermano, ya no de mis labios sino de los suyos propios, y aportándose pruebas o por lo menos indicios, hagan los reunidos oídos sordos a los simples dictados de la decencia. Y le incluyo a usted, franchute.

El vestido de franciscano compuso su mejor sonrisa.

—¡Pero no, dama española...! —protestó—. Yo estoy, bien seguro, fuera de la historia. Vine a su patria atraído de tipismo que destilaba un documental que visioné en día aciago en cine de Burdeos, donde me guarecí de pluviosidad que entre ustedes se llama chaparrón (sic), que es lo que me está cayendo desde que entré en su suelo. Y ahora yo conozco que su patria no prospere por la ganadería que anda suelta, no solamente toros que ejecutan en plazas sino personas a secas corroídas de malísimos humores...

Afortunadamente para él, no le entendieron.

Magdalena estaba muy contrariada, mientras su hermano se hinchaba como un pavo, orgulloso de haber sabido de momento desviar la conversación.

Alfonsito se aclaró la garganta para expresarse. No se oía el vuelo de una mosca.

85

El inspector se incrimina

—Llevaba un mes postrado en cama —empezó su relato Alfonsito, alias Maromo—, cuando para aligerar el tedio emprendí la lectura de la novela que escribió aquel piernas, titulada...

—Pase por alto los detalles o no terminaremos nunca —dijo Melquíades.

—Bien —concedió éste—. El libro tenía una construcción caótica y sostenía una doctrina sobre la que los eruditos no se han puesto todavía de acuerdo. Yo tampoco he llegado a comprenderla...

—Cíñase, se lo ruego —volvió a pedir el adalid.

—Enseguida entro en materia. Pero permítanme señalar que la novela mencionada trataba de un señor que cabalgaba por el campo en un caballo matalón y armado de una lanza, siendo ridiculizado

por doquier hasta que al final moría... La obra tuvo mala acogida crítica, a mi modo de ver merecida...

El francés envejecía a ojos vistas.

—La he leído —dijo Atilano—: narración farragosa, parlamentos inadecuados y una premisa inicial (la locura no suficientemente justificada del protagonista) alargada de manera fatigosa e innecesaria.

Alfonsito le dio la razón.

—El asunto podría haberse dirimido en la mitad de páginas. Afortunadamente el mamotreto está ahora olvidado, aunque todavía lo hojea algún lunático... Pero a lo que iba. En mi enfermedad, y leyendo esas páginas absurdas, se mezclaban en mi mente dos historias: la del mentecato que de alguna manera me distraía de las horas merced a su continua confusión de los planos de la realidad, y otra peripecia que observaba a través de los cristales de la ventana desde mi lecho de enfermo...

—Ya empezamos —censuró Magdalena.

Alfonsito hizo un ademán solicitando paciencia.

—Omitiré los aspectos más hirientes —prometió—, aunque sin regatear lo sustancial... Al principio, sólo divisaba opacas sombras que pasaban como espectros por detrás de los visillos de la casa de enfrente. Pero pronto, sea porque metieron los visillos en la lavadora, sea porque simplemente prescindieron de ellos, tuve ante mí, como en un teatro, una plasmación muy fidedigna de lo que son seres humanos entregados a sus pasiones...

—¿Todas? —inquirió José.

—La mayoría —confirmó el narrador—. La primera que reconocí fue la soberbia, encarnada en un individuo de bigotes que se acodaba a la ventana en camiseta, desdeñando en invierno los carámbanos y fumando siempre jactancioso un puro que para mí que provenía de una boda a la que fueron invitados él y ella, con lo que ya han aparecido los dos personajes en cuestión y de los que no puedo asegurar si estaban casados o vivían en concubinato, pudiendo muy bien en el primer caso guardar el libro de familia en un cajoncito que se divisaba desde mi cama...

—No olvide —hizo mención el adalid— que la historia debe contener la delación, más o menos asquerosa, que usted reconoce haber cometido.

—Confiaba escamotear esa secuencia —murmuró Alfonsito, algo corrido—, que no sé cómo me han podido sonsacar... Pero en fin —prosiguió—. La soberbia del bigotudo se enriquecía de numerosas facetas, destacando su exhibición de sendos bíceps ante la que compartía con él piso, siendo muy probable que así la conquistara en un baile de pueblo, aunque por las fechas que menciono no alcanzara la muestra los fulminantes efectos del principio.

—¿No? —se preguntó.

—En absoluto. Ella, a quien llamaremos Maruja, porque con este nombre se la interpelaba por el patio, en lugar de extasiarse ante la musculatura del gachó, como parece que ocurriera inicialmente, le abroncaba de continuo, induciéndole a ganar dinero. Él, en cambio, sin abandonar su atalaya, sonreía a menudo en diagonal a otra ventana, fuera de mi ángulo visual, donde moraba otra a quien el de la camiseta calificaba de pechugona y odalisca, lo cual a Maruja la sacaba de sus casillas, ignoro por qué. Todas las noches los convivientes tenían pelotera, tomando unos vecinos el partido del hombre, y otros el de la mujer, y viniendo no raramente su pareja de municipales a poner orden, soliendo dejar estos asalariados algún jirón de su uniforme en la refriega.

—Cuerpo abnegado el de esta gente —formuló José.

—Ya lo creo —reconoció el inspector administrativo—. Sigo. Juan Pedro, conocido más bien como el Canica, vale decir el de bigotes, terminó por atraer buena porción de la ira de su amiga, algunas de cuyas pinceladas se han esbozado. Una tarde, aprovechando que ésta bajara a la tienda por cebollas, propuso aquél a la Odalisca un ejercicio en el propio domicilio del interesado. Maruja habitualmente se entretenía en la trastienda enseñando logaritmos al tendero, pero en esta ocasión, avisada por ese sexto sentido que poseen las mujeres (junto con poetas, escritores, artistas y la gente dedicada al celuloide, por no mentar a los de la acera de enfrente), regresó a casa sin impartir su clase. Lo que vio al entrar, y que yo contemplé atónito por encima de las páginas del libro, no es para descrito, pues todo el mundo se hace idea. El Canica y la Odalisca se entendían perfectamente y sin palabras, aparte de algunas onomatopeyas y el incremento de empuje que solicitaba la segunda. Maruja, situada

ante el evento, dejó que se le desparramaran las cebollas por el suelo, las que acababa de adquirir en el colmado...

—Tu narración es rica —le recordó Campomanes—, pero vete con la cuenta de que te debes incriminar en el epílogo.

—Harto lo sé —reconoció Alfonsito—. La Odalisca y Maruja se increparon, interponiéndose el Canica entre las dos, afirmando que donde comían dos lo podían hacer tres. Aludía a medio kilo de langostinos que se proponían merendar una vez acabados de saludarse, lo cual esto iba ya siendo un poco largo, tanto que lo interrumpiera la Maruja. Los langostinos, traídos por la Odalisca de su casa, donde vivía con un hermano que padecía elefantiasis, a quien encerraba en el armario por las noches para que no lo descubrieran las visitas, que menudeaban...; los langostinos, decía, fueron arrojados a la calle, sobre cuya acera cruzaron sus buenas tortas los mendigos, empeñados individualmente en conseguirlos. De nuevo intervino la pareja de municipales, siendo su entierro al día siguiente con la asistencia de la corporación municipal en pleno y las fuerzas vivas ciudadanas... —se detuvo para beber un sorbo de agua que le trajo Magdalena, empeñada en causar buena impresión.

—La soberbia, la lujuria, la gula y la ira —enumeró Melquíades—, mal que bien, han quedado reseñadas. Faltan la envidia, la avaricia y la pereza.

—A ello voy —dijo Alfonsito—. ¿Envidia...? La de Maruja respecto a la Odalisca, y la de ésta hacia la otra por su superior usufructo del Canica. La avaricia es clara desde el momento en que dos de ellos quisieron deglutir el marisco sin cruzarles por el magín compartílos con la que formó el número tres. ¿Hablamos de la pereza...? —interrogó.

—Es muy dueño —autorizó el marino, asombrado del mundo que bullía tras las escuetas líneas de un anuncio de prensa.

—Ésta quizá recaiga principalmente en Juan Pedro —dijo aquél—, o sea el Canica, quien hubiera debido pasarse menos tiempo a la ventana y más visitando capataces, intentando convencerles para que le incorporaran a una brigada de peones a cambio de un dinerillo con que hubiera podido aplacar a la Maruja.

—Continúa —ordenó Campomanes—. Y sabe que te sigo vigilando. El otro suspiró y siguió con su relato.

—El Canica tenía un amigo llamado el Capicúa, por su curiosa cualidad de no saberse nunca si iba o venía. Maruja, en venganza por la ofensa que la hicieron queriéndose comer los langostinos en su ausencia, pues en el otro aspecto empezaba a desengañarse, intimó con el nuevo personaje, yéndose con él otra tarde de excursión. Esto lo supe merced a un diálogo que tuvieron los de al lado y al que accedí merced a la delgadez de los tabiques. A través de éstos, y lo menciono aunque no guarde relación con lo que venimos conociendo, me llegó una noche la voz entrecortada y admirada de una mujer que, palabra más o menos, decía lo siguiente: “¡Augusto, ahora sé lo que antes solamente intuía...!” Desconozco a qué podía referirse...

—Prosigue —le obligó, acre, el hermano.

—El Capicúa y la Maruja marcharon hacia el tren, a cuyo paso y debajo de las vías existían unas oquedades apropiadas para establecer trato profundo, cosa que ella deseaba con ardor, parte por venganza, parte debido a cierta sed de conocimiento a la que usualmente no podía resistirse.

—Vete encaminándose a la delación —intimó el dueño de la casa, progresivamente serio.

—Voy cerrando. Los espabilados fueron sorprendidos por el Canica en lo mejor de su coloquio y cuando ya habían vaciado una botella de ginebra. Salieron a relucir las navajas al pasar precisamente un talgo por encima de sus cabezas, y se ensartaron limpiamente los dos hombres, quedando sus cadáveres tendidos antes de que llegara el furgón de cola a su nivel. La Maruja quedó muy apenada y, tras vestirse (la jornada había sido calurosa), regresó a su domicilio, desde cuya ventana interior, la que yo veía por encima de mi libro, propuso a la Odalisca vivir juntas. Ésta aceptó, y en adelante se las vio regentando al alimón un puesto de verduras, al que acudían a comprar las clases medias.

—¿Dónde está el chivatazo? —bramó, furioso, Campomanes.

El inspector sonrió afectadamente, paseó en corro la mirada y reveló con sencillez:

—Fue yo quien alertó al Canica, enviándole un anónimo en el que acusaba a su amigo de conferenciar con la Maruja.

A manera de remanso

—¿Cuál fue el determinante —le preguntó Campomanes— de que te sintieras inclinado a esa acción repulsiva?

Alfonsito respiró ruidosamente y, girando la muñeca como había visto hacer al francés, contestó:

—Me caía mal el Canica. ¡Todo el puto día jactándose de su musculatura, mientras yo permanecía en cama enfermo y debilitado...! ¿Me quedó luego otro remedio que oponer para el Estado?

—La antipatía no es motivo para conducir a la muerte a un semejante... —murmuró Melquíades.

—Por mucho menos expediente yo —se defendió el inspector.

—Así se justifica el derrumbe de muy serios pilares —censuró José.

—Es la vida —manifestó el conocido en círculos como Maromo—. Y ahora —miró de nuevo su reloj—, creo que me dejarán en libertad de irme.

El marino se interpuso como un inmenso farallón.

—¡No lo consiento! —exclamó.

—¿Perdón...? —dijo Alfonsito.

—Nadie se va sin mi permiso.

—¿Se nos erige en déspota? —inquirió José, que quería hacer méritos ante su amada.

Le ignoró José Ramón.

—He notado —se justificó éste— que la narración ha causado impacto en Magdalena, menoscabándonos a quienes la pretendemos.

—¡Razón de más para dejarme ir! —protestó el inspector.

Insistió el hombrón, mirándole con fijeza:

—Sus retorcimientos psicológicos y argucias, que han engañado incluso al hermano, Campomanes, pueden muy bien ser el ariete para volver aquí cuando no estemos nosotros y arrebatarnos la voluntad y resistencia de la bella. ¡Hora es de ajustarle las clavijas!

—Lo mejor es liquidar ahora —corroboró Atilano.

Se convino en que debía expresarse Magdalena.

—Los anécdotas sabrosas de Alfonsito —acabó diciendo, tras serie de efectistas vacilaciones—, del que es verdad que me he prendado

superficialmente, me han afectado más de lo que quisiera reconocer...

—¡Ya está otra vez fascinando, para que se le perdone lo del austriaco! —se exasperó el hermano.

—No pretendo cautivar —replicó ella—, pero sí que los reunidos pasen por alto algunos defectos que hayan podido identificar en mi conducta...

—¡Délo por hecho! —se aulló.

El francés redactaba veloz su testamento.

—“A la ‘hermana’ (sic) la posesiono cuando muera de mi recuerdo perfumado como la campiña meridional de mi país...” ¿Parece bien al de su sangre...? —le enseñó el escrito a Campomanes.

—Ojo dónde ponemos las manos.

Magdalena quiso nuevamente sondear su popularidad:

—¡En qué deshecho de mujer me tendrán...!

—¡En absoluto!

—¡De ninguna manera!

—¡Le pego un tiro en los cojones al que se atreva a insinuarlo!

Calmó la bella, complacida.

Exclamó José:

—¡Soy el que más derechos tiene sobre ti!

—Y el que peor los defiende —se quejó ella.

—¿Significa tu ceño —se esperanzó el soñador— que desearías mayor vehemencia por mi parte o, lo que es lo mismo, que tengo posibilidades...?

—A las mujeres no nos gustan los pasmados.

—Es que me aturdes, Magdalena.

—¡Mira los otros! —les puso de ejemplo.

Aseguró José Ramón:

—Aquí sólo hay uno que haya invertido capital en el negocio —aludió a lo que dejara de ganar al abandonar el barco—. Sin mencionar los versos que se llevó la trampa.

No dejó Magdalena de valorarlo.

—Pero temo —dijo— que mi hermano interfiera de nuevo ante un amor genuino que me surja. Aprecien que ha quedado inexplicada determinada malsana inclinación hacia mí.

El del mar se sentía muy impotente.

—Concedamos—sesgó el líder— que Campomanes experimenta un indebido sentimiento. ¿No habría forma de trocarlo...?

—¿En qué estamos pensando? —se rebeló el de la casa.

—Es preciso encontrar una salida.

Atilano enfiló voluntario hacia la hermana. José le detuvo con un gesto.

Alfonsito renunció a sus posibilidades.

—A mí me espera la que fue mi novia —recordó.

Magdalena le miró con despecho.

El hermano porfiaba en torcer la situación a su favor.

87

El francés hace mutis. Un hijo que es también sobrino. La historia del hermano

El viajero firmó su última voluntad y se la introdujo en lugar discreto a Magdalena. Luego, se aproximó a la ventana haciendo eses.

Aún tuvo fuerzas para esbozar una sonrisa de despedida antes de arrojar al vacío. Un educado alarido en su lengua sucedió a su desaparición.

Quedaron helados, parte por el frío que entró al piso.

Rápidamente se oyeron abrir muchas ventanas y el ominoso desgarrar de una tela. Una nítida voz llegó desde las sombras: “Menos mal”, expresó, “que ha caído en el toldo de la confitería, que si no se despachurra contra la acera”. Y otra: “¿Sabe alguien quién es?” “No”, habría de negar una tercera, “pero, o bien se ha resentido de la caída, o su actitud amanerada y sobre todo su manera de bracear nos hacen pensar en un francés”. “Pues tú no podrás decir mucho”, intervino un cuarto personaje, “porque eres marica perdido y aprovecho que es de noche para soltártelo”. “¿Quién eres?, ¿quién eres?” interpeló aquél con viveza. “Como que te lo voy a contar”, fue la respuesta, “pero eres un bujarrón que ni hecho a encargo”. “¿Es verdad la acusación, Maximiliano?”, interrogó una temblorosa garganta femenina. “En absoluto”, negó el propio. “Me tienen envidia desde que abrí la mercería”. “Pero eso fue hace veinte años”, siguió la mujer, “y cerró a las pocas horas”. “Es por el arranque que demostré emprendiendo aquel negocio”, se justificó éste. “¿Es que

tengo que explicarlo todo?” “Lo que tendrías que explicar”, siguió la voz anónima, “es a dónde vas los lunes, miércoles y viernes”. Unos segundos de silencio, truncados por una risa y un llanto. “¿Y si tengo una tía terminal en el hospital...?”, preguntó cada vez menos seguro el imputado. “Una mierda tienes una tía terminal en el hospital. Quien te aguarda en un hotelucho los días indicados es...”

–Cierren la ventana, se lo ruego –pidió Magdalena.

Obedecieron.

–Nos tendríamos que haber cambiado de barrio hace mucho –dijo Campomanes, avergonzado por la cháchara que aún llegaba a sus oídos.

Saltó la hermana.

–¿Y quién fue el que se negó? ¿Quién me recluyó en este arrabal, pensando que así se terminaría de doblegar mi espíritu? ¿Quién se negó a pedirle una hipoteca al banco para entrar como propietarios, todo lo modestos que se quiera, pero propietarios al fin y al cabo, en aquella urbanización situada en pleno monte donde nos hartaríamos de sol, como rezaba la publicidad que nos entregaron...?

–¡Fui yo...! –reconoció el hermano–. Pero tenía mis motivos. ¿Recuerdas aquel que se nos presentó un domingo a la puerta con el folleto de propaganda...?

–¡Cómo he podido olvidarlo!

–... ¿Con su traje barato, su corbata chillona donde selváticas nativas copulaban con una tribu de gorilas al pie de unas palmeras frente a un mar cuajado de irisados pececillos, sus zapatos de dos colores, ¡dos!, marrón y blanco, si la memoria no me es infiel...?

–¡Dilo, dilo de una vez...!

–... Ítem, su mechón de pelo lacio que, como ala de tórtola, le caía en diagonal sobre la frente... ¿Se sabe quién era, por ventura...?

–¡Dímelo...! ¡No me hagas sufrir más...! –suplicaba la de su sangre.

–Aquel joven, aquel muchacho, era... ¡mi hijo!

Fue como si hubiera caído un rayo, petrificando comportamientos, actitudes. Una música ruidosa, insolente, avasalladora, con abundancia de tambores y metal se dejó oír de alguna parte.

Los labios de Magdalena se movieron con honda hesitación al formular:

—¿Tu hijo...?

—¡Mi hijo! —confirmó el hermano, desgarrado.

—¿El que has descrito y que sostenía desmayadamente unos prospectos en su izquierda, dando énfasis a su charla de vendedor con la derecha...?

—Veo que no se te ha borrado de la mente.

—Le invité a pasar —rememoró la hermana lentamente—, sentándole en aquel sofá espantoso que vinimos a sustituir por el actual y que entonces me pareció que armonizaba bien con su corbata...

—Predominaba el fucsia en su estampado —explicó Campomanes a los otros—, con topos de color amarillo y verdegay.

—¿Te dolía tanto ver a tu hijo, que hubiste de echarle con cajas destempladas? —le vituperó ella.

—¡Sufría doblemente! —reconoció él—. Por un lado, me humillaba contemplar a mi descendencia repartiendo propaganda, aunque fuera de la urbanización de tus sueños. Por el otro... —le costó seguir.

—¡Echa lo que llevas dentro! —rechinó los dientes Magdalena.

—Observé que se despertaba en ti tu índole... en posible respuesta, imaginé, a que recientemente habíamos situado a tu hijo en el hospicio, insensible yo a tus anatemas, tus intrigas, y previendo también posibles maquinaciones del austriaco.

—Era mi sobrino entonces... —paladeó su tía.

—Tú lo ignorabas —contemporizó él—, e intervine para evitar males mayores.

—Le rogamos sea más concreto —solicitó Melquiádes.

Campomanes murmuró muy abatido:

—Veo que tendré que revelar cómo llegué a engendrar un vendedor ambulante de parcelas...

—No hay otro remedio —confirmó el líder—. Será preferible que no omita nada. Y le advierto que lo que diga podrá ser utilizado en contra suya.

—Intentaré ser sincero.

—Tómese el tiempo que quiera.

El de casa puso la mirada en blanco.

—Un buen día me enamoré, y así, con esta sencillez, comienzo mi relato... Se trataba de una humilde modistilla que me mostraba, al principio pensé que en un descuido, su púdico monte de Venus

desde el taller en que recibía sus lecciones, mientras yo, enfrente y en mi casa, intentaba aprender papiroflexia con el fin de impartir clases a domicilio. Nunca llegué a ser un experto —dijo con pesar—, pues no conseguía concentrarme en el manual que compré revendiéndolo en aquella pinacoteca que acabó siendo pasto de las llamas... Al atardecer —precisó—, puntual como un reloj, me sentaba a estudiar en mi mesa, casualmente con unos prismáticos a mano; al tiempo, la modistilla se ponía ante su máquina de coser luciendo prepotente por abajo, y con una expresión tan sincera y candorosa por arriba, que inducía a la adusta mujer que las enseñaba a ponerla como ejemplo a las demás...

—Te encerrabas en tu cuarto —hizo memoria Magdalena—, amenazando de muerte a la servidumbre (entonces la teníamos) si se te interrumpía con el menor pretexto...

—¡Me esforzaba en aprender...! —gimió Campomanes—. Pero sabía que, fatalmente, nada más abrir el libro y tropezar con el dibujo de las fases de confección de la pajarita de papel, sin asimilar el cual modelo no se puede ser oficinista ni tampoco funcionario —asintió Alfonsito—, en cuanto veía aquella paloma tan sinsorga plegada en fría geometría, tenía por fuerza que levantar los ojos, tropezándome con la visión mirífica... Inicialmente creí que el panorama era casual, pero al cabo de repetirse invariable durante meses, de lunes a sábado (los domingos no se trabajaba), entendí que el azar no tenía que ver, tomando el gobernalle una voluntad premeditada.

—Extrañaba mucho a papá y a mamá que avanzaras tan poco en los estudios.

—¿Poco...? —remedó el hermano—. Jamás pasé de la primera página, si exceptuamos el prefacio, que memoricé de coro porque inducía a la concentración y a no desanimarse. Y en efecto, procuré no distraerme, envalentonándome en la empresa que, si monótona, jamás cansaba, pues se rodeaba de inefables sugerencias...

—Me imagino —intervino José Ramón— que sería como el mar: siempre igual, siempre cambiante...

—Todavía mejor —dijo éste—. ¡Cuántas veces lloré de felicidad ante aquello que me era dado contemplar...!

—Me dejas sin habla —repuso Magdalena—. ¡Y nadie supo nada, ni nuestros padres, ni yo, ni los sirvientes, ni el ciego que amenizaba

tus estudios tocando el violín sobre la acera a cambio de que le dejáramos de vez en cuando entrar en el servicio...!

—Debo ir más allá —añadió con crudeza el relator—. Llegado a este punto, la mera contemplación me venía pareciendo insuficiente...

88

Calenturiento

—Mi ventana —prosiguió, despiadado, Campomanes— daba a un tejado cuya cornisa se situaba escasamente a un metro, circuida por un roído desagüe que comunicaba con el vacío a una altura de varios pisos. Una tarde en que había llovido (recuerdo las brillantes tejas, el trozo de cielo encapotado, las finas gotas que todavía caían), volví a contemplar como solía, atravesando el húmedo aire y los sendos cristales de mi estancia y del taller de costura, aquel impresionante bodegón, que yo así lo calificaba por entonces, instruido de los superficiales conocimientos obtenidos de la pinacoteca aquella a cuya puerta revendía las entradas. El bodegón tenía de todo menos ese aura de quietud y soledad que caracteriza este género pictórico, que normalmente nos induce a preguntarnos por las personas que viven, aman, piensan y se agitan en los aledaños de esa perdiz que espera la cazuela, las rojas granadas con sus puntitos igualmente bermejos, los ajos, los limones; según casos, un besugo...

—Interesante apunte —le dijeron.

—Meses llevaba ofreciéndose ese cuadro empecatado a mi lascivia, pero la tarde de marras se presentaba con un no sé qué de promesa implícita de que hasta entonces careciera... o que yo no supiera identificar. Si durante un largo período nada hizo presagiar que la representación que me estorbaba el estudio fuera a proseguir en otro campo, en esos momentos entendí, no me pregunten por qué...

—¿Por qué? —dijo Atilano.

—He dicho que no me lo pregunten —exclamó Campomanes, irritado—. Intuía con fuerza —continuó— que era inminente que ocurriera algo... Estaba como escrito en el aire, en el orvallo que se posaba con distinción en el tejado, en el cielo que no terminaba de aclararse... Pero ciñéndome a mi relato que podríamos titular de El Estudiante y La Costurera, revelaré que ésta, aprovechando un descuido

de su profesora, que ya he dicho que la tenía en superior estima, me hizo señas vehementes con los muslos de que quería hablar conmigo, señalándome por el mismo procedimiento una puerta que se encontraba a sus espaldas y por la que prometió salir. El corazón empezó a palpitarme con violencia, y colosales escrúpulos se pusieron de pie sobre mi pecho conforme alzaba mis posaderas de la silla de rejilla sobre la que me sentaba para hacerme hombre de provecho. ¿Qué nuevo continente surgía, anchuroso y proteico, al otro lado? Durante un segundo que me pareció un siglo innúmeras preguntas desfilaron desordenadas por mi mente... Con la audacia de un ladrón y la frialdad de un asesino, coloqué la silla de la que me había levantado contra el pomo de la puerta de mi cuarto, previéndome de intentos de interrumpir mi estudio. Abrí la ventana y un soplo de aire fresco vino a mitigar el ardor de mis mejillas... Barruntaba lo que me disponía a cometer, pues la paloma de papel, cuyas fases se desplegaran tantos meses ante mis ojos, me fue poniendo por inducción sobre la pista del acto generatriz: no vean los extremos imaginativos a que puede llegar un adolescente en estos casos, suponiendo que no se deba a que soy cabronamente inteligente...

—¿Quiere decir —preguntó, incrédulo, José— que la papiroflexia le estimuló los apetitos...?

—Todo se mezcló —reconoció Campomanes, siendo mirado por los demás con gran respeto—. Abrí la ventana, decía, inundando mis pulmones del benéfico elemento que nos permite respirar, y me encaramé de un salto a la barandilla, hollando a continuación con mis plantas el tejado, cuidando de no romper ninguna teja ni, menos, precipitarme al vacío... Disponía, no lo olviden, de muy poco espacio para conducirme, y padecía además de miedo a las alturas.

—A ver si lo entiendo —manifestó Alfonsito con ademán adusto—. Tiraban de ti el vértigo doble de la distancia hasta la calle y el que te procuraba la modistilla que te flechaba con su característico señuelo...

—Ciertamente —confirmó el evocador de las señaladas cruciales experiencias—. Mal que bien y quebrando algunas tejas (no pude evitarlo), me impulsaba hacia mi cita, debiendo cada nada tenderme longitudinalmente para no ser divisado por la instructora, habiéndome

dome descubierto su alumnado sin excepción con enorme cachondeo. La tutora, sin embargo, sobre la miopía moral, adunaba la física y en ningún momento supo del insólito paseante del tejado.

–Te pondrías perdido –dijo, prosaica, la hermana.

–Lo peor –replicó él– no era estropearme el traje, ya que lo odiaba cordialmente debido a sus solapas, que inducían a los chuscos a compararlo con el aeroplano que, anunciando un vermut, solía cruzar el cielo esas jornadas. Mucho más complicado y enojoso era perder la divisa del taller, más allá de la cual se encontraba una puerta que conducía a la especie de trastero donde me había convocado la maciza.

–Déjeme que continúe yo –solicitó José Ramón–. Llegó usted a la ventana de la costurería, asomándose para comprobar si ella había abandonado ya su puesto para acudir a su encuentro...

–Parece que hubiera estado presente –asintió Campomanes–. Pero lo que muy probablemente desconoce, y con él los demás, es que fui saludado en ese trance, a espaldas de la que ejercía el magisterio, con la exhibición pujante y repentina, levantándose la falda, de vaporosas blondas íntimas con que las chicas quisieron mostrarse solidarias con mi causa. Me impresioné... pero yo tenía ya mi decisión tomada. La primera debía ser también la única, que entonces (era joven) guardaba semejante maximalismo.

–No sé si debe seguir –inquirió, dudoso, el adalid–. Lo que ahora viene está al alcance de cualquiera.

–Se equivoca de medio a medio –replicó Campomanes–, pues lo que sucedió en cuanto situé mi cuerpo tembloroso en el desván fue que Rosarito, que así se llamaba la atrevida, tuvo un acceso de timidez que me impidió la exploración que pretendía, y apenas intercambiamos nuestros apelativos, lo que no dejó de reconocer que ya fue suficiente novedad. Las tardes que siguieron ocurrió lo mismo, con el bien curioso pormenor de que ya no volví a contemplar desde mi mesa de estudio sus interioridades, pues de repente se me había vuelto estrecha.

–Rarísimo –dijeron.

–Un cuerno –negó éste–. Con los años comprendí que se trataba de una táctica para estimular mi descontrol, y no porque lo considerara insuficiente (que ella me observó desde el taller laminán-

domela entre dos ladrillos de que disponía para el caso, pues en ocasiones el asunto se ponía al rojo vivo), sino que buscaba la ladina que aquél, el descontrol, fuera absolutamente salvaje, escapando a mis admoniciones o presuntas cautelas.

—¿La hizo violencia? —quiso saber Atilano.

—Sí y no —respondió Campomanes—. La viñeta, estrictamente, acaeció por fin con el alboroto que ella perseguía fríamente, lo que atestiguó un señor Bartolomé que asomó por el desván y al que la costurera se había preocupado de avisar, condicionándolo a que apareciera en el instante preciso. De momento creí que compraba su silencio ofreciéndole un paquete de avellanas que casualmente llevaba en el bolsillo...

—¿No fue así? —le preguntaron.

—¡Al día siguiente lo sabían en Pekín!

89

La costurera alumbra. Una calumnia estrictamente necesaria

—¿Amaba a Rosarito? —preguntó José, temeroso de saberlo.

Respondió Magdalena por su hermano:

—¿Cómo iba a amarla? ¡Era sólo una aventura a través de los tejados!

Campomanes se aclaró la garganta, buscando matizar el comentario.

—Ni la amaba —respondió—, al menos en el sentido genuino del término y del que usted —señaló a José, que se ruborizó— es la más cabal ilustración con que he tropezado en mi vida (y no le estoy llamando memo), ni tampoco se redujo nuestro trato exclusivamente a lo sensual a raíz de nuestra mutua iniciación. Demasiadas veces abandonábamos la trifulca (me permitirán que así la denomine), encaminándonos a una chocolatería donde nos atiborrábamos del género, sobre todo ella.

—Después de la primera vez —se interesó Atilano—, ¿se dejó ya trastear más fácilmente...?

—Podemos afirmar así..., se conoce que para consolidar el vínculo y cortarme la retirada...

—¡Entonces, no la querías! —exclamó triunfante Magdalena—. ¡Yo, en cambio, estaba enamorada del austriaco, que respondía por un nombre difícilísimo que llegue a aprender impulsada por el amor!

—La costurera no era amada —volvió a ceñir Melquíades el tema.

—Pero —insistió José—, ¿perdió interés súbitamente en ella o la cosa fue paulatina?

—¿Cómo demonios quiere que lo sepa? —se encrespó el protagonista de la presente relación—. A mí no me hacía maldita gracia, no sólo ser objeto de la radical atención de la barriada, que para sí la quisieran los maestros en sus clases, sino que fuera proclamando la lagarta, con la cara embadurnada de chocolate y atacando la octava docena de churros, que el niño que pronto nacería acabaría trascendiendo su modesta condición de ella, ocupando en la sociedad el nivel de promotor de viviendas en el campo... Le llegó a describir físicamente: traje barato, camisa sintética, corbata chabacana en la que se desplegarían escenas tórridas en implícito homenaje a la pasión de que naciera, y zapatos de color marrón y blanco, exactamente como acabó siendo y luciendo y presentándose a esta puerta, razón por la que le conocí de un golpe de vista...

—La chica sabía lo que quería —apuntaló Alfonsito.

—Exacto —convino Campomanes—. ¿Interesa ahora un esbozo del substrato familiar de la listilla, que el mío guarda escasísimo interés...?

—Nuestra familia —le corrigió Magdalena— contiene superior y más noble anecdótico.

Su hermano no hizo caso.

—Como parecerá lógico —prosiguió el quídam—, la aplicación de Rosarito en el taller dejó enseguida mucho que desear, siendo ahora sus compañeras las que gozaban de la predilección de la enseñante. Ellas prosperaron y ésta, no. Sus amigas obtuvieron al final del curso su diploma, echándose incluso novio que consistió sin excepción en aprendiz de carnicero que, no tardando tampoco demasiado, las dejó a todas embarazadas, se entiende que respectivamente cada cual a la suya, aunque en algunos casos la cosa andaba algo mezclada. ¿Y Rosarito...? ¿Qué ocurría en el hogar de Rosarito...? Pues que después de reírle mucho las gracias, y conforme alcanzaba

su bombo dimensiones, se la instó para que le sacara dividendos, hábil consejo que llegaría a involucrarme...

Le interrumpió Atilano:

—¿Pero usted se la seguía trajinando...?

—¡Qué pregunta! —exclamó, reprobadora, Magdalena.

—Es aspecto sumamente interesante.

Titubeó el hermano:

—Debo confesar, y me gustaría que hubiera sido de otra forma...

El líder levantó la mano.

—Hemos entendido. Continúe.

—El padre de Rosarito —dijo Campomanes, aliviado— vendía confitos por los pueblos, desentendiéndose del menudo de su casa, que conducía la madre con mano de hierro. Es enteramente probable que mi seducción se diseñara en el indecoroso magín de la señora, bajo el supuesto de que nuestra stirpe poseía grandes caudales. Hipótesis errónea, pues una noche de farra, como sabemos Magdalena y yo, nuestro progenitor lo perdió todo a la ruleta, emigrando a las antípodas al carecer de valor para pegarse un tiro, lo que habría hecho con él gustosa nuestra madre de no morir de pena al saber que prácticamente quedábamos en la rúa. ¿Son éstas las incidencias de nuestro linaje a que aludías? —le preguntó a su hermana.

—Entre otras.

—La jornada del alumbramiento, que llegó fatalmente, se encontraron en el hogar de Rosarito con un robusto niño entre los brazos y dos caños de escopeta que emergieron de su funda a cargo del padre de la parturienta, a quien hasta entonces madre e hija habían mantenido en la inopia, pero que al enterarse al final del agravio se dispuso a vindicarlo con sangre. Aquel hombre no enteramente desprovisto de argumentos...

—¡Lo recuerdo! —exclamó súbitamente la hermana—. ¡Se trataba del menstrual que, frontero a nuestra casa, nos lanzaba invectivas y disparos a los que no encontramos otra causa que un resentimiento social derivado de la lectura de panfletos...!

—Exactamente —confirmó el descastado progenitor—. Y mis mayores avances —evocó— en el arte del doblado de papel acaecieron paradójicamente en esas fechas en que permanecí en mi cuarto debajo de la cama, paralizado de terror al del fusil.

–Seguiré yo –se hizo con las riendas Magdalena–. Aquel pobre desgraciado, que no estaba tan mochales y que pretendía tan sólo se le devolviera la perdida honra que constituye el tesoro de los humildes...

–No tan humilde –refunfuñó Campomanes–. Ganaba un horror con la tontería de los confites.

–...Ese sujeto, oprimido por el estupor y la vergüenza, una de las veces en que, rodilla en tierra, apuntaba a nuestra fachada y ya su dedo se curvaba sobre los sendos gatillos de su arma, vino para su desgracia a recibir la coza de un burro que ramoneaba en un alcorque, quedando tendido hecho un garabato sobre el firme.

–¿El burro? –interrogaron.

–El responsable de los días de la alocada Rosarito. Te contamos luego –le dijo a su hermano–, haciéndote tú el longuis, según descubro ahora, el inesperado deceso del incontrolado que nos tomara por diana, cuya muerte repentina y nunca del todo aclarada originó una serie de revueltas ciudadanas que pusieron al régimen político contra las cuerdas, interesándose vivamente la prensa extranjera, la que indujo a sus gobiernos respectivos a retirar embajadores o, por lo menos, a que se dejaran ver poco por la calle.

–Fue la ocasión –tomó el otro el relevo– en que, dado el choteo y la ira que emanaban contra mí del taller de costura, sugerí poner en mi ventana unas cortinas...

–¡Tardía decisión! –dijo el marino.

–¡Qué más podía hacer! –exclamó aquél, impotente–. El régimen y yo –siguió diciendo– nos defendíamos valientemente, aunque poco a poco las cosas regresaron a su cauce, y los embajadores pudieron volver a concurrir los bares.

–Háblenos de Rosarito, de su madre y del pequeñín que llegaría a vestir como un adefesio –le rogaron.

–Muerto el padre –Campomanes enseñó un colmillo–, tentado estuve de asegurar que el problema entrara en vías de solución, si bien todavía hubo que aquilatar algún extremo. El bebé fue criado entre su madre, su abuela y un coro de vecinas, todas las cuales me ponían en la picota, acrecentada su rabia por no haber conseguido hasta el momento que me comprometiera con la manutención del

mamoncillo. Mi principal temor consistía en que terminaran demostrando mi intervención en el asunto...

—¿Lo consiguieron? —preguntó José.

—¿Usted cree —preguntó, filosófico, el hermano— que estaría Magdalena haciéndose de nuevas de haber trascendido mi paternidad culpable...? Me las arreglé —aclaró— para que todos los reemplazos de los cuarteles ciudadanos en los últimos años afirmaran haber tenido amistad con Rosarito, calumnia que obligó a madre e hija a renunciar a sus propósitos de deslustrar mi genealogía, alejándolas de mi vera y con el vástago, quien creció alejado de mi cariño, por otro lado inexistente. Se podrá juzgar mi asombro —concluyó— cuando le vi, hecho y derecho, pisar nuestros umbrales, sorpresa que se multiplicó al observar —se dirigió a su hermana— que le hacías sentar en el sofá con pasión que pudiera ser de tía, pero que a mi entender respondía a otras premisas. Aparte —señaló— de que yo no quería vivir fuera del entrañable casco urbano. ¡Qué le vamos a hacer...! —abrió los brazos—. Soy hombre de ciudad, y al campo ¡que le den solemnemente por el culo!

90

El marino confiesa

La conclusión obvia la extrajo Magdalena.

—O sea, que tú y yo tenemos respectivamente un hijo...

—Es un hecho —confirmó él.

Ella le daba vueltas a una idea. Se inquietó Campomanes.

—Mi hermana es imprevisible —susurró aparte a los demás—, puede salir por cualquier lado...

Comentó José:

—Guardan las mujeres supremacía sobre nosotros. Fíjense que Magdalena, según se finge pensativa mirándose las uñas, nos sugiere de que la proposición que hará dentro de nada será correcta y que habremos de aceptarla sin chistar.

—¿Sabe que tiene razón? —le participó el marino, observándola.

Finalmente, no soportaron más la tensión.

—Rogamos nos comuniquemos lo que sea —dijo Melquíades.

La mujer tenía un raro fulgor en la cara; Campomanes lo juzgó mala señal.

—¿No podríamos —acabó aquélla sugiriendo— rescatar a mi hijo del hospicio, juntarle con el tuyo —le dijo al hermano— y confinarnos los cuatro en una misma casa para, a partir de ahí, prosperar como la familia que en el fondo somos...? ¡Olvidemos lo sucedido hasta el presente!

La propuesta tenía discretos perfiles.

—No va con nosotros —dijo Atilano.

—Es asunto entre hermanos —confirmó Alfonsito.

—¿Y vivirán ustedes —espetó José Ramón a los de casa—, puros y soñadores, pastoreando a dos primos que, no habiéndose visto jamás, se odiarán, y que mucho me equivoco si no terminarán liándose a mamporros...?

El adalid efectuó comprensivos alardes.

—¿Puedo decir una tontería...? —inquirió.

—Por supuesto —autorizó, ceñudo, Campomanes.

—El plan de Magdalena presenta algunos puntos oscuros, aparte del señalado por el marino. La proximidad del vendedor de parcelas puede despertar dormidos ecos en su tía...

—¡Ése es el flaco del asunto! —aseveró el hermano—. ¿Comprenden por qué arrojé al de mi simiente al sorprenderle platicando con ella en el sofá?

Pronunció el gigante:

—Apresto el concurso de mi fuerza. Para que la tentativa no resulte una chingada, yo matrimoniaría con la hermosa, pasando consiguientemente a integrar la parentela. Y a la menor que observara esa tendencia hacia el sobrino, deslomaría con plena autoridad a mi costilla.

Magdalena abrió los ojos, excitada.

Calibraron la posibilidad. Se resentía José.

—¿Se vería capaz —preguntó Melquíades al marino— de cercenar un eventual torcido afecto...?

—¡A tortazos, que viene siendo lo seguro!

—No la conocen como yo —templó Campomanes—. Aparte de que Sanchís, que por si no lo he mencionado es el nombre de mi hijo,

es sujeto encampanado, ya me entienden... Lo digo yo, que soy su padre.

—Otra cuestión —apuntó el líder—. Los dos jóvenes que se quiere que vivan como hermanos, siendo primos, han sido educados en modestos horizontes, mientras que ustedes —les dijo a ellos— poseen ínfulas de clase superior... Rateando, no lo niego, si tenemos en cuenta la decoración doméstica que se advierte nada más acceder al domicilio...

—¡Mantengo mi oferta! —gritó José Ramón.

El obeso le miró con suspicacia.

—Perdone si le ofendo —dijo—, pero no ha quedado establecido que posea usted los requisitos para sujetar a una hembra de raza como sin duda es Magdalena. Adolece de acoquinamiento, impropio de un marino... Además, existe un elemento...

José miraba expectante a su amigo.

—¡Por lo que más quiera, no lo silencie! —avivó el gigante.

Sonrió el gordo.

—Su desertión —dijo.

—¿Mi desertión...? —el del mar parecía no comprender.

—¿No abandonó el barco ballenero para acudir raudo al anuncio...?

—Ah, sí... —respondió éste, algo molesto.

Melquíades le observó con detenimiento.

—Su gesto requiere valor, un cierto empuje...

—Claro...

El adalid dio varias vueltas alrededor suyo, deteniéndose por último ante su cara.

Eligiendo con cuidado las palabras, exclamó:

—¡José Ramón, es usted un impostor y un mamarracho! ¡Jamás ha faenado, como nos ha dicho, en los principales mares del planeta detrás de la grasa del cetáceo! ¡Confiese su engaño y todavía podrá esperar benevolencia!

Incomprensivos, dividían todos la atención entre ambos.

Fue el gigantón el que coadyuvó a su propio hundimiento.

—¡Sí! —reconoció—. ¡Nunca he sido marino y menos extraído mi sustento de ese bamboleante elemento que mis ojos no han llegado a contemplar! ¡Usurpé la personalidad y el uniforme lo llevo de al-

quiler, y créanme que no es barato...! ¡Odio el mar como otros –miró con mucha intención a Campomanes– gustan de enojarse con el campo! La única verdad en mí –dijo más calmo– es que amo a Magdalena...

–Precisamente la faceta más controvertida –se ensañó José, en interés propio.

La bella estaba confusa y halagada.

–Te quise –le confesó el desenmascarado– desde que el año pasado discurrí por esta calle y vi tu perfil asomado a la ventana... A partir de esa visión ultraterrena, no paré hasta dar con un motivo plausible para rendirme a tus plantas. ¡Y tú misma me facilitaste el acceso insertando aquel anuncio destinado a los del mar y que yo identifiqué en la agencia porque me sabía de memoria tu dirección, ante la que pasaba una media de diez veces al día! Como tengo conocidos en todas partes –explicó–, logré que se copiara tu mudo grito de socorro con erratas para ser yo solo quien se presentara en tu verdadero domicilio, que soy indigno de pisar...

Magdalena realzaba su belleza, atónita.

–¿Qué hacías en la agencia? –preguntó.

–Intercambiaba comentarios con el señor de ventanilla, amigo mío, quien accedió a falsear los datos en venganza porque le debían unas mensualidades. Probablemente ahora –rió–, toscos navegantes (éstos, auténticos) se agolpen en algún lugar de Andalucía, preguntando por una inexistente Marimar, que es el nombre con que saliste verdaderamente impresa, excepto en el ejemplar que te entregaron firmado con el melifluo Flor de Lis...

–Interceptaste mi mensaje... –musitó ella.

–Eso hice.

–...Desviando una cuerda de marinos hacia el sur...

–Ni más ni menos.

–¿...Y todo por mi amor...?

–Impepinable.

La personalidad de José Ramón se erguía gigantesca sobre las ruinas de su impostura. Magdalena se arrobaba, llegando a decirle conmovida:

–Si hace un minuto las razones del gordo hacían blanco en mi llagado corazón (me refiero a la acusación de que tenías poco cuajo),

ahora en cambio las pisoteo. Tu sincera confesión me lleva a descubrir que yo también podría amarte, y ha sido al arrancarte la careta cuando la dimensión de este sentimiento me ha herido con la subitaneidad violenta de un relámpago. Dime, quiero oírtelo de nuevo: ¿me amas?

—A ver —respondió con llaneza el apócrifo del océano.

91

El marino sigue confesando

Magdalena y José Ramón se escindieron del grupo.

Dijo Alfonsito:

—No deja de admirarme que uno y otra hayan conseguido su objetivo. Y precisamente, cuando parecía que debían orillarlos.

Campomanes no daba la batalla por perdida. Su opción por la soltería de la hermana era definitiva.

—¡Todavía me queda alguna baza!

Melquíades y Atilano opinaban, como él, que no se había llegado al desenlace.

José, a quien el acuerdo de su amada dejara muy sombrío, se dirigió con ruindad al de la casa:

—¿Quién es en realidad José Ramón? ¿De qué vive o, para ser más exactos, cómo se las ingenia para mantenerse? ¡Los ingresos, amigo, investigue los ingresos!

El otro carraspeó, recabando la atención de la pareja.

—Cuidado... —avisó Magdalena a su colosal enamorado.

—José Ramón! —exclamó aquél, campechano—. Me alegro de que por fin todo se aclare y pase a integrar nuestro cogollo, tan baqueado por los acontecimientos...

—Muy amable.

—Confieso que me ha hecho gracia su fingida identidad, llena de arte. Las descripciones de las tormentas, con las olas barriendo la cubierta y arrastrando al mar a su mejor amigo...

—No recuerdo haber dicho eso.

—No importa. En cualquier caso, ha ejecutado el papel con tanta naturalidad que me cuesta verle bajo su nuevo aspecto.

—Sigo vistiendo el uniforme —alegó el artificioso.

–Te enreda –le previno Magdalena, tirándole de la manga.
El hermano se frotó con untuosidad las manos.
–Me pregunto quién será usted en realidad... –insinuó.
Ella supo que la materia era sensible.
–¿Qué más da...? ¡Lo único que importa es que me quiere!
–Cuéntenos su vida –le rogó Campomanes–, la verdadera, por supuesto...
–Hay poca materia.
–No será como las aventuras que nos hizo atribuirle –estimó el hermano–, pero contendrá aspectos de relieve...
Todos rodearon el sofá que sostenía a la pareja.
–¿Comienzo con mi niñez...? –propuso el correspondiente.
–Sáltesela –se espantaron.
–Contiene cosillas interesantes...
–Dos líneas para resumirla, y luego al meollo –sintetizó Melquíades, con generalizado asenso.
–Ignoro –comenzó José Ramón– si mi infancia fue feliz o me devoró las entrañas la más negra tristeza, aunque me inclino a lo segundo –manifestó sin entrar en más detalles–. Mi padre murió dejándome solo, hecho en que fue precedido por mi madre, si bien ésta lo hizo por el mero expediente de trasladarse a otra provincia siguiendo la estela del lugarteniente de un capo de la mafia que a la postre la dejó tirada. Pero me estoy anticipando...
–Allá usted –a Alfonsito le dio un poco de pelusa, porque deducía que a Magdalena le importaba ya poco que se fuera con la mujer del carbonero.
–Después de poner a mi padre en tierra, y apilarle más encima, los del cortejo fúnebre me llevaron, a mí, niño, a un cabaret, aporreando la puerta (era por la mañana) hasta que una señora con bata nos abrió...
–¿Quién era? –preguntó el adalid.
–Se negó a identificarse. Manejaba un cubo y una fregona, por si les sirve de indicio...
–No caemos –se le dijo–. ¿Y qué pasó...?
–Comentó la de la bata que a ella la pagaban por limpiar los vómitos, pero que nadie había dicho nada de tener que atender la portería, ni tampoco de servirnos combinados...

–Sensato parecer –volvió a decir Melquíades.

–Como veníamos borrachos (en el camposanto habíamos trasegado de lo lindo, yo también), pasamos por encima de sus protestas. Creo que hubo incluso un conato de violación.

–¿Sólo un conato...? –se interesó Atilano

–Estábamos, por lo menos formulariamente, rotos de dolor. Pero a lo que yo barrunté, no hubo ni atropello ni nada, sólo que la obligamos a beberse el cubo...

–¡Ella se lo buscó! –consideró el humilde.

92

Su madre

–La personalidad de su padre aparece francamente desdibujada –dijo Melquíades–. ¿No podría referir alguna anécdota?

–¿Ve en lo que para meterme prisas...? –se quejó el hombrón–. Déjeme que cuente las cosas a mi modo.

–Habrá mucho que rascar... –murmuró José, no sin inquina.

–¿Quién era en realidad el autor de sus jornadas? –interrogó Campomanes, decidido a proseguir el camino iniciado, que a poca suerte que hubiera arruinaría la causa del marino.

–Un hombre tierno y considerado –evocó José Ramón–, salvo cuando tenía accesos de misantropía.

–Explique eso –pidió Alfonsito.

–Convidaba, munífico, a sus amigos y diversos, de donde su mucha popularidad, que hizo que le lloraran a su muerte y que nos emborracháramos al pie mismo de su tumba, parte de pena, parte de que no siempre se pillaba ocasión de beber gratis. Dejó deudas, pero sus acreedores las consideraron incobrables.

–Vamos entendiendo –le animaron.

–Y usted, con esa corpulencia –le desafió Atilano–, que es de suponer tuviera desde niño, ¿no se puso a trabajar como un poseso para ahorrar, céntimo a céntimo, pasando las mayores privaciones, las cantidades que dejara impagadas el hambre, al menos para no tener usted que arrastrar de por vida tal infamia...?

–No.

–Se echa de menos en su educación una temprana bofetada –ponderó el repartidor.

–¿Quién pudo atreverse a dármela? –expresó el otro ingenuamente.

–Siga –ordenó Melquíades.

Magdalena no perdía palabra.

–Posteriormente al entierro –contó José Ramón–, y como sucede tantas veces, se desenterraron curiosos aspectos de quien acababa de rendir el alma. ¿Quién me habría dicho que la de la bata que recibía cuatro perras a cambio de recoger los devueltos era una vieja conocida de mi padre...?

–¿Sólo eso? –inquirió José, que de repente había tenido una intuición.

El gigantón le miró resignado.

–Voy graduando el interés de mi relato –manifestó–, pero veo que no me queda más remedio que soltar esta pepita: la mujer de la fregona era mi madre.

Lo había dicho en tono tan casual que de entrada no le comprendieron; al cabo, dijeron con común extrañeza:

–¿Su madre...?

Cabeceó su retoño.

–Y reducida al papel que ya se sabe.

–¿Y el lugarteniente del capo de la mafia...? –preguntó el inspector.

–Según rumores, abatido por una banda rival al salir de una tienda de abarrotes de comprar una botella de vinagre.

Magdalena mantenía una expresión indescifrable.

–Supongo –adelantó José– que no tardaremos en saber que la casualidad no tuvo que ver con que recalara el cortejo mortuorio en la sala de fiestas.

–Me lee el pensamiento –admitió éste–, muy probablemente porque ambos palpitamos por la misma –miró, caballuno, a la hermana de Campomanes–. En verdad, quien nos condujo a deshora a donde bulle esa ficticia alegría que suelen censurar los moralistas, no fue otro que un socio de mi padre, camuflado entre los asistentes al entierro. Los dos fundaron en los albores del siglo una fábrica de horquillas para el pelo que tardó en arrancar un par de años. Cuando

finalmente no hubo que temer por su futuro, los socios habían reñido, intercambiándose palabras muy gruesas que pasaron a enriquecer el acervo paremiológico, que como no ignoran se interesa en los refranes. El socio conocía determinados pecadillos de mi padre, destacando entre los cuales el relativo a una corista, motivo de que se pelearan, que por la época hacía estragos en un cafetín de mala muerte que, poco a poco y gracias a su actuación (de ella), fue cobrando auge y al que en su tramo final, antes de que lo cerrara con todo fundamento la autoridad gubernativa, llegaron a prestigiar con su presencia miembros de la realeza y un comerciante de achicoria cuya fotografía salía todos los días en la prensa...

—¿Puede darnos el nombre del vendedor de ese producto del que ya no queda un solo consumidor en el orbe? —preguntó Melquíades.

—Lo lamento.

—Está bien, siga.

—La corista poseía una belleza a la que ningún hombre se había resistido hasta el momento, ni siquiera los de tendencias ambiguas que inmediatamente a su contemplación eran devueltos al pelotón de los viriles. Tenía la vampiresa mirada cautivadora, andares felinos incluso cuando no iba a ninguna parte y un terrible magnetismo...

—Oiga —le interrumpió José—: si la corista va a resultar luego su madre, como algunos nos tememos, es impropio que la describa con esa nitidez. Aparte —añadió con intención de hacerle quedar mal con Magdalena— que a determinada persona puede disgustarle.

Quien se sostenía en el uso de la palabra no se dejó confundir.

—El amigo José ha estado correcto —aseguró—: ella era la que con el tiempo me llevaría en sus entrañas. ¡Pero también —enfaticó— la desastrada fregona que mucho después, en un local tremendamente cutre, se presentó ante mí en bata!

—¿Cómo se casa eso? —interrogó Campomanes con particular satisfacción, pues veía inminente el descrédito del falso marino.

—La cabaretera tuvo un hijo del que quiso deshacerse nada más nacer. Ese hijo fui yo, y mi presencia en el hogar fue impuesta por mi padre, quien además la obligó a ella a convivir con nosotros. El socio de mi padre, envidioso de los favores que éste obtenía supuestamente cada noche (aunque lo cierto es que el gatillazo inicial de

que fui fruto no habría de tener secuelas, viviendo mis progenitores en absoluta castidad a instancias de ella, que comenzaba a ton-tear con el de la mafia); el socio de mi padre, decía, a pesar de que se quedó con el negocio de las horquillas, fue quien a la postre encabezó hacia el cabaret la luctuosa comitiva para que me diera de frente con mis orígenes y me pegara un tiro, con lo que la proge-nie de mi padre se habría borrado de la superficie de la tierra. Si les pa-rece complicado lo que vengo relatando es que no saben cómo funci-ona la compleja mente humana...

—A mí me va a contar —dijo Alfonsito.

—Pero salieron mal los planes —informó José Ramón con sonrisa poco amable—. Cuando me dijeron que esa anciana cuarteada por los años, la pesadumbre, el remordimiento, el reuma y que nunca le había tocado la lotería a pesar de que jugaba todas las semanas..., cuando supe que aquella mujer era mi madre y, tras algunas horas de carcajadas nerviosas en que me negué a creerlo, encarné esa fi-gura que en literatura recibe el nombre de anagnórisis y que consis-te en el reconocimiento de alguien cuya identidad se ignoraba hasta el momento, en lugar de abandonar este mundo disparándome en el cráneo, me abismé en la más honda, deliciosa e íntima conversa-ción entre madre e hijo que pudiera darse. Sin embargo, rápidamente hubo de cesar nuestro coloquio, se reirán por qué...

—Tu madre tenía que actuar —dijo monótonamente Magdalena.

Todos se volvieron hacia ella.

—¿Cómo lo has sabido? —le preguntó Campomanes.

—Estaba claro —repuso la hermana con la misma indiferencia.

José Ramón se puso muy contento.

—Veo que me quieres y que llegarás a quererla a ella también.

Acusó un tic el rostro de la bella.

Interrogó incrédulo Melquíades:

—¿Pero cómo la dejaban actuar?

—Ahorro de presupuesto —contestó el hijo—. Era una sala mise-rable, ya digo... Con un poco de maquillaje y algunas lentejuelas, no afirmaré que mi madre se convirtiera en aquella hechicera que en-candilara a magnates y monarcas, pero bastaba y sobraba para la clientela del establecimiento. Aparte de que por el mismo sueldo, una miseria, tenían los propietarios mujer de la limpieza.

Una damajuana se estrella contra un cráneo

La emoción chorreaba por las paredes, caía con leve temblor sobre los muebles y se depositaba como suave polvo en los rincones.

—Aunque redunde en mi descrédito —prosiguió José Ramón—, debo añadir que mi madre le pegaba a la cazalla adulterada que diariamente suministraba al local un camión cisterna. En aquél lugar perverso, lo señalo a título de anécdota, acaecieron no raras intoxicaciones que un médico amigo que vivía al lado certificó como distintos y mortales casos de almorranas, lo que nadie se atrevió a poner en solfa, entre otros motivos porque se tenía comprado en el Ayuntamiento al que sellaba con un tampón los documentos oficiales y que se revestía de unas mañas que habían desafiado a los partidos que se iban turnando en el poder, ninguno de los cuales conseguía nunca tocar bola, cosa que se devanaban los sesos por entender sin que se apuntara el hecho capital de que estamos en España. Pero no quiero hablar de política...

—No lo haga —rogó el adalid.

—Lo he mencionado nada más para explicar la razón de que un cabaret tan insalubre, que había sido incluso condenado por el Papa en una encíclica que sacó exclusivamente para el caso, permaneciera aún abierto ofreciendo a la clientela los marchitos encantos de mi madre. La cual se ofrecía cada noche a un público sucio y degradado, dejando psicológicamente inerme a su hijo, que vuelvo a recordar que es quien les habla, y que había pasado a vivir con ella, siendo en consecuencia testigo diario del ejemplo pernicioso...

—Hay que tener mucho cuidado con las madres —aseguró José con prurito de elocuencia.

—Continúe —pidió al otro Campomanes, acechante como el gavilán ante su presa.

Estaba muy atenta Magdalena.

—Pues resulta que Enobarbo, que por si no lo he dicho era el socio de mi padre...

Preguntó el clase baja:

—¿Se trata de uno que era marica perdido...?

—No.

—...¿Que tenía un lunar en la mejilla, otro junto a la tetilla izquierda y un tercero, éste artificial y tatuado, hacia la mitad del pene?

—Hablamos de distinta persona —negó José Ramón.

—Me lo temía —dijo, resignado, el repartidor de ultramarinos.

—¡Ya está bien de interrumpir! —se enfureció Alfonsito.

—El que he descrito me debe algún dinero —se justificó Atilano—, y he pensado...

—¡Pensar! —exclamó el inspector—. ¿Y quién le autoriza...? ¿No sabe que para ello debe rellenarse un impreso?

—¿Un impreso...?

—¡Y luego se lo permitirán o no, después de pasar por la correspondiente comisión! ¡Pero le advierto que no están para gansadas! ¡Son gente muy ocupada...!

El canoso hortera se acobardó.

—¡Y, además, a usted sólo se le ocurren memeces! —remachó aquél. José Ramón intentó recabar de nuevo la atención.

—Estábamos con la milonga de mis antecedentes —manifestó con impaciencia—. Decía, y no pienso repetirlo, que mi madre se daba a la bebida, lo que ejecutaba directamente de una damajuana de cincuenta litros, sosteniéndola a pulso, lo que da idea de su fuerza hercúlea, obtenida de tanto secundar la operación. Semejante potencia habría de venir en mi socorro una calurosa noche de noviembre en que el verano parecía perezoso de despedirse... Enobarbo, después de aquella primera visita en que efectué con mi madre la anagnórisis, también conocida por agnición (vocablos ambos que espero no necesiten glosa a estas alturas), tomó la costumbre de seguir frecuentando el establecimiento. Y en cierto momento intentó calumniar a la del cubo...

—Hay personas que no tienen entrañas —dijo José, hermanándose gracias a esta apostilla con su competidor directo.

—Me dijo Enobarbo —explicó el camuflado de marino—: “Chico, yo anduve muy enamorado de tu madre”. Comprenderán que no podía pasar un comentario de esta índole...

—Le juzgaríamos desfavorablemente —pronunció el soñador.

El hijo modelo infló el pecho.

—Allí mismo, sobre la pista de baile, quedó tumbado el maldiciente con la nariz como un pimientito.

—¡Aquí tendría que estar el francés —exclamó Atilano—, para que viera cómo las gasta un español!

—Lo que no pude imaginar —siguió José Ramón con su historia— es que el socio hubiera aprendido artes marciales en secreto, faceta de su personalidad de que me informó él propio nada más volver a ponerse derecho y que me hiciera preferir a la sazón enfrentarme al famosísimo León del Atlas.

—¿Quién es el León del Atlas? —preguntaron.

—Personaje característico del circo que se solía destacar por romper ante un público entregado la guía de teléfonos de la ciudad en que actuaba.

—¿Por qué haría eso? —se interesó José.

—A cambio de la manutención y un rincón para dormir en la jaula de las morsas —informó el hombrón—. El caso es que me las vi con Enobarbo... Él, perito; yo, ignaro. Él, seguro de ganar; yo, convencido de perder. Mi corpulencia no servía de nada ante su arte, como tampoco los lloriqueos ni, mucho menos, que le rociara de gasolina prendiéndole fuego acto seguido, pues con las prisas carbonicé a una vieja disipada que se acercaba al caer la tarde a emborracharse y a la que su confesor tenía prohibido frecuentar el establecimiento. Por suerte, allí estaba mi madre... ¡Mi madre, sí!, que avisada por los alaridos de la anciana, que sufría anticipadamente las llamas del infierno por desobedecer a su director espiritual (bellísima persona de quien se rumoreaba que su único vicio era hartarse de pastillas de leche de burra, por lo que le tuvieron que llevar más de una vez en ambulancia al servicio de desintoxicación del hospital); mi madre, decía, que interponiéndose entre su hijo y Enobarbo y con la fuerza acumulada de tanto elevar la garrafa, le rompió una en la cabeza, desperdiciando su contenido de cincuenta litros, sin contar el corcho que algún espabilado birló en la confusión...

Western

—No hay como la defensa de una madre —sentenció Melquíades. Tembló levemente el cutis de Magdalena.

—Lo dicho —rubricó Alfonsito.

José tenía un nudo en la garganta.

–Paren mientes –señaló José Ramón– en el sacrificio que debió de hacer la pobre vieja sacrificando la ginebra sólo con el fin de causar muerte.

–¿No era cazalla? –inquirió Atilano.

–Más a mi favor.

–¿Y qué ocurrió seguidamente? –preguntó Campomanes, cuya curiosidad se excitara a su pesar.

–Se llevaron presa a la agresora, siendo acompañada de los entusiastas vítores del público, que sabía que desgraciadamente ya no la vería más actuar.

–¿Nadie hizo nada? –se escandalizó José.

–El propietario del tugurio tuvo el simpático detalle de condecorar en ausencia a la corista. Fue una ceremonia preciosa, conforme dijo al día siguiente la prensa: asistieron autoridades, representantes del clero, las finanzas... Los de siempre, vaya.

–Tengo la impresión de haberlo leído –murmuró el hermano de Magdalena.

–Imposible –denegó el falso marino–. Fue secuestrada la edición entera del periódico, y al plumilla que redactó la información le amenazaron con caparle si se iba de la lengua.

–¿No corre usted peligro al contarlo ahora? –interrogó el adalid, muy impactado.

–Probablemente. Pero se lo debo a mi madre.

–¿Volvió a saber de ella? –preguntó el inspector.

–Me contaron que en chirona impuso rápidamente su carisma, consiguiendo que el director del centro repartiera entre las presas un espejito de mano y unas pinzas, ya que no hay mujer que sepa prescindir de estos objetos. Aunque lo más llamativo fue la fuga que organizó a través de la lavandería del penal y en la que participó de manera destacada el equipo de soldadoras de la prisión, sin las cuales la gesta habría resultado poco menos que un suicidio...

–Tampoco se reflejaría en los medios... –insinuó Campomanes.

–¡Silencio absoluto!

–¡Continúe! –exigió Alfonsito, censurando para su colete imperdonables negligencias en la cárcel.

—Mi madre, que a lo que vamos viendo, valía para todo, se reveló según informes como fina estratega de montaña, a pesar de que actuaba siempre en llano. Le servía de mucho su experiencia con-toneándose ante el público. En las pacíficas ciudades que seстеaban en el interior, se temía su llegada al frente de su grupo de amazonas, pues iban todas montadas a caballo. La cuadrilla se repartía por los comercios, exigiendo que las hicieran un descuento. Si bien su intervención más meritoria, practicada con éxito en innumerables ocasiones, consistía en taponar la caja de los supermercados, abriendo con parsimonia ese terrorífico monederito que llevaban en el bolso y rebuscando para pagar con calderilla, con lo que se originaba una cola de narices, que era exactamente el objetivo de la banda.

—¿Y en Navidad? —atinó a decir el clase baja.

—En esas fechas la situación se agravaba —reveló José Ramón después de tomar aire—. Los cuerpos y fuerzas de la seguridad del Estado bloqueaban las entradas de las localidades principales en un vano intento de impedirles el acceso. ¡Pero ellas siempre conseguían infiltrarse!

—¿Cómo? —demandó con viveza el inspector.

—Muy sencillo —sonrió orgulloso el gigantón—. Se disfrazaban con verdadera sangre fría de las mismas viejecitas buscadas por la policía, con lo que paradójicamente pasaban desapercibidas y antes de que nadie se diera cuenta ya se habían esfumado, encontrándose en lugar seguro. Se pidió el auxilio ciudadano y el concurso de servicios extranjeros, pero todo resultó inútil. La población las amparaba y de más allá de las fronteras se descolgaron con la excusa de que jamás se enfrentarían con una madre española, pues querían conservar la paz mundial.

—¿En qué paró la belicosa anciana? —insistió Alfonsito.

El narrador se aclaró la voz y tras intencionados y dramáticos minutos de silencio manifestó:

—Hacía frío. Nevaba. En las cumbres de las elevadas cordilleras hacía semanas que la vida humana y animal había desaparecido en busca de regiones más templadas. Los últimos moradores de esos parajes agrestes, tramperos y ermitaños, terminaron también por descender al valle, disponiéndose a permanecer resguardados los duros meses del invierno.

“Rústicas construcciones, pero cálidas y acogedoras en su interior, salpicaban por doquier las tierras bajas. El apetitoso aroma de los hornos donde se cocía el pan se extendía por el aire matutino, saliendo por las ventanas entreabiertas. Todavía se trabajaba a la intemperie, y un espeso sudor cubría los saludables rostros de los hombres en su dura pero gratificante labor de aserrar troncos para cuando, incluso aquí en el llano, la cruda estación que ya había comenzado en las alturas hiciera solemne acto de presencia.

“Era un tiempo que todos aguardaban, pues alegres cantos emergían del interior de las cabañas, llegando al oído de los lobos que infestaban las laderas próximas. Con el frío, los moradores de aquel improvisado poblamiento, labradores, vaqueros, tañedores de arpas..., fuertemente abrigados en sus pellizas, se reunirían por turno en las distintas casas, relatando interminables historias frente al fuego que permanecía encendido hasta el alba. Se consumirían apetitosas viandas, y la caneca llena de whiskey circularía de mano en mano entre los hombres.

“Las mujeres rivalizaban amistosamente en el concurso anual sobre la mejor tarta de grosella. Al final, después de permanecer recluidas en las cocinas, blancos los cabellos y los pómulos de harina, se sometían los resultados a la opinión de un jurado, que emitía su veredicto. La ganadora, colorada por la tensión y el esfuerzo, se acercaba con timidez a la tarima donde estaban expuestos los productos en liza y recibía el galardón, que todas las convocatorias recaía en la señora O’Mgiggins. El juez Thompson, presidente del jurado, cuyas largas guías de su plateado mostacho se doblegaban bonachonamente hacia los lados...

Le interrumpió Melquíades:

—¿Tiene esto que ver con su madre?

—Un poco de paciencia —pidió éste—. El juez Thompson, decía, se inclinaba sonriente hacia la ganadora, haciéndole entrega del premio, consistente en un rodillo de amasar con una labor de taracea en el cilindro que representaba a los antiguos habitantes del país, los pieles rojas, que poseedores de una antigua cultura milenaria, se sentaban ceñudos en la tienda del gran jefe porque esa noche el espíritu había hablado por boca del hechicero, afirmando que su pueblo sería pronto barrido de los bosques, las llanuras, los amados ríos

que recorrieran en canoa, siendo llevados niños, mujeres, ancianos y guerreros, en sofocantes vagones, hacia los polvorientos desiertos del sur, donde les entregarían un saco de semillas revenidas, rotos aperos y algunas mulas viejas y estarían sometidos a un representante que sería el brazo ejecutor del Padre Blanco, que vivía en el lejano Washington...

—¿Cuándo sale su madre? —preguntó Atilano, que se iba haciendo idea del meollo.

—Calma —repitió el narrador—. La señora O'Mgiggins (y aquí nos situamos en el comienzo propiamente dicho de la historia), tras recoger el trofeo y recibir los aplausos, regresó al grupo bullicioso de mujeres, en su mayoría más jóvenes, que volvieron a rogarle, como tantas veces, las participara del ingrediente secreto que la venía haciendo imbatible año tras año. Pero ella, empañados de gozo los cristales de sus impertinentes, reía maliciosa y algo chinche, negándose a revelar la receta, de lo que las otras fingían enfadarse. Pero no todo era concordia en aquel grupo... —susurró.

—¿No? —dudó Campomanes, uno de los más concentrados en el relato.

—Por desgracia —aseveró el tatuado de sirenas—. En aquella primaria pero leal diversidad, donde los asuntos se ventilaban en una limpia pelea a puñetazos o golpeando la nuca del contertulio con la parte plana de las hachas, aunque a veces calculaban mal, existía quien palpitaba de odio furibundo, habiéndose prometido emplear el resto de sus días en una venganza que corriera por los campamentos mineros, las cuencas de los ríos en que los ingenuos criban las arenas en busca del metal preciado, los impenetrables bosques y los pantanos de Florida, no habiendo razón para que quedaran estos últimos excluidos...

—¿Quién era ese señor? —Alfonsito quiso saber si era del gremio.

—Señora —corrigió el que lo sabía.

—Pero entonces... —titubeó el inspector—. ¡Ya comprendo...! —exclamó—. ¡Se trata nuevamente de su madre!

El hombrón sonrió de oreja a oreja.

—¿Salía la vieja o no salía?

Lo que pensaba Magdalena era un enigma.

—¿Cómo había ido a parar allí? —preguntó Melquíades—. ¿Y por qué razón incubaba esa terrorífica venganza?

—La explicación a lo primero es bien sencilla —afirmó el hijo—. Habíendosele hecho hostil el terruño y siguiendo determinada pista, se despidió de sus amigas de la banda, poniéndose en solitario a la otra orilla del Atlántico. En cuanto a la mala sangre que la roía las entrañas (las mismas que me guarecieron según se formaba en su vientre mi persona), era debida a que entre esas gentes bien dispuestas se encontraba el avieso a quien ella rompiera en la cabeza la garrafa y por cuya muerte la condenaran a la trena, propósito que torció ella con la fuga.

—¡Pero ese hombre había muerto! —Campomanes señaló la contradicción de bulto.

—Lo simuló el bellaco, levantándose tan pimpante en cuanto lo llevaron al depósito, con lo que dio un susto de muerte al celador que lo estaba metiendo en la nevera. Y mi madre no había olvidado que fuera intención del redivivo hacerme daño, proponiéndose impedir la posibilidad en el futuro...

95

Una pelirroja

—La corista —continuó José Ramón—, con objeto de salirse con la suya, se hizo muy amiga de la señora O'Mgiggins, ayudándola a confeccionar sus postres. Pero la simpatía inicial derivó no tardando hacia el rencor mutuo...

—¿Por qué? —preguntó Alfonsito.

—Si siguen atendiendo, lo sabrán —replicó el gigantón de malos modos—. Recordarán que mi madre fue un turbión de sensualidad y belleza en la época en que me concibió tras la noche de amor pasada con mi padre, y que ya he dejado establecido que no se repitió...

—Triste origen —apuntó con misericordia el adalid.

—¡De triste, nada, señor mío! —se engalló José Ramón—. ¡Pues menuda farra he oído decir que montaron la mencionada velada! Como prueba, ahí está la perpetua inquina del antiguo socio, que jamás logró nada parecido, cayendo en ocasiones en el estupro, siendo la desesperación atenuante para el delito.

–¿Qué delito? –preguntó Atilano.
 –Usted no se entera... El delito es un estupro.
 –¿Todo delito...? –se sorprendió el clase baja.
 –Me he equivocado –dijo el hombrón–. Quería decir al revés: el estupro es un delito.
 –¿Está asentado en la jurisprudencia? –se interesó Campomanes.
 –¿Desea saberlo en aras a su ejercicio?
 –¡Por quién me toma! –el hermano enrojeció violentamente.
 –No queremos sondear el alma humana –señaló, crítico, José.
 Magdalena se había ausentado, regresando con una flor natural en el pelo cuyo aroma perfumó la habitación.
 –Puede continuar –invitó Melquíades al narrador.
 –Ya no me acuerdo en qué andaba. Con tantas interrupciones...
 –Estaba en lo de su madre –indicó José.
 –Siempre estoy en lo de mi madre... ¿En qué apartado?
 –Había pasado de puntillas sobre los manejos carnales con menores del que fuera socio de su padre... –sugirió el canoso repartidor de ultramarinos, interesado particularmente en este extremo.
 –Si espera que incurra en sordideces, le desengaño desde ahora.
 –Me bastarían unas leves pinceladas.
 –Mi propio relato tiene algo en esa línea... –declaró José Ramón, indeciso–. Pero conste que lo referiré con repugnancia.
 –Ya ha puesto su coartada –dijo Atilano con tremenda perspicacia–. Siga.
 –Enobarbo –señaló el falso marino–, que sobrevivió al episodio de la garrafa, pero no sin dejar de pagar su precio, que fue el extrañamiento de la patria, a cuyos habitantes (a quienes antes odiaba) dedicaba todas las noches un bolero...; Enobarbo, decía, se afincó en aquella comunidad después de largo periplo entre personas de toda condición...
 –¿Qué le indujo a echar raíces, al menos por un tiempo? –preguntó Campomanes, que olvidaba reiteradamente su propósito de estorbar la causa de quien hablaba.
 –Enseguida lo explico. El facineroso, que se sentía interiormente desasosegado, viniendo un día de jugar una partida de póker con unos cazadores, llegó a la altura del campamento de invierno. Iba a pasar de largo montado en su caballo, cuando distinguió entre los

matojos un fino tobillo que supuso era de la sobrina del juez Thompson, de quien había oído hablar y que esa misma noche acababa de llegar del Este cubierta de gasas y encajes, porque en la orilla occidental del Atlántico las mujeres son así... Pero el tobillo, me da la risa floja, pertenecía en realidad a una mula...

—¿Llegó a saber el malandrín que el tobillo entrevistado concernía al animal? —preguntó Alfonsito.

—¡Nunca! Lo que sirvió oportunamente para que topara con la cantante de variedades, con el resultado que se verá.

—¿Cuándo? —preguntó Atilano.

—¿Hay cansancio? —inquirió a su vez el narrador, temeroso de abusar de sus oyentes.

—Es de lo más entretenido —le tranquilizó Melquíades.

—Tengo pudor de ser prolijo —señaló José Ramón—, pero comprendan que trato un tema grande.

—Extiéndase lo que crea necesario —invitó José.

El hijo entrañable se creció.

—¡Va por ti, madre! —y, poniéndose en pie, extendió el brazo derecho a la vez que giraba en el suelo sobre sus gastados tacones—. La habíamos dejado —resolló— enemistada con la señora O'Mgiggins, al tiempo que Enobarbo se las prometía muy felices ante la mera existencia de la sobrina del juez Thompson. Hasta aquí, ¿de acuerdo...?

Asintieron.

—¿Por qué se enfadaron ambas provectas? —quiso saber Alfonsito.

—Muy sencillo —sonrió José Ramón—. La señora O'Mgiggins reprochaba el pasado licencioso de mi madre, que intuía, a lo que se sumó el rencor, tampoco de su gusto, que observara en la corista hacia Enobarbo. Éste no reconociera al principio a su vencedora de la garrafa, tomándola, no sé por qué, por un predicador mormón, pero mi madre supo al momento quién era él, dirigiéndole una mirada de odio que fue sorprendida por la ganadora del concurso de tartas de grosella, la cual aquella a su vez identificó una mirada de deseo del viejo socio de mi padre hacia la sobrina del juez Thompson, quien poco a poco se iba aclimatando a aquellas duras tierras, abandonando sus muselinas y sus anchísimas pamelas, una de las

cuales, la más aparatosa, voló directa al cielo una jornada de huracán, posterior a cuyo evento se pasaron una semana volviendo a reunir el ganado, pero de la pamea, ni rastro. La comunidad, lentamente, prosperaba y no era ya tan sólo refugio durante lo crudo del invierno...

—¿Cómo se llamaba la sobrina del juez? —preguntó Campomanes.

—Arabella —respondió éste.

—La inclinación de Enobarbo hacia Arabella —preguntó Atilano—, ¿tenía como acicate, aparte del episodio de la mula, que alguna vez la sorprendiera en el baño?

—No —negó quien lo narraba—. Arabella se dejaba contemplar únicamente vistiendo el traje de montar, al que estaba ya habituada. Admito que quedaban al aire sus rodillas... —culminó, vacilante.

—Háblenos de sus rodillas —solicitó aquél.

—En otro momento —rehusó José Ramón, mirando de reojo a Magdalena, cuya postura de esfinge le ponía algo nervioso—. Lo que deben saber es que la señora O'Mgiggins poseía parcialmente (por intuición) el secreto de mi madre, la cual era dueña del total misterio de Enobarbo, no guardando éste ninguno, pues ni identificó a la corista, a pesar de tenerla a menudo delante de las narices, ni sabía qué hacía suspirar a la sobrina del juez, principalmente a la caída de la tarde...

—Nos ha picado la curiosidad —dijo José, que comenzaba, estupefacto, a sentir simpatía por quien se fingió del mar—. ¿Qué arcano encerraba la pelirroja?

—¿Cómo sabe su tonalidad del pelo? —se admiró éste.

—Lo he deducido de algunas expresiones.

—Premio —concedió su rival—. Pues lo que le ocurría a Arabella —refirió— es que estaba enamoriscada de un oficial de caballería que había conocido en el Este, en un baile celebrado en la Academia al concederse el despacho de oficiales. Todavía le añoraba, si bien tendía en la actualidad a reírse de lo que consideraba ingenuidad de chiquilla, pues le parecían mucho más hombres aquellos sudorosos vaqueros, leñadores y, yendo más lejos, los tañedores de arpa, a pesar de que de alguno de éstos se murmuraban cosas feas...

—Siga, por favor —pidió Alfonsito.

—Cuando Arabella creía haber olvidado al oficial (que tenía un humor irónico que la dejaba desconcertada, era algo calavera y en determinada ocasión saltó para ir a verla la tapia de la Academia de Oficiales, siendo descubierto y pasando un mes de arresto, lo que a ella le impresionó de veras), dio la casualidad de que el pollo vino destacado al valle, al mando de un pelotón de soldados, para proteger a los colonos de eventuales incursiones de los indios, que por enésima vez, y no les culpo, habían abandonado la reserva.

—Experimentaría la pizpireta una auténtica convulsión —dijo Campomanes.

—Naturalmente. Y aunque el patricio (lo llamo así porque me da la gana) venía cubierto del polvo del viaje, lo que le daba aspecto desaseado, su antiguo porte no le había abandonado, motivo serio de menoscabo entre esas gentes, que con la convivencia empezaron a despreciarle. Arabella admiraba la distinción del oficial, lo que ella ignoraba y ni siquiera sospechaba, creyendo compartir las burlas de los otros.

—¡Menudo retrato femenino tan soberbio que está trazando usted, José Ramón! —pronunció, entusiasmado, Campomanes.

Se pavoneó el hombrón, crujiendo la tarima bajo sus inmensos zapatos.

—Gracias —dijo—. La sobrina del juez en el fondo se moría por reanudar las relaciones. El oficial era hombre templado y rehuía las peleas por principio. Pero los lugareños no estaban para matices y poco menos que se le meaban a la cara llamándole cobarde. Un tal Smitty, que era un capullo, le retó en público a que como pasara una raya dibujada en el suelo, le azotaría con su cinturón. El oficial no la cruzó, no por miedo sino porque le parecía una chorrada, y Arabella, que asistía refulgente de hermosura al reto, le golpeó la cara con su fusta, marchándose a continuación hecha un basilisco. Él se limitó a pasarse la mano con suavidad por la mejilla, mientras el grupo se disolvía a su alrededor mirándole con asco...

—¡Siga, siga...! —se le urgió.

—El oficial tenía a sus órdenes un sargento, borrachín y de escasa inteligencia, que le profesaba una devoción sin límites y que también sabía que no tenía nada de huevón. Decía éste que las mujeres eran como los caballos y que había que enseñarlas quién era el amo.

Su jefe le replicaba que no fuera burro, que tamaña verdad había siempre que negarla, al tiempo que se observaba escrupulosamente. El sargento entonces soltaba una franca risotada y echaba un largo trago de la botella de whiskey que ocultaba entre el correaje, ocasión que el superior aprovechaba para arrestarle, lo que al otro no le gustaba pero que tampoco se tomaba muy a mal, porque así es la milicia, en la que llevaba sirviendo treinta años. Luego, se pasaba la noche en el calabozo dando la murga con la armónica...

96

Camino del sol poniente

—Tengo una salvedad que hacer —dijo Campomanes al gigantón, muy a su pesar—. Con la historia de Arabella y su inconsciente devoción al oficial, ¿no se estará apartando de los pormenores de su madre, quien, explicándole a usted, es al fin y al cabo la que aquí nos interesa?

Murmullos.

Dijo Atilano:

—No descartemos tan limpiamente esos amores. Se tenga en cuenta que los anohecidos allí deben de ser fastuosos y la joven está a punto de caramelo... o yo no sé de la cuestión.

José Ramón sonreía con paciencia.

—Por partes —señaló—. Le diré al señor Campomanes, del que observe depone porcentaje de su animadversión hacia mí, cautivado por los meandros de la biografía de mi madre, que es preciso descender en mi narración a aspectos colaterales, en la seguridad de que así resaltará mejor su nervio central, ganando en general hondura y poesía. Esto, que parece torpe excusa, y lo es, se complementa con que los afluentes del río principal, o sea, los acontecidos de Arabella, presentan tanto interés como el propio caudaloso río, quiere decirse el tema de la corista que me botó a la existencia. De todas formas, si se desea que me deje de rodeos... —ofreció.

El hermano de Magdalena fue blanco de numerosas protestas por haber estado a punto de fastidiar la narración. Rogaron al hombrón que continuara.

—Pero antes —aceptó éste—, debo responder a la insinuación del humilde, acerca de si se referirán escenas tórridas... No las habrá en sentido estricto —prometió—. Aunque la imaginación, las ansias, quedarán más encendidas con meras y oportunas alusiones que con el pormenorizado y realista inventario de los hechos. ¿Nadie conoce esta ley...? —interrogó afiladamente.

—Si usted nos lo asegura... —respondió Melquíades por todos.

—Confíen en mí —afirmó José Ramón—. Y sin mayor dilación, continuaré con el asunto.

—Adelante.

—Habíamos quedado, entre otras cosas, en que la señora O'Mgiggins sorprendiera la rencorosa mirada de la cabaretera hacia Enobarbo, el cual a su vez se extasiara con Arabella en su traje de amazona, que le quedaba divinamente... —Magdalena frunció el ceño—. Los amores de ésta progresaban como un volcán y por la vía correcta, pero, como se ha dicho, la propia interesada no tenía puñetera idea, creyendo que cada vez odiaba más al oficial, siendo así que era al revés...

—¡Fantástico! —exclamó de nuevo Campomanes.

—El oficial conocía perfectamente a las mujeres, a las que aplicaba con éxito los conocimientos obtenidos en las cuadras que poseía su familia de caballerosos sureños (en cuyas filas de la Confederación lucharon sus antepasados), que por esta razón tenía el individuo esas maneras que tanto cautivaban a la joven, chocando a la par con la rudeza de aquella caterva de zoquetes.

—La chica no se aclaraba, ni necesidad que había —apuntó Atilano.

—Lo expresa usted bien —aprobó José Ramón—. ¿Ven cómo así la historia es más bonita...? En cuanto a Enobarbo, que se había ganado reputación de hombre cabal, se propuso traicionar a la comunidad, para lo que entrara en contacto con un desharrapado cabecilla indio, huido de la reserva con un grupo de partidarios y rebelde a la autoridad de otro jefe más noble y con quien los llamados caras pálidas se mantenían en armonía. El nauseabundo socio de mi padre inundaba de whiskey a aquel mugriento, que cometía todo tipo de desmanes. La propia señora O'Mgiggins, habiendo salido al campo a por grosellas, estuvo a punto de sufrir un atropello, pero apareció la tropa en el momento justo en que los renegados le alzaban

las enaguas y se libró; aunque también hubo quien dijo que no fueron los soldados quienes hicieron huir a los salvajes, sino lo que éstos descubrieron bajo la mencionada prenda de la anciana. Ya se sabe que los hechos se suelen difundir en varias versiones... Y para complicar más el asunto, Enobarbo tuvo el morro de arrogarse el mérito de la salvación de la viejales, pues se aprovechó de esos instantes de confusión que suele haber en las escaramuzas, en que no se sabe quién llega primero y quién después, y surgió aparatosamente de detrás de un árbol cuando ya la lucha se había inclinado a favor del honor e integridad de la señora O'Mgiggins, que dicho sea de paso, me cae un poco gorda, sentimiento que espero sea compartido por ustedes...

—Guarde cuidado —le dijeron.

—... La cual señora, pilar de su comunidad y ganadora anual del concurso culinario, no siendo tampoco una lumbrera, tuvo al socio de mi padre como su verdadero salvador. Y como mi madre, que de tonta, ni un pelo, sabía que no era así, se ahondó todavía más el foso entre ellas. En cuanto a Arabella, empezaba a no tenerlas todas consigo, ya que la personalidad del oficial se imponía cada vez con más fuerza en su corazón, lo que a ella le daba rabia al tenerlo por medroso. En determinado momento en que se cruzaron por la calle, él la miró de esa manera humorística tan particular y la dejó tan turbada y enfurecida que, ensillando la sobrina del juez Thompson su yegua preferida, se lanzó al galope a campo abierto, estando a punto de ser sorprendida por la partida rebelde, lo que impidió el mismo del Este que salió tras ella y la amenazó con una azotaina la próxima vez que hiciera una tontería similar. Y estará mal que lo diga —agregó José Ramón—, pero en esta ocasión se la vieron perfectamente las rodillas a la chica...

Magdalena abandonó majestuosamente la reunión.

—No tiene importancia —dijo el hermano, brillándole los ojos de triunfo—. Continúe.

El prometido tardó en retomar el hilo.

—Enobarbo —prosiguió, pensativo— fue desenmascarado por un hecho fortuito que en principio no tuvo que ver con lo narrado. Una noche, arrastrándose subrepticamente entre las casas, fue a meter inadvertidamente la mano...

–Esto se pone interesante –murmuró Atilano.

–... en un tarro de mermelada que había confeccionado la señora O'Mgiggins para un travieso muchacho que rondaba habitualmente su cocina y que a sus nueve años había matado ya su primer puma con una escopeta del calibre veintidós. La abuela echó el lazo sin titubeos a esa extremidad anónima que incursionaba en sus dominios...

–¿Qué buscaba Enobarbo a esas horas de la noche? –receló Alfonsito.

–No llegó a figurar en el atestado.

–Ah, ¿pero hubo atestado...?

–No, por eso no figuró. La señora O'Mgiggins –dijo– reunió a voces a sus vecinos, consiguiendo que el juez Thompson condenara a la horca al imprudente, pena que sería ejecutada al alba... En cuanto dejó de patalear el antiguo socio de mi padre, y ya era hora, y de cuya muerte se quiso esta vez mi madre asegurar vaciándole en los putos huevos el tambor de su revólver, se declaró un ataque de los indios, que habían decidido jugarse el todo por el todo. Dejando al tendencioso balanceándose del cáñamo, acudieron todos a contener la ofensiva. Arabella contempló angustiada desde el porche (donde luego se le dijo que había corrido un gran peligro) cómo se batía gallardamente el oficial al tiempo que daba inteligentes órdenes, y llegando incluso a salvar de la quema al estúpido de Smitty, el pajolero aquel que le desafiara a cruzar la raya del suelo... Muerto Enobarbo, rechazada la incursión y hechas las viejas definitivamente las paces, consideró la leona de mi madre estar allí de más. Tras asistir a la boda del oficial (que por si no lo he dicho, se llamaba Manolo) con Arabella, y en la que el sargento se emborrachó como nunca, yendo a parar al calabozo, se despidió, caminando en dirección al sol poniente, sentido de la marcha que cambió en cuanto se supo fuera de la vista de aquellas gentes toscas, sencillas y entrañables...

Magdalena escuchaba por el agujero de la cerradura.

97

Se impide un drama

–Referiré el último tramo de mi historia, si no tienen inconveniente –dijo José Ramón, que rumiaba la deserción de la hermosa.

Se mostraron de acuerdo.

Alfonsito comentó:

—Qué tendrá la letra impresa (en el corazón, se entiende) que subyuga hasta el extremo de que un hombre aplace, poniéndola en peligro, la cita con la que un día fue su novia y que ha madurado en brazos de otro aguardando que su primitivo amor, o sea yo, volviera.

—Allá voy —avisó el de traje de marinero—. Al regreso de mi madre de aquellas lejanas tierras en que cobrara su venganza realidad, se enteró de que en su patria se proclamara una amnistía, quedando sin efecto la orden de busca y captura existente contra ella. Lo primero que hizo, tras apurar ansiosa una garrafa de cazalla nacional (nunca le hicieron mucho los licores extranjeros), fue dirigirse al cafetucho donde se originó toda la historia y en que yo trabajaba por las fechas, habiendo sido contratado de guardaespaldas después de que se llevaran detenida a la corista. Mi carácter bondadoso se había ido evidenciando perjudicial para el negocio, pues la mayoría de las noches autorizaba gratis la entrada a los clientes, con lo que el tugurio terminó por presentar números rojos.

—¿Qué son números rojos? —preguntó Atilano, figurándose quién sabe qué.

José Ramón hizo caso omiso.

—Los propietarios me llamaron un día a su despacho (este cuento precedió a la providencial venida de mi madre) y me dijeron que, después de haber efectuado minucioso arqueo, únicamente disponían de efectivo para comprar un medio revólver con el que saltaríamos todos la tapa de los sesos, pues francamente no encontraban otra salida. Tampoco yo, a decir verdad. Afuera, la vida se había puesto muy difícil y no era cuestión de doblar el lomo trabajando, cosa que tanto ellos como yo habíamos intentado evitar hasta el presente.

—Es obvio que por lo menos usted —columbró Melquíades— no llegó a apoyar en su sien el cañón de la pistola, suponiendo que llegaran a comprar el arma.

—Se equivoca —negó, picajoso, el gigantón—. Pero vayamos con orden. El revólver se adquirió, parte con la menguada calderilla que logramos barriendo debajo de las mesas, parte con los ingresos de-

gados in extremis por un parroquiano que no se dejó invitar en modo alguno. Era un hombre de la meseta, seco, austero...

—No nos interesa —señaló José.

—El caso fue que esa noche, retirados los últimos clientes, algunos de los cuales se olían la tostada, principalmente porque no nos habíamos recatado de contarlos, los propietarios del local y yo, los cuales aquellos se llamaban Pedro y Lorenzo, empuñamos en un reservado la pistola con mano temblorosa... El pacto a que habíamos llegado consistía en que, reventado el primer cráneo, otro recogería el arma del suicida, imitándole sin mayor aparato, repitiendo el tercero a continuación el gesto. El orden lo habíamos echado a suertes...

—Creo saber lo que pasó —afirmó el adalid, dándose pisto—. Quien debía iniciar la tanda de disparos se negó a descerrajarse un tiro, desconfiando de que los supervivientes siguieran su camino. ¿Acierto...?

—La verdad palmaria —confirmó José Ramón—. El llamado Lorenzo, con la excusa de que le entraron ganas de tirarse un pedo, cedió su puesto al siguiente, que era Pedro, quien por las mismas me cedió la pistola, terminando los tres en los servicios. Después de ventosear, volvimos a intentarlo, pasándonos de mano en mano el maldito revólver, pero ninguno fue más allá de curvar su índice entre gatillo y guardamonte. Por fin, siendo yo el más joven, propuse que comenzara disparándose el más viejo, pero mi treta sólo provocó una interminable discusión entre los mandrias acerca de sus edades respectivas. Sugirieron entonces que encabezara la acción el más pimpollo.

—No estuvo mal pensado —dijo Campomanes.

—Ya lo creo —convino el otro—. Pero la suerte habría de venir en mi socorro en la persona de mi madre... Recién desembarcada del continente americano y anhelante por volver a pisar el sucio antro de donde se la llevaran detenida años atrás, llamó característica a la puerta del local. Ni corto ni perezoso (la muerte me rondaba), y con un nerviosismo que después reconocí como premonitorio, me nombré voluntario para abrir, con la secreta intención de salir zumbando y, si era el caso, ponerme a trabajar, que por duro que fuera y salvo accidente laboral, al menos me permitiría seguir desplazando mi corpulencia por las calles...

—¿Abre ya la jodida puerta o lo hacemos nosotros por usted? —se impacientó Campomanes.

—Corre de mi cuenta. En cuanto hice girar sobre sus goznes la hoja de madera, me encontré con quien ya saben, por quien no había pasado el tiempo, que incluso daba la impresión de haber retrocedido sobre sus carnes. Pues en efecto, frente a mí, recuperada de sus muchos sufrimientos y aventuras, y que incluso iba superando su dependencia de la ginebra o cazalla, como ustedes gusten, se encontraba quien antaño fuera el alma del establecimiento, haciendo rugir salazmente a la parroquia. Sus andares eran los felinos mencionados más arriba; sus lentejuelas, idénticas a la noche de su último éxito... Y su mirada seguía confundiendo los corazones masculinos, conforme pude comprobar yo mismo al distinguir a un industrial, que pasaba casualmente, enajenar de repente la empresa familiar y situar los activos en dinero a los pies de la cabaretera, quien tuvo el enloquecedor detalle de poner a su admirador sobre la nuca el tacón de aguja con que se calzaba.

—¿Volvió su madre con intención de hacer reflotar el cafetucho? —preguntó Alfonsito.

—¡Por supuesto! —confirmó José Ramón—. Regresaba para seguir encanallándose frente a un público imposibilitado de apreciar su arte, pero a quienes aun así gustaba horrores. En cuanto se sumergió en la penumbra del local, abarcó de un vistazo el terrible drama que había estado a punto de ocurrir. Miró a los propietarios, contempló a su hijo... y confiscó el revolver, que se guardó en el coño, dando implícitamente por clausurada la viñeta. A los pocos días el antro estaba tan animado como siempre, triplicándose la parroquia como en los mejores tiempos. Crujientes billetes se depositaban en la caja de continuo, en justo pago al disfrute visual de las movidas suculencias de la que se presentó oportunamente, impidiendo al trío de incapaces conformado por José Ramón, Pedro y Lorenzo comer una tontería o, todavía peor, hacer un ridículo sublime... que de cualquier manera hicimos. Posteriormente, la corista y yo pasamos a ser propietarios del local. Pedro se ahogó haciendo un experimento con gaseosa; y Lorenzo, habiéndose matriculado en un gimnasio a hacer pesas, el grueso de las cuales le cayó encima en un accidente que pareció muy sospechoso a todo el mundo, menos a mí, que

supe perfectamente que fue obra de mi madre. Al presente –bajó de tono–, ella y yo vivimos del negocio, estando yo en todo momento amenazado por la fatídica pistola para que no se me ocurra ni por pienso invitar a los clientes, dilapidando los ingresos, que ocultamos cuidadosamente a Hacienda. Y usted, Alfonsito, haga como que no ha oído este último detalle pintoresco, o habré de decírselo a la que todos sabemos cómo las gasta.

El inspector miró para otro lado.

98

No hay quien se aclare

Magdalena volvió a entrar, siendo acogida por suaves cuchicheos.

José Ramón palmeó el mullido del sofá, invitándola a recuperar su sitio junto a él. Ella, empero, no dio impresión de verlo, sentándose en el punto más alejado de la sala. Ahí leyeron algunos el emblema de la derrota del que se presentó a pedir su mano, la ganó y, por determinadas torpezas expositivas o de otra índole, la perdiera.

Se turbó el hombrón y su cuerpo gigantesco se empapó en sudor.

–¡Magnífica narración! –le felicitó el hermano, con la máxima cínica sonrisa que puede sostener una cara.

José balaba de gozo.

–No entiendo qué le ocurre a Magdalena... –decía el gigantón, mirando desvalido a todas partes.

–Yo creo que ha metido la pata en determinadas facetas de su historia –opinó Alfonsito.

El falso marinero movió la cabeza como si fuera la grupa de un camello.

–¿Es cierto...? –interrogó a la bella.

–¡Y todavía lo pregunta! –exclamó ésta con imperio.

–Tiene derecho a una respuesta –intercedió falsamente José.

–Yo respetaré la decisión de mi hermana, sea la que sea, aunque me perjudique –manifestó con la misma hipocresía Campomanes.

–¿Qué puedo decir yo? –se preguntó a sí mismo Melquíades.

–Me inclino al extremo –expresó Atilano por su parte– de que nuestro buen amigo se ha recreado un poco más de lo debido en el retrato de Arabella (jesas rodillas!), sin mencionar la acusada admi-

ración hacia su madre, aspectos ambos hirientes para quien aspira a compartir con nosotros una vida.

–Yo nunca podría competir con la madre de José Ramón –convino Magdalena.

–¡No tendréis que competir! –declaró el rechazado pretendiente, destrozando el sofá bajo sus nalgas–. ¡En mi corazón hay sitio para las dos...!

–Definitivamente, se hunde...

–Es su peor enemigo...

–Lo que le pasa es que tiene fijación...

–¿Con mi madre...? –inquirió el hijo.

–Con la misma –respondieron.

–¿Y qué hay de malo?

–Según se mire –calibró el gordo–. Muchos han prosperado con esta tara en sus carreras.

–¿La llama tara?

–La llamo como me apetece.

–Yo también fui madre –recordó teatralmente Magdalena.

–¡Sabemos cómo! –se carcajeó el hermano.

–¡Sigo siéndolo...!

Alfonsito se acercó discretamente a Campomanes:

–No es usted el más indicado para juzgar del sentimiento.

El de la casa apretó con frustración los labios.

La hermosa proclamó:

–¡No puedo ser de nadie!

Su hermano aprovechó la ocasión:

–Eso mismo te vengo yo diciendo desde que te salieron los pechos.

Melquíades le decía a José:

–Tenemos poco que hacer aquí.

El amigo apretó contra el pecho el retrato de la que tenía delante.

–Otro encoñado –se mofó Atilano–. ¡Y a mí, que me cuesta diferenciarlas...!

–Véase –le explicó el adalid con paciencia–. La señorita de esta casa, Magdalena, aunque guarda parámetros semejantes a, por ejemplo, la entrevista Covadonga, no deja de imprimir a su naturaleza particular impronta.

–¡Un matiz irrelevante! –porfió el de ultramarinos.
–¡No hay peor ciego que el que se vacía los alvéolos! –se hartó el manteca.

La hermosa había pillado parte del diálogo.

–¿Covadonga...? –inquirió-. ¿Quién la menciona...?

Melquíades adelantó sus grasas.

–¿La conoce?

–Amiga íntima –confirmó aquélla-. Del colegio.

El líder se retiró con Atilano.

–¿Se da cuenta de cómo se relacionan las personas, circunstancias...?

El clase baja hizo aspavientos.

–A mí, sin circunloquios –dijo.

–No se haga más tonto de lo que es –se iluminó la cara de Melquíades-. ¡Me comprende perfectamente!

–A lo mejor somos talentos gemelos –avanzó atrevidamente el repartidor.

–¡A dónde habría llegado usted con estudios!

–¡Imposible de saber!

–¡Tan imposible como dejar de hacerse la pregunta!

–¿Se haría con lindeza?

–¡Y apasionamiento!

–Pero no sin rigor... –reconvenía el desfavorecido.

–No me humille más, se lo suplico... –pedía el gordo.

Campomanes se acercó:

–Caballeros, por favor..., no en mi casa...

José estaba avergonzado. Alfonsito sonreía sin muchas ganas:

–Qué pensaría el francés de estar aquí, a quien hubiéramos debido regalar un toro de peluche...

–Mejor, la andaluza con vestido de volantes –sugirió con firmeza Campomanes.

Le preguntó Magdalena a José Ramón:

–¿Usa tu madre bata de cola?

–¡Jamás!

–Peor lo acabas de poner... –dijo la frívola.

El rechazado pretendiente acabó desatándose.

–¡No lo soporto! –y arremetió contra el moblaje.

El de la casa se alarmó.

—¡Muéstrale un pecho, Magdalena, antes de que sea demasiado tarde...!

Le reprochó José:

—¡A usted, como es hermano, le da igual!

Aquél repitió, sarcástico:

—¿Hermano...?

Melquíades advirtió con insólita dureza:

—¡Le colgamos por el pito de un bramante fino y resistente!

Se estremeció Campomanes.

99

Por la escalera. Fuga y tropiezo

Llamaron al timbre. Acudió a abrir Magdalena.

—Pasa, Buenaventura, no te quedes ahí parado —se escuchó el siguiente comentario en el pasillo, a cargo de una nueva voz femenina un tanto agría.

Se presentó en el salón un matrimonio, cuya parte de la esposa pronunciara las palabras anteriores y que arrastraba a un hombre de aire sumiso que ocupaba un tercio del espacio de ella. La primera portaba un lustroso abrigo de piel de gato, mientras el hombre se envolvía en un gastado traje gris lleno de lamparones. En el fondo de las pupilas del marido, como una lucecita, se agitaba un sentimiento similar al que termina ocasionando los excesos del populacho en las revueltas.

—Soy Insurgencia —declaró la visitante, sin dirigirse a nadie en particular—. Insurgencia Pérez Domínguez, hija, nieta, biznieta, tataranieta y chozna de uniformados.

—Ujieres... —apuntó el hombrecillo.

—Tú te callas —ordenó ella—. Éste es mi marido —le presentó como quien señala una inmundicia—: Buenaventura Gutiérrez, oficinista y don nadie, que si se sostiene es por estar casado con quien habla. ¡Confirma! —le dio un codazo en las costillas.

—Como es de día —dijo él.

La sorpresa dominaba por igual a los presentes, a excepción de Magdalena.

Se adelantó el hermano preguntando:

—¿En qué tengo el gusto...?

—Usted sabrá —replicó la tirana—. Ya hemos depositado la fianza.

—¿Fianza...?

—Dinero —aclaró ella—. Los primeros en el banco, y eso que tuvimos que volver porque éste —señaló al marido— se había olvidado el carnet de identidad. Aunque para la poquita cosa que refleja el documento...

—¿De qué dinero habla...? —Campomanes seguía sin entender.

—El de curso legal. Y me parece un abuso lo que cobran.

—Creo que hay una confusión...

—Menos alharacas —se sulfuró Insurgencia—, que de no ser por mí a ver quién les compraba esta cochambre.

Informó con sencillez la hermosa:

—Vendemos el piso.

Campomanes escudriñó la cara de su hermana; luego contempló con espanto al matrimonio. El hombrecillo le dedicó un gesto resignado.

—Éstos no serán realquilados... —desconfió la imperiosa, mirán-
doles a todos—. Porque se lo dejé claro y reclaro —le dijo a Magdalena.

—Son amigos que ya se iban —dijo ésta.

—¡Qué ambiente tan cargado! —bufó Insurgencia, abriendo de golpe la ventana.

Un sol diáfano se reflejaba en los nevados tejados.

Melquíades dirigió un guiño a sus amigos.

—Nos marchábamos, sí... —e inició la retirada.

—Cachéales, Buenaventura, no se nos vayan a llevar la grifería, como nos pasó la última vez, hace la friolera de treinta y cinco años.

—Respondo por ellos —dijo la hermana.

Insurgencia acercó su nariz a las paredes.

—Aquí hará falta más de una mano de pintura. Aunque ya me avisó lo que era su hermano.

Campomanes decidió pasar por alto el comentario. Dijo:

—¡Magdalena! ¿Cómo has podido vender esta casa, tan llena de recuerdos...?

—Por eso mismo —contestó ella.

—¿Y los corazones que esta noche se han abierto como rosas...?

—Con que puedan seguir mirándose a la cara... —terció, tímido, Buenaventura Gutiérrez.

—¡Qué desgracia de hombre...! —le riñó Insurgencia—. De haberme casado con Guardiola —comentó—, ahora viviría como una reina y no vendríamos a parar a esto. Este memo —por el marido— no hacía otra cosa que regalarme flores que arrancaba de los parterres. Mientras que Guardiola ¡la de duros contantes y sonantes que se gastó conmigo!

—Estaba muy enamorado de ti —confirmó el hombrecillo, que por lo visto se beneficiaba de tocar esta tecla—. Era aparecer tú y ya no tenía ojos para más.

—Siempre he sido de mucha presencia —admitió la del abrigo.

—Nos vamos —volvió a decir el adalid.

—¡Aguarden! —rogó desesperadamente Campomanes, temiendo que su mundo se derrumbara—. ¡Alfonsito —le agarró la bocamanga—, en honor a nuestros años escolares...!

—Pero si es dudoso que nos conozcamos siquiera...

—¡No importa!

—Eso, despejen, que me tienen que venir los albañiles —urgió la nueva propietaria.

Melquíades tuvo una intuición.

—¿No será uno que se llama Sito...?

—Mucha casualidad sería —le amonestó José, que estaba destrozado por separarse de Magdalena.

—Pedazo de hombre —confirmó inesperadamente la compradora de la casa—. Tiene una caída del andamio que para sí quisiera quien yo sé... —miró al marido.

Campomanes iba a presentarle a su hermana inconvenientes prácticos, cuando ella se le adelantó:

—Ya tenemos hecho el equipaje.

—¡Lo tenías ya preparado cuando entré con estos amigos por la puerta!

—Mucho antes. De haber cuajado lo de José Ramón, te tendrías que ir solo, encaminándome yo en dirección contraria con el marino; ahora, en cambio, tendremos que seguir apechugando juntos.

—¿Dónde iremos?

—Hemos gastado hasta el último céntimo de lo que heredamos de papá y mamá, por si lo ignoras —informó la hermana—. Tú tienes estudios. Cada vez más gente quiere aprender papiroflexia, para lo que debemos trasladarnos a un cuchitril más distinguido. Viviremos de tus clases y quizá algún día seamos dignos de ellos.

—¿De quiénes? —preguntó el hermano, que no comprendía nada.

—De tu hijo y el mío, que son dos.

José Ramón se desató en desgarradores aullidos, volviendo a tocar el acordeón. Le daba la réplica José.

—Mi felicidad será la vuestra —les repetía con insistencia Magdalena.

El marino de opereta se medio consoló.

—Allí donde mi madre y yo estemos, o sea, en el cafetucho, al que están todos ustedes invitados, aunque sería mejor que abonaran la consumición, se te recordará siempre.

José apretó calladamente la cartulina sobre su pecho. Lo apreció Magdalena.

—Mucho de mí se queda aquí —dijo Campomanes, perplejo y abrumado de lo rápidamente que había pasado la noche y del giro inesperado que daba su vida.

—Se lo mandaremos con un propio —entendió mal Insurgencia—. Si ven a los albañiles, los enfilan para acá.

Fueron bajando.

Llegados al portal, les saludó una voz familiar:

—No hemos tardado tanto en vernos, ¿eh?

Era Sito.

Melquíades hizo esfuerzos por parecer educado.

—¿Cómo está su señora madre...? ¿Y las señoritas...? ¿Rogelio...?

El paleta depositó sus herramientas en el suelo y, midiéndose con José Ramón por el rabillo del ojo, explicó:

—Mi madre terminó de sufrir el otro día una parálisis completa que ya sólo le autoriza el uso de la lengua. No hace más que darnos la murga. En cuanto a las otras...

—¿Se encuentran bien? —inquirió, adulator, José.

—La Macaria y la Mariencarna han sido detenidas esta misma mañana. Parece que estamos todos implicados... Por eso he aceptado un encargo ahí arriba, que si no, no mueve un dedo el hijo de doña

Petra. ¿Quién es el hombre...? –apuntó con el pulgar al vestido de marino.

Éste adelantó su mano.

–Me llamo José Ramón.

–Me importa una mierda cómo se llame –dijo Sito, ignorándole–. ¿Y la furcia...? –apuntó con el pulgar a Magdalena–. Aunque a mí la que me gustaba era la otra –se refería a Aurelia–. Lástima que no me decidiera, porque la verdad es que me la ponía como el hormigón. –volvió a coger sus útiles–. Les tengo que dejar, que me vienen pisando los talones. Y en cuanto a ésta –dijo al pasar a su lado la hermana de Campomanes–, no la hago un favor aquí mismo porque soy disciplinado y amigo de la paz y la concordia, aparte de que me han estado cumpliendo las cachondas antes de que se las llevaran en el furgón.

Magdalena se precipitó a la calle.

–¡Adiós! –se despidió Melquíades.

Atilano se sintió fuerte para decir:

–¡Saludos a la chusma en general y particularmente a Rogelio!

PARTE SEXTA

LA CRÍTICA

De castañera

Un taxi se alejó con Magdalena, Campomanes, las maletas de ambos y los imprecisos proyectos que corrían a cargo de la primera. José Ramón corrió durante un rato al costado de la ventanilla donde se distinguía –hierático y sobre fondo de borroso hermano– el perfil de la bella.

Al cabo de varias manzanas, regresó.

–Nos hemos quedado huérfanos de amor –fue su frase, que incluso a José pareció repugnante.

Atilano bostezó como una boca de metro.

–Me comería unos buñuelos –dijo.

–Nadie espere que me rasque un duro –avisó Alfonsito, intentando orientarse hacia la casa de la mujer del carbonero.

–¿Y si los pagáramos a escote? –propuso, falaz, el clase baja.

–La docena entre cinco no cuadra –comentaron.

–Vamos a ver –presionó el humilde–. En el cucurucho entran doce y somos cinco. De lo que resulta que tocamos a dos por barba y sobra la pareja, que a su vez se debe distribuir entre los mismos cinco. ¿A cuánto toca cada uno...?

–Déjenos en paz –pidió el inspector.

–...Algunos se pueden satisfacer con la cantidad inicial –insistía el otro–. En cambio, habrá quienes la encontrarán insuficiente... Creo que voy por la vía correcta. Supongamos que rige un principio de solidaridad mediante el cual los hartos ceden porción a los hambrientos. La parte primigenia sería intocable: dos buñuelos cada uno, quieras que no...

–Yo no me como esas bolas aunque me den dinero –cortó Alfonsito.

–A mí tampoco me gustan mucho los buñuelos –secundó José, mirando todavía la esquina tras la que desapareciera el taxi que acababa de llevarse a Magdalena.

–Tampoco yo estoy por consumirlos –mintió el adalid, quien sabiéndose insolvente no quería quedar en evidencia.

El repartidor quedó chafado.

Alfonsito se despidió.

–¡Señores, he tenido mucho gusto!

–¡Que pique con ganas! –le desearon.

–Yo también me voy –dijo José Ramón, despojándose del uniforme para ir a devolverlo a la tienda de alquiler–. Si pasan por lo mío, mi madre y yo les atenderemos con sumo placer. Pero procuren personarse con la consumición a cuestras, pues no han remitido las intoxicaciones.

–¡Déle recuerdos a ella y que siga tan golosa para el bien de la parroquia!

Los circunstanciales compañeros tomaron direcciones opuestas.

–Al menos –confesó más tarde el adalid a sus amigos– hemos pasado estas dos terribles noches a cubierto.

–Lo que debe hacer usted es seguimos comandando –le apuró el de ultramarinos, que se notaba tan inerme como José.

–Qué remedio –suspiró el líder.

Se entretuvieron el resto de la mañana en un parque, intentando sin éxito dar de comer a las palomas, que esa jornada habían decidido cuerdamente permanecer en sus calientes nidos. Al mediodía, extrajeron milagrosamente de una papelera un bocadillo de salchichas casi intacto, que devoraron con fruición tras repartirlo.

Por la tarde, después de una reparadora siesta en el zaguán de un convento de clausura cuya Regla se iba relajando, pasaron ante la imponente fachada de la Universidad. Melquíades se empeñó en sacarse un doctorado.

Un bedel denegó la solicitud: el último título se lo acababa de llevar un flatulento que se había embarcado a toda prisa en el tren transiberiano, en uno de cuyos vagones se tenía la intención de auparle a la gloria literaria.

–¿Lo encularán? –se atrevió a preguntar el líder.

–Está en el orden del día –confirmó el ordenanza.

Se sentaron en los escalones de la entrada.

Una viejuca pasaba con un carro de castañas.

–Por lo menos ésa va caliente –dijo Atilano.

Aquella se detuvo.

–¡Todo se lo lleva el género! –replicó.

–Mérito suyo –condescendió José.

Denegó la vieja.

–Mis auténticos laureles provienen de la carrera que cursé donde acaban de salir, obteniendo matrícula en todas las asignaturas y destacando por mi actitud conciliadora en el viaje de fin de curso. ¡Pero para qué hurgar en el pasado...! –empujó el carro.

–No puede dejarnos con nuestra curiosidad insatisfecha –imploró el gordo.

–Ya lo creo que puedo. Aunque haré excepción por tratarse de alguien signado por el fracaso –se refería a la decepción del líder en las aulas, que ella había descubierto de un golpe de vista–. ¿Qué creen que pasó con mi inmejorable preparación académica...? ¡Pues que se sumió como un esputo por el desaguadero! La traición –contó– floreció la jornada misma de incorporarme a mi puesto, ganado por méritos. Caminaba por los pasillos de la Facultad, moviendo pizpireta el bolso y las caderas (al ser mujer, nadie podía decir nada), cuando me salió al paso un fulastre que jamás entendió materia alguna, siendo además un pelota redomado. Y por si fuera poco, encabezaba una organización denominada Encono Universitario, que andando el tiempo habría de dejar en la estacada a todos sus componentes. Sin decir oxe ni moxe, me arrastró a la sala de calderas, donde me poseyó violentamente en aras de un principio igualitario que llevaba una temporada intentando que adoptara yo y cuyas premisas me parecieron siempre filfa. Recuperada de la afrenta, aunque hecha un cromo, me dirigí al departamento; pero cuál no sería mi sorpresa al encontrarme a mi agresor preparando los apuntes de su primera clase, que comenzaba dentro de unos minutos y que me correspondía dar a mí. Sirvieron de poco mis quejas, mis amenazas, la tremolante exhibición de mi flamante título y la oposición recién ganada, e incluso el papel de la denuncia por violación que había tenido oportunidad de presentar (la comisaría estaba enfrente), donde se pormenorizaban los rasgos personales del dañoso. Me volvieron a forzar, esta vez múltiplemente... Alguno quizá recuerde el caso: coincidió, sobre poco más o menos, con el incendio de la biblioteca en un acto de purificación por conservar volúmenes contenien-

do la cultura prejuiciosa del pasado. Por la época, también se abolió la geometría euclidiana por autoritaria y determinista... Yo fui afortunada y logré escapar, pujando para este puesto de castañas. ¡Otros no tuvieron mi suerte!

—Por alguna razón —dijo Atilano—, yo nunca he querido tener que ver con la cultura.

Le miraron con muchísimo respeto.

Se alejó la castañera, tras mirada de rencor al edificio.

—¡Y con el coño frío! —iba diciendo.

101

El erudito: su tabarra

Bajaba por las anchas escaleras del vestíbulo, hacia la calle, un individuo de pequeña estatura. Su expresión era mezcla de ira y agobio. La familiar calvicie, donde el sol marítimo se reflejara complacido hacía poco más de una semana, permanecía opaca a la sazón, grisácea, mortecina. Vestía el hombre con inadecuada ligereza y su cuerpo tiritaba bajo los efectos del frío.

Fue Melquíades quien le identificó:

—¡Porras!

El mentado reparó a su vez:

—¡Ustedes!

Se expresaron mutuamente la felicidad del reencuentro.

—¿Cómo aquí? —se interesó el adalid.

—Asuntos profesionales, mil veces malditos —informó el erudito con aspereza.

—¡No fastidie!

—Eso quisiera —dijo sin cuidado Porras—. Pero sepan —añadió— que la ciencia arqueológica ha experimentado gracias a mí en las últimas jornadas un avance decisivo, y que los innumerales de ahí arriba —señaló a sus espaldas— se niegan a reconocer mis logros.

Suspiró Melquíades.

—Es lamentable.

—Si sólo fuera lamentable... ¡Es canallesco! Después de su marcha —les refirió—, y tras un trabajo de narices efectuado prácticamente sin dormir...

—Tampoco nosotros hemos pegado demasiado el ojo —manifestó Atilano.

—...Las excavaciones que me permitiera la marquesa dieron el inquestionable fruto que llevaba esperando años. Localicé, no una, sino un montón de necrópolis, unas encima de las otras, que, por si lo ignoran, esta costumbre de apilar asentamientos tenían los antiguos..., y si me paro a pensar, también nosotros, pues los yacimientos se localizan exactamente bajo la base del palacete que se honró con acogerles o que ustedes se honraron visitando, a saber... ¡Pero estoy ofuscado, acalorado, a pesar de que hace un frío de cojones! Y disculpen que me exprese con semejante viveza...

—No se preocupe —dijo José.

El erudito cogió la oportunidad rápidamente al vuelo.

—Como veo que le interesa tanto mi trabajo —le dijo al soñador antes de que éste se apercibiera—, le comunico que he dejado además establecida de manera fehaciente la figura del Tatani, de quien habrán oído hablar, porque no van a ser tan incultos; el cual, en las sociedades primitivas de que trato en la tesis de que se han carcajeado esos maricas —lanzó el mentón por encima de su hombro—, vendría a corresponder a nuestro oficio de corregidor o alcalde, si bien las funciones de que se imbuía aquél no eran tan eminentemente prácticas, gozando en cambio de características mítico—filosóficas...

—Al grano, Porras —le intentó ceñir Melquíades.

—... Y al lado de los enterramientos —continuó, excitado—, he situado sin la menor duda una sauna donde los principales de la población (incluido el Tatani) se bañaban antes de dirigirse al barrio de fulanas, las que tenían calidad de sacerdotisas y a quienes sólo se tiraban miembros de la aristocracia, lo que con el tiempo originó un sentimiento hostil en la población que dio pie a una serie de revueltas que aprovecharon las masas desatadas para cepillarse a esas mismas sacerdotisas... Perdonen que me exprese sin cuidar las expresiones, pero me bulle la indignación junto con el sentimiento de haber efectuado un descubrimiento sin parangón...

—¡Siga! —exigió Atilano.

—Posee sensibilidad para la historia —aprobó el erudito—. No como ésos... —aludió a los de arriba—. Pues junto a las necrópolis, la sauna, el barrio chino (aunque utilizo terminología moderna) y, gra-

vitando sobre estas construcciones, la personalidad benéfica o tiránica, depende, del Tatani, he determinado por si todo esto fuera poco el llamado Recinto de las Suegras, expresión que también puede traducirse por la de Suegras en el Baile. Se trata de una zona amurallada donde encerraban a las citadas, merced a la sabia disposición de un antiguo legislador llamado Pepe, a quien algunos (yo no lo creo) confunden con el mismísimo Tatani. Este hombre, considerando las zapatiestas que a diario tenían lugar en las familias, dio con su causa, que no era otra que la sempiterna madre política de él, la cual no cejaba en su intento de convencer a la hija de que su marido era un vago y un miñambres, eso cuando no se gastaba el salario en la taberna. Como ven –sonrió con tristeza–, aquellas gentes remotas no eran tan diferentes de nosotros... El tal Pepe, con el concurso del Tatani, cogió a todas las suegras una noche en que se hallaban descuidadas y las encerró en el perímetro que desde entonces se llamó como acabo de decirles, y ya podían bailar lo que quisieran o reventar, que nadie las iba a hacer ni puto caso. Triple guardia armada vigilaba las salidas...

–¿No se pensó dinamitar el barrio? –preguntó José, deseando concluir la exposición.

–Aún no se había inventado el explosivo –le desengañó Porras–, si bien hubo algún intento de pasarlas a cuchillo que hubo de impedir el Tatani en persona. Aunque para entonces su autoridad estaba ya muy debilitada, pues se solía poner ciego a mariscos como cualquier tío de medio pelo en una boda, y también se alzaban voces asegurando que Pepe no había existido nunca y que, en todo caso, sería un tonto del culo y que qué iba a legislar nada y mucho menos el asunto delicado de las suegras, quienes seguían dando la barrila desde su barrio, que se ignoraba cómo se las podían arreglar, y que se habían hecho ellas mismas el montaje del Recinto (donde lo pasaban regaladamente) para no dar golpe en casa, etcétera. Pero esto ocurrió en la última época, coincidente con una crisis económica debido a que mermaron las cosechas porque llovió a destiempo y se sucedieron terremotos, forzando a construir todavía más necrópolis, que este área de aquella antigua sociedad, mira por dónde, no sufrió ningún recorte...

El erudito: su novela

—En resumen —dijo Porras—, que me niegan mis enteros descubrimientos que acabo simplemente de esbozarles. Del Tatani no quieren ni oír hablar, y no digamos de Pepe... Y si pudieran, que pueden, cerrarían asimismo los ojos a las necrópolis que he desenterrado con la casi inexistente musculatura de mis brazos, ya que apenas he contado con operarios, pues tengo la certeza de que la parte laboral ha sido consignada para boicotear mis trabajos. Aseguran, por si no bastara, que estoy escribiendo una novela, lo cual es rigurosamente cierto, pero se trata de un mero ejercicio de evasión sin pretensiones y evoca la historia de un pistolero llamado Mac el Suplente, que no roza ni de lejos el tema arqueológico, si bien extrapolo algún extremo, porque todo en el mundo está relacionado. Aparte de que no tengo imaginación y según les estoy hablando me devano los sesos intentando sacar a Mac del atolladero en que yo mismo le he metido...

—Perdone que le interrumpa —le dijo el adalid—, pero no termina de convencerme el apodo que le ha puesto a su héroe. Lo de Suplente no se aviene, a mi juicio, con una novela del oeste. Terrorífico sería más adecuado...

—Su sugerencia me la paso por la piedra. De hacerle caso, estarían ustedes ante un autor de noveluchas de quiosco.

—¿Tiene algo contra ellas?

—¡Las admiro! —reconoció el arqueólogo con absoluta sinceridad—, y por ello me veo incapaz de emularlas. Dejémoslo en Suplente.

—¿Dónde se sitúa Mac? —preguntó José.

—En un saloon, donde ha cometido la imprudencia de pedir un vaso de zarzaparrilla. Sus enemigos, que los tiene por manadas, han aprovechado el recurso para provocarle. Un tópico, lo sé —admitió modestamente—, ya he dicho que no tengo mucha imaginación... Mac ha dejado tiesos a unos cuantos, y los restantes han huido despavoridos del local, aguardándole fuera con refuerzos. El osado ha agotado las balas del revólver y las que llevaba en una canana que le pasaba por las ingles, sirviéndole asimismo de braguero. Y es aquí donde me encuentro bloqueado, al igual que mi protagonista. No

puede salir, porque en el exterior le esperan inclementes. Tampoco me parece factible que se descerraje un tiro, ofreciendo a sus enemigos su sarcástico cadáver, entre otras cosas porque se ha quedado sin munición, aparte de que troncharía las reglas de un relato de este género, y ni siquiera hay cerca un triste cuchillo, según me he preocupado de dejar sentado...

—¡También usted qué descuidado ha sido! —protestó Atilano.

—Es tarde para lamentarse —dijo Porras.

—Puede Mac aprovechar las sombras de la noche para darse el bote —insinuó Melquíades.

—Imposible. Acaba de amanecer y tiene todo un día por delante. No le veo capaz de aguantar hasta el crepúsculo. Sin mencionar que afuera han instalado reflectores, de los que se sienten muy orgullosos en el poblacho, o por lo menos eso dicen, pues ya no hay un solo rincón a oscuras en todo el perímetro ciudadano donde las parejas se puedan meter mano. He dudado de incluir lo de los focos, pareciéndome algo anacrónicos, pero ya no hay remedio...

—Significarán algo muy profundo para usted —dijo José.

—¿Por qué no tira el manuscrito e inicia otro, teniendo esta vez buen cuidado de hacer mover a su personaje al aire libre? —propuso el clase baja.

—¿En una llanura, por ejemplo...? —inquirió el otro—. Es el mismo problema. Mac no tendría mayores posibilidades de escapar que en la taberna. Le cazarían como si nada.

—Hágale morir heroicamente —apuntó José con fatalismo.

—¡Imposible! —rehusó Porras—. Lo necesito para equilibrar mi vida.

—Pero ¿no se da cuenta de que por ahí le tienen agarrado sus enemigos? —aludió el líder a los universitarios con leve arqueamiento de una ceja.

—Soy consciente.

—El desenlace habrá de ser trágico —concluyó el repartidor, después de darle muchas vueltas—. No encuentro otra opción. Pero se puede demorar haciendo introspección, con lo que la narración podría alcanzar dimensiones literarias y hasta es posible que le den un premio. Recorra al monólogo interior, haga que recuerde a su familia, a sus padres, al conejito que alimentaba de niño hasta que lo

desnucaron para comérselo... Porque sin duda usted le ha arrojado a la acción sin reparar en matices...

—El personaje me ha salido un poco plano, la verdad... —concedió su creador.

—¿Ve? Es el momento de largarnos la matraca intimista.

—¡Si es que no sé qué decir! —recoló Porras—. En cuatro líneas he despachado quién es, de dónde viene y por qué menuda y fortuita circunstancia fue arrojado a la peligrosa vida de frontera. ¡Enseguida volvemos a parar a que lo tienen encajonado en el saloon!

—Desde luego —le dijo Melquíades con cariñosa admonición—, buscarse más quebraderos de cabeza, teniendo el problema real de sus fricciones con el aparato académico universitario...

—Lo hacía para distraerme.

—Grave error —censuró el gordo—. Mire —propuso—: que salga Mac como una centella rodando sobre sí mismo, se parapete tras el abrevadero del ganado, el cual sería acribillado por las balas, manando por los agujeros el líquido preciado...

—Le fulminarían —denegó el arqueólogo—. En el exterior hay casi un ejército, disponiendo de ametralladoras.

—Feo —se ensombreció Atilano, y objetó—: ¿No queda un poco cobardica ahí enconchado, sin atreverse a dar la cara y esperando horas y horas a que entren por él y le conduzcan a patadas por la calle polvorienta...?

—Está lloviendo, por lo que dudosamente puede haber polvo —aclaró Porras—. Y no lleva tanto dentro, sino apenas unos segundos...

—¿El tiempo que llevamos hablando no cuenta? —preguntó con gran interés el clase baja.

—La cronología es distinta para la criatura y su autor.

Melquíades adelantó su mentón con aire pícaro.

—Tengo la solución: una trampilla.

—¿Una trampilla? —inquirieron los otros a la vez.

—En el suelo del bar —mencionó el líder—, o detrás del mostrador, o en la trastienda..., donde a usted le salga de la picha situarla, puede existir esta salida. Basta que Mac, el Terrorífico..., perdón, el Suplente, descienda los desgastados escalones, recorriendo el consiguiente pasadizo bajo tierra hasta las afueras, donde le aguardaría su caballo. Montaría en él y se alejaría tan ricamente del pueblo.

Porras meditó largos minutos la posible solución.

–No me convence –dijo al fin–. Es un desenlace por lo bajo, traído por los pelos y, por encima de todo, no se aviene con el carácter de mi héroe, quien no ha rehuído jamás el peligro. Si se tratara de una historia gótica o de capa y espada, pongo por caso, lo del corredor subterráneo sería hasta obligado...

–Mire –replicó Melquíades–, en cuanto al carácter del Suplente, usted mismo acaba de confesarnos que le ha salido sin relieve, defecto que permite cierta holgura, pudiendo Mac ser presentado sucesivamente bajo la luz que se quiera –Porras abrió la boca para protestar, pero el líder levantó la mano–. Por otro lado, nadie en su sano juicio se somete al riesgo de continuo sin sopesar mínimamente las posibilidades de supervivencia. Y los que obran así, no viven mucho...

–¿No? –se interesó el arqueólogo.

–Es posible –tanteó aquél– que no esté usted impuesto de esta regla por haber estado encorvado desde niño sobre polvorientos legajos y volúmenes...

–¿Y si le dijera –el erudito se afirmó en sus calcañares– que he consumido a manos llenas la llamada subliteratura, eso sí, dentro del secreto más estricto, y que vengo acudiendo desde que puedo recordar a un portal donde se intercambian los mejores títulos...?

–Si es así no nos explicamos su atoramiento –dijo José.

Porras pasó por alto el comentario.

–Pero no es aquello lo único que me inquieta. –reveló–. Bien se escurra mi protagonista por la trampa o sea rescatado por una cuadrilla de caballistas amigos que habrían sabido de su situación, galopando sin tregua para liberarle, lo que efectuarían después de copioso tiroteo, modalidad a la que me inclino, ha surgido de mi estro una tal señora O'Mgiggins que no es problema menor...

Experimentaron unánime sacudida.

–¿Una mujer de anteojos –interrogó el líder–, experta en confeccionar tartas de grosella y que anualmente se alza con el galardón al mejor postre...?

Le tocó sorprenderse al arqueólogo.

–¡Ustedes han leído mi novela!

–En absoluto –negó el gordo contra toda evidencia–. Pero estamos ante un caso extraordinario de comunidad de pensamiento...

–¿El viejo y nunca demostrado supuesto de la telepatía...? –se engalló el pequeño.

–Empeñamos nuestra palabra de que no se trata de otra cosa –aseguró José.

–Lo creo –aceptó inesperadamente Porras–. No voy a preguntarles cómo han sabido de esta dama... Aunque les diré una cosa: ¡odio a la señora O'Mgiggins! ¡No la puedo soportar! Ignoro qué puede nadie encontrar de mérito en ella, al margen de las tartas de grosella, que tampoco son mi devoción, ya que las prefiero de nata y chocolate. Me propongo –confesó– hacer que la culinaria se despeñe por uno de los numerosos precipicios de que he llenado la zona... Lo que no sé es si, previamente a su caída en el vacío (una vez resuelto, se sobreentiende, el episodio del acorralamiento de Mac en la taberna), debiera sufrir un atropello. ¿Cogen la idea...? –ironizó.

–No parece mal –reconoció el adalid–. Aunque puede suscitar incredulidad en el lector.

El erudito defendió su idea.

–Emborracharé al atacante, haciéndole además cometer su fea acción en una noche sin luna...

–¿Y la voz cascada de la anciana pidiendo auxilio? –interrogó José.

–Estaría aquejada de mudez, habiéndose pasado horas dándole por algún motivo a la sin hueso. Sólo entrecortados gañidos saldrían de su garganta...

–Es cuestión de que sepa hilar esos extremos –gruñó Melquíades.

103

Muy breve

Se separaron de la barroca fachada desde cuyo edificio se dictaban, indistinguibles, el saber y la ignorancia.

La tarde caía entre remolinos de aguanieve, estimulando a las gentes a acudir a las numerosas conferencias que, en amistosa competencia, eran programadas a la misma hora. Se practicaban deten-

ciones, algunas con pleno fundamento, siendo las otras de carteristas que sufrían los inevitables tropiezos de su oficio.

Insistía Porras, refiriéndose a sus detractores:

—Ignora esa gentualla que soy de la estirpe de los que se crecen ante los problemas. Si lo supieran, me allanarían el terreno. Lo peor —se condolió— reside en los inocentes que arrastro a mi calvario, verbigracia la marquesa, que de triunfar mis tesis (estoy haciendo gestiones en el extranjero) e imponerse el valor de los descubrimientos efectuados en sus tierras, se libraría de sus apuros más que serios.

—¿Se refiere a su hija...? —preguntó José.

Bufó el arqueólogo.

—Se me da un ardite de la joven y lo que haga con el chichi, perdonenme la franqueza. Sobre la madre, y esto es lo que importa, pende un desahucio en toda regla. Un malencarado acreedor la tiene entre la espada y la pared. Preciso momento —añadió con sarcasmo— que ha escogido Aretusa para montar su astracanada con el hijo del de Orozco. ¿Saben ustedes cómo lo viene enfocando la pareja, curiosamente también en la ciudad...? —preguntó—. Según un cable que recibí de la aristócrata ayer mismo, poco antes de ponerme en camino para aquí, la situación se ha complicado.

—En lo que se refiere a Héctor —informó Melquíades—, le pintan dobladas, pues ha dejado que su novia pase por las bravas a manos de Solón, una especie de mentor que no atiende a razones, si bien tampoco cabe esperar excesos del anciano.

—¡Poco temple el del chavall! —recriminó Porras—. Aunque se le disculpa siendo hijo de quien es y que circula en coplas en el pueblo... Parece no obstante más encomiable la actitud del primo, quien, desde que se fugaron los pájaros, se ha dado a la bebida y no se tiene en pie.

—Un punto a favor de Néstor —dijo Atilano.

—Señal de que también la quiere —certificó José, profundamente melancólico ante la riada de amores que desfilaban incesantes ante él.

Se fijó el erudito en su expresión.

—Dilucido que ha sufrido un reciente desengaño...

—El de siempre —el enamorado le quitó importancia.

Porras se frotó las manos para entrar en calor, preguntándole jovialmente a Melquíades:

—¿Y qué cuenta nuestro orondo amigo?

Carraspeó el adalid.

—Soy gordo y, por tanto, ecuánime —dijo—. Mi máxima ambición consiste en ayudar a mis semejantes (no me refiero a que sean obesos), retirándome una vez cumplida mi tarea. ¿Convence? —interrogó.

—Para nada —dijo el calvo—. Su respuesta es tan ñoña que elucubro que algo esconde.

—¿Y qué podría ser? —preguntó Melquíades entre pícaro e indefenso.

—¿Y si yo tuviera la respuesta? —replicó a su vez Porras.

104

Una frase inoportuna, un certificado y unos retazos de infantil memoria

Melquíades se quedó mirando al arqueólogo.

—Mucho me equivoco si nuestro amigo Porras no desea hacerme partícipe de alguna confidencia.

—En efecto —confirmó rápidamente el erudito—. Trabajamos conocimiento en terrenos de la marquesa —le recordó— Mi opinión sobre su persona se basó inicialmente en mis particulares impresiones (obtenidas en momentos en que predominaban otros intereses) y sus propias informaciones de usted, cedidas cicateramente y, me temo, con alguna desviación de la verdad. ¿Estoy en lo cierto...?

—Continúe —dijo el gordo.

Porras se aproximó, sonriente.

—Me interesa mucho como hombre —afirmó.

El silencio repentino permitió oír las diminutas gotas de aguanieve estrellándose en la acera, poniendo sordina al confuso rumor de la ciudad. La cara de Melquíades se puso de todos los colores, a lo que contribuyó la agresiva iluminación de un comercio de cilicios. José expresaba la mayor consternación, mientras el repartidor de ultramarinos se escondía para reír tras una motocarro.

Fue el enamorado quien se atrevió a hablar.

—Si desean tener una conversación privada, Atilano y yo nos apartaremos todo lo más un tiro de piedra. Caso de necesitar ayuda —miró inteligentemente a su amigo—, grita.

El estudioso comprendió el equívoco. Rojo como el color del mismo nombre, farfulló:

—Reconozco que los tiempos que corren exigen extraordinaria cautela conversacional, no sólo eligiendo con cuidado los vocablos sino además situándolos con precisión en el contexto, que viene diseñado de manera primordial por la cultura del oyente.

El adalid consiguiera recuperar el dominio.

—Señor Porras —declaró—, he tenido sumo gusto en volver a saludarle. Le deseo, en mi nombre y en el de mis amigos, el mayor éxito en sus labores arqueológicas y que le prospere feliz su novela del Suplente... Cualquiera día la veremos en los quioscos —y ajamónó una pierna para irse.

—¡Aguarde! —gritó el calvo—. ¿Será tan torpe entendiéndome como yo expresándome...?

José y Atilano tiraban a su jefe de la manga.

—Y saludos a la marquesa, si la ve —agregó éste—, cuya hija nos proponemos encontrar.

—Habrà tiempo de ocuparse de ese chumino loco —dijo Porras, cuyo casticismo les hizo detenerse en seco.

—¿Si será este hombre un incomprendido...? —se preguntaron en voz alta.

—Sin dudarlo —aprovechó para decir el sabio—. Puedo estar apartado del lodazal que son los días del común, pero mi virilidad, pujante aunque callada, no permite discusión.

—¿Posee algo que ampare ese supuesto? —preguntó José.

Porras se hurgó ásperamente en los bolsillos.

—Ahora me alegro de haber conservado el documento —expuso—. En cierta ocasión, hace unos años, efectué un comentario que se consideró picante, extendiéndoseme el correspondiente certificado. ¿Dónde demonios lo habré metido...? ¡Ah, aquí está...! —extrajo un papel muy arrugado.

—Lea —ordenó el gordo.

El calvo se saltó los párrafos iniciales.

—...“Los presentes atestigüamos que el señor Eligio Porras, arqueólogo de profesión (no consta que tenga aficiones literarias) —aquí sonrió con embarazo—, erudito miembro de las sociedades tal y tal..., hallándose reunido en un hotel con los abajo firmantes, participando en una aburrida convención, ahuevó los ojos con repentina avidez en el exacto momento en que un desnudo brazo femenino presentaba desde la cocina por el torno una bandeja de canapés, exclamando al tiempo nuestro hombre con una sonrisilla: ‘¡Vaya, ahora podremos matar el gusanillo...!’; siendo así que no probó posteriormente una tapa, por lo que la citada expresión se considera motivada de manera fehaciente y exclusiva por la torneada superior extremidad de la moza que servía a la sazón en la cocina, a la cual moza don Eligio habría deseado hincar el diente y quién sabe qué más, descartándose de forma taxativa cualquier otra interpretación. El señor Porras, tras ser felicitado efusivamente por sus colegas, recibe de éstos el presente certificado, para los efectos oportunos... En la localidad de tal..., a fecha de tantos..., del año no sé cuántos...”

El arqueólogo alzó la vista.

—Tiene suerte de haber llevado eso encima —rezongó Melquíades.

—Lo que quería decirle antes de la bonita confusión que ha propiciado que mostrara mi certificado de que de sarasa, nada —siguió Porras—, es que abrigo sobre usted un interés diríase que profesional, y que su personalidad aparente se superpone a la verdadera. ¿Desea confirmarlo...?

Al adalid le vibraron apasionadamente las gorduras.

—¡Hora es ya de quitarme, por lo menos parcialmente, el fardo! —gimió—. ¡Contaré lo que no he contado a nadie, moldeando la historia verdadera cuya almendra he conseguido hasta el momento substrair a mis amigos, de los que ignoraba cuál sería su reacción y ante quienes no deseaba avergonzarme más de lo debido!

—Adelante —invitó el erudito—. Si acaso, matizaré algún extremo por mi parte, pues estoy en condiciones de ello.

El gordo le miró con atención.

—Pues resulta —comenzó abruptamente— que, lejos de provenir de unos padres avenidos, como he permitido que se crea, soy fruto en realidad de la seducción de mi madre por un malandrín cuya

identidad ni siquiera he llegado a barruntar. El que pasaba por mi padre lo era putativo, accediendo a encubrir la infamia de su cónyuge, con entera probabilidad a cambio de dinero. Sea como fuere, por las noches rechinaba amargamente, mientras la bendita mujer que le endilgaron solicitaba incansable su perdón, sin privarse de titularle de cornudo, lo que mi pequeñez de pocos años escuchaba desde mi cuarto, grabándolo indeleble en la cera virgen de mi alma.

—¿Quién sería tu padre, Melquíades? —preguntó José, más ganado de curiosidad que de otra cosa.

—Ya he dicho quién no era —repuso el amigo—. Si el bragazas que me diera su apellido se hubiera avenido con el apaño, mi infancia habría sido la gozosa de otros niños. Pero se interponía el fantasma del dinero, el que, dicho sea de paso, prometieron entregarle y no le dieron y del que tan necesitados estuviéramos, lo que traza indirecto perfil —respondió al soñador— del auténtico responsable de que yo esté pisando el mundo y que ya digo que no tengo puñetera idea de quién pudiera ser.

—¡Toma! —dijo Atilano.

—Mi madre pagó largamente su desliz, abonando éste yo también, pues en los distintos oficios en que me embarqué posteriormente (y esto sí que lo saben mis amigos), fui sujeto paciente de malsanas bromas, cuchufletas, ignominias..., que quienes venimos de donde yo procedo parece que lo llevemos escrito con letra redondilla en plena frente. ¡He querido ocultar al universo estos orígenes inadecuados!

—Se comprende por qué te lo has callado —le compadeció José.

Caía la noche como el telón en un teatro.

105

Luz sobre los retazos de infantil memoria

—Me toca completar la información —avisó Porras—, rectificándola sutilmente en algún punto. Ha nada, he tenido acceso a un documento (es lo normal en mi caso) que ofrecía fundadas evidencias sobre el pasado de nuestro redondo amigo, acerca de su nacimiento y otros hechos aún peores que le sucedieron... Sus progenitores —le dijo al adalid— han muerto, como se sabe. Me refiero a su padre

honorífico y a su madre genuina. En cuanto al que le engendró a usted en la última... –titubeó.

Melquíades sudaba por todos sus poros.

–¿Quién soy yo, fehacientemente...? –imploraba.

–¿Quién es él? –apoyaron al unísono José y Atilano.

Porras aguardó unos minutos antes de pronunciar, solemne y sentencioso:

–Es el hijo auténtico de un perdis adinerado recientemente fallecido.

Trastabilló fuera de la acera el gordo, pitándole una furgoneta.

–¡No! –exclamó.

–¡Sí! –pareció ensañarse el arqueólogo—. ¿Y sabe lo que dijo minutos antes de morir...?

–¡Dígame!

–Yo también lo ignoro –confesó el erudito—. Se lo preguntaba por si acaso le habían llegado noticias, nunca se sabe... Así me habría hecho el cuadro completo... En cualquier caso, sé lo que expresó, no en los minutos previos a rendir cuentas a Quien apunta nuestros actos en Su celestial libreta, sino escasamente una hora antes de su óbito.

–¡Manifiéstelo!

Porras estudió la cara de Melquíades.

–¿Está seguro de querer saberlo?

–Si él no quiere, nosotros sí –aseguró Atilano.

Atravesaban una plaza como haciendo el paseílo. Enunció el calvo:

–Su padre dijo con lágrimas en los ojos...

–¡En el fondo me quería...! –sollozó el líder.

–Lloraba de risa –le desengañó Porrás—. Y conforme se apagaba el soplo en ese cuerpo que disfrutara de lo lindo, rememoraba en alta voz los mejores trances, que corrieron a cargo de su madre, don Melquíades, no sólo previamente, sino con posterioridad a las nupcias con el cornudo, y esto último sin duda lo desconoce usted. Lo que viene ahora es muy serio –dijo el erudito sin poder contener la carcajada—. Todos los fines de semana, según su falso padre se dirigía al bar a jugar al dominó (donde le acogían con sonrisas sobre cuyo significado no es preciso romperse la cabeza), el auténtico en-

filaba hacia su casa. Su madre le encerraba a usted en el cuarto de baño, entendiendo por tal un mechinal con un barreño donde le permitían criar ranas en verano, posiblemente la única diversión auténtica que ese niño poseyera...

Aquel cuya infancia se sajaba tan a lo vivo semejaba manteca puesta en la sartén.

—¡Mi madre transgredida a la hora del dominó todos los sábados! —articuló.

—Y domingos —completó Porras—. Mientras el coronado se ocupaba en su partida y usted jugaba en el barreño con las ranas, por lo menos en la canícula, que en invierno se entretendría lamiendo los carámbanos, afuera del excusado sus padres, los verdaderos, se la daban con queso al que figuraba con este título en los papeles, baldón que se sumaba al de que no se le pagara la cantidad comprometida, al menos en dinero, ya que en especie era retribuida a manos llenas la que le llevó nueve meses en su seno. Con el tiempo, ingresaría usted de botones en un banco...

Melquíades se desgarraba.

—¿Cómo conoce bellacos pormenores que yo mismo ignoro...?

—Aparte de que lo sabía todo el barrio, ya he dicho que su padre se mostró locuaz sobre el extremo en su lecho de muerte, siendo sus palabras recogidas en el mencionado opúsculo que he localizado de manera fortuita...

—¿Era calumnioso...?

—No.

—Siga.

—...El cual, aparte de lo dicho, contenía elocuentísimos detalles libidinosos que me niego a referir y que alguien intentó disimular poniendo de encabezamiento un poema inédito, escrito de su puño, de Gustavo Adolfo Bécquer, que quemé junto con el documento en un ataque de pudibundez, siéndome la poesía reclamada de manera perentoria desde el ámbito universitario, adonde llegaron noticias del evento. Preciso es reconocer —arguyó— que no les falta razón a titulados y doctores al acusarme de haber hecho retroceder una porrada la exégesis literaria nacional, ya que los versos eran absolutamente imprescindibles para, salvando la valía del poeta, que no se pone en solfa, comprender algunas mariconadas que se han

pergeñado recientemente en nuestro país en el campo de la novela, y no hablo de la poesía porque ya es para mearse...

—¿Quién escribió el opúsculo? —se interesó el de ultramarinos.

—Estaba sin firmar.

—¡Siempre una zona en penumbra! —se lamentó José.

Porras llenó sus pulmones de aire.

—Son curiosos los avatares que sufrió el testamento de su padre, de los que hablaré en seguida. Pero antes le diré que terminó siendo dictado a su favor, mi caro amigo, correspondiéndole una cuantía no desdeñable, aunque sus rentas no le alcanzarán para vivir el resto de sus días en un lugar paradisíaco, frente al azulado mar y sosteniendo un refresco helado en la diestra, mientras indígenas precariamente ataviadas pero inocentes de lo mismo (que es lo goloso) permanecen atentas al menor deseo del beneficiario... Perdónen si me he ido un poco por las ramas —dijo Porras, sudando a pesar del frío.

—Una pequeña digresión no viene mal —dijo Atilano.

—¿Parece, pues, que la complete...?

—Está en su legítimo derecho.

—Sólo dos rasgos: las nativas mencionadas cimbrearían su cintura al son de unos tantanes, que vendrían a saber de dónde, y el del refresco, eventualmente Melquíades, las miraría un tanto aburrido, porque lo poco agrada pero lo mucho enfada. ¿Hace...?

106

Un testamento

—Mientras acontecía la agonía de su padre —continuó Porras después de aclararse la garganta—, y enterados de ella, unos hermanos suyos galopaban a toda prisa para conseguir llegar a su extinción, pues tenían fundadas esperanzas de hacerse con los roídos restos de la fortuna del moribundo...

—¡Mi herencia! —Melquíades le hizo un corte de mangas a la noche.

—La redacción de la última voluntad de quien apurara la vida a grandes tragos —matizó, ceñudo, el arqueólogo— estuvo en un tris de ser cambiada, ya que nada más testar a su favor el desahuciado quiso retractarse... pero con la mala fortuna (para él) de que entrara

inmediatamente en coma. Así que déjese de baladronadas y demasiado que tiene con que al final la balanza se haya inclinado a su favor.

—Lo siento.

—Aunque finó el menda sin conseguir desposeerle (de haberlo hecho, sobraría mi discurso), sí logró verbalizar su convicción de que su madre de usted jamás dejó de ser una cachonda, comentario efectuado con la idea de que, andando el tiempo, llegara a oídos de su hijo por la vía que fuera. Y lamento ser yo el triste vehículo de este juicio adverso, que me hace acreedor de las merecidas tortas que me llueven, con toda justicia, en este instante...

Melquíades se cansó de golpearle.

—Nada más exhalar el último suspiro —agregó Porras—, entraron por la puerta los hermanos, unos tales Jeremías y Dorimedontes que no les sonarán, pero que si todos nosotros fuéramos personajes de novela ya se habría preocupado el autor de presentarlos al lector en alguno de los capítulos anteriores...

—Esto es la vida —le llamó al orden fríamente el adalid.

—Se trata de una especie de buitres —reveló el arqueólogo— que van detrás de la carroña. Y no quiero decir que usted lo sea, sino que persiguen su dinero depositado en un banco aguardando a que sea reclamado.

—¿Qué pasó con los hermanos? —interrogó Melquíades.

Se animó el erudito.

—Aquí viene cosa buena —dijo—. En cuanto entraron a la habitación y vieron a su hermano muerto (con el que estaban enemistados, dicho sea de paso), lo primero que hicieron fue registrar la casa y cachear a la criada.

—¿Una criada...? —inquirió el gordo.

—Prestaba sus servicios, los que fueran, en el domicilio de su padre. Sospecho —reflexionó Porras— si no sería ella la autora (y protagonista) del opúsculo que quemé y del que he extraído toda la información, el que venía prendido con la poesía del bueno de Gustavo Adolfo... Pero como decía, habiendo ocurrido una defunción, siendo costumbre coger lo que se pueda antes de que lleguen los parientes, aunque muchas veces son los mismos familiares los que

arramblan..., los tíos registraron minuciosamente a la criada y todos los rincones de la vivienda.

—Yo también lo habría hecho —apoyó Atilano

—¿Era la única razón descubrir si se llevaba algo? —preguntó intuitivamente Melquíades.

—Lo que en realidad buscaban era el testamento ológrafo (esta palabra se puede escribir también con hache), que se maliciaban no les daba como beneficiarios, lo que en efecto fue. De haberlo encontrado, lo habrían destruido...

Se interesaron, ávidos.

—¿Y dónde estaba? —inquirió el adalid.

Porras se quitó un imaginario sombrero.

—Aquí—dijo— hay que rendir tributo a la diabólica previsión de su progenitor. Temiendo la aparición de sus hermanos, tuvo la ocurrencia de tatuar personalmente su postrera voluntad en los glúteos señeros de la sirvienta. Y ello con el fin de que se salvara el testamento (aunque al minuto siguiente su autor intentara invalidarlo, como ya he contado: ¡qué agitadas tuvieron que ser las postrimerías de este hombre!). Por tanto la criada, a pesar de que fue dejada en bolas por los hermanos, pudo marcharse sin más particular...

—¡Un momento! —protestó Melquíades, a quien superaba el volumen de información que daba Porras—. ¿Pretende que me trague eso? De haber hecho mis tíos lo que dice, se habrían dado de manos a boca con lo que buscaban...

Sonrió el arqueólogo, sin dejar de sorprender.

—Buscaban un papel. Además había poca luz, y Jeremías y Dorimedontes, aunque unos lince para los negocios turbios, son los dos cortos de vista. Les llamó la atención lo que tomaron por lunares, ciertamente en fila y ordenados, que lucía la doncella (según una acepción del diccionario, la que deseen ustedes) y que era en realidad el testamento.

—¡Su señor padre era un torero! —dijo Atilano a Melquíades, rendido de admiración—. De no contar don Porras que es usted su hijo, me sería imposible de creer.

El erudito cabeceaba, benévolo.

—La chica tenía sus instrucciones, cuales eran en primer lugar salvar el tatuaje y, a continuación, sacarle una instantánea con el obje-

to de que quedara fijado en un soporte más adecuado y presentable. Ella, de probada lealtad, lo que no es moco de pavo con lo que circula por ahí, se fotografió los renglones en una cabina de estación, en la que por algún motivo se hizo una cola kilométrica de varones, expidiendo seguidamente, como prometiera, los positivos al sobredicho banco que guarda asimismo el dinero de la herencia. ¡Los hermanos quedaron burlados y únicamente la muerte de Melquíades les posibilitaría entrar en posesión de la fortuna! —concluyó, triunfante.

—Gozo de excelente salud —afirmó el líder—. Y le agradezco que me haya puesto en antecedentes de una suma que, de lo contrario, no cobraría. Aparte, claro, la cuestión sentimental. Me pregunto —pensó— por qué actuaría la criada en mi beneficio, habiendo asistido al intento de mi padre de invalidar el testamento y siéndole leal, como se ha explicado...

—A usted qué más le da —dijo Atilano.

—Debo hacerle una pregunta —inquirió el calvo—: ¿ha notado últimamente movimientos envolventes en torno a su persona...?

—Siempre hay movimientos envolventes en torno a cualquiera —respondió el orondo.

—Precisaré más: ¿se le han acercado con malévola intención...?

—A todo el mundo se le acercan así constantemente.

—Veo que tiene un concepto pesimista de la vida —repuso el arqueólogo.

—¿Usted, no?

—Yo, de vez en cuando, veo una lucecita.

José recabó repentinamente la atención.

—Alojándonos con la marquesa, ésta fue asaltada en su cuarto. Ahora pienso si no estaría Melquíades en el punto de mira...

—¿Quieres decir...? —palideció el amigo.

—Sin contar —añadió éste— el tiro que te descerrajaron conforme dejábamos la dilecta compañía de Sito, el albañil, su madre doña Petra, el primo Rogelio, la pitonisa y esa especie de semifulanas que andaban a la gresca por los amores (los llamaremos así) del primero.

—¿Le dispararon? —preguntó, alarmado, el arqueólogo.

—Casi se me llevan por delante —el líder mostró la cicatriz, aún tierna, de su oreja.

El erudito pensaba a toda prisa.

—Su caso —le dijo al gordo— ha llegado a tal extremo que me encuentro en el dilema de si concederle prioridad o bien ir a lo mío, de lo que depende estrictamente el porvenir de la marquesa. ¿Quién podría aconsejarme...?

107

Un primo. Su propuesta

Un individuo sorteaba el tráfico, insensible al sonido de los cláxones.

—Un infeliz caído bajo las garras del alcohol —dijo Porras.

—Cuánto se parece al sobrino de la marquesa —comentó Melquíades.

—Y tanto —corroboró José.

—Como que es él —certificó Atilano, el de mejor vista de los cuatro.

Le guiaron.

—¡Por aquí, Néstor...!

—¡No se rinda...!

El joven consiguió hurtarse indemne a la avalancha de furibundos conductores.

—A poco no lo cuento —sonrió, beodo.

Porras le despejó de un tremendo bofetón.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó acto seguido.

Respondió aquél, remiso:

—He de ocuparme de un negocio.

—Su prima, ¿eh? —inquirió José.

Néstor le miró con fijeza.

—Así es —admitió tras leve vacilación—. He venido siguiéndoles el rastro a los amantes (¡qué dolor me provoca el sustantivo!), dando con el lugar donde se encuentra Aretusa retenida por Solón. Estoy al cabo de la calle de lo que ha venido aconteciendo... al menos externamente.

—¿Ha tropezado con Héctor? —quiso saber Melquíades.

Néstor se mantuvo como una esfinge.

–¡Qué poco tacto, joder! –riñó el hombrecillo al adalid–. ¿No ve que sigue enamorado...?

Se disculpó el otro.

El primo no pudo contener más su emoción.

–Solicito sus refuerzos para una operación en toda regla.

–Estamos a su completa disposición –exageró Porras.

–Habremos de verlo –dudó Néstor–. Mi propósito es rescatar a Aretusa y entregársela a su madre, quien se me muestra favorable y no reparará en quebrantar la voluntad de su hija. Como ven, señores, me expreso con claridad destilada de mi embriaguez y de la que quizá algún día me arrepienta... Estoy ahora mismo conchabado con una jamona que, instada por Solón, les proporciona la comida a través de la gatera del cobertizo en que se encierran, colindante a un pío colegio de huerfanitos. El anciano ha prometido que al que asome la cabeza se la vuela como una sandía. Ya ha hecho saltar varias por los aires...

–¡Qué horror! –exclamaron.

–No es para tanto –se sorprendió el joven–. Con unos manguerazos queda luego la acera como un espejo.

–¿Cómo puede hablar así? –censuró José con un gemido–. Serían personas con sentimientos, que llorarían, reirían, tendrían ilusiones...

Néstor esbozó una sonrisa.

–Me temo que hay un equívoco. Lo que se limpia es la pulpa de las sandías que los huérfanos colocan en ringlera para incitar a Solón a ejercitar su puntería.

–¿Sandías en esta época del año...? –preguntó una vocecilla muy sensata.

Pasaron la noche en una alcantarilla.

108

Un orfanato. Una pareja racial de cuerpo entero

Los niños del orfanato jugaban en el patio, sus manos y entecas piernas amoratadas por el frío. Ojos pitañosos enterrados en violáceas cuencas, sobre afilados y encendidos pómulos que caían a pico por mejillas escareadas, las cuales se cerraban en buidos maxilares y un cuello como el del inerte pollo sobre el mármol del mostrador

en el mercado. Los cóncavos y deprimidos tórax se protegían con camisetas de borra de animado color gris, completando el uniforme un pantaloncito corto de otra gama del mismo color, mientras los pies se hundían en un torbellino de lo que a primera vista parecía una bota y que una segunda mirada no se decidía a confirmar.

Un montón de trapos vocacionalmente esférico rodaba sobre los guijarros del solar convertido en patio de recreo, impulsado por las descritas extremidades inferiores, al tiempo que emitían las gargantas sonidos guturales en la frontera del idioma. De vez en cuando, se levantaba una piedra del suelo y era proyectada hacia alguna de las peladas cabezas, brotando entonces el alegre matiz de un rojo suave. Roncos alaridos comunicaban su vigor a la mañana.

Al sonar el silbato, los jugadores recogieron su pelota y formaron apretadamente en filas, entrando al edificio a recibir las clases. Con el patio vacío y silencioso, descendieron los cuervos que aguardaban en el alero por su ración de cuajarones.

Porras, Néstor y los otros se asomaron con prevención por un lado de la tapia del solar, al otro extremo de la cual y paredaño se situaba la casucha donde permanecían Aretusa y el anciano, cuya presencia quedaba señalada por la triturada médula bermeja y el oscuro verde hecho pedazos.

–Se encuentran en ese cobertizo –informó el primo.

–Por allí asoma una escopeta –alertó Melquíades.

Instintivamente, agacharon la cabeza.

Néstor decidió animarse con un trago. Fundiendo sus labios con el gollete de la botella que extrajo de un bolsillo, la apuró, quebrando luego el recipiente contra la esquina en un gesto que creyó muy varonil.

–Si recuperamos a Aretusa –le susurró al erudito–, ¿sería tan amable de contarle, como al desgaire, este ademán...?

Prometió Porras.

–¿Dónde vive la jamona que ha mencionado? –preguntó a continuación.

–¿Ve aquella casa coquetona más allá del cobertizo? –la señaló el dipsómano.

–¿La que adorna sus ventanas con unas cortinillas de flores amarillas tras los cristales relimpios?

—Ésa.

—¿A qué esperamos? —avivó Atilano—. Ella podrá decirnos qué se cuece.

—Advierto que su marido es hombre atrabiliario...—dijo Néstor.

Rodearon encorvados la tapia del colegio de huérfanos, pasaron reptando por la cabaña de su interés y se situaron frente a la puerta aludida, donde se irguieron, fuera ya del ángulo de tiro. Néstor llamó con los nudillos, que primero blanquearon para inmediatamente ceder a un tono más intenso.

Salió una mujer secándose las manos en el mandil.

Era de estatura mediana, proporcionada por doquier y adecuadamente redondeada, deduciéndose con facilidad lo meritorio restante. Su cara era ovalada, y dividía su melena negra en sendas crenchas relucientes que, por delante, destacaban el imponente camino hacia sus pechos.

La saludó Néstor.

—Hola, Gallarda. Te presento a estos amigos —mencionó sus nombres—. ¿Cómo está el anciano? —preguntó.

—Regular —respondió ella—. Le he tenido que mezclar unos polvos en el desayuno.

Gallarda vació una palangana en abanico a escasos centímetros de los visitantes pies. Brincaron, juguetonas, sus mamellas.

Porras tomó la iniciativa.

—¿Cree usted que Aretusa corre peligro?

—El que ella quiera —contestó Gallarda sin dudarle.

Melquíades no quedó conforme. Recabó su atención adelantando levemente el índice.

—Señora...

De dentro salió una voz tonante.

—¡Como me vuelva a tocar a la Gallarda, salgo y le secciono la bolsa del escroto!

El líder se inmovilizó como una estatua.

Replicó ella:

—¡Qué hombre! ¿Es que no se me puede hablar con educación?

—¡A ti el único que te habla soy yo! —enfaticó la misma voz, cuyas postreras sílabas de la frase se oyeron próximas, señal de que el marido avanzaba hacia la puerta.

Se situó en la calle un sujeto menudo y feo, que le llegaba a su mujer a las domingas, motivo éste de haberla él elegido años atrás, forzándola a la orilla del río conforme hacía la colada. La Gallarda le admiraba desde entonces.

—Buenas tenga usted —se apresuró a decir Melquíades, restañando una gota de sudor, gruesa como una ciruela, que le resbaló desde la sien.

—¿Y por qué tienen que ser buenas? —amenazó el otro.

—Serán como guste —concedió el gordo.

—¿Y qué razón hay para dármela? ¿No se posee criterio personal?

—¡Pero que coincide con el suyo...! —el adalid se defendía como podía.

El marido abandonó el vano de la puerta.

—Hay dos cosas que no permito ni por lo más sagrado —le espetó a Melquíades a la cara—. Una, que me vengan a magrear a la Gallarda...

—¡Pero qué dirás...! —protestó ella, rutinaria.

—...La segunda, vacilarme sobre cuestiones de mi convencimiento. O sea, y a ver si termino de explicarme para que no se me quede el personal dudoso, que si yo manifiesto una cuestión hay que ser tan hombre de sostener la contraria, a no ser que se reflexione idéntico a un señor —y se señaló a sí mismo con el pulgar.

—Yo pienso como usted... —farfulló Melquíades.

—¿Y qué se sabe de lo que yo pienso...?

—Me lo imagino.

—¡Se lo imagina! ¡El mantecas dice que se lo imagina...! —pidió tácito asenso a los demás.

La Gallarda acabó lo que venía haciendo y dijo:

—Métete, Cristino, que te he puesto el tabaco en la repisa.

Entró con su jamona.

109

La hija de la marquesa. Bebiendo anís

Aretusa salió del cobertizo hacia ellos.

Juzgándola retenida por la fuerza, hubo la lógica sorpresa.

Al ver a su primo, exclamó:

–¡Tú!

Néstor se estremeció, moviéndosele mucho la nuez de la garganta. Sus brazos se balancearon como manecillas rotas de un reloj. Las puntas de sus zapatos tendieron a juntarse, divorciándose en consecuencia sus talones. Y su torso se hundió como una falla en el terreno.

–Yo... –gaturó.

Preguntó ella:

–¿Qué haces aquí?

Néstor miró oblicuamente a los lados.

–Ya ves...

–¿Está contigo Héctor?

Su interés fue un mazazo para Néstor.

Asomó Gallarda. Aretusa informó que Solón tenía fiebre.

–Un hombre tan mayor no debía andar triscando por ahí –sentenció la jamona.

Repuso la otra:

–Yo le cuido.

Aretusa fue invitada a entrar en casa, y volvió a salir con un bol humeante destinado al enfermo. Pasó junto a ellos como si fueran invisibles y desapareció nuevamente en el interior del cobertizo.

No sabían muy bien qué hacer.

Les llegó del interior la voz de Cristino.

–... ¡Que si los señores no se soliviantan, se pueden pasar a beber un anisete!

Se iluminaron los rostros como ante el triunfo de un principio moral.

–Aquí mi casa es la de mis congéneres y amigos –señaló el hospitalario, ofreciéndoles asiento–. Sólo está el templo de la Gallarda, que mientras me lo honren y respeten podrán situar su presencia en mi morada. Usted, el gordo..., ¿lo entiende o se lo tengo que apuntar en la cara?

Melquíades aseguró que su vida se regía por semejante premisa.

–¡Gallarda, el anisete!

La mujer puso la botella sobre la mesa. Dijo él:

—No te tomo posesión ahora mismo en presencia de los invitados, sobre todo y principal porque el mantecas se me puede declarar en rebeldía.

Melquíades porfió en que sus intenciones eran rectísimas. Escanció el otro.

—Beban o me están desafiando.

Dieron un sorbito; Atilano embuchó el licor de golpe.

—¡Así beben los hombres! —aplaudió Cristino—. Chóquela —le dio la mano—. ¡Una segunda y porque a mí me da la gana!

—Esto resucita a un muerto... —el adalid repitió la frase leída en algún sitio.

—¿Y qué parece la Gallarda...? —le preguntó aquél.

—No la he mirado.

La cara de Cristino se ensombreció.

—¿Que no la ha mirado...?

—Lo imprescindible.

—¿Y qué significa eso...? —se levantó, escupiéndose las palmas.

Atilano acudió en ayuda de su amigo.

—Lo que quiere decir es que no se ha deleitado oteando la muchedumbre de expansiones que posee su meona. O sea, que se la lanzaría como un cabrón, pero que por respeto a su idiosincrasia de usted y también de la Gallarda se sostiene los machos y se aguanta.

La respuesta satisfizo mucho a Cristino.

—¡Como no se explicaba el compañero...! —volvió a sentarse.

Melquíades se disolvía en sudor.

—Pues que se me ha metido en el caletre —comentó el anfitrión— conocer en qué consiste lo de la cabra loca.

—¿Perdón...? —inquirió el líder.

—La que vino con el viejo.

Volvió a explicar el clase baja.

—El furioso es algo así como su padre, del que temíamos si no se arrancaríamos rijosamente... Don Porras —le señaló—, cuya sabiduría no cabe entera en un rollo de retrete, guarda amistad con la madre de la chica, mientras el cual —aludió a Néstor— es primo y la pretende, equiparándose a un Héctor que es el novio genuino, que en este preciso instante se encuentra en viaje de negocios. Nosotros —mencio-

nó consigo a Melquíades y José— somos amigos de lo presente y lo que caiga.

—Como el agua —se aclaró Cristino—. Pero ¿quién se la trajina?

—Éstos no quieren otro trabajo que remitirla al buen camino.

Chascó el otro los labios, volviendo a servir de la botella.

—Pues la cabra está para romperla —reflexionó, añadiendo—: No he visto tantos mermados juntos en un metro cuadrado, con la salvedad de usted de allí —le dijo a Atilano—, que ya veo que le tienen que sujetar. ¡Si yo hubiera hecho como ustedes, todavía seguiría la Gallarda laborando en el río!

Dijo ella, que no andaba lejos:

—Están hechos de otra pasta.

—Si son de la multinacional del espectáculo, no tengo nada que decir —concedió el marido—. Lo que es a mí, a la menor se me encabrita...

—De lo tuyo no hay trazas por el mundo —le halagó su mujer.

—Que mi madre rompió el molde, ¡vaya!

José rebulló en su silla de anea.

—¿Su madre...?

—¡Y además, conchabada con mi padre!

No entendieron a qué se refería.

Néstor vacilaba.

—No sé si debiera acudir con Aretusa...

—¡Cojones de marica de hombre...! —exclamó Cristino—. ¡Vaya y se la mete hasta la bola!

—Tiene novio, Cristino —le advirtió la Gallarda.

—¡El que está es el que está! —protestó él.

Melquíades quiso contribuir a la charla.

—El ausente es joven remiso y ha sufrido...

—Sepa que le vigilo, don Gordo —avisó el marido de la jamona—. Que me da que si le autorizan, tira al monte...

El erudito se ocupó ahora de asistir al líder.

—Excelente persona —explicó—. Pero acarrea un problema del que no tardará en quedar exento.

—Ofrezco mi concurrencia —dijo Cristino, aleteando con un brazo—. Si se trata de partirle la identidad a un patas, ocupo yo la primera de platea. ¿Se comprende o lo tengo que ilustrar...?

Nadie manifestó dudas. La botella se rendía sobre la mesa.

—¡Gallarda! —gritó el marido—. ¡Marchando otra, que éstos chupan del anís como si fuera tu teta!

—No hay —repuso ella.

—¡Pues se pinta! ¡En mi casa la hospitalidad se consume o corre la sangre! ¡Acuérdate del río, que te actúo pero ya delante de esta gente...!

La mujer salió a comprar otra botella.

110

De amor y muerte (o al revés)

Oyeron afuera veloces y menudos pasos sobre el firme.

La puerta se abrió de golpe, presentándose Aretusa.

—¡Se muere...! —gritó.

Rebulló el común de posaderas.

—¿Quién se muere? —preguntó innecesariamente Melquíades.

La joven se sujetaba con desesperación las manos. Como no encontró a la de su sexo, volvió a irse.

—Parece que la espicha el viejo —murmuró Cristino.

Entró la mujer con el anís. Lo depositó de un golpe seco sobre la mesa y se ausentó de nuevo.

—Ya se ocupa la Gallarda —dijo el marido—. Si ella no le devuelve el resuello, es que el miserere no tiene solución.

Atilano quitó el tapón de la botella y llenó los vasos.

—Salud.

—Por el viejo —le respondió Cristino.

Del cobertizo, atravesando los escasos metros, llegaba el dolor de Aretusa por Solón.

Entró Gallarda.

—Acaba de irse —señaló, y cogiendo a toda prisa unos trebejos desapareció por tercera vez.

Se sentían culpables.

—Probablemente seguiría vivo de haber permanecido en su lugar —dijo José.

El anfitrión sirvió otra ronda.

–Por lo menos se ha largado dando guerra. Yo le tengo dicho a la Gallarda que el día que deje de estorbar me señale la puerta. ¡Y que no lo haga...!

La segunda botella era duramente acometida, confiriendo a la reunión un carácter algodonoso. El planto de Aretusa contrapunteaba adecuadamente la charla, que no tardó en inscribirse a voces.

–...Es como si yo no mando en el hogar –le decía Cristino al líder– y usted se propina como el director de la entidad...

–¿De qué habla...? –inquirió estropajosamente éste.

–¡De mi propiedad y mi casa! ¡Y principalmente y sobrenadando la Gallarda...!

–Tiene usted más razón que solicitudes su comadre.

Al otro le gustó lo dicho.

–Ya sabe que le tengo vigilado.

Chocaron vasos.

Gallarda trajo de los hombros a Aretusa. Le dijo a Néstor:

–Aquí le dejo la chica a su encomienda, que en definitiva es usted su pariente más cercano.

El joven se levantó y abrazó a su prima, que enterró el rostro en su pecho.

Cristino dirigía a Néstor violentos cabezazos que el segundo no atinaba a comprender. El dueño de la casa terminó por exclamar:

–¡Es un inocente de marca y estipendio...!

Dijo Gallarda:

–Hay que traer a un funerario.

Se incrementó el sentir de Aretusa.

–Desahógate –formuló el primo, solemne.

Cristino observaba calculador la escena.

–No, si al final cobrará más por el método indirecto...

–Con ellas, no hay como decir éstos son cuartos –expresó Atilano–. Pero si le añadimos un poco de barniz...

Llamaron a la puerta. Abrió Gallarda.

Se dibujó a contraluz una figura conocida de la mayoría de los presentes. El silencio avisó a la desdichada de que algo desusado acontecía y levantó la cabeza del torso de su primo.

–¡Héctor...!

El mentado tardó en responder unos instantes.

–No sé si llego en buen momento...

La joven se despegó de Néstor.

–Acaba de morir Solón –informó.

Héctor era inflexible roca.

Aretusa contenía las lágrimas, aunque sentía como nunca necesidad de verterlas.

Oportunamente, y con el instinto de los suyos, asomó un señor de negro con sombrero de copa.

–Se da sinceramente el pésame –saludó–. ¿Dónde se encuentra el luctuoso...?

Gallarda acompañó al de la funeraria. Cálidas lágrimas fluyeron por la cara de Aretusa hasta el mentón.

En el alma de Héctor se libraba dura lucha: acababa de encontrar a su adorada en brazos de su rival...

En escasos segundos se decidió el futuro. El enamorado dio un paso al frente, aferrándola con tenaz sentimiento posesivo. Se encogió el primo, quien miró implorante alrededor.

Cristino se hizo del partido del ganador.

–Ahí atrás tienen el cuarto –ofreció.

Héctor y Aretusa no le oyeron, abismado cada cual en el contrario.

El primo, desfondado, hundido, tuvo empero arrestos para arrebatar con furia la botella.

111

El muerto, al hoyo... Los pesquisas

Solón fue sepultado el mismo día, a las cinco en punto de la tarde, al tiempo que una espiral de sangre y de violencia asolaba una región remota del planeta.

Héctor se responsabilizó del gasto, que apuntó en una cuenta secreta de su padre de la que le informó la funeraria, muy versada en casos similares. En todo momento estuvo pendiente de Aretusa, su brazo derecho sobre los hombros de ella, deferente actitud que le ocasionó calambres.

Melquíades, José y Atilano estuvieron dignamente a la altura de las circunstancias, en lo que no fueron a la zaga Cristino y la Gallar-

da, el marido con corbata negra y traje marrón encogido por los lavados. Porras intentó leer un panegírico del muerto, parafraseado de una antigua inscripción funeraria que sabía de memoria. Lo impidió el sepulturero.

El sacerdote bendijo apresuradamente el túmulo y se esfumó entre las lápidas, mostrando elocuentemente las canillas.

Néstor había desaparecido llevándose la botella de anisete. Dejará nota escrita, pero con tan mala letra que ni siquiera el erudito supo descifrarla. Su prima, aun en medio de su tribulación, tuvo todavía capacidad para compadecerle.

—Pobre Néstor...

¡Pero la vida volvía a llevarla sobre su grupa!

José tuvo el prurito de expresar a la salida del cementerio:

—Deberían regularizar su situación.

Se turbaron los jóvenes.

Héctor expresó que Covadonga aguardaba con ansiedad su regreso. La dama no había dejado ni un segundo de prestar su apoyo moral, localizando —paralelamente a Néstor— el domicilio de la joven, que se apresuró a revelar a su protegido.

—Vamos pues todos allá —propuso Melquíades.

Cristino y Gallarda se despidieron.

—Y usted, ojo a la próxima, que esta vez se ha salvado de milagro —amenazó el primero al líder.

—Que su Gallarda conserve tan apetitosos sus emolumentos —deseó Atilano.

—Se intentará.

De camino, peroró Porras apuntando a la pareja:

—Mis estudios de las civilizaciones desaparecidas concluyen invariablemente en que al final todo se arregla, si bien el apaño suele dejar a alguien descontento. Este papel le ha correspondido al bueno de Néstor, que a saber que hará a partir de ahora... Esos dos se casarán, ¡qué remedio!, y habrá que convencer a la marquesa. El señor de Orozco es otro cantar... ¡Si no hubiera trascendido lo de los pololos!

—¿Y Covadonga...? —interrogó José.

El erudito no se responsabilizó de contestar.

Venían de frente dos hombres desnudos, que soportaban estoicamente la hilaridad y el desprecio de los transeúntes. Al divisarles, se detuvieron en seco.

Melquíades adivinó que el interés se concentraba en su persona.

—¡Espere! —gritó uno de los hombres, al verle darse media vuelta.

El líder no fue lejos, estrellándose contra unas cajas vacías de pescado.

—¡Usted, por fin...! —exclamó el más alto, arrojándose con su compañero a los pies del gordo—. ¡En carne y hueso...!

Héctor y Aretusa, embelesados, siguieron camino sin apercibirse del encuentro.

Había una nota familiar en los sin ropa. Fue Atilano quien los identificó:

—Son los que daban la serenata en la posesión de la marquesa.

Se trataba efectivamente del detective Cazahombres y Pacomio.

Los calatos, indecorosamente humillados ante el líder, lo que suscitó comentarios de tropas que se dirigían en camiones a sofocar una revuelta, manifestaron por la boca del que se distinguía como jefe:

—¡Debe perdonarnos!

Melquíades se sintió estimulado. Nació en su pecho un sentimiento nuevo que le indujo a levantar su brazo pesadote, que se cerraba de mano repleta de amorcillados dedos, y descenderlo a continuación con parsimonia, tal que bendiciendo.

Expresaron desde abajo con matiz de urgencia:

—¡No es suficiente!

—Si esperan un óbolo —dijo aquél con desparpajo—, acudan a otra fuente.

—No es eso —insistió a ras del suelo el portavoz—. ¡Le hemos perjudicado gravemente! ¿Condescenderá a escucharnos...?

Melquíades les obligó a levantarse y, sin interrogarles por el motivo de su desnudez, atrapó de un zarpazo el periódico de la víspera que venía volando por el aire.

—Cúbranse —ordenó.

Repartido el ejemplar, reveló el de superior estatura:

—He sido comisionado, y lo digo con el bochorno más profundo, para matarle.

El adalid no supo de entrada qué decir.

Se explicó el Cazahombres:

—Recibí un dinero a cambio del cual usted debía perecer o quedar desacreditado para siempre, ingresando en una casa de salud donde sería golpeado, de la mañana a la noche, con mangueras. En cualquier caso, quedaría inhabilitado para la vida social.

—¿Mangueras? —el soñador se interesó en este detalle.

—Después de regar avenidas y jardines, todavía la goma sirve para adoctrinar a reluctantes —informó el detective.

—¿Pero no había quedado erradicada esa práctica...?

Aquél sonrió con ironía.

—Más quisiera la gentuza.

José estaba desolado.

—¿No cabe pues esperanzarse con que en un futuro...?

—Lo veo francamente difícil.

Melquíades tamborileaba con el pie sobre la acera.

—¿Sería mucho pedir volver a lo mío? —cuestionó.

—Decía que teníamos el encargo de darle la boleta —dijo el Cazahombres—. En otro tiempo —añoró— no le habríamos respetado ni los padrastrós, que son esos molestos pellejitos que crecen junto a las uñas... Pero con los años uno se ablanda, que es lo que me ha ocurrido a mí en las últimas jornadas. Le he tenido a tiro de escopeta —confesó—, si bien desvié el disparo en el instante crucial, interesándole tan sólo el apéndice auditivo, que observo que prácticamente lo tiene ya curado...

—¿Quién les paga? —preguntó Porras, a sabiendas de que eran los tíos de Melquíades.

—Esa parte no podemos revelarla —se excusó el profesional.

—¡Cuánto cinismo! —se escandalizó José.

—¿Verdad...? —admitió el otro—. Quizá por ello se me ha rebelado la conciencia, como a otros se les insurrecciona la pichurra.

El arqueólogo se dio mucha importancia.

—Le pregunté —le dijo a Melquíades— si había notado movimientos envolventes. Este par de tíos en pelotas son la respuesta a mi plegaria.

—¿A su plegaria? —interrogaron los demás, estupefactos.

El calvo enrojeció.

—He pronunciado la frase mecánicamente, lo que evidencia una niñez más piadosa que la desengañada madurez que ahora contemplan. El saber me ha desviado de la recta senda —dijo—, pues no es posible bucear en el pasado sin que la decadencia de costumbres contamine, quiérase que no, la personalidad más estricta. ¿Quizá por ello intento restablecer el ideal en la novelucha que elucubro...?

El detective y su ayudante fueron impuestos del argumento de la creación de Porras, llegando al punto donde el autor estaba bloqueado.

El Cazahombres, tras quedarse pensativo, dijo:

—Nada más fácil que sacarle del atolladero. Me imagino que habrán desestimado lo de la trampilla...

—Seguro —dijo Porras.

—En cuanto a los caballistas amigos que vienen a galope tendido a rescatar a Mac, también les habrá parecido una solución barata, ¿no?; como igualmente el salir disparando hasta el abrevadero del ganado, donde el héroe se parapetaría devolviendo a tiro limpio la agresión...

—Pura mierda.

—Son subterfugios de medio pelo —confirmó el Cazahombres, dándole un manotazo a las noticias, que pugnaban ante el viento por recuperar su libertad—. Me inclino a dirimir el problema recurriendo a lo fantástico. Mac el Suplente —sugirió— vendría del futuro accionando un artilugio del tamaño de una cajetilla de tabaco, y regresaría al mismo en cuanto los que le cercan prendieran fuego al barucho... A la media hora o así, otra vez de vuelta, les daría a sus asesinos el susto de su vida al verle tan pimpante, ya que no se explicarían cómo se habría salvado de la quema...

Dijo Porras la mar de enfadado:

—Mi novela será mala, pero exige ceñirse a las reglas en que se ha inscrito libremente. ¡Repudio absolutamente la mezcla de géneros!

Reunión

Aguardaban los novios ante la verja de Covadonga. Parecían enfadados.

–Pelea de enamorados –diagnosticó José–. ¿La primera...? –preguntó a Héctor.

–Las venimos encadenando –respondió el joven–. No damos un paso sin evidenciar profundas discrepancias.

Aretusa golpeó malhumorada la acera con el pie.

–¿No resulta un gesto delicioso? –inquirió el soñador, tierno como un lechal.

–Yo preferiría que se despojara del vestido –manifestó Atilano.

Melquíades miró alrededor.

–¿Dónde están quienes venían acompañándonos...?

Se refería al Cazahombres y Pacomio.

–Aquí estamos –dijo el primero, asomando con su compañero de un arbusto.

–¿Por qué se esconden?

–Parte por hábito profesional –respondió el detective–, parte por temor a ofender los melindres de la joven –señaló a Aretusa.

–Con que se cubran las vergüenzas con la prensa es más que suficiente –indicó, impaciente, el adalid.

–Lo que ocurre es que nos ha volado el ejemplar...

–Tengan –les ofreció Melquíades otro número, obtenido del aire por igual procedimiento–. Y háganme el favor de no servirse los asuntos nacionales, que aunque idóneos, puede interpretarse el alarde en su perjuicio. ¡Estamos en España! ¿Cómo cojones lo tengo que decir?

Cruzaron la verja.

Llamó Héctor. Aretusa, nerviosa, le pellizcaba inconscientemente el bálano.

Covadonga surgió en sobrio traje de paseo. Experimentó zozobra, pero las tablas adquiridas en un escenario donde se defendió en su juventud un par de días vinieron en su ayuda.

–Pasen –invitó.

Desentonaban algo –no mucho– el Cazahombres y Pacomio, pero la dama no se dio por enterada. Fueron conducidos al salón. Se sirvió té.

Covadonga fue informada de los últimos acontecimientos, entre los que figuraba la muerte del raptor de Aretusa, a la que Héctor pretendía definitivamente desposar, sin más contemplaciones.

La de moño frunció los labios al oírlo.

Se sonrieron ambas mujeres: Héctor merecía lo mejor. La más joven se ofreció a llenar este apartado, trepando sobre los escrúpulos de la otra, que, inspirada por sentimientos maternos que comprenderían todos –asintieron–, únicamente buscaba el bien del novio.

Dijo Pacomio unas palabras que fueron muy apreciadas:

–Está resultando una reunión de lo más encantadora.

Se mencionó al de Orozco y la marquesa. El detective creyó haberlos oído por la radio. Dudaron.

–¿Cantaban flamenco con hondura? –preguntó Porras.

El Cazahombres negó con seráfica sonrisa.

–Deleitaban a la audiencia contando una visita al Taj Mahal.

Pacomio marcó el teléfono de la emisora. Se sorprendió favorablemente su jefe.

–¡Temía que no te descapullara jamás la intelectual!

–Están en camino –anunció el ayudante, satisfecho.

–Vamos a ser ciento y la madre –murmuró, quejoso, el repartidor de ultramarinos.

–Será bien recibida la señora –malentendió Covadonga.

Héctor y Aretusa se sentían cohibidos.

–¡La juventud, la juventud...! –les arengó José.

Melquíades se molestó.

–¿Te querrás callar?

–Estás deseando cobrar el dinero de la herencia –le acusó su amigo–. Todo lo que supongan demoras...

–¿Tan mezquino me crees? –se dolió el gordo.

–Es humana reacción –repuso el soñador.

–¿Estás seguro?

–Lo decía por consolarte y consolarme.

–En lo que se refiere a mí no es necesario.

–Quizá no, pero debo hacerlo.

–Insisto.

–Yo también.

–Te lo ruego.

–Te lo imploro.

Una pausa.

—¿Se puede saber de qué estamos hablando? —preguntó Melquíades.

113

La reunión se amplía

Mientras venían los de la emisora, prosiguió variada la conversación. El Cazahombres y Pacomio diríase que habían aproximado, sin darse cuenta, sus niveles.

—¿Cómo lo explicaría...? —decía el hasta hacía nada cuasi mudo—. Parece haberseme abierto una dimensión en la conciencia... Como si hubiera permanecido dormido en un desván, aterido tras una manta raída, y de repente despertara a pleno sol, recostado en un prado esmeraldino entre cantarines ruiсеñores...

Atilano se deshizo disimuladamente del té en una maceta.

—Incorpore juguetonas ninfas al paisaje —le propuso.

Pacomio parpadeó, indeciso.

—¿No sería excesiva licencia...?

Al lado, Porras dialogaba con Melquíades.

—No se apure —le decía al arqueólogo, dándole un golpecito en la rodilla—. Lo suyo es fijo a poco que sepamos espabilarnos. Le ayudaré, se lo prometo.

El adalid se derretía de gusto.

—Deposito en usted mi confianza. Unas pesetillas nunca vienen mal...

El Cazahombres alargaba la oreja.

—¡Y pensar que pude ser el instrumento de su ruina...! —exclamó.

Covadonga aleccionaba a los enamorados.

—Vais a iniciar una nueva vida juntos, en la que yo no tendré parte... —se llevó ambas manos a los pechos—. Pero lo que nunca nadie me podrá quitar es haber recuperado moralmente en ti —le dijo a Héctor— al pequeñín que, crudelísimo, me arrebató el bandidaje en la montaña.

Aretusa aseguró que lo expresado por Covadonga tocaba una fibra en su corazón. Las dos se apartaron para seguir platicando en confianza.

Héctor quedó tirado como una monda de patata. Le consoló José:

—Sé cómo se siente. Yo, al menos —se jactó—, he conseguido hurtar el físico en las contiendas amorosas, si bien mi espíritu seguirá sangrando hasta la muerte. ¡Pero usted caerá en su red en cuerpo y alma!

—¡Cáspita! —dijo el joven.

Prosiguió el soñador.

—Escasamente (por no decir jamás) he gustado de las mieles que otros —le miró con intención— tendrán a su disposición las veinticuatro horas del día de cada mes del año entero durante largas décadas. Por lo menos en teoría... Pero mi ignorancia práctica se compensa con la perspicacia de que me dotó el destino. ¡Pregunte lo que quiera! —otorgó.

—Creo estar al cabo de la calle sobre el tema —afirmó Héctor con modestia.

—No sea gilipollas —replicó José, afectuoso—. ¿A que le conturba el gobierno de Aretusa, que comienza a experimentar como un dogal...?

—¿Tanto se me nota? —se alarmó el enamorado.

José sonreía con iluminado desdén.

—No tema sentirse calzonazos —le dijo—. Es así siempre. Lo verdaderamente peligroso, lo mortal, aquello de lo que no han logrado reponerse los hombres más bragados que han tenido la desventura de caer en ello es...

En ese momento llamaron a la puerta.

—¡Por favor, no se detenga...! —rogó Héctor con la mayor congoja. Covadonga acudió a abrir.

Oyeron un ruido familiar de bisutería y el conocido timbre de voz de don Diómedes de Orozco. La dueña de la casa regresó acompañándolos. Estaba pálida como un sudario. Nadie paró mientes en ello.

—Buenas tardes —saludó el del monóculo.

—Buenas tardes —respondieron.

—¡Papá! —dijo Héctor de Orozco.

—¡Mamá! —otro tanto hizo Aretusa.

Se adelantó Pacomio.

—¿Me permite la señora su abrigo?

La marquesa cedió su prenda con elegante contoneo. Covadonga estaba ida.

Fue el ayudante de detective quien aportó de nuevo el lubricante idóneo:

—Señor Porras, se le autoriza el uso de la palabra.

El arqueólogo tosió complacido. Mirándoles a todos, se detuvo particularmente en la marquesa.

—Señora —anunció—, poco valgo si no consigo que prevalezcan mis tesis, las que habrán de redundar en su particular beneficio, lloviéndonos en consecuencia en el regazo una pasta gansa que la sacará a usted de todo género de tribulaciones, en concreto y para más ceñir las referentes al desahucio. Yo me conformo con la mera gloria... —concluyó, descansando con humildad el mentón en la pala del zapato.

Murmullos de aprobación. Dijo Melquíades:

—Nos ha referido los descubrimientos efectuados bajo sus pies de usted, marquesa, pintándonos un panorama de guerras, bacanales, orgías, mancilla de la mayoría de los hogares, etcétera, para hacer temblar al más entero.

La marquesa arrugó la nariz.

—Me da asco lo que cuenta —expresó al líder y, de paso, al erudito—. No quiero conservar la propiedad por esos medios.

—¡Son medios lícitos! —protestó el calvo.

—Si usted lo dice...

—He hecho gestiones, y el reconocimiento del extranjero está al caer, doblegando a las universidades nacionales. Lo que se vislumbra bajo las primeras capas —insistió Porras— dará para rescatar la hipoteca, pagar a los obreros (aunque no se les ha visto ni en pintura, y luego pretenderán mejorar el convenio) y dar cumplida cuenta de mis honorarios.

—Pero ¿no trabajaba usted gratis? —le preguntó la marquesa.

—En principio, sí. Pero como encuentro que hay tajada...

Covadonga exhaló un grito, cayendo desmayada sobre el suelo.

Sale un montón a relucir

Entre Héctor y Pacomio depositaron a la dama en el sofá.

Don Diómedes de Orozco, al contemplar tendida a Covadonga, se demudó visiblemente.

El arqueólogo se sentía culpable del desmayo.

La mujer volvió a su ser en un minuto, siendo su primera reacción estudiar la cara del elegante, sobre la que caía la penumbra acusadora del brazo con que se ocultaba.

—¡Tú! —exclamó, desvaneciéndose de nuevo.

La marquesa le dijo al padre de Héctor:

—¿Conoces a ésa?

El de Orozco, evasivo, se atusaba el bigote.

Covadonga regresó definitivamente a la conciencia.

—¡Tú! —repitió, señalando al de monóculo—. ¡Algo me decía que nuestros pasos acabarían por cruzarse de nuevo en este mundo, que es peor por tu presencia! Si bien, no dejaba de preguntarme si te identificaría sin el disfraz. Pero ha sido esa sombra que se derrama sobre tu rostro, destacando tu protervia, la que me ha permitido despojarme de las últimas dudas...

Don Diómedes de Orozco efectuaba las clásicas señales de confusión y azoramiento.

—Aquí hay tela —observó Atilano.

—¡Y seré yo quien la corte! —expresó Covadonga, alzándose imperiosamente del sofá—. Recordarás —le dijo a Héctor—, y habré de confesar a los demás, que fui seducida una noche de carnavales. Yo era joven y ligera de pensamiento, aunque no de cascos. Y este hombre —apuntó con su estilizado índice al de Orozco—, ¡sí, tú! —insistió ante sus protestas de inocencia—, me venció sin que yo apenas me enterara, de lo que resultó un embarazo como un pilar de iglesia y el correspondiente alumbramiento en su fecha de un pequeño, el cual me fue robado mientras yo me hacía la soca de mi desliz en la montaña, que entonces era costumbre disimular, no como en la actualidad, en que sucesos como el mío se pregonan como si nada. Quiero que reveles a todos —exigió altanera al acusado— que fuiste tú aquél indeseable.

Aguardaron todos expectantes.

El de Orozco sonrió conejilmente.

—Cometí algún pecadillo de mocedad, como la mayoría —admitió—. Recuerdo haber atado en una ocasión una ristra de latas a la cola de un canino...

—¡No te servirán, como entonces, tu mundanidad ni tu escapismo! —se encrespó ella—. ¡Responde...!

—Si es cierto, más le vale desembuchar —le aconsejó Melquíades.

—Repito que nunca me he titulado de intachable... —se defendió el imputado.

—Falso —negó su hijo—. Siempre pretendiste ser espejo donde se miraran los humanos.

El de monóculo se sintió acorralado. Inquirió la marquesa:

—¿Te aprovechaste de la ignorancia de una joven?

Terminó él lanzando, rabioso, este dardo a Covadonga:

—Para ser lega en la materia, rellenaste los ejercicios con notoria habilidad.

Acababa de delatarse. Dándose cuenta, se llevó tardíamente la mano a la boca.

La mayoría no se imaginaba al del Orozco ejerciendo de la manera señalada. La aristócrata manifestó repulsión. El Cazahombres esbozó una sonrisa comprensiva, mientras Pacomio, por contra, hizo méritos como si aspirara al puesto de ayuda de cámara con la marquesa (que así era), cubriéndose de arriba a abajo de pinceladas censorias.

Los novios se miraron, escudriñándose mutuamente el alma.

Covadonga, en definitiva la más interesada en el suceso, aportó su glosa a la involuntaria revelación de Diómedes de Orozco.

—Por hablar te has descubierto. Y como acaba de quedar patente y manifiesta tu responsabilidad en mi preñez —agregó—, forzoso será que des un paso más admitiendo colusión con una mafia para robarme a mi hijo de su cuna. Y quiero más: ¡devuélvemelo!

El de monóculo, incapaz de sostener la farsa por más tiempo, se sacudió una pelusa de la manga y, señalando a Héctor, declaró:

—Ahí le tienes.

Todas las miradas se clavaron en el joven, que parpadeó sin comprender. Luego, conforme la expresada verdad se abría paso en su

mente, paralelamente a idéntico proceso en Covadonga, quedaron éstos frente a frente.

–¡Hijo!

–¡Madre!

Y se fundieron en un abrazo por los años que estuvieron separados.

–Mucho me equivoco –dijo Atilano– o estamos ante una anagnórisis en toda regla.

–¡Desde que te vi lo supe...! –sollozaba la infortunada.

–¡Y yo...! –corroboraba él.

Cuando decreció externamente la felicidad del reencuentro, formuló puntillosa Covadonga al padre:

–¿Sentías la paternidad al punto de ordenar el rapto de tu hijo, rehuyendo al tiempo tu compromiso conmigo?

–Por partes –dijo el cuco–. En cuanto a tu estado de buena esperanza, y con posterioridad al feliz instante que lo originó y en el que tuvimos los dos parte, debo decir que me quedó la sospecha de que efectivamente aconteciera, y te mandé vigilar...

El Cazahombres pareció despertar de un sueño.

–Lo recuerdo –murmuró–. Fui encargado del seguimiento de una dama, no siendo yo mal retribuido. Un caso rutinario...

El de Orozco le miró con curiosidad.

–¿Era usted...? No le había reconocido. Lo principal fue confirmar la gravidez. Después, el detective, cada quince días...

–Cada semana –corrigió éste.

–...Cada semana me entregaba un informe de tu avance, incluyendo un boceto de tu vientre y de la redondez que adquirirían tus caderas, que todavía no sé de qué forma conseguía...

El detective y Covadonga se miraron intensamente.

–¿Qué hacías con el dibujo? –inquirió ella.

–Lo grapaba en la pared de mi alcoba en espera del siguiente, que ponía al lado estudiando hasta altas horas de la noche tu evolución. Cuando diste a luz, lo primero que hice fue brincar... y lo segundo huir. Pero no tardé en rebelarme contra mi cobardía, lanzando en tu dirección al mismo sabueso que te había espiado –señaló al Cazahombres– para que reclutara a unos mozancones con la consigna de secuestrar al cara de torta, como tú lo llamabas en tu desvarío

de madre, que todo figuraba en los informes de este hombre, que es un profesional como la copa de un pino...

—Muchas gracias —el aludido se inclinó.

Covadonga lloraba mansamente.

—Así se planeó y así se hizo —continuó el de Orozco—. Crié a nuestro hijo junto a mí, simulando haberlo tenido de un supuesto matrimonio que me dejara desconsolado y viudo y lleno de rarezas y manías, que a su vez me sirvieron de coartada. Oscilé entre el paternal cariño y el odio que a mí mismo me provocaba mi actitud y que extrapolé a Héctor, importándome un comino el dolor que con mi proceder causaba.

—¡Mi hijo creció falto de un cariño al que tenía legítimo derecho! —le lanzó a la cara la que fue penetrada en carnavales.

—Reconozco que hice un pan como unas hostias —hizo éste un gesto resignado—, aunque de vez en cuando le llevaba a un espectáculo de marionetas con intención de llenar, mal que bien, la laguna del afecto. Mi personalidad quedó seriamente afectada por la doblez y la mentira, llegando al extremo de fingir que tenía además una hija casada con un fabricante de manguitos, cosa que es más falsa que una moneda de madera, y nuestro amigo Porras estará de acuerdo en esto... En los últimos tiempos se ha llegado a rumorear (y no habré yo de confirmarlo) que doy en probarme dudosas prendas íntimas ante un espejo que hipotéticamente me devolvería la estrafalaria imagen... Ahora sólo pido perdón y compasión... y que se me deje tranquilo.

La marquesa, que había estado escuchando en silencio, saltó a la palestra llena de ira:

—¿Alguien cree que puedo asistir impasible a esta basura?

115

Hablando se entiende la gente

La aristócrata se destacó hacia el centro de la sala.

—Hubiera querido —le dijo al de Orozco— que usted, aunque tardó y con seguridad innecesario, figurara de padre de mi hija, papel que le reservaba de antiguo.

—¿Y el tonto con Melquíades...? —preguntó él.

—Somos así de veleidosas las mujeres.

—¡Mira tú! —se quejó el elegante, arqueando graciosamente el cuerpo.

Se ofendió el gordo en lo íntimo.

Covadonga se secó las lágrimas que le resbalaban por las mejillas.

—¿La amas a ella o qué? —preguntó a su antiguo seductor.

Don Diómedes de Orozco improvisó la respuesta:

—Toda mi vida he sido asediado por vosotras, hechiceras...

—O sea, un mártir —destacó alguien.

Hasta el final de sus días pensó el mentado que el sarcasmo fuera pronunciado por Melquíades.

La impresión moral se incrementó al espetar la madre de Aretusa al de monóculo:

—¡No me toques...! Acabo de ver el fondo de tu alma.

El de Orozco no se había movido.

Nadie sino Porras podía desatascar la situación.

—Allá películas —le dijo a la marquesa—. Desdeñe la frivolidad que aquí se masca como chicle (cuyo causante principal es el de Orozco) y dirijámonos a recuperar la hipoteca, para lo que creo contar con unos pagos adelantados que recibiré del extranjero, porque aquí la tierra no da ni para pipas y sólo crece, verde y lozana, la planta de la envidia, ello cuando no se junta con políticas espurias que responden a bastardos e inconfesables intereses.

La señora se sintió confortada por el decir del arqueólogo, contemplándole bajo una nueva luz. Su calva sonrosada evocaba suaves atardeceres junto al mar; su fruncido ceño, decidida dedicación al estudio... con la apreciable gabela de que del trabajo del hombrecillo se derivaba la solución a sus penurias económicas. ¡Ahora se alegraba de haberle autorizado a excavar en sus tierras! Este hombre, que sentara a su mesa mitad por pena, mitad por vanagloria — juzgaba ella ser de postín alimentar, estrictamente, al gremio de los cultos—, la sacaría del espinoso trance en que se hallaba...

—¡Me voy con Porras! —anunció, desafiante.

El erudito intuyó súbitamente que la marquesa dotaba de generoso sentido sus palabras... y se le erizaron sus escasos pelos de la nuca. El matrimonio no entrara en sus planes, pero ya era tarde para deshacer el equívoco sin mengua de su posición y sin que se ar-

mara una zapatiesta de todos los diablos... Porras era un caballero y, por lo menos en el apartado espiritual, estaría a la altura.

Sacudió su cabeza con la majestuosidad del león en la sabana y pronunció:

–¡Sí, quiero!

Cascabeleó riendo la marquesa.

–¡Qué impetuosos son los hombres de ciencia!

Covadonga, inmersa de pleno en la dicha de haber recuperado a su hijo, al que no se cansaba de mirar, provocando en Aretusa un conato de celos, felicitó a la de prosapia:

–Le deseo muy sinceramente lo mejor.

–Gracias, querida –dijo ésta–. Puede quedarse con el pingo –aludió a don Diómedes de Orozco, que lucía demacrado.

Se puso seria Covadonga.

–¿No se pensará que voy a casarme con el causante de mi ruina...?

–Se suele casar una con el causante de su ruina –expresó Atilano este cínico aforismo–. Bien que ésta, la ruina –completó–, se plasme con posterioridad al connubio.

El elegante dio grandes muestras de inquietud.

–¡A ver si ahora voy a quedar yo descolocado! –rezongó, mirando suplicante a Covadonga.

Melquíades avanzó canilla y muslo.

–Lo principal en este asunto es el cariño de la madre Covadonga y el próximo desposorio de su hijo con quien es opinión que está para comérsela. Sin desdeñar otros enlaces –se refirió al de la marquesa y Porras.

Aretusa decidió dar un paso al frente.

–Héctor y yo tendremos casa propia.

Covadonga arrugó el ceño.

–¿No viviréis conmigo?

–El casado casa quiere –argumentó la joven.

Bramó la desconsolada madre.

–¡Mi hijo, perdido, encontrado y alejado nuevamente...!

Héctor flaqueó.

–Nos podemos sentar a negociar –dijo.

Aretusa se mantuvo firme.

–A ver si vas a salirme ahora enmadrado –reprochó.

—Lo malo sería ser marica —sesgó Atilano.

José intervino ante lo sagrado de los sentimientos que allí se debatían.

—Aunque Aretusa mande en el corazón de su marido, es imperativo que guarde éste un rinconcito en esa víscera para su madre... en el que también mangonee la esposa, para qué vamos a decir que no. No es lo óptimo —convino—, pero mucho peor es lo contrario. En realidad es un caso sin posible solución.

La joven enamorada se encaró al desdichado soñador.

—Dice bien cuando se inclina a que mandaré sobre Héctor, aunque intentaré disimularlo con dulzuras que iré dosificando sabiamente para mis fines, los cuales no habré de confesar, siendo los propios de mi sexo, y que me harán todos el favor de no preguntar.

Los hombres, en general, encontraron encantadora su actitud.

116

Se alcanza un acuerdo a golpe de dinero

El de Orozco todavía intentara un golpe bajo.

—Carezco de recursos que asignar a Héctor.

Creía que con su insolvencia echaba a pique la coyunda de su vástago. Pero éste negó de plano la necesidad de ayuda, presentándose capaz de atender sus necesidades, las de su esposa y de lo que estuviera por venir... extremo el último que levantó una polvareda de sospechas y sobre el que hubo de explicarse minuciosamente y a satisfacción del elemento más pacato.

Aretusa no asumió de grado tal justificación.

—¡Y aunque hubiera sido de esa manera! —desafió.

Lo que fue respondido por Atilano:

—Así me gusta a mí la mujer española.

La marquesa se expresó también con una frase equívoca:

—Temo que, después de rescatar la hipoteca y pagar todos los gastos, apenas quede de los descubrimientos de Porras (suponiendo que rindan lo que él dice) lo justo como para alimentarnos y hacer alguna obra de caridad, necesariamente con nosotros mismos.

Covadonga la miró con antipatía.

El arqueólogo se alzó sobre las puntas de sus pies.

—¡Damas y caballeros!—exclamó—. Si es preciso, me sacaré un nuevo yacimiento de la breva... sin que podamos olvidar la muy prometedorra carrera emanada de mi estro.

—Si menciona su novela —sugirió el humilde—, dígallo sin tapujos.

—A ella me refiero —reconoció el erudito, ligeramente ruboroso y haciendo una sinopsis para quienes desconocían su asunto—. Creo saber a estas alturas cómo saldrá del atolladero mi personaje. Ni trampilla, ni rescate in extremis por amigos venidos a galope, ni narices. Mac el Suplente abandonará la taberna a la manera de aquéllos —y señaló al Cazahombres y a Pacomio, que se entretenían mirando por la ventana.

—¿Desnudo? —se asombraron varias voces.

—No queda otro recurso. Saliendo en su entereza al lluvioso amanecer, quedarán sus opositores tan perplejos que habrán de depouer el encierro, perdiéndose por las colinas adyacentes. ¿Qué parece lo que acabo de rumiar, gracias a la sabia e involuntaria disposición de estos señores...?

Melquíades no se comprometió.

—Es una solución curiosa.

—Dudo de que la crítica la acepte —reparó José.

—¿Qué coños me importa a mí la crítica —protestó el incipiente autor—, siendo su rasgo esencial la miopía, y ello cuando no obedece a consignas infumables?

—Le veo fuerte —se admiró el adalid.

Agregó Porras:

—¿Cuándo un crítico enseñó nada a un escritor? Aunque admito que de alguna manera hay que ganarse las alubias...

El líder presentó aún una pequeña salvedad:

—¿Y la señora O'Mgiggins? No se habrá olvidado de ella...

El erudito se dio una palmada en la frente.

—¡Demonio!—exclamó—. Me cae tan gorda que la había borrado de mi mente... ¡Y ahora se yergue ante mí como un espectro! Déjenme que piense... —entornó los ojos—. ¡Ya lo tengo! —dijo—. La tal señora, al ser una metomentodo, estaría fuera con quienes mantienen el cerco. Y al salir en pelota picada mi personaje, la emprendería con él a sartenazos (suele llevar el recipiente a cuestras), persiguiéndole hasta el límite del Estado, donde detendrían a la dama

por un delito que ya me inventaré. La juzgarían, encontrándola culpable, y sería ahorcada... Ya sé que la anécdota está traída por los pelos, pero la ganadora del concurso anual de tartas de grosella es capaz de acabar con la paciencia de cualquiera. De todas formas, es mejor que lo que tenía esbozado. ¡Quién iba a querer violar a la señora O'Mgiggins!

Covadonga, Aretusa y la marquesa se hacían las desentendidas ante los detalles de la creación del arqueólogo. Fue la primera quien retomó el asunto de su capital interés, diciéndole al de Orozco:

—Habrás de soltar manteca para subvenir inicialmente al mantenimiento de tu hijo, que es el mío. De no ser así —amenazó—, alquilaré una avioneta desde la que arrojaré sobre los tejados de las principales ciudades españolas tu historia entretejida con la mía, haciendo particular hincapié en el borroso episodio de los pololos.

—¡No harás eso! —el elegante se puso de rodillas.

—Antes se hunde el mundo que echarme atrás de lo que digo.

—¡Te saldrá por un pico! ¿Sabes lo que cuesta la publicidad aérea?

—Alquilaré mi cuerpo, si es preciso —dijo ella, erre que erre.

—Yo no necesito nada —se asustó Héctor.

Don Diómedes de Orozco se retorció como un gusano.

Atilano aventuró que ganaría la madre, lo que se confirmó en el acto.

—Creo que guardo un dinerillo... —admitió, renuente, el padre—. Lo único que deseo es una vejez tranquila...

—Ya fijaremos el precio —repuso Covadonga.

Porrás se hizo sutilmente con el mando. Consultando su reloj, dijo:

—Hay un tren nocturno que sale aproximadamente dentro de una hora. Ruego me esperen allí, habiendo sacado billete para todo el que se apunte. ¡Regresamos!

Hubo gritos de hurra... y la mudez de Covadonga, que comprendía que el dolor llamaba otra vez a su puerta.

—¿Vendrás, mamá...? —le preguntó su hijo.

—La soledad es mi destino —respondió ella—, que quiere que vivamos separados, aunque ya no desconocidos el uno para el otro. ¡Eso que salimos ganando! —agregó con amargura.

Aretusa rogó que asistiera a la boda.

—Sería más de lo que puedo soportar —rehusó la madre.

El Cazahombres tomaría distinto tren, dirigiéndose al encuentro de quienes le hicieran el encargo de segar la vida de Melquíades, que confesó se situaban en los aledaños del periódico.

—Vaya preparando el terreno —le dijo Porras al detective—. En cuanto deje tranquila e instalada a mi futura y la libre del acreedor implacable que la asedia, arremeteré contra quienes le ordenaron cepillarse al gordo, y obtendrá éste en consecuencia su herencia legítima.

—¡Atacaremos el diario al que supuse irían a parar noticias mías! —pronunció con entusiasmo el líder.

—¡No tiene pelo de tonto! —aduló el arrepentido sicario, arrojándose a los pies con objeto de que le perdonara.

—¡Si ya le había perdonado! —le obligó el heredero a levantarse.

Pacomio se acaudilló de ayuda de cámara de la marquesa. Su jefe le dijo:

—¡Siempre supe que llegarías lejos!

—¡Mi lugar está junto a ella! —enfaticó el ayudante.

—¿Nos movemos? —preguntó impaciente Atilano, a quien la despedida se le antojaba larga.

—Andando —dijo Porras—. Vayan por delante, que me quedan por atar unos extremos.

Covadonga le dijo al de Orozco, que también partía:

—Sabré si vuelves por tus fueros, así que ¡ojo!

José lloraba más que la madre de Héctor. Ésta sentía escozor en los pezones.

PARTE SÉPTIMA

LA CRÍTICA

En el tren. Falta un billete. Lección magistral por vía doble

El tren se deslizaba por los raíles en medio de un paisaje nevado e iluminado por la luna y con su habitual y compacta carga humana.

Las duras tablas de los asientos de tercera infligían su castigo a los traseros y espaldas de los viajeros, los cuales aceptaban la incomodidad diversamente. Algunos sonreían con alivio, pues dejaban parentela en los andenes, siendo el sufrimiento actual en comparación muy llevadero. Otros, también acostumbrados, aunque en otro plano, al lado oscuro de la vida, mantenían prieto el tafanario y una expresión resignada que encubría su decisión de arrojarse por la ventanilla en el trayecto. No faltaba quien, en orden sibarítico, interponía entre la madera del asiento y sus apantalonadas nalgas una doméstica almohadilla que, en los kilómetros iniciales, prestaba a su propietario indiscutible confort, el cual terminaba sin embargo por disiparse durante el recorrido, no siendo ello óbice para que el resentido resto que le rodeaba se propusiera arrebatarle el ingenio con alguna socaliña. Pero el núcleo más numeroso era el directamente descontento, que volcaba su ira con expresividad en el desconocido y ausente director de la red férrea, sentado muelle en su despacho, y en el gobierno de la Nación, brutalmente insensible al forzar a la ciudadanía a viajar como ganado.

Entre los viajeros —no pocos con su cochinillo disfrazado de lactante o la gallina asomando sus engréidas facciones por el chaleco de su dueño—, se encontraban Melquíades, José y Atilano, los que se apretaban contra don Diómedes de Orozco, la marquesa y ambos jóvenes, sin olvidar a Pacomio y al erudito señor Porras, incorporado éste en el último segundo cuando el tren ya daba sacudidas para partir.

El arqueólogo se había convertido en el alma del vagón. Evocaba la gestión que casi le hiciera quedarse en tierra.

—¡Les tenían que haber visto! —rió—. Profesores de los distintos sexos, catedráticos, adjuntos, pelotas varios del gremio educativo retractándose a toda velocidad de las hirientes consideraciones que dedicaron año tras año a mis trabajos... Las llamas se elevaban por los vetustos muros de la secular institución, mientras el personal descrito se llevaba las manos a la cara, como si tapándose la impedirían la progresión del incendio que mi insignificante persona provocara con sólo una cerilla, de cabeza tan redonda y pulida como mi doctoral calva. ¡Figúrense! —se relamió—. Cantidad de tesis doctorales que no valían ni el papel en que se imprimieran (algunas de cuyas resmas traigo para personal y oscuro menester) se consumían por el fuego purificador, y nunca mejor dicho... Infatuadas vaciedades de historiadores de medio pelo, lingüistas de chicha y nabo y la desinflada hornada de narradores y poetas, junto con sus resfriados exegetas y glosadores... ¡Lo he mandado todo a tomar por retambufa! —se engrió—. Vale la pena esperar para vivir un momento como éste...

Se le escuchaba con unánime respeto.

—Ha tenido que ser un edificante espectáculo —manifestó una no-driza que repartía el contenido de sus pechos entre sus vecinos de asiento: un peón de brega, un polemista y un cazador furtivo de avutardas.

—¡Imposible expresarlo con palabras! —admitió el erudito—. Y ello cuando viene de camino el reconocimiento extranjero, que ésta es otra...

—Nos alegramos —dijo alguien.

—En este país —opinó un pastor de cabras que llevaba su rebaño de matute en el techo del convoy—, ni inteligencia, ni sacrificio, ni trabajo: es cuestión de echarle pelotas al asunto.

—Dígame a mí —convino Porras—, que me han aceptado de rodillas la existencia del Tatani...

—¿Sería tan amable de ponernos en antecedentes...? —solicitó un sacristán, con su saco de hostias sin consagrar bajo el asiento.

El estudioso largó un parlamento lleno de amenidad y criterio. Al acabar la exposición, recibió muy sinceros aplausos.

Entró a picar el revisor. Le flanqueaban dos hombres armados. Invisible revuelo agitó a los viajeros, algunos de los cuales se ahorraron con el cordón de sus botas.

—Si nadie se mueve, terminaremos en seguida —avisó aquél.

Melquíades sostenía en abanico los billetes.

—¡Uno, dos, tres..., ocho! —los contó, sonriente.

—¿No somos nueve? —preguntó con suavidad José.

—¿Nueve...? ¡Aquí sólo hay ocho!

El erudito se dirigió a él levemente inquieto:

—No se habrán olvidado del mío...

El adalid protestó, nervioso:

—¡Conté cuántos éramos en ventanilla!

—¡Pero yo llegué después!

Un polizón era apaleado en el pasillo, que alfombraba generoso de su sangre.

Avanzó el revisor en compañía de los matones.

Porras se desesperaba.

—¿Qué hago ahora...?

—Apechugar —dijo Atilano.

Ninguno dejaba de sujetar con fuerza su caución.

Una campesina señaló a Aretusa:

—Que la chica se ofrezca carnalmente.

Héctor tuvo una oportuna reacción. Agarrando a su padre del brazo, se lo retorció a la espalda.

—Ocasión pintiparada para aflojar la mosca —dijo.

Don Diómedes de Orozco pagó el pasaje de Porras, incluyendo suplemento y propina.

—Gracias —dijo éste, temblándole las choquezuelas.

Coincidiendo con el azaroso e imprevisible apagón de las luces de posición del interior, se levantaba una babel de ruidos y jadeos. Al volver a encenderse, muchos aparecían soliviantados.

El erudito discursaba a petición de los presentes:

—El mito y el rito, aunque algunos opinen que discurren por senderos diferentes, se encuentran relacionados estrechamente, siendo el segundo consecuencia del primero, homenajeándolo en su minuciosa repetición de los mismos elementos. Y a su vez el rito, o para ser más precisos, la liturgia, se despliega en multiforme y a menudo

rica acentuación material de los elementos que constituyen su núcleo interior, dando lugar, entre otras artes, a la arquitectura, la que simplícidamente podemos dividir en civil y religiosa, aunque durante mucho tiempo las dos estuvieron confundidas, no entendiéndose la una sin la otra, y mucho menos opuestas entre sí, siendo esta división un concepto moderno que no sólo extrañaría, sino que provocaría repelús a los antiguos. ¿Me siguen...?

—¡Cómo no! —voceó el compartimento.

Más adelante, Porras trataba de manera diáfana otra cuestión:

—...El espionaje moderno, como el de cada época, se erige sobre la necesidad de saber qué anda tramando el enemigo. Sin embargo, el actual concede gran importancia a manejar con corrección los cubiertos de pescado y brindar con champán en las recepciones de embajadas extranjeras, sorbiendo apenas unas burbujas que no se atreven a llegar a la garganta, y ello no tanto por el temor de ingerir alguna droga, como porque el agente se las dé de fino y sugestione al enemigo potencial de que su causa es tosca, no mereciendo defenderse. Y de aquí pasamos al armamento psicológico, que hay que manejar con enorme cuidado, ya que por regla general causa unos equívocos que luego no hay forma de aclarar...

El vagón no rechistaba.

118

Regreso al hogar

El panorama había cambiado radicalmente, como si enrollando un decorado se hubiera desplegado otro. El tren dejara atrás reiteradas comarcas, introduciéndose en la que ahora se contemplaba por la ventanilla.

Se dejó sentir el perfumado aire marino.

Aparecieron casas a lo lejos. Declinaba el día.

La locomotora, arrastrando los vagones, entró penosamente en la estación.

Descendieron los pasajeros.

La marquesa, Melquiádes, José, Atilano, el de Orozco, Porras, Aretusa y Héctor, sin minusvalorar a Pacomio —responsable de maletas y baúles— se dirigieron a la salida.

–Se siente uno feliz de regresar a casa –suspiró Melquíades.
–Sobre todo, aquellos que la tenemos –dijo con segundas el de Orozco, cuyo malhumor durante el viaje había ido en aumento.
La marquesa sonaba horrorosamente a chatarra.
–¡Estoy tan nerviosa...! –comentaba.
Porras curvó los brazos, abombando el pecho.
–A su acreedor le pararé yo los pies –prometió–. ¿Mañana se presenta, dice...?
Confirmó, lúgubre, la aristócrata.
–Venimos, pues, a tiempo –el erudito apretó los labios.
Subía por la carretera un ser enorme a cuatro patas cuya boca se abría desmesuradamente. Sus gigantescas patas se alzaban en el aire, abatiéndose a continuación sobre el asfalto, sus buenos metros adelante.
–¡Diocleciano...! –se enterneció la de abolengo.
–El perro de los cojones –masculló Atilano.
Los hombres se llevaron las manos a sus partes.
El irracional tumbó la quincalla cuya almendra constituía la marquesa. La ayudaron a levantarse.

Rebasado el pueblo, emprendieron el ascenso al palacete.
Aretusa soltaba en silencio gruesas lágrimas.
–¿Por qué lloras, vida mía? –preguntó, tierno, Héctor.
–Cuando salimos de aquí, vivía Solón. Ahora que regresamos, está muerto.
–Pero no tiene ninguna relación –repuso el enamorado con escasa psicología.
La luna se ofrecía impúdica y redonda desde la altura que ganaban.
Llegados a la casa, Diocleciano se refugió a dormir en su caseta.
–Temo que Andrade no haya recibido mi telegrama... –vaciló la de alcornia, al contemplar la casa a oscuras.
Se oyó una mujer en el piso superior:
–Si lo sabe tu señora, nos mata.
Lo que fue respondido por Andrade:
–No volverá la vieja loca. Aprovechemos, que mañana esto cambiará de manos.
La marquesa resolló.

–Paso que se solace con cachondas en mi cama. ¡Pero el comentario no habré de perdonárselo!

Pacomio se llevó educadamente un dedo a los labios.

–Iré delante –dijo, avanzando hacia la entrada.

Prosiguió arriba el diálogo.

–Quiero más –insistía la de antes.

–Mira, chica –protestó otra voz, también femenina–, que te llevas tú todas las rondas.

–No interesa tu circuito –replicó aquélla.

–¿Que no interesa...?

–Para nada.

–¡Andrade...! –suplicó la segundona.

–Aguardad, longevas, que estoy que lo tiro por la borda –dijo el fámulo.

–Se tendrá que ver –retaron ambas.

Mientras, Pacomio llegara al dormitorio. Tras llamar con unos golpes, informó:

–Está aquí la marquesa. Habrá clemencia si deponen su actitud. Soy el nuevo mayordomo.

119

El erudito se porta como un machote. Se sangra (merecidamente) a un padre

Porras había bajado muy de mañana al pueblo, regresando con expresión muy satisfecha. Durante el desayuno, le dijo a su futura:

–Me permitirá tener una conversación particular con el caballero.

–Delego en usted –repuso ella–. Soy incapaz de volver a enfrentarme con esa sanguijuela.

El arqueólogo recorrió la posesión, sintiendo pletórico que innumerables riquezas clamaban desde el subsuelo por ser desenterradas. Sonrió. Su inminente matrimonio le facilitaría trabajar sin cortapisas un terreno que se había mostrado tan prometedor y el impacto de cuyo descubrimiento había conseguido que tragan los del gremio, sin olvidar el reconocimiento extranjero, donde hervían de entusiasmo, quedando evidenciado en el suculento cheque que acababa de cobrar a primera hora y con el que se proponía satisfa-

cer el pago de la hipoteca. Excepto una media docena irrelevante de países, el resto del globo había decidido por unanimidad sangrar sus arcas universitarias y del Estado para contar con su presencia en rimbombantes actos. Habría de multiplicarse si no quería desairar a quienes le estaban elevando al pináculo de la fama. Aunque – de repente se puso muy ceñudo–, el matrimonio exigiría determinadas atenciones...

El motor de un coche se dejó oír ahogadamente.

Porras se dirigió a la verja. Un hombre caminaba hacia la casa balanceando una carpeta. El erudito le cortó el paso.

–¿La marquesa...? –inquirió el recién llegado.

–Estoy facultado para atenderle en su lugar.

El visitante le observó unos segundos. Luego, extrayendo un papel lleno de timbres se lo alargó al arqueólogo.

–A partir de este momento –solemnizó–, me hago cargo de esta propiedad en todo su perímetro.

Porras estudió el documento.

–Parece estar en regla –comentó.

–¡Hasta la última coma!

–¿Ha comprobado la cantidad?

–¿La cantidad...? ¡Oh, por supuesto! Le aseguro que se justifica cada céntimo.

–Entonces, acabemos –dijo Porras, llevándose la mano a un bolsillo–. ¿Tiene el recibo?

–¿Perdón...? –el acreedor no comprendía.

–Quiero un recibo por la cuantía que ahora mismo le entrego –pronunció, mostrando el dinero en efectivo proveniente del cheque matutino–. Y la liquidación de la hipoteca. Ponga todas las jodidas firmas y sellos que hagan falta.

El hombre se hacía cargo lentamente.

–¿Entiendo que la marquesa ha conseguido reunir la suma...?

–Entiende bien –le dijo Porras.

El otro extrajo atolondradamente del cartapacio los documentos precisos que fue depositando, uno por uno, en la mano inflexible del arqueólogo. Éste, a su vez, le dio el dinero.

–Rebasa ligeramente el monto –informó–. El sobrante se lo gasta, si quiere, en socorrer a la parroquia. Ahora, largo.

El usurero retrocedió hacia su coche. Antes de subir a él, se volvió a Porras.

—¿No se molestará si le digo que es usted un jodemarranas?

—Mejor no se puede expresar —admitió tranquilamente el arqueólogo, yendo a comunicarle a la marquesa el resultado de la entrevista.

A los pocos días, se decidió que Héctor y Aretusa adquirieran la propiedad que fuera de Solón, reconstruyendo la casa. La marquesa y el de Orozco hablaron sobre el asunto, resultando de la conversación que los gastos correrían a escote entre ambas casas. El padre del novio volvió refunfuñando a su hogar, en el que de momento convivía con su hijo.

Una mañana, recibió Héctor una misiva del alcalde en que le solicitaba tratar un asunto que ya no podía demorarse y que le concernía muy de cerca.

—Constituye un problema que hemos ido aplazando en espera de que se solucionara solo —princió a decir el regidor, retrepándose en el sillón de su despacho del Ayuntamiento, mueble que al finalizar su mandato se llevaría junto con el resto de efectos personales—. Se trata, como habrá adivinado, de su padre. Ayer fue interceptada en la estafeta de correos una partida de contenido... llamémosle desenfadado, remitida a él. El funcionario que pretendía hurtar el paquete, al abrirlo, lo denunció muy encorocado a la dirección.

—Menos mal que todavía queda gente honrada —acertó a decir el hijo, que puntualizó en un intento de defensa—: ¿Mi padre no tiene derecho a la intimidad?

—No —negó el alcalde.

—¿Han probado a enviarle anónimos?

—No hacemos otra cosa.

Al hacerse un silencio, inquirió el joven:

—Hay algo más, ¿eh?

Asintió la autoridad.

—Su señor progenitor —dijo, desviando la mirada— ha efectuado proposiciones particulares al Club Provincial de Escaladores, cuyos integrantes han cambiado sus horas de entrenamiento por si acaso. Son hombres casados y se encuentran verdaderamente preocupados...

La revelación cayó un grueso bañista en la piscina.

Interrogó el hijo, sabedor de la respuesta:

—¿Entonces...?

El alcalde carraspeó.

—No queda otro remedio que internarlo. Se intentará incluirle en un programa de animación cultural hasta ver cómo responde. El Ayuntamiento correrá lógicamente con los gastos, pues debo informarle de que el de los pololos no tiene donde caerse muerto, habiendo vivido siempre por encima de sus posibilidades. Créame si le digo que en el Consistorio estamos verdaderamente compungidos.

Héctor abandonó el lugar para hacer una llamada a su madre.

Ese mismo día don Diómedes de Orozco se vio obligado telefónicamente a actuar en un ínfimo local, con objeto de recaudar la suma que se había comprometido a entregar a su hijo para la boda. Posteriormente, empezaría con las sesiones.

120

Un homenaje que se va al carajo

Porras hablaba con Melquíades y José de la inminente marcha de los tres, acompañados de Atilano, para reivindicar los derechos del primero.

—Ahora soy hombre de éxito —confesaba el erudito— y dudo de si dejarme crecer en consecuencia la uña del meñique. Pero cuente conmigo —le dijo al adalid— para poner su asunto definitivamente en claro.

—¿Le guía el altruismo? —inquirió José.

—También aquilato motivos personales —repuso el calvo—, verbi-gracia mi comprometido enlace con la dueña de estas tierras —las abarcó circularmente con el brazo—, que no deja de constituir para mí territorio inexplorado donde barrunto pueden agazaparse las sorpresas y cuya demora de unos días servirá para que me serene, pues estoy por dentro como un flan.

—Confíe en nosotros para indicarle los peligros —ofreció Melquíades.

—Si fuera Atilano quien me hiciera la propuesta... —dejó caer éste.

El clase baja salió de la frondosidad del jardín, donde filosofaba.
–¡Estoy a su disposición! –se adelantó al hombrecillo–. ¿Cuándo partimos? –quiso saber.

–Esta misma noche –informó Porras–. Saldremos subrepticios después de narcotizar a Diocleciano.

–¿Por qué esa cautela? –interrogó el líder.

–La marquesa teme que me desdiga de mi compromiso y no regrese. ¡Como si eso fuera posible!

–¿No lo es? –le preguntaron.

–Si empezamos con preguntas impertinentes, me aílo en mi torre de marfil, donde aguardaría el veredicto de los siglos, que me sería favorable –dijo, retórico, el estudioso–. ¡Hola, hola...! –exclamó–. ¿Quién viene...?

Achicaron la mirada. Un sujeto triscaba entre las matas.

–Parece un propio –señaló Atilano–, enviado por la autoridad municipal para lo que sabremos en seguida.

Acertara el de coloniales. El mensajero pegó el último brinco, rindiéndose ante Porras.

–Dice el alcalde –resolló– que si vería usted mal que se le hiciera un desagravio. Como nunca se le ha tomado en serio –justificó–, sino que más bien ha sido objeto de rechifla y ahora pululan los elogios (merecidos o no: ahí no entramos) sobre su persona..., no queremos sus convecinos quedar desairados ante el mundo, y ello no porque nos importe un pepino, sino por el prurito de no haber sido los últimos en enterarnos de lo que seguimos ignorando en qué consiste.

El arqueólogo suspiró hondamente.

–Un desagravio... –paladeó–. La idea me agrada, pero muy posiblemente llegue tarde. ¿Sabe por qué...?

–No.

–Yo tampoco, pero así lo siento. Entre cuestiones más íntimas –insinuó–, y que no voy a airear, figura la de salir inminentemente de viaje para ayudar a este amigo –apuntó a Melquíades–, cuya preocupación toma la forma de unas cochinas pesetas que le corresponden por herencia, aparte de ocupar su lugar en la familia, suponiendo que lo sea el amontonamiento de sus miembros, a la par que su

dispersión moral y geográfica. ¿Es así o estoy mintiendo? –le preguntó al interesado.

Confirmó el gordo.

–Pero ¿hacemos el homenaje o qué? –insistiera el enviado del Ayuntamiento.

Porras puso, condescendiente y paterno, su mano sobre él.

–Es usted demasiado joven –calibró–. Contempla los sucesos como en los inicios del cinematógrafo, a quien muchos auguraron corta vida... Me refiero a que ve las cosas en estricto blanco y negro, sin grises atenuantes (que los hay), por no hablar de delicados sepías y festivos colores. ¿Sabe cuál debería ser su siguiente paso...?

–Dígamelo.

–Si persevera, irá matizando su visión, y pronto, antes de lo que supone, aparecerán el sonido y el color, vomitándose en pantalla orgías de acción y sentimiento, contando siempre, no se olvide, con la habilidad y pericia de guionista y director, sin minusvalorar a los actores. ¿Me comprende?

–¡Me da miedo lo que oigo!

–De repente –redondeó el arqueólogo–, entenderá el mínimo detalle. Pero un paso más y todo volverá a ser abstruso, no siendo usted ni mucho menos un lumbreras, motivo por el que engrosa el bajo funcionariado, habiendo accedido a sus filas muy probablemente gracias a un padrino o después de superar oposiciones fraudulentas, con el agravante de que ya no habrá quien le mueva de su sitio.

–Comprendo –se evadió el del Consistorio–. Pero qué pasa con el desagravio, que incluiría fijar una placa donde le pete, siempre que no rebase las medidas de un sello de correos, eso sí, de los más grandes...

Melquíades, José y Atilano aguardaron con interés la respuesta del arqueólogo.

Éste, sintiendo sobre sí todo un pasado de sinsabores, estudios y vigiliadas, expresó cortésmente lo siguiente:

–La reparación que se me ofrece la registran en letra redondilla sobre un papel tamaño folio, hacen con ella un canutillo y se lo intentan meter por el culo a Diocleciano, que es aquel que viene en su dirección a toda mecha, muy interesado en caparle de un mordisco.

Cortito pero que incluye un error gordo

Un apeadero en la llanura yerma, al costado de la interminable vía.

El progresivo amanecer mostraba la desolación de cuatro caras.

—Nos quedan centenares de kilómetros hasta nuestro destino — anunció lúgubremente Porras después de efectuar algunos cálculos.

Brevísimo silencio, que inmediatamente se llenó de exclamaciones e improperios.

—¿De quién fue la idea de bajarnos en este desierto...? —bramó Melquíades.

José dio valientemente un paso.

—Asumo la responsabilidad —dijo—. Estaba en duermevela y soñé que llegábamos a la populosa ciudad a que nos dirigimos, por lo que os intimé a descender a grandes voces, tirando en consecuencia de la alarma y provocando la chirriante parada del convoy, ya que éste no tenía lógicamente intención de hacerlo. Reconozco que ha sido una chorrada...

Atilano contemplaba con fatalismo los rieles.

Comenzó a soplar algo de viento. Pasaron dentro del apeadero, conformado por tres agujereadas paredes.

—¡A saber cuándo pasará el próximo tren! —dijo Melquíades.

—Y si para, que ésa es otra —sopesó Atilano, con su acostumbrado realismo.

—A lo mejor se acerca un coche... —apuntó José.

—¡Quién se va a descolgar por aquí! —volvió a decir el adalid.

—Y pensar que a estas horas estaríamos a punto de llegar... —formuló, inconsciente, el arqueólogo.

—¡Calle, calle...! —explotó el gordo, derribando un lateral de la construcción de una patada.

Porras intentó templar los ánimos.

—Se trata de una simple demora. Estamos aquí por alguna razón que no podemos entender, quizá de orden metafísico...

Se quedó solo en su opinión.

—Voy a poner la oreja en el carril —anunció Atilano—. Si trepida, prepárense a detener el tren como sea.

El repartidor se situó junto a la vía a cuatro patas.

Hacia mediodía concluyeron que era mejor ponerse en marcha. La idea partió del estudioso.

—Opino que hacia allí tiene que existir parte habitada —señaló una levisíma ondulación en el terreno—. ¡Algo querrá decir la existencia del apeadero!

122

Un enclave que se llevó la trampa. Locomoción

El único habitante del lugar en ruinas —un viejo— comentaba:

—A esto lo dieron al traste las pasiones, ¿saben...? Pero constituíamos uno de los enclaves más populosos y animados a lo largo de la vía férrea, teniendo en cuenta, claro, que éramos rurales. La población crecía con facilidad y contenta. No había exacciones, sino que los vecinos aportábamos lo que creíamos oportuno para el mantenimiento del común, estando regidos por un alcalde benévolo e imparcial...

—Feliz Arcadia —dijo Porras.

—Usted lo ha dicho —rubricó el anciano—. Aunque sólo por fuera, ya que íntimamente (he dejado entreverlo) bullía la carcoma de que-
rernos hacer la cusca unos a otros, lo que terminamos consiguiendo de manera espectacular, viniendo una televisión extranjera a entrevistarnos. No querrán saber la historia...

—De ninguna manera —denegó Melquíades, ansioso de conseguir transporte para seguir viaje.

—Jamás nos la perderíamos —corrigió el erudito, llevado de su índole.

El lugareño se retrepó en una piedra verdinosa.

—Todo comenzó —dijo— la jornada en que una vaca decidió salirse del establo para colocarse bajo la sombra de una encina. Pertenecía el bicho a la persona más ecuánime que imaginarse puedan... Ecuánime significa, por si lo ignoran, persona de similar carácter independientemente de las circunstancias, lo que no se ha registrado en el orbe, pero el dueño de la vaca es quien más se aproximaba al ideal, vaya esto por delante. El cual sujeto le preguntó con educación a su vecino si sabía dónde se había metido el animal. ¿Y saben cuál fue la respuesta que recibió...?

—Probablemente éste le dijera que no sabía nada —señaló Atilano.

—Exacto. Pero al propietario de la lechera, a saber por qué, le pasó por las mientes que el otro mentía, y se lo dijo. Negó el vecino, interesándose por la razón de que le acusara, a lo que repuso el amo del rumiante que siempre había tenido envidia de su vaca y que se la había robado, o al menos retenido para tocarla en soledad las ubres. El imputado replicó con mucho juicio que dónde iba a guardar un animal tan voluminoso y que podía registrar su casa. Hasta aquí, la cosa podía haber tenido arreglo, pero lo que se pronunció a continuación señaló el punto de no retorno, siendo también el de partida para la decadencia del sitio que ven.

—Pues ¿y qué fue? —interrogó José.

—Ni más ni menos, que el de la vaca juró por las buenas haber tenido comercio con la mujer de su vecino, que éste lo sabía y de ahí el hurto, en venganza.

—Ésas son palabras mayores —dijo Porras.

—¿Y dice usted que el protagonista de su conseja era ecuaníme...? —se extrañó Atilano.

—A partir de lo que cuento se caracterizó por lo contrario —admitió el de pueblo—, y contagió por doquier su desazón, empezando por su otrora pacífico vecino. Aquí no estaban las costumbres tan evolucionadas como en las ciudades, esas modernas Sodoma y Gomorra; de ser así, no habría pasado nada... El caso fue que mientras uno enrojecía, correspondiéndole el palor a su contrario (tiña cada cual a quién) se presentó la cónyuge aludida, con el desdichado agravante de llevar suelta una sandalia que sin mayor preocupación se ató sobre un cercado atrayendo el interés sobre su empeine, lo que supo apreciar el de la vaca, mirada que a su vez registró el esposo, encontrando en ella la confirmación a la calumniosa aseveración de aquél.

—Siempre la misma historia —murmuró desengañadamente el arqueólogo—. ¡Cuántas culturas que llegaron a la cima fueron precipitadas al abismo por un motivo semejante, borrándose su recuerdo sobre la tierra!

—No me asombra —aseguró el anciano—. El asunto de la vaca —continuó— pasara a un total segundo plano, al cual estúpido rumiante encontraron dormitando bajo la mencionada encina cuando ya

era tarde y corriera por el pueblo que su dueño poseyera a la mujer de su vecino. A partir de aquí, creció sólido y firme el edificio de los pecados capitales, señoreando entre todos la lujuria, que corrió del brazo de la saña y de la envidia, no encontrando los antiguos pacíficos habitantes hora de sosiego ni de día ni de noche, sospechando continuamente unos de otros. Y lo que fue peor, tropezando a cada paso con la rotunda confirmación de los celos más alambicados, y me perdonarán si no quiero entrar en más detalles, que con lo dicho ya les basta.

—Háganos la gracia —solicitó José— de apuntar medianamente las consecuencias prácticas del infierno que se dieron ustedes mismos.

—Las podrán imaginar. Los campos fueron abandonados, alcanzando el estado en que ahora se ven; el ganado se dejó de alimentar, incluida la vaca de marras, a la que además se le rebanaron las ubres, se llegó a insinuar que por venganza, aunque también se dijo que por pasar el rato... Los hogares adquirieron el sello de la desatención, socializándose el estupro, la anarquía y las malas contestaciones, cuando anteriormente ningún pueblo nos ganara en cortesía. El ruido de puñetazos y de huesos rotos llegó a sernos indiferente, si bien se fue amortiguando por la despoblación y las frecuentes defunciones...

Porras, dándole un codazo de inteligencia al adalid, interrogó al vecino:

—¿Con qué medios de locomoción cuenta la zona?

—Comprendo que se quieran ir —repuso el lugareño con tristeza—. Yo también lo haría, si pudiera... —y al cabo de largos segundos añadió—: Dispongo de un carretón que, si me lo pagan bien, es suyo.

Cuchichearon entre ellos. Afirmó Melquíades:

—Nos lo quedamos.

—El tiro es aparte.

—¡Engánchelo!

—Es un buen animal... —dijo el hombre—. Se llama Saleroso.

—¿A cuánto nos saldrá todo? —preguntó Porras.

Se les dijo.

—¡Qué barbaridad! —protestó el adalid—. ¿Cree que somos millonarios?

—Siempre se pueden quedar y reconstruir el pueblo...

Soltó la tela Porras.

Informó el dueño:

–Es un caballo muy particular. Deberán tratarle como si fuese una persona...

–Vayamos a verlo –dijo el líder.

Se encaminaron a un cobertizo.

–Cariño y comprensión –recomendaba el oriundo–. Y látigo, ¡mucho látigo! –agregó considerando compatibles ambos extremos.

El establo tenía una abertura lateral, por la que Melquíades introdujo la cabeza para echar una mirada. Inmediatamente, se oyó un golpe contra la pared y el adalid reculó de un salto al exterior. Su cara tenía el color de la luna sobre los barbechos en invierno.

–Tiene la mala costumbre de cocear al que se asoma. Me había olvidado de advertirles.

123

La locomoción se da un garbeo sola

–Saleroso –comentó quien lo vendía– tuvo una niñez difícil, más o menos coincidiendo con lo de la vaca, a quien tomaba por su madre y de la que, en cuanto nos descuidábamos, mamaba. La verdadera se escapó corriendo tras el tren, al que confundió con un semental. No era buena esa yegua, no señor: tenía ansias...

Dentro se oían los pesados pasos del caballo.

–No le gusta que hablemos de su madre.

El vecino trasteó con una correa en la abertura y consiguió atraer al cuadrúpedo, al que propinó un latigazo en los hocicos. Estuvo el animal cuarto de hora dando coces.

–Lo único, es que hay que pillarle descuidado y que nunca cae dos veces en la misma. En cuanto se le hace una no la olvida. ¡Lo que me he divertido yo con Saleroso!

Melquíades, que anhelaba partir cuanto antes, afirmó:

–Sabremos manejarle.

El caballo se lanzó de costado hacia su voz, haciendo trepidar el cobertizo.

–Hoy está especialmente nervioso –dijo el campesino–. Va a ser difícil ponerle los arreos.

–Intentémoslo –mandó Porras.

Aquél les dijo dónde estaba el carruaje.

–En cuanto lo traigan, abriré la puerta –dijo–. Saleroso lo entenderá como una provocación y acudirá como una bala. Veremos si lo engancho... –se santiguó–. Atentos, que no tendremos otra oportunidad...

Asintieron con la boca seca.

Aconteció la prevista reacción del bruto... que en seguida se vio sujeto al atalaje. Durante fugaz instante apreciaron su figura contrahecha, intentando zafarse de la trampa. Al no lograrlo, rebasó el circuito humano para ganar rápidamente el campo, donde se fundió con el paisaje.

–¿Por qué no lo han cogido? –preguntó en tono de reproche el campesino.

–¿De verdad quiere saberlo...? –interrogó afiladamente el estudioso.

El lugareño consideró oportuno tranquilizarles.

–No se preocupen, volverá a la noche.

Era oscuro cuando Saleroso estaba de regreso. No quedaban del coche más que unas astillas que botaban jubilosas en el suelo tras los arreos.

–Tengo otro carro –anunció precipitadamente el anciano.

La excursión templara la fogosidad del noble bruto. No hubo ya problema para unirle a una tartana descubierta que el del pueblo hizo infructuosos intentos por cobrarles.

–Porque no me gusta extorsionar –decía–, pero vale una riñonada.

–La que se le deja intacta –dijo Porras, con salida que fue muy apreciada.

Inmediatamente partieron. Conducía Atilano, que tomó la dirección del apeadero para remontar a continuación la vía.

La llanura se ofrecía solitaria y poética bajo el satélite menguante. Los viajeros no se atrevían a conversar, temerosos de alterar la inestable psicología del caballo.

El cielo se fue encapotando.

Un lejano trueno, y un blanquecino fulgor se extendió por la planicie. Saleroso, inquieto, dio un bandazo. Principió a llover con fuerza.

—Con tal de que no eche a correr... —musitó José.

El animal pareció haber comprendido, pues adquirió velocidad.

—¡Más despacio...! —dijo Melquíades.

El repartidor tiró de las riendas.

El cuadrúpedo se lanzó al galope.

—¡Frénelo...! —ordenó Porras.

—¡Dígame cómo! —exigió el auriga.

—Si le diéramos con el látigo... —propuso José, acompañando la acción a la palabra.

Saleroso dio de sí como si escapara de un incendio.

Ocho glúteos subían y bajaban alternativamente del piso, en sincronía a los obstáculos sobre que rodaba la tartana, que prometía desintegrarse de un momento a otro. El soñador hizo amago de volver a flagelar al animal, pero el arqueólogo, adelantándosele con grave riesgo de su integridad, le arrebató la correa, arrojándola por un costado.

Saleroso devoraba enloquecido los kilómetros. El aguacero les azotaba el rostro, y los truenos se confundían con el traqueteo de la marcha. Los relámpagos iluminaban cada poco los odiosos cuartos traseros de la bestia, lustrosos por la lluvia, y su cola estropajosa, que se movía con paroxismo a derecha e izquierda como la batuta de un director de orquesta.

Consideraban inminente el vuelco.

124

Uno duerme y otros velan

La tormenta fue cediendo; se espaciaron truenos y relámpagos. Saleroso, agotado por la carrera, dulcificó el paso hasta llegar a detenerse. La oscuridad era completa.

Se oyó una voz:

—¿Estamos incólumes?

Era José.

—¡Hable en susurros, se lo ruego! —dijo Porras, predicando con el ejemplo.

El caballo golpeó el suelo con la pata. Acezaba.

—Creí que no lo contábamos —pronunció Melquíades para el cuello de su camisa.

—¿Cómo dice? —inquirió Atilano en tono corriente.

Resopló la fiera: brincaron cuatro corazones. El arqueólogo atemperó, vivaz e invisible, con la mano.

Un relámpago aislado iluminó la planicie, pintando de plata las leves depresiones del terreno. Saleroso agitó sus orejas, y un calambre le sacudió los costillares.

Pasó mucho tiempo antes de que el clase baja se atreviera a verter esta opinión:

—Me parece que no ha quedado con más ganas.

Saleroso, con su aparente facultad para entender, les arrastró unos metros.

Nuevo silencio. Volvió la lluvia.

La primera luz del alba resbaló sobre el caballo, que dormía en postura inverosímil: su pecho descansaba en el camino y su grupa se elevaba colosal merced al atalaje.

Cuidando no despertarle, descendieron.

Anunció Porras, después de alargar el cuello al horizonte:

—Hemos corrido en dirección contraria. Estamos más lejos de destino que cuando abandonamos el tren.

Pausa. Soplaba un ligero vientecillo.

—Correremos mejor albur —recomendó José con un susurro— si nos vamos a pie. Este animal es ingobernable.

Saleroso abrió un ojo.

Instintivamente, se precipitaron al carro. Atilano se puso de nuevo al pescante, y el caballo emprendió suave marcha sin variar el sentido.

—¿No es capaz de hacerle dar la vuelta...? —gimió Melquíades—. ¡Cada vez nos alejamos más!

El repartidor no contestó. Sostenía las riendas como si fueran de cristal.

Silenciosa desesperación se adueñó de los espíritus.

La mañana avanzó sobre los campos encharcados, alternándose el orvallo con intensos chubascos, mientras el carruaje era arrastrado sin tregua por el tenaz caballo.

Poco a poco, se adormecieron.

Atilano intentó aguantar en el pescante; pero el trote, junto al hipnótico movimiento de la cola de la bestia, terminaron obrando sus efectos. Lentamente se fue inclinando de costado...

125

Pueblerino. Etopeya equina. Incendio

Despertaron en la plaza mayor de un pueblo, rodeados de centenares de vecinos. Saleroso, inmóvil, se concentraba en un punto impreciso del adoquinado.

—Buenas tardes—les saludó un hombre de aspecto dominante, poniéndoles en antecedentes de que era ya doblada la jornada.

Descendieron con presura, enviando a la muchedumbre aturridas miradas.

—Buenas tardes—respondió, tibio, Porras en nombre de los cuatro.

—Así que nos han traído a Tornasol...

Parpadeó púdicamente el erudito.

—¿Tornasol...?

Aquél apuntó al animal con una vara.

—Se llama Saleroso—corrigió Melquíades con su mejor sonrisa.

—Nosotros le conocemos por el nombre señalado—insistió el otro—, y contábamos con que no volviera a pisar aquí.

Atilano vio la necesidad de explicar:

—Nos hemos desviado ligeramente del rumbo.

—Pero en seguida nos marchamos—agregó José, con la intuición de que no eran bien acogidos.

—No tengan prisa—dijo el del bastón, interesándose por sus relaciones con el bicho.

—Es de nuestra propiedad—reveló Melquíades con nada parecido a la jactancia.

Murmullos.

—¿Lo han comprado...? —arqueó una ceja el hombre, y al asentir aquéllos, se sintió inclinado a precisar—: No es buena adquisición. Lo mejor que se puede hacer con Tornasol es meterle cuatro tiros en la barriga.

Rumor de asentimiento. El animal no se dio por enterado.

Porras se interesó por su mala fama.

La cara del portavoz se arrugó con una mueca de primordial tristeza. Volviéndose a sus administrados —era el alcalde— como buscando refrescar la memoria de los hechos, resumió:

—Entró Tornasol en nuestras vidas merced a la engañosa venta de un gitano, que se lo cedió a mi padre con hiperbólicas lisonjas acerca de su condición y su carácter. Las esperanzas se marchitaron el primer día que Tornasol (le denominamos así por el pelaje) pasó en su nuevo hogar. Desde el establo en que fue acomodado para pernoctar quiso entrar en la cocina a través de un ventano condenado que el bruto consiguió abrir a cabezazos...

—Caramba —expresó con dolida simpatía el erudito.

—Mi pobre madre, que gloria haya —continuó éste—, gritó de susto al verlo, arrojando la sartén donde cocinaba la cena, de lo que surgió un incendio que en minutos devorara la vivienda. Se consideró que el caballo no fuera responsable... —puso cara—. Acogidos con el animal en el hogar de unos vecinos, éstos no tuvieron otra ocurrencia que poner sobre el bicho a sus pequeños, tirando súbitamente al monte jinetes y montura y debiendo en consecuencia reunir una partida de rescate que logró en algunos días encontrar sanos y salvos a los niños, alimentados de bellotas y un poco ya cimarrones, lo que se corrigió con un buen baño y los cariños y besuqueos de su madre. Mi progenitor (azuzado por los vecinos papás, que están aquí presentes) decidió enajenar a Tornasol, colocándolo con arte a un chatarrero, cuya mercancía despeñó el de cuatro patas por el primer barranco que encontró sobre el camino. Hubo mi padre de resarcirle en metálico, falleciendo a los pocos días de muerte natural, en lo que le imitó su esposa y casi se animó su hijo, quien les habla. No se quiso en el pueblo saber más del caballo, siendo alejado definitivamente con antorchas, pues pugnaba por volver noche tras noche... lo que no hiciera hasta su llegada de

ustedes a la villa. Ésta es la sucinta historia, de la que si no tienen inconveniente relataré su epílogo...

Se alzó una voz entre la gente.

—¡Tengo la espingarda apuntando a Tornasol!
Asintió, aprobador, el alcalde.

—Nos vamos en seguida —volvió a decir José.

Carraspeó el del bastón.

—El epílogo tiene relación con el desastre.

—¿Desastre...? —repitió por pura cortesía el adalid.

—El que ocasionaron al llegar —informó, melifluido, aquél.

Porras movió circularmente la calva.

—Sentimos mucho... —se disculpó.

—Bastará con que paguen la cantidad que estoy calculando mentalmente —el alcalde puso los ojos en blanco.

Crecieron los murmullos. Saleroso comenzó a dar muestras de impaciencia.

—Les dejamos el animal y el carro —ofreció Melquíades, viendo que las cosas se ponían feas.

Sonrió ampliamente el regidor.

—¿Y el farolillo...?

—¡También el farolillo! —dijo Porras, buscando con la mirada el que llevaban y que no habían tenido ocasión de utilizar.

Había desaparecido.

—Se habrá caído —aventuraron.

—¿Les digo dónde...? —anunció el alcalde con aire travieso—. A la entrada, derramándose el petróleo... lo que no habría tenido importancia de no arrancar la llanta metálica del carro unas chispas que han tenido la virtud de prender el combustible, comunicando el fuego a unas vigas que, por puro azar, conformaban lo substancial de un edificio que en el momento en que hablo se encuentra reducido a cenizas, como se infiere por el olor a quemado que no pueden dejar de percibir y la columnilla de humo que se eleva al cielo a sus espaldas. Y esto —incrementó la sonrisa— ha ocurrido mientras dormían a pierna suelta sus causantes, los felices dueños de una bestia proclive a los incendios sin descartar otras anécdotas que me callo para no aburrirles...

Gustó a los vecinos la retorcida facundia del consistorial.

Reacción cuadrúpeda

El alcalde golpeó su vara contra la palma de la mano, tan ancha que parecía capaz de sostener el carruaje. Detrás, a expensas del movimiento de su prócer, oscilaban los vecinos, entre quienes destacaba el propietario del inmueble destruido, reconocible por su tiznado rostro y su expresión consternada.

Saleroso –Tornasol, como allí le conocían–, figuraba ajeno al lance, e igual que si su silueta no se encontrara en el punto de mira del anónimo de la espingarda, con el rotundo beneplácito de la población. La apariencia, no obstante, distaba de representar las verdaderas intenciones del inteligente. Con la diabólica astucia que quien le trataba llegaba a temer y a respetar, el cuadrúpedo fraguaba su respuesta.

Mientras el círculo se estrechaba por milímetros, el animal piafó apenas con un casco. El gesto pasó desgraciadamente inadvertido, absorto como estaba el interés general en los del carro.

Sin otro aviso, arrancó de un mordisco la solapa de la chaqueta del regidor del municipio, evidenciando una pechera toscamente zurcida y sin amor. Luego, embistió de lado a uno que se le había acercado temerario y que se abrazó en insospechado fervor con el alcalde.

Crecido por el éxito, y como si necesitara otear el horizonte, se alzó el bruto sobre sus patas, golpeando al descender varias cabezas que hubieran deseado emplearse en otra cosa, así fuera estudiando. De nuevo en tierra reculó empujando el carro, cuyas ruedas montaron por encima de livianas alpargatas.

Los de primera fila presionaron sobre los de segunda, quienes a su vez lo hicieron empujando a la tercera, donde se colapsó el instintivo movimiento de retirada. Los de más atrás no alcanzaban a percibir fidedignamente lo que ocurría, y sólo divisaron con intermitencia el irritante perfil de Saleroso, quien repitió bocado a la camisa del alcalde, dejándole desnudo un pectoral donde pudieron apreciarse desmañados pelos en torno a la tetilla.

Porras vio la oportunidad.

–¡A la tartana! –ordenó.

Arrancó el tiro, aprovechando la desbandada. Sonó un disparo.

Volvieron a dilatarse los campos a la vista. Saleroso trotaba con su habitual viveza, deshaciendo los kilómetros superfluos.

—Este Saleroso es un pedazo de caballo como existen pocos —le alabó Atilano.

Parpadeó agradecido el de cuatro patas.

Alcanzaron el apeadero, continuando a lo largo de la vía.

—Creo que calculé mal la distancia —dijo Porrás—. Con suerte, y si el excelente animal no revienta, mañana llegaremos a la urbe.

—¿No estamos, pues, a los kilómetros que dijo? —se sorprendió favorablemente el gordo.

Negó el arqueólogo.

—Iremos de cabeza al periódico, donde, con agudeza y ciertos informes que guardo en la cabeza, encontraremos el feliz desenlace de su curioso caso.

Palmeó, pueril, el adalid.

El caballo efectuó alguna parada en la noche para engullir unos arbustos, capacidad que hubieron de envidiarle, así como la de dormir en su peculiar postura de abatir la delantera manteniendo las ancas al nivel de la carreta, a lo que también se entregó en distintos tramos.

127

Viajero a la orilla del camino. Su pequeña historia

De día, distinguieron un punto a la orilla del camino.

Conforme se acercaban, el punto tomó la forma de un caballero que aguardaba a pie quieto con una maleta de color marrón. Les hizo señas.

Saleroso, que les venía siendo propicio, efectuó una parada impecable.

Preguntó el hombre, levantándose el sombrero:

—¿Les importaría llevarme?

—¡Faltaría más! —dijo Melquíades.

Le ayudaron a subir. Su edad era mediana y predominaba la viveza en su expresión. Una vez acomodado, Saleroso volvió a tirar de la tartana.

—Me llamo Julián Agridulce —se presentó el nuevo pasajero—, y soy vendedor de pajaritas y corbatas; género superfluo, me dirán, en este país de descamisados... Y tienen razón, aunque sabiendo explotar el estrechísimo filón puede uno ganarse modestamente la manduca. ¡Mucho peor es vender peines! —expresó con un rencor que revelara que ésta fuera su industria en algún momento del pasado—. Vender peines en caminar directos a la ruina. La gente va desgredada en esta desdichada nación nuestra, desenmarañando únicamente sus cabellos el día de su onomástica (cuando la celebra) y esas otras dos jornadas como son la de la boda y la luctuosa del entierro, la última a cargo del embalsamador... ¿Quieren decirme cómo se puede vivir de semejante representación con el consumo estricto que efectúan los paisanos...?

—No se nos ocurre —confesó Porras, impactado como todos.

—Eso sin olvidar —le dijo Agridulce al erudito, observando oscuramente su bruñida calva— los que como usted no tienen materia que atender y que constituyen un torpedo en la línea de flotación del negocio... Aunque también reconozco que sabiendo introducirse en los ambientes adecuados, es posible especializarse en el comercio de peinetas o púas de bandurria, que aunque no lo crean se venden como rosquillas...

Escuchaban curiosos al vendedor, en quien el lector identifica al que se hospedaba en la pensión de la Azurmendi y que partió en compañía del Cazahombres y Pacomio, hasta que la sociedad se disolviera.

Alzando la vista esperanzado a las rosadas nubes, agregó:

—Pasé una etapa, que califico de gloriosa, introduciendo ropa interior femenina, si saben lo que es esto, que por lo menos a dos les veo inocentes. Las anécdotas más jugosas las acopié en este terreno, pero también los más desagraciados sinsabores. Para empezar, usualmente me robaban el género en la pensión, y no intenten imaginarse los apuros que sufría luego intentando describir el muestrario en mercerías, o también a domicilio ante la suspicaz mirada del marido... Fui detenido en diversas ocasiones acusado de proxeneta o de corrupción de menores, a pesar de que, dado lo delicado de mi tarea, yo siempre les pedía a las clientas el carnet de identidad. ¡Pero las veces que me engañaron, falsificándolo...! Terminé desilu-

sionándome, y ahora, si tropiezo con la Pareja, les enseño tranquilamente lo que llevo y todavía nos tomamos juntos unos vinos. No quiero decir con ello que no guarde en el doble fondo de esta maleta jacarandosas corbatas cuyo estampado ruborizaría a una montaña de granito... –insinuó, chuleta.

Atilano, sin volverse, no perdía palabra.

Melquíades hubo de expresarse de esta forma:

–Su profesión es loable, prodigiosa. ¡Usted atiende la humana vanidad, que en el fondo es inocente, aunque se intente perseguirla como, en las largas siestas de verano (el que las pille), busca el durmiente aplastar a la zumbona mosca o al mosquito que vienen a turbar el descanso! La encomienda a su persona significa el lubricante que engrasa la social maquinaria...

José había escuchado, reprobador.

–¿A qué faceta de Agridulce te refieres? –preguntó.

–¡A todas! –exclamó el líder al límite de su entusiasmo.

Dijo el vendedor, estrechándole ambas manos:

–Le estoy sinceramente agradecido por presentar un oficio que creí modesto y con ribetes cutres, bajo la feérica luz de sus palabras.

–Todo lo que usted quiera –intervino Atilano, hablando por una esquina de la boca–. Pero ha pasado de puntillas sobre la razón concreta de que abandonara sus anteriores representaciones (en particular la más golfante, si sabe a cuál de ellas aludo) por la actual de las corbatas.

–Sufrió –repitió el vendedor con el mayor esquematismo.

El de ultramarinos se expresó ahora por la opuesta comisura:

–Me temo que la contestación encubre un mar de arcanos.

–Cierto –admitió Agridulce–, y es imperativo que les cuente de mis ilusiones marchitas en el fondo del barril...

–¿Qué barril? –preguntaron todos a la vez.

Saleroso avanzaba pizpireto. Picaba el sol, como animando a explayarse.

–Vaya lo que sigue –brindó el representante– como modesto pago de su amabilidad al llevarme... En una casa de las normales de familia –comenzó– en que el contenido de mi maleta llamara la atención de la señora, fui requerido con zalemas para que dejara el género en depósito, en espera de una reunión que haría en el patio

por la tarde el personal femenino de la casa, hipotéticamente interesado en proveerse de lo mío. Fingiendo que aguardaría el veredicto yéndome a comer a la posada, me escondí en el fondo de un barril que allí tenían, con la esperanza de contemplar a las damas en su ser...

“Era verano y un surtidor refrescaba la calígene, se arrullaban las palomas y las chicharras daban la matraca acostumbrada. Me había llevado un bocadillo de tocino con el que entretener la espera, que fue larga, pudiendo incluso descabezar un sueñecito...

“Desperté con el sonido de unas voces, acres, desabridas, correspondientes a enjambre de amigas y cuñadas. Me las prometí felices divisando sus donaires, a través de la espita del bocoy, según se iban probando mi muestrario, pero la frustración fue casi inmediata...

–Vaya putada –se decepcionó Atilano.

–Lo cierto fue –confirmó el representante– que, desinteresándose del género (era otra España que la actual desarrollada y que se ha asomado al extranjero, contaminándose de sus costumbres), dieron en ponerse unas a otras de chupa de dómine, lo que en el caso significó que se reprocharon haberse estorbado mutuamente, por celos, los novios en su juventud, algo lejana a la sazón. Y se encontraban casadas al presente, de manera respectiva, con un camandulero que la máxima atención que las prestaba residía en el rutinario ejercicio semanal de arquear el brazo conduciéndolas a misa, que como nadie ignora es esa representación sagrada que la mayoría hemos abandonado merced a los argumentos de un sofista... Y, a lo que iba, cada cual era nostálgica de su respectivo pisaverde, cuya pérdida imputaba a las demás, haciéndose acusaciones más o menos vagas que se remontaban a los años del colegio...

–Hablarían de los hijos... –apuntó José.

–¡Naturalmente! Y todas sin excepción les habían bautizado como el añorado lignoncete que un día, harto de comidillas y prejuicios, se sacó su billete de autocar encaminándose a la capital, de donde las llamaría tras su triunfo memorable, en actividad preferentemente poética, de la que darían noticia los periódicos. Como es lógico y natural –se entristeció–, la prensa no llegó jamás a registrar esta ilusión.

Flecos de la pequeña historia

—Seremos obtusos —se ensombreció Porras—, pero no acabamos de comprender que el desengaño le apartara definitivamente de la lencería femenina.

Agridulce refregó sus nalgas contra el fondo de la carreta.

—Al saber a esas cotillas —explicó— tan incommovibles en su recuerdo del berzotas de su adolescencia, se me derrumbó mi propia idealización hacia ellas, que extrapolé al género que por oficio tra-jinaba. Si por lo menos, desde el barril, hubiera contemplado una excepción...

—¿No la hubo? —interrogó José.

—En realidad, sí; pero fue aquella tópica sin la que no se puede confirmar la regla. Y entre esto y aquello, se me endureció el corazón como una piedra, forzándome a malbaratar las muestras, con cuyo rendimiento adquirí la masculina mercancía que vengo suministrando por doquier, no sin antes intentar la representación de peines, que me recordaba demasiado la antigua clientela (era la misma), por lo que también la abandoné, yendo a recalar tras una serie de tumbos en lo que actualmente llevo, siendo conocido por mi carácter alegre que encubre un océano de amargura y soledad. ¿Les confesaré que aún lloro por las noches en homenaje de lo que pudo haber sido y no fue...?

—Mejor que se lo calle —dijo Atilano, sin apartar la mirada del camino.

—Los hombres guardamos más nobleza —insinuó Melquíades.

—En parte de acuerdo —aceptó el de la maleta—. Y no convengo del todo porque es una verdad que hay que ir aceptando por grados, hoy un poquito, mañana más... hasta hacer suya (nuestra) su completa evidencia.

Se quedaron un rato pensativos.

—No nos ha dicho qué pasó luego —señaló el líder.

Julián Agridulce se puso enormemente serio.

—Dilucido que se quiere referir a mi reunión posterior con las señoras...

—Así es.

–Poco hay que contar –manifestó éste con un suspiro–. Vendí sin ganas, no recuerdo si poco o mucho, y me emborraché con un dinero que me quemaba en el bolsillo. Esa noche y las siguientes (durante el día todavía intentaba colocar alguna blonda), vagué solitario por las bulliciosas calles o que tal me parecían...

–¿Habría cambiado algo de haberlas disfrutado a ellas visualmente desde el bocoy que fue su tumba de ilusiones? –preguntó Atilano, aguardando la respuesta con el máximo interés.

Julián Agridulce contempló su nuca, receloso.

–¿Me guardarían el secreto? –pidió.

–Cuenta con ello –le tranquilizó el gordo.

El comerciante respiró en profundidad.

–Pues bien, sí –corroboró.

Inquirió el arqueólogo, vacilante:

–¿Interesaría la opinión de un estudioso, acostumbrado a valorar con imparcialidad los hechos?

–Jódase –fue la respuesta de Agridulce.

Porras le miró contento.

–¿Sabe que me ha gustado su respuesta? –dijo.

–Tanto mejor –convino aquél–. Pero si no busco yo el aplauso fácil, tampoco la comprensión de los mejores.

–Quien más quien menos persigue el beneplácito de los cretinos –sugirió el repartidor.

–No seré yo quien lo niegue.

Avanzaba el día en la llanura.

129

Ciudadano. Una extorsión

Se rendía la noche cuando entraron en la ciudad lugar de su destino. A Melquíades le palpataba, aprensivo, el corazón.

Obreros, menstrales, delincuentes y trasnochadores llenaban profusamente las aceras.

El carro, traqueteando sobre el empedrado, discurría entre aquellos galeotes que todavía llevaban el sueño pintado en el semblante. Serpenteaban bicicletas comandadas, sin excepción, por un sujeto adusto, provocando la añoranza de Atilano. El tráfico en su con-

junto originaba algún resabio en Saleroso, que se esforzaba a pesar de su cansancio por mantener la dignidad animal de su tracción.

La compacta masa les hizo desear las abiertas soledades de la víspera, inflados los pulmones de aire inmaculado, mientras que ahora apenas se atrevían a aspirar la hedionda mezcla gaseosa ciudadana.

Al doblar una esquina, un desempleado afirmó refiriéndose a Saleroso:

—Este caballo tiene cara de cabrón.

El noble bruto, cuyas puntas de las orejas se doblaran nada más entrar en población, volvió a aguzarlas con el sentimiento del honor agraviado. Lanzando un bocado al belitre autor del comentario, le hurtó serio porcentaje de su derecho pabellón, escupiéndolo luego despreciativamente al suelo, donde numerosas ratas se disputaron el cartílago.

—Tranquilo, Saleroso —Atilano preñó su voz de transigencia.

El animal torció el hocico, como queriéndose justificar ante el auriga.

El erudito le dijo al vendedor:

—Tendremos sumo gusto en dejarle donde le resulte conveniente.

—No quisiera retrasarles.

—Disponemos de tiempo suficiente —señaló Porras—. Quien esperó tanto —miró a Melquíades—, podrá hacerlo un poco más.

Comenzaban a abrirse los comercios.

—En ese caso —aceptó Agridulce, dirigiéndose al de ultramarinos—, tenga la bondad de seguir recto; posteriormente tuerza a la izquierda, pase cuatro bocacalles hasta desembocar en una plaza y, rodeándola, introdúzcase por la tercera travesía, aunque tendrá que hacerlo por la anterior o consecuente, pues aquélla es de dirección prohibida. Hacia la mitad de ésta, se encuentra un característico edificio pintado en su origen de color de aceituna manzanilla, pero que actualmente se asemeja más bien al de bosta de gorila empachado de membrillo. Del comercio de la fachada, si la memoria no me falla, emerge un toldo en el que figura en letra gótica la designación de “Tejidos Soberanos”. ¡Éste es el final de mi periplo!

Porras investigó su rostro, del que obtuvo suficiente apoyatura para hacerle esta pregunta:

—¿Desearía hacernos partícipes de algo en particular?

Agridulce se sorprendió de veras.

—¡Admirable perspicacia la suya! —concedió—. ¡Ya lo creo que me gustaría descargarle! Pero antes, debo entrar donde he dicho, recabando determinados datos que inclinarán mi confesión a una parte o a la otra. Ah, ya hemos llegado...

Estaban ante el comercio, en la parte opuesta de la calzada. Dos señores conferenciaban a la puerta.

El representante descendió del vehículo.

—No tardaré —y se aventuró a cruzar la calle.

Llegaban retazos de conversación.

—¡Sólo pido un plazo más! —rogaba quien por las trazas era el propietario—. ¡Apenas unos días...!

—¡Siempre la misma cantinela! —protestaba su interlocutor.

—¡Bueno, amigos...! —terció el de las corbatas, con aplomo.

Los tres hombres entraron en la tienda.

Al cabo de una hora, emergió Agridulce con su maleta considerablemente más ligera, a juzgar por los volatines que efectuaba con ella.

Cruzó de nuevo.

—Les invito a una gaseosa.

Entraron en una botillería de la misma calle. Atilano salió para darle un azucarillo a Saleroso.

—Y ahora —le dijo Porras al representante—, desembuche.

Éste apuró un sorbo, contemplando seguidamente el líquido al trasluz.

—Habrán notado —se apuntó las facciones con mayoría de dedos— que he salido más cariacontecido de lo que entré, y ya lo hacía con reservas... —al asentir los otros, prosiguió—. Pues bien: resulta que el dueño de “Tejidos Soberanos” está siendo extorsionado por una marrana deuda de juego, que son, como se sabe, las que traen peores consecuencias, no pudiendo solicitarse el amparo policial ni de la justicia, aunque sí el de los amigos... —hizo una pausa—. En esta categoría me sitúo yo, y créanme que lo siento grandemente. Soy el único que le queda al moroso... o el más disponible, en lo que tuvieron parte ciertas ventas, conocidas de él y que ha amenazado revelar, que efectué en mi pretérito lencero y a las que algunos maridos aún le andan al rastro, no habiendo quedado muy conformes de las

circunstancias que concurrieron en aquéllas. Como se ve, el chantajeado se adorna de la protervia de quien le achucha...

Se miraban entre sí con compromiso.

—No acaba en esto la cuestión —siguió Agridulce—, viéndose complicada la existencia del comerciante, llamado José Carlos, con la correspondiente de una hermana que responde por Marisa, a la que se debe esconder la precaria situación del negocio familiar, aunque él sospecha con bastante fundamento que ella está al cabo de la calle, razón por la que la mujer se pasa el día de hocicos. Hace un instante, según me esperaban ustedes, he cedido como adelanto mi muestrario, y en particular su doble fondo, al individuo que sin duda han visto y que se encontraba hablando con el dueño acerca de la definitiva resolución del caso, vale decir, el pago con sus correspondientes intereses. La verdad es que tratar con José Carlos es siempre una aventura, y acudía a verle no sin recelo, que se ha visto enteramente justificado... ¡Si esto no es un amigo —se dio puñetazos en el pecho—, aunque sea a la fuerza como yo, será que no existe mañana inclinación en el mundo!

130

Se deshacen de la locomoción. Amparan a una dama

Penetró en el establecimiento un municipal. Cortejando sus peores sentimientos, inquirió:

—¿Es de alguien ese maldito trasto? —y enfiló un pulgar corto y retorcido hacia la calle.

—¿El carromato? —dijo Melquíades.

—Como lo quiera llamar.

El adalid admitió la propiedad.

—Me lo retiran —ordenó el guardia—, o lo confisco y llevo al animal al matadero.

Y se retiró tras gorronear una gaseosa.

Saleroso, afuera, era blanco de la plural consideración de unos muchachos. A través de los sucios cristales del barucho, admiraron la paciencia del cuadrúpedo. Sintieron que le habían cogido cariño.

Julián Agridulce golpeó su vaso contra la mesa.

—Conozco a un tipo, propietario de un galpón, que aceptará custodiar tiro y carreta.

El lugar estaba cerca, y se accedía por unas puertas cocheras protegidas por guardacantones. Vulnerada la entrada, un patio se atestaba de cachivaches. Saleroso observó el interior desde la calle.

Surgió de entre los trastos un señor con impermeable.

—¡Hernando...! —se le dirigió el representante.

El citado le miró.

—¿Le conozco? —preguntó.

—¡Soy Julián Agridulce! —insistió éste—. El antiguo expendedor de sabrosa lencería, de la que abusabas, no diré cómo, a espaldas de la ley, amenazándome con revelar mi paradero que sólo tú conocías y del que tantos deseaban enterarse. No habrás olvidado cuando, huyendo de la turba, me despeñé en este tu mismo vertedero, cayendo ipso facto en tus afiladas garras...

—Voy haciendo memoria —dijo Hernando—. Ocurrió un jueves...

—Miércoles.

—Jueves —porfió el otro.

—Era un miércoles como una casa.

Cedió Hernando.

—Te estaba poniendo a prueba —dijo—. ¿Qué se te ofrece?

—Se trata de Saleroso, el peculiar jamelgo que figura en tus umbrales.

El otro echó un vistazo.

—Entiendo —masculló—. Lo ultimaré sin hacer ruido...

—¡No! —barbotó Agridulce—. Quiero que lo guardes hasta nuestro hipotético regreso. En la calle llama demasiado la atención.

Reflexionó el del impermeable, masajeándose las mejillas mal afeitadas.

—Discierno un airecillo de misterio que no estoy seguro de aprobar...

El representante le dio una fuerte palmada en el hombro.

—¡Vamos, Hernando, con lo que has sido y lo que eres...!

—Esa razón ya me convence —aseveró el chatarrero—. Quédate tranquilo, que yo me encargo de la bestia. ¿Amigos tuyos...? —reparó en los restantes.

—Viajamos juntos.

—Son los que te han metido en dificultades, ¿eh? —Hernando le hizo un guiño cómplice.

—Al contrario. Eventualmente, seré yo quien les complique.

Sus compañeros le miraron inquisitivos.

—Si pasado un tiempo prudencial —ponderó el de las corbatas—, o lo que tú entiendas por tal, no volvemos, puedes quedarte con el bicho y la tartana.

Melquíades movió los brazos como si se dispusiera a saltar de un trampolín.

—¿No dispone con llamativa ligereza de lo que no le pertenece? —le reprochó.

—Quizá —admitió aquél—. Pero prueben a seguir en la vía pública con eso —y adelantó una sien hacia el caballo.

Dijo Porras:

—Encuentro la solución satisfactoria. ¿Nos vamos?

Ya lejos, sentían haber hecho traición a Saleroso.

—Es lo mejor —les consoló Agridulce.

Una mujer les había venido siguiendo desde el perímetro de “Tejidos Soberanos”. Vestía con esmero y doblara hacia un lustro, en medio de copiosa incertidumbre, el promontorio medio de la vida. Dominando un escrúpulo interior, les alcanzó.

—Señores...

—¿Es a nosotros? —replicó José.

—Principalmente, al que huye como un cobarde —contestó aquella, sulfurada, refiriéndose a Agridulce, que encabezaba la marcha unos pasos por delante—. ¡A ése, que carece de redaños para socorrer a un amigo que no ha tanto hiciera lo propio con él!

El representante, rojo como ciertas frutas en sazón, giró sobre sus agujereados talones.

—Todavía —pronunció— soy lo suficientemente hombre como para no volver grupas a quien me increpa.

Unos impertinentes se materializaron en la mano de la dama.

—¿Quiere decir que ayudará a José Carlos? —preguntó a través de los cristales.

Comprendieron que se trataba de Marisa, la hermana del extorsionado.

Repuso el viajante:

—Mi afán benemérito está fuera de duda. El pundonor de él descansa en mis manejos ulteriores que me dispongo a efectuar en compañía de estos señores. Quede, pues, tranquila.

—Precisamente —apuntó ella—, el que sea usted el encargado de que no se desdore nuestra firma es lo que me inquieta. No he tenido grandes tratos con su persona, pero las referencias que poseo no le favorecen.

—¿Tiene queja de mí? —se envaró el representante.

Marisa abatió dulcemente los párpados.

—El caso es explotar a esas tontas de pandereta que somos las mujeres...

Intervino Porras.

—No le hace justicia a su sexo.

—¡Un cuerno! —le replicó Marisa—. Vengo destinando mi biografía a la propia observación, de la que he inducido el comportamiento de las demás. En pensamiento, participo de lo de todas. Distinta cosa es en obra, que ahí me pongo insalvables cortapisas —hizo un hermoso gesto de pudor—. Pero no hablemos de mí, sino de mi hermano, que de haber tenido en su sitio la cabeza, enjugara inicialmente sus indinas deudas, estorbando que se volvieran impagables con los sobrepuestos intereses y pendiendo su integridad de que concluyan sus anónimos acreedores por enviarle unos matones.

—Yo habré de impedirlo —Agridulce emuló el perfil de una moneda.

—Ya digo que me fio poco de sus mejores intenciones —repitió la mujer, siendo sin embargo sensible al ofrecimiento—. Pero si los caballeros que le acompañan deciden avalarle...

No tuvieron excusa.

—¡Salvaremos —terminó por expresar Marisa, muy exaltada— el comercio de paños que heredamos de nuestro difunto padre, el que a su vez lo recogió del suyo, remontándonos hasta la época de la cota de malla, conforme figura recogido en pergaminos! Así no se irá a la puta mierda, y perdonen la expresión impropia de una señora de clase media que los sábados, haga frío o calor, llueva o granice, incursiona en la peluquería que tenemos en el barrio...

Por uno de esos azares de la vida, se recupera la pista de los tíos del sobrino

La hermana del dueño de “Tejidos Soberanos” condujo a primer plano un bolso de señaladas dimensiones, del que extrajo un tarjetón impreso que paseó triunfalmente ante las caras del quinteto, con particular devoción en Agridulce.

—Éste es el domicilio social de los instigadores prístinos del daño —informó—. El que acaba de presentarse en la tienda es sólo su tosco brazo ejecutor. Alábenme —pidió— por ponerles sobre la pista.

Melquíades cimbreó muy caballeroso su cintura. Los otros pagaron también su óbolo a Marisa.

—Comiencen a mover sus neuronas como pelotitas en un bombo —ordenó ésta—. Yo sabré recompensarles...

—¿Puede concretar la índole del premio? —se interesó vivamente Atilano.

—Que cada cual se recree en la materia de su encanto. Luego yo haré lo que me dé la gana.

Gustó el desparpajo de esta mujer que cobraba características humanas.

Porras estudiaba la tarjeta.

—¿Sabe —le preguntó a Melquíades— qué nombres figuran en este rectángulo de sobada cartulina, del que nos negamos a saber cómo ha llegado a propiedad de esta dama?

El adalid puso expresión de estolidez.

—Ni idea.

—¡Son sus tíos! —expuso el erudito—. ¡Los que se empeñan en su muerte civil e incluso física! ¡Feliz casualidad nos ha conducido a la covachuela de sus maquinaciones, la que me apresuro a añadir que habríamos descubierto de todos modos, suponiendo que no fuera conocida ya por mí...!

—Desaladas pisadas se entrecruzan en la noche —manifestó el repartidor, con mezcla de desdén y poesía.

Le dijo Porras a la dama:

—Váyase por donde vino, eventualmente a la peluquería mencionada, que nosotros templaremos esta gaita.

—¿Puedo confiar en ustedes? —inquirió ella, mirando intensamente al vendedor de corbatas. Éste experimentó la sensación, compartida por los demás, de que Marisa le tiraba sutilmente los tejos.

Al quedarse solos, comentó Melquíades:

—¡Mira que ser mis tíos quienes presionan al de los paños...!

La tarjeta de marras —como la brújula que señala el septentrión— les introdujo en un barrio de características precisas, cuales eran no pocas viudas desconsoladas y con sus vacíos pechos al aire, de los que pendían entecos niños boqueantes; seres mugrosos que pregonaban con su actitud haber sido tantas veces conducidos entre guardias para recibir una paliza en descampado; quinceañeras avejentadas que ofrecían sus mustias entretelas por escasos céntimos que ya tenían comprometidos en ginebra, para olvidar al hijo que ahogaran en la acequia en ocultación de su desliz primero... La vejez se ofrecía miserable y la juventud sin esperanzas, penando también las edades intermedias.

—¿Vamos bien? —preguntó con temblor el adalid.

—¿Acaso le cabe alguna duda? —respondió Porras, acusando circularmente los aledaños con la misma mano con que sujetaba la tarjeta.

—Estaría dispuesto a renunciar a mi herencia, por naturaleza parca, y también al conocimiento personal de mis parientes...

—¡Derrotista!

—¡Cobarde!

La increpación de José y Atilano fue contenida por el arqueólogo.

—Se tenga en cuenta que nuestro amigo sufre —dijo—. Para nosotros no deja de ser una futesa, pero en su caso es como si rasgaran su alma como tiras de embalaje.

Se desazonó Agridulce.

—¿Lo mío se considera secundario...?

—El azar lo ha fundido con lo del gordo —repuso Porras sin comprometerse.

Los indicios de que se acercaban a la sede domiciliaria de los tíos de Melquíades se incrementaban. Una cupletista era estrangulada por un torero, codo con codo de donde dos chulos se buscaban el gaznate con las navajas, mientras sus coimas se apuñalaban entre sí

con las peinetas. Un niño apenas destetado hizo volar a un pequinés introduciéndole dinamita por el ano.

—¡Dios mío! —se estremeció José—. ¿Han visto con qué saña ha negado el de la camisa de fuerza limosna al pordiosero?

Un viejo tenor, bujarrón para más señas, ensayaba a la ventana.

132

Una odiosa proposición es escuchada tras la puerta

Un zapatero remendón ciego efectuaba su trabajo en el portal ante el que se detuvieron finalmente a indicación de Porras. El portal semejaba la boca de un monstruoso leviatán, iluminándose apenas por una tristísima bombilla que para colmo se fundiera antiguamente sin que nadie se preocupara de cambiarla. Generosos desperdicios se acumulaban a la entrada, en cuya rezumante mezcla se refugiaban escapados de presidio. Las ratas, enormes, lustrosas, con sensación de poderío, se posaban en los escalones que se divisaban desde la calle. Unas cuantas habían acorralado a un gato, quien seguro de perder, se sacó los intestinos con un movimiento suicida de sus uñas. Un fuerte hedor de procedencia incógnita penetró en diez fosas nasales, que retrocedieron como si hubieran recibido un puñetazo.

—Habrás que entrar —dijo Porras, volviendo a comprobar la dirección en la tarjeta.

El zapatero de ojos blancos, como un juguete mecánico, golpeaba el tacón de un zapato sobre el yunque. Tras su cabeza, sobre la pared desconchada, figuraba en estampa la violación de una impúber ante la mirada comprensiva de sus padres.

Transpiraba Melquíades de angustia.

—Subamos —dijo el arqueólogo.

A la luz de unas cerillas, llegaron al tercero.

Porras leyó despaciosos los rótulos cubiertos de mucílago.

Un murmullo se extendía por el pasillo. Venía del otro lado de una puerta ante la que se detuvo inquisitivo el erudito.

—Usted verá, hija mía —decía la voz—. Se trata de no poner en peligro su posición presente y, si cabe, hacerla invulnerable. Es cierto que la presiono para efectuar algo que aborrece, pero no creo que

tenga usted tantos escrúpulos. En cualquier caso, yo soy hombre de sentimientos depurados, de ninguna manera un desalmado. Busco su bien, que es usted demasiado joven (¿o no tanto?) para descubrir por sí misma...

Su interlocutora se puso a sollozar.

—Vamos, vamos —pasó éste a ser afectuoso—. No es para ponerse así. No se lo tome a la tremenda. Considere que es como la medicina para los niños, quienes sienten repulsa del remedio que les cura. Sólo tiene que confiar en mí —dijo, melodioso—. Quítese esos dengues y abandónese a lo que le indique... —hizo una pausa—. ¿Está dispuesta?

Tardó la infeliz en contestar.

—Si no queda otra solución...

—Créame, no la hay. Yo sería el primero en señalársela... Aquí tiene mi pañuelo y enjúguese las lágrimas. A una mujer tan bella no le está permitido afearse... De todas formas —añadió, galante—, su hermosura no ha experimentado merma con este pequeño e infundado disgusto...

Melquíades se había puesto a reventar de enojo.

—¿Asistiremos impasibles —borboteó— a la violencia ejercida por un miserable, prevaliéndose de su superior jerarquía, sobre una infeliz pobre mujer?

José se sumó a la opinión, apoyado por Atilano y Agridulce. Consideró el de estudio:

—Le honra, amigo, les honra a todos, su sentimiento. Pero las cosas son más complicadas. ¿Sabe —le preguntó a Melquíades— qué persona se esconde bajo el mortal parlamento que acabamos de escuchar?

—¡Aunque se tratara del ser más encumbrado!

Fueron los otros del mismo parecer.

—Revelaremos su identidad —dijo Porras—. Se trata, ni más ni menos, que de uno de los tíos del orondo, el llamado Dorimedontes, con quien antes o después habrá el sobrino de enfrentarse. Pero permítanme que de momento me conduzca solo... —y entró, recomendándoles que aguardaran silenciosos.

El erudito se vuelve a portar como un machote

El único individuo presente en el despacho estudiaba unos papeles. Ni rastro de la desgraciada que acababan de oír, virtualmente desaparecida por una puertecita lateral forrada del mismo mohoso papel que las paredes.

–Buenos días –saludó el arqueólogo.

–Buenos o malos, ¿qué desea? –replicó con brusquedad el de la mesa, sin abandonar su tarea.

Porrás avanzó hacia el escritorio.

–Me trae aquí un doble asunto –anunció–. ¿Es usted el llamado Dorimedontes?

El otro le miró.

–No vendrá a presentar una reclamación...

–Más o menos –repuso el estudioso.

Dorimedontes se puso en pie, encajando el busto por donde, con toda certeza, desapareciera la mujer.

–¡Jeremías, ven, que se nos presenta un asunto característico...!

Vuelto a su sitio, se presentó el gemelo.

–Este señor quiere efectuar una queja.

El arqueólogo respiró dos veces.

–Tengo la certeza –dijo– de hallarme ante Jeremías y Dorimedontes, hermanos y socios en multitud de empresas y negocios...

Asintió imperceptiblemente el del escritorio.

–Ustedes son, o mejor dicho, eran –siguió Porrás–, hermanos de un tercero, desgraciadamente fallecido, que se caracterizó en vida por ser un poco picha látigo, sembrando desazón en unas familias y felicidad en otras, prevaleciendo lo primero, vaya la verdad por delante. No voy a aburrirles con detalles, muchos de los cuales conocerán mejor que yo... Lo principal, no obstante, es que su difunto hermano fue padre (entre tantos incluseros, para qué nos vamos a engañar, pero aquí venimos a tratar de uno), fue padre, repito, de un gordo muchachuelo a quien amó en sus instantes postrimeros con tanta pasión –mintió, sabiéndose escuchado por Melquíades– como careciera de ella anteriormente. Consecuencia de este cariño tardío pero excelso fue la plasmación de un testamento a favor de

su pequeño, ya crecido, el cual testamento se alejó del lecho mortuorio gracias a un inteligente ardid y al compás de los andares de una moza, criada o barragana de la casa, que llevaba la última voluntad tatuada en el rabel (¡inmejorable!, según informes: no sé por qué lo digo ahora), de lo que ustedes fueron conscientes cuando ya era demasiado tarde...

Se habría escuchado el posarse de una pluma sobre el piso.

—Continúe—ordenó Dorimedontes, con la misma expresión inescrutable del gemelo.

—La maciza, obedeciendo directrices del finado, se fotografió el pompis. A continuación remitió las copias a una institución bancaria, que tiene instrucciones de obrar en consecuencia cediendo los caudales en depósito del malogrado a quien demuestre ser su legítimo heredero.

Los gemelos sonrieron al unísono.

—Excelente pesquisa.

—Extraordinaria.

Porrás sintió un escalofrío.

—El resto creo que sabrán deducirlo—señaló, intuyendo que algo no marchaba.

La sonrisa de Dorimedontes se acentuó.

—Nosotros tenemos ulteriores noticias. ¿Las comunico yo?—consultó a su hermano.

—Adelante.

Dorimedontes se arrellanó en su silla.

—Se da la pequeña circunstancia—dijo—de que el banco que acaba de mencionar fue anteayer casualmente pasto de las llamas, consumiéndose los archivos, entre los que figuraban las fotografías mencionadas. Le doy mi palabra de que así ha sido—añadió ante un conato de incredulidad de Porrás—. Puede consultarlo en prensa. Parece que fue un cortocircuito...—sus ojos brillaron de manera especial—. Ahora, en el instante en que hablamos, no existe otro registro del controvertido legado que el estrictamente original... y del que ya nos estamos ocupando. Todos salimos ganando, principalmente nuestro sobrino que usted representa, a quien hemos intentado liquidar, lo reconozco, cosa que ahora ya no nos resulta necesaria, aparte de que nos ha traicionado el detective contratado para

el trabajo, que ha venido a decirnos que no contemos más con sus servicios, pues quiere saber qué se experimenta al ser decente. Observará que estamos siendo completamente sinceros...

Porras cavilaba con la mayor intensidad, percibiendo en el corredor una execración de Melquíades.

—¿Qué ruido es ése...? —murmuró Jeremías.

Tuvo el arqueólogo una inspiración súbita:

—¿Y si yo dijera que sé quién ha estado aquí minutos antes...?

Los gemelos se consultaron con rápida mirada. Replicó Dorimedontes:

—Eso no cambiaría las cosas.

—Quizá no —admitió el calvo—. La criada, pues era ella, ¿no?, sucumbirá indudablemente al chantaje que le han hecho y se someterá a la operación de eliminar el tatuaje. ¿Me equivoco si supongo que ha sido amenazada con contarle a su esposo el origen de esos extraños lunares que él, con seguridad miope, reverencia cada noche...?

Se admiraron francamente.

—Pocos hemos conocido tan despiertos —le aduló Dorimedontes—. Lamento, sin embargo, que su inteligencia no obtenga el triunfo que merece.

—No esté tan seguro —desafió Porras—. Me propongo dirigirme al domicilio de la triste, indicándola la manera de salir con bien del asunto y sin traicionar la confianza del muerto ni la credulidad de su marido.

—Para eso —señaló Jeremías— deberá saber dónde erigen su hogar los esposos... y no cuente con que se lo digamos.

—No es necesario. Acabo de enterarme leyendo del revés el papequito que está sobre la mesa, no siendo esto para mí difícil, entrenado como estoy en descifrar cuasi borradas inscripciones —y pronunció la dirección en voz alta.

—¿Cómo sabe que es la que busca? —preguntó Dorimedontes, descompuesto.

—Muy sencillo —se volvió a ufanar el erudito—. Junto a la calle, figura un esbozo del soporte testamentario que usted ha venido dibujando inconscientemente mientras hablábamos... —sonrió.

El gordo se rebela

Melquíades saltó como una pantera dentro del despacho. Sus ojos eran enrojecidas brasas y dos rosas se pintaban en su tez.

—¡Vengo a por lo mío! —proclamó.

Los gemelos le miraron con curiosidad, mientras Porras se hacía prudentemente a un lado. Después de unos segundos, afirmó Dorimedontes:

—Teníamos ganas de verte tan cual eras, sin el espejo deformante de segundas instancias. A juzgar por tu orondez no te ha ido mal...

—¡No ha podido irme peor! —negó el sobrino—. ¡Escondido de niño en el retrete, mientras mi padre verdadero, vuestro hermano, se hundía en deliciosos juegos con mi madre y el putativo jugaba al dominó...!

—A nosotros, qué —dijo secamente Jeremías.

—¡Pues que no toleraré —le replicó el gordo con la cara deformada como un trapo de fregar— que sobre mi infeliz infancia se edifique la sórdida construcción que se pretende, máxime cuando el autor de mis días desengañados lo dispuso de otra forma!

Cuchichearon los tíos.

—Quieres dinero —sugirió Dorimedontes.

—¡Veo que nos vamos entendiendo! —corroboró Melquíades.

—El dinero de la herencia —apuntó el otro gemelo.

—¡El que me corresponde!

Se miraron divertidos los hermanos.

—No hay pruebas que avalen tus derechos —señaló Dorimedontes.

Le tocó sonreír al sobrino.

—¿Eso cree, tío?

—Me consta. El documento original, el único que existe a la sazón, está en trance de ser inminentemente destruido. Se lo estábamos contando a tu abogado...

—No es mi abogado, sólo un amigo.

—Y según hablamos, perdemos un tiempo precioso que cotizará en tu contra. Qué nos importa —le dijo a Porras— que se conozca el

domicilio de la tatuada, si cuando lleguen a su casa habrá desaparecido todo indicio del supuesto testamento.

—Entonces, es cosa de minutos... —se asustó el arqueólogo.

Melquíades se dobló de risa.

—No hay cuidado —advirtió—. Los amigos que aguardaban afuera conmigo han salido en pos de la criada, cuya dirección pronunció con claridad nuestro dilecto Porrás.

Gruñeron los gemelos.

—¡Buena jugada! —felicitó el erudito—. ¿Y Agridulce...?

—Les acompaña. Lo suyo puede esperar.

Tras cuchichear por segunda vez los tíos, ofreció Dorimedontes:

—Mira, sobrino: ahora mismo firmas un papel y te damos tanto efectivo que te saldrá por las orejas, superior en monto al de la herencia...

—¿Cómo puede ser eso? —se escamó Melquíades.

—Es una trampa —le previno Porrás.

—Oh, no —negó el usurero—. Debemos cuidar nuestra reputación —explicó—. Si se corre la voz de que hemos claudicado, y se sabe que un rollizo, aunque lleve nuestra sangre, se ha alzado en justicia con lo suyo, prevaleciendo sobre nuestra firma, ya podemos despedirnos de efectuar más tropelías. Seremos el hazmerreír de la gentuza... Y ahora que me acuerdo —le preguntó a Jeremías—, ¿enviaste la orden de desahucio a aquella viuda que sostenía a sus siete hijos parálíticos lavando por las casas...?

—Fue lo primero que hice al levantarme.

Dorimedontes se volvió a su sobrino.

—¿Comprendes que no podemos permitirte que te salgas con la tuya...? Te confieso que no nos hace gracia darte nada, pues la avaricia en una de nuestras facetas más marcadas. Pero también sabemos ser juiciosos, y nos avenimos a un pacto. ¿Firmas...? —le preguntó alargándole el papel que apresuradamente acababa de redactar el hermano.

Porrás se puso ante Melquíades.

—¡Amigo, no lo haga...! —le impetró.

—No se meta en asuntos de familia —le dijo Jeremías.

—Debemos comprenderle —arguyó Dorimedontes—. Hasta ahora, ha venido apoyando al heredero. No es fácil situarse de repente al

margen. Aparte de que tenía otro asunto... –miró, invitador, al erudito.

–Hay algo, en efecto –comentó éste, muy tieso–. Pero me niego a comentarlo hasta no resolver lo que tratamos.

–¿Me equivoco si supongo que se refiere a la precaria situación de “Tejidos Soberanos”...? –observando que había hecho blanco, anunció–: Pues bien, ¿qué tal si digo, en nombre mío y de mi hermano –Jeremías asintió–, que nos ocuparemos con benevolencia del caso...? Hoy es el día en que nos sentimos generosos.

–¿Condonarían la deuda, reconociendo que se acumuló con malas artes? –preguntó, rápido, Porras.

–Tanto como eso... No olvide que la cantidad que reclamamos se originó en el juego, depravación donde las haya, según opinión de moralistas, tan grave o más que irse de putas... Lo que podemos hacer es aumentar el plazo de su satisfacción en unos días. Piénselo mientras nos entendemos con nuestro sobrino.

Porras quedó apartado en un rincón. Los gemelos rodearon untuosos a Melquíades.

–Brindemos –propuso Jeremías, abriendo un armario empotrado repleto de bebidas–. ¿Qué se prefiere, burbujeante champán asociado a la alegría, o nos inclinamos al viril coñac, como también se estila después de cerrar un negocio entre hombres?

Dorimedontes le pasó a su sobrino un brazo por el hombro.

–Te podemos incorporar al negocio. Se te terminaría para siempre la escasez en cualquier campo...

Porras bajó consternado su inteligente rostro. En su interior, no le hacía ningún reproche a Melquíades, quien, mudo, parecía claudicar ante las gabelas ofrecidas por sus tíos. Necesitó el erudito recurrir a sus múltiples conocimientos sobre la naturaleza humana para, encogiéndose de hombros, dirigirse resignado hacia la puerta.

–¿A dónde va, Porras?

Le hablara el gordo.

–Le deseo mucha suerte –dijo quedamente el erudito.

–Aguarde.

El hombre de estudio habría de sorprenderse ante lo que sucedió seguidamente.

Melquíades, a quien Jeremías le seguía ofreciendo la bebida, tumbó de una embestida el escritorio, de cuyos cajones saltaron, registrados en papel timbrado, los latrocinios, traiciones y, en general, indignidades de sus tíos. Señoreando los legajos, quedó una reseña literaria, trufada de nauseabundo elogio hacia un autor sin talento del que se diera consigna de encumbrarle y en lo que, sin el menor escrúpulo, intervinieran los gemelos.

—Aquí ya no tenemos nada que hacer —dijo Melquíades, arrastrando a su amigo al exterior.

135

Una mujer con algo que esconder y un marido que es de aúpa

Alcanzaron a los demás por el camino.

—¿Qué ocurrió ahí dentro? —preguntó José, cuyas piernas eran un veloz borrón, como las de sus compañeros.

—No se ha transigido con el dolo —informó Porras, acezante.

—¿Si lo dijeran con llaneza...? —solicitó Atilano.

—Se me intentó comprar y rehusé —dijo Melquíades—. Y disculpen, pero entre la emoción y la carrera tengo necesidad de vomitar.

—Sobre la marcha, se lo ruego —pidió el menudo—. Los minutos cuentan.

—¿Qué hay de lo mío? —interrogó Agridulce, vanamente.

Llegaron ante una casita primorosa. Su superior limpieza y ornato —al borde de la cursilería— la hacían destacar sobre las alledañas.

Dijera Porras:

—Éste es el hogar que los tíos amenazan. Ya no por usted, Melquíades, cuya integridad, de la que he sido testigo, le honra, sino por la paz que indudablemente reina tras esa fachada y el amor que respiran los cuatro pulmones que entre sus paredes moran, hemos de dar implacable batalla contra sus parientes.

—Habrá que obrar con tacto —recomendó José—. Puede estar el marido, y comprenderán que entrar en casa un tropel de desconocidos interesándose por las reconditeces de la esposa es como para encocorar al menos suspicaz...

—Si se hace con educación... —sugirió Agridulce.

—Aún así.

—¿Qué tal carácter tendrá el corto de vista? —se interesó Atilano.
El arqueólogo se aproximó a la puerta y pulsó el timbre con solemne aparato.

Les abrieron.

Se encontraron, sin la menor duda, ante la usufructuaria del soporte original del testamento.

—¿La señorita Susana...? —el erudito mencionó por primera vez su nombre.

—Señora —rectificó la interpelada.

Porras, agobiado por la gravedad de lo que le traía, manifestó:

—Venimos por un asunto delicado...

Repuso ella con gracioso desenfado:

—Hace un momento acabo de ser objeto de un chantaje. Comprenderán que estoy que boto.

—De eso se trata —confirmó el arqueólogo, introduciendo pierna en casa.

—Cuidado con el encerado —avisó la tatuada—, que luego León se me pone como el animal de su nombre.

—¿Hay que entender que León es su esposo? —el calvo coló segunda extremidad.

—¿Quién si no?

—¿Podemos hablar confidencialmente?

—Narices. ¿Por quién me toman?

Comprendió el hombre de estudio que había que atacar frontalmente.

—Seré más claro —dijo—. Es usted la antigua criada del padre de este hombre —apuntó a Melquíades—, a quien trató tan íntimamente como les dio a los dos la gana...

Se desencajó Susana.

—¡Estoy perdida!

Terminaron de meterse todos dentro.

—¡Que no me pisen la cera, coño! ¿O es que hablo en chino?

—Tendrá que expresarse elocuentemente en la lengua de Confucio —advirtió Porras— para convencer a su marido de la dudosa coyuntura que en que se halla.

—¡Qué terrible! —exclamó ella.

—Estamos al tanto de su trasero documento.

—Negarán acaso que están deseando verlo... —les retó la asistenta. Porras esgrimio en el acto una lupa de muchos aumentos.

—Es verdad —reconoció, azarado.

Susana hizo una mueca.

—Si algo conozco en la vida es a los hombres —dijo—. Manejo a León como si fuera un corderillo. Pero me siento impotente para hacerle tragar lo del tatuaje, si llega a enterarse de la verdadera naturaleza de lo que me registraron en las nalgas—. Además —añadió con encono, mirando al arqueólogo—, siempre aparece un patoso con su lupa...

Porras guardó su lente.

—No me sirve —dijo ella—. ¡Rómpala de un taconazo!

—Está el piso recién fregado...

—¡Sobre mi conciencia!

El erudito obedeció.

—Ahora —dijo—, si fuera tan amable de acompañarnos a un notario...

—¿Para qué?

—Se sabe.

—¿Y el pudor de una mujer...?

—Acuérdese de sus buenos tiempos —dijo Porras, azotándole cariñosamente el invisible testamento.

—¡Caballero!

Oyeron una llave en la cerradura.

—¡Mi maridito! —se empavoreció Susana.

El llamado León, grande como la torre del homenaje de un castillo, se introdujo en su hogar por el hueco de la puerta de la calle, acaso angosto para hacerlo sin agobio. Su cara, en la que campeaban unas gafas monstruosas, se oscureció de repente al divisar la concurrencia.

—¿Quiénes son éstos? —le preguntó a su mujer, cerrando de un portazo.

—Amigos —musitó ella.

—¿Qué clase de amigos? —receló—. Porque me ha llamado la atención la parvedad de tu respuesta. Y no es que sospeche de ti, sino de tanto moscón como te ronda. Si llegara a saber —amenazó— que alguien, aunque fuera un solo instante, te hubiera puesto la mano

encima, ya fuera mientras te conocí, lo que sería imperdonable, o antes de que mi mirada de miope se encalabrinará con tu estampa, lo que tampoco me da la gana de aguantar, porque soy celoso como un moro, aunque ignoro si esta raza es lo que dicen o, por el contrario, bastante permisiva...

La mujer salió con ésta:

—¡Nunca, jamás, en ningún momento, trance o situación, ni tú presente, ni contigo detrás...! —y se retiró con él en matrimonial coloquio.

Al rato, se volvió hacia ellos el marido.

—Así que andan ustedes buscando un documento...

Palidieron como muertos; quién se fue en aguas menores.

—Cierto —se dispuso Porras a inmolarse.

—Me acaba Susanita de confesar que lo perdió —dijo León—. Creyéndolo sin importancia, envolvió con él un bocadillo de mortadela que entregó a un pobre que llamó a la casa en que vivía con aquellas monjas con las que rezaba todas las tardes el rosario.

La mujer estaba imperturbable. Endureció Porras el acento al recalcar:

—Pues el papel de marras es el que nos interesa. Y si su señora esposa tiene a bien acompañarnos al despacho de un notario...

—¡Si ya ha dicho que no lo tiene...!

—Nos da igual —dijo Atilano—. Lo podemos encontrar por el camino.

—¿Usted cree...? —dudó el marido.

—Aunque así no fuera —sesgó el estudioso—, ella sin duda recordará su contenido.

—Quite —dijo aquél—. ¡Si tiene menos memoria que un mosquito...!

136

Tira y afloja. Un desvanecimiento

—Si hiciera un esfuerzo... —aventuró Melquíades.

—¿Piensa que no conozco a mi mujer? —preguntó el marido, parpadeando a través de los cristales.

—Hay facetas —coadyuvó José— que pueden escapársele al esposo. Zonas de penumbra, como un fresco paraje bajo los árboles...

–Ella no va al bosque. Le da miedo. ¿Verdad, ardillita...?
–No voy al bosque así me maten.
Volvió Porras a la carga.
–Olvidemos la naturaleza –dijo–. La cuestión reside simplemente en acudir al despacho del notario...
León chascó los labios con desaprobación.
–Qué pesado se pone con eso del notario. ¿No acaba ella de decir que no tiene pajolera idea de lo que registraba aquel papel...?
–Puede hacer una declaración.
El marido cobró mucho recelo.
–¿Qué insinúa?
Matizó el erudito.
–Personas respetables declaran todos los días.
–Ella, no –remachó el otro.
–¿Y si hubiera vidas que dependieran de ello?
–Menos.
–¿No está dispuesto a ayudarnos? –inquirió José.
–Como me llamo León Gutiérrez. –se reafirmó el miope–. ¡Oigan! –se amoscó–. ¿Por qué observan con tanta fijeza la retaguardia de mi esposa...? Estoy dispuesto a tolerar una mirada casual, o que se finge. ¡Pero esa insistencia, ese taladro que son sus pupilas respectivas...! ¡Ni siquiera yo la miro así!
–Lo sabemos –se le escapó a Atilano.
–¿Cómo que lo saben...? –se encampanó el marido.
–No les he contado nada –dijo, trémula, Susana.
La tranquilizó él.
–¡Tengo en ti una fe ciega! No se me pasa por la cabeza que tus ricuras hayan sido siquiera objeto de comentario. ¡Pero estos señores me están poniendo nervioso, y tampoco su presencia en nuestro nido se ha explicado suficientemente!
Urgió Melquíades al oído de Porras:
–En cualquier momento pueden aparecer mis tíos...
–Calma –le pidió el erudito.
El representante de corbatas le dijo al de las gafas:
–Su señora tiene un pasado nobilísimo, pero que necesita ventilarse.

Susana se alarmó. Veía su vida patas arriba, recorriendo en plena ventisca los caminos, mientras su esposo, luchando entre los celos y los remordimientos por haberla arrojado de su lado, se entregaba a la bebida en este mismo hogar, lleno de polvo y telarañas, y dando sobre la mesa furiosos puñetazos.

—Me sofoco —no le quedó más remedio que decir.

Atilano demostró mucha iniciativa.

—Lleva la ropa muy ajustada. Si su dueño da autorización... —y se dispuso a soltarle algunos botones.

Se destacó León Gutiérrez.

—¿Se cree que soy manco...? —relevó al repartidor en su tarea.

La esperanza de los cuatro se niveló con el horror y prevención de Susana, quien se sabía caminando por resbaladizo alambre.

—¡Estoy mucho mejor! —se irguió.

—No importa —dijo el esposo—. Me he comprometido a dejarte sin un trapo.

Ella actuó a la desesperada.

—¿Sabes lo que estás diciendo? ¡Mostrarles a unos desconocidos lo que tú, y sólo tú, tienes derecho soberano a contemplar...! —hizo pucheros.

Murmuró el marido, cabizbajo:

—No lo había contemplado desde ese ángulo...

—¡No me quieres! —gimoteó ella.

A León Gutiérrez se le echaban encima los acontecimientos.

José, culpable, les insinuó a sus amigos:

—Eran felices antes de nuestra llegada...

Porras le propinó suaves cachetes.

—Lo de ella es puro teatro.

Melquíades lo juzgaba de otro modo:

—Mi bienestar no se cimentará a costa de la felicidad del matrimonio.

—No sea memo —le censuró el erudito.

El gordo no retrocedió un milímetro.

—Miren lo que hemos conseguido —señaló al de las gafas, que hacía desusados gestos en torno de su esposa—: Un hombre al borde del colapso, sin fe en el porvenir, y una mujer acorralada, incapaz de confesarle a su marido el secreto más delicado...

–Lo segundo lo teníamos ya –recordó José.
–Me sorprende que seas tú quien lo diga –le afeó aquél.
León Gutiérrez se retorció como un cerdo en sus últimos minutos críticos.
–¿Van a seguir torturándome? –interrogó.
Susana seguía derramando secas lágrimas.
–Deberíamos decirle la verdad –Agridulce se compadeció del miope.
–¡Podría matarle! –dijo José.
–O tomarla contra ella –temió Atilano.
–Verán cómo no –les dijo Porras, siguiendo el consejo del representante–. Oiga –le tocó al marido en el hombro–, ¿le importaría escucharme un segundo...?
–Suelta lo que sea –rezongó éste.
–Sepa pues –se lanzó el arqueólogo– que su costilla, que en estos momentos mantiene un comportamiento irreprochable, aunque con las dosis acostumbradas en las féminas de fingimiento y teatro, es depositaria de una confianza que abrumba su corazón y que desea verter en el suyo de usted cuanto antes.
Baladronéó León.
–No hay nada de ella que no sepa.
–Excepto un pequeño detalle, una minucia que nos involucra y por cuya razón mancillamos este suelo.
El marido, profundamente desconfiado, achicó la mirada tras sus gafas.
–Medite hasta la última coma de lo que va a decir –amenazó.
–Es a propósito del documento que venimos mencionando –prosiguió el arqueólogo con su conocida valentía–. Su mujer lo lleva tatuado sobre sus nalgas.
Aulló Susana.
El esposo, después de largos minutos de ominoso silencio, aventuró tomando asiento:
–Me imagino que se trata de una broma...
–Jamás he hablado más en serio –dijo Porras, corriéndole el sudor por todo el cuerpo.
Las manos de León Gutiérrez, manos cabales, fornidas, capaces de oprimir un tonel hasta troncharlo, descansaban engañosamente

pacíficas sobre sus muslos. Comenzaban a tensarse cuando se oyó un grito desgarrador y Susana cayó desmayada sobre el piso.

137

Mareando la perdiz

El marido se alzó como un acantilado, convirtiendo a los otros en seres diminutos.

—¡Miserables, canallas...! —vomitó, con los ojos centelleantes más allá de sus gafas—. ¡Sólo con observar el desvanecimiento de mi esposa, la mujer más intachable de la barriada, apreciarían la falacia que han venido a volcar como basura en el ara de mi hogar, tal que los excrementos de paloma que, por regla general, afean las fachadas de los edificios históricos de nuestro importante patrimonio...!

Porras fue sensible a la comparación.

—Lamentamos... —principió.

—Es tarde para eso —se arremangó León Gutiérrez.

Agridulce intentó enfilarse por la calle.

—Yo tengo estrictamente poco que ver con el asunto.

—Quédese donde está —amenazó aquél—, o le abro la cabeza como un melón.

El representante de corbatas se inmovilizó. Intentando desviar las iras, apuntó con empalago:

—Ahí hay una mujer tendida inerte.

Susana experimentó un movimiento convulsivo.

—Vuelvo en mí —recitó—. ¿Dónde me encuentro...?

El marido se enroscó a sus pies como una lombriz.

—Estás en tu casa —dijo—, con quien bien te quiere. Estos señores ya se estaban despidiendo.

Ella se acurrucó contra su esposo.

—¡Échales, gatazo...!

El de gafas declaró:

—Antes he de romperles algún hueso.

Le detuvo Susana, que pretendía liquidar el tema cuanto antes.

—Que se vayan —rogó—. Demuestra tu grandeza perdonándoles.

Porras, que cuando perseguía un objetivo no cejaba, se enfrentó al marido:

—¿Grandeza? ¿Le parece de hombres arrojar de su casa a quienes podrán difundir el escondido secreto de su esposa, el cual irá a parar a los oídos, entre otros, del líder vecinal, quien lo comunicará por doquier, socavando su prestigio de usted, que pudiera hacerle sombra de cara a la reelección de su risible puesto...?

León Gutiérrez se quedó desconcertado.

—Tiene una manera de plantear las cosas... Cuando matrimonié ha nada con Susana —recapituló—, supuse disfrutar de jornadas de paz y de alegría, siendo así que me prendé de su caridad (aprendida, obvio es, de las monjas), al no importarle las espantosas gafas que se distinguen en mi cara y que me han supuesto la chacota tantas veces, sobre todo en mi sufrida etapa de escolar, debiendo por mi parte esgrimir los puños. Sí, Susana —le confesó a ella—, me enamoré de ti al no importarte los cristales de culo de vaso de mis ojos... Y siento mencionar la extremidad del recipiente, habiendo sido nombrada tu parte equivalente, la que yo honro, respeto y sobre la que me inclino con unción siempre que tú me lo autorizas.

La mujer hizo mohín de recato.

—Por lo cual —siguió el marido—, estos sujetos que ayer no conocía habrán de salir de aquí con la cara colorada de vergüenza, el mismo color que ahora tiñe mis facciones de hombre honrado.

Melquíades vio una lucecita.

—Oiga —le dijo—, ¿a usted le gusta la zarzuela?

—¡Me encanta! —confesó León Gutiérrez—. Esos celillos que luego quedan en borrajas, los personajes tan bien trazados y sus curiosas peripecias, expresan como pocas veces se ha sabido reflejar el alma de nosotros, los del pueblo... Por mucho que la engolada intelectualidad se canse en el denuesto de este nuestro retrato fidedigno.

El adalid se volvió hacia sus amigos.

—Tenemos medio camino recorrido —comentó.

—¿Qué dice? —se amoscó el miope.

—Que su reacción es tan noble —se precipitó a manifestar el gordo— que debería registrarse con buril sobre una plancha y enterrarse, con la primera piedra, en los cimientos de una obra oficial.

—Soy hombre sin relaciones —se lamentó aquél.

—¿Pasa mucho en casa?

–Menos del que quisiera. Me dedico a la cría de pollos, que requiere enorme sacrificio.

–Y mucho coraje.

–Ya lo creo. Se desgarran el corazón cuando a una de estas aves, que hemos visto nacer y dar sus primeros pasos, un gañán la retuerce el pescuezo con la mayor indiferencia.

–¡Calle, por favor! –rogaron.

–¿Ha pensado en cambiar de profesión? –le preguntó Agridulce.

–¡Constantemente! Acaso así podría dormir tranquilo por las noches.

–Yo me trato con el comercio –reveló el vendedor de corbatas.

–¡Ni comparación! Y ahora –oscureció su semblante el de las gafas–, si no tienen inconveniente en jurar que mi Susana no tiene nada de corretona...

–¡Lo juramos! –tronaron, con la sola excepción de José.

–Qué mierda pasa con usted –pronunció el marido con suavidad mortífera.

–Encuentro que hemos sido coaccionados.

–Es que si les dejo a su albedrío... –se justificó León Gutiérrez.

Intervino la esposa.

–Tampoco se ha contado con mi opinión –señaló.

El marido la miró.

–Tú eres mujer y, por lo tanto, volátil.

–Querrá decir mudable –le corrigió Porras.

–Eso. Y ten cuidado –le dijo a ella–, que me da que éstos tienen una imaginación abrasadora. ¿A que se les ha puesto dura como un peñasco...? –les preguntó.

–Yo soy hombre de estudio... –se excusó Porras–. Sin contar la edad.

–Existen al presente productos milagrosos.

–Mi caso no es tan apurado –se defendió el arqueólogo.

–¿Y el de ellos? –les apuntó Gutiérrez.

Melquíades se salió por la tangente.

–Yo estoy infantilizado.

–Y yo –dijo José.

–A mí no me lán –se evadió Atilano.

–¿Y qué nos dice el del comercio? –interrogó el marido.

–Debo confesar –respondió éste– que no es cierta la leyenda que nos envuelve. Comúnmente, no nos comemos un rosco.

–¡Ya iba siendo hora de que alguno lo reconociera! –exclamó el de las gafas.

–No divulguen el secreto –solicitó piadosamente el vendedor–. ¡Son tantos los desaires a los que se nos somete a los del gremio, que si además se supiera...!

–Le doy mi palabra –el marido se llevó la mano al pecho.

–Y nosotros –se sumaron los demás.

–Yo no me comprometo –avisó Susana.

–¡Qué me dice! –se demudó Agridulce.

–¡Aviados estaríamos! –se defendió ella–. Se introducen en mi casa, poniéndole a mi marido la cabeza como una regadera, y todavía esperan que les compadezca.

Porras intentó retomar la conversación.

–En estos momentos hay indeseables que se dirigen hacia aquí y que tendrán menos consideraciones que nosotros.

–¿Más gente? –preguntó, rudo, el marido.

–Y de la peor clase –asintió el estudioso–. Miren –propuso a la pareja–: háganse a la idea de que somos como el médico. Nos retiramos a un rinconcito, certifico yo que está ahí lo que buscamos y seguidamente corremos al notario, que redactará un documento paralelo. A partir de ahí, hagan ustedes lo que quieran...

138

El testamento se registra ante notario. Una buena acción

Llamaron en ese momento. León Gutiérrez se encargó de abrir.

Un sujeto, vagamente familiar a varios de los presentes, se enmarcó en la puerta.

–¿Dan su permiso? –solicitó, cortés.

–Adelante –invitó el marido, suspicaz.

–Vengo –dijo aquél– a tratar un importante negocio.

–Usted dirá.

Menos el matrimonio, los demás identificaron al que conferenciaba con el dueño de “Tejidos Soberanos” y a quien el represen-

tante cediera su muestrario en parcial pago de la deuda. Era el factótum de los gemelos.

–Preferiría hablar a solas con usted –le dijo al dueño de la casa.

Susana hacía inventario mental de sus melindres, procurando localizar el idóneo.

Dijo el esposo al emisario:

–Puede expresarse con total tranquilidad. Por una fortuita conjunción de circunstancias, la intimidad de mi hogar ha pasado a ser conocida de esta gente. ¡Quién sabe si no saldremos hasta en la radio!

Chascó los labios el recién llegado.

–Venía a buscar a su mujer –aventuró–, me temo que basándome en premisas algo insólitas.

Porras arrimó el ascua a su sardina.

–Hemos encontrado mayor comprensión de la esperada en este hombre –señaló al de gafas–. Así que ¡adelante! –le animó, intuyendo que la declaración despejaría los obstáculos.

–Según noticias, el marido es muy obtuso... –vaciló aquél.

–No lo crea –refutó el propio–. Sin que pueda alardear de ser un genio, y aunque siempre ocupé el último puesto en el colegio, tampoco soy un total descerebrado.

El otro le contempló largamente.

–Me entra compasión de ustedes, sobre todo del cegato –dijo al cabo–. Aunque ya venía predisuesto –confesó– a traicionar la confianza depositada en mí por sendas aves de rapiña (llega un momento en que se despierta la conciencia), lo que vislumbro ha terminado de convencerme. Seré lo más escueto posible. Su esposa –le dijo a León– está siendo objeto de un chantaje, del que soy vil instrumento, para que cercene las legítimas aspiraciones del obeso –dio un cabezazo hacia Melquíades, quien bebía sus palabras–. A saber por qué, los tíos de éste –lo volvió a señalar– lo quieren mal, deseando borrar el documento a su favor que figura sobre las asentaderas de su esposa, a lo que ésta, presionada con la amenaza de contárselo a usted –miró al marido–, se comprometió. Por tal razón me encuentro aquí, debiendo conducirla al gabinete de un tatuador para que vuelva ilegible esa caligrafía tan polémica.

La mujer se estudiaba la lúnula del dedo corazón.

Replicó León Gutiérrez:

—Le agradezco su franqueza. Pero tropezamos, no con mi estulticia, que más que estorbo es ayuda, sino con la terquedad de Susana, a la que perdono todo lo que haya que perdonar, por más que sigo ignorando las exactas circunstancias en que se registró el legado, cuya plasmación he terminado por aceptar, pues a la fuerza ahorcan. Distinta cuestión es que decida hacerme el loco acerca de aspectos colaterales enojosos.

—Siga creyendo la patraña de las monjas —recomendó José.

—Me conviene —confirmó aquél.

—Le honran esas tragaderas que le concedió natura —replicó el delegado de los tíos—. Y ahora, deseamos conocer la posición de ella, si bien en mi caso ya es sólo por curiosidad.

Susana consideró indicado enviarle a su marido una mirada llena de promesas.

—¿Me das tu autorización...? —le preguntó.

—¡Para lo que sea! —juró él sobre un machete que se sacó del calcetín.

—Acompañaré entonces a estos señores —aceptó la mujer con ademán de sacrificio—, previa inspección ocular para que concluyan que poseo lo que buscan.

—Me gustaría asistir al trance —rogó borreguilmente el cónyuge.

—¡Su presencia nos es estrictamente necesaria! —exageró Porras.

En un segundo, se dispuso Susana.

Avanzó el erudito su lupa de repuesto.

Tras la verificación, se encaminaron a la sede de un notario reputado que cobraba precios módicos y que, por ello, había sido objeto de varios atentados.

El arqueólogo cedió su lente para que el perito atendiera el contenido del documento, que pasó a continuación por triplicado a un soporte más sobrio. León Gutiérrez no cedió un instante la mano de su esposa.

A la salida, pronunció Porras:

—Son libres.

El marido se engrandeció junto a su esposa. Mirándose a los ojos, salieron acelerados a su pulido hogar.

El factótum de los tíos —abrumado por su propia decisión, a la que le impulsaba el inesperado rebrote de los principios de la infan-

cia— se encaminó en solitario a “Tejidos Soberanos”, con la intención de liberar al comerciante de su deuda.

Ante la perplejidad de Marisa y José Carlos y en congruencia con el despertar de sus más nobles tendencias, les cedió en su totalidad los pagarés (que había escamoteado previamente a los gemelos). Seguidamente, fundó una sociedad de protección al desvalido que obtuvo un éxito instantáneo, solicitando subvenciones inmediatas del gobierno.

Marisa sólo hizo una pregunta al liberador de la ruina de la tienda:

—¿No viene el picha que adquiriera un compromiso particular conmigo...?

Pero Julián Agridulce había decidido seguir ruta, se verá que no por mucho.

PARTE OCTAVA

LA CRÍTICA

Hundimiento. El periódico se quita la careta

No pasaron veinticuatro horas sin que el rumor de las acciones anteriores se extendiera por la ciudad, afectando desastrosamente a Jeremías y Dorimedontes. Éstos vieron sus dependencias invadidas de menesterosos, quienes, crecidos, les amenazaron con hacerles cosas feas. Capitularon los gemelos, viéndose forzados a hacer almoneda de sus bienes, que repartieron entre los asaltantes, llevándose la parte del león un señor de Badajoz, cuya vida fuera rota de antiguo con particular sadismo por los tíos de Melquíades. La policía había recibido instrucciones de no intervenir, así oyeran fuego de mortero, que estuvo atronando hasta la noche por encima de los tejados.

Pero como también en el cielo del malvado brilla el sol, los usuarios descubrieron que todavía guardaban una importante baza. Desde el sillón que las hordas habían respetado (ellas sabrían por qué), masculló Dorimedontes:

—Nos queda el periódico. Calumniaremos desde sus páginas. Jeremías aspiró a que su rostro reflejara una sonrisa.

Pero en el diario no todo discurría convenientemente. El enfoque editorial se apartaba de la inmemorial línea mantenida hasta el presente. Los obreros del sótano —acusados, se recordará, por el espantoso y vesánico asesinato de uno de profesión titiritero, aunque también trabajaba la hojalata—, que jamás abandonaban el edificio, iban influyendo cada vez más en el sesgo que se daba a las noticias, inclinando poco a poco a la publicación a la defensa, o al menos tolerancia, de ideas disolventes, cuales eran, verbigracia, que todo era muy relativo. Se omitían también aspectos de la realidad social, subrayándose los contrarios, en lo que los suscriptores veían, ora un ejercicio de cinismo, bien incitación a la vida muelle, particularmente en la cubierta de un yate y con una fulana sentada en las rodillas.

Todos los días, se acumulaban en la redacción cartas de protesta.

En honor de los propietarios, Jeremías y Dorimedontes, es preciso subrayar que no tenían que ver con el desvío, habiendo respetado escrupulosamente hasta el momento la independencia de la línea informativa.

No eran ajenas a esta situación —aparte de las presiones ejercidas desde el sótano, cada vez más insistentes— las zozobras sentimentales de don Orestes Cifuentes, el director, quien experimentaba acusadas añoranzas de Homóbona—Amaranta, la cual, por su parte, rehusaba volver a tener con él el menor trato.

Se beneficiaba de ello Ernesto Carlos, quien hacía llamativos progresos con su amada, con la que jugaba todas las tardes al ajedrez antes de acudir al trabajo. El periodista le permitía caballerosamente alzarse con la victoria, y el instante en que ella le capturaba el rey alcanzaba una tórrida intensidad que les dejaba a los dos muy excitados y con ganas de la partida del día siguiente.

140

El periódico recibe una reclamación

El director intentó una noche sondear al periodista.

—Posiblemente piense que me meto donde nadie me llama —le dijo, encendiendo un puro—, pero es que me preocupo realmente del bienestar de la plantilla, máxime en la etapa incierta que atraviesa el medio y también porque no son tantos los sujetos a mis órdenes, que si fueran más ya les podrían arrear... En un decir amén, nos podemos ir todos a freír morcillas, y no lo digo en sentido figurado, sino previendo la necesidad de que nos tengamos que ganar la vida de esa forma. Esa criatura que me ha birlado limpiamente... —tanteó.

—¿Amaranta...?

—Si necesita alguna precisión —ofreció con doblez—, algo que le interese saber...

Ernesto Carlos mostró tímida sonrisa.

—Efectivamente hay algo que me inquieta. ¿Cree usted...? Bueno, me turba un poquito preguntárselo... Pero ¿le parece que podría pasar a mayores en mi relación...?

Aguzó las orejas don Orestes.

—¿Qué entiende por “pasar a mayores”?

Se atragantó un poco el empleado.

—Me cuesta confesarlo —dijo— pero ya que es tan amable de poner a mi alcance su experiencia... ¿Qué pensará Amaranta si una tarde, conforme llego a su hotelito (que me está costando un ojo de la cara, dicho sea de paso y también que no me importa), donde ella me aguarda con el tablero dispuesto y las piezas en orden de batalla, en lugar de situarme en mi lugar, me la acerco con leve balanceo y, sonriendo como un sátiro...?

Don Orestes Cifuentes se sorprendió tanto que se tragó el puro.

—¿Está seguro...? —tosió.

—¿De querer llevarla al cine...? ¡Naturalmente! Llevo días dándole vueltas. Lo del ajedrez ya se prolonga demasiado...

Un hombre subía por el canalón, recientemente repuesto. Rompiendo un cristal de la ventana con la contera de su paraguas negro, se introdujo en el despacho. Vestía severamente y llevaba un ejemplar del periódico en la oreja.

—¿El director...? —preguntó a quien por aspecto lo era.

Don Orestes Cifuentes recordó la dosis de cianuro que guardaba previsoramente en el cajón.

—Soy yo —reconoció con valentía—. ¿Qué desea?

El visitante desenrolló el diario, lo abrió y señaló la sección de fallecimientos.

—Hace dos días con sus noches —explicó— que me quedé viudo. Era un golpe que tanto mi mujer como yo veníamos esperando desde que nos casamos, si bien ignorábamos quien de los dos finaría antes. Unas veces pensábamos que sería yo; otras, que ella. Por suerte o por desgracia, asistimos a la segunda modalidad.

—Le doy el pésame, en mi nombre y en el del periódico —dijo don Orestes.

—Lo siento, señor —replicó el otro, muy altivo—: no puedo creer en su sinceridad, toda vez que se ha insertado una calumnia en la esquila de mi esposa.

El director levantó su corpachón de la butaca.

—Si es tan amable de explicarme...

—Aquí dice —y apuntó con un dedo pulidísimo y enfundado, como el resto de la mano, en un guante de color meconio— que mi mujer

(y con ella, la familia) moraba en la calle Fosca, cuando en realidad vivimos, debo decir que a partir de ahora con su ausencia, en la calle Hosca.

Hizo un vago gesto compungido don Orestes.

–Una lamentable errata...

–Tendré que ser más claro –insistió el del paraguas–. Nuestro hogar se encuentra en las antípodas de la repulsiva calle Fosca, donde probablemente sepan que se ubica la casa de citas más relevante (y con atractivos descuentos) de nuestra populosa aunque tranquila urbe, la cual, si alguien no lo remedia, se acabará pareciendo a las del extranjero.

El director iba comprendiendo.

–Nuestras relaciones y amistades –prosiguió el viudo– han acudido al citado lupanar para compartir el dolor de la familia, y eso aunque sabían perfectamente dónde nos domiciliábamos. Pero ¿cómo iban a dudar de la letra impresa del periódico? Hemos sido objeto de mofa, escarnio, rechifla y otros desaires que no quiero consignar, por más que algunos encontraran casualmente feliz su presencia en aquel sitio, donde, si mis informes son precisos, obra con meritoria audacia una tal Vanessa, que al cabo de unas horas de conversación (es eufemismo) pudo comunicar el error a los amigos que habían acudido a acompañarme en la desgracia. En consecuencia, que vengo a efectuar la reclamación correspondiente.

Don Orestes tardó medio minuto en reaccionar. Ernesto Carlos desprendía distraídamente las sabandijas que le trepaban por las piernas.

–Se trata de un malentendido imperdonable –admitió aquél–. El periódico incluirá de nuevo gratuitamente la esquela.

–No es suficiente –protestó el desconsolado–. Exijo que se incluya a doble página un artículo remunerado del prócer local, don Estebanillo Candelas, amigo mío para más señas (en realidad, pseudónimo de quien les habla), en el que éste rebatirá la difamación de que ha sido objeto la difunta, a quien al presente se la relaciona con una red de prostitución internacional, vinculada a su vez a un negocio ilegal de tragaperras, el que por su parte guarda conexión con una cadena de supermercados que sirve de tapadera para expedir damasquinados. Y no me pregunten qué tiene de delictivo lo de los

damasquinados porque yo tampoco he conseguido averiguarlo. Conmino además al diario a que publique una fotografía mía de perfil de cuando joven, que menudo pollo era. Y con esto y de momento, me daré por satisfecho.

141

Deontología periodística

—Un periódico recibe muchas presiones —dijo el director a Ernesto Carlos en cuanto se hubo ido el reclamante—. ¡Cuántas veces —gorjeó— hemos de poner, hasta físicamente, el culo!

—Sin embargo —repuso el joven—, la prensa es emblema de libertad; y los distintos medios, hermosísimos vehículos de ideas dispares, contrapuestas, que disputan entre sí en feliz chisporroteo, conmoviendo al lector por lo afilado y oportuno de los varios argumentos e incitándole a ejercer sus derechos primordiales, sin cuya bandera el hombre se asemeja a las bestias o, peor aún, no es sino el festón de la capa sedicente de un embaucador.

Don Orestes le contemplaba como si fuera un espécimen aún no clasificado por la ciencia.

—¡Alabada sea su puericia! —exclamó—. El trabajo de la prensa, admitámoslo, consiste en que un montón de sinvergüenzas escriba para un atajo de tontos del haba, los cuales éstos se sacuden diariamente una moneda para enterarse de lo que no saben que tampoco aquéllos piensan.

—¡Me deja de piedra, jefe! —dijo Ernesto Carlos, consultando a toda velocidad el código deontológico.

—Usted es relativamente nuevo, y hay detalles que se le escapan. Esta profesión, se lo digo yo, es lastimosa, soez y miserable, una de las más bajas en la escala de los oficios.

—Pero ¿no hay en ella justos?

Rió con soslayada tristeza aquel hombre que se revelaba como un sabio.

—Imagine un columnista —propuso a su empleado— que pretende convencer a sus congéneres de unas ideas que estima convenientes y oportunas. ¿Lo ha hecho ya?

—¿El qué?

–No sea lentorro, Ernesto Carlos. Le he pedido que se imagine a un jodido columnista de los honrados, si es que puede.

–No es tarea fácil.

–Inténtelo.

–Ya está –dijo el joven, sudoroso.

–Pues ¿sabe qué le ocurriría a ese altruista?

–Está muy claro. En época violenta, sería fusilado contra una tapia.

–¿Y en paz...? –don Orestes parecía un maestro ante su alumno. Frunció el otro el ceño.

–O se le acusaría en falso de algún delito grave, con lo cual sería encarcelado, o –meditó brevemente– resultaría imputado de poner en peligro principios capitales, siendo licenciado de sus tareas comunicativas con bastante malos modos. En cualquier caso, se le borraría del mapa...

–Me alegro de que lo comprenda. Mi consejo es que cambie de ocupación en cuanto pueda. Presumo que vendrán muy pronto a levantarme del sillón que ocupo. A usted, al ser de rango inferior, cabe esperar que le perdonen, conformándose con aplicarle por zonas un cable pelado de la luz.

–¿Tan oscuro vislumbra el futuro del periódico?

–Me he referido a las presiones que recibe un medio como el nuestro, igual que todos. Por arriba, el capital –se refirió a Jeremías y Dorimedontes–, aunque de momento nos han dejado tranquilos, aparte de algún que otro detalle. Y por abajo, la chusma de la imprenta, de la que tampoco podemos prescindir.

–¿Y los lectores?

–Son los peores. Con sus quietas neuronas, sujetan el tinglado.

142

Un comunicado. Una consigna

Según cambiaban estas impresiones, llegó un rumor de la calle. Algo así como un mugido de vaca.

Don Orestes prohibió asomarse.

–Me temo sean los que acabamos de mencionar –insinuó.

–¿Los lectores?

—No quieren otra cosa que ser confirmados en su seguridad sobre las cuestiones corrientes. Han notado oscilación en la línea editorial y ya no descansarán tranquilos hasta que les demos completas garantías. Su máxima aspiración es que la prensa rubrique sus prejuicios. Y nosotros, últimamente, debido a la presión de las calderas, o sea del sótano, quienes nos inducen a determinada tendencia, les sumimos en insoportable zozobra. No se lo quería decir —continuó—, pero tengo entendido que menestrales y lectores, merced a imposición de los primeros, van a sacar un comunicado conjunto exigiendo se inviertan los términos laborales estatuidos, con lo que usted y yo, junto con Carrascosa, deberemos ocuparnos de la imprenta, mientras ellos serán quienes tracen la línea editorial.

—Creo que presentaré mi renuncia en cuanto termine de redactar cuatro pijadas —consignó el joven, entristecido.

—Feliz usted que encarnar puede semejante huida —manifestó el otro—. Yo soy como el capitán del barco que tiene obligación de permanecer en cubierta mientras se hunde el armatoste en el océano.

—¿No tiene salvación? —le preguntó con pena el empleado.

—¡Ni la quiero! —repuso con gallardía el fumador de puros.

En la calle, el rumor se incrementaba.

Un macarra asomó insultantemente por la puerta.

—De los de abajo —y depositó un mensaje sobre la mesa de don Orestes, desapareciendo acto seguido.

Enterado el director del contenido, se derrumbó sobre el sillón.

—Lo que acabo de decirle... ¡Se han unido!

Ernesto Carlos le arrancó el comunicado de la mano.

Decía lo siguiente:

“Los de la calle, ciudadanos graves y representativos de la ciudad, señalados desde niños por una marcada inclinación que nos pasamos ahora por la piedra,

EXIGIMOS:

Que sea depuesto el director actual, relegándosele a recoger colillas del suelo (en lo que viene ejercitándose de antiguo), y que se le propine un puntapié las veces que se agache a efectuar la mencionada operación.

Que su periodista casi único, que si no es marica lo parece, sea inmediatamente despedido, a ser posible desde el alero del tejado del edificio del periódico, y que parezca un accidente.

Carrascosa que se quede como está.

Los de la imprenta, sobre quienes pesan injustas sospechas (aunque fueron ellos) de ser los autores del horrible crimen del titiritero, del cual este diario sacó un número especial muy celebrado, serán promovidos a puestos de máxima responsabilidad, siendo indemnizados por la mala suerte que vienen teniendo desde que antaño comenzaron a liarla. Se les autorizará a tejer y destejer a su antojo, y mucho cuidado con guardarles ojeriza.

Es especialmente importante que reine desde ya en la redacción un ambiente de alegría que rezume en las páginas del diario. Las modalidades de alegría serán dos: una, gritos extemporáneos de grata conformidad, a ser posible acompañados de reflexiones licenciosas; y otra, una actitud en general desenfadada, aunque no venga muy a cuento.

Mientras obtenemos una respuesta concreta a nuestras reivindicaciones, vivaquearemos a las puertas del periódico, con lo que nos creemos de una audacia de cojones, precisamente lo que nos falta y razón por la que cedemos a las premisas de los indeseables de la imprenta, a los que consideraremos en adelante como hermanos...”

Ernesto Carlos, después de recuperarse de su asombro y sujetándose su mandíbula inferior, que pugnaba por cobrar autonomía, manifestó:

—Me parece de todo punto inaceptable el planteamiento.

—Celebro que ésa sea su opinión —dijo su jefe con voz de ultratumba.

—Y tampoco tiene fundamento lo de que parezco sarasa.

El director no se sintió con ánimo de responder.

Se escuchó afuera una ovación. Los dos hombres se miraron, inquisitivos.

Venía gente por la escalera. Se abrió la puerta y, silueteados por la luz del flexo que se engréa sobre la mesa del director, surgieron Jeremías y Dorimedontes.

—No hay tiempo que perder —aseveró el último—. Creo que acaban de recibir un comunicado de los lectores —y ante la afirmación del director, añadió—: Pues nos viene de regalo en las actuales circunstancias, que juramos no haber mediatizado. En cualquier caso, a partir de ahora mismo se va a escribir bajo consigna en este medio. Sabemos perfectamente que la operación entra dentro del capítulo más negro del periodismo, pero como nosotros ponemos la cantinela (y con esta palabra de argot aludo al numerario), y además por otra parte éste era de los escasos diarios que mantenían mediana independencia, no le queda otra opción a la plantilla.

Ernesto Carlos sintió fuego en su pecho.

—Siempre nos quedará el recurso —dijo— de salir por esa puerta después de haber devuelto una insignia que creímos proba.

—Déjese de heroísmos —aconsejó Jeremías, suavizándole de un rodillazo en la ingle—. Siéntase y escriba lo que le sople mi hermano.

—Sin perder un minuto —se sometió el periodista, mientras don Orestes hacía volatines con intención de propiciarse a los gemelos.

—Se conoce que hay un gordo —dictó Dorimedontes—, pariente nuestro de los propietarios del periódico por más señas, lo cual redundaba en la fama de imparcialidad del diario, que obliga a reflejar la realidad caiga quien caiga, que el citado gordo lustroso se nos quiere arrebatar el dinero y los inmuebles conseguidos con el incansable servicio a los lectores, de los que tenemos el apoyo manifestado negro sobre blanco y que han tenido la deferencia de entregar al director. Y que para demostrar lo que han escrito y defender su causa con uñas y dientes, como hacen los valientes, se han puesto de centinelas ante la sede del emblema de la libertad de expresión y de todas las demás que van ligadas, y se le va a caer el pelo al citado Melquíades, que es nuestro sobrino, por ladrón y sinvergüenza, cuando prácticamente lo hemos amamantado a nuestros pechos y el cabrón no lo agradece, sino que come la mano que le da la rebanada. Y por ello y en honor suyo propio, para que experimente en su cabeza, y en defensa de la antedicha libertad de prensa, que al que la ataque nos lo comemos vivo, le llamamos mamarracho al gordo del sobrino, invitando a cualquiera que se lo tropiece a que le afee la conducta vilipendiándolo groseramente hasta el exterminio o que se tenga que escapar por la frontera, y que no se teman

causas judiciales, que para eso tenemos comprada a la abogacía, salvo algún pelanas que anda vegetando y apenas alcanza para vivir, y amañaremos los previsibles juicios (que también tenemos metida mano a la judicatura) desde las páginas de este periódico que es suyo y de todos los lectores siempre al servicio de la serenidad y la honradez, amén Jesús —se paró para tomar aire antes de recomendar al periodista—: Ahora le da forma a esto, pero cuidado con variarle una coma del sentido.

143

La cosa va que zumba el bolo. Una lucecita de esperanza

Los siguientes días, la plantilla —o sea don Orestes, Ernesto Carlos, Carrascosa y los de la imprenta, junto con alguno que se había colado— permaneció encerrada en la sede del periódico, sin acudir a sus casas. Cada mañana, el editorial vomitaba dicerios contra Melquíades y sus pretensiones. Los lectores acampados en la calle prorumpían en aplausos al saborear los gruesos epítetos con que era calificado el sobrino, a instancias de sus tíos.

Se trazó una biografía sumaria del heredero. La historia del barreño donde jugara en su infancia con las ranas fue redactada con semejante ironía que daba la impresión de que Melquíades fuera el propio alcahuete de su madre alquilándosela a su padre. El caso pareció tan monstruoso que unas damas pías se ofrecieron a peregrinar en expiación a Tierra Santa. Jeremías y Dorimedontes pagaron el billete, lo que resaltaron en portada. Otra asociación de madres, tradicionalmente rival de las anteriores, puso su hucha solidaria en las calles principales del país, largándose luego con el dinero recaudado a Benidorm.

Un periodiquito que apenas alcanzaba tirada se atrevió a denunciar el desfalco. Los gemelos movieron los correspondientes hilos, cayéndole inmediatamente al director una acusación por calumnias. El periódico fue cerrado y su jefe, un tal Ibáñez, deportado a la Guayana francesa, no encontrándose suficientemente duros los penales españoles. Allí fue atacado por la malaria, inoculada especialmente a los convictos, y murió cuando intentaba escapar por unas ciénagas. Nada de esto apareció en el diario de los gemelos, y un

señor que lo comentaba en el casino fue apaleado por unos matones disfrazados de lo mismo, achacándose el asunto a un ajuste de cuentas por la droga, a pesar de que el hombre ni siquiera probaba el tinto en las comidas.

Lo relatado en el párrafo anterior –encarcelamiento, fuga y muerte del sujeto Ibáñez incluidos– ocurrió en un lapso de cuarenta y ocho horas, tan rápidamente se sucedían los acontecimientos.

Jeremías y Dorimedontes forzaron un nuevo comunicado solidario, firmado ahora por miembros del comercio, de la judicatura, de la intelectualidad de los billares y por padres de familia que llevaban a sus hijos a colegios extranjeros, en el que se declaraba atentatorio contra el Estado el que cada cual fuera inocentemente a su aire, imputación que le hacían a Melquíades aduciendo innumerables testimonios.

El desdichado sobrino, que no renunciaba a un entendimiento con sus tíos, se enteró de que las cuentas a que tenía derecho por fallo de los tribunales (que se habían movido con diligencia en este caso) se bloquearan por superior recurso presentado por los usureiros. Los miembros del tribunal que emitiera el fallo favorable al gordo recibieron la jubilación anticipada, falleciendo seguidamente en extrañas circunstancias.

Decía Melquíades, pesaroso:

–He provocado una situación insostenible, extendiendo la desgracia por doquier. Y todo por ambición de un dinero que, correspondiéndome y siendo mío por la gloria de mi madre –aquí le salió acento andaluz–, no debí nunca presentarme a reclamar.

Se dictó orden de busca y captura contra él: su retrato apareció pegado en las farolas.

Julián Agridulce les abandonó, trotando finalmente en busca de Marisa, la hermana de José Carlos, ambos dueños de “Tejidos Soberanos”, y a cuyo destino (de la hermana) quería ligar el suyo de por vida, internando la pareja de común acuerdo al hermano en un manicomio, aduciendo incapacidad para llevar la tienda.

–No deja de ser una deserción –murmuró Melquíades.

El erudito se sacó un periódico de la bocamanga.

–He conseguido descifrar algunas claves incluidas en el texto donde machaconamente le ponen a parir –dijo–. En otras palabras,

que contamos con aliados en el interior que nos animan a intentar el asalto de la fortaleza. ¿Conocen a unos tales don Orestes Cifuentes y Ernesto Carlos...?

—Director y segundo, respectivamente del periódico de los implacables tíos de Melquíades —informó José.

—Harán una señal en el momento en que consideren que podemos acceder al edificio. Nos introduciremos entonces por el ascensor de mercancías, accediendo con un poco de suerte al centro neurálgico del periódico. Allí nos haremos con el control, sacando un parte diciendo que el asunto no es para tanto, que pueden confiar en nosotros, etcétera. Habrá lucha y posiblemente se derrame sangre. ¿Alguna pregunta?

144

La arenga

Confundidos en la plaza entre los lectores, aguardaron la señal.

En su lugar, carraspeó un megáfono.

Los usureros se asomaron a una ventana del edificio.

—¡Amigos y partidarios! —comenzó a hablar Dorimedontes, provocando una ola de entusiasmo—. Agradecidos os estamos desde aquí de que seáis la roca combustible de que se nutre el faro que ilumina el orbe de la libertad, el progreso (sin olvidar la tradición, ¿eh?) y todo lo bueno que hay en el país y que vosotros representáis —aplausos—. Quedamos reconocidos de que hayáis momentáneamente abandonado vuestros hogares, que os costó trabajo construir, en el caso de que no lo heredarais de familia, para venir a salvaguardar lo que constituye vuestro bienestar, más que físico y sin desdeñarlo, espiritual, y cualquiera se sentiría orgulloso de atravesar un desierto con gente tan aguerrida. ¡Pues en efecto, un desierto estamos atravesando! Y con poca agua, que nos la han cortado, sin oasis y, aunque los hubiera, con las palmeras deshojadas y sin dátiles. Un desierto donde detrás de cada duna se embosca un francotirador con la peor intención de hacer blanco en vosotros, en vuestros ideales, en vuestra cartera, la que habéis ido engrosando al compás de esos mismos ideales, y estoy refiriéndome tanto a la gente más modesta como a la principal, que no somos en el periódico clasis-

tas y abogamos por pastorear a todos, siempre que se dejen y más vale que así sea –tomó un respiro que fue aprovechado por su auditorio para emitir una ovación que sonó algo desangelada, moviéndose al tiempo algunas antorchas–. ¡Gracias! –exclamó Dorimedontes–, pero no me interrumpáis, que estoy cogiendo frío, pues no tenemos calefacción por las maquinaciones del sobrino carnal Melquíades, ingrato que ha estado a punto de alzarse con las cuentas bancarias, y menos mal que todavía impera la justicia, que hemos conseguido bloqueárselas, pero como no os espabiléis, irán ahora por quienes tenéis la deferencia de escucharnos y se puede ir todo a la mierda. Y al decir todo me refiero, con mi hermano, que permanece a mi lado mudo de tristeza –Jeremías movió verticalmente la cabeza–, a los frutos del trabajo honrado de sol a sol, ya que existe gente que quiere que todo el mundo viva mal menos los suyos, no siendo quien os habla de esta pasta, sino de otra más pinturera y que proporciona largamente beneficios, vuelvo a insistir que rebasando divisiones sociales y casi me atrevería a decir que fronteras entre naciones, las que desde aquí declaramos obsoletas y mañana saldrá algo sobre esto en el periódico. ¡Y lo último que estamos defendiendo –se enardeció– es nuestra fortuna, sino que podamos seguir libremente juntando caudal para dar de comer a las familias y mandar a sus hijos a la escuela, que ésta es otra! –ensordecedores aplausos–. Que la educación es lo que más nos interesa, para que seamos grandes y libres y pisoteemos a los que nos quieran pisotear, de lo que resulta que pocas cosas podemos tener más claras que ésta: o ellos, o nosotros, sin que quepan medias tintas; o los buenos, nosotros y vosotros, o los malos, que lidera el gordo del sobrino, que tiempo ha tenido de adelgazar y cuya grosura os la ha robado a los humildes, no parando tampoco mientes en arrasar a las familias de abolengo, que digo yo que merecen un respeto por haber acumulado para que luego podamos repartir. ¡Y no nos confundamos! –exigió–, pues si fracasamos por tibieza y por querer volver a casa, nos la podemos encontrar destruida, pues esos alborotadores profesionales que no respetan la voz callada pero potente del pueblo, unida hasta la muerte con la segura guía de la nobleza de siglos, tienen dispuestos unos perros, que han venido alimentando con criadillas de toro, para morder donde os podéis imaginar,

estando también entrenados para beneficiarse a vuestras mujeres, que no podrán decir que no y la más sana se puede llegar a acostumar y a ver luego qué hacéis... Así que, por el propio bien, ya podéis defender la causa, y doy el aviso de que tenemos mi hermano y yo fichas de todos, y haremos una degollina con el que flaquee y nos encargaremos de que no pueda encontrar empleo ni de limpiabotas, actividad que estamos erradicando, así como el analfabetismo y la pobreza, como también las ganas de superación. Y remacho que contamos con el beneplácito de la aristocracia, que es la más interesada en educar a los pobres pero para que sigan en su sitio, y pocas veces en esta nación de pandereta se ha llegado a un histórico acuerdo más beneficioso para que nadie píe y todos contentos y felices. ¡He dicho!

Horas después, sin embargo, todo estaba perdido para los gemelos.

El edificio fue ocupado conforme al plan, desbandándose los acampados ante el diario. Todavía sonaban en sus oídos los ecos de la arenga.

145

Dos se zafan juntos. Artero contraataque. La causa del Bien encuentra un aliado inesperado

Jeremías y Dorimedontes consiguieron escapar.

Gracias a su red informativa –y a determinados comentarios sorprendidos en el periódico– estaban al corriente de pormenores alusivos al personal de redacción. Se encontraron así, entre otros asuntos, con la pera en dulce de los deliquios amorosos entre Ernesto Carlos y una que respondía por Amaranta.

Con apenas un esbozo de la malignidades que pretendían efectuar, corrieron al hotelito.

–¡Es nuestra única baza! –resollaban.

Sorprendieron a la enamorada en sus tareas domésticas. La mujer deseaba con denuedo labrarse un porvenir hogareño, el que no pudo, no supo o no quiso proporcionarle don Orestes, que se pensa-

ba que todo era trastearla, invitándola antes (o después) a cenar a un restaurante.

—Joven —pronunció con arteria Dorimedontes en cuanto abrió la cuarentona—, ¿sería tan amable de dedicarnos unos segundos de su valioso tiempo?

Se cerró la puerta detrás de los gemelos...

Pero —¡providencial designio!— existía un testigo de la ominosa visita.

En el propio hotel moraba también un bailarín profesional, muy al tanto de la pésima fama de los usureros, a los que había reconocido a través de la mirilla de su puerta...

¡Al verlos, su corazón saltó como una rana!

Su madre, viuda, fuera una de tantas víctimas del dúo. Después de estafarle sus ahorros, y por el mero gusto de hacer daño, le arrebataron al hijo, internándole en un hospicio. Acto seguido, condujeron a la institución a la quiebra, acusando al equipo directivo del orfanato de entrar a saco en las cuentas, lo que hacían pero para no llevarse un duro, circunstancia que no les sirviera de atenuante en el juicio... El niño creció en las callejuelas, donde un buen día le identificó su madre, que sobrevivía fregando a cuatro patas (bajo nombre supuesto) las escaleras de los bancos, y se lo llevó consigo. A fuerza de privaciones, y sin soltar prenda ni siquiera a las vecinas, no le fueran a ir con el cuento a los dañosos, le matriculó primero en un gimnasio, del que salió soliviantado tras su primera clase, y posteriormente en una escuela de baile, donde destacó muy pronto y cuyo profesorado auguró que el día menos pensado debutaría con gran éxito. Jeremías y Dorimedontes, sin embargo, abarcaban con su poderosa trama la sociedad de arriba abajo, siendo muy de temer que impidieran el éxito del huérfano, redondeando la obra comenzada en su niñez.

El bailarín, llamado Pedro, pero conocido en el ambiente como Pierrot-Lulú, en solidaridad con Amaranta —de cuyo noviazgo con el periodista estaba al tanto—, se propuso estorbar hasta el fracaso los planes de los desalmados que acababa de ver entrar en la casa de su vecina.

Sin perder tiempo en quitarse la malla con que efectuaba sus ensayos, Pierrot–Lulú se arrojó a la escalera, llegando al vestíbulo del hotel, donde el conserje le saludó con un pellizco.

–¡Me voy con una prisa loca! –le dijo al de uniforme, soslayando un segundo acercamiento.

–¡Ricura! –oyó que le llamaban nada más pisar la acera.

No se inmutó, ansioso por llegar al periódico y poner sobre aviso al novio de Amaranta, con la que, dicho sea de paso, conversara la noche anterior hasta las tantas.

En la redacción, se orientó rápidamente. Después de una escena confusa que protagonizó en el rellano y de la que emergió algo nervioso, tropezó precisamente con Ernesto Carlos, a quien reconoció por referencias.

–¡Su novia corre muchísimo peligro! –barbotó Pierrot–Lulú, muy azarado–. ¡Un peligro peligrosísimo y muy grande, a cargo de unos hombres malos que la quieren hacer pupa y eso no lo quiero autorizar ni consentir, que se lo debo por lo menos a mi madre, que se hinchó de fregar escaleras para darme unos estudios, y la chica de usted es madre como ella...! ¡Huy! –se corrigió–. Quiero decir que también puede ser madre si encuentra un hombre trabajador que la quiera de verdad, que la pobrecilla lo merece y es muy limpia, como lo era mi madre, que no todas son iguales, sino que hay unas gorriñas que no las quiero ver ni regaladas. ¿Me estoy explicando o tengo que empezar por el principio del comienzo del inicio...? –preguntó, cimbreado mucho las muñecas.

Don Orestes, al tanto de su venida, se acercó.

–O cuenta lo que sea en dos patadas, o vuelvo a entregarle a los del rellano.

Parpadeó repetidamente el bailarín.

–¡Ogh! –se quejó tapándose la boca–. ¡Pero cómo corren las noticias en el templo de la letra impresa y qué hombre tan imperativo es quien me habla! Seguro que es el director... ¡Pues qué apabullante y cómo los tiene que tener a raya a todos...! –alargaba las vocales–. ¿Me equivoco o tengo que retractarme...? –le dio una palmadita a don Orestes en el tórax–. Pues resulta –informó–, que los viejorros esos tan odiosos, Jeremías y Dorimedontes que se llaman, se han introducido con engaño y malas artes en el piso de la peque-

ña, donde ella se entrena en la labor de ama de casa para matrimoniarse con el de aquí —ahora golpeó con la punta de los dedos el pecho del otro—. ¡Lo sé y lo sé, y me da la gana de decirlo!

Estaba claro el paradero de los tíos tras la escapada. Ernesto Carlos se puso de la albura de una sábana.

Ordenó el director a su empleado:

—Rescátela... o no vuelva.

Se recabó el concurso de Melquíades.

De regreso, hablaba sin parar Pierrot—Lulú:

—Menos mal que estaba yo, quien soy testigo autor del estropicio moral que quieren hacer con la doncella y he venido a avisar a que la salven. Y porque soy como soy, que casi todo se me ha ido estudiando danza, que si no yo mismo habría resuelto el episodio, quedándome a la chica... —y rió en escala de agudos.

—¡Oiga! —protestó Ernesto Carlos.

—Si soy inofensivo y era broma. ¡Las veces que me ha invitado mi vecina a un cafetito para que la hiciera compañía mientras se depilaba la entrepierna, que tenemos esa confianza...! Atentos y ojo —les avisó al llegar y cruzar el vestíbulo ante la atención extrema del conserje—. Si les sale una que vive en nuestro mismo piso de Amaranta y el de aquí —se señaló el esternón con el meñique—, no la hagan caso, que es muy fisgona y para mí que un poco puta.

146

“¿Llegaremos a tiempo?” Tierna (y abyecta) evocación del pasado

Se asomó en efecto la mencionada señora.

—¿Qué les dije...? —les hizo un guiño el bailarín.

—Si son amigos de la que vive ahí —informó aquella—, sepan que acaba de recibir la visita de dos viejos.

—¡Y qué! —la retó el de malla.

—Si tuvieras ojos para las urdimbres de nuestro sexo que compartes, tú mismo te habrías dado cuenta.

—¡Pues sepa, señora lista —Pierrot—Lulú se puso de puntillas—, que he sido yo el que ha avisado a estos señores, mientras otra que no señalo se dedicaba a través de la rendija de la puerta a un espionaje

maligno, infructuoso y, sobre todo, feo pero que requetefeo y todo por pura envidia que se tiene de la chical

–Tengo poco que envidiar, a juzgar por lo me dice Leonardo por las noches.

–Leonardo es un chulo, y tiene que ser ciego de nacimiento, porque, si no, no se explica que se distraiga con jamelgas.

–¡Marica!

–¡Burra!

–¡Pastelero!

–¡Tu padre!

Aquella se retiró dando un portazo.

–¡Ya te pillaré a solas, alondra –la despidió el bailarín–, y te demostraré de lo que somos capaces los de nuestra condición interesante!

Ernesto Carlos y Melquíades se miraron de reojo. El artista pulsó el timbre.

–¡Ay, y ojalá que lleguemos a tiempo...! –se angustió.

Transcurrieron unos segundos.

–¿Quién es? –preguntó Amaranta a través de la puerta.

–Pajaritos –dijo con picardía el bailarín.

–Soy yo –baló Ernesto Carlos–. Con un amigo...

El periodista incubaba las peores sospechas.

–¡Se ha entregado! Por eso tarda...

–¡Valor! –recomendó Melquíades.

Amaranta abrió.

Pierrot Lulú la inspeccionó ocularmente en un segundo.

–No la han trasteado lo que se dice nadita –le susurró al oído al periodista.

–Han venido tus jefes –le dijo ella a su novio.

Fueron conducidos al salón donde se encontraban los viejos.

Éstos, sorprendidos, dirigieron una mirada de asco y odio a su sobrino. Ernesto Carlos también recibiera su ración.

–Son unos viejecitos entrañables –aseguró Amaranta de los gemelos–. Y me estaban relatando una historia tristísima...

–Llore, hija –autorizó Dorimedontes–, que no parecerá mal que vierta su corazón sobre el tapete.

—¡Habrás visto semejante cinismo...! —comenzó a protestar Melquíades.

Aquél levantó, apaciguador, la mano.

—Si nos quieren dedicar unos minutos... —solicitó, y como nadie rechistara elaboró una sonrisa calculada al milímetro para contener melancolía por el pasado muerto y esperanza en el porvenir que se alumbraba—. Somos ancianos —proclamó—, y curtidos en la vieja escuela. Querámoslo o no, debemos pensar en el retiro. Es la lección que hemos extraído de los últimos y desazonadores acontecimientos... Reconozco, en mi nombre y en el de mi hermano, socio inseparable en esta empresa, que nos hemos hecho los remolones en lo que se refiere a pasar el testigo al sobrino...

—Savía nueva —apuntó Jeremías.

Amaranta se sentó en el brazo del sofá, sonriendo tierna a los gemelos.

—¡Niña! —protestó Pierrot—Lulú.

Melquíades encontró vigor para expresar:

—Les saludo, tíos, y hasta aquí han llegado. Depongan sus intrigas, que incursionan en el territorio de la diosa —señaló a Amaranta—, a la que pretenden instrumentar para sus fines. ¡Les prometo que seré clemente!

Dijo ella:

—Sigo, femeninamente terca, sosteniendo que son encantadores. Y quiero que se escuche lo que se ha venido a interrumpir.

Ernesto Carlos se ensombreció ante la tácita acusación de intrusismo.

Apuntó Melquíades:

—Se tratará, con toda certeza, de mi madre, lejano e indirecto origen de que estemos aquí reunidos.

—Vayamos con ella —confirmó Dorimedontes—. Pues se sepa que siempre fuimos en nuestra familia, antes de que ninguno de los presentes viniera al mundo, hermanos avenidos a jugar infantilmente y procurando espantar la acritud entre nosotros. No siempre lo conseguíamos... —sonrió con falsedad—, pues se alzaba sobre nuestra fraternidad de tres, el vínculo más poderoso de la gemelidad entre éste y yo —casi introdujo el pulgar en el ojo de su hermano—, quedando al margen el padre de Melquíades. Preceptores, maestros y

tutores no le dieron importancia a la bifurcación de destinos; pero nuestros padres, tus abuelos –le dijeron al sobrino–, preocupados por las posibles futuras consecuencias, consultaron a un psicólogo que, como todos los de su ralea, se equivocó de plano en el diagnóstico, asegurando que no existía motivo de inquietud, cometiendo además la imprudencia de reflejarlo por escrito, tampoco incluido...

–Aquel tarado –completó Jeremías– fue en realidad el causante de que nos distanciáramos, ya definitivamente y sin remedio, de nuestro hermano.

–Éste y yo nos dedicamos a los negocios –continuó el otro, sin entrar en más detalles–, dedicándose el restante a libar la flor de Venus, picoteando por doquier hasta recalar principalmente a los pies de la que sería madre del sobrino; una belleza, mejorando lo presente –comentó con empalago hacia Amaranta–. Esto, creo, más o menos se conoce... –fingió a satisfacción un nudo en la garganta.

–¡Termina de una vez! –le urgió Jeremías.

–¡Mi hermano aquí presente y yo estábamos también enamorados de tu madre, lo que explica tantas cosas! –vomitó aquél.

–¡Hubiéramos deseado preñarla y que tú, o preferentemente otro de mejor apariencia, fuera nuestro hijo! –añadió el otro.

Amaranta se iba en lágrimas.

147

(Continuación)

–Para tu madre –continuó diciéndole Dorimedontes a su sobrino, una vez que Amaranta cedió algo en su emoción– no había quien fuera digno de descalzarla, excepto tu padre, que no se conformaba con quitarle los zapatos, sino todo lo demás, sin perdonar sus prendas íntimas, y no me refiero solamente a las físicas, mas principalmente a las espirituales, que son las que de verdad importan. Nuestro hermano, en definitiva, entraba en la que te dio el ser como un sultán en el serrallo, que esto era ella sola para él. A nosotros –señaló a Jeremías– nos llegaban con puntualidad informes sobre sus avances, ¡siempre victoriosos y sin bajas!, y se nos ponían los dientes afilados de envidia, a la vez que contemplábamos impotentes la

fotografía de la impar, obtenida clandestinamente por un reportero que poco después condescendió con una tonadillera que habría de parir media docena de mongólicos que perecieron al volcar en unos rápidos la canoa en que se dirigían al colegio. Ya ven que no silencio nada... Este vicio, el de la envidia, capital en nuestro histórico solar, y no pretendo con ello disculparme, nos indujo a mí y a mi gemelo, al llegar a determinadas encrucijadas en nuestros negocios (que emprendimos en los inicios con el afán sincero de servir al semejante), torcer por el lado que a estas alturas quiero creer equivocado: el de la usura, la extorsión, el estrangulamiento sin compasión de los menesterosos, para quienes fuimos su flagelo insoportable, su inmisericorde azote, su particular y anticipado infierno, aunque este ganado es del se afirma que va con preferencia al Cielo...

Melquíades destacó un rechoncho dedo.

—Siempre he tenido una duda acerca de personas como ustedes, tío. ¿Por qué, pudiendo, al menos en teoría, obtener mayores beneficios de la gente acaudalada, se ceban con preferencia en los que no tienen un clavo?

Dorimedontes le contempló no sin estricta simpatía.

—Es una pregunta inteligente —reconoció—, y me sale del nabo responderla. Los potentados se rodean habitualmente de un ejército de contables, abogados y matones, estos últimos no raramente karatecas, todo lo cual impele a dejarlos tranquilos. Y si has cometido la temeridad, como se han dado casos, de aligerarles un puñado de calderilla, te puedes encontrar en una dársena aislada una noche sin luna, con los pies en un cubo fraguado de hormigón y preguntándote angustiado cuál fue el error que cometiste o qué minucia se te pasó por alto.

Carraspeó Jeremías.

—Volviendo a lo de la madre del gordo perola... —retomó el asunto—. Nuestro gemelo encoñamiento se tradujera primeramente en frustración, la que acarreamos día tras día, semana tras semana, año tras año..., hasta que la vejez llamó a la puerta y se sentó, señora, en nuestro mejor canapé, que era de cuero, sometiéndonos a estrecha vigilancia en espera de llamar a su hermana, la muerte, cuya herrumbrosa guadaña ocasionalmente venimos atisbando, cada vez más nítida y cercana. ¿Hay alguien capaz de censurarnos por haber hecho lo posible, utilizando reprobables medios, sí, por hacernos con un

resto del espíritu amado, que en nuestra materialidad fijamos en el legado de tu padre –le dijo a Melquíades–, aún con el indeleble recuerdo de la que en el pasado nos sorbiera el seso y en cuya instantánea nos regodeábamos mi hermano y yo por turno...? ¡Si nos perdimos por la madre, convirtiendo nuestras vidas en sentinas malolientes, justo era que nos resarciéramos en el hijo!

Amaranta volvió a llorar. La consoló Pierrot–Lulú.

–Estamos dispuestos a una paz honrosa –ofreció Dorimedontes al sobrino.

–¡Ponte a nuestro lado y Amaranta será tuya por siempre, pudiéndosela regalar al periodista! –le prometió el otro.

Ella se rebeló al sentirse en venta.

–Estoy de tu parte –le dijo a su novio–: perdóname haberme enternecido con sus patrañas.

–Amaranta, rica... –la censuró el bailarín.

–Nos hace fracasar la firmeza femenina –se sinceró Jeremías–. Contábamos con corromper a Amaranta, quien habría de influir perniciosamente en el periodista, el cual a su vez inclinaría la ficha de dominó de don Orestes, personaje que a su vez y recurriendo a su conocimiento de los entresijos del periódico se las habría arreglado para enredarte –le habló al sobrino–, volviendo fatalmente a nuestras manos lo que nos es arrebatado, principiando por el diario y siguiendo con todo lo demás, con lo que la situación primordial no habría variado; todo lo más, nos habríamos entretenido un rato...

Melquíades se masajeó frutivosu mandíbula.

–No ha estado mal pensado –dijo–. Pero se fastidian.

–Vámonos, que aquí ya no tenemos nada que hacer –se levantó Dorimedontes.

El sobrino movió amenazadoramente los brazos.

–Que conserven el recuerdo de mi madre, que en el fondo era una lianta, por no decir cosas peores, aunque puede que tuviera sus atenuantes, que algún día, espero, llegaré a saber.

148

El periódico se encarrila en apariencia

Pierrot–Lulú se despidió de Amaranta, que dejaba definitivamente el hotelito.

–Te echaré mucho de menos –hipó él.

–Deseo que triunfes como te mereces, ahora que han perdido poder quienes lastraban tu carrera –dijo ella–. ¡Se lo debes a tu madre! Se cargaron gastos a cuenta del periódico.

Ondeaba al viento la melena de la hermosa. La ovacionaban transeúntes.

Melquíades cobraba mayor determinación según se aproximaban al periódico.

–Puede ser un buen jefe –le dijo Amaranta a Ernesto Carlos, disuadiéndole de abandonar el trabajo.

–¿Tú crees? –repuso él, observando aprensivo su esférico contorno.

–Apostaría mi doncellez.

Melquíades efectuó en los siguientes días gestiones con los bancos. A su término, con su situación económica absolutamente desentrañada, regresó rabioso y la emprendió a patadas con los muebles.

–¡No es tanto el dinero que heredé, según el saldo final que me acaban de presentar entre rechiflas! –informó–. ¡A última hora, supieron rebañar mis tíos! Por ende, me aferraré como una lapa a este medio, caiga quien caiga. ¡Y esto va por todos!

José acusó esta muestra de soberbia, que se difundió inoportunamente por el diario. El director y Ernesto Carlos (que había instalado a su novia en su propia casa, viviendo él en la redacción) comenzaron a trabajar a la retranca. Atilano se escapaba, en unión con Carrascosa, a beber con los del sótano. Porras era el único que parecía estar en su puesto.

Al heredero le pasó por la cabeza sacar lo que pudiera del diario y, posteriormente, dejarlo ir a la quiebra. Un intento de venta acababa de provocar en círculos importantes carcajadas.

José coadyuvó a la restitución moral del gordo con el siguiente comentario sobre el periódico:

–¡No lo sangres, Melquíades! ¡Déjalo vivir y expansionarse!

–¿Expansionarse...? –repitió el amigo–. ¿A costa de la verdad o con su insignia?

–¿Acaso importa?

Porras volvía definitivamente con la marquesa. Se habían reunido todos.

—No es que arda en deseos —confesó—, pero debo afrontar mi palabra de matrimonio que di un día que prefiero no recordar. Aunque mis propincuos horizontes personales tienen también su lado bueno... —sollozó—. Allí trabajo mejor, tengo mi biblioteca, mis archivos y además puedo excavar como arqueólogo consorte, cosa que aquí ya me dirán... Seguiré dándole vueltas a los misterios de la historia, que a veces pienso que de misterios, nada, sino que todo es más a la pata la llana y que los historiadores no hacemos otra cosa que enredar para ganarnos la comida. Paralelamente, concluiré la narración donde aparece la O'Mgiggins, que mal rayo parta. Entre unas cosas y otras —resumió, aludiendo a su reciente reconocimiento internacional—, tengo un buen pasar. Vendré ocasionalmente a hacerles compañía, despegándome de la marquesa cuando se ponga empalagosa, y entonces acudiremos a una tasca a tomar unas cervezas, o nos encaminaremos a un sitio que no quiero mencionar porque hay señoras —miró a Amaranta, quien vigiló la reacción de su novio—, donde quien quiera mojará, y los demás aguardaremos en el vestíbulo en compañía de la madama o el macró...

El ambiente desenfadado impulsó a Melquíades a anunciar:

—Ahora soy yo quien acompaña al erudito, con objeto de hacerle llevadera su coyunda. Le concedo plenos poderes para hacer y deshacer —le dijo a don Orestes.

Atilano y José irían con ellos.

PARTE NOVENA

LA CRÍTICA

La bienvenida

El aire de la costa les envolvió cálidamente al apearse del tren.

Las aletas de la nariz de Porras se dilataron nerviosas ante su encuentro inminente con la marquesa, suceso que le tenía tan preocupado que lo comentara durante el trayecto con un grupo de reclutas que viajaban de permiso, quienes le ofrecieron sus particulares soluciones que el erudito estuvo tentado de adoptar.

De camino al pueblo, cayó un refrescante chaparrón que les confirió sugestivo aspecto de pordioseros. En seguida, reapareció el sol como una de las monedas de oro que ocasionalmente desenterraba el arqueólogo.

—No tantas veces como supone el vulgo —advirtió.

Manifestó José:

—Parece que fue ayer cuando estuvimos aquí.

El erudito suspiró.

—En cuanto le hayamos instalado, regresaremos —dijo Melquíades, observando el estado de ansiedad de aquél y sintiéndose muy aliviado de que las galas del matrimonio hubieran pasado de largo por su puerta.

—Una temporadita con nosotros no se la quita nadie —invitó Porras precipitadamente a sus amigos.

Lo dicho sonó como amenaza.

A cien metros del pueblo, un grupo uniformado surgió de entre las casas. El sol arrancaba destellos de armamento y corraje.

—¡Alto! —les gritó el jefe, reconocible por su guerrera repleta de condecoraciones.

Se pararon en seco.

Fue Melquíades quien gritó la contraseña:

—¡A la carrera!

Invadieron la cuneta, más allá de la cual se expandían unos baldíos.

—¡Aguarden! —oyeron a sus espaldas.

—¡Algo terrible ha ocurrido mientras estábamos fuera! —expuso Porrás, perdiendo en su huida libretas y bolígrafos.

Melquíades resollaba, mientras José se volvía intermitentemente para alzar los brazos en señal de rendición. Atilano consideró plantar cara a pedradas.

—¡Hagan el favor de detenerse! —les intimaban.

—¡Un cuerno! —masculló Porrás, enfilando hacia unos árboles.

Por entre los troncos, como patatas en un pasapuré, siniestros, sudorosos, se filtraron los de uniforme, que habían dado un rodeo cerrándoles el paso.

—¡Estamos perdidos! —exclamó Melquíades, contemplando espe-luznado cómo aquéllos se echaban a la cara el arsenal.

Se abrazaron.

—¡Perdónenme...! —dijo Porrás.

—¡Dios mío...! —articuló Melquíades.

—Es el fin... —reconoció José.

—Si lo hubiera sabido... —masculló Atilano.

En vez de la descarga oyeron una murga.

Levantaron un ojo.

Tocando un pasodoble, se aproximó la recién creada orquesta del pueblo. Su director tiraba a obeso y era calvo, menos la tirilla negra que unía ambas patillas por la nuca.

Con un golpe seco de batuta, ordenó el cese de la música.

Jadeante y satisfecho, dijo:

—¡Qué orgullo contar de nuevo con nosotros al relevante prócer unánimemente celebrado en todos los países cultos! —saludó militarmente a Porrás, entrechocando los talones—. Queríamos aguardarles en la estación, pero preparativos de última hora...

Les acompañaron con otro pasodoble.

—¡Al Ayuntamiento! —ordenó el de la batuta, abriéndose paso por entre los muchos curiosos.

Desde el balcón consistorial, donde fue llevado en volandas el erudito, pronunció su discurso el alcalde, mientras abajo, en la plaza, se agolpaban los vecinos.

¡Era un honor para los allí reunidos respirar el mismo aire del ilustre Porras y pisar los mismos adoquines que pronto, y como homenaje al erudito, serían sustituidos por otros nuevos, en lo que había insistido la oposición municipal, pero ellos lo tenían ya pensado de antemano! ¡Porras, y en concreto su regreso, había salvado la reputación del lugar, puesta en entredicho por la derrota el domingo pasado del equipo futbolístico! ¡Porras sería nombrado ciudadano preferente! ¡Porras, por lo menos los primeros días, tenía garantizadas sus consumiciones en los bares, a condición de presentar un vale que posteriormente le sería abonado al dueño por el Ayuntamiento! ¡Porras y siempre Porras para lo que fuera menester...!

—¡Viva el insigne! —se gritó.

—¡Viva su madre!

—¡Que viva y reviva!

La orquesta, desde la plaza, arremetió con entusiasmo. El erudito intentaba localizar a sus amigos.

—¡Por aquí, Porras! —le avisó Atilano, encaramado a la balaustrada por orden de Melquíades.

El arqueólogo se escabulló a lomos del clase baja. Su ausencia pasó desapercibida, gracias en parte a la batalla originada por el acceso a los canapés que se servían en el salón de plenos.

Como ladrones, llegaron al palacete de la marquesa.

150

Si no es amor, se le asemeja

—¡Cómo ha triunfado usted, mariconazo! —saludó a su prometido la aristócrata—. Constantemente nos llueven de su persona elogiosísimos informes... Cuando nos separamos —agregó con mohín copiado de su hija— ignoraba todavía la magnitud del hombre que voy a desposar —y le echó mano al paquete.

Porras se volvió hacia sus amigos.

—Nos acompañarán hasta el mismo pie del tálamo... —insinuó en tono de súplica.

La marquesa adelantó su antebrazo al adalid.

—Creo que sus asuntos marchan también divinamente —le dijo—. Hemos leído la prensa.

—No me quejo —sudó el gordo—. Ahora no soy un pobretón, sino que dictamino sobre múltiples asuntos.

—Seguro que vivía mejor antes.

—En cierto sentido —respondió Melquíades—. En verdad, se hacía pesada la bota de mis tíos, que a menudo pateaban mi trasero y adláteres. Y ello sin enterarme de su perversidad, atribuyendo a la mala suerte o al destino mis múltiples fracasos. Ahora, en cambio, mis éxitos serán míos y también mis infortunios, a pesar de que intentaré endosar los últimos a mis subordinados —soltó una risita.

—¡Qué pilló...! —cacareó la marquesa.

Porras carraspeó en aras al buen tono.

—No me olvido de usted —le dijo ella—, con quien pronto yaceré legalmente, no como hasta ahora, que nos hemos dado clandestinos lotes.

Atilano, al lado de José, soltó un hurra.

—Vaya a la cocina con Andrade, se lo ruego —indicó ella.

El clase baja obedeció, corrido.

—Si empezamos a mezclar churras con merinas, pronto no sabremos a qué atenernos —justificó la de alcurnia

—¡Toda la razón! —dijo Melquíades.

—¿Qué tal su hija? —inquirió José.

Aquella arrugó la cara.

—Hará coincidir sus nupcias con las mías. He intentado convencerla de lo erróneo, y sobre todo de lo inútil y arriesgado para ella, de semejante decisión. ¿Creen que me ha escuchado...? Aretusa saldrá perjudicada, pues a mi lado parecerá descolorida, siendo así que yo refulgiré como la más bella mariposa policroma de la Amazonía. Y de esto entiende mucho Porras —le dirigió una mirada muy audaz.

—Estúpida chiquilla —comentó Melquíades cortésmente.

Asintió la marquesa.

—Estoy convencida de que si a Porras, ¡pichoncito!, se le propusiera cambiar la hija por la madre, saldría corriendo a la mencionada extensión verde.

El arqueólogo exhibía una de las sonrisas más difíciles de interpretar.

—¡Menuda noche de bodas que me aguarda! —se desgarró.

La marquesa dio excitados gritos.

—¡Qué putas somos en el fondo las mujeres! —exclamó.

—Espero que usted sólo conmigo —Porras osciló al otro extremo.

—¡Ingrato! —le dijo ella con mimo.

—¿Qué quiere, que me guste que se la folle otro...?

La marquesa se llevó sus dedos ensortijados a la boca.

—Está celoso... —murmuró complacida.

—¡Claro que lo estoy! —farfulló el estudioso, pasando a tutearla—.

¡Estoy celoso del aire que respiras, de los muebles que te rodean, algunos de los cuales, los de tu dormitorio, por ejemplo, te contemplan en pelotas por la mañana y por la noche! ¡Estoy celoso de los alimentos que ingieres, del paisaje que intenta rivalizar con tu hermosura y cuya vegetación se agosta de envidia! ¡Celoso del suelo que pisas y del que no te dignas hollar, que es la inmensa superficie del planeta, así que háganse todos idea! ¡Celoso del pasado, de este presente en que debo compartirte con extraños y de un futuro en que quizá yo ya no esté y venga otro a ocupar mi sitio, invadiendo con sus zafias manos de gorila tu santuario, el cual todavía desconozco, pues nuestro intercambio, que lo sepan estos señores (y contradiciendo lo que has sugerido hace un instante), no ha pasado de una cèlere exploración, para más inri, en vertical, que ya se sabe que no es la postura más idónea, si bien se usa en contactos apresurados, verbigracia en guerras, y principalmente cuando la ciudad es bombardeada desde el aire y la inminente cercanía de la muerte impele a esa embriaguez que conduce en nueve meses al nacimiento de los niños, suponiendo, claro, que se sobreviva a la contienda...! ¡Estoy celoso y me siento ridículo, pero no puedo ni quiero evitarlo!

La marquesa, que escuchara, primero violenta, luego incrédula, para terminar en éxtasis, se acercó al erudito.

—¡Porras...! —le dijo, derretida.

Melquíades y José se asombraban visiblemente.

—¡Qué sabrán lo que es amor y de qué heroicidades no es capaz! —les reprochó ella, acariciando la brillante cabeza del estudioso—. Confieso que tampoco yo lo sabía hasta que este hombre, insignificante, feo, poca cosa y que aburre a las piedras cuando habla del Tatani... —ante la sorpresa de éste, que levantó su rostro, explicó—: Oh, sí, querido amigo, no ignoro su tesis del Tatani, que se abre paso con fuerza y que a mí, hasta el momento, me ha parecido traída

por los pelos, llegando por mi cuenta a cablegrafiar a las sociedades europeas que actualmente se emboban con usted, con objeto de que le retiraran su estima y reconocimiento y, a ser posible, también el saludo. Amor con amor se paga –repuso avergonzada–, y por esto le confieso la bajeza de que fui capaz. No me hicieron puñetero caso, afortunadamente... Seguirás famoso –le tuteó a su vez– y yo me arrastraré tras de tu estela. Me alegro de que previamente a nuestro enlace a perpetuidad nos despojemos, tú y yo, de estas impurezas que hubieran empañado nuestra dicha, que será, ¡sí!, como para un niño un atracón de chocolate habiendo hecho novillos en la escuela y sin posibilidad de que se enteren en su casa. ¡Soy feliz y todavía lo seré más! –y aprisionó entre sus brazos a Porras.

Melquíades acudió en socorro del amigo.

–Un pequeño detalle, por si la marquesa lo ha olvidado –señaló–. Quien dormirá próximamente con usted es autor de esa infumable novelita donde aparece la tal señora O’Mgiggins, que viene a ser la salsa de todos los guisos y que a nadie se le ocurre la manera de poner fuera de circulación...

La de abolengo sacudió desafiante su chatarra.

–¡Me hiere en lo vivo esa mención! –dijo–. Pero no seré un estorbo entre vosotros –le prometió a su futuro marido–. Te autorizo a que mantengas esa vida paralela, cubriendo a esa dama de todo género de perfecciones y mostrándosela al público, subida a una peana si lo encuentras necesario, como una excelsa mártir... ¡Me sobrepondré a los celos que me inspire esa rival! Con el tiempo –moduló–, mi odio hacia ella se te transmitirá telepáticamente (sin contar con que te hablaré mal de ese pendón) y tú mismo la encontrarás repelente, transfiriendo al lector sus antipáticas características...

Se le dijo que su desazón sobraba, ya que la O’Mgiggins generalmente caía como un tiro.

151

Pincelada casquivana. En la cocina

–Siempre podría –insistió, picada, la marquesa, dándole la espalda al erudito y poniéndose frente a Melquíades–, caer lánguidamente en brazos del botija. ¿No le viene –le preguntó– el impulso de

tumbar de un puñetazo a Porras, raptarme y conducirme a su harén donde me daría candela...?

Porras se encendió como quien se insola.

Melquíades dijo:

–No tengo harén.

–Tontísimo –le pellizó las molas–. ¿Acaso no estuvo enamorado de mí?

El adalid no sabía dónde meterse.

–Guardo de usted la mayor estima.

–No es suficiente –le abrazó–. Como mujer exijo más.

–Aquí se está liando gorda –murmuró José, estupefacto ante la mudanza de la aristócrata.

Porras se puso ahora tan blanco como el folio que intimida y angustia a los autores.

–Querida... –protestó.

Le dijo ella:

–Pronto me deberé a ti, merced a nuestro adulto consentimiento. ¡Pero de momento espera!

El arqueólogo se la arrebató a Melquíades.

–¡Quiero hacerte mía en este instante!

Interrogó la de alcurnia al líder desde el lado de su prometido:

–Mi corazón ha elegido ya. Pero ¿habría podido ser su nena?

Al adalid se le erizaron los pelos de la nuca.

–¡Quién lo duda! –vociferó.

–Me gusta provocar a Porras –confesó la aristócrata, descubriendo su juego–. Es una táctica que, de tiempo inmemorial, venimos utilizando las mujeres para excitar el gallito que llevan ustedes entre las piernas y al que basta con una carantoña...

–Te estás poniendo en evidencia –murmuró el erudito, sin saber a qué carta quedarse.

–Mañana este hombre será mi dueño... –dijo ella con aparato.

–¿Mañana? –se horrorizó el estudioso.

–Cuanto antes, mejor –confirmó la marquesa–. A partir de que nos demos el uno al otro, seré mujer cautiva e inaccesible. Sufiré...

Dejaron solos a los novios.

Melquíades había decidido tajantemente no asistir a la ceremonia.

El jardín se hundía en la lechosa luz de la luna creciente.

De la ventana abierta de la cocina provenía el diálogo siguiente:

–La chica es la chica.

–Pero y qué.

Aretusa era objeto de comentario.

–Escuchemos –propuso bajamente el gordo, acechando el interior por una esquina.

–Yo creo que venía trabajada –se lamentaba Andrade.

–No la tocó la urdimbre de la ropa –negaba por su parte el clase baja.

El fámulo se encaraba con un trémulo pollo.

–No hay quien me lo quite de la cabeza –insistía, guiñándole su único ojo al volátil.

–Te digo que no.

–Y yo que sí.

–Hasta el menor de sus movimientos de los dos ha sido tasado.

–¿Por personas de fiar?

–¡Escrupulosas!

–Entonces es que el señorito Héctor no sabe nada de la vida.

–Te lo concedo –dijo Atilano.

Andrade decapitó de un solo tajo al pollo, quien, atolondrado, saltó por la ventana.

Se sobresaltaron los de afuera.

–¿Quién está ahí? –preguntó el criado, asomándose con el cuchillo.

–Nosotros –se destacó el adalid.

Aquél les invitó a entrar.

–Si no se desdeña compañía de inferiores... –matizó.

Melquíades, por toda respuesta, dobló un muslo sobre el antepecho.

152

Soliloquio de doncella inadvertida. Unos binoculares de visión nocturna

Sintieron afuera pasos. Aretusa arrancaba suaves gemidos al húmedo césped del jardín.

Enmudecieron los de la cocina.

La joven se confesaba sus cuitas.

—Si soy joven y bella —suspiraba—, es algo que no puedo decir, por lo menos en el segundo apartado, estando sometido el primero al implacable calendario que señala, descortés, mi edad. En cuanto a mi hermosura —precisó—, es verdad que he notado enardecimientos a mi paso, piropos que enrojecerían a una mula, pero que a mí sólo me han dejado indiferente, evidenciando una frialdad que alguno ha puesto en verso intentando figurar, ¡infeliz!, en el turbio panorama de las letras patrias. Pues para eso servimos las hembras: de pretexto para que los hombres asciendan por la cucaña de una efímera carrera literaria, aunque es preciso un carro de talento, lo que no ocurre en la mayoría de casos, así avalen mediocridades de continuo críticos, periodistas, catedráticos y demás gente de moral torcida. Pero no es a este campo al que quería referirme —prosiguió—. Mi alma llamea como los estandartes, gallardetes, grímpolas y banderas de un ejército que se dispone a entrar en la batalla. El temor me asedia, los escrúpulos me agobian, huye el sueño de mis párpados y no encuentro manera de atraerlo, ni siquiera recurriendo a mi fondo bibliotecario del que tantos años me nutrí y que contiene excelsas obras de autores renombrados, no pocos de los cuales incurcionan con maestría en el atormentado espíritu de las débiles mujeres. ¿De qué me vale ahora mi secreta biblioteca, emparedada en mi dormitorio tras ese panel falso cubierto de una lámina que evoca un sencillo baile regional con fondo de nevadas cumbres y que sólo yo sé que esconde ese tesoro...? Me deslizo constantemente —se reprochó— al vano terreno imperio de las musas, cuando es acción lo que ahora necesito. Mañana no seré mía, sino de Héctor, el cual no se poseerá sino que lo tendré yo. ¿Alguien puede explicarse el cambalache? ¿A qué razones escondidas obedece? En ninguna de las páginas que leí tropecé con la respuesta, si bien es posible que se haya ocultado, como la modesta violeta, tras el velo de entretenida peripecia y que necesite para refulgir como el diamante el contraste de la experiencia, la que a partir de mañana consumiré a cucharadas llenas.

Murmuraron en la cocina.

—¿Ocurrirá lo mismo a todas —se preguntó ella— en víspera de sus esponsales y habrá sido así desde el comienzo de los tiempos?

¡Quién puede saberlo, y tampoco está Solón para informarme, que se encuentra donde no se sufre, deleitándose con el gracioso salto alrededor de celestes conejitos! Y de cualquier manera, tampoco sería el suyo testimonio fiable, a cada cual lo suyo... En mí conviven dos personas: una, arrojada, valiente, temeraria, capaz de cruzar montes y valles, bajar a los abismos y elevarse a la cima de las más altas montañas; otra, ansiosa de quedarse en casa al calorcillo del brasero y tejiendo unos patucos... ¡Digo bien: unos patucos, por mucho que al presente los vendan ya confeccionados y no compense el trabajo de tejerlos...! ¿Quién soy? ¿Qué ansias me brotan? ¿Es así siempre? ¿Hay excepciones? ¿Por qué, y ya concluyo, me hago estas preguntas en la noche, descalza, en camisón, exponiéndome a coger un constipado y estornudar cuando haya de dar el dulce sí? Pero, y tengo que alargar un poco el parlamento, ¿será dulce, en realidad, el monosílabo, acaso empalagará o, peor aún, acabará por encontrarlo amargo, como les ocurre a algunas que son noticia en prensa y que terminan en casas de acogida, arrojadas allí por la violencia de sus maridos, que no creo que esta solución, la de las casas, sea correcta para el caso, aunque no me siento capaz de apuntar otra...?

En la cocina escuchaban en religiosa unción. Resumió José:

–Zozobras naturales de una virgen a punto de dejar de serlo.

–El comentario incluye un juicio de valor –censuró Andrade.

–Sigamos escuchando –rogó Melquíades.

–... ¿Y mi madre? –decía ella–. ¡Ésta es otra! Me envidia porque puedo concebir... Al menos, tal creo y no me pasa por las mientes que falle Héctor, aunque no descarto que se ponga nervioso y, o bien haga un pronunciamiento repentino dejándome a dos velas (lo que en la práctica de un embarazo no tendría consecuencias), o se muestre empuqueñecido y tímido, debiendo aguardar, quién sabe si hasta el alba o días enteros, a que recobre la autoestima. Pero a lo que iba: que a mi madre se le ha pasado la edad, siendo yo la única de la familia que puede alumbrar un retoño. ¿Su matrimonio con el erudito, señor Porras...? –se preguntó, cantarina–. Un mero apaño –definió–, habiéndole él sacado a ella del apuro ante el rufián que pretendía desahuciarlos y lanzarnos a la vida, que es lo que hacemos las mujeres al carecer de medios... En cuanto al ar-

queólogo, propiamente, su sapiencia le servirá escasamente con la que me dio el ser y a Héctor, espero, la felicidad. ¡Oh, no le arriendo la ganancia al pobre Porras, que pasará a ser mi padre adoptivo, con los riesgos inherentes al citado parentesco...! Y ahora que caigo, he notado del estudioso, en ocasiones, rabiosas miradas a mis muslos, particularmente a la cara interior que se va sumiendo en la penumbra, en avance hacia donde jamás un hombre ha urdido...

—Ahí tienes la negación de tus sospechas —manifestó Atilano a Andrade.

—...No quiero sugerir —continuó Aretusa— que Porras no sea un caballero. Su mirada avizor es disculpable, y la calibraré como fortuita aunque sé perfectamente que fue premeditada. Pero no diré nada a mi madre para no sumar motivo de rencor... ¡Pues cuántas veces, yendo con ella de paseo, el veredicto masculino popular desde el andamio efectuó subidos comentarios a mi pompis, guardando estremecedor silencio sobre el suyo, con el agravante de que ella lo redondea con un almohadillón...!

—Cada vez está más oscuro —apuntó alguien—. Pronto no veremos nada.

Andrade rebuscó en el cajón de fruta en que se sentaba.

—Dispongo —comentó— de estos prismáticos de visión nocturna que compré para vigilar a los topillos del jardín que se comen los cuatro hierbajos que tengo plantados —y se los echó ávido a la cara.

—Cojonudo —exclamó el repartidor.

—Aretusa —siguió Andrade—, que de momento ha suspendido el soliloquio, se aleja hacia la zona más oscura del jardín, donde tampoco la podríamos oír... Se detiene... Apoya su palma izquierda sobre un tronco y pone vertical, cruzado sobre el otro, el pie derecho... En seguida deshace su curiosa pose y camina, respectivamente, hacia ambos lados... Aparta con impaciencia de la cara un mechón rebelde... De no haber asistido de matute a su angustioso íntimo debate, su expresión nos lo estaría revelando... Vaya, vaya... ¿A quién tenemos...?

—¡Informe! —le ordenó Melquíades.

—Es Diocleciano. Apenas puede caminar de gordo que se ha puesto... Menuda mole... ¡Si parece que tiene hasta tetas...! Ella le

acaricia; gañe él, lamiéndole las plantas... Se sienta la señorita en una piedra... Puede enfriarse. Como sólo lleva...

—Cíñase —pidió José.

—Esa bestia, me refiero al perro, alza el hocico... Husmea... Aretusa también se pone alerta y mira inquieta en torno suyo... Se sacude el boscaje a sus espaldas... Ella y el caniche (es ironía) se vuelven... Surge una figura... ¡Demonio...! ¡La que se puede armar...!

153

De primo y prima, o vuelto está el asno a la miel

—¿Quién es? ¡Díganoslo! —suplicó Melquíades.

—Néstor —fue la identidad que salió de los criados labios.

—¿El sobrino de la marquesa? —preguntó José.

—¿Conocen a otro? —replicó el tuerto, sin apartar sus dobles cuencas del instrumento óptico.

—¿Sigue ebrio? —Atilano recordó el estado en que lo vieran la última vez ante el fracaso definitivo de sus amores con su prima.

—Se mantiene en pie... a duras penas.

—¿Y ella...? —se interesó José—. ¿Le recibe con agrado?

—Hablemos más bajo —pidió, calmudo, Andrade—, o nuestra presencia acabará por ser notada, alterando la naturalidad de la escena. Aretusa —pasó a informar—, tras el inicial sobresalto, miedo incluso, se muestra estupefacta de volver a tropezarse con su primo, a quien suponía lejos, me temo que como nosotros mismos. ÉL, notando la reacción temerosa de la joven, despliega una sonrisa engreída que enseña la mayoría de los dientes. Créanme, no es espectáculo agradable... ¡Qué bajón ha dado el señorito Néstor! Sin dejar de sonreír —prosiguió impactado—, se lleva a la boca un garrafón en el que se balancea en íntimo oleaje un líquido verdoso. No olviden que contemplo la escena a través de prismáticos de visión nocturna, que tienen la observación del color dicho... Trastabilla el señorito, acudiendo la pequeña en su sostén, desinteresado gesto que él aprovecha para atraerla hacia sí por la cintura. Se sorprende ella y se turba; él ríe más, manifestando la gama completa de embriaguez etílica, la cual se complementa, siento decirlo, con una ofuscación de orden venéreo, en la que ayuda de manera decidida la cercanía latente de

su prima y el exiguo camisón con que se viste, y que más que tapar sugiere. ¡Malhadado fabricante, que no tuvo empacho de ganarse indecorosamente los garbanzos!

Corroboró José, ignorando la mueca salaz del clase baja.

—De todas formas —añadió Andrade—, la chica no carece de recursos y conoce sobradamente los flacos del primo. Se zafa de manera que no revelaré, poniéndole a continuación al señorito las dos palmas en el pecho. Con este ademán, suave pero firme, le mantiene a distancia. ¿Por cuánto tiempo? Brega ella ahora por alcanzar la damajuana, que el otro retira infantilmente a la espalda. Aretusa no se rinde, le rodea y, desengarfiando los dedos de su primo, se alza con el recipiente, estrellándolo contra una roca situada a pocos metros. Creo que han oído el ruido... —confirmaron—. Néstor cae de rodillas, abrazando paroxístico a su prima a la altura particular que se imaginan, lo que la joven tampoco encuentra aconsejable, motivo por el cual intenta volver a liberarse. Pero el señorito desarrolla en su locura una fuerza bruta, incontenible... Se tambalean y caen. La cara de la hija de la marquesa revela, más que inquietud por el forcejeo y la posición horizontal, el terror de ser sorprendida de esta guisa, que no podría justificar al tío más trágala, verbigracia su prometido si apareciera ahora, que no quiero ni pensarlo... Néstor entonces experimenta una reacción hartamente curiosa: siente que su vida es vacía, insuficiente, fracasada... y llora.

—¡Este es un trance muy peligroso! —exclamó José, sin cuidarse de que le pudieran oír.

—Sin duda —reconoció el criado—. Ella, sabiendo que su salvación está en conservar la sangre fría, le propina un rodillazo donde sabe que le dolerá... ¡Arriesgadísima operación que, como falle, entrelazará críticamente los miembros inferiores de los dos...! ¡Pero Aretusa se alza con la victoria! ¡Rueda Néstor, convertido en un ovillo de dolor, momento en que la chica (no escarmentada, pues tendría que salir corriendo y meterse en su habitación, echándole el cerrojo y encajando el respaldo de una silla contra la puerta) se agacha hacia el señorito, consolándole...!

—¡Qué tristeza! —se desgarró José.

—A usted no hay quien le entienda —le censuró Atilano—. Nunca está conforme con el quiebro argumental.

—A todo esto, ¿qué hace el perro? —preguntó Melquiádes.

—¿Dioleciano? Se ha echado a dormir. Ya no vale para nada...

—Siga.

—Los primos se miran. Se serena él. Descubre cada cual un sentimiento en las pupilas del contrario... No se alarmen, no es amor... Lo calificaremos más propiamente de nostalgia. Nostalgia de los veranos que pasaron juntos siendo niños; del cielo fúlgido en verano; del mar como un espejo; de los arroyos que vadearon cogiéndose de la mano como chiquillos, pues lo eran... Ante ellos se extiende el cadáver de su infancia...

—¿No se prolonga demasiado su deliquio? —preguntó maliciosamente el repartidor.

—Según —respondió Andrade—. En cualquier caso, me interesa destacar que el señorito Néstor, a pesar de su privilegiada posición (él tendido, ella en cucullas), no consigue otear nada. ¡Mecachis! —exclamó—. Ella se pone en pie y se gira, dándonos la espalda... Su expresión nos resulta ahora tan desconocida como la cara oculta de la luna...

—¡No se rinda, Andrade! ¡Infiera de otras vías! —exigió el gordo.

—Lo intentaré. Sobre los hombros dulcemente curvados de la chica, tan femeninos, de uno de los cuales ha resbalado un finísimo tirante, se derraman suaves y morenos bucles, en lo que parece abandono y no lo es, pues creo apreciar que han sido trabajosamente compuestos en el tocador antes de salir al relente de la noche... Los citados rizos caracolean como traviesos gnomos por esa nuca que hasta el más marica desearía acariciar, cuanto más el señorito Néstor, que será lo que sea pero que de tornadizo nada... La nuca se arquea por encima de la cabeza hacia la invisible frente, trazando la redondez usual del cráneo, pieza ósea cuya mención me recuerda que todos hemos de morir... —se le hizo un nudo en la garganta—. El rostro de Aretusa —se rehizo— debe de ser a la sazón severo, a juzgar por la compunción del primo, medianamente recuperado de su curda. Éste arruga la cara, que la tiene como una pasa por el abuso del alcohol, e irrumpe por segunda vez en llanto...

—¡Qué aburrimiento! —se quejó Atilano.

—Y dudosamente masculino —rezongó el adalid.

—¿Qué hace ella? —preguntó José.

Suspiró el fámulo.

—Como ya no se fía de su primo, al que sin embargo compadece, se aleja unos pasos. El señorito sigue en tierra; ella, erguida como una vestal y con los brazos aprisionando el camisón porque se ha levantado algo de viento... Néstor deja de llorar, levantándose de un brinco. La contempla derrotado y con todas las trazas de embarcarse de fogonero en un mercante, aunque esto es conjetura mía... La joven no puede reprimirse y le tiende sus alabastrinos brazos... El primo experimenta una alegría desbordada: ha divisado sus axilas, depiladas con mimo para la noche de bodas. Comprende ella demasiado tarde haber caído en una trampa: la visión le estaba destinada en exclusiva a Héctor.

154

Un novio en estado natural. La posadera

—Buen aparato —lisonjeó el repartidor—. ¿Los habrá de segunda mano...?

Andrade no respondió.

—Se interpone un arbusto en mi campo visual —dijo.

Atilano chascó los labios, escéptico.

—Serán ellos los que se han situado detrás.

—¡Eso sería tanto como admitir que se han ocultado a posibles casuales miradas para efectuar acciones reprobables! —se encrespó José.

—Desarrúguese la frente —recomendó el tuerto—, pues de la señorita no se desprende nada malo.

—¿Y de Néstor? —preguntó Melquíades.

—Lo del señorito es del dominio público entre nosotros, como me he permitido apuntar.

—Dejemos eso —pidió José—. ¿Qué más hay?

—El arbusto se sacude —continuó el de los gemelos—. Alzase una bella mano, de Aretusa, si no me engaño, la cual se abate cual pájaro de presa abofeteando al borrachín. ¡Y esta es la hora —se excitó— en que, portentosa, bellísima, innombrable, caminando como una emperatriz, la hija de la marquesa avanza en dirección nuestra...!

—¡Pucha! —exclamaron.

—¡Cómo mullen la hierba sus increíbles plantas! El primo va tras ella, que no se molesta en volverse... Alarga aquél su sarmentosa mano (que se le ha vuelto así por la mala vida) e intenta aferrar a la chica del camisón, lo que tendría efectos catastróficos de conseguirlo, pues se desgarraría el vestido, que es lo que todos, confiésenlo, señores, estamos inconscientemente deseando...

—Haga el favor de no incluirme —se enjarretó José.

—Ahora mismo tiene lugar una inflexión en nuestra historia. Aparece el redivivo.

—¿Quién es el redivivo? —preguntaron a una.

—Así es cómo la servidumbre denominamos al señorito Héctor, el novio de la niña; por la razón sabida de que, creyéndole muerto, no lo estaba. Pero lo que llama la atención es su completa desnudez.

Rebulleron.

—¿La razón...? —interrogó el líder.

—Se ignora.

—¿Y la reacción de los primos, particularmente de ella...?

—Está aconteciendo en estos momentos. ¿Quieren saberla?

—Por favor.

—A la chica le acomete un sobresalto y un mohín. Se desespera él... La intención de Aretusa, por señales, es abofetearle... No queda claro si por cerdo o por presentarle a su novia la charcutería antes de tiempo... En cualquier caso —prosiguió, comenzando a sentir agujetas en los ojos—, este desencuentro entre los prometidos la víspera de la boda es fatal. Tras la torta que han oído, ella le apunta, hiriente, con el dedo. Desgaja él con viveza una rama, con la que se cubre malamente. La señorita le reprocha que arruine la propiedad forestal de su madre, la marquesa, aunque en realidad el motivo de su enfado es más profundo. El señorito Héctor se amusga, y cuando está en trance de presentar sus carirredondas posaderas, empujando bochornosa retirada, intuye por el olor a vino la presencia de su enemigo Néstor, quien se había escondido ante la aparición del calato. Consideren —recapituló— la zozobra de la chica, que habiendo salido a dar un simple paseo para combatir el insomnio, se tropieza con una sátira burlesca de cuyas últimas raíces no sé si llegaremos a enterarnos...

—Inténtese —impetró Melquíades.

—No es fácil —dijo Andrade—, pues el cuadro se termina de completar con la figura de que habrán oído hablar y que no es otra que María del Carmen Azurmendi, posadera y muy dueña, de la que tenemos en el pueblo inmejorables referencias... si bien se ha inclinado algo extremosa al señorito Héctor, según hemos sabido.

—¡Amores entrecruzados, vaya...! —sintetizó Atilano.

—Y que suponíamos, con error, encarrilados —completó el tuerco—. Veremos en qué para la milonga... Sobre los novios —prosiguió con voz monótona—, se derrama un frío e implacable rayo de luna, bajo cuyos auspicios, las mujeres le entregan al alimón unos gayumbos con que él se apresta a sustituir su leve rama que ha estado tristemente por debajo de las expectativas.

—Yo lo llamaría paño de pureza —sugirió José.

—Con esa intención le acaban de confeccionar ellas la prenda. El joven se encuentra, pues, vestido, aunque informalmente. Mientras, el señorito Néstor intenta no hacerse notar, en la esperanza de que el hijo del de Orozco se desacredite por sí mismo.

—Sabia cautela —aceptó Melquíades.

Resumió Andrade:

—Tenemos un primo que se mantiene calculadoramente al margen, aunque ha sido descubierto. Olvídenlo de momento, pero no dejen de tenerlo en cuenta. Prescídase también del fulano en estado natural, del que no podemos oír su parlamento al hallarse demasiado lejos y no siendo yo perito en el lenguaje de los labios. Nos quedan dos lindas mujeres...

—¿También la Azurmendi es hermosa? —se animó Atilano.

—Pretendo saber del sexo débil —se jactó el de los prismáticos—, y digo que la belleza femenina no se relaciona fatalmente con los años, sino que depende de variadísimos aportes. Es como en la guerra, en que las posibilidades de victoria no dependen solamente, ni siquiera de manera primordial, de los medios materiales. ¡Cuántas veces un ejército pequeñito, pero gallardo, le ha zumbado las pelotas a un enemigo enormemente superior, mientras al contrario, unos cuantiosos efectivos, pero cachazas...!

—La digresión es interesante —le interrumpió Melquíades—. Pero se ha equivocado de momento y de lugar.

Echan un pulso las mujeres

Andrade, sobre su dolor ocular, sintió ganas de mear.

—Hay un brillo de patética esperanza en los ojos de Aretusa según escucha justificarse a Héctor. Feroz belleza, ¡rediós!, tensiona los rasgos faciales de la reina de la casa, mientras la Azurmendi, cuya expresión revela estar en el arcano de que se encuentre el novio en bolas, resucita una rivalidad que la más joven creía superada.

—Feo asunto —murmuró Atilano.

—Acaso la posadera —apuntó tímidamente José— haya privado al prometido de sus ropas atendiendo a sentimientos maternos...

Nadie le hizo el menor caso.

—La de menor edad —prosiguió con ecuanimidad el criado— experimenta un amor vehemente y juvenil, en tanto que la otra lo trufa con una veta de angustia que podría sublimar hacia distinto campo, acaso el religioso...

Se vengó José por el rechazo de su hipótesis.

—Eso no se puede excogitar.

—Las dos mujeres escuchan arrobadas al muchacho —informó el de los binoculares—. ¡Lástima no oír lo que desgranar esos labios! Héctor ofrece ahora mismo la versión ajustada de su corporeidad desenfadada, presentándola ante el ara de Aretusa. La Azurmendi frunce el ceño, experimentando la progresiva lejanía del que fue su huésped y de quien entiende que a la que realmente pugna por tirarse es a la niña...

—¡Un poco de tacto, se lo ruego! —se enfadó José.

—...Lo cual —prosiguió Andrade sin inmutarse— no excluye un mudo homenaje a la Azurmendi, pues menuda cómo está... ¡Y me pregunto yo qué cojones he hecho hasta la fecha que no me la he propuesto subirnos a un pajar!

—Si se encuentra cansado —le propuso Melquíades, asustado—, cualquiera de nosotros se encargará de los prismáticos.

El criado le ignoró.

—Aretusa se engríe todavía más, lo que curiosamente indica que la reconciliación está a la vuelta de la esquina. Pero la otra ofrece

máximas señales de peligro, entre las que destaca una sonrisa amabilísima...

—La amable, en este caso la Azurmendi, se encuentra encabronada; y la que está montando el pollo, o sea Aretusa, ve pronta la vía del afecto... —insinuó José.

—¡Laberínticos entresijos de la naturaleza femenina! —supo decir Atilano.

—Como para pegarse un tiro —subrayó el criado—. En estos momentos —anunció—, gana rotundamente la novia. En segundos, comenzará el calvario de él, pues ni una sola deja de cobrar con usura su victoria... ¡Pero no es así! —se contradijo, dando saltitos por su imperiosa necesidad de orinar—. El cogote de Héctor se nimba de soberbia, a la vez que su prometida palidece...

—¡Explíquenos eso! —ordenó Melquíades.

—Ese cerviguillo enhiesto, altivo, traduce sin lugar a dudas la confiada cara, que no veo, del ligero de ropa, induciendo a retroceder a Aretusa. Su rabia, a estas alturas, se ha esfumado como el dinero de un asalariado nada más cobrarlo... Pánico en el hermoso rostro y fugaz sardónica mirada en la Azurmendi, a quien este gesto afea... Tremolan los zarcillos y campánulas con que adornaron las dos el taparrabos de Héctor, señal de que el joven pisa firme...

—No entendemos —se quejaron.

Andrade ya no se aguantó y se sacó el pirulo, proyectando por la ventana una parábola que la luna tiñó de plata vieja.

—El joven —informó luego— ha dado sencillamente la vuelta a la tortilla y exige explicaciones sobre el hecho de que el primo, al so-caire de donde está sentado y disfrutando de magnífica y completa visión de su pariente, avance solícito su mano, aparte, claro está, de que se encuentre en la compañía inadecuada de su prima...

—¡Qué nos cuenta! —se escandalizó José por el ademán de Néstor.

—Es ley —reconoció abatido el criado—. Néstor, el primo, el dip-sómmano, el fracasado enamorado, también se ha vuelto parcialmente disoluto, y es entonces cuando regresa al primer plano. Si interpreto correctamente las vibraciones de la nuca de Héctor, éste cae presa de los celos, no pudiendo evitar preguntarle a su prometida sin ambages a quién protege y cuya es la mano de la que hurta, nerviosa, el caderamen, aunque sabe perfectamente que se trata de la

reseca extremidad del primo, al que pretendía ningunear y por eso no le ha dirigido la palabra...

—¿Han llegado ya a las bofetadas? —preguntó cansinamente Atilano.

—Acaba de sonar una muy grande.

—¿De quién a quién?

—Aretusa ha abofeteado a Héctor, encajando seguidamente su palma en una mejilla del primo, con lo que ambos han quedado en su lugar sin más pamplinas. En cuanto a la futura relación entre la madura y la joven, será tema del próximo capítulo.

—Me gusta el orden que imprime a su relato —le dijo el adalid—. ¿Se aclarará también el motivo de la desnudez del novio y el hecho, no raro pero tampoco usual, de que le acompañe la Azurmendi?

156

Llegan a un compromiso las mujeres

—La Azurmendi —contó Andrade—, en un raptó genial y femenino (y también algo monótono, por lo que vamos viendo), cachetea rencorosa al joven Héctor, igualándose así con Aretusa, y quién sabe si acaso no sembrando en el corazón del novio una semilla que el día menos pensado fructifique.

—Desarrolla un poco eso —le pidió Atilano.

—Con la torta, Aretusa se ha hecho dueña palmaria del gachó. ¿Qué remedio le queda a la madura sino retirarse y no volver o, por el contrario, situarse a la altura de la joven imitándola?

Cabeceó afirmativo el humilde.

—¿Y Néstor? —interrogó Melquíades.

—Se reserva, convencido de que le importa una cagarruta a todo el mundo, lo que quizá no sea enteramente exacto: el cariño de prima lo tendrá siempre de Aretusa. Pero no es en esto en lo que querría detenerme —insinuó.

—Goza de libertad para dirigir el relato a donde quiera.

—A mi modo de ver —dijo el criado—, y sólo es un apunte sin mayores pretensiones, la que debía llevarse el gato al agua es la Azurmendi...

—¿La Azurmendi...? —se sorprendieron todos.

–Quería decir en realidad la señorita... –corrigió el tuerto sonrojándose–, la cual posee juventud, etcétera. Aunque tampoco debería quedarse frustrada la posadera. Equivaldría a montar una bomba de relojería...

–La posadera tiene que contar con una salida airosa –imploró José.

–Según vamos hablando tienden ellas las primeras lianas del puente sobre ese peligroso abismo.

–Omita los detalles pornográficos –exigió el soñador, a quien ninguno entendió por dónde iba.

–La boda tendrá lugar mañana: esto ni siquiera lo discuten –informó éste–. Acaban de pactar que la Azurmendi, ante la ausencia de la madre de él y la evanescente figura de la de ella, encarnará oficiosamente esta figura, que es lo más grande que hay sobre la tierra. Estarán conmigo de acuerdo, pues de lo contrario puedo romperles los hocicos... –asintieron–. En adelante, el papel de la industriosa será muy delicado, siendo obligatorio que camine sobre el estrecho filo de la hoz que le marque la más joven. Aunque parece que no habrá problemas por este lado...

–Será imaginación mía –dijo José–, pero ¿no llegan jubilosas risas?

–La pura realidad –confirmó Andrade–: intiman como hermanas, pasando por alto el desencuentro previo. Verbalicemos algo a continuación del hijo del de Orozco –afirmó los prismáticos sobre sus sufridos alvéolos–. El imberbe contempla incrédulo cómo aquellas se intercambian un ósculo en la cara. Cascabelean gloriosas las campánulas de que se adornan los calzones del novato, acentuando su sentido del ridículo, ya acusado de natural. Ríos de aprensión anegan su alma temblorosa, y ni siquiera la pelea a que invita al señorito Néstor (éste se niega) para hacerse valer ante Aretusa le permite recobrar su autoestima. Atrás han quedado sus oportunistas celos, sus recientes exigencias, quedando como trapo de fregar ante su amada. En adelante, su vida de casado gravitará impecablemente sobre que no se le exigiera explicación a su desnudo... Estoy en condiciones de afirmar –remachó– que Aretusa (con objeto de recriminárselo cuando le resulte conveniente en el futuro) ha renunciado de momento a enterarse del motivo del paseo nocturno

de su novio en las condiciones que se saben, como también del porqué de su presencia en el jardín de la marquesa y la razón, nada casual, de que viniera en compañía de la que otrora le admitió de huésped, prendándose de su varonil aureola. Y si la núbil que se desposará en apenas horas renuncia a conocer lo que no debería ignorar, ya me dirán ustedes, señores, en qué condiciones quedamos los casuales testigos de la escena.

—¿No sabremos entonces —se apenó Melquíades— la causa incógnita de que Héctor paseara como vino al mundo?

—Me temo que el misterio nos acompañará al sepulcro.

Recapacitaron.

—¡Cómo son! —se murmuró.

—Empero —dijo Andrade, fatalista y sin dejar de mirar por los gemelos—, se lo terminará revelando la mayor a la pequeña, muy posiblemente viniendo una tarde de comprar en las rebajas y entrando en una cafetería a comerse una tostada. ¡La vida es así y resulta inútil oponerse a sus dictados!

157

Se descorchan botellas de champán. Fuegos artificiales

—¿Se han ido ya? —preguntó José al cabo de un buen rato.

Confirmó Andrade.

—El hijo del de Orozco, a velar lo que queda de noche al domicilio de su padre. Aretusa ha retornado a su dormitorio, súbitamente espantada de que su trasnochada le deje el marchamo de unas ojeras que la afeen ante su inminente esposo. La Azurmendi se esfumó, calculadora y medio madre, por distinto lado de Héctor, extremo que se ha preocupado de dejar amarrado la más joven.

—¿Y Néstor?

—¡Se lo tragó la noche! —pronunció lúgubrementemente el criado—. Opino que no se le verá más por estos parajes, embarcándose de marino bajo nombre supuesto.

Se entristecieron.

Andrade retiró los prismáticos de su cara, exhibiendo unos ojos monstruosamente hinchados.

—Los preparativos de la boda están hechos, en lo que ha destacado de manera sobresaliente Pacomio, el nuevo mayordomo de la marquesa, quien, viniendo de la calle, se ha situado a la cabeza del escalafón de servidumbre, y lo digo sin asomo de rencor.

Cantaron gallos. Clareaba.

Melquíades era insobornable en su decisión de no presenciar el doble enlace.

—Porque luego pasa lo que pasa —dijo, críptico.

—Hará el favor de explicármelo en persona —graznó una voz del exterior.

Porras se incorporó de un ágil salto.

El gordo se disculpó de gesto y de palabra.

—Se preguntarán qué hago aquí tan de mañana... —les tendió este cebo el estudioso, explicándose sin aguardar respuesta—. Estoy tan nervioso que ansío deponer el rigor a que acostumbro. Y en qué mejor foro que en los dominios de la servidumbre...

—Adelante —le invitaron.

—Antes de perder mi libertad —expuso Porras—, y previamente a que dé paso la aurora a la mañana de autos, quiero empinar un poco el codo, cantar flamenco, bailar un zapateado...

Le miraron con lástima.

—¿Tan sin esperanzas contempla su futuro? —le preguntó Melquíades, intentando consolarle—. La marquesa es mujer extraordinaria. Verá cómo, en las tranquilas veladas de invierno, cuando apenas comienza la tarde y ya es de noche, gozará con ella a su lado de la felicidad que ha anhelado usted toda la vida. Ella se entretendrá en alguna labor, mientras su erudito marido, encorvado sobre un indiscifrable palimpsesto...

Porras bramó.

—¡He venido aquí a disfrutar de unos últimos minutos de paz, no a sufrir tortura psicológica!

Melquíades se puso como un color de la bandera.

Se sosegó el arqueólogo.

—He caído en una trampa —reveló— de la que saldré con los zapatos por delante, suponiendo que no me envíen en pinreles a la fosa. Pero antes de caminar gallardamente hacia el cadalso (me refiero al matrimonio), platicaré con los caballeros que son ustedes cuatro,

incluyendo Andrade, de quien espero que, como criado antiguo de esta mansión más que vetusta, me eche un capote en los momentos bajos que engazaré en adelante como las cuentas de un rosario.

—Le doy mi palabra —se puso firme el tuerto.

José, que tenía presentes algunas de las palabras dichas por Are-tusa en el jardín, fue bastante inoportuno.

—Comprenda —le dijo a Porras— que no podía usted aspirar a la hija. En primer lugar, porque lo estorbaría la madre; y en segundo...

—¡Calle, calle! —rogó éste.

Andrade descorchó una botella de champán. La cocina se llenó de vítores.

Porras encajó el gollete entre sus dientes.

—¿No conocerá —le preguntó a Andrade— unas chicas sin prejuicios que no sepan qué hacer ahora...?

—Están todas durmiendo.

Saltó el tapón de otra botella.

—Se me va un poco la cabeza... —farfulló no tardando el estudioso.

A continuación, se anudó la chaqueta en el ombligo, saliéndose por bulerías encima de la mesa.

—¡Viva la madre que te parió! —le jalearon.

El erudito era un ciclón. Palmeaban los otros.

—¿Cuánto tiempo habremos de estar así? —le susurró José a Melquíades.

—El necesario —contestó el líder, moviendo como hélices las manos.

Una tercera botella se trasegó al esófago del calvo.

—¡Viva la intelectualidad! —gritó Atilano.

Porras movía vertiginosamente la cintura. Columnillas de humo ascendían de la mesa.

De camino a la estación —habían abandonado al desposando en un estado imposible de describir—, oyeron siseos y explosiones. Cruzaron el cielo erráticas estelas.

—Eso es cosa de Andrade —dijo Melquíades—. Lo ha tenido que ver feo.

Se dirigieron al andén. En vía apartada se encontraba un mercancías.

—Hemos subidos peldaños —murmuró pesaroso el adalid, yendo por billetes.

La megafonía anunciaba la llegada de los trenes, provocando atollondrados cruces por las vías.

—Os voy a ocupar en el periódico —ofreció magnánimamente el gordo—. Poco trabajo y, en el mal tiempo, pegados a la estufa.

No respondieron. Íntimo malestar les invadía.

Inconscientemente, se fueron deslizando al mercancías.

El jefe de estación —silbato, gorra y banderín rojo— se les aproximó moviendo mucho los codos.

—¡Como se me suban ahí, haré que les endilguen un paquete! ¡Un poco de respeto a su nueva posición de la que estamos todos enterados!

Llegó su tren. Hesitaron.

Melquíades rompió los billetes, arrojándolos a la cara de la perpleja autoridad.

Alcanzaron el otro convoy, que iniciaba su marcha.

El largo pitido detrás de ellos les provocó una euforia de chiquillos.

158

En la cárcel. Una partida de cartas memorable, o para este viaje no necesitábamos alforjas

El lugar era angosto y en penumbra. Las costrosas paredes mostraban inscripciones y dibujos. “Estuvo en esta celda —expresaba una de aquéllas— Pepe García, Melindres, que se pasó lo mejor de su vida en la mazmorra por un crimen que no cometió y que el juez fue tan rata de reconocérselo, y le voy a partir en tantos cachos como días transcurra prisionero”. Otra registraba: “Por amar a una mujer, purgo pena encerrado en estos muros”. Debajo, alguien había corregido: “Estás aquí por marica y como te pillemos otra vez haciendo versos, te los vamos a meter por donde sabes, como efectuamos antier”. Persona de menor facundia decía escuetamente: “Soy el mejor”. Y a su lado, un sujeto de similar laconismo le replicaba: “Eres un mierda”. Los dibujos, arañados en la mugre con un clavo, eran obra principal de uno que se anunciaba como pintor

debajo del esbozo de un trasero expresionista: “Hago culos, tetas y lo que me pida el personal. Razón: la sabéis”. De esta privilegiada muñeca saliera casi toda la iconografía del lugar, en su mayor parte consistente en seres humanos entrelazados en violentas posturas. Junto a una de ellas particularmente afortunada se reseñaba: “Por un estallido de pasión”.

Melquíades, José y Atilano se sentaban en un sucio camastro donde bullía por millares la sencilla vida del insecto.

—Pues fue cierto lo que decía el de la gorra —comentaba en ese momento el clase baja—. De lo contrario, no nos habría bajado la fuerza pública a culatazos en la primera parada, que para mí que no estaba prevista...

—Recuerdo —dijo José— la vez anterior que paramos en el trullo.

El adalid estaba medio ausente.

—A poco de trabada la amistad —reconoció.

—¿La razón...? —enarcó una ceja el repartidor.

—Eso es lenguaje de fuera de la cárcel —rehusó explicarse el soñador.

Lejanos, rotundos, entrecortados, se oyeron unos gritos.

—¡Por tu culpa estoy aquí, Mariana...! ¡Yo, que te incensaba, y cuál no sería mi sorpresa cuando te localicé con el afilador, llamado Honesto para mi perpetuo escarnio, los dos dale que te pego bajo el hueco de la escalera...! ¿Por qué me hiciste esto...? ¿Por qué...?

—¡Te lo hizo por capullo! —le replicó una voz.

El otro no hizo caso.

—¡Yo, que te daba todo el sueldo y no te dejaba doblar el espinazo ni para coger una pelusa de debajo de la cama, que lo hacía yo al volver del tajo...!

—¡Mamón!

—¡Cuánto drama se hacina en este sitio! —exclamó Melquíades.

—¿Llegará pronto la fianza? —preguntó José.

—Me permitieron llamar a don Orestes, quien aseguró que enviaría rápidamente un giro.

—Llevamos dos días detenidos... —señaló Atilano.

—¡Por tu culpa, Mariana...!

De noche, al intentar conciliar el sueño, sintieron hurgar en la cerradura.

–Afuera.

Una pareja de funcionarios les condujo por un laberinto de pasillos, terminando por desembocar en un despacho.

–Una firma del obeso –ordenó el alcaide, que venía últimamente dando vueltas a la posibilidad de abandonar la fe de sus mayores.

–¡Libres...! –exclamó José.

Cumplimentado el impreso, fueron puestos en la calle con sendos porrazos en las corvas.

De las entrañas del edificio, salió un aullido contrariado.

–¡Privilegiados!

Al amanecer, estaban lejos.

Desde que salieron libres, Melquíades tenía una actitud extraña. Sus amigos quisieron conocer la causa.

–¿Ocurrió algo mientras estuvimos dentro? –formularon.

El jefe les contempló largamente.

–Antes o después terminaríais sabiéndolo –dijo–. Recordaréis que nos separaron a la entrada... –explicó, y los amigos asintieron–. Mientras esperaba para imprimir las huellas dactilares y que me desparasitaran con el soplete, se me acercó un sujeto veterano...

–No digas más –pidió José–. Entendemos.

–Me vendrá bien contarlo... El otro sacó un mazo de cartas e insistió en que echáramos unas partidas.

Atilano y José se miraron desconcertados.

–Entre el azar y que mi contrincante hacía trampas, fui rápidamente desplumado, siendo preciso que rasguñara documentalmente mi cesión de todos los bienes, que pasaron en un decir amén Jesús a propiedad de ese chorizo...

–¡Válgame! –exclamó Atilano.

–... Sin olvidarme –añadió con picardía– de registrar una cláusula por el importe exacto de la fianza que nos ha devuelto la libertad, ese precioso bien que los sin techo, quienes no disfrutamos de un hogar, valoramos por encima de los otros. De esta manera –subrayó– lo que ha nada era mío, y por extensión de mis amigos, y me refiero al periódico, es ahora pertenencia de Molondro, como se conoce en el hampa a quien me ganó en buena o peor lid, que es lo de menos. Ahora, si por un lado me siento un poco gili, por el otro

considero haberme librado de un peso considerable. ¿Cómo se juzga esta mi curiosa finta en mi perjuicio?

No acertaron a articular palabra.

159

De nuevo a la intemperie. El periódico viene sembrado

Durante un tiempo fueron bamboleados por la vida, que les presentó su rostro más hostil y purulento. Un silencio espeso compactaba a aquellos hombres en plena naturaleza o rondando los suburbios, donde en distintas ocasiones hubieron de imponerse por las bravas, habiéndose corrido la voz del inusual gesto de Melquíades, cuya grandeza —la cesión se consideraba voluntaria, y en el fondo quizá lo fuera— no se entendía en el planeta.

Atilano no abría la boca sino para comer los manjares disponibles, siempre escasos y mal aliñados, cuando no crudos. José, aun respetando la decisión de su amigo, consideraba criticable la forma en que se deshiciera limpiamente de la herencia.

—Estaba manchada, José —le explicaba, paciencioso, el adalid—. Provenía del impuro tejemaneje de mi madre... sin olvidar que tampoco quiso dármele de verdad mi padre, el genuino...

El antiguo repartidor había sido enviado al mercado para conseguir de misericordia unos sobrantes, cuando, al poco rato, le vieron regresar. Agitaba unas hojas impresas en el indeciso fulgor de la mañana.

—¡Se refieren a nosotros! —manifestó, muy alterado.

Era un ejemplar del diario cuya titularidad poseyera fugazmente Melquíades.

José abrió el periódico, entresacando en voz alta lo siguiente:

—...“Y lo malo no ha sido la deserción del anterior y más que breve propietario de este medio, sino que, en el escaso lapso en que dirigió los asuntos del diario, tuvo la rara virtud de llevarlo al precipicio, haciendo peligrar su continuidad...”

Lloró un poco Melquíades.

—¿Han vuelto los tíos a hacerse con el timón? —preguntó Atilano.

Negó José, informando que se ubicaban al presente en una ciudad populosa allende del océano donde se dedicaban al pandilleo, integrando en ratos libres una orquesta de tanguistas, según se informaba en un recuadro.

—Aquí aparece el nuevo dueño... —les enseñó su retrato.

—¿El que me ganó a las cartas...? —el líder se asomó a las páginas—. ¡Pero qué cambiado! Ni rastro de esa gorra grasienta con que le conocí, sino que ahora se toca con un sombrero del que todavía no ha desprendido la etiqueta, una esquina de la cual le asoma por detrás de la oreja... ¡Y esos bigotes! Los ha recortado limpiamente, sustituyéndolos por esa exigua mancha, con lo que le quedan unos labios como de culo de mosca... ¡Hay que ver lo que se cambia sólo con acicalarse un poco!

—Leo su reseña biográfica —dijo José—. “... Una vida pletórica de aventuras y enriquecedores lances, en la mejor tradición del periodismo americano, lo que tiene mayor mérito en el caso de este nacional por los cuatro costados. ‘Molondro’, como se conoce popularmente a nuestro flamante presidente, es un cabal ejemplo de hombre hecho a sí mismo. Curtido en la adversidad y con una voluntad de hierro, en una audaz jugada y para la felicidad de los lectores se ha hecho con la comandancia de esta nave informativa, posibilitando su definitivo despegue, al que mañana mismo damos un empujón con un espectacular reportaje sobre la vida en las prisiones, el cual incluirá severas denuncias de las condiciones cotidianas de nuestros reclusos, la mayoría penando inocentes por la manía que les cobró un juez inescrupuloso que, para su desgracia, se encargó de su sumario...”

—¡Córcholis! —exclamó el adalid.

—... “Nuestro querido ‘Molondro’ —siguió José—, como llanamente insiste en ser llamado, coordinará personalmente los reportajes, recurriendo a su propia experiencia en el talego, cuando, simulando haber estrangulado a una anciana para robarle unas mondas de patata que conformaban su cena un viernes de vigilia, se introdujo en las cloacas carcelarias, tomando nota mental de lo que veía y aguardando impasible su oportunidad, como hacen los tíos grandes...”

—Pero hay más —notó Atilano.

Que precede al último y ata muchos cabos

–Aquí se informa de los viejos –confirmó José.

–¿Quiénes? –preguntó el líder.

–¿Conocemos a otros que aquellos Sinesio, Apolinar y Sixto, el primero con su arte chino, portando el segundo su trabuco y expresándose con líricos grafismos el tercero en el papel, sin olvidarnos de que también escribía guarrindadas?

–¿Qué es de ellos? –interrogó Atilano.

El soñador se emocionó no poco al responder.

–Se menciona su tránsito del mundo merced a un atracón de cacaroles.

–¡Qué nos dices! –se admiró Melquíades.

–De cualquier manera, su detención era inminente. Las autoridades serán tontas, pero al final terminan por atar cabos. Les querían acusar, me temo que con razón, de las tropelías ocurridas en nuestro país en lo que va de siglo.

–Ha sido mejor así –dijo Atilano.

–No eran malas personas –confirmó el líder–. Si acaso, el aislamiento los envileció... Déjame que siga yo –tomó el periódico–. Estas páginas –descubrió– contienen información sensible del albañil Sito, su madre doña Petra, la Macaria, la Mariencarna, sin olvidarse del primo Rogelio...

El interés de los otros era máximo.

–La inexcusable doña Petra –contó el gordo–, deviniendo completamente inválida (como nos informara su propio hijo cuando nos lo tropezamos saliendo de casa de Campomanes y su hermana Magdalena), volcó toda su personalidad en su órgano de la lengua, convirtiéndose en oradora de altura y siendo elegida como captadora de clientes para una multinacional de ropa cara.

–¡Pero eso es excelente! –Atilano barrió para los suyos.

–Y las putas, me refiero a la Macaria y su rival, la Mariencarna, que tan pronto se trenzaban en una zapatista como se identificaban con el título de hermanas, y que acabaron en la cárcel, salpicando el buen nombre de Sito...

–¡Desdichado! –exclamó aquél.

—...Se responsabilizaron tras las rejas de la colada de su módulo. Y no es que fueran tan relimpias, sino que su voluntario trabajo era el pretexto para confeccionar una cometa con las sábanas, dándose ambas a la fuga por los cielos nacionales en medio de la admiración del equipo directivo de la prisión, quienes tardíamente cayeron en la cuenta de que ese fugaz puntito blanco que se perdía en lontananza era el par de sus reclusas, y que su autoridad fuera burlada por la superior astucia de ellas. A la caída de la cometa en un mullido prado, se reunieron las cachondas con el albañil, según algunos cerebro de la escapada. La Interpol los tiene a los tres localizados bajo un puente, si bien ignora en cuál. Sito se ha tatuado en los pectorales un fidedigno retrato al natural de cada daifa, quienes parece que se tiran de los pelos cuando el paleta contrae los músculos del tórax. No creo que con esta señal llegue muy lejos...

—¿Y Rogelio? —se interesó en particular el clase baja.

—Chulea por el barrio con un palillo en la comisura de la boca. Se rumorea que le van a conceder una medalla.

—¿Por alguna razón?

—Ni falta que hace.

Preguntó José:

—Ya que han sido mencionados, ¿no vendrá algo de aquella con el corazón como un peñasco, a quien amé y todavía no he olvidado, llamada Magdalena, su posesivo hermano Campomanes y los sendos e hipotéticos hijos de ambos? ¿Y qué información, ítem, podemos obtener de esa curiosa gente a la que conocimos festejando, cuales eran la dama de pureza, a quien nuestro Atilano se tiró discretamente, la falsa anciana Rosamari, el general que era maestra, el lactante, el jardinero y Alfonsito, el severo inspector administrativo...?

—A excepción del último, monopolizan todos el huecograbado —mostró Melquíades sus fotos—. Los hermanos, según reza la información escrita, vienen hurtándose los dos a su respectiva responsabilidad paterna, lo que es francamente comprensible. A poco de que les dejáramos, se encontraron con los otros, fundando con ellos un falansterio sobre impecables normas que no tardaron en saltarse. Un falansterio —instruyó— es una especie de convento que admite personas de diversos orígenes, con el denominador común de proceder hacia un mismo objetivo. José Ramón, el falso marino, consi-

guió con malas artes que le admitieran en el grupo, requebrando de madrugada a Magdalena...

—¡Maldito sea el personal del mar! —exclamó José, celoso.

—La gente mencionada —continuó el obeso—, al no poder dormir por la tosta que daba cada noche José Ramón a Magdalena (y cuyo acogimiento de ésta no se sabe), pusieron en circulación un cartucho de dinamita que explotó sin que cupiera lamentar desgracias personales... a excepción del trovador, que salió con la ropa hecha jirones a refugiarse en el regazo de su madre la corista, de donde ponderó no debía haber salido. A consecuencia de esto, se oyeron en el falansterio por la noche el rechinar de muchas puertas, junto con cautelosos y acolchados pasos que aparentemente se dirigían de unas habitaciones a otras... Protestó la dama de pureza, elaborando junto con sus amigos un escrito, tras lo que dejaron el lugar cada uno por su parte y sin esperanza de volver a encontrarse en este mundo. Parecerá mentira, pero estoy llorando... —y sacudió la cabeza para desprender las lágrimas.

Se recrearon en el reportaje gráfico.

—Lástima no saber del inspector —dijo Atilano—, y si avanzó sobre la mujer del carbonero...

—Mírese por dónde —sonrió confusamente el líder—, también viene un par de líneas, aunque se omiten los detalles más íntimos... Ella está en condiciones de obtener un ministerio, por méritos propios, según unánime opinión. Nos reiremos... En cuanto a nuestro amigo, recibió un tiro al tiempo que fue atropellado por un coche, sendos accidentes de los que se repone en un balneario, donde también han intentado estrangularlo. Se supone que su mala suerte tiene relación con la numismática y su descubierta identidad como Maromo. ¿Quieren saber del marido...?

—Sí.

—No hay nada.

—¡Invente! —exigió el de coloniales.

—Imagínese lo usted —denegó el gordo.

161

Que termina de atar cabos y concluye a muchos grados bajo cero

Sobre el compacto grupo se abatían —semana tras semana, mes tras mes— los fenómenos atmosféricos, de los que se refugiaban ocasio-

nalmente en domicilios particulares hasta que, por diversos motivos, se veían otra vez forzados a salir a la intemperie. En atormetado movimiento de vaivén, llegaron al fondo de la naturaleza humana, braceando vigorosamente acto seguido para alcanzar la imprecisa superficie de ese mar, donde aspiraron con ansia coágulos de un aire que opinaban puro... y no lo era.

Se quejaban apenas; leves vagidos salían de los labios de José, causando el fruncimiento del ceño de Atilano, quien porfiaba en no dejarles, pues a dónde iba a ir que más valiera. Melquíades, siempre en cabeza con su mentón redondo al viento como la veleta de un tejado, levantaba cada poco su índice derecho apuntando como un descubridor la lejanía.

Una jornada encontraron al Cazahombres, convertido en irreprochable ciudadano y empujando un carrito de bebé. Había dejado atrás su pasado, y esperaba que le votaran en masa sus paisanos para un cargo político en cuyo desempeño no contemplaba otro horizonte que el fracaso.

—Comprendan... —murmuró—. No puedo aceptar el pasteleo... —y se alejó con pasos cortos yendo a buscar a su mujer, víctima de una de sus más crueles pesquisas, que venía de antiguo dándole caza.

En algún momento supieron del periódico, que marchaba viento en popa empujado por el céfiro de lectores entusiastas.

Molondro iba a recibir un homenaje nacional por su contribución a todo.

Confidencias muy delicadas atribuidas a Carrascosa —¡el modesto, el olvidado Carrascosa!— les pusieron en antecedentes de los entresijos humanos del diario. Ernesto Carlos y Amaranta, felices padres de un rubio angelical, llevaban camino de reproducirse por segunda vez ante la complicidad de don Orestes, que se identificaba a marchas forzadas con su asignado papel de abuelo. Todos los domingos y fiestas de guardar comía el vejete en casa del matrimonio, jugueteando en la sobremesa con el niño. Ocasionalmente se le oscurecía el rostro, clavando fugacísima mirada en el traste de Amaranta.

La novela de Porras apareció publicada en el suplemento literario. En lo que se refería a Mac el Suplente, cabe señalar que saliera victorioso de la trampa de la taberna por el mero recurso de rendirse, tras lo que lo pasó muy mal trabajando en una mina. La señora

O'Mgiggins, después de una serie de vueltas y revueltas, fue abandonada en pleno desierto, sin gota de agua y a centenares de millas del lugar habitado más cercano. Con toda seguridad —se anunciaba para una próxima secuela, en la que ya estaba trabajando el erudito—, la vencedora anual del concurso de tartas de grosella habría de librarse de morir de sed, de insolación y del ataque de unos indios particularmente feroces, logrando presentarse al cabo de unos meses en la ciudad minera donde penaba Mac, con una tarta que no quedaría más remedio que premiar. Era enteramente probable que la O'Mgiggins trabara contacto con el Suplente, consiguiendo rescatarle de la mina para que tocara en el porche el ukelele mientras ella cocinaba.

Porras seguía recibiendo premios a carretadas. En cuanto a su matrimonio con la marquesa, existía un tácito pacto nacional, al que se sumaron rápidamente los países industrializados del entorno, sobre no informar palabra. Parece que Andrade, ayudado por Pacomio, había dado una paliza al chico de ultramarinos por alguna razón que hacía referencia al honor de la familia.

Aretusa y Héctor —lo supieron de labios de un eunuco que gestionaba volverse a reimplantar la cosa— también pusieron sobre el mundo su retoño, bautizándolo con el escogido nombre de Néstor, en honor al primo que se fue y a quien rumores fundados situaban en una zona muy castigada de la tundra. Le seguía dándole a modo a la botella. Los jóvenes esposos esperaban una niña, a la que pondrían el nombre completo de María del Carmen Azurmendi.

Covadonga, la sufrida madre de Héctor, cultivaba su dolor en soledad. Se le habían agrietado mucho los pezones. De vez en cuando hacía una llamada telefónica, después de la cual se lo pasaba alimentando a los gatos callejeros del entorno. Sobre el de Orozco lo mejor que se puede decir es que había caído en el mayor descrédito, lo que el propio ignoraba, paseando al atardecer por las limpias calles de su pueblo como si nada. Sus convecinos le contemplaban con repulsa a través de los visillos.

La temperatura había caído a cuarenta bajo cero. Era de noche y la invisible luna nueva gravitaba sobre las cabezas del trío de infelices. La maraña de calles por las que penosamente deambulaban había quedado desierta hacía rato. Llevaban días sin comer, y los es-

tómagos insinuaban ronca orquesta. El viento se dejaba oír con risa pérfida, deslizándose por fachadas y rincones y envolviendo con su gélida caricia los cuerpos ateridos.

La altanera ciudad, una de tantas, les daba su gibosa espalda.

Chirriaron los goznes de una ventana.

Una blanca mano ensortijada les hizo señas.

—Por favor, caballeros —dijo una voz argentina—, ¿serían tan amables de decirme qué hora es o, en su defecto, comunicarme quiénes son? Todo ello al calor de este buen fuego que, según les hablo, entibiece mis apretadas nalgas, fatigadas de tanto reposar en espera de los personajes con quienes, sin duda precipitadamente y desoyendo consejos de comadres, me he citado. Dispondrán de comida y bebida en abundancia, siendo entretenidos con la historia de mi vida, lo cual espero paguen ustedes contándome la suya...

Se consultaron a la luz de una farola.

—No perdemos nada —castañeteó Melquíades—. ¡Vamos!

TELÓN

OTRAS PUBLICACIONES

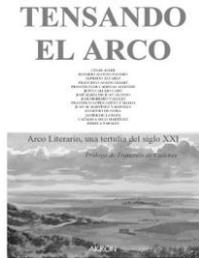
LA CRÍTICA



FERNANDO LESCARÉN. HISTORIA DE UN MILICIANO

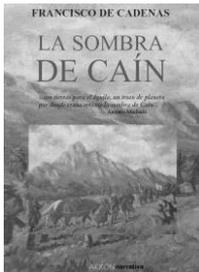
José Luis de Funes
Prólogo: Luis María Ansón

ISBN: 978-84-936011-0-2
TESTIMONIOS (2007)
Tapa blanda, 231 páginas



TENSANDO EL ARCO
César Aller y otros
Prólogo: Francisco de Cadenas

ISBN: 978-84-936011-1-9
NARRATIVA (2007)
Tapa blanda, 254 páginas



LA SOMBRA DE CAÍN
Francisco de Cadenas Allende

ISBN: 978-84-936011-2-6
NARRATIVA (2007)
Tapa dura, 150 páginas



EN LA CORTE DE LOS ZARES
Sofía Casanova
y
LAS TRES MUERTES DE SOFÍA CASANOVA
Karol Meissner

ISBN: 978-84-936011-4-0
HISTORIA (2007)
Tapa dura, 250 páginas

RAFAEL SALAZAR ALONSO
**BAJO EL SIGNO
DE LA REVOLUCIÓN**

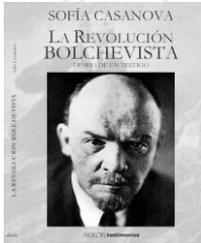
EL HOMBRE Y SU DESTINO
JUAN M. MARTÍNEZ VALDUEZA



BAJO EL SIGNO DE LA REVOLUCIÓN

Rafael Salazar Alonso
EL HOMBRE Y SU DESTINO
Juan M. Martínez Valdueza
Prólogo: Jaime Mayor Oreja

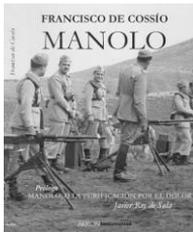
ISBN: 978-84-936011-3-3
TESTIMONIOS (2007)
Tapa dura, 387 páginas



LA REVOLUCIÓN BOLCHEVISTA

Sofía Casanova

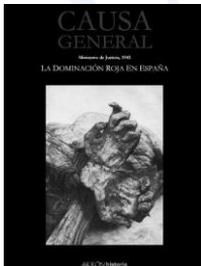
ISBN: 978-84-936011-6-4
TESTIMONIOS (2008)
Tapa dura, 189 páginas



MANOLO

Francisco de Cossío
Prólogo: Javier Rey de Sola

ISBN: 978-84-936011-7-1
TESTIMONIOS (2008)
Tapa dura, 137 páginas



CAUSA GENERAL

Ministerio de Justicia, 1943
Prólogo 2008: Eulogio López Escribano
Prólogo 1943: Eduardo Aunós Pérez

ISBN: 978-84-936011-8-8
HISTORIA (2008)
Tapa dura, 548 páginas

